habia él calculado á cuantos musulmanes podria dar que hacer un solo caballero cristiano, y como la prudencia no es la virtud que mas tenian de sobra los impetuosos paladines de Castilla, resolvió hacer frente a los moros diciendo para sí.

—Por Dios! que he de darles una leccion, si se atreven á insultarme.

Este era precisamente el designio que los moros traian. Bullíales la sangre en el cuerpo, al ver tan cerca de sí un enemigo declarado de su raza y la arrogancia con que habia espuesto su embajada acrecentaba mas los deseos que tenian de vengarse. Esperimentaban entonces como una necesidad de desahogar su cólera insultando al que la habia producido.

—Bien defiende el cristiano la causa de su rey, dijo el primero que se acercó como á cumplimentarle, aunque la espresion de su voz hacia de este elogio un vituperio.

—Si supieran, contestó otro, sostenerla con obras en el campo, conforme saben hacerlo con palabras en la corte, cierto que el rey de Castilla tendria poderosos defensores.

—Todo caballero español, contestó dignamente don Juan procurando aparentar serenidad, tiene no solo palabras, sino brazo para defender donde quiera la causa de su rey y confundir el orgullo de los enemigos de su nombre.

—Oh! si... contestó el moro con burlesca ironía, la religion que hace creer la pureza de la *madre* siempre virgen!

Acertó el infiel con el lado vulnerable del religioso caballero que gritó fuera de sí:

—Perro!... blasfemo! He de arrancarte la lengua antes que pongas en la Virgen sin mancilla.

Y el estallar de la cólera del cristiano paladin, no fué un poco enérgico que dejase de alcanzar al zegri con un buen tapa-boca con su manopla de acero. Retrocedió el ofendido musulman tirando inmediatamente del alfanje. Sus demas compañeros creyeron que debian sostenerle y se agruparon al rededor, los gritos de muerte y de venganza resonaron en todo el patio y don Juan se vió cercado de enemigos sedientos de su sangre: pero él ya habia puesto mano a la espada, habia procurado resguardarse con uno de los pilares del patio, y comprendiendo que se hallaba en puesto donde era preciso sostener el honor de su patria, mil vidas hubiera dejado en él, antes que infamar alguno de los cuarteles de su escudo. Felizmente pronto fué sacado de tan azarosa posicion.

—El rey!.... el rey!

Unánimemente, al escuchar estas palabras todos se apartaron cediendo el paso al mismo Muley, que seguido de su guardia llegó hasta los contendientes. Los abencerrages se retiraron al instante, los zegries envainaron sus aceros, murmurando en voz baja, y solo don Juan y el zegri permanecian frente á frente, en profundo silencio y con las armas en la mano. Una indicacion de Muley bastó para que el zegri rindiese el arma a los pies de su soberano, á quien, aunque no le pesaria que humillasen al embajador enemigo, todavia conoció que era deber de su política el evitar tan loca querella que pudiera ocasionar fatales resultados. Viendo á don Juan mas dispuesto á imitar la accion del moro, le dijo afablemente:

—Señor caballero, no os empeñeis en sostener un fuerte combate. Por el contrario, ofrecednos tambien vuestra espada, dando asi á entender que os poneis bajo mi proteccion. Ella os protejerá aqui mejor que pudieran hacerlo vuestras armas.

La espada de don Juan la recibió Muley como un regalo que se le queria devolver. El conservar un recuerdo de su persona, tan oportunamente terminado por su interés

vencion, inspiró sin duda este deseo al rey moro, que entregó á don Juan al tiempo de su partida una cimitarra morisca de fino acero damasquino, con empuñadura de marfil labrado y vaina de cordoban carmesí con filigranas de plata. Aceptó él con gusto un cambio tan honorífico y ventajoso, diciendo estas palabras al monarca.

—Vuestra alteza, señor, me regala un arma muy preciosa y muy cortante; espero que llegará el dia de manifestar que sé servirme de ella.

III.

Apenas el señor de Vera se incorporó á su pequeña escolta de hombres que impacientes le esperaban, cuando todos juntos dieron la vuelta hácia sus tierras poco satisfechos del resultado de su mensage. Platicando iban por qué parages emprenderian su ruta, para no pasar cerca de alguna fortaleza morisca que no hubiera dejado de enviarles alguna granizada de flechas, pues desde la notable respuesta del rey moro, y los últimos acontecimientos ya podian mirarse como rotas las hostilidades. En esto oyeron á poca distancia pisadas de caballo y volviendo la cabeza, vieron venir un moro al galope por el camino en que se encontraban. Fácilmente reconoció en él don Juan, al infiel con quien habia tenido la reyerta en el patio de la Alhambra. Aquel moro poseido de los sentimientos rencorosos é implacables de su raza, sin olvidar ni ver satisfecha la pública afrenta que habia recibido, creyó que á él pertenecia buscar la satisfaccion personal saliendo á el alcance del cristiano hasta un sitio en que su rey no pudiera tan pronto interrumpirlos. Para comprender esta conducta del moro, es preciso recordar que en los habitantes de Granada estaba ya perdida aquella ferocidad característica de los hijos del desierto y reemplazada por el pundonor y sentimientos caballerescos de los guerreros orientales muy difundidos en toda la península. Por esta causa el altivo zegri no hizo mas que ajustarse una fuerte coraza dorada sobre el mismo trage que llevaba en la corte, cambiar su turbante por otro con almete de acero y montando en su caballo de batalla salió al galope á la vega, sin mas idea que la de alcanzar á su enemigo, sin mas designio que el de lograr pronta venganza.

Asi que divisó á don Juan y estuvo á una distancia suficiente para que le oyese, gritó:

—Aguarda, caballero, aguarda. Tú que sabes insultar en los palacios, veamos tambien si sabes combatir en la llanura.

Don Juan volviéndose á los suyos, les dijo:

—Dejadme solo con él. Su fatalidad le trae á su ruina.

Recordó interiormente á la virgen que era su causa la que iba á defender, y bajando su lanza partió inmediatamente contra el moro. Avínole bien esta impetuosidad y premura, porque quitó gran parte de la carrera á el caballo del moro que sobre ser mas poderoso estaba mas descansado. El primer choque fué terrible, ambos campeones se acertaron de lleno, pero ninguno saltó de la silla porque ambos eran vigorosos y estaban bien resguardados. Quebráronse las lanzas y don Juan perdió el escudo, quedándole el brazo izquierdo adormecido del golpe, y el caballo del moro mal parado del encuentro, se desbocó sin que su amo casi doblado sobre el arzon trasero pudiese contenerle en aquellos primeros instantes. Asi recorrió algun trecho de la campiña, hasta que enderezado sobre la silla y manejando diestramente la brida, volvió el corcel hácia el cristiano que sobre él acudia blandiendo la cimitarra de Muley. Prontocchó de ver el buen temple de aquel arma, cuya superioridad queriendo evitar el zegri, hizo el arriesgado movimiento usado en los combates para precipitar al contrario arrancándole de la silla. Entonces perdió el equilibrio, y un golpe dado con fuerza

y oportunidad le hizo caer el primero en tierra, donde antes que pudiera incorporarse, se encontró con la rodilla del cristiano puesta sobre su pecho donde le dió el golpe mortal.

Don Juan ufano con los despojos del vencido, se apresuró á salir cuanto antes de aquel territorio, dando triunfante la vuelta á su pais.

Esta fué la primera sangre vertida en la vega de Granada, para sancionar el rompimiento de la tregua y ser causa de una guerra de diez años entre dos naciones enemigas irreconciliables. Todas las fuerzas de la España cristiana concentradas por las poderosas manos de Fernando y de Isabel persiguieron y encerraron dentro de la orgullosa capital de Andalucía á toda la infiel poblacion de las campiñas. Larga fué la lucha, obstinada, y fecunda en hazañas increibles y portentosos hechos de armas: como que en ella ademas de los recursos del arte militar que la época permitia, se desplegó tambien cuanto pueden sugerir de atrevido y heróico el entusiasmo nacional y el sentimiento religioso. Apesar de todo, sin las rivalidades populares, sin las pasiones tan exaltadas y energicas que fomentaban la division mas deplorable en el momento decisivo en que era mas necesario reunir todas las fuerzas en defensa de la causa comun, todavia no hubieran logrado las armas victoriosas de los españoles triunfar tan pronto como triunfaron de aquel último baluarte de los moros en España.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE

ESTUDIOS HISTORICOS.

UNA REINA.

Marina (ó Maria) Muiszej era una jóven polaca, á quien el destino no prometió al nacer ninguna corona. Su padre Jorge Mniszej, nombrado palatino de Saudomir por Sigismundo Augusto en la época de su eleccion no tenia siquiera una de esas cualidades que pudiesen justificar los favores con que andando el tiempo habia de colmar la fortuna á su familia. Carecia de gloria y era ambicioso: pero como le faltaban todos los medios de encumbrarse, resulta que debemos sustituir el nombre de intrigante al de ambicioso. La educacion que dió á su hija todavia niña fué basada en principios de moral bastante dudosa y cuando desenvolviendo los años en Marina cualidades demasiado notables para no ser apreciadas, recibieron los proyectos de ambicion de su padre una especie de verosimilitud, se apresuró á hacerla dócil á sus lecciones para que las pusiese ella en práctica llegada que fuese la ocasion. Se asegura que una circunstancia que refiere la historia y que pudiera muy bien no ser mas que un hecho inventado despues del suceso, contribuyó á hacer educar á Marina como hija de rey para que la corona fuese ligera á su frente cuando se la ciñese un dia.

—Porque decia una prediccion, Marina será reina.

Una hechicera del Norte, una de esas mugeres conocidas en la historia de los cimbros debió la vida en una ocasion al palatino y su arte la introdujo en el palacio de Mniszej.

—Una hija tuya reinará un dia sobre un gran pueblo, dijo la Sibila al palatino mirando á Marina con atencion.... Su belleza y su alma le grangearán una corona.

Esta muger cuyo nombre ha conservado la historia se llamaba Koricka. Y desde que se oyó tal profecia en el palacio de Sambor se crió á Marina como á la hija de un soberano.

Ahora, para la inteligencia de la propia historia de Marina, es necesario hablar de los acontecimientos que pasaban á la sazon en Moscovia.

Emancipados los rusos hacia poco tiempo del vasallage de los tártaros.... no por eso gozaban de la mas apacible quietud interior.... Iban III, primer soberano ruso, que recibió el título de Czar habia vencido á Selim II y triunfado de los polacos y de los caballeros porta-espadas; mas no tenia fuerza bastante para domar la feroz índole de los subditos que gobernaba. Casi todas las disputas acababan con el hierro ó con el veneno, y cuando subió al trono de los Czares Iban IV fué bárbaro como el pueblo á quien iba á gobernar.

Fué Iban IV sin duda un déspota estravagante y cruel; pero fué legislador: la Rusia le debió entonces un código de leyes: inmenso beneficio para aquella época: acaso hubiera sido otro hombre si hubiese alcanzado otro tiempo; mas embrutecido por la disolucion, cruel hasta la ferocidad, acabó por no tener siquiera el valor que hasta entonces le habia hecho perdonar muchísimas cosas. Vinieron los tártaros de Krimea á incendiar los arrabales de Moscow. Suecos y Polacos fueron igualmente vencedores de los rusos é Iban en su brutal furor, blasfemando de la suerte y vencido en todas partes, mató á su propio hijo en un acceso de frenesí y murió machado de crapula y de sangre bajo la capucha de un fraile.

En su reinado conquistó la Rusia á la Siberia, descubierta por Anika Strogonoff y conquistada y sojuzgada por un cosaco llamado Yermack.

Al morir Iban IV dejó dos hijos que le sucedieran, Fedor I y Demetrio todavia niño. Era Fedor débil de espíritu y de cuerpo, tímido, supersticioso, é incapaz de reinar. Su padre, hombre sumamente hábil, creyó que la corona de Moscovia no se conservaria en su casa, sino tenia Fedor un consejo que gobernase por él. Su testamento otorgado en 10 de marzo de 1584 tuvo, pues, por principal objeto formar una especie de regencia compuesta de cinco miembros para ayudar á Fedor en el santo y penoso cargo de soberano. Dependia de esa disposicion la suerte de la Czarina y del jóven príncipe Demetrio: les asignaba por dotacion y residencia la ciudad de Uglitsch del Volga ... Era precisa esta esplicacion para continuar esta historia.

Tenia Fedor á la muerte de su padre 27 años: pero entregado absolutamente á prácticas de devocion abandonó el gobierno del estado á Boris Godunoff, presidente del consejo, que redujo pronto á la nulidad aquella especie de pentarquia y gobernaba la Moscovia bajo el título de Regente.

Boris Godunoff contaba á la sazon treinta y dos años: su talento era notable.... su alma de un temple no comun. Mas siendo vicioso por naturaleza y de ambicion sin límites, fácil es de conocer el camino que tomaria. Le estaba abierto el del trono á la muerte de Fedor: desaparecia un solo obstáculo: el jóven Czarowitz Demetrio... Cuando se cercioró Boris que la inocente cria-

tura era la única barrera que le separaba del trono se sonrió y aquella sonrisa fué una sentencia de muerte....

Avisada la madre del regio niño de los siniestros proyectos de Godunoff palideció y se deshizo en lágrimas, pero nunca abandonan á una madre el valor y la prudencia cuando peligra su hijo: se tomaron para el Czarowitz las mas minuciosas precauciones. Resuelto Boris á consumar su crimen, puesto que ya era conocido envió al punto á Uglitsch asesinos al efecto. La Czarina Irene los reconoció bajo el nombre de inspectores de palacio y desde aquel momento no se separó ya de su hijo. El aya del jóven príncipe que habia ofrecido primero su criminal cooperacion dándole veneno se horrorizó luego de aquella impía promesa y se negó á ayudarles. Los sicarios tenian, pues, que luchar á un tiempo con su propia compasion porque aquel niño sentenciado por el crimen era lindo, gracioso, bondadosísimo.., y con la vigilancia de una madre y la de una nodriza decidida que continuaba su ternura y su celoso cuidado cuando el sueño ó una necesidad precisa apartaban á la Czarina del príncipe un solo instante.

Mas Godunoff estaba impaciente: bramaba de furor al saber que no se habian ejecutado sus órdenes. Mandó un mensaje á Biatoffszcoi gefe de los asesinos para que de ninguna manera se apadase. Sonó la hora de la muerte para el regio vástago y en un momento de descuido de la madre llevó el aya la víctima á la galería que daba al patio del palacio, donde estaban Biatoffszcoi y demas asesinos. Sabia Demetrio que debia temerse, sin comprender el horror de su riesgo. Latió su corazon, pusiéronse blancas sus encendidas mejillas y una especie de calofrio agitó los bucles de su cabellera.

—Vamos con mi madre, dijo en voz baja a su nodriza, que acudió al punto en su busca alarmada con la desaparicion de su muy querido niño.

—Hermoso collar teneis, príncipe mio, esclamó Biatoffszcoi levantando la pesada cadena de oro que rodeaba el cuello del Czarowitz....

—¿La quereis? dijo el niño levantando su hermosa cabeza rubia y mirando al asesino con cariñosos ojos.

La respuesta á tan dulce voz fue una puñalada que dio Biatoffszcoi en la garganta de la jóven víctima: al punto quedó mutilado su cadaver que echaron sobre el de su nodriza que habia intentado defenderle...

El pueblo de Uglitsch amaba á Irene y á su hijo tan hermoso, tan interesante ¡aquel niño destinado á reinar en ellos algun dia! Mataron á los asesinos, ninguno de ellos volvió á Moscow á cobrar el precio de su infamia: y aquella justicia expiatoria no tuvo mas resultado que vengar un crimen, porque el efecto meditado de aquel crimen se realizó al fin, y cuando murió Fedor á causa de sus enfermedades de allí á pocos meses subió Boris Godunoff al trono de los Czares y recogió el fruto de su crimen.

Fue Fedor el último príncipe de una dinastía que en el espacio de 736 años dió á la Rusia cincuenta soberanos.

Despues de haberse abierto el camino del trono con el asesinato de su legítimo soberano y con otros crímenes, fingió al príncipe Boris no querer aquella corona que habia comprado tan cara. Cuando la colocó en su frente le pareció á la Europa lo que era siempre la de los soberanos moscovitas, una venda manchada de sangre y cada dia se señaló con mas repugnantes crueldades. Ahora comienza el drama en que tan gran papel hace Marina Mniszej. Era necesario sentar estos preliminares.

En la época á que hemos llegado tenian los jesuitas gran influjo en una parte de la Europa y el propósito de estenderle al mundo entero. Sin discutir ahora el mayor ó menor bien que podia resultar de su dominacion, diré solamente que casi siempre llevaba consigo la cultura y el progreso: entonces deseaban ellos hacer á la Moscovia católica y aquel deseo si ocultaba alguna ambicion tenia al menos una apariencia loable. Pero les era muy difícil no solo conseguir el objeto, sino hasta el tratar de emprenderlo. Solo se les presentaba una coyuntura: á la verdad tenian que esponer la Polonia y la Rusia á una pérdida mutua ó al menos á espantosas calamidades: ¿mas qué importa? fuerza era probar para lograrlo.

Parecia haber triunfado Boris Godunoff de todos los obstáculos de que le habia rodeado su situacion. Reinaba en una especie de calma cuando cunde de repente por toda la Rusia una voz estraña: «Se dice que Demetrio no cayó bajo el puñal de los asesinos, sino que vive y viene á reclamar del usurpador el trono y la corona de sus padres.» Corre al punto esta noticia, adquiere consistencia y sabe Boris á no dudarlo que ha salido su víctima del sepulcro y que está en aquel momento en casa del Palatino de Sandomiro Jorge Muiszej, padre de Marina y decididamente protegido por Sigismundo III rey de Polonia.

Es verdad.....

Algunos meses antes habia comunicado el metropolitano de Rostoff al patriarca de Moscow que en el monasterio de Tschudow habia un fraile jóven que se decia el Czarowitz Demetrio: no hizo caso el patriarca de este aviso y viendo el metropolitano el sorprendente efecto de aquella rara noticia..... se lo refirió al mismo Czar que asustado todo como si viera un espectro mandó en el acto á Smirnoff Vassilieff, uno de sus secretarios, remitiese una órden para que se desterrase para siempre de los confines del imperio al fraile del monasterio de Tschudow. Sminoff se lo dijo á Eufeano, compañero suyo, quien avisó inmediatamente al jóven fraile proporcionándole los medios de huir con otros dos frailes que no quisieron abandonarle... Marcharon hácia Kiow teniendo cuidado de no hospedarse mas que en conventos. En la celda que dieron al fugitivo en el monasterio de Novogorod Swersky dejó el siguiente billete:

«Yo soy el Czarowitz Demetrio, hijo de Iban IV y no olvidaré la buena acogida que me han hecho en esta santa casa, luego que suba al trono de mi padre... »

El *archimandrita* (1) á quien se entregó este billete no dió parte á las autoridades superiores: le guardó y a nadie dijo nada. Tambien es estraño que se ocultó la evasion del jóven fraile al Czar quien le creyó ya en el destierro.

Este fraile á quien llamaban en el convento Gregori ó bien Grischka (Gregorito) segun decian los partidarios de Boris no era mas que el hijo de un pobre hidalgo de Galitch y se llamaba Yuri (Gregorio) Otrepieff. Lo cierto es que el tal Gregorio Otrepieff ora no fuese mas que esto, ora fuese realmente el infeliz Demetrio era un jóven de talento, resuelto, que vivió siempre entre las familias de Romnanoff y de Tscherkasky, ambas enemigas del usurpador y de sus primeras. Cansado Otrepieff de servir se metió fraile: hizo por algun tiempo una vida errante cambiando muchas veces de convento y entregado al parecer á una profunda melancolía, lo que observaban los que vivian con él... Por último, al pasar por el monasterio de Thudow el patriarca Jacob reparó en su talento y su saber, se le asoció en clase de secretario y le llevó consigo al palacio de los Czares. Pero pronto se opuso Otrepieff á continuar con el patriarca ó porque el aspecto del que ocupaba su puesto ofendiese la vista del jóven proscrito, ó porque aquel aparato de grandeza inflamase la ambicion del aventurero: pidió, pues, y consiguió volver á su retiro. Entonces se descubrió y fué desterrado como hemos dicho mas arriba. Pero ¿sobre quién pesaba la proscripcion? ¿Castigaba Godunoff solo á un falsario ó heria el usurpador á su víctima dos veces?

(1) En otro tiempo el superior de una iglesia griega.

Despues de haber vagado el fugitivo largo tiempo llegó por fin á las tierras de Polonia, asilo comun de los enemigos de los rusos: allí vivió bastante triste: reducido á esconderse solo para asegurar su vida porque no estaba en la miseria, estuvo varios meses en casa de los palatinos de Kiovia y de Rusia roja y despues en la del príncipe Akan Wisniowiecki: en casa de este fue donde dió á entender por primera vez que era el Czarowitz Demetrio. El príncipe le dió entonces á conocer á su hermano Constantino y este le presentó á su cuñado Jorge Miniszej, padre de Marina, á quien la hechicera de los bosques de la Lithuania le habia predicho que seria reina. Ahora comienza el nudo del misterioso é interesante drama de esta muchacha.

Una noche en medio de una conversacion de mucha importancia para el príncipe proscrito vinieron á anunciar al príncipe Wisniowicki que su huésped, pues hacia algunos dias que Gregorio habitaba en su palacio, acababa de ser atacado de una enfermedad con síntomas muy alarmantes: prodigáronle los mas asiduos cuidados, mas el infeliz jóven estaba malo en efecto: declaró el médico que no habia esperanza y el enfermo pidió un confesor. Es de advertir que hasta aquel momento no habia dicho el jóven de un modo terminante que fuese el Czarowiz Demetrio.

Habia en casa del príncipe Akan un sacerdote católico polaco de la compañía de Jesus, llamado el reverendo padre Gaspar Sawicki: él era quien enseñaba á Gregorio Otrepieff á hablar y á escribir el polaco: y él fué tambien el que entró en el cuarto del moribundo para recibir su confesion.

El momento era solemne. Marina cuyos pensamientos fijos largo tiempo en el trono tenian una mira que parecia próxima á satisfacerse, no habia podido menos de dirigir sus ojos varias veces hacia aquella víctima de una feroz ambicion, que venia á morir en una tierra estraña, junto á una muger de quien su amor habria podido hacer una reina... Gregorio era jóven, era hermoso,



La confesion.

Marina le amó y este pensamiento de muerte le helaba el alma... Su padre cuyos ambiciosos sueños se desvanecian al ir á realizarse estaba sombrío y meditabundo. Los otros personages de este drama extraordinario, aunque se hallasen menos directamente comprometidos que Marina y su padre, lo estaban al menos por su interés en suscitar alborotos importantes entre los rusos. La vida ó la muerte de aquel hombre que podia resolver todas las cuestiones principales era por consiguiente de suma importancia para todos. Sin embargo no habia hablado: mas una circunstancia singular fué mas elocuente que él.

En medio de su delirio, en el ardor de su fiebre habia tenido siempre como un instinto de oponerse á que le viesen un objeto que tenia sobre el pecho. Al cabo en un desmayo completo no tuvo fuerzas para impedir que descubriesen lo que con tanto empeño ocultaba. Era una cruz de diamantes y de rubíes de gran valía y en una palabra tal como pudiera tenerla un soberano. Al volver en sí pareció Gregorio turbado y no habiendo querido despues responder á ninguna pregunta, aun hecha con el mayor interés, recayó en su estado de abatimiento y así es como hizo creer que aquel era el último dia de su vida.

Cuando se presentó el jesuita en la galería donde le esperaban las dos familias reunidas, con todos sus amigos, era grave su aire y su espresiva fisonomía revelaba grandes cosas.

—Monseñor, dijo al príncipe Wisniowiecki, es tan importante lo que tengo que deciros que no puedo hablar sino delante de vos y de los miembros mas íntimos de la familia.

Todos los que no estaban designados por el jesuita se retiraron al instante.

—Monseñor, prosiguió el padre con suma agitacion: no nos habiamos engañado, el infeliz que está espirando bajo de vuestro techo, es el príncipe Demetrio, el hijo de Iban.....el Czar de Moscovia.

Marina no pudo contener un grito.....

—El mismo acaba de confiarme este importante secreto, no á título de confesion, porque él no pertenece al rito latino..... Oh! dijo el jesuita dejando caer

en una silla; cuanto ha sufrido el desdichado! y cuanto sufre todavia! Morir así lejos de los suyos, sin una mirada amiga que le acompañe al sepulcro.... Oh! ¡Que cuenta tan estrecha tiene que dar a Dios el que le ha conducido á ese estremo de desgracia!

Marina lloraba.....

—Pero ¿ no hay esperanza? preguntó ella con angustia.

—Yo le he dejado muy mal: rendido del esfuerzo que habia hecho para hablarme. El médico le ha prescrito el mayor reposo: pero se promete ya muy poco.

El palatino Mniszej estaba abrumado.

—¿Y qué os ha dicho? preguntó por fin al jesuita.

—Pocas cosas pero que descubrian todo y lo confirma este rollo de papeles.

Y presentó á los dos príncipes un rollo de pergamino en que estaba escrito lo que sigue.

«El cadáver que teneis delante (1) ya le encontreis destrozado en un camino..ya cubierto de harapos muerto de hambre, de miseria ó de frio en el atrio de una iglesia, este cadáver es el de vuestro soberano..de Demetrio Ybanowitch, Czar de Moscovia... En el momento de comparecer ante Dios juro y protesto que soy el único y legitimo sucesor al trono de Moscovia, de mi padre el Czar Ivan. Boris Godunoff fué mi asesino: queria la corona y no podia poner en ella la mano sin mancharla con mi sangre... Mi madre y yo fuimos desterrados á Uglitch, los sicarios de Boris fueron á buscarme allí: mi ayá vendida al asesino me entregó á el y debi perecer: solo la providencia me salvó. Un aleman llamado Simon que sabia la hora del asesinato vistió á otro niño con mi traje y el desgraciado fué herido en mi lugar, á través de noche, los asesinos se llevaron chasco. Simon me habia escondido y al dia siguiente el buen hombre me condujo á Polonia con riesgo de su vida: á muy poco tiempo le perdi.... Yo era todavia niño pero la intensidad del peligro me reveló el horror de mi posicion como si hubiese sido ya adulto..... quede pues abandonado, proscripto, miserable.... sin haber podido olvidar un solo instante que mi puesto era un trono.»

ENCOMENDADME A DIOS.

—¿Ha muerto ese hombre? esclamó el Palatino de Sandomir....

—Oh! Dios mio! decia Marina llorando y juntando las manos; con que no hay esperanza!

Mniszej habia caido en un profundo estupor.... Tomó á su hija en brazos, la besó con emocion y la dijo que se calmara.

—Al instante podemos saber si es el hijo de Ivan: aqui mismo, en Sandomir hay un gentil hombre del príncipe Sapicka llamado Piotrowski y otra persona de mi confianza.

Uno y otro pasaron un año entero cerca del desgraciado Czarowit en Uglitch. Que vengan al momento.

Hiciéronse los dos reconocimientos: una señal muy visible á un lado de la frente, una berruga, un brazo mas corto que el otro eran signos demasiado notables para que no las conociesen dos hombres que habian estado viendo al príncipe todos los dias por espacio de un año. No solo le reconocieron, sino se hallaron las señas.

Gregorio continuaba sin conocimiento. La enfermedad luchaba con una naturaleza llena de vigor, con una naturaleza de 20 años. No parecia que el infeliz ansiaba la vida, sin embargo salió esta vencedora de la muerte. Desaparecieron los síntomas alarmantes. Marina y su padre le cuidaron no solo con el respeto debido al soberano de Moscovia, sino con un interes mas tierno, sobre todo la jóven porque le amaba.

Pronto aquel afecto se convirtió en amor y aquel amor en una pasion profunda. El alma de Marina simpatizaba mucho con la fuertemente templada de Demetrio, con aquella alma dominada por el único pensamiento del poder y de la venganza y para quien era indiferente todo lo que mediase entre la púrpura y el sayal. Para él no habia mas que dos coronas, la de fraile ó la de Czar.

—Para mi, decia á Marina, cuando prestándole el apoyo de su brazo le conducia lentamente por los jardines de palacio para respirar un aire mas puro, para mi, la decia con aire triste, no tiene la vida mas que dos moradas, el palacio de un soberano ó el claustro.

Y Marina le escuchaba con los ojos humedecidos con lágrimas que hace correr una voz amada cuando pronuncia nobles palabras...Ella amaba aquel jóven de frente altiva, de mirada profunda, cuyo espíritu medio cultivado en su primera infancia se entrevcia bajo de un esterior agreste y casi salvaje: porque aquel hombre, cuya vida habia corrido hasta entonces entre las últimas clases de la sociedad, presentaba á los ojos de Marina una índole rara, llena de contrastes y de encantos.

Pronto fué ella amada como amaba. No pudo Demetrio ver, sin conmoverse de corazon, aquella niña tan hermosa, tan notable por la elevacion de sus pensamientos que se los consagraba y que se le consagraba ella misma. Aceptó él este doble don. Su confianza no tuvo ya límites, descubrió al Palatino de Sandomir todas las relaciones que habia conservado con la Rusia: eran inmensas. Por último el 25 de mayo de 1604 Demetrio Czar de Moscovia y Jorge Mniszej Palatino de Sandomir, firmaron en Sambor residencia del último, un tratado por el cual se obligaba Demetrio á casarse con Marina tan luego como fuese reconocido por Czar de Moscovia, dándole en propiedad los ducados de Novogorod la grande y Pskow. Se obligó tambien solemnemente á hacer edificar para ella una iglesia católica y á dar un millon de ducados al Palatino de Sandomir.

Se vé que este no se descuidaba.

Decia un artículo adicional exigido por el P. Gaspar Sawicky que debia el Czar establecer en Moscovia la religion católica á toda costa. (1)

Prevenido Segismundo favorablemente por Jorge Mniszej acogió al príncipe desgraciado como podia hacerlo un gran rey.

—Dios os guarde, Demetrio, le dijo el rey de Polonia cuando le fué presentado. Seais bien venido á nuestra córte porque en virtud de las pruebas que nos han dado os reconocemos por príncipe legítimo de Moscovia y considerándoos amigo nuestro y bajo nuestra especial proteccion os autorizamos á tratar con los señores de nuestro reino, dándoles igualmente permiso para que os acudan con su ayuda y su consejo.

Y en el mismo dia le asignaba el rey Sigismundo una pension de 40,000 florines.

Nada podia el rey sin la Dieta, y Juan Zamoiski que podia todo con aquella asamblea estaba contra la espedicion á Moscovia. Acosado Sigismundo por las instancias de Mniszej se limitó á proteger secretamente á Demetrio y á suministrarle de aquel modo todos los auxilios para la empresa. Marina, cuya ambicion se duplicaba entonces por el amor, exhortaba á sus compatriotas para que sirvieran la causa de un príncipe sin ventura y le proporcionó gran número de señores que se alistaron en su bandera para combatir á Boris Godunoff. Reunióse junto á la ciudad de Leopol toda aquella juventud ardiente y deseosa de castigar á un usurpador asesino. Marchaba Demetrio á la cabeza de tan lozana tropa que animaba con su aire altivo y resuelto. Se conocia que iba en busca de su corona ó la muerte.

A poco fué reforzado el ejército con gran número

(1) En la aventurera vida que llevaba el jóven príncipe era natural que llevase escrito este documento para despues de su muerte.

(1) Esto fue lo que perdió á Demetrio.

de moscovitas tránsfugas. El nombre de Iban era el de un tirano mucho mas para el resto de Europa que para sus súbditos: habia dado leyes á la Rusia, y hécholo triunfar de los tártaros: era valiente y esta cualidad le habia tapado muchos vicios á los ojos de una nacion totalmente guerrera: el nombre de su hijo fué, pues, omnipotente. Todos los que sirvieron á las órdenes del Czar se incorporaron á las banderas de Demetrio y cuando pasó el Dnieper el 16 de octubre de 1604 tenia ya un ejército que le daba derecho á hablar como señor.

Tembló Boris sobre el ensangrentado trono que ocupaba solo por asesinatos. Conoció que necesitaba reunir todas sus fuerzas para vencer á un enemigo que podia engrosar hasta el punto de aterrarle á él. Junta un ejército de 80000 hombres y le envia contra el que llama impostor con órden á Iban Schouiski que le manda que le lleve su cabeza.

Parece que debe terminar aqui tan estraño drama: Demetrio no tenia mas que 15000 hombres y las fuerzas rusas eran muchísimas mas. Los polacos piden la batalla: formaban la tercera parte del ejército del Czarowitz. Demetrio lleno de ardor y de fé en su causa acepta con alegria. Mas antes de dar la señal de acometer se adelanta á su ejército y arrodillado esclama:

—Dios mio! bien conoceis mi alma! si mi causa es justa, dadme la victoria: si es injusta que ahora mismo me parta y me confunda vuestro rayo como á un sacrílego impostor!

Comenzó el combate; fué desesperado. Tan sangrienta fué la carniceria que andaban los dos partidos sobre sangre. El ejército moscovita quedó destruido. Y entre tanto se libraba Boris del castigo muriendo como un justo. Falleció en Moscow como soberano legítimo y le sucedia su hijo Fedor y subia al estremecido trono. Mas la muerte de su padre cambió tambien su destino y cuando se presentó Demetrio al ejército ruso Romanoff mismo le ayudó y le reconoció por soberano. En todas partes fué bien acogido, de todas partes salió vencedor. En seguida entra en Moscovia. A su vista lanza el pueblo gritos de alegria, se echan á vuelo las campanas de todas las iglesias, llueven flores sobre el jóven soberano: es un delirio, es una alegria tanto mas viva cuanto que Demetrio es jóven y hermoso y que su historia tiene un color romantico y lastimero que redobla el interés por él y le hace irresistible.

Empero varios horrores señalan esta entrada que ha debido ser un puro triunfo. Gritos de muerte y desesperacion se mezclan á los cánticos de alegria del pueblo alborozado. Es entregada á los verdugos la Czarina viuda de Boris y ahogado su hijo Fedor sobre el mutilado cadáver de su madre ... Toda la familia de los Godanoff acabó en los suplicios.

Irene madre de Demetrio se habia retirado a un monasterio de Moscow. Pasados los primeros momentos corrió el hijo á su madre y la pidió su bendicion. Le abrazó Irene con ternura, le reconoció por su hijo y al siguiente dia fué coronado Demetrio en la capital de Moscovia como su legitimo soberano. Un terrible huracan que derribó la cruz y detuvo la comitiva pasó por un agüero de los que tanto influyen en los ánimos y principalmente en aquella parte del Norte. Mas cuando se vió á Demetrio precipitarse sobre el sepulcro de su padre y llorar y pedir venganza contra quien le turbó sus últimos dias se creyó en una desesperacion que no podia ser fingida. Los grandes dolores llevan un sello que no engaña.

Asi que se instaló pacifico poseedor de la corona de su padre sobre el trono cuyas gradas habia enrojecido con su sangre quiso que la que amaba le dividiese con él. Partió para Sandomir una solemne y magnifica embajada encabezada por Atanasio Wassilieff con encargo de pedir á Marina en nombre del Czar de Moscovia. A i se realizaban á un tiempo para la jóven sus sueños de amor y sus sueños de ambicion, al paso que su padre no pensaba en mas que en el porvenir de suegro de un soberano.

Habianse celebrado en Cracovia las bodas de Marina con todo el ceremonial de los soberanos antes de salir de Polonia. Seguida Marina de una magnifica comitiva se habia trasladado al palacio de Tirley elegido para la celebracion del casamiento. Alli fué recibida por Sigismundo III que se la *concedió* segun se decia entonces, el Czar Demetrio en cuyo nombre se desposó el embajador moscovita Atanasio Wassilieff siendo padrinos el rey de Polonia, la princesa Constanza, archiduquesa de Austria desposada tambien de Sigismundo. Asistian á este acto gran número de señores polacos todos del rito católico y monseñor Rangoni Nuncio del Papa. El cardenal Maciowsky fué quien dió la bendicion nupcial á la jóven Czarina que muy feliz veia colocar sobre su frente la doble corona de los reyes y del amor correspondido.

El 13 de abril llegó Marina á las fronteras de su imperio. Entonces principió para ella la existencia que solo habia entrevisto imperfectamente en sueños. Entonces vió el amor de Demetrio junto con el orgullo del soberano y aquella ambicion que habia de ahogar despues todo recuerdo amoroso en el corazon de la muger no estaba aun tan desarrollada en el de la jóven que no sacrificase la esterioridad de la vida pública por ir á buscar la suave y deliciosa impresion de un amor profundo en todo lo que se la presentaba y podia ofrecersela.

Advertia que era amada hasta en los mas estériles cuidados de una etiqueta que empleaba el amor como un medio mas de cautivar..... Entró en Moscow rodeada de un pueblo rendido que invocaba sobre aquella union todas las alegrias del cielo: y la bella Marina cuyas puras facciones recibian un encanto mas con el reflejo de las emociones de aquella grande alma que rayaba al cabo en sus altos pensamientos y en la dicha del amor que eclipsa todas las otras. Marina estaba en aquel instante resplandeciente de hermosura sonriendo á aquel pueblo que se volvia el suyo.

Por do quiera iba el clero á darle el pan y la sal: todos los dias la daban en nombre del Czar telas preciosas y de esas pieles tributo de los habitantes de las orillas del Oby que no se pagan con dinero: mientras magníficos trineos la llevaban con la rapidez del viento á los palacios dispuestos para recibirla. Al fin el 12 de mayo acabó aquel viage que fué para Marina un verdadero encanto. Llegó cerca de Moscow, alli hubo de detenerse para hacer otro sacrificio á la etiqueta soberana: se levantaron tiendas para que fuesen admitidos los grandes del imperio á besar su mano mientras se acercaba la coronacion. Despues rodeada de todo un pueblo que admiraba su belleza se dirigió al monasterio de las vírgenes, retiro de la Czarina viuda, madre de Demetrio. En aquel santo lugar fué donde volvió á verle no ya fugitivo, desgraciado, vagamundo, próximo á morir de miseria en un camino estraviado, sino hermoso y enaltecido con todo el prestijio del poder y con el lujo de la soberania.

Permaneció Marina al lado de Irene hasta el dia de su coronacion. A la mañana partió para Kremlin donde fué recibida en la sala Almenada por los primeros Boyardos y los embajadores de todos los reyes de Europa: tomó asiento en el trono, y habiéndole presentado Miguel Nagoi la corona de monomaco y la diadema las besó devotamente. Entonces Basilio Schouski arengó á Marina en nombre de la nobleza del imperio y despues se puso en marcha la comitiva para la iglesia de la Asuncion, donde debia hacerse la doble ceremonia de la consagracion y de la confirmacion del casamiento.

El camino que siguieron los nobles desposados esta-

ba cubierto de terciopelo encarnado y de telas de oro: montones de flores caian á sus pies mientras tronaba la artilleria de la fortaleza, repicaban las campanas y que empavesadas las ventanas con banderas y blasones se veian llenas de un gentio inmenso que llamaba todas las bendiciones del cielo sobre los jóvenes soberanos. La misma naturaleza en toda su pompa en aquella época del año parecia querer contribuir á la magnificencia de la fiesta: el tiempo era muy hermoso y el sol derramaba torrentes de luz sobre las cúpulas de oro de la antigua ciudad Moscovita haciéndolas resplandecer con mil fuegos.

Llegado que hubieron á la iglesia colocáronse los esposos en un estrado que se alzó en medio de la nave: el Czar ocupaba un trono de oro que le habia enviado el emperador de Persia para tan solemne ocasion y Marina un trono de plata.. .. A una seña del patriarca se acercaron á la Czarina las damas de su servidumbre entre las que se veian señoritas de las primeras familias del imperio y le quitaron su corona de novia: se arrodilló ella delante del patriarca que impuso la cruz santa á la jóven polaca que venia tan de lejos á buscar una corona!... en aquel momento se alzaron nubes de perfumes girando en torno de los antiguos pilares de la iglesia. Esparció el órgano sus religiosos sonidos por bajo sus bóvedas gó ticas y cien voces puras entonaron en honor de los esposos el himno de la *plurimos annos*... Despues echó el patriarca al cuello de Marina la cadena de monomaco, la consagró, la dió la comunion... Así fué como Marina Mniszej, hija del Palatino de Sandomir, se vió consagrar y coronar soberana de un gran imperio aun antes de ser muger del soberano de aquel imperio, porque no se celebró el matrimonio hasta despues de la ceremonia de la consagracion. Luego que se acabó todo el Czar y la Czarina ambos jóvenes, ambos hermosos y mas en aquel instante en que estaban satisfechos todos los sentimientos mas imperiosos de sus corazones, Demetrio y Marina salieron de la iglesia de la mano con la corona y con el manto imperial. Llegados al dintel del templo se pararon y el príncipe Mcislawski tiró sobre ellos segun antigua usanza de Moscovia multitud de monedas de plata que tenia en un vaso sagrado... las recogió el pueblo y aquel dia duró mucho en la memoria de los pobres de Mocow.

Las mas suntuosas fiestas inauguraron el advenimiento de Marina aumentando su alegria por espacio de un mes. El amor que la profesaba Demetrio, se conocia sobre todo en las fiestas en que el lujo del Asia duplicaba el que el gusto de occidente acababa de introducir en los desiertos de la Rusia. Y sin embargo el cielo no estaba ya tan sereno, el horizonte se cargaba de nubes y Marina ahogada con las diversiones y los besos de amor de su esposo se dormia como él, á pesar del ruido de la tempestad que resonaba ya de una manera siniestra bien cerca de ellos.

Es una desgracia estar mucho mas adelantado en luces que el pueblo que uno es llamado á regir cuando no se tienen fuerzas para hacerle plegarse á la voluntad, que era preciso siquiera. Habia habitado Demetrio bastante tiempo en la tierra de la libertad, en esa Polonia siempre querida, siempre admirada aunque se critica alguna vez su turbulencia y la agitacion de su vida política para no conocer toda la reforma que requeria la Rusia para llegar á ser un gran pueblo. Pedro el Grande que reinó despues de él esperimentó lo mismo y no pudo realizar sus proyectos de reforma sino consolidándolos con oleadas de sangre. Pero Demetrio al llegar á un trono vacilante, no solo bajo su propio peso, sino bajo todo el que intentase mandar y mas aun hacer innovaciones sintió pronto el efecto de la crueldad de un pueblo, que todo le echaba en cara el rodearse de estrangeros y el distribuir todas las gracias á los polacos... Independiente y de carácter altivo quiso Demetrio seguir su inclinacion; inclinacion que le llevaba á proteger á los paisanos de la mujer que adoraba y á quien por otra parte creia capaz de civilizar á sus súbditos: no respondió, pues, sino con una sonrisa de desprecio á la *queja* que le dirijió Tatischtscheff públicamente por haber comido ternero.

Pero la queja mas importante á los ojos de los rusos y sobre todo de aquellos viejos Boyardos, apoyo entonces del trono de los duques de Moscovia, fue la obstinacion de Demetrio en conservar el traje polaco. Pronto se formaron complots recorriendo los descontentos las tabernas de Moscow donde bebe el pueblo con tanto gusto la caliente bebida que se compone de enebro. Alli se habló de Demetrio, se atacó la verosimilitud de los hechos que las mismas jentes de Moscow habian acogido con transporte pocos meses antes: en breve tomaron cuerpo aquellos planes que antes no tenian consistencia: los descontentos se agruparon en torno de una bandera y la sentencia del jóven Czar y de Marina estaba en estas palabras. *Odio y muerte á los estrangeros...!*

Basilio Ibanowitsck Schuiski, el mismo que habia arengado á Marina en nombre de la nobleza rusa, fué el escogido por la rebelion para su gefe. Se descubrió la primera conspiracion. Entregado Schuiski á un tribunal, le sentenció á muerte, y hubiera perecido á no ser por Marina, que no pudiendo separar la idea de aquel hombre del glorioso dia de su coronacion pidió y obtuvo de Demetrio su perdon. En el momento de firmar se detuvo.... Parecia que un presentimiento siniestro le gritaba que fuese justo ó que le costaria la vida.

—Por qué me pides esa gracia? dijo á Marina mirándola con tristeza: á la verdad que no puedo firmar.

Marina se sonrojó y palideció en un momento. Parecia que el Czar declinaba su poder.... Se acercó ella á Demetrio, pasó un brazo al rededor de su cuello, le atrajo dulcemente á sí, y despues besándole en la frente, le miró con aquellos ojos que hacian latir el corazon de quien seguia siendo su amante.

—*Hazlo por mi!* le dijo ella.... firmalo por mi! El tambien la miraba con ojos de amor. La estrechó fuertemente contra su pecho.... y firmó. Infeliz...! lo que habia firmado era la sentencia de muerte para los dos...!

Una noche (el 16 de mayo de 1607) estaba el tiempo revuelto: el aire hacia torbellinos de polvo en los vastos campos que se paraban entre sí los palacios de Moscow. Comenzaba á llover, y para huir de la tempestad se entraban muchas gentes en las casas, y muchas en las tabernas. En el rincon mas escondido de una de estas habia un hombre sentado, cuyo rostro medio oculto con la piel de su gorra no dejaba ver mas que una boca que se sonreia á veces con una espresion infernal. De cuando en cuando un movimiento involuntario, hacia que se descubriese, el vestido brillante, la cadena de oro y la manga bordada de pedreria de los Boyardos: pero al momento componia la ancha capa parda que le tapaba y de nuevo se quedaba hecho un oscuro desconocido en medio de aquella multitud estraña tambien.

Parecia que aquel individuo escuchaba con mas particular atencion á otro hombre que hablaba con fuego de los rusos y de los polacos. Claro estaba que el orador era uno de esos rusos, verdaderos hijos de la Moscovia, fiel á sus costumbres y dispuesto á dar su sangre por ella. Era alto, de estatura atlética y sus facciones llevaban el sello de una alma tan pura como fuertemente templada.... Pronto se alzaron las voces: el ruso parecia animarse, conoció que no seria dueño de sí mucho tiempo: se echó á la calle y se alejó de la taberna luchando contra la tempestad que redoblaba con violencia.

—Gloria á Dios! salud á Kosma! dijo una voz á su lado haciéndose oir apesar del huracan. Volvióse el ruso

con viveza ... y vió cerca de sí al hombre de la capa que acababa de dejar en la taberna.

—¿Qué me quereis y de donde sabeis mi nombre? le preguntó.

—He visto á Kosma Minin (1) delante de los enemigos de la Rusia. Le he visto en Nijniy socorrer con su dinero á sus conciudadanos menesterosos. He visto á Kosma defender delante de los ancianos de su pueblo los intereses de todos contra los suyos.... ¿Es este el mismo á quien he visto fraternizar con nuestros tiranos?

—Entreabrióse la capa del desconocido y á la luz de la lámpara que ardia delante de la imagen de S. Nicolás reconoció el ruso ciertas insignias y se descubrió.... El desconocido puso un dedo en su boca.

—Silencio...! ¿Continúas siendo verdadero hijo de la antigua Moscovia?

Kosma levantó los ojos y las manos al cielo.

—Dios me es testigo, esclamó.

—No te exijo juramento.... te exijo que te muevas!

—Contra quien...?

En aquel momento una turba de jóvenes montados en caballos de la Ukrania pasó á galope cerca de ellos gritando y cantando y haciendo girar en sus manos los sables desnudos. Al pasar uno de ellos cerca de Kosma le quitó la gorra con la punta del sable, la tiró al suelo y desapareció riendo alegremente con sus compañeros. Todos llevaban el uniforme polaco!...

Fué Kosma á recoger su gorra, cuya piel se habia manchado.... la sacudió, se la puso.... y volvió con calma hácia el desconocido.....Pero su fisonomía mudó, se tornó feroz y su respiracion penosa... se ahogaba.

—Vamos! le dijo el desconocido! que te parecen tus hermanos los polacos? ¿por que no te has echado á los pies de sus caballos para servirles de alfombra.....?

Un sonido ronco y terrible salió del pecho del paisano de Nijniy.

—Ah! esclamó dándose en la frente con entrambos puños.... Dios mio! aconsejadme! y despues alzando noblemente su cabeza:

—Príncipe Schuïsky, dijo al Boyardo que seguia todos sus movimientos con maligna curiosidad: sin duda los polacos abusan de su influjo sobre nuestro Czar; pero no debemos olvidar que fue en Polonia donde se conservó nuestra joya mas preciosa para volver entre nosotros: ¿no es la Polonia quien nos ha devuelto esa última gota de la preciosa sangre de Ruriek.....? Nuestro muy querido Czar ha sido salvado por la Polonia, príncipe! ...!

Una risa brutal respondió á este noble arranque.

—*La sangre de Rurick!* esclamó al cabo ¿tambien eres tu del corto número de tontos que creen semejante fábula... ? Demetrio fué degollado y no ha salido mas de



La Gorra quitada.

su ataud... Ese no es mas que un impostor... Quieres contribuir á la salvacion de tu patria...?

—Como?

—Ven aqui, mira.... ¿Qué ves sobre esas puertas?

—Dos cruces encarnadas. (1)

—Pues bien, indican la muerte de los que duermen ahi su último sueño; el sol no saldra ya para ellos... Vete á Nijniy, Kosma, y haz en tu ciudad lo que nosotros vamos á hacer en Moscow.

Kosma no respondió al principio.

Si Demetrio es un impostor, respondió al cabo, es preciso que muera. Mas y si no lo fuese...? y los espresivos ojos del honrado patriota decian al ambicioso que su brazo moscovita bien podia castigar un culpable, pero que no heriria una victima....

—Medios tengo de saberlo, añadió.... Entonces haré mi deber, segun la conviccion a que llegue.

(1) Kosma Minin, carnicero de Nijniy-Nowogovod. Este hombre que será colocado entre los mas ilustres de su patria si llega á tener un Plutarco adquirió gran popularidad por sus virtudes y servicios. Sin embargo ha estado sepultada su memoria cerca de doscientos años. El emperador Alejandro fué el primero que le hizo justicia. La estátua de Kosma forma en el dia uno de los principales adornos de Moscow.

(1) Los rusos habian marcado las casas de los polacos con una cruz encarnada el 17 de mayo cuando la matanza de Moscow

Y descubriéndose con respeto, pero sin bajeza ante el príncipe Basilio Schuïski, se fué al instante.

Basilio le miró alejarse con una espresion indefinible.

—Bueno! anda *á consultar* á tu Pojarski (1) *Consultad* vosotros mientras nosotros obramos... Cuando se haya concluido todo nos direis si hemos hecho *bien ó mal*.

Al amanecer del siguiente dia el ruido de la bocina y el de un gentio inmenso que lanza gritos de muerte despiertan á los habitantes del Kremlim: todo dormia en aquel antiguo recinto en que cansados de alegrías y fiestas reemplazaba el reposo por algunas horas al baile y á toda una vida de placeres. Romanoff, el primer oficial de la cámara del Czar, oye gritar *fuego*! sale y encuentra al Tatichtcheff al frente de una porcion de pueblo ébrio de furor y de sangre. Romanoff le ha salvado una vez la vida, pero ¡cuan débil es este recuerdo cuando el espíritu de partido despierta las pasiones mas terribles del hombre! Romanoff á medio vestir se adelanta a Tatischtcheff quien le dá dos puñaladas y vá caer ensangrentado en la antesala de la cámara imperial, gritando:

—Traicion...! sálvate, Demetrio, hijo de Iban... hay traicion!

Y muere.

Demetrio ha cogido sus armas: algunos guardias le rodean, resiste al pueblo; pero se aumenta por momentos la masa de los insurrectos. Todo es matanza al rededor del Czar: él mismo cae atravesado de un balazo... El pueblo se arroja sobre él para acabarle: pero él incorporándose sobre una mano, los mira todavia como rey:

—Miserables! esclama, os atreveis á herir á vuestro Czar....? Yo soy Demetrio; el hijo de Iban.....!

Los asesinos retroceden.....Quizás se hubiera salvado... pero en aquel momento acude Schuïski á quien han ido á avisar para sostenerlos: los vé indecisos.

—Y si en realidad fuese el Czar! decian en voz baja mirando casi con remordimiento su víctima cubierta de sangre!

—Amigos! esclamó Schuiski: yo tambien tenia mis escrúpulos: mas fui al monasterio y supliqué de rodillas á la Czarina que por Dios me confesase la verdad y me declaró sollozando que habia favorecido la impostura. Ese hombre no es hijo suyo, es un falsario!

Cae entonces el infeliz bajo mil brazos que van con ansia á buscarle las fuentes de la vida. Esta misma turba irritada por el asesinato, sedienta de sangre porque acaba de derramarla corre dando voces de muera! á la habitacion de Marina. Un paje polaco cuyo nombre debe conservarse para que le honre la posteridad, Omolski, defiende por un instante la puerta del cuarto de la Czarina contra la furiosa tropa que no entra sino pisando su cadáver.

Marina medio vestida, pálida, asustada, sale al encuentro de los asesinos. Quiere hablar á los furiosos; porque aunque vivamente conmovida no sabe aun todo lo que acaba de perder. Todavia tiene esperanza... Pero ahullidos de rabia son la única respuesta de los asesinos. Sale un tiro y una bala hiere á una camarera de Marina que se ha interpuesto á su señora: era una jóven judia librada por Marina de una union que ella detestaba y cuya suerte habia hecho despues casandola con un caballero polaco llamado Chmielnicki. En breve cae la débil barrera de mugeres y el pueblo llevaba ya sus cruentas manos á la Czarina cuando llegan los boyardos al teatro de la matanza y se apoderan de la víctima que reservan para tormentos superiores á la muerte..... En aquella horrible jornada corrió á torrentes la sangre. Vengóse la fuerza bruta con todas las invenciones del odio. Fueron degollados todos los polacos. El palatino de Sandomir y los Wismowiecchi únicos previsores se defendieron con tal obstinacion que capitularon los rusos. Y Marina tuvo al menos un padre para llorar sobre su corazon la perdida de un marido amado y de una corona.

Basilio Schuiski recojió el fruto de su crimen. Se necesitaba soberano luego que cayó Demetrio. Basilio no pidió ni designó á nadie; era de ilustre cuna, popular, diestro adulaba al pueblo y sobre todo á los comerciantes.

—¿A qué luchar contra él? se dijeron los boyardos.

Y conduciéndole al punto al Kremlim le saludaron en la plaza mayor *padre de la Rusia* y Basilio Schuïski se sentó sin remordimiento en un trono que acababa de ensangrentar por sí mismo. Pero el remordimiento no era para él. Solo los nombres de Marina y su padre le traian recuerdos penosos cuando los pronunciaban á su presencia...Los alejó de Moscow. Una fuerte escolta condujo á la Czarina y al palatino á Jaroslaw del Volga.

¿No tenia yo razon para decir hace poco que á la infeliz Marina la estaban deparados tormentos acaso mas atroces que la muerte? La muerte no es mas que un instante de agonía.....Pero aqui siempre sufrir...siempre....! siempre....! Y Marina no contaba mas que 20 años...!

Con todo, Schuiski se alarmó con el efecto que produjo en Polonia la carnicería de Moscow. Humeaba aun la sangre polaca y pedia una venganza que comprendió la patria y ardia por realizar. Quiso Schuïski prevenir todo acto hostil: puso en libertad todos los prisioneros polacos y Marina fué dueña de regresar á Polonia. Se puso en camino; mas con que mortal tristeza....! Atravesaba como prisionera aquel mismo pais en que los pueblos se prosternaban á su tránsito....Muchas veces lloraban los ojos de la jóven Czarina con abrasadora amargura por aquella juventud anatematizada á los veinte años: sus lágrimas humedecian su velo de viuda: rodeaba con sus tristes pliegues su frente sin corona y llena de pesares.....! Salia de su roto corazon el grito de agonía de una alma desesperada y mas cuando pensaba en que aquella corona perdida habia sido cubierta por una mortaja y sepultada en una tumba.

—O Demetrio! esclamaba muchas veces, retorciéndose las manos.

Y la infeliz vertia de esas lágrimas amargas que queman los ojos y hacen morir cuando recaen sobre el corazon.

Una noche, acababa de atravesar la comitiva uno de esos páramos que se llaman *steppas* en Rusia cuando se oyen gritos de repente: carga sobre la escolta una partida de hombres a caballo y la ponen en fuga. No creyendo Marina y su padre que este combate pudiese interesarles hacian de él poco caso cuando reconocieron en el gefe de los vencedores á Stadnicki su pariente y uno de los que habian servido á las órdenes de Demetrio.

—Señora, dijo á la Czarina, tengo la dicha de ser el primero en anunciaros la felicidad que os espera..De aqui á algunos pasos vais á encontrar al frente de un numeroso ejército al hijo de Iban, al Czar de Moscovia.

—A Demetrio! esclamó Marina fuera de sí.

—Si señora: venid que os espera. Salvado por un favor del cielo de las catastrofes de Moscow, pronto será dueño de toda la Rusia. Al saber vuestro viaje ha dejado el camino de Jaroslaw y me envia para libertaros. Daos prisa que está impaciente.

Quedó Marina absorta en una profunda meditacion. ¿Como era posible que se hubiese libertado otra vez Demetrio del puñal de los asesinos? No podia el corazon de la jóven abrirse á tanta esperanza ni á tan indecible

(1) El príncipe Pojarski era un hombre cuyas virtudes le hacian parecerse mucho á Kosma. Liberal y justo en el pensamiento, hubiera sido un grande hombre para su patria si hubiera vivido un siglo despues. El emperador Alejandro le erijió tambien una estátua con la de Kosma.

alegría: su frente continuaba abatida y en sus ojos no se veia el fuego de su mirada.

Al recibir el Palatino aquella nueva, no quiso profundizarla: altamente intrigante poco le importaba quien fuese su yerno con tal que fuese soberano. Pusieronse en camino padre é hija para volver á Moscow; él lleno de confianza y Marina incierta, trémula y agitada de un presentimiento funesto.

Las noticias que recibió el Palatino de Stadnicki, fueron sin embargo bastante probables para infundir á la Czarina alguna confianza. Decia que Demetrio se escapó del Kremlim y de Moscow por los subterráneos de la fortaleza. Alcabo de una larga enfermedad y de muchos dias de padecimiento, se habia sentido capaz de montar á caballo y de conducir las tropas á la guerra, por lo que habia entrado en Rusia al frente de un numeroso egército que se aumentaba cada dia y cuyo nervio eran los príncipes Rozinski y Juan Sapieha: estaba campado en Tuchino á tres leguas de Moscow.

Al fin se acerca Marina al campo donde debe encontrar á Demetrio. Apenas se pronuncia su nombre se vé rodeada de una multitud que la proclama soberana con una especie de delirio. Hasta ella misma arrastrada por lo estraño de su posicion se siente con vértigos: el estruendo de la música militar, lo brillante de los uniformes, lo reluciente de las armas, los clamores, los gritos de *¡viva la Czarina! ¡viva nuestra madre!* todo la turba, le hace latir el corazon, oscurece su mirada ya incierta. Apéase del caballo y guiada por su padre y Stadnicki se dirige á un campamento en que se vé desde lejos un grupo de hombres magníficamente vestidos, uno de los cuales se separa y la sale al encuentro.

Nunca habia creido Marina que efectivamente se hubiera salvado Demetrio. Sin duda habria dado su sangre por reemplazar hasta la última gota que sacaron los asesinos á su esposo: y por dulce que fuese esta esperanza ¿podia acogerla habiendo visto el furor del pueblo cebarse hasta morir, en el cadáver de su víctima...? Y si en efecto hubiese podido penetrar en la sombria noche de Marina el rayo de una ilusion harto preciosa para ser rechazada, pronto se hubiera desvanecido esa ilusion al solo aspecto del hombre que se acercaba en aquel instante. Es repugnante en todo su esterior: su fisonomía espresa sentimientos viles, su mirada oblicua busca la tierra y las mas bajas pasiones se formulan en su sonrisa falsa y perversa. Marina siente helársele el corazon al recibir de aquel hombre una mirada de odio triunfador. ¿Quién es? Ella le conoce: ¡oh! sí, le conoce; pero ¿donde le ha visto...? Cree estar bajo la influencia de un ensueño infernal. Una revelacion le habla de aquel hombre, y sin embargo no puede darle nombre á aquella cara que la hace estremecer. De repente la rodean dos brazos, la estrechan con fuerza y una voz murmura á su oido:

Marina, acordaos del parador aislado del bosque de Zulosz.... Aquel dia me robásteis una linda novia; pero hoy me encuentro con una muger mas bella, una esposa mas noble... Gracias por el cambio.

Marina no le oyó concluir: herida en el corazon se habia arrojado en brazos de su padre diciéndole:

—Llevadme de aquí ó me muero.

Luego que se quedó sola con el Palatino, rompió en sollozos sin poder esplicar á su padre como conocia á aquel hombre; pero lloraba, y gritos ahogados salian de sus trémulos labios.

—Marina, la dijo su padre ¿has podido tu creer en medio de tantos acontecimientos estraordinarios en la resurreccion de los muertos? Por lo que hace á mi nunca espere tornar á ver á Demetrio.

—Ah! esclamó al fin Marina, no sabeis quién es el hombre que osa tomar el respetado nombre de mi Demetrio, de mi señor, de mi amo...! Es un miserable judio, la escoria de los humanos; es aquel hombre á quien quité la jóven que casó despues con Chmielnicki... Dios mio! tened compasion de mí.

El Palatino no sabia lo que le pasaba

—Pero ¿estás bien segura, dijo por último á Marina, de que ese hombre es el mismo de quien conservas tan terrible memoria?

—No puedo dudarlo, respondió Marina.

—Y haceis bien, dijo una voz.

Y en aquel instante entró el falsario en la tienda.

—Si; en efecto, soy el judio Jankeli. Me habeis reconocido, Marina: lo veo: no se olvida aquel á quien se ha ofendido aunque sea el último de los hombres... En cuanto á vos, conde, no me conoceis, pero si un tanto á mi tio Egidi el sabio rabino.

Y se sonreia el miserable con satánica espresion.

—Un dia me puso al cuello este talisman y me dijo que viniese á Rusia y proclamase que era el Czarowitz, hijo de Iban el terrible. He llegado á Siarodub y he dicho: «Yo soy Demetrio, hijo de Iban. Vengo á reclamar de Shuiski la corona de mi padre.» Me han recibido bien. Todas las ciudades inmediatas se han rendido: han llegado Boyardos á prestarme juramento y mis tropas han ido aumentándose. Entonces ha sido cuando se han presentado en mi campo los príncipes Sapieha y Rozynski. Con su auxilio se ha hecho formidable mi ejército: por todas partes me ha coronado la victoria. Estoy á las puertas de Moscow y voy á entrar... Ya veis, Marina, que no soy el *miserable judio*, *la escoria de los hombres!* Tengo una corona que dar: es un don magnífico, ¿no es verdad? pues bien! yo la pondré á vuestros pies.

—Jamas! esclamó ella con vehemencia.

—¿Y porqué no? repuso el impostor con calma y mirando á Marina con una sonrisa infernal. Vuestro primer marido si que era el impostor, yo soy el verdadero Demetrio.

—Cuando yo me casé con él, respondió Marina, mis padres, mis amigos, todo el pueblo le proclamaba heredero de los Czares de Moscovia... Y ademas...

—Y ademas vos le amábais, ¿no es asi? Eso es lo que me quereis decir. En cuanto á mi, vuestro amor y hasta vuestra ambicion me son indiferentes: me dareis mucho oro porque le quiero mucho y os dejaré que reineis como os acomode y que ameis á quien se os antoje.

Un sentimiento de aversion se pintó en todas las facciones de Marina. Jankeli solo le correspondió con una sonrisa y prosiguió.

—Pero es preciso que os deis prisa á reconocerme públicamente. Vuestro terror al verme, ha chocado ya mucho: es menester destruir ese mal efecto. Creedme: este es buen partido para los dos: para mi el oro, mucho oro, y para vos el poder... y la venganza.

A estas palabras sacó el Palatino á su hija de la tienda y le enseña á lo lejos á Moscow con sus cúpulas.

—Marina, la dijo el anciano polaco, allí hay una corona... y enemigos que tu puedes hollar.

Túrbase la Czarina: late su pecho á las palabras de venganza y de ambicion: sus ojos brillan!

—¿Qué tengo que hacer?

—Abrazar á ese hombre.

Y el mismo Palatino echa su hija en los brazos del cobarde y codicioso judio.

El egército que los observaba, dió gritos de alegria, cuyo estruendo hizo temblar los muros del antiguo Kremlim. Con todo, no fué aquella la sentencia de Moscow. Al cabo se resolvió Sigismundo III á intervenir en los asuntos de Rusia: él mismo entró en el reino, resuelto á unirle al de Polonia ó á hacer que proclamasen Czar de Moscovia á su hijo Ladislao. El fué en persona á poner sitio á Smolenko y mientras estaba parado ante los muros de aquella ciudad se dirigió Herman Zolkiewski sobre Moscow y habiendo encontrado al Czar Schuiski cerca de Kluclin, le batió completamente, se apoderó de él y de

toda su familia (que llevó en triunfo á Varsovia) entró en Moscow, proclamó á Ladislao Czar de Rusia y para acabar con el impostor Demetrio le ofreció en nombre del rey Sigismundo III, un principado y *mucho oro*... Zolkiewski le conocia bien. Aceptó al punto el miserable é iba afirmar el tratado cuando lo supo Marina. Corrió al falsario con la emocion, con la cólera de una muger ambiciosa.

—Miserable! le dijo con gesto de desprecio; miserable! ¿crees tu que me voy á quedar contigo y sin un trono? Tienes que reinar ó morir.

Estas nobles palabras son apagadas por el principe Sapicha y sus soldados... Rozinsk está por Sigismundo. Tiran de los sables, se baten, corre la sangre y en medio de aquel desórden, huye el impostor y se retira á Kaluga. Sola en medio de aquellos hombres que no reconocian casi ningun freno se resuelve Marina á deberselo todo á su propia grandeza. Recorre las filas, promete, amenaza, ruega, suplica, manda y acaba por excitar el entusiasmo de aquellas hordas indisciplinadas. Todos juran reponer en el trono á Demetrio, de quien no se cuidan sino al marido de Marina Mniszej. Deja ella entonces su trage de muger, se viste de soldado, y echando un carcax á su espalda, monta á caballo y corre á Kaluga, se apodera del impostor, le impone de nuevo el nombre de Demetrio y le conduce al campo diciéndole:

—Cobarde! aprende á dar tu vida por un trono!

Entre tanto habia sido coronado en Moscow Ladislao, Marina hecha una heroina y un ejemplo de valor para los hombres que la rodean, se defiende con la furia de una leona contra un egército entero en un monasterio donde se habia fortificado. Corrido Zolkiewski de verse detenido en la carrera de sus triunfos por una muger se disponia á un asalto que incendiando el convento debia aniquilar á todos los que encerraba. Marina no queria vivir por vivir, deseaba vivir para reinar y vengarse:



El asesinato.

este deseo la dió una fuerza que hizo prodigios... Se escapó del convento despues de haberle pegado fuego ella misma y llevando siempre consigo al impostor como simulacro de soberano vuelve á Kaluga, se encierra y se fortifica.

Aquella sed de reinar, aquella ambicion guerrera se han vuelto en Marina rabia desenfrenada que le quitaba su naturaleza y la convertia en un ser excepcional en la creacion. Aquel israelita, aquel hombre la causaba odio y desprecio, y sin embargo le eran preciosos sus dias: temia por su existencia: ella proclamaba Czar de Moscovia y *verdadero Demetrio* á aquel ser envilecido: ella queria que tuhese un trono por que le partia con él.

Tanto teson le valió muchos partidarios y de nuevo se vió á la cabeza de un egército de descontentos que satisfechos de poder seguir una bandera acudian á la suya. Mas pronto iba á sonar la hora de sus últimos reveses.

Tambien se habia grangeado Marina varios Kanes de tártaros y bastante partido entre los cosacos. Desconfiado siempre el impostor porque él era cobarde y falso; dudó de la fidelidad de Urmamed, Kan de Kasimoff: sin decirle palabra á Marina, resolvió perder aquel hombre; formó este designio como podia formarle un miserable como él.

Invita á Urmamed para una partida de caza: lleva al confiado tártaro á lo mas espeso del bosque: allí á pretesto de una conversacion importante le hace apearse: y mientras el príncipe tártaro cree escuchar á un amigo recibe dos puñaladas que tienden al valiente á los pies del cobarde asesino.

Hecha la muerte se apresuró Jankeli á abrir un hoyo para enterrar allí el cadaver de su víctima. Despues volvió á Kaluga á anunciar á los suyos que habiendo atentado Urmamed contra su vida habia tenido la suerte de defenderse: pero que temiendo Urmamed su cólera, habia huido hácia Moscow á guarecerse entre los enemigos.

Marina conocia al infame... leyó su crimen en la palidez de su frente y en el temblor de su cuerpo. Retrocedió al ver al monstruo que se habia puesto horrible luego que sus manos se tiñeron en sangre y apartó de él los ojos con aversion. Empero otra mirada habia leido en el alma del asesino. El príncipe Urusoff pariente de Urmamed, resolvió vengar su muerte: y un dia que se hallaba el impostor en un estado completo de embriaguez le apuñaló Urusoff en la propia mesa, mató á toda su comitiva y salió al punto de Kaluga con sus tártaros.

Privada Marina de repente, de sus mejores tropas se vé un dia sola y en manos de los boyardos que la hicieron encerrar en la mas estrecha prision. La infeliz

debia espiar mas que nadie la desgracia de marchitarse sus brillantes esperanzas. (1) Y sin embargo, vencida por la suerte llegó al estremo de desdicha de REZAR POR SUS ENEMIGOS. Rezar ella! Marina..! Oh! cuanto podia sufrir, en efecto! y mas cuando uniendo al rigor el insulto, la respuesta á su peticion fué una negativa.

Entonces sí que quiso Marina morir... Una noche, tendida sobre la húmeda paja de su prision mientras soñaba en tormentos y cadalsos y no en gloria ni en trono oye ruido de armas y gritos de gente que combate... Rómpese la puerta del calabozo y se precipita á los pies de Marina un hombre que besa sus manos mojándolas de lágrimas y diciéndola con ahogada voz que la siga. Levántase ella y mira aquel hombre. Es que Dios ha oido sus quejas... O providencia! me he salvado! esclamó ella.

Habia tenido Marina por compañero en los juegos de su infancia á un jóven polaco llamado Zarucki. Con el tiempo la amó él y la amó de corazon como merecia Marina porque era una muger noble y hermosa. No la era indiferente Zarucki; mas habia deslumbrado ya los ojos de Marina la profecia de un trono y respondió al jóven:

—Para ofrecerme vuestra obediencia era preciso poder mandar.

Se alejó él desesperado y se ignoró su suerte por espacio de muchos años. Marina misma casi habia perdido ya la idea de él; mas con qué mágica luz se presentaba! Cuando los verdugos iban á apoderarse de ella para el tormento y la muerte, oia una voz que la traia á la memoria todas aque las horas de juventud tan brillantes y tan dulces. Encontraba un corazon apasionado, una mano trémula oprimia la suya rompiendo sus cadenas mostrándole con la otra la libertad... Vencida por su emocion lloró y refrescaron las lágrimas sus ardientes ojos abrasados por largas vigilias y por terribles sueños de una ambicion engañada. Todas las impresiones de su juventud que son siempre tan dulces, se apoderaron de su alma dándola una dulcísima alegria. Se echó en los brazos de Zarucki y le dijo:

—Pronta estoy á seguiros ¿á donde me llevais?...Ahora soy gefe de cosacos: tengo una gran partida compuesta de hombres decididos. Nada teneis que temer bajo su custodia. Os llevaré con vuestro padre... Venid á ver vuestra patria. Al escucharle palideció Marina y retiró su mano de la de Zarucki.

—Ya no tengo patria, respondió ella moviendo lentamente la cabeza: no, ya no hay patria para mi... sino donde haya un campo de batalla, un trono... ó un sepulcro!

La quieres? esclama el jóven gefe. ¿Quereis arrostrar nuevos peligros? pues bien, los correremos juntos... venid en medio de nosotros... mandareis á hombres sencillos y hasta salvages, pero sumisos á vuestra voluntad. Vuestro dosel imperial será mas hermoso que ninguno de los de los reyes de la tierra, porque es la bóveda del cielo... vuestro trono no se compondrá de cuatro tablas de pino cubiertas de terciopelo... sino que reposará sobre el animal mas noble de la creacion... Vuestro imperio no tendrá límites porque le llevaremos hasta donde puedan llegar nuestros caballos y hasta donde alcance la punta de nuestras lanzas. Venid, Marina.

Siguióle ella conmovida á la perspectiva de la vida que se la presentaba en toda novedad... Monta en un soberbio caballo blanco y se encuentra en medio de una tropa de cara fiera y valerosa, provista de brillantes armas y cuyos gritos de amor la acogen como á su reina. Marina siente en su corazon una de esas impresiones que deciden de todo un destino....en aquel momento toma su belleza un caracter sublime. Medio vestida con su rico trage desgarrado en la prision, suelto el cabello y con ojos fulminantes blande en su débil mano de muger el asta de una lanza cuya punta dirige á Moscow... y en seguida parte haciendo á los cosacos señal de que la sigan. Todos se precipitan en pos de ella. Zarucki se dejó arrastrar por aquella muger cuya ambiciosa sed enardecia la venganza. No tarda el oriente de la Rusia en ser devastado por ellos: por do quiera señalan su tránsito con el hierro y el fuego. Con todo, Marina se cansa pronto de aquella soberania movible: quiere reinar... pero reinar en paz. Zarucki que no sabe mas que obedecerla, se dirige sobre Astracan, cuya conquista apetece ella. Le toman y muere á manos del vencedor el príncipe Dimitrewiez Khworotiniu que osó defenderse... Ni aun se habia de resistir á Marina: y en aquella ciudad medio destruida á sangre y fuego, donde casi todas las mugeres están viudas ó huérfanas se sonrie Marina todavia porque es soberana.

En aquella época fué cuando se unieron *Kosma Minin* y el príncipe Pojarski para defender su patria y libertarla de sus enemigos interiores. A su noble llamamiento alzóse y ofreció sus servicios toda una juventud decidida. El primero á quien batieron como el mas terrible fué Zarucki. Vencido por fuerzas superiores tuvo que huir al desierto con unos cuantos que al cabo le dejaron.

Era Marina buena presa para los rusos: querian vengar en ella todos los desastres de sus guerras intestinas: asi es que era perseguida con todo el encarnizamiento de una venganza salvage.... pero para lograrlo era menester herir un corazon generoso, apasionado que cubria siempre el suyo....

Sucedia esto en la mitad del invierno de 1612.... del invierno!...en esa parte de la Rusia en que las mismas fieras temen el rigor del frio.—Marina se arrastraba penosamente sobre la tierra endurecida que sus pies hacian sonar con un ruido siniestro.... Muchas veces de sus ojos secos y abrasados con el fuego de la fiebre se desprendian algunas lágrimas que el frio helaba al punto sobre sus megillas. Llorar.... Marina!... Ella!... Ah!... es que la infeliz temia ahora tambien por un ser querido!... por su hijo, pobre flor nacida en una tempestad, al borde de un abismo.... y que debia gozar muy pocas primaveras.... Zaroucki miraba á esta muger.... á este niño.... casi moribundos de fatiga, de frio y de hambre!... y la rabia hacia rechinar sus dientes. Pero entonces al encontrarse sus miradas con las de Marina, se sentia con fuerzas para ausiliar su marcha.... para llevar á su hijo... De este modo atravesaron los dos proscriptos aquellas soledades inmensas en que ni una casa se ofrece á la vista del hombre... un dia decidieron subir á los montes *Ourals*.... Dejaron la nieve sobre la cual acababan de descansar y que se estendia á lo lejos delante de ellos, sobre aquella naturaleza privada de vida, como una sábana sobre el cadaver que vá á ser amortajado.

Los desgraciados caminaban con el mayor trabajo sin hablarse por que hay dolores que solo pueden espresarse con el silencio.... De repente se levanta en torno suyo una tormenta, la nieve les envuelve y los ciega; una tempestad horrorosa la hace arremolinarse y los obliga á permanecer quietos, porque no ven huella que puedan seguir.... hallándose como en una en nube espesa. Aquella cortina se rasga de pronto, y allí, delante de ellos, déjase ver una horrible aparicion.... eran hombres.... pero enemigos.... porque al descubrir á los proscriptos lanzan abullidos de alegria.... Zaroucki saca su sable.... pero su mano helada por el frio no puede cerrar el puño.... Los salvages que le rodean se ven de su debilidad y lo hieren todos á una con sus lanzas y sus sables.... El infeliz cae á los pies de Marina enroje-

(1) He consultado para esta biografía, todas las historias de Rusia que tenemos, y en especial las del Everque y Castera: pero me complazco en rendir homenage á un libro en que he hallado detalles muy interesantes á saber: el del conde Arturo Potocki.

ciendo la nieve con su sangre y dirigiendo la última mirada á la muger que le costaba la vida....

Durante el corto tiempo que duró su agonia vió á Marina atada con correas y cuerdas, y rodeada de aquellos hombres cuya áspera y negra barba y espresion casi satánica les daba el aspecto de *demonios de un infierno de hielo*.... Marina, silenciosa y altiva no respondia á sus preguntas, y sin embargo entendia su lenguage porque aquellos hombres eran *rusos*, pero sabia tambien que por lo mismo que eran rusos, no podia esperar perdon ni piedad de ellos....

De pronto un grito penetrante y dulce hace estremecer aquel corazon cuya angustia no habia revelado ninguna emocion esterior: Marina responde á ese grito con el de una alma despedazada... es su hijo, el niño Demetrio que la llamaba con su dulce voz.... pobre niño!... pobre ángel.... tan temprano llamado al cielo!..

El gefe de la tropa hablaba en voz baja con algunos de sus hombres... la suerte de Marina era la que en su infernal consejo ventilaban....

—Que muera! decia el gefe.

—La recompensa será mayor si la llevamos á Moscow!... decia otro.

—No podrá llegar, decia un tercero, viendo á Marina que se caia desfallecida sobre la nieve enrojecida con la sangre de Zaroucki...

En aquel momento uno de los caballos hiere la tierra con su pie, el sonido es sordo y retumba debajo de la tierra. El gefe se sonrie con la alegria de un demonio; hace una señal que entienden sus compañeros; con las hachas que llevan en el arzon de sus sillas golpean la nieve endurecida y logran romper el hielo que cubre al Jaick; pronto las aguas del rio surgen por encima de la abertura... Los rusos levantan el cuerpo de Zaroucki y lo arrojan al rio; ejerciendo asi sobre un cadáver su venganza. En seguida se acercan á Marina la cojen y la anuncian que el Jaick será su última morada.... Marina no responde.... ¿Que habia de decirles? su alma conversaba ya con Dios... y su última palabra debia ser una plegaria.... Entonces sus verdugos la agarraron, y como en los juegos de los demonios del infierno, la lanzan con gritos de alegria en su tumba helada!..

En aquel instante redobló su violencia la tempestad, la tormenta arremolinó la nieve sobre aquella abertura que acababa de tragarse una de las hermosas obras de la creacion, y le sirvió de piedra sepulcral. Los rusos miraban silenciosos desaparecer hasta el menor vestigio de su víctima... Ya no cantaban!.. el horror de semejante espectáculo habia avasallado hasta á los verdugos!..

—Ya hemos concluido, dijo al fin el jefe... partamos!.... Y volvieron á subir el monte á caballo, cuando el mismo grito dulce y lastimero rompió otra vez el silencio de la soledad.. Era el huerfanito que yacia sobre la nieve casi agonizando de frio y de hambre....

—Ola! dijo el jefe aproximándose á él.... eres tú de este mundo, vastago maldito?... El niño alzó hacia él dos grandes ojos casi apagados y levantó sus brazos... el jefe lo tomó en los suyos... El pobre angel no lanzó ni un grito... un solo gemido, dulce como su rostro infantil, se escapó de su pecho, cuando la pesada mano del verdugo de su madre apretó con una correa su cuello blanco y redondo como el de un cisne... en seguida arrojó el cuerpo sobre la nieve y corrió á unirse con sus compañeros á todo el galope de su caballo... Pronto el ruido de su carrera se debilitó por grados.... La soledad volvió á entrar en todo el horror de su silencio, y el cadáver de un niño quedó como el único vestigio del drama que acababa de representarse.

LA DUQUESA DE ABRANTES.

UNA ORGIA EN EL MAR.

FANTASIA

A MI AMIGO JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

—Otra botella!
—No, Guillermo, cuatro!
—Bien! bien! venga vino.
—Si, si, vino, gritaron todos.
—Ola! capitan, bebed!
—A la salud de nuestro capitan, compañeros, dijo Guillermo levantando su copa.

Y brindaron de nuevo. Todos bebieron, á bordo de la fragata, brindando por cada uno y haciendo beber á los demas. Las copas se cruzaban, rompiéndolas al son de las cántigas que sus vinosas voces entonaban y en tanto la nave surcaba los mares sin cuidarse de ellos, asi como aquellos hombres ébrios se olvidaban de ella y con ella de su propia existencia. Reian desaforadamente con una botella en la mano: esta botella era su único porvenir, su única esperanza, y mientras les durase se creian mas poderosos que reyes. Su corona régia era una copa de vino: sus riquezas un tonel.

La embriaguez subia de punto: uno de ellos se levantó para llamar á otro que se paseaba agitado por la popa.

—Eh! Betini, venid, y bebereis con nosotros.

—Gracias.

—Por Dios, que habeis de beber en mi copa!

—Os repito que no; estamos en un gran peligro, y vos sobre todo, capitan.....

—Silencio, dijo el que le invitaba, y arrojó el vino de su copa en la cara de Betini, dando al mismo tiempo una estrepitosa carcajada que fué imitada por los demas, tirándole tambien el vino y hasta las copas á la cabeza.

—Miserables ¿qué haceis?... Ah! me vengaré!

—Si, vengaos; pero ya no bebereis mas vino del que teneis encima.

Estas palabras fueron acogidas con una salva de aplausos, y Betini brotando fuego por los ojos, se precipitó en la cámara.

—Mi capitan, dijo Guillermo, desde que soy piloto en vuestra fragata no os he visto tan alegre!

—Si: este vino es capaz de alegrar á un muerto, menos á ese necio de Betini..... ¿Donde está Betini? Que venga á apurar mi copa, ó le arrojo al mar para que sirva de alimento á los peces.... mas hambrientos de carne que él deseoso de beber vino.

—Capitan, gritó uno de los pasageros que salia de la cámara con los cabellos herizados y los ojos espantados; capitan.....

—¿Quién me llama?...ah!...el diablo! pues no es mala ocasion....

—El diablo! esclamaron todos riéndose. Que se lleve á Betini, que ha bebido bastante....

Silencio, desgraciados.... silencio, capitan, y veamos un medio de salvarnos, porque estamos perdidos.

—¡Perdidos!... dijo el capitan examinando las botellas. Ah! mientes, aun queda vino.

Bebámosle y nos acompañarás. El diablo debe siempre tomar parte de lo que me pertenece.

—Ah! Guillermo, capitan, repito que estamos perdidos; el buque está ardiendo y vamos todos á perecer!

—Perecer!... esclamó el capitan bebiendo, deja que se acabe el vino, y entonces.... es mas dulce la muerte....,

—Dios mio! están borrachos y no hay remedio! repuso fuera de sí aquel infeliz pasagero.

Todos los demas habian salido precipitadamente de la cámara, y se lanzaron sobre el capitan gritando:

—Venid á salvarnos!

—A salvaros.....sí....

El capitan dió una carcajada y cayó al suelo, quedando inmóvil como un cadáver.

Ya no podian beber: el vino se habia acabado y las llamas se iban apoderando de la fragata; los pasageros imploraban el socorro del cielo; pero no les quedaba otro recurso que la muerte.

El capitan insensible á todo menos al fuego, al sentir el calor de las llamas, quiso incorporarse y se oyó que decia:

—Por vida de....de ese diablo!.....Betini....

Y la risa pronta á estallar en sus labios, se abrasó en su boca. Ya no existia!

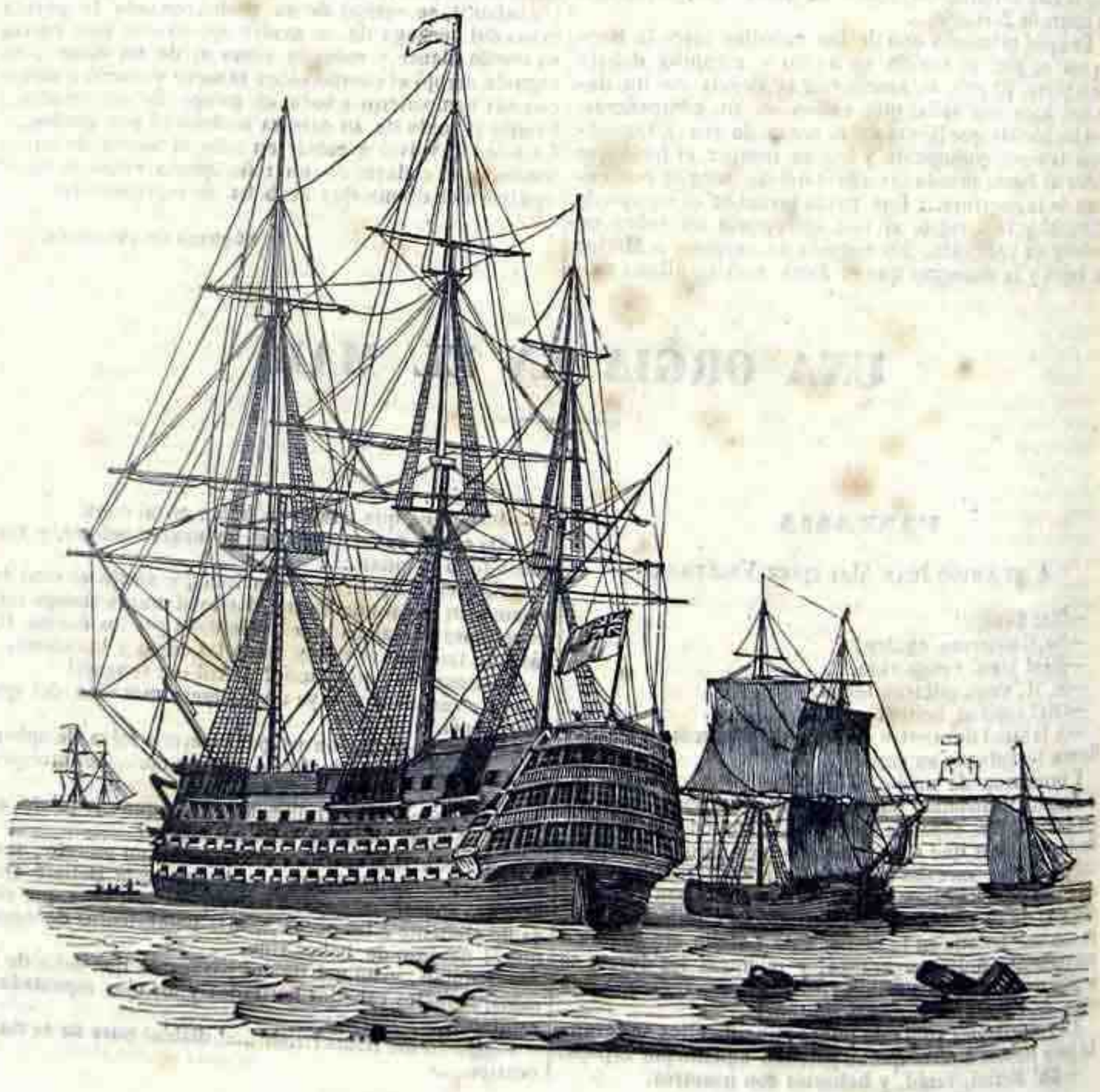
Los menos borrachos haciendo un esfuerzo, se levantaron para buscar un refugio en la proa y un hombre, ó mas bien un demonio los iba precipitando en el fuego; la ferocidad de su risa solo igualaba á la ferocidad de las llamas.

El buque voló y un poco antes se distinguió en el *bauprés*, la sombra de un hombre, de Betini, que se arrojó al mar diciendo:

—Estoy vengado..... miserables!

Su cuerpo habia caido en las aguas que lo sepultaron como sepultaban á la fragata y las cenizas de aquellos desgraciados que no habian tenido otro porvenir que su botella.

TEODORO GUERRERO.



ESTUDIOS DE VIAGES.

AMSTERDAM. (1)

Teatro de Variedades.

Llegamos á Amsterdam de noche y lloviendo. Desde el sitio en que nos apeamos hasta el hotel del *Gran Doelen* á que nos condujo nuestro buen *Soetens* habia una distancia regular. Al atravesar un puente, mi pobre Pelegrin que ya iba andando con bastante trabajo, resvaló, y dió con sus botas y su humanidad en tierra, ó por mejor decir en lodo; levantámosle entre los dos, y le llevamos hasta el hotel asido de los brazos, ni mas ni menos que como en las plazas de toros de España se suele conducir á un picador que acaba de sufrir un porrazo solemne. Entramos en el hotel, nos acomodamos en la cámara núm. 32, se mudó Tirabeque de ropa, nos calentamos, bajamos á comer, y acabada la comida, á propuesta de *Mr. Soetens* nos fuimos á pasar la noche al *teatro de Variedades*.

Pero antes, tambien á invitacion suya, entramos en el *café francés de Hamell*, el mas concurrido de la mas florida juventud de Amsterdam. Tomamos nuestro té y pasamos al teatro. Hay en Amsterdam tres teatros, el francés, el aleman y el holandes que era este. *Quince sous* cuesta la entrada con asiento de luneta ó de galería, pero son *quince sous de floria*, que equivalen á unos 6 ó 7 rs. de España; si bien allí 15 *sous* son tan friolera como serian aquí 6 ó 8 cuartos; todo consiste en el precio respectivo de las cosas con arreglo al valor de las monedas. Así la Holanda es carísima para un español, pues lo que 10 pesetas de aquí hacen menos de 5 florines allá y con 3 florines allá no se hace tanto como con 3 ó 4 pesetas acá, por manera que yo me engañé mucho en mis cálculos, ó viene á resultar una diferencia de carestía de España á Holanda como de 4 á 10. Observacion, que pienso no es indiferente para quien se proponga viajar.

Pero vamos á nuestro teatro.—«Guardad esos billetes, nos dijo *Soetens*, para el uso que despues os diré.» En efecto no hicimos mas que enseñarlos á la entrada, y los guardamos en seguida. Tomamos tres asientos seguidos de luneta, los primeros que se nos depararon, porque tampoco están numerados allí. El teatro no era grande, pero se notaba que la sociedad era bastante escojida. Dió principio la representacion, que consistió en dos *Vaudevilles* alternados entre canto y declamacion como en Francia. Los actores se conocia que ejecutaban con propiedad, gracia y desembarazo, mas para nosotros no pasaba de una pantomima, puesto que la representacion era en holandés, y no podiamos comprender una sola palabra.—¿Entiendes algo, Pelegrin? le preguntaba yo á mi lego.—Señor, me respondia, lléveme el diablo si hasta ahora he podido entender mas de toda la comedia, sino que hay una dama vestida de hombre, y un amante que rabia de celos, lo cual me indica que los celos son una enfermedad rabiosa hasta en Holanda.»

La pieza debia estar sembrada de chistes, porque de tiempo en tiempo los serios holandeses daban de mano á su natural gravedad, y reian con toda su alma. Las señoras y caballeros que estaban cerca de nosotros, creyéndonos tambien holandeses, solian mirarnos como quien desea compartir con otros los goces de una sal cómica; yo reia tambien con ellos sin saber de qué, y Tirabeque lo hacia tan á lo vivo, que logró llamar la atencion con sus risotadas, y luego añadia: «¡qué graciosa es la comedia, mi amo! ¡Como me divierto!» Pero una cosa vino impensadamente á alegrarnos mas que á todos los holandeses juntos; y fue que uno de los aires cantables del Vaudeville era el de nuestra antigua cancion española:

General Santolcildes;
con tus soldados etc.
Trailo, Marica, trailo,
trailo, Marica.

Tirabeque saltaba del asiento, y confieso que á mi tambien me alegró el diablo de la centinela, tan plebeya como ella es, por el placer de verla adoptada en un pais y en un sitio donde no podia esperarlo. No faltó sin embargo un holandés á quien debió hacer mas gracia que á nosotros, puesto que se puso á acompañar en alta voz á los cantantes, lo cual produjo que un agente de policía lo echará mano y le hiciera salir del teatro con mucha complacencia del público. Yo no sé si en el entusiasmo de aquel hombre tendria mas parte el vinillo que un resto de aficion de los naturales del pais á los aires musicales de los españoles que por allá en otro tiempo anduvieron.

Concluyóse un acto, se bajó el telon, y entonces fué cuando vi la cosa mas nueva y menos usada que en materia de teatros he presenciado. Caláronse todos los sombreros (esto no es nuevo); en seguida cada uno fué sacando su puro ó su pipa (esto ya es nuevo;) y comenzaron á fumar de lo lindo (esto es mas nuevo todavia.) Mas de 400 pipas humeaban en el salon; la atmosfera se fue condensando, y las hermanas holandesas sufrian la humarada con una impasibidad admirable, como quienes á ello estaban muy acostumbradas. Del rigor inexorable del sistema prohibitivo de la Francia en materia de fumar en sociedad, hasta la libertad completa y absoluta que reinaba en aquel teatro de la ciudad mas considerable de Holanda, vean vds. si hay grados de distancia, y si habrá diferencia de costumbres de pueblo á pueblo.

No paró en esto todavía.—¿Qué es lo que quereis tomar ahora? nos preguntó *Soetens*.—Yo nada, le respondí.—Haríais mal; vos no debeis perder el derecho que os da vuestro billete; no teneis sino entregarle, y pedir (sin que nada os cueste) ó bien un ponche, ó una botella de de cerbeza, ó unas copas, ó lo que mas os acomode—Bien, le dije, saldremos á tomarlo.—Ah, nó, aquí mismo.»

En efecto, de trecho en trecho entre las mismas lunetas hay unas mesitas de muelle, las cuales se suben, y sobre ellas se sirve lo que pide cada uno á la presentacion del billete, que se entrega definitivamente entonces, sin mas coste que el de los 15 *sous* de entrada. El salon se convirtió instantáneamente en café de confianza: todos fumaban y bebian, y nosotros bebimos y fumamos tambien, con arreglo al *«dum Romæ fueris»* Los tres golpes de anuncio de levantar el telon intimaban poner término al refresco; los mozos acudieron á limpiar las mesas, se bajaron estas, se levantó el telon, dió principio el segundo acto, y así continuó poco mas ó menos el resto de la

(1) Este artículo está tomado de los viages de Fr. Gerundio recientemente publicados y que se hallan de venta en el gabinete literario calle del Príncipe número 25.

nncion hasta las 11, que salimos muy complacidos de haber visto una novedad teatral.

Idea general de la poblacion.

Eso fué lo que procuramos al dia siguiente, formar una idea de aquella ciudad bajo mil aspectos notabilísima. El amigo *Soetens* no nos pudo acompañar, por tener aquel dia ocupaciones perentorias. El guia *ó comisionaire* que nos tocó no podia ser mas cortado para el objeto: él se las podia apostar á desgarbado al mas desgarbado holandés, pero vive Dios que en punto á andar, cada zancada suya nos hacia á nosotros echar un medio galope: incansable y nada compasivo, nos molió, fatigó y asendereó muy á su sabor, como si se hubiera propuesto decir «¿Queréis ver á AMSTERDAM? Pues yo os haré ver mas AMSTERDAM de lo que desear pudiérais.» Y lo cumplió á las mil maravillas, pese á nuestras piernas.

AMSTERDAM, ese gran depósito mercantil del Norte, y uno de los primeros del universo, esa gran plaza de mercado del continente europeo, esa ciudad-isla que sostiene relaciones comerciales con todos los pueblos conocidos del globo, está toda fundada sobre estacas en un terreno fangoso mas bajo que el nivel del mar, entre el *lago de Harlem*, el lago mucho mas estenso todavia del *Zuidercée*, y entre los rios *Amstel* é Y ó *Wy*: cruzada en su interior por cuatro anchísimos canales que corren paralelos al foso que lo circunda, amen de otros mil canales que dividen la po-



Vista del Real Palacio de Amsterdam.

blacion en 95 islas, unidas por 290 puentes de piedra ó de madera, construidos de modo que dejan paso á las embarcaciones, de manera que por las calles de AMSTERDAM andan los buques de arriba á abajo ni mas ni menos que cruzan los coches por las calles de Madrid. ¡Espectaculo nuevo y singular para un español!

Haciaseme inverosimil y dificil de creer, á mi Fr. Gerundio, eso de que 30,000 casas y multitud de otros vastos y soberbios edificios hubieran de estar fundados sobre estacas clavadas en el cenagoso suelo: mucho mas cuando al entrar en el Palacio Real me decian tambien: «este palacio está sostenido por 13,695 estacas; cuando al visitar el Palacio de la Marina me decian tambien: «18,000 estacas sostienen este edificio.» Pero no tardé en convencerme de la verdad, puesto que yo llegué en ocasion que se estaban echando los cimientos del gran edificio que ha de servir de Bolsa en sustitucion de la antigua: y tuve el gusto de ver por mis mismos ojos clavar en el agua las estacas que le habian de servir de cimiento. Eran estas de unos 50 á 60 pies de largas, es decir, eran árboles enteros, é introducianlas con el ausilio de una maquina manejada por diez ó doce hombres que trabajaban al son de una cantinela del pais cantada á coro, tan pausada como el carácter de sus habitantes, y cuyos compases marcaban los golpes de los operarios.

La existencia de AMSTERDAM es un prodigio diario. Mirada desde la torre del palacio real, se la vé interior y esteriormente como embutida en agua; y lo que es mas, se alcanza á ver el mar del Norte como suspenso sobre toda la Holanda septentrional, amenazando desplomarse sobre ella, tragarla, sumirla, ahogarla bajo el peso de sus flotas. ¿Quién contiene, quien refrena las aguas del amenazante Occeano? Los *diques*, esa obra atrevida de los emprendedores holandeses. Si los diques se rompieran, si descuidaran su esmerado entretenimiento por algunos meses no mas, ¡ay de ellos y de su pais! El mar se lanzaria sobre ellos y se absorveria poblaciones y habitantes. De vida ó de muerte es para ellos el asiduo entretenimiento, la buena conservacion de los diques. Millares de florines consume cada dia; millones y millones de florines invierte cada año la sola ciudad de AMSTERDAM en el entretenimiento y conservacion de los grandes diques.

El que separa las aguas de su puerto consiste en dos lineas de estacadas, á distancia de 80 pies, dejando abiertas para la entrada de los buques 21 embocaduras, que se custodian con mucho cuidado durante la noche, y que constituye al mismo tiempo uno de sus mas deliciosos paseos. La ciudad está circundada de un foso guarnecido de 26 bastiones, cada uno de ellos con su

molino de viento. Y el pueblo tiene la configuracion de una herradura, ó mas bien del salon de un coliseo por dentro.

Calles, casas, coches y carros.

Por fortuna el tiempo se habia declarado otra vez en bonanza. Desde el momento que salimos del hotel halló Tirabeque no poco que admirar, y no poco sobre que hacer preguntas, lo cual nos convino muy mucho para conseguir algunas pausas de nuestro escesivamente andante *comisionaire*.

Cuando él vió las de *Amsterdam* (casi todas de ladrillo con su remate en festones), tan altas y supinas, y con mas inclinacion todavia en su parte superior que las de *Rotterdam*, como amenazando desplomarse sobre los transeuntes, «Señor, me dijo, en el medio consiste la virtud.» Y se me plantó en medio de la calle. —Ven aqui, hombre, le decia yo, que bien sé que te ha de gustar ir por estas anchas aceras de ladrillo colocado de plano, por el cual se anda lo mismo que por una sala.—Asi será, mi amo, y yo iria por ellas de buena gana, y asi podria seguir mejor á este desdichado de *comisionista*, que sin duda se ha figurado que venimos á ganar algun jubileo á Amsterdam.—Mira, desde aqui se goza todo el efecto que hacen las casas del otro lado, con sus fachadas pintadas al oleo y barnizadas, con sus soberbias ventanas de grandes y claros cristales.—Si señor, que son muy bonitas, y hacen una vista hermosa, pero crea vd. que las veo perfectamente desde el medio de la calle.

«Oiga vd., Sr. Comisionista (añadió) hágame vd. el favor de no correr tanto. ¿Me dirá vd. qué significan aquellas ruedas que se ven en todas las casas casi debajo del alero del tejado?—*Oui, Monsieur; elles son des poulies.*—Que son *pulidas* ya lo veo yo: pero queria saber qué servicio hacian.—No le ha dicho que sean *pulidas*, hombre, sino *poleas*, trócleas ó garruchas, que servirán para hacer subir á los últimos pisos de las casas lo que sea necesario.—Es verdad, repuso el *comisionaire*; aqui apenas se sube cargamento alguno por las escaleras; todo se hace por medio de esas garruchas, que es mas económico, mas sencillo y mas breve.

«Dígame vd., querido (le pregunté yo despues): no habiendo visto una sola piedra ni grande ni chica en todos los Paises-Bajos, y hallando ahora empedradas las calles de Amsterdam, ¿se servirá vd. decirme de dónde se trae esta piedra?—Oh! si, esta piedra se trae de Suecia ó del Luxemburgo —¡Oh diablo! esto será muy costoso.—Al contrario, los buques lo traen de lastres, y cuesta una friolera. En tal caso mas os admirará lo que os voy á decir. ¿Veis esta poblacion tan numerosa, y tan rodeada y empapada de aguas por dentro y fuera? Pues aqui no hay agua potable.—¡Como! ¡Una poblacion de 220 mil almas no tiene agua que beber!—Absolutamente: en vano el gobierno ha intentado muchas veces hacer venir la de *Utrecht*, que es esquisita. Se recoge la que se puede de las lluvias en bellas y vastas cisternas: la demás se va á buscar ó bien al pequeño rio *Vecht* distante 2 leguas de aqui, la cual es mediana, ó bien á *Utrecht*, que dista 10, y es mejor; pero la multitud de canales, la facilidad y baratura de los trasportes hace que los muchos artículos de que carecemos los tengamos abundantes y á un precio módico.»

Hablando esto íbamos por la anchurosa calle de *Heeren Gracht*, larga como de media legua, cuando de repente dá Tirabeque un grito de sorpresa diciendo: «Señor, señor, un coche andando sin ruedas!» Asi era la verdad. Usan en Amsterdam una especie de coches sin ruedas (*traineaux*), tirados por uno ó dos caballos, en que la caja descansa sobre dos varas que van arrastrando por el suelo, y por consecuencia sin hacer oscilacion ni ruido alguno. Son muy comunes en Amsterdam, pero no podrian usarse donde el empedrado fuese de piedras prominentes como en España, y no planas como alli. Los coches de ruedas se usan poco, y aun antes eran prohibidos, á causa de la poca solidez de terreno, escepto para algunos grandes señores que gozaban de este privilegio.

No menos le admiró á Tirabeque la figura de los carros del pais, todos pintaditos de verde y muy limpios, sin timon, y sin que los caballos vayan uncidos á él, sino delante marchando libremente sin el peso del carro. El carretero es el que gobierna con sus mismos pies una especie de timon corvo, con el que da al carro la direccion que le conviene ó acomoda, lo cual tampoco podria hacerse sino en un terreno como aquél, todo llano y sin la mas pequeña cuesta ni descenso, sin el mas pequeño declive.

Ellas y ellos.

Mucho reparas, Pelegrin, y con mucha detencion observas las hermanitas de este pais.—Señor, ¿qué cosa mas natural en un estrangero?—Y bien, ¿qué te parecen?—Señor, parécenme bastante bien en lo general y en lo particular, y nunca pensé yo encontrar en una tierra tan pantanosa y tan húmeda unas habitantas tan frescas, tan sanotas, tan coloradas y tan robustas. —No lo son solo ellas, sino que tambien los hombres lo son en general.—Señor, en ellos no he reparado, pero bien podrá ser, porque como dice el refran español: «donde buenas yeguas paren, buenos potros se crian.» —Plebeyo es el refran, Pelegrin, y de estilo en demasia humilde.—En un lego todo está bien, mi amo; cuanto mas que aqui no hay quien me pueda corregir la plana, y lo que importa es que nos entendamos los dos, que pienso habrá vd. entendido bien lo que he querido decir.—Si, si, demasiado.»

«Señor ¿y qué casta de mugeres serán esas que llevan una patena de plata ó de oro en cada sien, y una especie de tirabuzon ó saeatrapos del mismo metal, que en otras parece tambien un muelle de acero, como si fuera un muelle de reloj?—Muchas mugeres del pais usan ese genero de adorno, pero las que mas comunmente le gastan son las Frisonas.—¿Las de la tierra de los caballos *frisones*?—Eso es, de la *Frisia*, una de las provincias mas septentrionales de Holanda.—Señor, asi son ellas tan mugeronas y tan rollizas.—En la Frisia todo es de mucha talla, Pelegrin: la raza humana, la de los caballos, la de los carneros, la de las vacas, todo es corpulento, aunque no todo igualmente robusto.»

Seguramente es particular el prendido de las mugeres de los Paises-Bajos, especialmente de las Frisonas y de otras provincias limítrofes. Consiste este en una cofia de finisimo lienzo y muy ajustada á la cabeza con un ancho y fino encaje que cae sobre la frente, y unas laminas ó planchas de plata ú oro que pasan formando un semicirculo por detras de la cabeza viniendo á reunirse en forma de patenas sobre las sienes y á cuyas estremidades arrancan dos especies de tirabuzones ó sean dos espirales del mismo metal, de los cuales cuelgan dos largos penilientes. Estos adornos suelen costarles 20 ó 30 doblones de nuestra moneda. Y como generalmente son de plata ú oro, y ellas los llevan siempre tan limpios y tan bruñidos, relumbran las cabezas de las holandesas á larga distancia que parece que llevan en ellas dos luceros.

Esto y un zagalejo de percal, con su jubon de guar-

niciones, que bajaban desde la cintura como una cuarta ó media tercia, es el traje comun de las mugeres del país. Y su aséo en los vestidos guarda perfecta armonía con el aséo de las casas.

Los holandeses con sus anchos pantalones de pana azul, sus sombreros de copa y alas tambien anchas, y su andar pausado y sin gallardía, remedan á algunos mercaderes ambulantes de Galicia y de Castilla la Vieja. Y aun el vestido del dia de fiesta de los paisanos del *Rhynland* y del *Delfland*, con su sombrero de tres picos, su calzon corto con cuatro grandes botones de plata en la pretina, y su chupa de calamaco con espesa botonadura de metal, trae á la memoria mas de cuatro tipos españoles, y representan una página vieja y bien conservada del libro de nuestra antigua dominacion.

Se entiende que se habla de la clase comun del pueblo. Por lo demas las señoras no se distinguen en el gusto y maneras de vestir de las francesas y españolas, sino en el uso de ciertas telas de mayor abrigo; y los diarios de modas de París están tan difundidos entre las familias ricas como lo estan para felicidad y ventura de la España entre las nuestras. Los señores holandeses son mas dados á vestir, vivir y comer á la inglesa que á la francesa. En Holanda se vé mas la Inglaterra que la Francia, y aun á mi juicio los holandeses son una media tinta entre los ingleses y los alemanes.

——

Comercio, industria, y riqueza.

Se ha dicho hace mucho tiempo que los holandeses son los traginantes del comercio marítimo de Europa. Asi es y no puede menos de ser; porque los habitantes de un país donde á veces se suele pagar 40 florines, ó sea mas de media onza española por una libra de uvas, no parece que se podran dedicar mucho á cabar viñas. Asi pues colocados á la orilla del mar y á la embocadura de grandes rios que penetran en el corazon de la Europa, se han hecho los arrieros del comercio, y con sus buques chatos y barrigudos, tan pesados como ellos, llevan mas cargamento que los de ninguna otra nacion; y esto unido á la facilidad de su maniobra hace que nadie pueda trasportar tan barato como ellos, y se han hecho dueños del cabotaje de toda Europa.

Pues bien; la Holanda es un país mercantil; Amsterdam es el gran mercado de la Holanda, es el puerto de sus puertos, es su emporio comercial, con que bien puede el lector discurrir lo que será Amsterdam. Supónese que el ilustre autor de *Telémaco* tenia á la vista el puerto de Amsterdam cuando describió este interesante cuadro de la ciudad de Tiro: Yo no podia saciar mis ojos del «espectáculo magnífico de aquella gran ciudad donde «todo estaba en movimiento. Yo no veia allí como en «las ciudades de la Grecia holgazanes y curiosos que «acuden á saber noticias á la plaza pública, ó se entre«tienen en pasar revista á los estrangeros que arriban al «puerto (1). Los hombres están ocupados en descargar los «buques, en trasportar las mercancias ó en venderlas, «en arreglar sus almacenes, ó en ajustar cuentas con los «negociantes estrangeros.»

¿Y qué hubiera dicho el hermano Fenelon, si como Fr. Gerundio hubiera visitado el *arsenal de la marina*? Por cierto que el muy reverendo arzobispo francés podia con ser tan mal recibido del conserge como lo fué el menos reverendo fraile español; porque si bien creyéndonos franceses frunció el ceño y se nos mostró no nada simpático, cuando le dijimos que éramos españoles no se manifestó mas adicto y devoto; españoles y franceses le hacíamos poquísima gracia, pero al fin, aunque harto recalcitrante, nos otorgó bruscamente un permiso para visitar el establecimiento.

¡Qué cosa tan vasta y tan magnífica es el *arsenal de la marina* de Amsterdam! Aquello es una poblacion entera. Como unos 3000 operarios trabajaban en la construccion de multitud de buques de todas clases y tamaños, entre ellos varias fragatas y un navio de tres puentes y de 95 cañones; la hermosa fragata *Doggersbank* de 60 cañones se iba á botar al agua la semana próxima. El ruido del martillo y de la sierra retumbando en los vientres de aquellas grandes máquinas que dentro de poco tiempo habian de surcar los mares de uno á otro estremo del globo, me hacian recordar tristemente, á mi Fr. Gerundio el inanimado silencio que siete meses antes habia observado en el *arsenal de la Carraca* de Cadiz.

Salimos de allí, y pasamos á ver el *gran depósito mercantil* de Amsterdam. Consiste este en dos larguísimas hileras de edificios unidos, á un lado y otro de un ancho canal, en que se depositan los géneros y mercancías de todas las principales ciudades mercantiles del mundo. Cada una de ellas tiene un almacen particular, que se distingue por el nombre de la poblacion escrito sobre la puerta correspondiente. Buscamos las de España, y se nos hizo no poco estraño no encontrar á *Barcelona*, mucho mas habiendo visto á *Cadiz* y alguna otra plaza española de comercio. No pudimos averiguar la causa de esta falta. El aspecto de este *gran depósito*, de una estension que se pierde de vista, es tristísimo. El pardo-oscuro de las fachadas de los edificios y el color casi negro de las puertas y ventanas, entristece tanto al observador como alegrará á los dueños la riqueza que dentro de ellos hay encerrada.

Entre los ramos de comercio de esportacion de los holandeses, ademas de los finísimos lienzos, del precioso papel de Holanda, y otros artículos conocidos y sabidos de todos, merece particular mencion *la pesca del arenque*, (1) pues como decia muy bien Voltaire; «la «pesca del arenque, que parece una cosa de bien poca «importancia en la historia del mundo, ha dado á la Ho«landa marinos intrépidos y temibles, acostumbrados á «una vida dura, sobria y activa, á una disciplina seve«ra, y á una grande economía.»

Mas de 2,000 barcos destina sola la ciudad de Amsterdam á la pesca del arenque: el arte de salarlos y conservarlos fué inventado por un tal *Guillermo Beukels*. Parece que un inventor de salar arenques no debia hacer gran figura entre los hombres célebres: sin embargo la memoria de *Guillermo Beukels*, está en gran veneracion entre los holandeses, y el mismo emperador Carlos V no se desdeñó de visitar la tumba del autor de un descubrimiento que tanta riqueza ha reportado á la Holanda. La noche de San Juan, á las 12 de ella, cuando en España empieza la gente á entregarse á la broma y al jaleo de la verbena, entonces es cuando en Holanda se dá principio cada año á la pesca del arenque. En España la noche de San Juan se gasta el dinero en pescar monas, en Holanda se pescan arenques que les valen dinero: cada país tiene sus usos y costumbres, y cada país es tan rico ó tan pobre como le lleva el genio, y vamos andando, que mas goza el pobre que se divierte que el rico que cabila y se afana.

Habiamos observado mucho traer y llevar de una parte á otra una especie de herradas de madera barniza-

(1) Debuena nos libramos con no haberle dado al Sr. Fenelon el antojo de venirse por España en lugar de ir á la Grecia, que sinó, mas cerca habia comparacion.

(1) En uno de los próximos números dedicaremos un artículo con sus correspondientes gravados á dar una idea exacta de las cualidades, pesca y preparacion de este pescado.

das de verde por fuera y de blanco por dentro, sin atinar lo que en tales vasijas llevaban las mugeres. Al tiempo que íbamos á preguntárselo al *domestique* apareció-senos nuestro *M. Soetens*, que nos andaba buscando. Hicimosle la pregunta, y nos respondió que todo lo que en aquellos recipientes veiámos trasportar era leche.—¡Poder de Dios! esclamó mi Pelegrin, ¡y qué abundancia de leche! ¿Y donde hay vacas para dar tanta leche?—En primer lugar, Sr. Pelegrin, las vacas de Holanda dan mas leche que las de otros paises, tanto que aquí una vaca mantiene una familia; lo cual no solo consiste en los buenos y abundantes pastos, sino tambien en el esmero é inteligencia con que se las cuida. En segundo lugar, Sr. Pelegrin, todos los años traemos de Jutlandia un número considerable de vacas, que engordan en nuestras praderas, y con sus productos constituyen uno de los principales ramos de riqueza del pais.

»Y no me dirá vd. *Sr. Soetens*, qué hacen vds. aqui con las vacas para que engorden tanto y den tanta leche?—Por decontado aquí nunca se las maltrata; jamás ni el pastor ni el labrador las castigan con golpes como en otras partes.—Mire vd. *Sr. Soetens*, eso va en genios; me alegrára que viera vd. las tundas que las sacuden allá en España: allí el pastor ó el mozo de labranza que no tiene fuerzas para romper una buena vara de acebo sobre las costillas del animal no sirve para el oficio. Aquí miman vds. mucho á los animales.—Oh! eso no lo sabeis bien. Aun se mima mas á las abejas: porque otro de los ramos de la riqueza del pais es la educacion de las abejas, en lo cual se ocupan muchos cantones de las provincias de Over-Yssel, de la Gueldre, de la Holanda y la Zelandia: y aun la mejor miel es la que se coge aquí cerca de Amsterdam. ¿Quereis saber como se trasportan la abejas de una á otra provincia, para proporcionarles el necesario alimento? Como las abejas son enemigas del movimiento y de la inquietud, se conducen las colmenas sobre unas angarillas con muchísimo cuidado y con infinitas precauciones.



Vista interior de la antigua Bolsa de Amsterdam.

»Parecome, *Sr. Soetens*, que los ramos de riqueza de vds. no valen entre todos ellos un comino. Leche, miel, quesito, algun ganadillo..... en España sin tanto trabajo ni tantos arrumacos cogemos mucho pan, mucho vino, mucho aceite, tenemos muchos rebaños de ganado lanar y cabruno, mucho garbanzo, mucha perdiz, mucho pero.... aquella es la tierra de Dios, *Sr. Soetens*; allí es el vivir.—Que la España es pais mas fertil que el nuestro no se lo negaré yo, Sr. Tirabeque, si bien aquí se suple bien la falta de pan con el arroz y la patata, la del vino con la cerbeza, y con el anisete y el curazáo, que son muy afamados los de Holanda, y así de lo demas; el arte suple tambien en mucho á la naturaleza, á él debemos el *coger* los frutos en un pais tan frio como este, con mas anticipacion que en otro alguno; y sobre todo, los artículos de que carecemos nos los proporcionamos á poca costa por medio de nuestros buques que nos traen fácilmente las producciones, los artefactos, los objetos todos de necesidad, de comodidad, y aun de lujo de todos los paises del globo. De nada se carece en Holanda: aquí hay todo lo que puede alhagar la sensualidad del rico: vos habeis visto y estais viendo la opulencia que respiran nuestras ciudades: pues bien, las aldeas no son menos ricas respectivamente: un labrador, un artesano holandés disfruta de mas comodidades en su casa, posee un menaje mas decente, goza de un pasar mas seguro que las clases mas regularmente acomodadas de Francia; aquí no hay masas de indigentes como en Inglaterra; un aldeano holandés pasaría en otra parte por un rico particular. Y es que aquí se trabaja sin descanso, se saca todo el partido posible del terreno, y se surca arrojadamente los mares para buscar en el último confin del mundo lo que la naturaleza haya negado á nuestro suelo.»

Ni Tirabeque se atrevió á replicar, ni yo tenia que responder á esto, porque efectivamente veiamos y palpábamos la verdad del razonamiento de *Mr. Soetens*, y lo veiamos y palpábamos no con poca envidia.

Adfabulatio.

Ahora bien; apliquemos la Moral de esta historia. ¿Qué parte le toca á la España de la opulenta AMSTERDAM? ¿Dónde están, preguntaba yo, los españoles que deberian acrecer este gran mercado á que concurren los comerciantes de Europa, los de América, del Asia y de la India?

En vano los busqué. En aquella ciudad mercante, que un tiempo fué nuestra como todo el pais, ¡*ni siquiera tenemos ahora un cónsul*! O se le habia hecho retirar por *inecesario* ó le habia sido *necesario* retirarse por *desatendido*. No pensemos en la moral de la historia.

Las fieras.

Pasamos por el *Muelle imperial*, por el del *Príncipe* y el de *los Caballeros*, que son los mas anchos y suntuosos. Cruzamos el *Puente de los enamorados* sobre el *Amstel*, de 35 arcos, y como unos 700 pies de longitud. Recostados sobre su barandilla de hierro me decia Tirabeque: «Señor, paréceme que los enamorados holandeses no han de ser de genio de tirarse al rio; tengo para mi que no se ha de contar de muchos que se arrojen de este puente por amores.—¿Y por qué nó? —Señor, porque es tierra esta muy húmeda y muy fria, y calienta poco el Sol. ¡Con qué sabe Dios lo poco que sucede ya de esto allá donde el sol achicharra, cuanto mas.....—Vaya, vaya, déjanos ahora de esas materias.»

Seguimos un rato por las frondosas afueras de AMSTERDAM, y luego nos internó otra vez *Soetens*, llevándonos á la historia natural, jardin botánico y casa de fieras. No he visto en parte alguna, creo que incluso el Jardin de plantas de Paris, una coleccion de fieras mas rica y numerosa, ni mejor atendida y cuidada. Divirtióse Tirabeque muy á su sabor en los departamentos de los monos, que los habia por centenares de todas castas, familias, figuras y tamaños. Imposible parece que los holandeses sean tan aficionados á monos. El conserje nos avisó que iba á dar de comer á las fieras, por si gustábamos presenciar el espectáculo. Así lo hicimos, teniendo el gusto y el disgusto al mismo tiempo de ver á los tigres y hienas, de que habia tambien no poca abundancia, devorar docenas de cuartos de carneros; que en todas partes, no que en España solo, mantienen los hombres por recreo las fieras dañinas, y las alimentan con carnes de animales inocentes, por efecto de la civilizacion que hemos ido alcanzando.

Vimos los animales queridos de Robinson, los *llamas*; el *pelicano*, símbolo del amor maternal que se abre el pecho para alimentar á sus hijos; y por último el departamento de los testáceos y reptiles, donde se hallaban varias esperies de galápagos, cocodrilos, salamandras, serpientes-pitón ect. todos vivos, y envueltos entre cobertores que juraria ser de nuestras fábricas de Palencia. Estremeciase Tirabeque de ver á las serpientes vibrar sus guijos de tres puntas, recuerdo del *linguis vibrantibus ora* de Virgilio, y asustóse mas cuando vió al conserge rodearse las serpientes á los brazos haciendo de cada uno de ellos un caduceo sin temor de que le picáran, que tanto llegan á familiarizarse los hombres y los animales venenosos á fuerza de trato y comunicacion.

Museo, academias, templos, sociedades.

Salimos de entre las fieras no con poco placer de Tirabeque, en cuyo semblante se notaba un *etimeo qui-dem, timeo,»* que no podia disimular, y habiéndonos encontrado con un jóven abogado amigo de *Soetens* y que llegó á hacerse nuestro tambien visitamos todos juntos el *Museo de pinturas*, fundado por Luis Bonaparte, y compuesto de poco mas de 400 cuadros escogidos, casi todos de la escuela holandesa; el *Ateneo*, rico en preciosos manuscritos; la *Academia Real de bellas artes*, la sociedad *Felix Méritis* y otras varias instituciones.

Entramos en seguida en algunos templos protestantes, haciéndome notar en el llamado *Oudekerk* (que es el mayor) á nuestro Felipe II en el trascoro firmando el tratado de Munster, por el que reconocia la independencia de las Provincias-Unidas, y renunciaba su derecho á ellas. En la cristaleria de sus ventanas estaban pintadas las armas de todos los Burgomaestres de la ciudad. La *Sinagoga de los judios portugueses*, la mayor y mas bella de todas las sinagogas de Europa; bien que tambien es AMSTERDAM el pueblo en que hay mas judios, pues se acercan á 30.000. El *templo católico* de la calle de *Doelen*, donde se hallaba un sacerdote predicando en alba y estola á un bastante crecido auditorio. Ni una palabra entendiamos sino las pocas que nos tradujeron *Soetens* y el jóven abogado su compañero.

Por la noche nos llevaron nada menos que á dos tertulias; y á fé que en ellas se acreditaron nuestros dos hermanos holandeses de conocedores del pais, y de hombres de buen gusto en el trato social, pues en una y otra habia una coleccion de jóvenes señoritas de lo mas escogido que en el estrangero habiamos visto. No era en verdad demasiado brillante el papel que en aquellas sociedades hacíamos los españoles, puesto que apenas se encontraba alguna que otra persona con quien pudiéramos entendernos en el mal frances que nosotros hablábamos.

A pesar de todo, Tirabeque tuvo el atrevimiento de hacérme allí mismo proposiciones de alargar nuestra permanencia en AMSTERDAM: por lo que me vi en el caso sino de hacer lo que Mentor hizo con Telémaco en la isla de Calipso, porque allí no habia proporcion de arrojarle al mar, pero sí de anticipar nuestra salida de la última tertulia y de llevarle al dia siguiente fuera de AMSTERDAM.

LA GROENLANDIA.

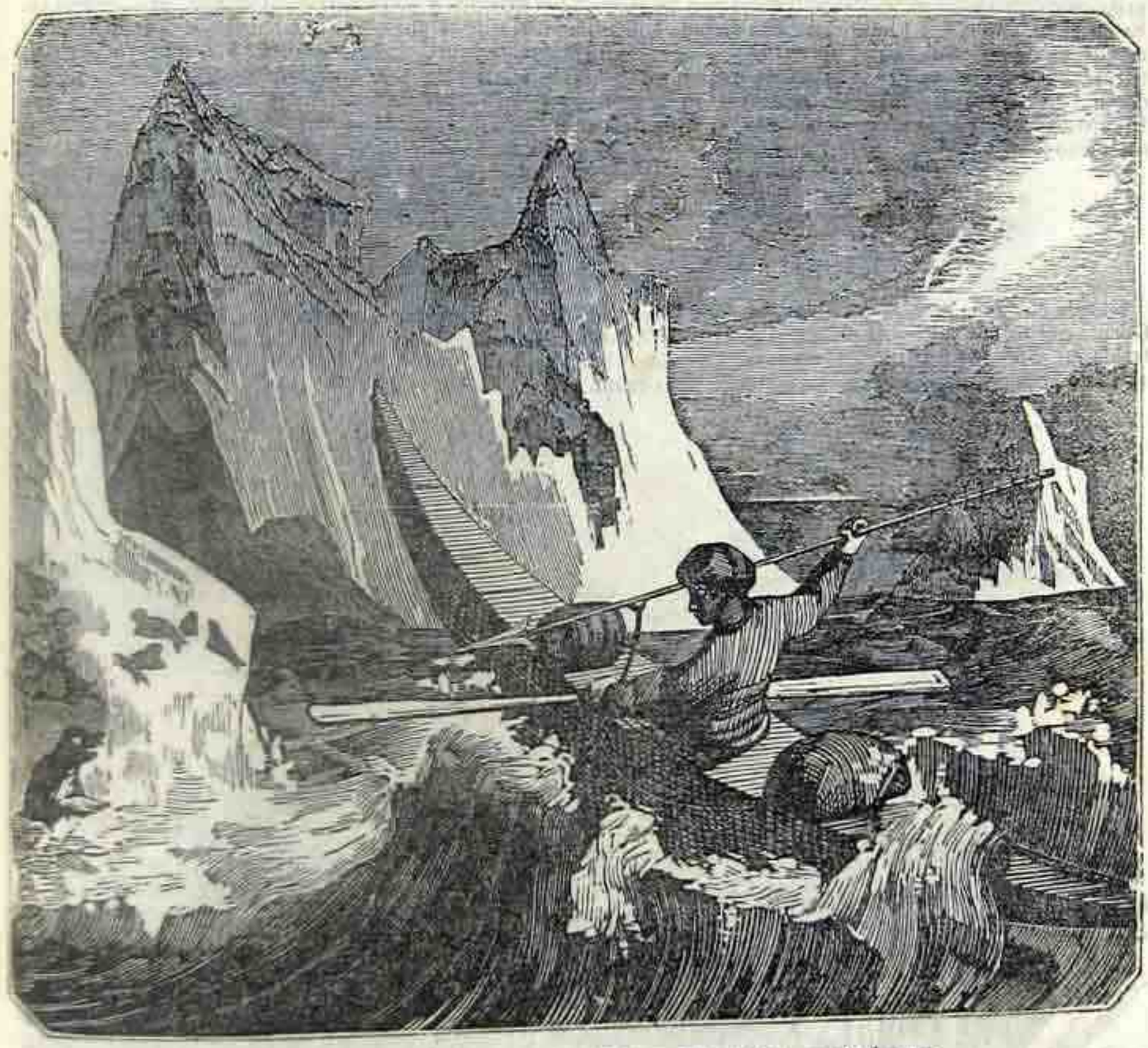
Esceptuando algunas colonias danesas, fórmase la poblacion de la Groenlandia de una tribu de ese pueblo conocido con el nombre general de Esquimales, que se estiende desde el golfo de S. Lorenzo hasta las estremidades de la Bahia de Baffin. La semejanza de idioma, de costumbres, de trajes y de constitucion física pone este hecho fuera de duda.

Los Groenlandeses son pequeños; muy pocos tienen mas de cinco pies, y la mayor parte no llegan á esta talla. Sus cabellos son largos y negruzcos; y la barba escasa. Tienen el pecho elevado y anchas espaldas, principalmente las mugeres acostumbradas desde jóvenes á llevar cargas muy pesadas. Son diestros, ágiles y mañosos. De humor festivo y sociable, se curan poco del porvenir. El agua es su bebida ordinaria; la conservan en una vasija de cobre ó de madera primorosamente labrada. Los hombres hacen los instrumentos necesarios para la caza y pesca y preparan las maderas para construir sus barcos que las mugeres cubren con pieles. Estos barcos lijeros y largos son insumerjibles, pues las pieles que los cubren forman una especie de puente en el que penetra el Groenlandés por un agujero hasta la cintura, teniendo cuidado de atar á su cuerpo los

bordes de este agujero de modo que cierre todo paso al agua. Llevados por estos lijeros barquichuelos arrostran los mas recios temporales y van, con el arpon en una mano y el remo en otra, á atacar aun en medio de los arrecifes y pasos mas dificiles de los mares de hielo, á los bueyes marinos que les suministran los objetos mas necesarios á su existencia.

La carne de estos animales es el principal alimento de los Groenlandeses; su piel sirve para vestirlos y para cubrir sus barcos; los nervios se transforman en hilo; las vejigas en botellas, la grasa les sirve de manteca y sebo, hasta la sangre misma de este animal es para el Groenlandés una bebida escelente que prefiere al mejor caldo de vaca. En una palabra, el Groenlandés no concibe que se pueda vivir sin bueyes marinos.

Mucho se ha escrito acerca de los bueyes marinos; la mayor parte de los autores los han considerado como desprovistos casi completamente de inteligencia, pero esta asercion es de todo punto errónea. Cuando estos animales ven por la primera vez algun hombre



Groelandes persiguiendo á los Bueyes marinos.

aproximarse á ellos, no manifiestan temor alguno; permanecen tranquilamente acostados en tierra, aun viendo matar y desollar á sus semejantes. Pero pronto se aperciben de la inminencia del peligro y toman sus medidas de precaucion contra los cazadores. Refúgianse en la falda de las rocas escarpadas ó de algun penasco, á fin de precipitarse en el mar tan pronto como se aproxime el enemigo. Cuando campan en este lugar, tres ó cuatro de ellos se ponen de centinelas mientras los otros duermen. En cuanto aparece un barco, los centinelas dan la señal de alarma é inmediatamente se pone la tropa en movimiento. Todos se arrojan entre los cachones de suerte que á la llegada de la embarcacion se encuentran debajo del agua, exceptuándose solamente las hembras que están criando. Estas madres valerosas permanecen en la playa para protejer á sus hijos; cuando son atacadas, agarran con los dientes á sus hijuelos por la parte posterior del cuello y se sumerjen con ellos en el mar, procurando que sus cabezas queden fuera del agua para que no se aboguen. A veces permanecen algunos machos al lado de las hembras, y cooperan á la defensa de los hijos hasta perder la última gota de sangre.

Las mugeres en la Groenlandia ejercen los oficios de carnicero, cocinero y zurrador. Despues de haber preparado las pieles hacen vestidos, zapatos, botines y

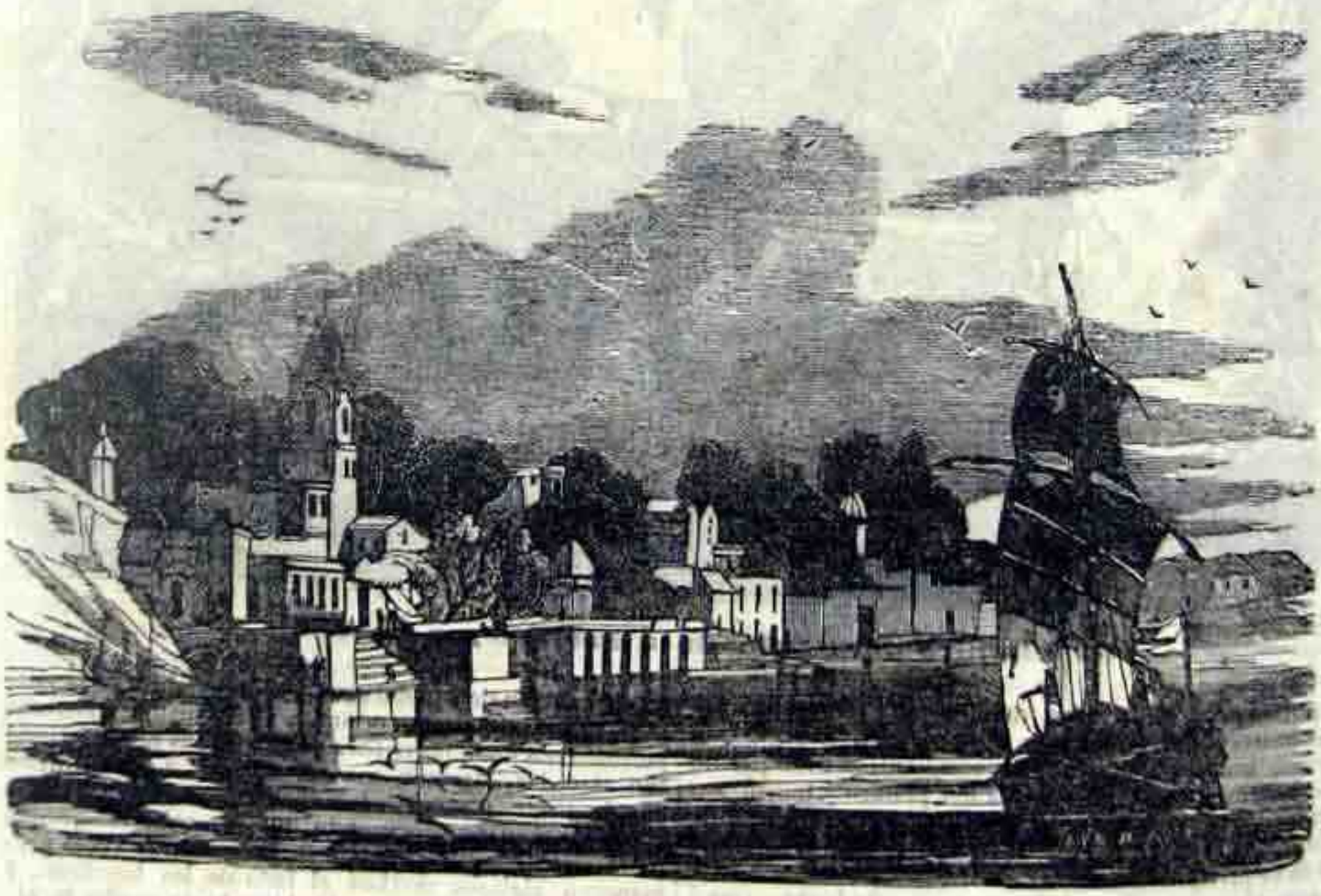
gorras. Ellas son las que construyen las tiendas y las casas, siendo de albañilería, porque la carpintería pertenece á los hombres. Como los Lapones, tan bien los Groenlandeses saben vivir sin molestia en esas miserables chozas durante los inviernos tan rigurosos de aquellas rejiones cercanas al polo. Hasta en el estío tan corto en esos climas, frias y húmedas nieblas cubren las costas y las islas. Basta un soplo de viento norte para traer el frio del invierno en la mitad del estío. Y sin embargo en esta última estacion, la presencia continua del Sol durante tan largo tiempo hace el calor insoportable, principalmente en las gargantas abrigadas por las rocas. Es tal el poder de la costumbre, ó como se dice vulgarmente, el amor de la patria, que el escaso número de Groenlandeses que se han alejado momentáneamente de su pais para visitar las rejiones mas templadas de Europa, se han vuelto inmediatamente al sitio de su nacimiento.

CAWNPORE.

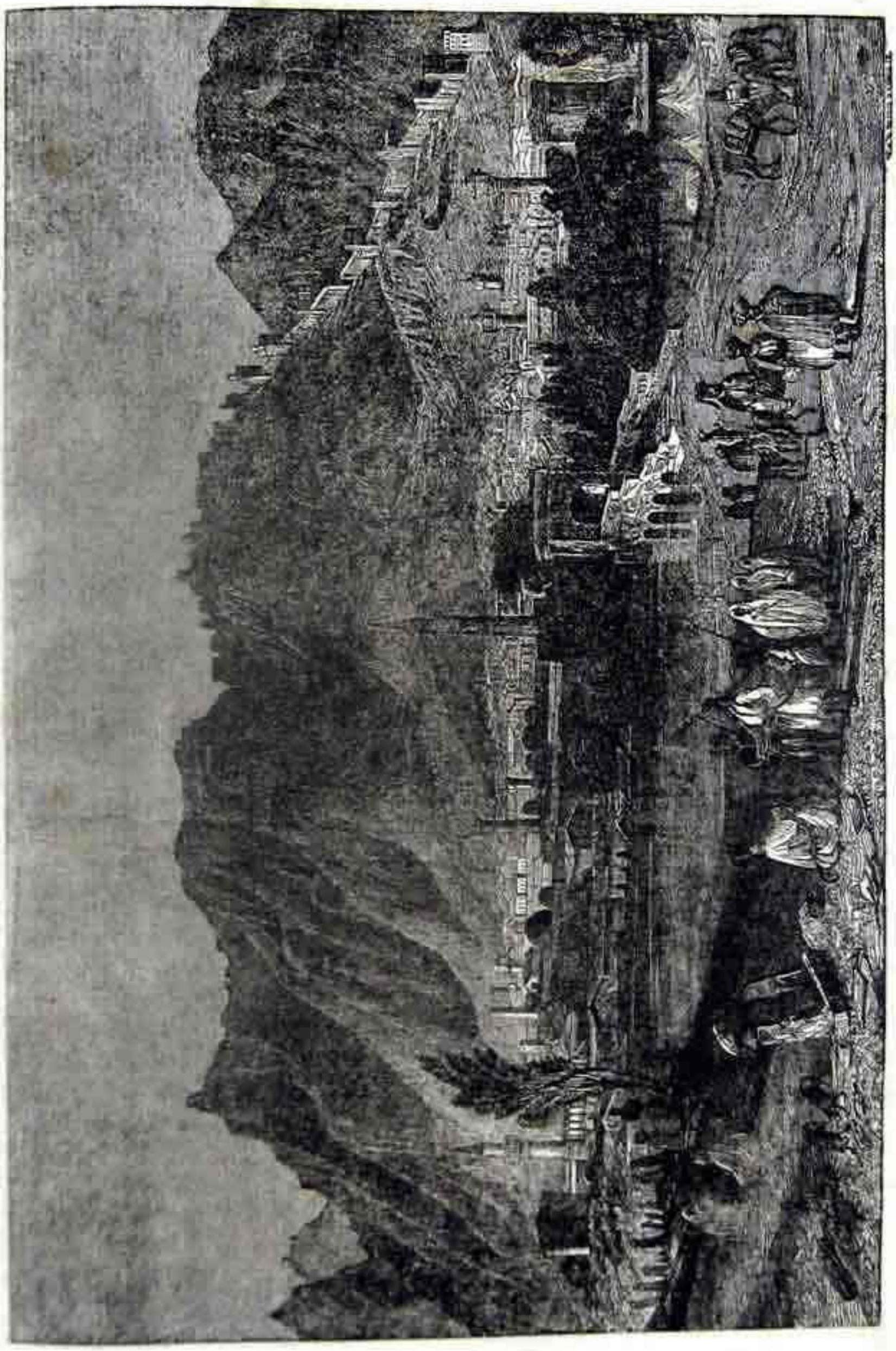
Situada en las márgenes del Ganges á 200 leguas de Calcuta que es hoy la ciudad principal de la India construida en medio de una llanura arenosa, Cawnpore ha recibido poco de la naturaleza, pero mucho de la mano de los hombres, que la han dado el aspecto mas pintoresco. Los *Padocks* ó jardines de que estan rodeadas las casas, son mayores que en la mayor parte de las ciudades de la India y se asemejan á parques, sobre todo en la estacion de las lluvias, en que la tierra se reviste con una alfombra de verdura. Crianse en ella ventajosamente casi todas las legumbres y frutos de Europa, aun en la estacion mas fria; los albérchigos y las uvas poco comunes en el resto de la india, son alli excelentes, asi como las naranjas, las manzanas y los melones.

Las casas de Cawnpore están mal construidas, pero son grandes y cómodas, con todas las precauciones necesarias para preservar á las habitaciones del excesivo calor de aquel ardiente clima. Todas tienen una pieza destinada para baños, elemento indispensable para conservar la salud de sus habitantes.

En el estremo de la plaza de Cawnpore hay una larga calle de árboles que sirve de paseo. Como esta ciudad tiene guarnicion inglesa, el paseo presenta por las tardes, despues de puesto el sol, el aspecto de una poblacion europea. Llénase de carruages de todas formas, en que las mugeres elegantes ostentan las modas de Inglaterra y Francia, mientras que apuestos caballeros cabalgando en hermosos caballos de raza europea ó en el lijero alazan árabe, caracolean al lado del caballo salvaje ó de los *poneys* velludos del pais.



Vista de la ciudad de Cawnpore en la India.



Vista de Antioquía en Siria

ESTUDIOS DE VIAGES.

Antioquía.

Cualesquiera que sean las sensaciones que esperimente el alma de un viagero al visitar la Siria moderna, es imposible que el sentimiento que despierte en él mas fuerte y mas vehemente no sea el de una profunda tristeza. En este suelo donde la naturaleza ha hecho tantos esfuerzos para el hombre, donde la tierra es suficientemente fértil para justificar la espresion de la Escritura cuando habla de la tierra prometida como de un jardin, *donde susurran los arroyos de leche y miel*, bajo de un cielo en que se respira una atmósfera dulce y agradable con las brisas de la mar, y embalsamado con el perfume de las flores; en un pais donde la naturaleza parece haberse complacido en dotarle con toda su poesía y riqueza, es muy doloroso no hallar á cada paso mas que señales de destruccion, ruinas y sepulcros que huella con sus pies el impasible musulman. Empero si fuerte es esta impresion dolorosa al recorrer toda la estension de tan bella comarca, lo es mucho mas en las cercanías de la célebre Antioquía.

Esta ciudad compuesta de otras cuatro, debió su fundacion á Antígona, y despues fue engrandecida ó mejor dicho reedificada por Seleucus Nicator que la dió el nombre de su padre. Está situada próxima á el Oronte y á el Eufrates, y tambien cerca de las villas de Apamea, de Seleucia y de Laodicea. Era la metrópoli de la Asiria y fue mucho tiempo residencia de sus reyes; segun Strabon y todos los geógrafos antiguos sobrepujaba en grandeza á Alejandría de Egipto y aun á la misma Roma. Resplandecia con todo el brillo de las artes, y la molicie de los príncipes asiáticos introdujo los refinamientos del lujo. Bajo el poder de los emperadores romanos acabaron de corromperse sus costumbres totalmente. En esta época fue cuando las fiestas celebradas en el monte sagrado de Dafne se hicieron dias de prostitucion. Mas la aurora del cristianismo se elevó radiante en Oriente, y al grito severo y grave de la nueva doctrina, la ciudad de Antioquía á imitacion de los que han consumido su existencia en una vida disipada y licenciosa, y que al verla en riesgo de terminar se encierran arrepentidos en un cláustro, se llenó de entusiasmados discípulos, y la sangre de innumerables mártires se vertió en su recinto. Seria imposible describir los rasgos numerosos de sublime heroismo de hombres que abandonaban sus cuerpos á horribles torturas, y sin exhalar un suspiro ni una queja entregaban su vida demandada por sanguinarios tiranos. Un sacrificio como este hay ciertos hombres que serian capaces de soportarle por el honor de una gloriosa resistencia á una opinion opresiva é injusta: pero una muerte tan cruel, con tanto oprobio y martirio, solo podian tolerarla hombres que detras del verdugo veian sonreir á el angel que entrelazaba la corona dispuesta para las nobles víctimas.

Mientras el antiguo mundo desaparecia debilitado con la continuada orgía, los bárbaros se esparcieron como un torrente sobre todas las provincias del imperio romano, y por todas partes no dejaban mas que ruinas que atestiguaban su paso. Antioquía no escapó á sus golpes, y entonces comenzó de nuevo la obra de destruccion consumada ya por los mamelucos en 1269. Los fanáticos discípulos del Coran destruyeron mas que los salvages del norte; derribaron hasta la última columna de esta ciudad de palacios, y en lugar de tantos monumentos no edificaron nada, porque estos hombres insociables no necesitaban sobre la tierra mas que un espacio para orar á la salida del sol, y una tumba donde encerrar su cadáver.

En la época de las cruzadas, Antioquía fué el campo de batalla donde brilló el valor de los esforzados y esclarecidos guerreros que lanzaron al grito de *Dios lo quiere*. En este teatro resplandecieron los héroes de la caballería: Tancredo que reinó en esta ciudad. Ricardo corazon de Leon, Felipe Augusto y Suenon, jóven y príncipe Sueco que sorprendido en una emboscada y rodeado de enemigos se defendió todo un dia, y sucumbió al lado de su amada que combatió tambien como una reina de Amazonas. Emisarios del cielo fueron los que escabaron la tumba que le estaba destinada por lecho nupcial; y por la noche una ráfaga luminosa y brillante, y desprendida de la bóbeda celeste indicaba el lugar donde reposaba el héroe. No lejos de sus muros anduvo largo tiempo errante un monarca que perdió todos sus valientes en un desfiladero, aplastados por las inmensas rocas que de lo alto rodaban impelidas por los musulmanes, sobre hombres sin medios de defensa. Un dia entero permaneció escondido entre el ramage de un arbol corpulento, y por la noche aprovechando su oscuridad emprendió el camino de Antioquía, y acudió á llamar á una de las puertas de la ciudad que se hallaba entonces en poder de los cristianos: este rey era Luis VII. Las guerras no contribuyeron poco á la ruina de los monumentos de este pueblo ilustre; los cruzados fanáticos y ciegos por su entusiasmo no respetaban demasiado las ciudades conquistadas, y en las crónicas de aquel tiempo se busca en vano noticias y descripciones que excitarian el mayor interés, y que seria tan facil procurarse en un pais rico aun en tantos bellos edificios.

Hoy la famosa Antioquía no es ya mas que una miserable villa conocida con el nombre de Autakiih. Contiene aun una poblacion de diez mil habitantes, pero diseminada en los restos de su antiguo recinto que llegó á contener setecientos mil. Una parte de sus murallas y de sus acueductos escapados milagrosamente de las demoliciones de los bárbaros y de los terremotos, son los únicos testimonios que se conservan de su antigua magnificencia. La antigua reina del oriente, despojada de su grandeza, se muestra triste como una vírgen que ha perdido su corona, y nadie participa de su dolor sino es el viento de la noche que gime en las ruinas de sus palacios, ó meciendo los cipreses de sus tumbas: y el europeo que visita aquellos paises y vuelve la cabeza á la vista de tantas ruinas con el corazon traspasado de dolorosas reflesiones y pensamientos.

ESTUDIOS HISTORICOS.

D. RODRIGO CALDERON

MARQUES DE SIETE IGLESIAS CONDE DE LA OLIVA.

I.

Nació don Rodrigo en la ciudad de Amberes por el año de 1574 cuando España dominaba los estados de Flandes. Su padre, don Francisco Calderon, era capitan del ejército y se distinguió entre los españoles por su valor en los combates y por la hidalguía de su trato.—Su noble figura interesó sobre manera á una doncella alemana, doña María Sandelin, de ilustre familia y hermosa en estremo; pero de su galanteo tuvo un hijo, que fué don Rodrigo, quedando este legitimado luego que se casaron.

A poco tiempo de efectuado el matrimonio falleció doña María su madre, y obtenida licencia real se apartó del servicio su padre don Francisco, regresando á Valladolid con su hijo, de donde era natural y en donde poseia un regular patrimonio.—Aquí se ocupó de facilitarle una educacion esmerada; y en efecto correspondió á sus deseos, pues en la universidad, en donde cursaba, sobresalió siempre como un talento privilegiado por la naturaleza.—Contrajo esponsales su padre en segundas nupcias, y no acomodándose bien el genio de don Rodrigo con su madrasta, convino en separarlo de su lado para evitar disgustos de familia: no sin gran sentimiento, pues le amaba con delirio como fruto de sus primeros amores.—Le mandó á Madrid en calidad de paje del Vice-canciller de Aragon. Poco tiempo estubo con dicho señor, pues luego que don Rodrigo penetró las intrigas y estilos de la córte le pareció que seria mejor servir á don Francisco Rojas de Sandoval, marqués de Denia, á quien el rey Felipe III hizo en 1598 duque de Lerma y su privado, entregándole enteramente el gobierno de estado.

Colocado don Rodrigo en esta casa y viendo á su señor tan favorecido del rey, concibió desde luego felices esperanzas á su porvenir.—Se dedicó por el pronto con el mayor cuidado á conocer el corazon del duque y grangearse su voluntad; como á la noble figura de don Rodrigo le acompañaba un talento claro y una puntualidad sin límites, logró conseguir grande estimacion, nombrándole desde luego su paje de bolsa:—Trataba el duque con don Rodrigo algunos asuntos de política y le admiraba ciertamente la prontitud y agudas resoluciones conque este le aconsejaba; de modo que cada dia le distinguia mas y se envanecia en llevarlo á su lado.

Aquí se vé á don Rodrigo con el pie levantado para pisar el primer escalon de la fortuna. Esta le fué muy propicia porque le prodigó sus favores á manos llenas; mas llegó un tiempo que le volvió la cara y su falta le ocasionó, para su mayor ventura ó desgracia, el trágico fin de su vida.—Su fama póstuma ha quedado consignada en la historia; y de la muerte de este hombre tiene origen precisamente el proverbio vulgar de «tienes mas orgullo que don Rodrigo en la horca.»

Con el aprecio particular que le dispensaba el duque de Lerma se captó tambien la voluntad del monarca: fué nombrado don Rodrigo ayuda de cámara de S. M.—El brillo de este empleo en aquella época dió lugar á que se le conociese entre los cortesanos; y para dar mayor esmalte á su posicion social contrajo matrimonio con doña Inés de Vargas, señora de la Oliva, en la provincia de Estremadura. A esta gracia le sucedieron otras: el hábito de Santiago con la encomienda de Ocaña: el título de Castilla de conde de la Oliva y el de capitan de la guardia alemana del rey.—Protegia la fortuna á don Rodrigo con todos estos progresos, y sin cansarse en su veloz carrera le puso por sucesor del conde de Villalonga que desempeñaba el ministerio de estado.—No solo fué nombrado don Rodrigo secretario del despacho de estado, sino que tambien se le confirió al mismo tiempo el ministerio de gracia y justicia, logrando con el acierto de su conducta toda la confianza del rey.

En tan elevado puesto no podia menos don Rodrigo de conocer el servicio que le habia hecho el duque de Lerma.—La privanza de este con el rey empezaba á flaquear por momentos: se le atribuia por sus émulos que vendia la justicia; que no premiaba el mérito, y que el premio se feriaba al mayor interés.—Por la grandeza se divulgaban estas voces contra el primer ministro para que llegasen á oidos del rey; y para librar su persona de la jurisdiccion civil cuando descendiese de la gracia pidió, por consejo de don Rodrigo, y obtuvo de su santidad Paulo V el capelo de cardenal. Hizo mas, logró la entrada en los ministerios de su hijo el duque de Uceda y su sobrino el conde de Lemos para afianzar mas su favor con el monarca.—Pero.... cosa rara: su mismo hijo que no tenia talento, vicios ni virtudes, le disputó la privanza, y unido con el partido de los nobles trabajó sin cesar hasta derribarle del alto puesto que ocupaba, cuya caida tuvo efecto en 1619.—Todos le abandonaron, menos don Rodrigo, que siempre le sirvió con caballerosidad. El rey Felipe no miraba con gusto en el duque de Lerma el esplendor de la púrpura cardenalicia, y esto hizo que lo recibiera friamente en los despachos.

Por la novedad referida quedó don Rodrigo como el ministro de mas talento, siendo en los negocios de estado su privado único.—Temia, no obstante, en su conciencia que los tiros se asestarian en adelante contra él por la amistad que le unia con el duque; y porque los contrarios de aquél no cesaban de minar para derribarle tambien de la gracia. Y no era vano su recelo.... bien pronto empezaron á esparcir en el pueblo que don Rodrigo adolecia del mismo defecto que su maestro el duque, esto es, que se le habia pegado mucho la avidez de adquirir riquezas.—Como todo podia esperarse de un rey tan variable é indolente como Felipe III, no se descuidó en prevenirse. Hizo, pues, que se les espidiese una real cédula por la que se le declaraba buen ministro y se le absolvia de todo aquello en que hubiese faltado anteriormente; y para conseguirla pretestó al rey que su fin era ponerse en salvo de las asechanzas de sus émulos, pues estos sin mas motivo que verle favorecido de S. M. intentaban su ruina por todos los medios imaginables.—Aquietóse con

esta cédula real y continuando en su privanza se hacia servir y tratar con magestuosa soberanía..... El poco caso con que miraba á la grandeza de España: el no devolver visitas á nadie, y el rehusar las audiencias, le dió el nombre de *orgulloso*: nombre que escitó mas la envidia y el deseo de venganza de sus émulos.

Viendo don Francisco Calderon á su hijo elevado sobre los hombros del poder, procuraba con prudentes consejos hacerle presente las vicisitudes humanas.—Entre las muchas reflexiones que le hacia era una de ellas la que sigue:

—«Hijo mio, cuanto mas eminentes son las torres, mas espuestas se encuentran á la violencia de un ardiente rayo; procura librarte del rayo de la envidia para que no sea ahogado con el humo.»

Estas razones nacidas del amor de un padre que no estaba muy satisfecho de ver subir al hijo como la espuma del mar en los preludios de una gran tormenta, hizo que se resfriase la correspondencia de ambos porque don Rodrigo creia que eran ideas tristes sugeridas por la madrastra á quien aborrecia y negaba como tal.—Murió al fin esta y entonces se trajo á su lado al padre: le hizo dar el hábito de caballero de S. Juan por recomendacion del príncipe Filiberto, gran prior de la orden: tambien la plaza de alcaide de Consuegra: le puso el hábito de Santiago, y le nombró teniente de la guardia Alemana con la encomienda mayor de Aragon, no solo por la renta, cuanto porque le diesen el tratamiento de señoría.—No queriendo su padre mas empleos se retiró otra vez á Valladolid con bastante temor de la ruina de su hijo porque no escuchaba sus consejos.

Nueva será antes de pasar mas adelante, fijar los empleos, mercedes y gracias que obtuvo *don Rodrigo* Calderon para ser despues degollado en la plaza mayor de Madrid: ¡qué leccion para el hombre que se engrie con los favores de la fortuna!

II.

El rey Felipe III le concedió los títulos de Castilla de conde de la Oliva y marqués de Siete-Iglesias.—Le hizo caballero del hábito de Santiago, comendador de Ocaña, capitan de la guardia Alemana, contiguo de la casa de los reyes de Aragon, secretario del despacho universal de Estado, Hacienda y Gracia y Justicia, oidor de la chancillería de Valladolid, Alguacil mayor, archivero y alcaide en propiedad de la cárcel real de la misma ciudad, mi correo mayor, regidor dos veces con voz, voto y primera antigüedad.—Merced de un maravedí en cada bula de las que se imprimiesen cuyo producto ascendia á 6000 ducados al año: un balcon perpétuo en las casas de ayuntamiento y otro en la casa de comedias: patrono del convento de monjas de Portaceli en dicha ciudad: patrono de la capilla mayor de la Merced de Madrid (hoy es plazuela del Progreso).—Tenia un aposento en el coliseo de la calle de la Cruz: era tambien regidor con voz y voto de Soria y Palencia, y últimamente le estaban consignados los derechos del palo Brasil, cuyo producto anual escedia de 12000 ducados. Se graduaban sus rentas en total por sueldos y mercedes en mas de 200,000 ducados (dos millones doscientos mil reales vn).

Con su genio altanero, pues el mundo le ofrecia campo estrecho á su persona, se hacia servir por sus criados con lujo y magnificencia.—Tenia sin embargo la prenda buena de ser muy caritativo con todos, valiéndose de los sacerdotes para que distribuyeran limosnas secretas y remediando por sí propio muchas necesidades.—Era generoso y su corazon no abrigaba ideas mezquinas.—Una noche salió disfrazado de su casa, citado por una dama á la que habia solicitado con gran dificultad: para regalar á la misma llevaba un rico bolsillo con 300 doblones. Antes de llegar á la casa determinada le salió un hombre al encuentro, y parando su marcha, le dijo:

—Señor, soy un caballero ilustre en sangre, pero tan escaso en bienes de fortuna, que en el dia de hoy no me he desayunado ni he podido hallar remedio á mi desgracia. Le suplico que me socorra con una limosna, pues tengo una hija doncella alimentada con agua solamente: y á no encontrar algun alivio en vos, estoy determinado á permitirla que busque para los dos el preciso sustento... ¡Así Dios le libre de muerte repentina!

Compadecido *don Rodrigo* con arenga tan tierna le entregó el bolsillo con los 300 doblones diciendole:

—Toma, pero te encargo que cuides mucho á tu hija y nunca des lugar en tu pecho noble á tan impropio pensamiento.

A estas razones le conoció el caballero: le dió las gracias humillándose hasta besarle los pies (pues todo cabe en un noble agradecido). Le despidió por fin con estas palabras.

—Pues que me has conocido, calla y vete con Dios, amigo: no pases necesidades, que no te faltará consuelo en ellas.

Retiróse *don Rodrigo* á su casa muy contento y muy ageno del intento que llevaba: pensativo sí, meditando sobre aquel suceso, pues consideraba que tal vez le estarian aguardando para quitarle la vida, y que Dios le habia salvado infaliblemente por aquel medio del mal paso que iba resuelto á ejecutar.

El 18 de octubre de 1615 se celebró en Burdeos el matrimonio del príncipe de Asturias (despues Felipe IV.) con la infanta doña Isabel de Francia, y en Burgos el de Luis XIII con la infanta de España doña Ana.—El 9 de noviembre se hizo en el rio Vidasoa el cange de las dos princesas con la mayor magnificencia. Por la corta edad de los novios (pues tenian 11 años) quedó sin ratificar el matrimonio, y cuando se acercó el plazo para festejar públicamente este suceso, hubo en agosto de 1618 funciones reales en la plaza Mayor de Madrid.—Don Rodrigo en el apogeo de toda su grandeza, se presentó al frente de su compañía, como capitan de la guardia Alemana, en un fogoso caballo blanco ricamente enjaezado. Su gallarda figura y aquel lujo oriental llamó la atencion de la real familia: especialmente la grandeza, los nobles y el pueblo que era inmenso, fijaron sus miradas en él.... y escitados á una vez por el rayo de la envidia que le predijo su padre, le declararon una guerra sin descanso por el enojo que su orgullo les causara.... El rival que mas enconado se manifestó en su persecucion fué el ambicioso Gaspar de Guzman, conde-duque de Olivares, que ya le disputaba en secreto la privanza del rey como gentilhombre que era del príncipe.—Muy ageno de lo que pasaba en el interior de los espectadores cortesanos, se consideraba *don Rodrigo* ufano porque todos les respetaban pero el mismo confesó despues que habiéndole asaltado de repente una triste idea le quitó el sosiego en la fiesta, pues su corazon leal le pronosticó anticipadamente el trágico fin que tuvo.—Declaró que en aquel momento se preguntaba á sí mismo.

—Rodrigo, si tan crecido concurso como el que hoy te teme y te venera, te viera mañana sobre un funesto cadalso padecer afrentosa muerte...¿qué diria de tu fortuna? ¡Tan cierto es que se verifica en estos pasos de la vida humana lo que refieren algunos sábios ponderando la escelencia del corazon del hombre!

Idea fué que dominó á Don Rodrigo cerca de cuatro meses y abatió sobre manera su fantasía: tanto que, pasando las noches casi en vigilia y viendo por otro lado la tela que se le estaba urdiendo por sus contrarios, no vaciló en apartarse de los negocios públicos.—Creia, y discuria *bien*, que dejando sus altos empleos y quitándose de la vista de los cortesanos, podria vivir tranquilo en la oscuridad del mundo político...conjurando de este modo la tempestad cuyo trueno resonaba ya sobre su cabeza.

—Decidido por último á llevar á efecto su pensamiento, obtuvo una audiencia particular del rey el dia 8 de enero de 1619. En ella le presentó su renuncia que decia así:

—«Señor: si el mucho tiempo que sirvo á V. M. con toda lealtad, merece algun aprecio y consideracion; justo será conseguir por premio de mis desvelos el retiro á la vida privada, que tanto anhelo, junto á mi querido padre. Una vez apartado de los negocios del Estado, desistirán mis émulos de poner las continuas asechanzas que en último resultado traerian la ruina infalible de mi persona.—Por esta razon me he decidido á renunciar desde hoy todos mis empleos; y espero confiado que V. M. escuchará benigno el sentimiento de un vasallo fiel, acogiendo su renuncia bajo el manto de la clemencia real.—Tranquilo en mi hogar doméstico, bendeciré desde allí una y mil veces la generosidad de V. M. y pediré sin cesar al Dios supremo por la mayor gloria y prosperidad de V. M.—»

Despues de varias esplicaciones verbales quedó convencido el rey, al dia siguiente se comunicaron las órdenes exonerando á *don Rodrigo* de sus cargos públicos.

Este suceso, de por sí muy ruidoso en aquella época, no dejó de ocasionar frecuentes disputas entre sus apasionados (que tenia muchos) y entre sus contrarios.—Quien pretendia que habia caido de la gracia del rey por un hecho desagradable: quien inventaba á su manera motivos que no existian.—Lo cierto es que desde aquel momento sus enemigos, con especialidad el conde-duque de Olivares, redoblaron sus esfuerzos, por la sombra que en todas partes les hiciera, para deshacerse de su persona.... venganza que les tenian jurada de mucho tiempo.—Pusieron en juego cuantos recursos é intrigas les fué posible, y le imputaron cosas propias de la ignorancia del siglo, las cuales corrian de boca en boca hasta que consiguieron alucinar el vulgo y enemistarle con el monarca.

Marchó *don Rodrigo* á Valladolid, segun se habia propuesto, con su muger y dos niños; pero los amigos que habia dejado en la córte no cesaban de escribirle que se pusiera en salvo porque se trataba, nada menos, que de formarle una causa criminal y que seria víctima en su fallo.—Aunque dotado de una alma fria y serena, tanto le ponderaron el peligro que corria, que llegó á temer.... y este miedo le hizo concebir la idea de fugarse á una potencia estrangera. Antes de decidirse consultó sus temores con una monja del convento de Portaceli de Valladolid, conocida por su vida ejemplar.....la preguntó: que deberia hacer para libertar su vida y opinion de las iras de un rey irritado, pues tenia en su mano el salvarse con la fuga; y le contestó la religiosa—Que mejor se salvaria estándose quieto.

Sosegose en algun tanto con el dictámen de la monja, y por último se resignó á esperar su buena ó mala suerte en Valladolid, recogiendo no obstante sus papeles y ocultando entre amigos y confidentes las joyas y el dinero que tenia.—Preparado á todo lo que pudiera sobrevenirle, bien pronto conoció los efectos de su error.

III.

El dia 20 de febrero de 1619 á las once la mañana, fué preso de órden del rey por don Francisco Ramirez, consejero de Castilla, y puesto con seis guardas de vista en una sala de las casas que llaman del Cordon.—Nombró el rey por jueces de su causa á los consejeros de Castilla don Francisco de Contreras, don Luis Salcedo y don Diego del Corral; y escribano que actuase en ella á Lázaro de los Heros. Inmediatamente descubrieron por pregones todos los papeles, alhajas y dinero que se habian ocultado, cuyo inventario ascendió á una gran riqueza.—Despues de muchos dias le mudaron á la fortaleza de Santorcáz; pero no creyéndole allí seguro fué trasladado á Madrid. Le depositaron en su misma casa, calle ancha de S. Bernardo, en una sala principal con diez guardas de vista al cuidado de don Manuel de Hinojosa, caballero de Santiago: estaba cerrada la sala dia y noche con un centinela de vista continuo que se remudaba de dos en dos horas, y en las piezas inmediatas se hallaba el resto de la guardia con su gefe. No habia en ella mas luz que dos velas encendidas sobre un candelabro dorado y no se abria aquel fatal y triste aposento sino para mudar la guardia y entrar la comida y cena cuyos actos precisamente habia de presenciarlos el gefe de ella. Se le servian manjares en abundancia y con delicadeza; pero solo comia lo necesario para vivir.

Durante su prision fué abandonado de todos aquellos á quienes habia colmado de favores.—Solo el cardenal don Gabriel de Trejo, sobrino de la condesa su muger, le visitaba todos los dias y le consolaba en su afliccion. Luego que este hombre supo la desgracia de su tio *don Rodrigo*, á quien debia su fortuna y amaba tiernamente, dejó á Roma y vino á Madrid con la idea de penetrar en la prision y salvarle; pero fueron en vano los pasos porque sus enemigos no le permitieron la entrada en palacio y despues de algunos meses le comunicaron una órden del rey para que se volviese á Roma.— Nadie le hablaba sino el P. Pedrosa, religioso carmelita, que era su confesor, y los letrados y procuradores, aunque siempre á presencia de la guardia.

Con este trato constante siguieron los procedimientos judiciales..... duraron 28 meses desde su prision hasta que se le notificó la primera sentencia. En las causas que se le formaron á la vez, una civil y otra criminal, se le hicieron muchos cargos por el fiscal. Los mas notables fueron los hechizos que decian habia dado á los reyes y demas personas cuyas voluntades se atrajo en su vida pública: los venenos y muertes que se le achacaron principalmente, la de la reina doña Margarita de Austria (1) y en una palabra cuantos asesinatos se cometieron en Madrid durante su mando: asesinatos que, segun la historia, eran tan comunes como atrasada se encontraba en aquel tiempo la civilizacion.—En cualquier amorío lo primero que se cruzaba por parte del galan era la espada: por una simple mirada se arrojaba el guante, y nadie iba seguro por la calle á las diez de la noche sin ser provocado á un reto, ó recibir una estocada por el caballero enamorado creyendo al otro su embozado rival.

—Por los indicios únicamente que resultaban de la causa determinaron los jueces ponerle en el tormento el dia siete de enero de 1620, tolerando con mucho valor sin declarar el mas leve delito, los rigores de aquella bárbara costumbre.—Nada se omitió, pues le fué aplicada toda la ley. Esto unido á la enfermedad de gota que padecia, le postró en cama, de la cual levantábase muy pocas veces; y cuando lo hacia andaba con dos muletas, vendado el brazo con un tafetan por haberle quedado maltratado del tormento.—Contiguo á la sala donde estaba habia un cuarto que le servia de oratorio al que salia á misa todos los dias (2) acompañado de sus guardas. En otro cuarto inmediato tenian los jueces su tribunal.

(1) Murió el 3 de octubre de 1611 en el Escorial, de sobre parto del infante don Alonso el Caro, llamado así porque costó la vida á su madre.

(2) Se conserva el altar que tuvo. Es una pintura italiana antigua de bastante mérito artístico. La tabla principal representa el cenáculo la portezuela de la izquierda, la anunciacion del angel Gabriel, y la otra la visitacion de la Virgen con Sta. Isabel.

En este mismo año se mandó venir á Madrid, para ser tambien víctima de la ambicion de Olivares, á don Pedro Giron, duque de Osuna. Era en este tiempo uno de los mayores políticos del siglo, de ilustracion acreditada y general valiente: habia mostrado siempre mucha fidelidad en el servicio de las armas y un entusiasmo grande por la gloria de su nacion.—Pues este hombre de tanto mérito que desempeñaba el vireynato de Nápoles se le puso tambien en prision en la fortaleza de la Alameda luego que llegó á Madrid, sin poder conseguir nunca que se viera su causa, y se le tuvo encerrado hasta que murió de hidropesía.

El 9 de julio de 1621 se notificaron á don *Rodrigo*, por el escribano Lázaro de los Heros, dos sentencias; una civil y la otra criminal cuyo testo basta solo leerlo para conocer la parcialidad con que fué juzgado. Decia así.

Sentencia.

En el pleito y causa criminal que con especial comision de S. M. ante nos há pendido: ante el señor licenciado don Garcia Perez de Araciel, de su consejo, que por real cédula hace oficio de fiscal de la una parte; y de otra don *Rodrigo Calderon*, preso por mandado de S. M., y su procurador en su nombre, fallamos, atento á los autos y méritos de este pleito, que debemos declarar y declaramos: que la parte de dicho fiscal en cuanto acusó á dicho don Rodrigo de culpado en la muerte de la magestad de la reina N. Sra. doña Margarita de Austria, y no haber probado la dicha acusacion, dámosla por no probada: y en cuanto le acusó de haber dado hechizos y con ellos haber procurado atraer á sí las voluntades del rey y otras personas, de haber dado veneno al R. P. maestro fray Luis de Aliaga, inquisidor general y confesor que fué de S. M., de haber hecho matar á don Alonso Carvajal, caballero de Santiago, y al P. Cristobal Suarez, de la compañía de Jesus: á Pedro Caballero y Alonso del Canto: y declaramos asi mismo no haberlo probado, [absolvemos y *damos por libre* al dicho don Rodrigo Calderon.

Otro sí: en cuanto le acusó de la prision que hizo de Agustin de Avila, alguacil de córte, y del proceso que contra él fulminó y haberle querido matar en la prision con veneno, y últimamente su muerte y todo lo demas acaecido en ella; y del dicho proceso resultó haber cometido delito de asesinato y muerte alevosa, habiéndo hecho matar á Francisco de la Juara, por medio del sargento mayor don Juan de Guzman á quien se lo pagó y otras personas, y lo demas que en dicha acusacion se contiene, y haber pervertido el juicio de esta causa con la mucha mano que en todo tenia, que pendió y se trató en esta córte ante los alcaldes de ella, y amenazando y persiguiendo á uno de ellos porque supo y trataba la averiguacion de dicho delito; y en haber ganado ó impetrado cédula de S. M. de perdon y liberacion de sus delitos por malos medios, *dámos* la acusacion por bien probada, y por la culpa que en ella resulta contra dicho *don Rodrigo Calderon* le debemos condenar y condenamos á que de la prision en que está sea sacado en una mula enfrenada y ensillada, y en ella sea conducido por las calles públicas á voz de pregonero que publique sus delitos hasta la plaza mayor; y que en ella *sea degollado* en un cadalso por la garganta hasta que muera.—Y mas le condenamos en perdimiento de la mitad de sus bienes que aplicamos á la real hacienda; y por esta nuestra sentencia, definitivamente juzgada así lo pronunciamos y mandamos con costas.—El licenciado don Diego del Corral y Arellano.

Por la otra sentencia civil, que contenia 246 cargos de poca monta, le condenaron en 1250 ducados, y le degradaron de todos sus oficios, títulos y mercedes; pero sin tomar en boca á sus hijos.

Oyó don Rodrigo con gran valor su sentencia contestando despues al escribano que quedaba enterado. Le volvió en seguida la espalda con su natural orgullo, y dirijiéndose á un crucifijo dijo con voz sonora:

—Gran Dios, cúmplase en mi vuestra divina voluntad.

Resignado en la desgracia nunca perdió su genio altivo, aunque demostró públicamente la conformidad cristiana.—Protestó de la inocencia de todo cuanto se le imputaba y por consejo de los abogados apeló de la sentencia... Le señalaron jueces para su vista, pero temiendo su parcialidad los recusó y nombraron otros nuevos.—Despues de mes y medio, en cuyo tiempo no omitió medio el conde-duque de Olivares, que no pusiera en movimiento para inclinar al rey á que se llevase á efecto la sentencia, declararon los jueces:

—Que respecto á la condena civil se le perdonarán los 1250 ducados que le habia impuesto al acusado; pero que en cuanto á la sentencia criminal no habia lugar á la súplica.

Recibió esta noticia con mas serenidad en la apariencia que la vez primera y conoció desde luego en su talento precóz que no habia remedio humano para él pues estaba designado para víctima de sus contrarios.—Apelaron de nuevo los procuradores, y en revista mandaron ejecutar la sentencia de muerte, sin embargo de suplicacion de la primera sentencia.—Esto sucedió el lunes 18 de octubre de 1621 á los treinta y dos meses de su prision.

IV.

Desde las tres de la tarde del mismo dia 18 de octubre dieron ya licencia para que le visitasen doce religiosos; y *don Rodrigo* se fué disponiendo con gran fervor para morir.—Dormia en un catre de damasco azul guarnecido de oro y plata, y desde este dia durmió sobre un colchon en el suelo con sola una almoada, sin desnudarse y sin mas ropa que su capa.—Tenia una sobre-mesa de cuero. Aunque le servian delicados manjares comia muy poco porque los mandaba repartir á los pobres. Pasaba lo mas de las noches en oracion mental: por el dia se ocupaba en leer libros devotos, en particular las obras de santa Teresa.—En el delirio de su fatal destino, hizo cuanto pudiera hacer el criminal mas arrepentido. No cesaba de implorar la misericordia de Dios, ya que en los hombres no encontraba la justicia: se llenó el cuerpo de cilicios llevando en el pecho una cruz de puntas aceradas.—Tanto se espiritualizó aquel hombre que edificaba su ejemplo, asegurando su confesor que tuvo que reprenderle tanta aspereza y negarle la autorizacion que le pidió para publicar por las calles el dia de su muerte las fragilidades humanas. Tan poco se le daba ya de los respetos del mundo, menos el honor que pretendia conservarlo ileso siempre.

Martes á media noche 19 de octubre, sin que nadie lo llegase á penetrar, fué á llevarle la nueva de su muerte el P. Pedrosa, religioso carmelita.—Hallole de rodillas en oracion, y preguntándole *don Rodrigo* ¿que á qué venia? le contestó el padre:—

—A pasar con V. S. la noche.

Entraron despues á conversar acerca de los gustos de la vida del hombre; y el P. tomó el tema de aqui con bastante sabiduría, haciéndole comparaciones concluyentes de las glorias mundanas con las glorias eternas.—*Don Rodrigo* afectado por una exortacion de esta naturaleza dijo.

—Pues bien, padre mio, deseo con ansia sacrificar á Dios mi vida, y muchas mas que tuviera, por mis enemigos á quienes perdona mi corazon porque no conoce la protervia.

Conociendo el P. lo preparado que estaba le declaró: que á la mañana siguiente vendria Dios á darle gracias por su buen propósito, pues necesariamente tenia que emprender el viaje largo el jueves sin falta.

Ninguna duda le quedó ya del enigma de su fatal destino, y le contestó friamente.

—Tan ageno estoy, padre mio, de sentir mi muerte que me confieso muy agradecido por la noticia que me comunica y por el favor que me hace en acompañarme, animando mi espíritu con su elocuencia cristiana en tan duro y penoso trance.

Estas y otras razones, decia, mezcladas en lágrimas y afectuosos abrazos de agradecimiento, propios de su heróica constancia. Puesto de rodillas con el crucifijo en las manos hizo un fervoroso acto de contricion, compuesto por él mismo, dando gracias á Dios porque le concedió tiempo para llorar sus culpas. Despues le propuso el P. Pedrosa los premios que Dios ofrece á los que saben aprovecharse de los trabajos que en esta vida se padecen por su amor; y en esta plática se pasó el resto de la noche, dirijida siempre á la preparacion para la muerte.

En la mañana del dia 20, despues de reconciliarse, tomó la comunion al celebrar el sacrificio de la misa en el oratorio. En sus afectos de fé decia:

—Señor, pues hoy venis á mi seno despojado de toda vuestra grandeza, vaya yo mañana á vos dignamente.

Concluida la misa se puso á rezar el oficio de difuntos y el de la Virgen, segun tenia costumbre todos los dias por espacio de 6 años antes de su muerte. La virtud de la caridad la acreditó con las muchas limosnas que repartia, aun estando en la prision, y con las obras pias que dejó fundadas, como son, la capilla que á su costa labró en el Carmen descalzo de esta córte dedicada á santa Teresa de Jesus: la iglesia que se halla en el desierto de las Batuecas en la que se celebraban todos los dias dos misas por su alma, y doce en el monasterio de Portaceli de Valladolid por las del Purgatorio en general.—Despues que salió del oratorio, en virtud de la licencia que le comunicaron del rey, hizo testamento de 2.000 ducados, disponiendo algunas cosas en beneficio de su alma, y mandando que se le enterrase en el Carmen descalzo, debajo del altar de santa Teresa.

A las 2 de la tarde del mismo dia 20 de octubre, ignorante el pueblo de Madrid de esta novedad, se empezó á desembarazar la plaza mayor. Se levantó el cadalso á las 10 de la noche con órden espresa de que habia de estar concluido á las 2 de la mañana: dispusieron los jueces tenerlo oculto al pueblo para evitar el concurso, y tal vez temerosos de algun alboroto, pues aunque don Rodrigo tenia muchos émulos, eran mas sus apasionados. Y no se dudaba que era tan grande la compasion de las gentes en este dia que si por dinero se hubiera podido conseguir su libertad, le habrian pesado por oro algunos de sus mismos enemigos.

Toda la noche la pasó con los doce religiosos que le asistieron conversando tranquilamente. Por la mañana del último dia de su vida entró un carmelita á entregarle la memoria de las mandas que ofrecian á Dios las monjas de su religion. La recibió con alegria, y nada se hablaba á que no contestase con tanta serenidad de ánimo como si estuviera fuera del lance riguroso en que se hallaba, obrando en todo con la urbanidad propia de caballero.

Sin embargo de la grandeza de alma que aparentaba *don Rodrigo* no dejaba por eso de tener sentimientos que partian el corazon de los que le escuchaban. Con los ojos arrasados de agua, y encarándose en su confesor, le dijo:

—Padre mio.... á mi me han quitado la hacienda, la honra, los hijos.... en el dia me quitarán la vida. Siento en el alma no dejarles para subsistir independientes de todo gobierno; pero bastante les dejo con el ejemplo de mi tragedia.—Verdad es que Jesus no sintió la muerte sino lo poco que los hombres siguen su ejemplo.

Concluido este discurso pidió recado de escribir y con la mayor calma escribió en efecto una carta á su anciano padre, que entregó al P. Pedrosa, con encargo de que la pusiera en el correo. El testo literal de la enunciada carta era el siguiente:

Padre y Señor mio: no creo que las noticias tristes que por esta doy á V. S. le asusten, segun lo que tengo comunicado en mis anteriores. Triunfó la emulacion, pero con tan siniestro designio, que, habiendo sido su fin el perderme, me han ganado pues me aseguran lo principal que es mi salvacion, segun la confianza que tengo en la divina misericordia.—En la revista se me ha confirmado la sentencia de muerte, que padeceré hoy tan gustoso porque deseo por instantes ofrecer la garganta al cuchillo y derramar mi sangre por el mismo salvador del hombre que tan libera mente la derramó por mi... y por que así place á la justicia del rey mi señor.—Mucho me dilato y el tiempo es corto para lo que tengo que suplicar á V. S.—Lo primero que este quebranto lo sacrifique y ofrezca á Dios para que me sirva de gloria ó alivio en el Purgatorio: que me encomiende V. S. á Dios y me dirija su bendicion; y que reciba en su benigna proteccion á su hija y nietos, mi muger é hijos, amadas prendas de mi corazon; pues ya no les queda otro padre en quien confiar.—Aunque me veo en este lance sin el consuelo de V. S. puedo decir: pater meus, tu quare me reliquiste me?—El mismo señor que dijo estas palabras me conceda ver a V. S. en la gloria; y en esta vida, ya que la mia es corta, me le guarde muchos años en su santa gracia, y le libre de emulos para amparo de sus nietos.—A Dios, padre mio.—Madrid 21 de octubre de 1621.

RODRIGO.

Pidió en seguida el vestido conque habia de morir, que era una sotana larga, y viendo que tenia esta cabello pidió unas tijeras. Se lo cortó por sus propias manos ayudándole uno de los guardas en esta operacion diciendo al mismo tiempo.

—Debo ir escotado para que el verdugo pueda hacer su oficio sin estorbos.

Púsosela, mas como advirtiese que no llevaba la cruz de Santiago le dijo su confesor.

—Así ha de ir V. S. porque es órden.

Cúmplase la órden, respondió, pero venga mi capa en la que tengo el hábito y me la pondré sobre la sotana. Luego se armó las espuelas, y de este modo entró en el oratorio, oyó misa y recibió por última vez el pan de los angeles.

Eran las 10 de la mañana cuando llegó don Pedro Mansilla, alcalde de córte, con sesenta alguaciles á caballo y treinta de á pie. Dió las últimas órdenes y dispuso que le sacasen á las once en punto. Poco antes de la ora marcada entró el P. Pedrosa al oratorio en donde estaba *don Rodrigo* y le dijo:

—Señor, ya dicen que Dios nos llama, y que es hora de ir á buscarle al punto.

Besó la tierra y contestó á su confesor.

—Padre mio, muy flaco me siento de cuerpo y alma.

—Confianza en Dios y gran fervor, señor, le dijo el P., que nunca se há necesitado mas que en esta ocasion.

Pidió un vaso de agua y despues manifestó en algun modo el sentimiento que tenia de ir por las calles públicas, pues se le hacia muy largo el plazo de verse en el cadalso.

Entró á despedirse del alcalde Mansilla, que era amigo suyo: se adelantó este á recibirle a la mitad de la sala; se estrecharon las manos y le rogó que mirase

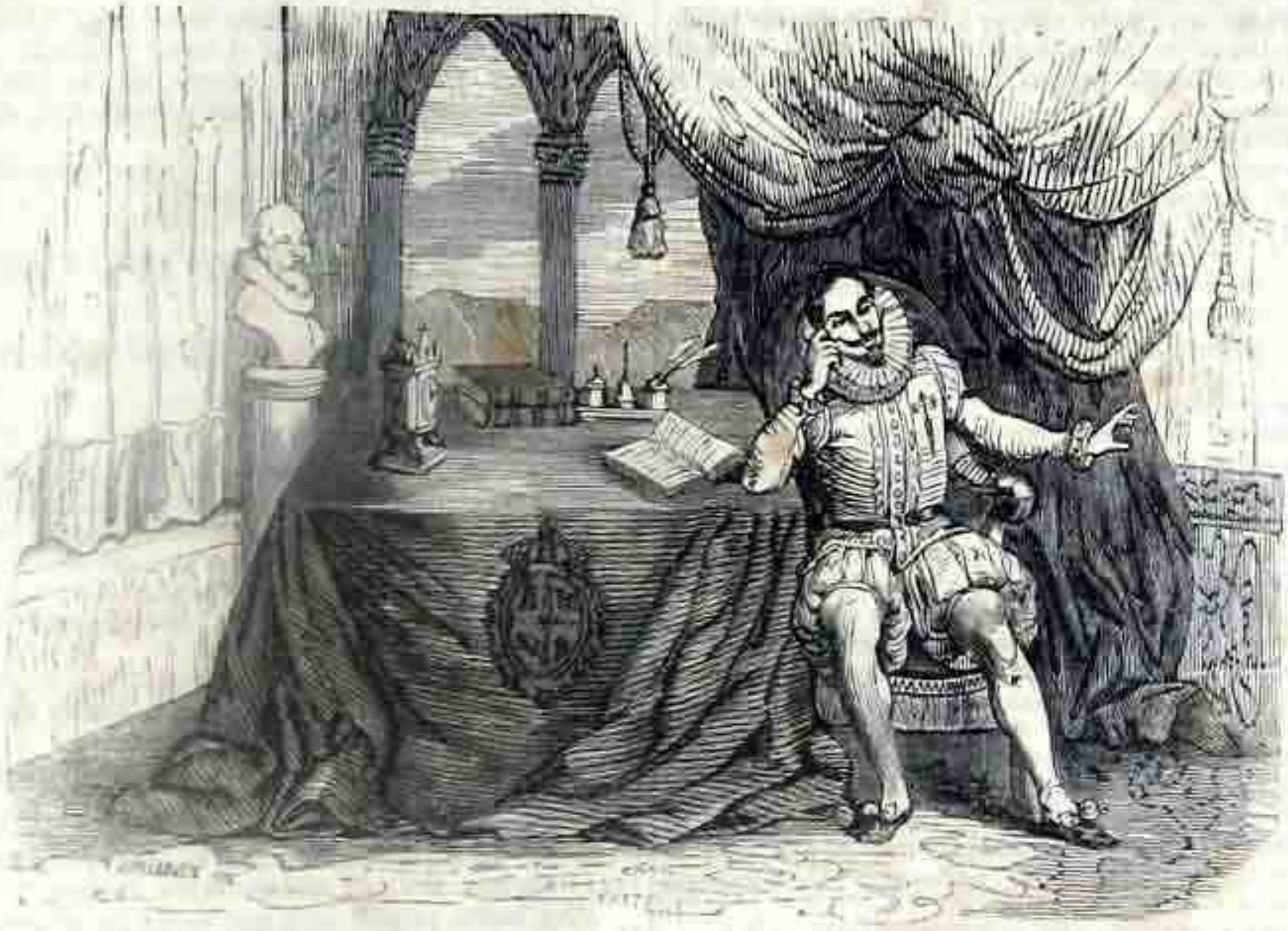
con compasion á su infeliz muger y desgraciados hijos. Un abrazo fué la despedida para siempre de estos dos amigos.....escena tan tierna no pudo menos de hacer derramar lágrimas á los que la presenciaron porque el heroismo y constancia de *don Rodrigo* movia la compasion. El valido del rey que tanto habia mandado, reducido á ser la curiosidad del pueblo de Madrid!

Un inmenso gentio discurria por las calles: en los balcones, ventanas y tejados de la carrera se apiñaban los curiosos espectadores. Las bocas-calles cerradas y obstruidas por los coches..... las tiendas todas cerradas. El bullicio del concurso con la seriedad del acto, pues hasta el cielo se presentó nublado, hacia un contraste bien estraño por cierto.

Llevaba el cuello suelto hasta los hombros, su cabeza erguida y la barba hasta el pecho, pues no se la quitó en todo el tiempo que duró su prision.—Con aspecto noble y sereno consolaba cariñosamente á cuantos se lamentaban de su desgracia, diciéndoles.

Que les agradecia su compasion, siendo el único obsequio que podian hacerle, encomendarle á Dios, pues que le llamaba este y cumplia su santa voluntad en obedecerle.

Se despejó la escalera y el portal de la casa, aguardándole en la calle los ministros de á pie y á caballo con los cristos de la cofradía de los ajusticiados. Bajó con valor admirable y al pie del último escalon estaba una hermosa mula de su caballeriza ricamente enfrenada y ensillada. Aqui se compuso airosamente la ro-



D. Rodrigo Calderon en la prision.

pa, puso el pie en el estribo, temiendo el otro el verdugo, y con la rienda en la mano montó con tanto desembarazo como si fuera á fiestas: luego se compuso el capuz echándole sobre el hombro porque no fuera con desaire, y tomando el cristo lo besó tres veces.—En esto fue el verdugo para atarle las piernas con una cuja.—Viendo esto *don Rodrigo*, le dijo:

—No me ates, amigo, que no me escaparé, pues ya se que voy á morir:—

Sosiéguese V. S. que es órden, le contestó el P. Pedrosa.—Pues si es órden, ata, amigo, respondió *don Rodrigo*.

Puesto á caballo, que eran las once en punto empezó á marchar al cadalso sin perder el color ni mostrar flaqueza, mirando la mucha lumbre del pueblo que le esperaba, pues no podian los ministros abrir paso á la mula.—Levantó los ojos al cielo y ofreció á Dios con mucho espíritu el primer paso de su afrenta...era tanto el concurso que estuvo detenido mas de un cuarto de hora.—Caminaba por la calle ancha de san Bernardo, rodeado de religiosos y con el crucifijo en la mano derecha y las riendas de la mula en la izquierda: lastimado el pueblo decia á gritos.

—Dios te perdone: Dios te dé valor: Dios te dé buena muerte.

Y mirando don Rodrigo, respondia á todos.

—Asi sea.—Dios os lo pague—Voy á cumplir la voluntad del rey del cielo y de la tierra.

En la plazuela de santo Domingo se dió el primer pregon, que fué leyendo á voces el pregonero, lo siguiente:

—Esta es la justicia que el rey N. S. manda hacer en este hombre porque hizo matar á otro, asesinándole alevosamente. Y condenado en sentencia le mandan degollar.—¡Quien tal hizo que tal pague!

Ordenóse que no pidieran limosna pública, y que

las campanillas de las cofradías y el pregonero fuesen muy adelante para que no se perturbase á don Rodrigo. —No faltaban temores de alguna desgracia ó tumulto por los muchos apasionados que tenia y por la lástima que causaba su trágico fin.

Por esta razon habia guardias en las bocas-calles á fin de evitar la confusion de coches. Mientras se publicaba el pregon se detuvo el acompañamiento, y en este descanso dijo al confesor.

—Padre mio, esto no es ir afrentado sino en triunfo.

—Dice V. S. bien, le contestó el padre, pues Dios le espera en la plaza mayor con los cielos rasgados para arrebatar su alma y colocarla en las esferas celestes.—Luego pasó por el convento de monjas de los Angeles (1) y lo llevaron por delante de la casa de don Luis Salcedo, consejero de Castilla; y continuando la carrera miró á su confesor diciéndole.

—Padre mio ¿podré ofrecer á Dios el haberme traido por las casas de mis injustos jueces?—Pues en esto imitaré al Salvador porque lo mismo hicieron con él los fariseos.

—Está bien.....que V. S. se lo ofrezca, le contestó el P.—pero no se me divierta con cosas tan pueriles.

Esto prueba el ánimo y entereza que llevaba *don Rodrigo* pues atendia vigilante á su hora, y se acordaba, no obstante de que el viaje al cadalso enagena al hombre de mas valor, de haber pasado por las casas de don Diego del Corral y don Francisco de Contreras, que habian sido sus jueces; pasándole despues por la de don Alonso Calzada, juez que le señalaron para la revista.

Continuó su carrera por la plazuela de santa Catalina de los Donados, y al atravesar el arroyo del arenal para entrar en la calle de las Fuentes, dijeron unas mujeres en alta voz.

—Dios vaya contigo y te perdone tus culpas.

A lo que respondió con los ojos fijos en el santo Cristo.

—¡Mi Dios! por la sangre preciosa que derramásteis en la cruz haced lo que pide vuestro pueblo.

Luego subió por la plazuela de Herradores, calle Mayor y al avistar la plaza rehusó entrar por la calle de la Amargura (hoy del 7 de julio) que era por donde pasaban todos los reos. Con este motivo dijo:

Yo no soy criminal ni traidor al rey: soy un caballero que vá á sacrificar la vida por la envidia de sus émulos; por consiguiente quiero entrar por la calle de Boteros (hoy de la Milicia nacional). Hincó espuela á la mula y se dirigió por allí.

Llegó al cadalso, que se hallaba puesto en la acera del medio dia de la plaza, se desmontó con arrogancia y arrimándose á una contrabaya, se recogió el capuz sobre el hombro derecho. Subió seis gradas por sí solo en donde le esperaba el P. Pedrosa y así que le vió mostró tanto regocijo que se echó á reir alargándole la mano para subir el resto de la escalera.

Como encontrase *don Rodrigo* el patíbulo sin luto, dijo al padre.

¿Porqué se halla este cadalso sin luto?

—Señor, le contestó el P., hasta las diez estuvo enlutado segun estilo para todos los nobles; pero llegó órden de que se quitase, dejando cubierta únicamente la silla. En lo demas yo respondo de que se degollará á V. S. por delante como á buen caballero y fiel ministro del rey. Conviene sin embargo no distraerse, pues la hora se acerca y el diablo anda muy listo.

Rodeado por los doce religiosos que le acompañaban, manifestó su deseo de descansar un poco.—Todos se arrodillaron para recomendarle el alma: rezó el miserere, el credo en latin y la letanía de la Virgen, todo sin la menor turbacion.—Concluido el acto, dijo al padre:

—Estoy muy contento porque se ejecute en todo la voluntad del Señor: bueno será reconciliarme antes de morir para que vuestra paternidad me aplique la bula que aquí traigo (la sacó del pecho) entregándola con su fé de bautismo y la protestacion de la fé.

Hízolo así, y despues de recibir la bendicion, besando la mano del confesor, se levantó y se fué á sentar en la fatal silla.—Al sentarse se mejoró de postura, volviéndose á levantar para arreglarse la ropa. Se echó el capuz atrás y preguntó al verdugo:

—¿Estoy bien, amigo?

—Si señor, respondió el verdugo, y perdóneme V. S. por amor de Dios, pues soy mandado.

—Sí, amigo de mi alma, le contestó abrazándole cariñosamente.

Prosiguiendo en actos de contriccion para el fin de su vida le manifestó el P. Pedrosa.

—Ea, señor, esta es la última hora: llegó el fin de la batalla: necesario es conservar el ánimo y valentia.

—Nunca, padre mio, le contestó, me he visto mas contento y animoso, pues veo tan próximo el fin de mis trabajos.

Llegó el verdugo para atarle los pies: entonces don Rodrigo se volvió á él preguntándole:

¿Qué haces, amigo?

Contestáronle los padres que era estilo, y respondió á esta razon:

—Pues haz tu oficio.

Le ató los brazos á los de la silla que ofreció prontamente diciendo:

—Ata....

Y habiendo concluido la operacion le exigió al verdugo que le abrazase dándole al mismo tiempo el beso de paz en el carrillo izquierdo.—Tambien sugetó el cuerpo á la silla con una cinta de colonia negra muy ancha y estando en la operacion le habló su confesor así:

—Señor, tambien ataron á Jesucristo.... con cuya idea feliz empezó á conmemorar la sagrada pasion con vivos afectos de fuego de amor divino.

—Si has acabado, le dijo al verdugo, alza el capuz y quítame una banda que traigo al cuello, que es para que me vendes con ella los ojos.

—Quitósela en efecto el verdugo, le tapó los ojos y le desabotonó la camisa poniendo el cuello á un lado. Como era preciso al vendarlos atar el tafetan por detras creyó que iba á degollársele como traidor, y con una viveza impropia de aquel penoso trance, le dijo:

¿Que haces, amigo, mira que no ha de ser por ahí? Hasta en el lance fatal vigilaba por la honra de sus hijos; y para que estuviera tranquilo le volvió á asegurar el P. Pedrosa.

—Que seria por delante.

Luego que tuvo vendados los ojos, al dar el reloj las dos se hizo la acostumbrada señal con un lienzo blanco, y entonces su confesor con eficaz espíritu le dijo:

—Señor, diga V. S. por tres veces Jesus.

Lo repitió *don Rodrigo* fervoroso... pero al mismo tiempo de pronunciar la tercera echó el verdugo el cuchillo á la garganta..... y aseguraron despues los religiosos, que fué tan excesivo su valor y estuvo tan en Dios, que le oyeron pronunciar despues de degollado la dulce palabra de ....¡Jesus!

Ocasionó su muerte entre las jentes del pueblo una confusa griteria, pues todos, hasta sus mismos émulos, esplicaban con las lágrimas en los ojos el sentimiento de la desgracia de *don Rodrigo*..... manifestándo por último el P. Pedrosa desde el cadalso en la plática de costumbre.

—Que el alma habia volado al cielo porque no habia conocido hombre que muriese con mejor disposicion.

(1) Está derribado en 1838.

En seguida se publicó el pregon para que ninguno quitase de allí el cadaver ... pena de la vida el que lo contrario hiciese. El verdugo y el mullidor de la cofradia, le desataron de la silla, tendiendo el cuerpo sobre un paño negro, apoyándole la cabeza con el rostro descubierto en dos cogines de terciopelo, y poniéndole una cruz encima del pecho. Cuatro blandones con achas de cera amarilla, lucian en las esquinas del patíbulo.

Así permaneció hasta cerca del anochecer, visitado de todas las religiones de Madrid y un inmenso pueblo que iba á rezarle. Todos los señores mandaron decir misas por su alma mientras duró la justicia.

Por el conde de Luna y el de Benavente se convido para el entierro á los grandes, títulos y cofradías de la córte; pero no tuvo efecto este aparato porque llegó una órden del rey prohibiendo la pompa y mandando que le llevasen sin clamor de campanas, con solo la cruz de la parroquia, seis clérigos sin candelas y seis religiosos de san Juan de Dios. Estaba la capilla mayor del Carmen descalzo toda enlutada. Tambien fué órden disponiendo que todo se quitase, y al momento se ejecutó, escitando este proceder mucho mas la compasion pública al verle enterrar sin grandeza.... ¡hasta allí no le dejó la saña de sus contrarios!

El dos de diciembre siguiente, prévio real permiso, se celebraron en dicha iglesia sus honras con mucha solemnidad. Asistió toda la grandeza y se puso el hábito de caballero de Santiago encima de la tumba.

Se libró mandamiento de ejecucion contra los bienes de don Rodrigo por 2.604,934 maravedises de costas (70,615 reales); igual ejecucion por las condenaciones aplicadas á S. M. que importaron 727,708 maravedises (21,103 reales). Ademas las joyas y fincas que tenia se aplicaron á la real hacienda, las cuales ascendieron á 1.000,840 ducados: las alhajas que salieron de almoneda pública por la hacienda el 23 de noviembre de 1621 fueron tasadas en 700,700 ducados. La casa que vivia era de su propiedad; y esta, unida con los coches y mulas de su caballeriza, fueron tasadas en 264,700 ducados. De modo que el total confisco de sus bienes importó 1.966,240 ducados, esto es, 21,628,640, reales vellon.

Despues de algunos años reclamaron el cuerpo de don Rodrigo las monjas del convento de Portaceli de Valladolid. Llevároncelo en efecto y le tenian colocado en una bóveda de la capilla mayor (pues hasta el dia se salvó de la piqueta destructora aquel monasterio); cuyo cuerpo se conserva acartonado, no obstante los 222 años que ocurrió su muerte, sin mas lesion que la degolladura. Las monjas lo manifiestan á muchas personas, y le tienen en un justo aprecio como patrono que fué de su convento.

¡Así acabó este infeliz, ó mas bien dicho feliz caballero del siglo XVI, víctima de la estupida ignorancia de aquel tiempo; de la indolencia del rey Felipe IV, y de la intriga del conde-duque de Olivares y sus compañeros.!

No se contentaron con perseguirle hasta el sepulcro: de la opulencia en que debieron quedar sus hijos los dejaron tan pobres que tan solo recibieron en herencia 23.000 reales, es decir los 2000 ducados que el rey le concedió testar únicamente, ¡severo castigo para unos niños que no eran responsables de las faltas de su padre.!

Existe un cuadro célebre de este pasaje histórico pintado en 1836 por el jóven don Cárlos Luis de Rivera, representando á don Rodrigo cuando le llevaban al suplicio: cuadro que en la esposicion de pinturas de París salió premiado su autor, y tambien gustó mucho en la esposicion de la Academia de San Fernando.

JULIAN S. MILANÉS.

ESTUDIOS DE INDUSTRIA.

LOS ARENQUES.

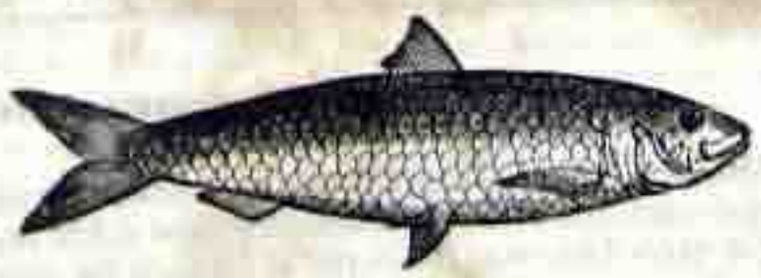
Su forma, señales esteriores y preparacion.

El arenque es una de las producciones naturales que tienen mas influencia en la suerte de las naciones. El café, la hoja del té, las especias que se producen en la zona tórrida y el gusano de seda, no influyen tanto sobre la riqueza de las naciones como el arenque del océano atlántico. El capricho y el lujo exige las primeras: la necesidad reclama el arenque. El Batavo ha elevado la pesca al grado mas alto. Este pueblo precisado á crearse para su libertad un asilo, no hubiera hallado sino recursos débiles en su facticio territorio, pero la mar le ha abierto sus tesoros haciendo de ella un campo fértil donde una inmensidad de arenques presenta á su laboriosa actividad una cosecha segura y abundante. Todos los años parten flotas numerosas para cogerla, y conociendo que el arenque es el objeto mas importante de sus espediciones marítimas, la han llamado *la gran pesca*, que la consideran como sus minas de oro.

El arenque.

Este pescado tiene la cabeza pequeña, el ojo grande, la abertura de la boca corta, la lengua puntaguda y guarnecida de dientes, la línea lateral visible apenas, negruzca la parte superior, manchada de lunares rojos los lados y la parte inferior plateada y las aletas grises.

La abertura de sus agallas es muy grande y no es sorprendente que no pueda cerrarlas cuando se halla



fuera del agua, y que perezca inmediatamente por el desecamiento natural de estas.

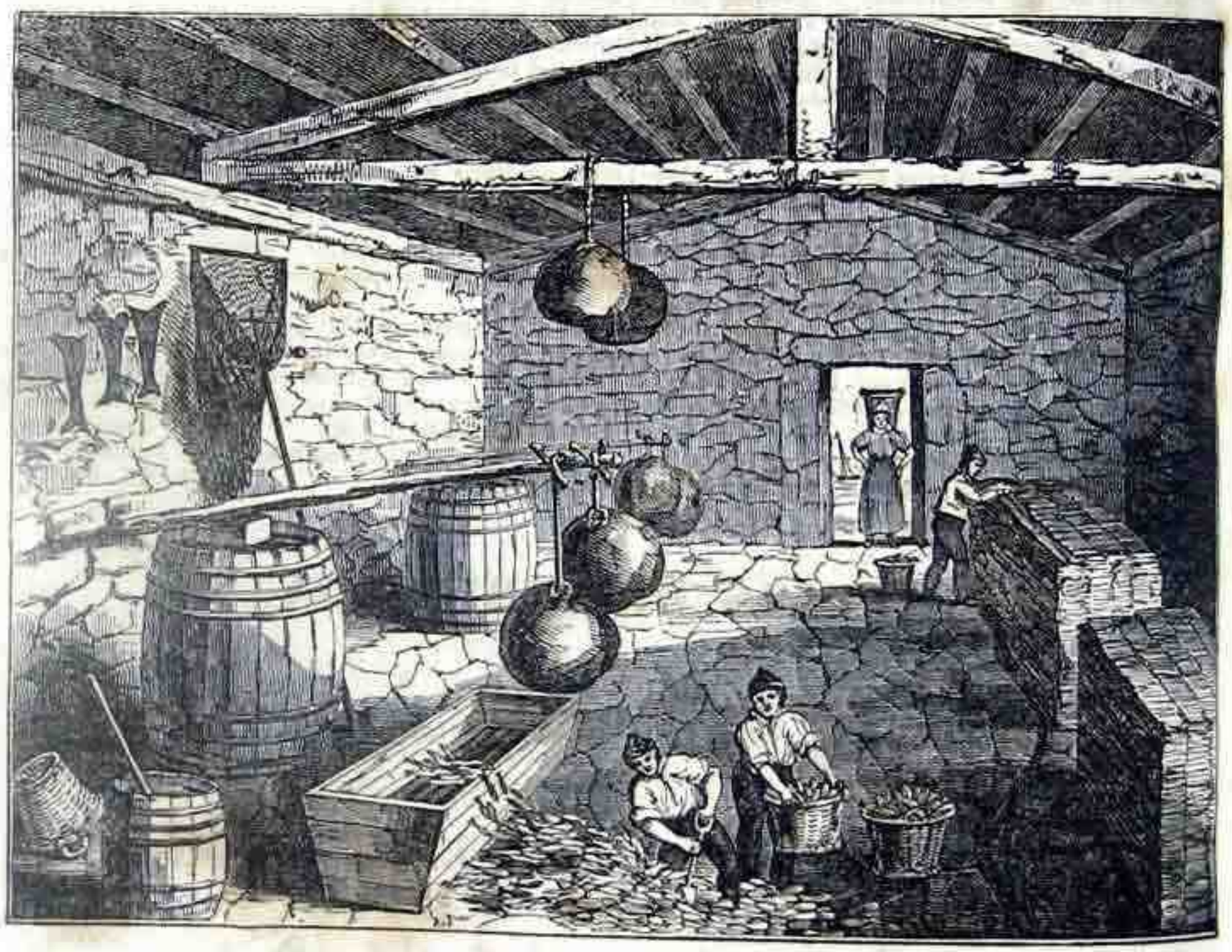
Su carne está impregnada de una especie de grasa que le presta un gusto muy agradable y que produce en la oscuridad una luz fosfórica. El alimento á el que debe principalmente estas cualidades, consiste comunmente en huevos de pescado, y en gusanillos y lombrices. Los habitantes de las riberas de la Noruega han encontrado frecuentemente en los intestinos de este pescado.

gusanillos rojos que llaman ellos *roeaat*. Este alimento contenido en el canal intestinal de los arenques hace que se corrompan con mas facilidad si se tarda en salarlos despues de cojidos, ó bien los dejan metidos en agua hasta que han concluido de digerirlos.

Estos pescados no fueron para los pueblos un objeto inmenso de comercio hasta la época en que se empleó para preservarlos de la corrupcion, las diferentes preparaciones que sucesivamente se han inventado y perfeccionado. Hasta poco antes de terminar el siglo XIV en que Guillermo Denkelzoon, pescador célebre de Bierohet inventó el arte de salar los arenques, debian ser y eran en efecto menos buscados y apreciados.

Los arenques se preparan de diferentes maneras aunque difieren poco en los detalles; y segun los distintos paises y regiones en que se emplea y cuyos resultados son mas ó menos agradables al gusto y ventajosos al comercio, segun la naturaleza misma de estos detalles, como tambien segun los cuidados, la atencion y la esperiencia de los preparadores.

En plena mar es donde se hallan los arenques mas gordos y mas suculentos, y se les denomina arenques nuevos ó arenques verdes, cuando son producto de las pesquerias de la primavera ó del estio; y arenques frescos cuando los cogen en el otoño ó en el invierno. Comunmente se endurecen, y son gustosos y muy sanos especialmente los de la primavera: se comen sin cocer y sin alterar su sabor con ninguna clase de sazonamiento.



Preparacion de los arenques.

En Islandia y en la Groenlandia se contentan con secarlos esponiéndolos al aire y estendiéndolos sobre las rocas. En otras comarcas los curan al humo ó los conservan de otras dos maneras: primeramente salándolos muy poco y esponiéndolos al humo tambien poco, nada mas que en cuanto toman un colorcito dorado, y segundo, salándolos un poco mas, dejándolos un dia entero en una salmuera espesa, ensartándolos despues por la cabeza formando largos hilos que suspenden de una especie de chimeneas que llaman *ahumadero ó secadero de arenques*; encendiendo un fuego de hojas de arbol que hace mucho humo y poca llama, en cuyo estado permanecen mucho tiempo hasta que cambian su color natural en una tinta muy oscura, y entonces los embarrican ó guardan entre paja.

Como generalmente se escogen los arenques mas grandes para conservarlos, se vé en medio de esta operacion estenderse una luz fosfórica muy brillante mientras conservan la sustancia grasosa de que están impregnados, y cuando esta se desprende en gotas, se vé caer como si fuera una lluvia de fuego.

En fin, la preparacion que reporta al comercio inmensos beneficios es la que dá á los arenques el nombre de arenques blancos.

Para esto despues que están fuera de la mar se les abre quitándoles los intestinos, se les pone en una salmuera espesa y abundante lo suficiente para que estén completamente sumergidos; se sacan al cabo de quince ó diez y ocho horas; se les coloca en toneles; se transportan á tierra y se les coloca en banastas ó barriles

poniendo alternativamente una capa de arenques y otra de sal.

El grabado que acompaña á este artículo, representa una familia de pescadores ocupados en la preparacion de estos pescados en una habitacion destinada esclusivamente para este objeto. Conducidos en canastas y depositados en el suelo, los arrojan despues en una artesa llena de salmuera; en seguida los colocan en barricas poniendo una capa de sal por cada una de arenques y prensándolos despues.

Tienen mucho cuidado de que sean los toneles ó barricas de madera de roble bien curada, y de que estén perfectamente construidos para que no se rezume la salmuera y se corrompan.

Blok asegura que los Noruegos escogen para este efecto madera de abeto que comunica á los arenques un gusto especial, que hace á el pescado ser preferido con ventaja, especialmente en Polonia.

En Suecia cuando es muy abundante la pesca de los arenques y baja el precio de estos pescados estraen de ellos el aceite haciéndoles hervir en calderas, y despues de bien purificado les sirve para alumbrarse, y la parte mas sólida que queda en ellas, es decir el residuo de la operacion, es de gran utilidad como abono muy especial para las tierras.

De los arenques.—Sus emigraciones.

Por mucho tiempo se ha creido que los arenques se retiraban periódicamente á las regiones del círculo polar y que acudian anualmente á buscar en los mares septentrionales un asilo contra sus enemigos, un abrigo contra los rigores del invierno, y que no hallando su alimento proporcionado á su prodigioso número se desbandaban al comenzar la primavera colonias numerosas que se estendian por las riberas meridionales de Europa y de América. Se ha creido conocer la ruta de estas regiones errantes. Se creia que estas inmensas tribus se dividian en dos tropas cuyos innumerables destacamentos cubrian á lo lejos la superficie de los mares. Una de estas columnas se dirigia al rededor de las costas de Islandia y se estendia por cima del famoso banco de Terranova, é iba á poblar las ensenadas y bahías del golfo americano; el otro tomando el rumbo al oriente descendia por las orillas de la Noruega, penetraba en el Báltico, ó girando al rededor de las Orcades, avanzaba entre la Escocia y la Irlanda fijándose junto á esta isla y estendiéndose al oriente de la Gran Bretaña llegaba hasta España y ocupaba las costas de Francia; de la Batavia y de Alemania que bañan el Océano. Despues de ofrecerse durante largo tiempo á las redes de los pescadores, los espedicionarios tomaban otra vez su camino y desaparecian para ganar sus boreales y profundos retiros.

Durante mucho tiempo nada ha podido destruir esta opinion acerca de sus maravillosas emigraciones, esforzándose por lo tanto en esplicar su constancia, su estension y su período regular; pero despues ha probado la esperiencia de hechos incontestables, que es imposible reconocer esta navegacion anual y estraordinaria. Hase observado que se pasan muchos años sin que se vea aparecer en la mayor parte de las costas que hemos mencionado, como tambien en los puntos intermedios en su ruta; que ademas de pescarlos en las pretendidas épocas de estos animales, se logran tambien en gran cantidad durante todo el año; que su tamaño varia frecuentemente segun la calidad de las aguas que frecuentan, y sin ninguna conexion con las estaciones, ni con su alejamiento del asilo septentrional, ni con la estension que recorren despues de salir de su habitacion polar; y en fin que ninguna señal positiva ha demostrado nunca su ingreso regular bajo las heladas superficies de las mas altas latitudes.

Todos los años se les ve llegar hácia las islas y regiones continentales de América y de Europa que mejor les conviene, ó hácia las costas septentrionales de Asia. Siempre que tienen necesidad de buscar alimento nuevo, ó de desobar, abandonan el fondo de los mares sea en primavera, en el estio ó en el otoño, y se aproximan á las embocaduras de las corrientes ó de los rios mas á propósito para su objeto.

En la época que estos peces cuya historia escribimos abandonan su mansion de invierno, aparecen en tropas á quien preceden ó anuncian durante algunos dias varios de su especie, observándose siempre que ordinariamente viene un número mas crecido de machos que de hembras. Cuando despues empieza el tiempo de desovar, frotan su vientre contra las rocas ó arena, se agitan, imprimen movimientos rápidos á sus aletas, se inclinan tan pronto de un lado como de otro, aspiran el agua con fuerza, y la arrojan con violencia. Las legiones que se presentan en esta época entregándose á estas penosas operaciones, efecto de una imperiosa necesidad, cubren una estensa superficie y muestran una imágen de órden. Los mas grandes, los de mas resistencia y los mas atrevidos, se colocan en las primeras filas formando de esta suerte una especie de vanguardia llevando en pos de si y como escoltados millones de estos peces que se oprimen unos á otros en aquellas inmensas y compactas hileras. Es imposible calcular el número de arenques que perecen víctimas de los cetaceos y de otros muchos pescados y aves marinas, y mucho mas difícil contar los que se cojen en las bahías, donde se sofocan precipitándose y oprimiéndose contra los bajo-fondos de las costas. Esto se verifica de tal suerte en la pequeña ensenada de la Noruega, que en muchas ocasiones ha sido el producto de una pesca de mas de veinte millones de estos individuos, siendo muy pocos los años que no pasa de cuatrocientos millones el resultado total de ella. Blok ha calculado que los habitantes de las cercanías de Gothembourg en Suecia cojen cada año mas de setecientos millones de estos peces. Y que es todo este número comparado con los arenques que conducen en sus barcas los pescadores de Holstein, Mecklembourg, de la Pomerania, de la Francia, de Irlanda, Escocia, Inglaterra, los Estados-Unidos, del Kamtschatka, y principalmente los de Holanda que en lugar de esperarlos en sus costas les salen al encuentro en plena mar, dispuestos en numerosas y verdaderas flotas?

Los arenques—Su pesca.

Al principio del siglo XV empleaban los holandeses para la pesca de los arenques grandes redes y embarcaciones considerables á las que llaman *Vuys*, y despues de este mismo siglo y aun hace muy pocos años que empleaban en la pesca mas de tres mil lanchas ocupadas por cuatrocientos cincuenta mil hombres, dedicados esclusivamente á este objeto.

Las redes de que se sirven estos mismos holandeses tienen mil y doscientos metros de longitud y se componen de cincuenta ó sesenta piezas ó partes distintas. Las fabrican con una seda gruesa que hacen venir de Persia, y que es de mucha mas duracion y consistencia que el cáñamo. Las ennegrecen al humo para que su color natural no espante á los arenques. Estas redes las sostienen en su parte superior prendidas de grandes toneles y barricas, tendidas luego á la profundidad conveniente con piedras ú otro cuerpo pesado.

Se arrojan las redes en los puntos mas estrechos entre los que está indicada la aparicion de estos pescados por las aves marinas y otros enemigos suyos, asi tambien por una cantidad mas ó menos considerable de una

sustancia grasosa ó viscosa que se estiende por la superficie de los mares á la aproximacion de sus legiones, y que se reconoce fácilmente cuando la atmósfera está tranquila. Esta materia grasosa es muchas veces una señal evidente de la proximidad de una columna de arenques, y con particularidad si se estiende durante una noche sombría pero tranquila, porque entonces conteniendo algunas partículas fosfóricas se divisa en toda su estension como una capa un poco luminosa. Esta última indicacion es tanto mas útil, cuanto que se prefiere la oscuridad para su pesca. Estos animales como muchos otros pescados se precipitan hácia los fuegos que se les presenta; y se les atrae á las redes engañandolos por medio de faroles que se colocan de la manera mas conveniente en distintos puntos de los barcos, ó en las riveras y costas mas inmediatas.

Tantos cuidados no son solo el efecto de las especulaciones particulares, sino que hace mucho tiempo que los gobiernos penetrados de una importante verdad, cual es, ser imposible tener marina sin marineros y que estos sean buenos sin tener grandes pesquerias y pescadores hábiles, y conociendo que nada puede formar mejor estos, ni reportar mas utilidad al comercio, ni puede al mismo tiempo ser tan ventajoso al estado ni á la prosperidad de los habitantes como la pesca de los arenques, han buscado todos los medios posibles de favorecer y estimularles en sus felices resultados, no solo para lo presente sino para el porvenir. Se han establecido sociedades en Suecia, Dinamarca y Prusia protegidas por sus respectivos gobiernos, y cuyos esfuerzos se dirigen tan solo hacia este importante objeto. El gobierno holandés sobre todos no ha descuidado nunca ni cesado de tomarse grande interes y las mayores precauciones sobre ello. Redoblando incesantemente su vigilancia hácia un ramo tan precioso de la industria pública y privada, ha multiplicado de dos siglos á esta parte y variado segun las circunstancias, los actos de su continuo desvelo por su conservacion, proclamando siempre que este era el principal comercio de su pais, y la mina de oro de su patria. Ha pagado un precio considerable cuando lo ha juzgado prudente por cada barco que se empleaba en la pesca de los arenques. Ha procurado que ademas de las diferentes preparaciones que se emplean, se busquen medios para que segun las estaciones en que se cojen y sus cualidades, adquieran un gusto mas agradable y sea mas fácil su conservacion. Ha cuidado principalmente que no comprometa el deseo de pescar demasiado los resultados del porvenir, bien sea efectuándolo en estaciones poco á propósito ó en la época de la reproduccion de estos peces que son entonces demasiado pequeños. En su consecuencia tiene mandado que todo pescador ha de prestar juramento antes de partir para la *gran pesca* de no tender sus redes antes del 25 de junio, ni despues del primero de enero, y ha determinado la dimension de las mallas.

Ademas ha prescrito las precauciones necesarias para que fuesen los arenques embarrilados lo mejor posible. Para la salazon vijila el gobierno que empleen la sal mas esquisita. Los arenques que cojen en el primer mes pasado el 24 de junio los preparan con sal gruesa; los que se pescan entre el 24 de julio y el 15 de setiembre con sal fina, y les está rigurosamente prohibido mezclar arenques de sal gruesa con los de la fina. Los barriles deben estar perfectamente colmados de modo que al colocarles la tapa los prensen. Están determinados con exactitud las dimensiones de estos; y la madera que deben emplear ha de estar bien curada y despojada completamente de su albura. Les está prohibido entonelar con los arenques buenos aquellos que se ponen blandos ó que empiezan á descomponerse; la marca igual de los peces que contiene un barril indican la época en que se han cogido, y seguramente que nada se ha descuidado ni omitido para la preparacion de estos pescados de todo cuanto podia ser conveniente.

No se ha obtenido peor exito tampoco en los ensayos practicados para aclimatar los arenques en aguas nuevas y distintas, que el que han alcanzado para su conservacion. Se ha logrado en Suecia transportarlos sin que perezcan á otras aguas nuevas para ellos. En la América septentrional han logrado reproducirlos colocando huevas de estos pescados á la embocadura de un rio que tampoco habian frecuentado nunca, y al cual esta nueva cria ha contraido la costumbre de acudir anualmente arrastrando consigo otra multitud de individuos de su especie.

ESTUDIOS GEOGRAFICOS.

Asturias.

Asturias pais lleno de recuerdos gloriosos, célebre y famoso en otro tiempo por la bravura con que sus naturales defendieron su libertad é independencia á despecho de los dominadores del mundo, mas célebre y famoso por la inmensidad de metales preciosos que arrancados por ellos de sus auriferas montañas despues de satisfacer la genial codicia de los pretores, corrian á henchir las grandes arcas del tesoro romano. Asturias, cuna de la nobleza y de la restauracion española en donde encontraron su humillacion y su sepulcro los vencedores del Guadalete, que con el transcurso del tiempo llegó á ser segunda vez la columna sobre la que se levantó la libertad de la patria, dando la primera el grito de insurreccion y guerra contra el poder colosal del emperador Napoleon, el suelo en fin que dió el ser á los Campomanes y Jovellanos, llegó á tal estado de abandono y olvido por efecto de la rudeza é ideas equivocadas de los siglos que precedieron al nuestro, que era apenas conocido de los españoles y enteramente ignorado de los estrangeros.

Bastábale á este pais si otros timbres no le ennoblecieran, el aspecto encantador y siempre risueño que ofrecen sus variadas y hermosas perspectivas; sus fuentes, rios y cascadas, el verdor y producciones vegetales de que constantemente está cubierto y la multitud de pueblos vistosamente situados que por do quiera se descubren, para atraer asi la atencion de los que á mucha costa buscan en paises lejanos estas bellezas. Empero ni ellas, ni los testimonios irrecusables de sus antiguas riquezas, ni las que ofrece en todos los ramos de la industria minera, han podido sobreponerse á las trabas onerosas de la legislacion feudal, á las disposiciones reglamentarias y restrictivas, á la abundancia

efímera de oro y plata que atrajo el descubrimiento de la América y al cúmulo de rancias preocupaciones con que estas causas se fortalecian.

En pos de épocas estériles en que preponderaban ideas menguadas y fútiles, vino otra en que á lo ideal sustituyó lo positivo, y lo vano y quimérico se echó á un lado para dar entrada á pensamientos fecundos, á proyectos regeneradores. Los paises asi como las cosas se estiman por lo que son, no por lo que figuran bajo de una apariencia mas ó menos agradable; lo que antes como tribial ó inservible era reputado, hoy como inestimable tal vez se mira. Asi es que Asturias antes reputada en nada, porque no producian sus vegas el olivo como en las de Andalucia, el arroz como en las de Valencia, y el vino como en las de Castilla, empezó á fijar las miras del gobierno á fines del siglo pasado por los abundantes criaderos de carbon mineral descritos y dados á conocer por el sabio é ilustre Jovellanos.

Este pensamiento entonces naciente dió impulso al espíritu de especulacion general que desde entonces fué aumentandose progresivamente hasta el punto de animacion y de altura en que se encuentra: y no es solo ya el carbon de piedra, la materia que forma el objeto de combinaciones industriales, el hierro y otras sustancias de formacion que no con escasez depositó la naturaleza en Asturias son buscadas con ahinco. Los ensayos que se practican superan casi generalmente á los cálculos que se habian formado, y todo presenta un campo ameno de interes y de esperanza, para la prosperidad de la provincia, y acrecentamiento de la riqueza de la nacion.

Tiempo es ya de que se vaya difundiendo el conocimiento de un pais de que tan escasas noticias se tiene aperar de que ofrece la mayor importancia. Los datos parciales, las observaciones, los esperimentos que se vayan publicando, llegarán á formar un conjunto de noticias para la historia física y geográfica del principado que reclama la conveniencia y el interés publico. Esta idea preside á la publicacion del presente artículo: las nociones generales que en ella se emiten, servirán de preámbulo á otras sobre distritos determinados que tal vez vayamos ofreciendo al público y ojalá que este trabajo aunque sencillo alcance á despertar el ánimo de algunos inteligentes, animados de los mismos sentimientos y con mas plenitud de datos y mas aventajadas disposiciones prosigan una obra de que aqui solo formamos ligeros trazos.

Aquella zona que por la banda del N. se halla ceñida por la robusta cordillera de los Montes Vindios; por la del S. por el oceano cantábrico; que se prolonga de oriente á occidente desde el rio Santiuste al Eo en una estension de 42 leguas, es la region de los antiguos *Astures Transmontanos* asi llamada por su posicion ultramontana con respecto á la de los *Astures Lancienses ó Augustanos* que ocupaban lo que hoy es provincia de Leon sujeta antes que la primera á la servidumbre romana. Los límites actuales de Asturias son casi los mismos que tuvo en la primitiva época y que conservó en las sucesivas; porque siendo obra de la naturaleza no se ha sujeta á las variaciones que sufrió la division territorial en otros distritos.

El brazo desprendido del Pirineo que forma una cadena continuada de montañas desde los límites de Francia hasta que se hunde en el mar de Galicia, parece puesto por la mano del Criador para servir de valladar inmenso contra las irrupciones del oceano cantábrico. Aquella parte de los montes que forma la linea divisoria entre Asturias y Leon, denominóse en tiempo de los Romanos *Mons Vindios*: *Montes Erbaeos ó de Europa* en la edad media, y hoy con el nombre genérico de montes cantabros es conocida toda la cordillera desde el punto de partida, hasta en el que finaliza en los cabos de Finisterre y Ortegal.

Su direccion aunque paralela al mar de Cantábria no toca sus aguas, sino que deja un espacio de irregular anchura entre ellas y las cumbres, donde están una parte de las provincias vascongadas, la de Santander, Asturias Lugo y la Coruña. Por la vanda del N. salen multitud de ramales corpulentos que se encaminan en direccion paralela hácia el S. En el punto de arranque son tan altos como el mismo de quien se derivan; y se tocan sus bases: se van luego degradando en proporcion que se aproximan al mar: se subdividen y ramifican y llegan á desaparecer totalmente antes de llegar á la costa.

Al principio entre unas y otras median pendientes escarpadas, terrenos agrestes y profundas quebradas. A medida que se internan en el territorio se van reduciendo á colinas, dejan mayores espacios, y forman diferentes valles de agradables perspectivas, tierras fértiles y amenas y una vida vegetal lozana y variada.

En las cumbres, en las laderas y en las tierras bajas brotan gran multitud de manantiales de agua purísima que reunidas con otras que los cruzan en su curso forman muy luego riachuelos, que á su vez se engruesan y congregan para formar rios que atraviesan todo el pais. Hay fuentes intermitentes, minerales, betuminosas y con las de mas combinaciones de sustancias terrestres que se usan para baños medicinales. Las aguas termales de las Caldas y las de Nava son las que se aplican mas generalmente para curar varias dolencias.

El curso de los rios debió en otro tiempo estar obstruido por las cordilleras que los atraviesan ofreciendo un formidable obstáculo al paso de las aguas. Estas interceptaciones debieron formar grandes lagos, en los que hoy son valles cerrados por todas partes, sin mas salida que la que se abrieron las corrientes en el trascurso de muchos siglos, ó por alguna otra causa bastante poderosa para vencer la incalculable resistencia que presentaban las montañas interpuestas.

Los rios que á poca distancia de su nacimiento empiezan á engruesarse, por la afluencia de aguas que de puntos diferentes se les agregan, corren como las montañas principales de N. á S. con inclinacion mas ó menos marcada. Tres son los que merecen la primera atencion en Asturias los cuales brotando de las fuentes de la cordillera madre van recogiendo otros varios formando á su entrada en el mar un caudal bastante considerable. El Nalon *Nellus ó Nilon* es el mayor de todos y el mayor tambien de la Cantábria: el Sella *(Sallia)* es el que le sigue, y el Navia *(Navilubion)* el tercero. Sus aguas trasparentes como el mas puro cristal corren con rapidez por terrenos pedregosos, atravesando terrenos por lo regular deliciosos, y cortando peñas de mucho espesor é increible consistencia. Son notables estos rios por la multitud de peces que alimentan, su sabrosidad y admirable reproduccion, que parece supera las exigencias del hombre. Distinguese principalmente el salmon, conocido en toda España y comparable al mejor de los apreciados en cualquiera otro pais.

La formacion y composicion geonóstica de las montañas de Asturias, ofrece notables variedades, no pocas anomalias y continuas alteraciones. Dominan por lo regular los terrenos calizos en los puntos cercanos á la cordillera y en la cordillera misma. Hacia la parte central y la costa abundan mas los graníticos y pizarrosos; á las veces se mezclan y confunden, interponiéndoseles las arcillas, las margas, las tierras volcánicas, las carboníferas, etc. Las calcáreas son siempre las mas fértiles, de pastos mas sabrosos, de mas agradables vistas, pero poco estimables en la parte mineralógica, si se esceptúan los criaderos de hierro que se encuentran abundantes en las montañas calcáreas.

En ellas existen cavernas de estension desconocida, algunas muy espaciosas, adornadas con estalactitas y cristalizaciones que ofrecen todos los caprichos, todas las invenciones que la imaginacion concibe, cuando contempla

estas lúgubres estancias. En algunas se vé con admiracion que han servido de cementerio por siglos enteros á las comarcas circunvecinas, segun la acumulacion de huesos y esqueletos humanos que en ellos se encuentran Su uso debe de ser remotísimo; pues no hallamos en la historia, época alguna en que se acostumbrase á sepultar los cadáveres en las cuevas, y aun sorprende mas el que muchas de estas se hallen en parajes ásperos, apartadas de las poblaciones y en puntos que ofrecen dificultad ó peligro para su llegada; debiendo advertir que algunos hubo necesidad de introducirles tierra de la parte esterior para cubrir los cadáveres, operacion que no pudo verificarse sin gran trabajo por los inconvenientes y riesgos del paso.

Los terrenos silíceos son en Asturias los menos productivos para la agricultura, y aun algunos por su infecundidad no se cultivan; pero en estos mismos encontraron los romanos aquella profusion de oro que escitó por varios siglos su admiracion y su entusiasmo. Sin embargo puede decirse con verdad que la parte mineral mas rica y que da mayores y muy fundadas esperanzas, se halla entre las dos citadas formaciones caliza y silícea, mirándose como el medio entre dos estremos.

La mezcla, la variedad y diversa composicion del terreno de Asturias, supone tambien diversidad de sustancias, muchas de ellas de alta estimacion en el comercio. Cualesquiera que contemple por algun rato la constitucion del suelo de esta provincia se convence plenamente de que su destino es el de la minería y otras industrias, así como las llanuras feraces de la Andalucía convidan á establecimientos rurales. Son ya de incalculable estima las producciones minerales que se han reconocido, pudiendo asegurarse que otras muchas y no menos preciosas, yacen aun ignoradas en el lecho donde primitivamente las colocó la naturaleza.

Fué tan abundante el oro en la época del imperio, que se ha tenido por muchos como fabulosa y por casi todos como exajerada. No obstante, la unánime deposicion de escritores eminentes testigos oculares de lo que refieren; la autoridad sobre todo del famoso Plinio que desempeñó en varias provincias de España el cargo de qüestor en tiempo de Vespasiano, debian de dar un peso inmenso á los hechos que refieren sobre la riqueza admirable de los astures, y efectivamente la observancia y los cálculos bien entendidos que posteriormente se hicieron acreditan de que no fueron menos circunspectos los historiadores romanos en este punto que en los demas de que trataron.

Reconócese con toda distincion en diferentes parages del principado las prodigiosas obras que emprendian aquellos conquistadores para obtener por medio del lavado las arenas auríferas de las montañas primitivas; aun se ven los pozos, las minas y los socabones para aglomerar arenas, con todos los demas trabajos que Plinio nos describe con admiracion, asegurando que superaban á los fabulosos de los gigantes. Vino en seguida la irrupcion de los bárbaros, y sobre las desastrosas guerras y universal asolacion que ella produjo, en que fueron envueltas las obras consagradas al fomento de la prosperidad pública, faltaron á un tiempo la inteligencia y los cuantiosos fondos que eran necesarios para darles accion y vida; faltó tambien una legislacion menos opresiva que la feudal que los septentrionales pusieron en rigurosa observancia, faltaron estímulos al trabajo, libertad para disfrutar su debida recompensa, y toda idea benéfica, todo pensamiento útil, todo soplo de adelanto, quedó cubierto con losa sepulcral por un período á lo menos que abraza ocho siglos.

Cuando la mano bienhechora de la restauracion de las luces quiso levantarla, nuevos incidentes peculiares á la monarquía española, lo estorbaron, y la industria minera permaneció muerta en medio de tantas otras que resucitaban. Sobre hallarse aun existente y vigoroso el injusto sistema feudal; presentóse al mundo antiguo de improviso otro nuevo con la multitud de sus desconocidas producciones, con sus perlas y sus metales preciosos, presentados prodigamente por los conquistadores y primeros negociantes que el interés condujo á tan lejanos paises. La atencion general y las ideas mercantiles se encaminaron allá rápidamente: nadie absolutamente pensó en lo que por aquí poseiamos y las leyes reglamentarias que entonces se promulgaban; y el espíritu irresistible que se apoderó de los españoles de ir á buscar raudales de oro y plata, á las regiones vírgenes y afortunadas del Nuevo Mundo, redujo las nuestras á la horfandad y al desamparo; y en tal estado se hallan. Cuando se pongan en ejercicio los medios que plantearon los Romanos ú otros análogos segun los conocimientos nuevamente adquiridos, podremos tocar prácticamente el desengaño sobre los grados de certidumbre que tienen las relaciones de sus primeros historiadores.

Dejando á un lado los metales preciosos pues sin ellos pueden ser prósperos y poderosos los estados, otras materias encierra el suelo asturiano con cuyo beneficio puede aspirar á un grado superior de riqueza capaz de influir muy particularmente en la general del reino. El hierro de que tenemos inagotables minas, el cobre que se encuentra en diferentes partes, el plomo, la calamina, el cobalto ya descubiertos y el azabache, el sucino, los mármoles, pizarras, margas etc. son otros tantos artículos que pueden alimentar un ramo de comercio muy interesante, y una parte principal de industria que hoy no existe.

Pero mas que todo atraen la atencion general y la particular de los que están dedicados á esta clase de especulaciones las numerosas vetas y estensos filones de carbon fosil con que á la naturaleza le plugo enriquecer el territorio de los Astures. Y no se contentó con solo la abundancia, sino que dió una colocacion la mas adecuada á sus criaderos para la estraccion marítima, para la terrestre á otras provincias y para el consumo interior.

Se estienden los filones desde las orillas del mar hasta las altas cumbres de la cordillera. Dividense en mil brazos que á la vez se ramifican y esconden por puntos diferentes, atravesando las montañas, cortando los valles en direcciones irregulares. Muchos de estos brazos que antes se creia formaban por si un sistema independiente, en el dia se han reconocido como dependientes ó enlazados con otros que se hallan á considerable distancia, por lo que hay una fundada presuncion de que todos los criaderos de carbon de Asturias son ramas de un tronco comun que estendidas por su suelo corren al de Leon por las Bahias, Luna y Omañas en donde tambien en muchas partes se ha descubierto.

Cuantos estén al alcance de los infinitos usos á que en estos últimos tiempos se ha aplicado el carbon de piedra, y del incansable afan con que se busca, podrá formar juicio de la importancia suma de las minas de Asturias, mas abundantes y estendidas que todas las que posee la Gran Bretaña.

Antiguamente era este un pais poblado de espesos y dilatados bosques de lozana vegetacion. La estension que desde el siglo 17 esperimentó el cultivo y la poblacion con haberse aclimatado el maiz y la batata, los fué reduciendo; pero aun no hace un siglo que desde la vertiente septentrional de la cordillera se dilataban hasta el centro de la provincia. Hoy solo hay bosques naturales en sus confines mas montuosos con hermosos y corpulentos árboles, y sin embargo están destinados, no por la mano de la naturaleza, sino por el bárbaro tratamiento de los habitantes, á desaparecer muy luego, si el poder de la ley no refrena la licencia é impunidad con que se talan é incendian. Los árboles que de ordinario se crian espontáneos en estos bosques son: el roble, la encina, la

haya, el espino albar, el abedul, el acebo, el tejo, el tilo, el fresno, el manzano, el peral, el cerezo y algunos otros con diferentes arbustos y matas.

Se ven los campos en todos tiempos cubiertos de plantas que ni el calor estival ni las heladas de enero alcanzan á desterrar en su mayor intension. Crecen sin cultivo muchas muy apreciables por sus conocidos usos en la medicina y en las artes; y todas las que en los paises del norte se emplean con sumo provecho en la formacion de prados artificiales: se encuentra con abundancia la zarzaparrilla, la dulcamara, la gayuba, la violeta, la sanguinaria, la corqueja, el lúpulo, la esparceta, etc. En los jardines se cultivan ademas otras plantas de los trópicos que se estiman para recreo.

Los árboles frutales que están al cuidado del hombre, son casi los mismos de los climas mas meridionales de España. El limon, el naranjo, el granado y el albaricoque se crian al aire libre; la uva es de escelente gusto, y el vino de mediana calidad; produce tambien diferentes especies de melocotones, ciruelas, peras del mas delicado gusto, cerezas y guindas con estraordinaria abundancia y las manzanas sin duda algunas mas delicadas de la peninsula y aun tal vez de Europa; son muy comunes los higos, las brebas, castañas, nueces y avellanas, de que se hace comercio de esportacion para el estrangero. Dividense las propiedades rurales en dos grandes secciones, una destinada á prados y pastos para los ganados, otra á tierras de labor, en estas se siembran la escanda, el trigo y el maiz, que son los cereales que forman el ramo principal de alimento, cójense muchas legumbres y esquisitas y variadas hortalizas.

Se cria mucho ganado vacuno, caballar, mular y de cerda que se estrae en gran número para otros puntos de la Peninsula. La raza de los caballos muy estimada en tiempo de los romanos, no es hoy seguramente la que era entonces; porque la superior estimacion que alcanzaron las mulas, hizo como es natural que los criadores se inclinasen á este lucrativo ramo, descuidando el de caballos que ofrece menos interés. El ganado vacuno se es corpulento por razon del terreno quebrado y la estrechez de las veredas, pero robusto y vigoroso, en las demas cualidades que le pueden dar estimacion entre los labradores. Hay en los montes osos en bastante abundancia, lobos, zorros y corzos: los javalies antes muy comunes hoy son muy raros de resultas de la gran matanza que en ellos se hizo en las fuertes nevadas del invierno de 1817. Ha desaparecido tambien la especie del lince ó lobo cerbal desde hace unos treinta años sin que se sepa la causa.

No puede haber un pais que mas conveniencia y mejores proporciones ofrezca que el de Asturias para establecimientos industriales, con particularidad aquellos que tienen necesidad de emplear en crecidas porciones el combustible, y una fuerza impulsiva para las maquinas. Para lo primero puede contarse con el carbon de piedra en la mayor parte de los distritos, y con el vejetal en algunos: y en todas aguas vivas abundantes con desniveles y saltos, para emplearlas sin trabajo en cualquiera artefacto. La inmediacion de la costa y los muchos puertos que en ella se cuentan, facilitan la estraccion de los productos á cualquiera punto del globo, superabundan los brazos que ansian por ocupacion y trabajo por un mezquino estipendio, y se encuentran los alimentos con baratura y abundancia. Parece estraño que en donde existen tan esenciales medios para empresas industriales, no se hayan planteado basta ellas en escala grande, habiendo en Europa ese espíritu de especulacion que por donde quiera se descubre y cuantiosos capitales, cuyos dueños desean utilizarlos.

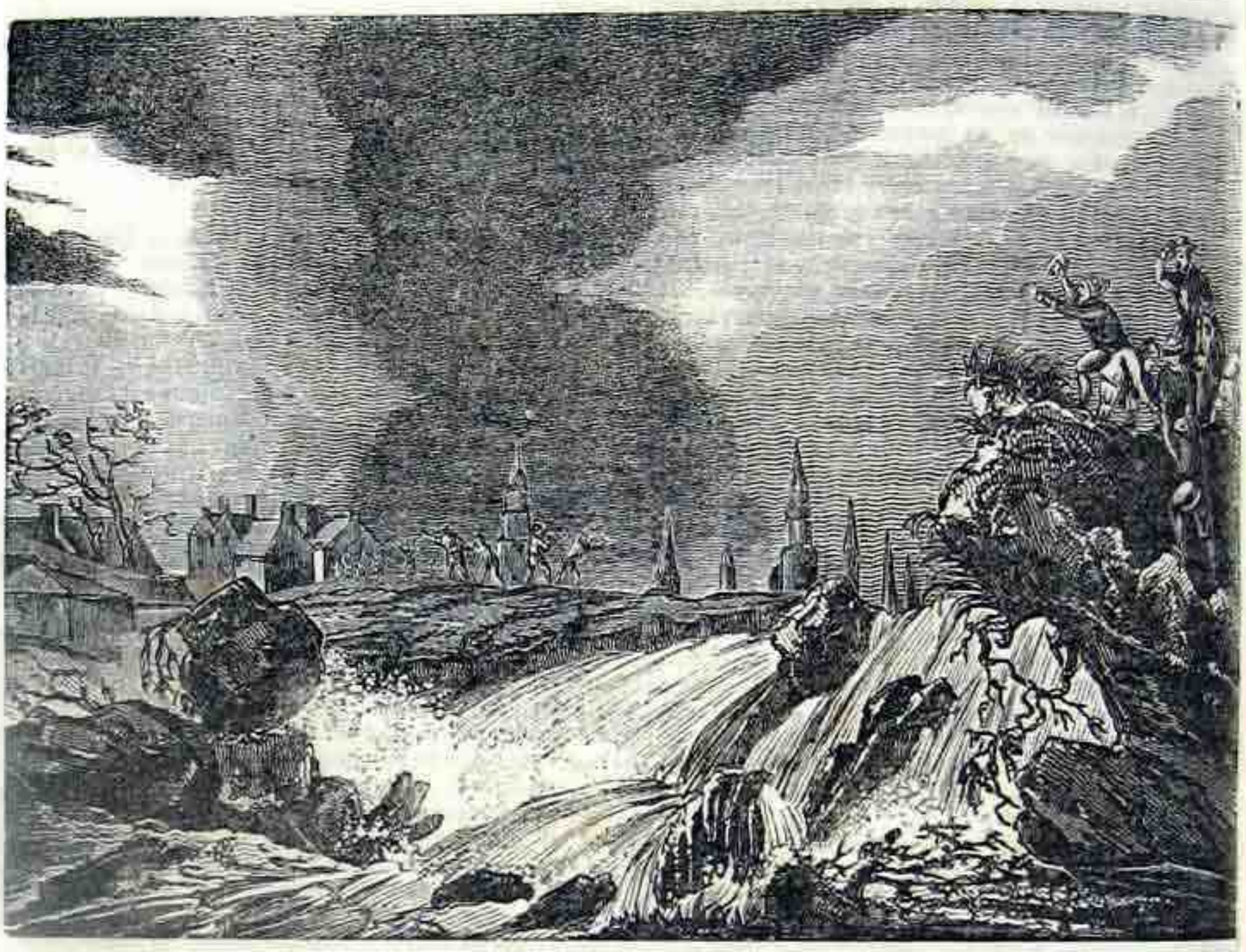
José Arias de Miranda.

Rotura

DE LOS DIQUES DE HOLANDA.

Voltaire decia con razon de la Holanda que era la obra mas prodigiosa de la industria humana. En efecto, la Holanda es la conquista de la industria sobre la mar, que parece debe sumergirla á cada instante con la facilidad que sumerge un navio roto y desarbolado por la tempestad. Pero ¿que resiste á la voluntad y á la inteligencia del hombre? cuando se miran hoy esos diques, verdaderas murallas que opone la Holanda á los asaltos de un enemigo siempre terrible y amenazador, cuando se ven esas ciudades florecientes construidas sobre las olas como Venecia, ofreciendo á sus moradores un asilo tan seguro como las que pueblan el resto del continente Europeo, no puede menos de tributarse la mas profunda admiracion á los primeros hombres que concibieron tan atrevido pensamiento, á los primeros fundadores que debieron decir al Occeano, como Dios en la Biblia: «No pasarás de aqui.» Pero aunque el hombre á fuerza de energía y de inteligencia, haya conseguido casi la conquista del mundo material, no obsta para que la naturaleza recobrando su imperio de una manera terrible haga sentir su poder á las débiles criaturas que han ensayado dominarla. ¡Cuántas veces ha destruido su cólera, como dicen los poetas, en un solo dia la obra de muchos siglos! El grabado que acompaña representa á los ojos del lector una de esas espantosas catástrofes que Dios consiente alguna vez para recordar al hombre su debilidad y pequeñez, cuando place al rey de los elementos desencadenarlos contra él. La historia de Holanda hace mencion de tres grandes inundaciones, acaecidas á consecuencia del rompimiento de los diques. Una de ellas tubo lugar en la noche del 19 de noviembre de 1421, todo el medio dia de la Holanda se inundó: setenta y dos pueblos desaparecieron totalmente, y cerca de cien mil almas perecieron en este espantoso diluvio. Otra inundacion ocurrió en 1530, pero esta vez no fué tan considerable el número de victimas. Toda la vasta estension de agua que llaman el Zuyderzea, fué ocasionada por una de estas invasiones, y existen bajo sus aguas ciudades y roinas sobre las que navegan hoy los buques holandeses. La gaceta de Londres refiere de esta manera la inundacion de 1686.

«El viernes 22 de noviembre, soplo del sud-este y durante todo el dia, un viento fortisimo acompañado de un continuo aguacero y truenos. A la hora de ponerse el sol soplaba el viento del oeste, despues del nor-oeste y asi variaba á cada instante con una rapidez increible. La tempestad duró toda la noche arreciando cada vez mas. Las chimeneas y los techos de muchas casas cayeron por tierra, pero estos desastres no eran mas que el preludio de los que habian de seguir. Los diques se rompieron no pudiendo resistir la violencia de los embates de la mar alterada horriblemente por la tempestad, y al dia siguiente por la mañana estaba cubierto una gran parte del pais por las aguas que se elevaron en muchos puntos á ocho pies mas de la altura de los diques. Una multitud de habitantes, de ganados y de bestias sucumbieron ahogados: el agua seguia avanzando y penetró en la villa de Delfzil elevándose tanto que sus moradores no tuvieron mas tiempo que el de refugiarse en los puntos mas elevados de sus habitaciones. Todo el lugar de Oterdam desapareció con las aguas, á Termunderkil, no le quedó una casa, y de trescientos habitantes solo escaparon diez y nueve del furor de la inundacion. Bereskes, Weywert,



Rotura de los diques.

Wolfendorp y todos los pueblos de las cercanías de Eems quedaron casi destruidos por la violencia de las corrientes. No tardó mucho tambien la ciudad de Eems, en ser envuelta en esta calamidad general, y el sábado y domingo de la misma semana se inundó su parte mas baja, no divisándose de todos los cuarteles del oeste mas que los tejados de las casas á flor de agua y los campanarios que se elevaban por encima de esta nueva mar.»

«En una palabra, añade la gaceta prestando a su relacion el interés de un acontecimiento reciente, nos faltan las palabras, y la pluma se nos cae de la mano al pintar el cuadro de desolacion que presenta aquel desgraciado pais. Toda la provincia á escepcion de las alturas de la villa de Eems se halla sepultada en las aguas; ciudades enteras estan sumergidas; y los desgraciados habitantes que se han refugiado en los techos de sus casas se hallan reducidos al último estremo de miseria: no se oye por todo el pais mas que gritos y lamentos que parten el corazon, ó el son lúgubre de las campanas que llaman á los habitantes de los puntos mas elevados para que acudan al socorro de sus infortunados compatriotas. Por todas partes surgen barquichuelos que cruzan para salvar á los desgraciados que se resignaban á morir; pero que les falta el tiempo. El agua se eleva cada vez mas; ¡qué espectáculo tan horrible! qué ansiedad! En Oterdum tan solo escaparon de la muerte veinte y cinco personas: de Peterhone solo han quedado tres casas en pie y toda la Holanda esta en consternacion.»

Los progresos hechos en el arte de construir los diques hacen mas raras las inundaciones consiguientes á su rotura. Pero nunca admiraremos bastante los formidables baluartes levantados por la industria del hombre contra los asaltos del Occeano. No son los diques de los Paises-Bajos los que solamente merecen fijar la atencion de nuestros lectores, porque tambien se han hallado otros perfectamente dispuestos sobre las costas habitadas por naciones salvages.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

ALI-MEHEMET,
VIREY DE EGIPTO.

Ali-Bajá (Mehemet ó Mohamet) virey de Egipto, es el príncipe que en Oriente y quizá en el mundo entero se muestra mas hábil en el arte de gobernar, si ha de juzgarse por el éxito que ha obtenido. Llevado á una esfera superior y dotado de un génio emprendedor y audaz, ha sabido alzarse de entre la multitud de bajás que pesaban durante tantos siglos sobre el suelo oriental, y desembarazarse de todos los que podian detenerle en su carrera. Sus miras administrativas y políticas son pro-

fundas y ha logrado Alí llevar á cabo lo que Bonaparte bosquejó en la corta mansion que hizo en Egipto, aprovechandose tambien de las disposiciones que habia sabido inspirar á los pueblos, preparándoles para un cambio que debia hacerlos felices. Nacido en 1769 de parientes escuros en la Cavala, villa y puerto de mar de la Romelia, perdió sus padres siendo aun niño, y halló un asilo y un protector en casa del gobernador de la Cavala, el que admirado de sus felices disposiciones se propuso educarlo como á su propio hijo. Siendo aun muy jóven y cuando apenas habia salido de su niñez, ya dió á su padre adoptivo una prueba de su valor y de su genio. Los habitantes de una poblacion vecina reusaban satisfacer el tributo acostumbrado, en ocasion que carecia el gobernador de medios de reducirlos. Entonces se le presentó Alí pidiendo tan solo algunos hombres armados para hacer entrar en su deber á los rebeldes. Se dirijió á la villa, penetró en la mezquita y preguntó por los cuatro personages de mas importancia é influencia, solicitando verlos para comunicarles un negocio urgente é interesante, y cuando los tuvo en su poder, los cargó de cadenas y amenazó degollarlos á la primera tentativa que hicieran para resistir ó escaparse, conduciéndolos de esta suerte á la Cavala. Inmediatamente hicieron efectivo el impuesto, y el éxito feliz de su atrevida empresa valió al jóven Alí un empleo y la mano de una jóven viuda muy rica y pariente del gobernador; entonces hallándose poseedor de una considerable fortuna puso todo su estudio en aumentarla: se dedicó al comercio del tabaco, empleando sus capitales en especulaciones de esta especie que son en aquellas comarcas de un lucro considerable, y con las que adquirió riquezas que le dieron una influencia estraordinaria y que no le impedian tomar las armas siempre que se le presentaba ocasion. Una de estas fue cuando los franceses invadieron el Egipto contra los que hizo su primera campaña. El gobernador de la Cavala organizó y equipó un cuerpo particular cuyo mando dió á su hijo, con el encargo de llevar por contrero á Alí-Mohammed. El primero cansado y aburrido de las fatigas de la campaña tardó poco en abandonar el mando de su tropa, y en cederselo á Mohammed quien se distinguió en varias acciones brillantes, logrando que el capitan-bajá lo elevase en consideracion á sus servicios á un puesto superior. Desde este momento fue cuando comprendió que se hallaba en posicion de aspirar á otro rango mas elevado, y desde entonces escitada su ambicion pensó en un porvenir glorioso y brillante para el que no ha economizado medio alguno que pudiera servirle á alcanzar su objeto. Procuró sobre todo, captarse la voluntad de los soldados albaneses, y secundando marchando á su cabeza los proyectos de la Puerta para el completo aniquilamiento de los mamelucos. La grande reputacion que adquirió con el prestigio de las repetidas victorias que obtuvo sobre ellos escitó la envidia y el ódio de los bajás sus superiores los que adivinando facilmente las ambiciosas pretensiones, de su subordinado se propusieron derrivarle del aprecio que le merecia al Gran Señor, y lograron que le intimase la orden de abandonar el Egipto nombrándole bajá de Salonica. Desconcertado Alí con este inesperado golpe puso en juego todos los resortes que pudieran impedir el triunfo de sus enemigos; y logró que el pueblo, los soldados y los ulemas insurreccionados secretamente por él se opusieran abiertamente á su partida, elevando hasta el trono sus reclamaciones.

Tardando mucho la resolucion á sus súplicas depusieron al bajá de Egipto y le reemplazaron con Alí, pero éste demasiado sagaz para admitir un nombramiento hecho por una dominacion ilegal, esperó el firman del Gran Señor, que llegó por último confirmándole en el lugar eminente de gobernador del Egipto con la dignidad de bajá de tres colas. Las circunstancias no eran las mas favorables; los soldados carecian de sus haberes hacia mucho tiempo, se hallaban en un estado completo de insurreccion; los mamelucos tenian á su cabeza á Elfy Bey, sostenido por la influencia inglesa y que haria la guerra al bajá legítimo alcanzando algunas ventajas sobre él. Interesaba á los ingleses colocar en el gobierno de Egipto á Elfy Bey y así procuraban agitar en Constantinopla en su favor todos los resortes de la política. Las intrigas de estos y sobre todo la promesa que hizo la Inglaterra al Gran Señor de garantizarle un empréstito de mil quinientos bolsillos, le decidieron á enviar una espedicion de tres mil hombres al Egipto para deponer á Alí Bajá. Estas tropas desembarcaron en Alejandria y despacharon á Mohamed un emisario intimándole órden de presentarse en este punto para ser conducido á Salonica en calidad de bajá. Alí conoció el lazo que le tendian y difirió obedecer bajo pretestos plausibles, haciendo cundir entre sus principales oficiales el contenido de la órden que habia recibido y su disposicion á cumplimentarla, lo que en rigor no era mas que efecto de su astucia por que sabia muy bien que en Alejandria le esperaba la muerte. Todos sus oficiales corrieron al instante á protestarle que no permitirian nunca su partida, y el diestro bajá aprovechando este momento de entusiasmo les hizo una corta pero vehemente alocucion, y les exigió juramento sobre el Coran, libro sagrado para ellos, de que nunca le abandonarian y que sucumbirian si era necesario por la causa que abrazaban. Prestaron inmediatamente el juramento y añadieron á éste una ceremonia sencilla pero antigua, que forma para los albaneses un lazo indisolubile que no les es dado quebrantar sin infamia, ésta consiste en pasar uno despues de otro por encima de un sable desnudo que sostienen por sus estremidades y cerca del suelo los dos mas ancianos. Presentaron al divan otra nueva súplica que apoyaba enérgicamente el embajador francés por todos los medios que estaban á su alcance, pero no obtuvieron resultado alguno estas gestiones, ni conocieron sin duda la razon que asistia á Alí-Mohammed hasta que remitió á Constantinopla dos mil bolsillos que pudo reunir y le prestaron sus amigos, contribuyendo cada uno con lo que le permitian sus facultades. Solamente entonces llegó el firman del Gran Señor confirmándole por segunda vez en el bajalato de Egipto. Al poco tiempo viose amenazado por un enemigo formidable que proyectaba atacarle en su capital; los ingleses habian declarado la guerra á la Puerta y se persentaron rápidamente con veinte y tres buques de guerra y seis mil hombres de desembarco dispuestos á invadir el Egipto; pero sus colosales proyectos anunciados fastuosamente se limitaron á la ocupacion de Alejandria, donde no pudieron sostenerse por los continuos descalabros que sufrieron en diferentes encuentros, y porque la mayor parte de sus generales y gefes habian muerto ó estaban prisioneros, viéndose obligados á humillarse ante los vencedores para obtener el permiso de retirarse. Alí orgulloso con esta victoria volvió sus armas contra los mamelucos, los que despues de perder muchos de sus gefes mas acreditados, y quedar alternativamente vencedores y vencidos, aceptaron la paz bajo las condiciones que propusieron y que les fueron garantizadas; consistiendo aquellas en que les permitirian regresar al Cairo y disfrutar tranquilamente de los despojos de su antigua fortuna. Pero era su poder aun bastante formidable para imponer al déspota de Egipto, y así decidió este su destruccion. Pensaba que los mamelucos fomentarian nuevas escisiones y turbulencias para derrocar su gobierno, y en el momento mismo que fingia darles pruebas mas evidentes de su amistad, colmandoles de gracias y de honores, en medio de una ceremonia solemne en que Toussoum su hijo, encargado de la guerra contra los wahabitas iba á ser revestido con las insignias del mando, los hizo degollar de la manera mas pérfida y cruel. De

cuatrocientos setenta mamelucos que formaban parte de aquella comitiva convertida para ellos en marcha fúnebre, ninguno escapó á los golpes de sus verdugos; el esterminio fué general en las provincias, y setenta y ocho de ellos que conducian al Cairo fueron asesinados tambien durante una noche.

Hasta aqui hemos referido los acontecimientos que han señalado el primer periódo de la vida del hombre que gobierna hoy dia el Egipto. Desde el esterminio de los mamelucos se ha constituido dueño y señor de aquella rica comarca, y para sacudir el yugo del sultan y ser su rival, le ha sido necesario introducir las artes y la táctica militar de los Europeos en el Egipto bárbaro, para hacerse poderoso con la civilizacion. Puede juzgarse hasta qué punto ha logrado su objeto examinando el grado de riqueza y de adelanto en que se halla Alejandria desde su dominacion.

Hay hombres á quien la naturaleza ha prodigado sus dones concediendo á algunos el imprimir un sello particular á todo lo que emprenden, á todo lo que tocan y personificandoles por decirlo asi con sus obras. Imposible es visitar á Versailles sin invocar el recuerdo de Luis XIV y de su corte; cuando desapareció á los ojos del pueblo francés la estátua que decoraba la columna de Vendome, reemplazaba ese mismo pueblo con el pensamiento á su dios sobre el altar de bronce; citar la Meca es hablar de Mahomet; hablar de Alejandria es recordar las glorias del conquistador del Asia, buscando para sus buques un asilo entre la India y la Grecia, y dando al inmenso imperio que creaba una metrópoli comercial donde pudieran trocarse las riquezas y tesoros de sus tres continentes. El Nilo hace imposible con su rapidez y sus inundaciones la fundacion de cualquier establecimiento considerable sobre las movedizas riveras del Delta, y el vencedor de Darius escogió para su puerto el abrigo que forma la pequeña isla de Faro no lejos de Canope, única que se halla en esta playa y en mas de cincuenta leguas de estension. El estrecho istmo comprendido entre la mar y el lago Marcotis que enlaza el Egipto á la Libia, fué el punto escogido para la fundacion de una ciudad destinada á ser bajo la dominacion de Alejandro la capital del mundo pagano, la cuna de la teologia cristiana, y que pasando sucesivamente de los griegos á los romanos y de estos á los árabes, á los turcos y á los mamelucos, despues de tantas fortunas diversas y de tantas revoluciones destructoras habia de llegar un dia en que se alzára de sus ruinas aun para mostrarse poderosa y ser enriquecida por un hijo de la Macedonia.

La posicion que disfruta intermedia entre la Grecia y la Arabia, entre el Delta y la Cirenaica sin duda alguna que ha influido estraordinariamente en los destinos de Alejandria, observando que todas las antiguas villas de Cartago, Ptolemaida, Efeso, Troya y tantas otras cuyas ruinas baña el Mediterráneo, tuvieron que vencer para su fundacion dificultades inmensas, y sufrieron graves deterioros consiguientes á su posicion geográfica, mientras que las que han sobrevivido, Smirna, Constantinopla, Atenas, Roma, Messina y Marsella, han debido su longevidad á particularidades locales, mas bien que á las consecuencias de los sucesos politicos que hayan podido favorecerlas. Estas ventajas de situacion, puramente relativas, son tanto mas incontestables respecto de la existencia de Alejandria, cuanto que su suelo por si no goza ninguno de los privilegios que la naturaleza ha concedido á otros, y presenta por todas partes una aridez notable.

Los romanos llamaban á esta estremidad de la costa livica, rivera blanca, y en efecto por cualquier punto que se aborde á ella, no se percibe mas que una playa arenosa y blanquecina en donde solo interrumpe la monotonia de aquellas superficies planas y de las estensas líneas que terminan sus dilatados horizontes, algunos grupos de palmeras esparcidas al acaso.

Es necesario estar muy próximo á la costa para distinguir algunos puntos notables, como la torre de los árabes, por ejemplo, construccion moderna que enseña al Oeste el sitio de la antigua Taposiris; la del Marabú, en la que se trabaja por descubrir el surgidero, y en fin la columna Pompeya, elevándose magestuosa y solitaria por encima de las cúpulas de la ciudad que apenas sobresalen del nivel de la superficie de las aguas. Al pie de las murallas hay dos radas separadas una de otra por un espolon que une la isla de Faro al continente y á cuya estremidad se eleva ese famoso monumento, una de las siete maravillas del mundo, y cuyo nombre fué tomado de la roca que le sirve de base. La rada del este casi inutilizada por las muchas arenas que se han acumulado en ella, está hoy dia abandonada y solo sirve para recibir los buques que tienen que hacer cuarentena. Pero la del oeste, el antiguo puerto de Eunosto defendido de los embates de la mar por una linea de rocas que se hallan á flor de agua, ofrece un anclage seguro á los navios y contiene todo el año una ciudad flotante que apenas deja percibir por entre sus aparejos y sus mastiles, las enlucidas murallas de Alejandria.

Mientras que un piloto árabe encamina á un viagero por medio de los escollos que hacen indispensables sus servicios, sus miradas se fijan en una gran casa situada en medio de la escollera ó espolon y muy semejante en su construccion á las moderoas europeas. Este es el serrallo que se halla cerca del arsenal, como si Mehemet Alí quisiera que los europeos reconocieran á primera vista en esta proximidad, ó mas bien en esta singular colocacion, al hombre de brazo fuerte, al rey industrial y al bajá fundador y mercantil. Descúbrense en seguida los vastos talleres, los depósitos ó almacenes de madera y las calas de construccion sobre las que se elevan por encanto los buques, como enormes esqueletos de cachalotes vomitados por las olas sobre la playa. A la entrada del arsenal se halla el muelle siempre cubierto de géneros, mercancias y marineros, punto de una importacion y esportacion continua que se estiende hasta el dique de un canal al que Mehemet Alí ha puesto el nombre del Gran Señor, y cuya deferencia no le ha impedido combatir a las tropas de su soberano cuando ha llegado la ocasion. Sobre la ribera derecha del Mahmudi, están situados los almacenes destinados para conservar los géneros que desembocan por el canal procedentes del Nilo; estos almacenes son construcciones inmensas que recuerdan los graneros de los Faraones; despues en la costa del oeste y hasta la torre del Marabú se divisa una estensa linea de molinos de viento, nuevamente introducidos en Egipto por el mismo hombre que ha creado los arsenales y las escuadras, y que ha dado lecciones de tactica á los escuadrones del Sultan.

El cuadro que presenta el arsenal, es sublime por la actividad que se ve desplegar y por la vida que le anima. El continuo golpear de las hachas y de los martillos, el rechinamiento de las sierras, de las poleas y de los cabestantes, los ecos de los pifanos y tambores y los gritos que de todas partes se oyen en todos los idiomas conocidos, forman una verdadera torre de Babel; el cadencioso canto de los obreros que arreglan sus esfuerzos á compás; los buques que entran y salen, y los cañonazos de las baterias de los fuertes que contestan á los saludos de los navios estrangeros; todo este movimiento de la industria, del comercio y de la guerra, presenta un espectáculo singular y maravilloso colocado entre una mar y un desierto de arena.

Un cuadro de otra naturaleza pero no menos admirable presenta el interior de la ciudad para el que solo conoce los usos de la vida Europea y pisa por primera vez el suelo oriental. Apenas salta á tierra un estrangero

cuando se le aparecen una multitud de muchachos árabes que llegan al galope montados sobre asnos pequeños, y saltando unos sobre otros y dando volteretas barren el suelo que debe atravesar y le aturden con sus gritos. Uno de estos infelices muchachos, que justifican perfectamente por su inteligencia y su viveza el nombre de *diavolettes* conque los conocen en el pais, hace subir al estrangero de grado ó por fuerza sobre su cabalgadura y le guia por medio de calles estrechas transportándole rápidamente en medio de un mundo nuevo. Hombres, animales, usos, costumbres, idioma, formas, colores; nada se parece á lo que hasta entonces ha visto.

Por una parte se divisan beduinos de rostro bronceado, ojos vivos y penetrantes, barba espesa y cerrada, envueltos en sus blancos ropages como senadores romanos; otros vestidos con una túnica azul y cubierta su cabeza con un casquete de color rojo; mas allá se distingue á los turcos con sus ropages de pieles, como si transportasen con ellos la atmósfera de su mar Caspio; á los Abisinios con sus cabellos crespos y rizados, su tez negra, desnudos, y que les parece hallarse aun bajo la influencia del trópico ardiente. La mayor parte que se encuentran de estas son mugeres, sin otro vestido que una camiseta azul, ligera y flotante, y ocultan el rostro mientras van descubiertas mostrando lo que los europeos se ruborizarian mirar; porque aqui comprenden el pudor de una manera muy distinta que en Occidente, y se cubren con una máscara que atan en la frente y cae terminando en punta hasta las rodillas, como una trompa de elefante. Al observarlas cualquiera creeria hallarse en Venecia viéndolas acudir á una orgia de carnaval, y al considerar el vigor y la belleza de sus formas de tez cobriza, perfectas y graciosas, se cree tener delante de si los tipos de que se servirian para las antiguas cariatidas.

Se ven batallones de negros, con uniformes encarnados marchando al son de caja, y que no les falta mas que los cuernos y la cola para semejarse completamente á los diablos de nuestros teatros: se ven tambien escuadrones de caballeros europeos que marchan en caravana, y todo esto se apiña y entrechoca en los estrechos bazares donde zumban millares de insectos, y donde hormiguea un populacho vocinglero y una multitud de ciegos, porque las tres cuartas partes de los habitantes se ven atacados de oftalmias.

Causa pena la observacion que ocurre al instante al comparar el escesivo lujo de algunos hombres con la completa desnudez de casi todos. Pero al mismo tiempo que se repara en la pobreza del pueblo se admira la nobleza y resignacion conque sobrelleva su suerte, y en su andar, en sus posturas y en sus costumbres, revelan un sentimiento elevado de la dignidad humana. Esto es efecto de un amor innato á su color y á su forma y á un hábito instintivo de la poesia esterior que caracteriza á los Orientales. Nacidos bajo un cielo azul, rodeados de un horizonte dilatado, ardiente y purpóreo, bajo de un Sol que refleja todos los colores del prisma, inundados de una luz pura en que se marcan las imperceptibles lineas de su degradacion, el hombre tiene precision de mostrarse digno de este brillante teatro y para representar con lucimiento se reviste de todo lo que puede prestar un relieve á su belleza. Esta accion de la naturaleza sobre el hombre es tan evidente que sin apartarnos de Europa y á medida que nos separamos de los climas nebulosos, se halla mas orgullo, mas dignidad, mas poesia: los habitantes de las llanuras francesas hacen lugar aunque se hallan favorecidos de estos dotes, á los que pueblan las culminantes alturas de la pintoresca España, cuyos naturales graves y altaneros no han desmentido jamas el carácter de dignidad que poseen, y á la Italia pais privilegiado en las artes y en la poesia. Y si se traslimita el Mediterráneo se halla la poesia y el movimiento en todas partes, en la pobre cabaña y en el soberbio palacio, y lo mismo en las calles de las poblaciones que en las grandes escenas del desierto y de las costas.

Mas si los orientales son superiores á nosotros por estas ventajas personales que los colocan por decirlo asi en armonía con su pais, desconocen enteramente los atractivos de la vida social que embellece cada dia mas nuestras capitales con el concurso de todas las industrias. Alejandria por ejemplo, tal como la sostienen sus poseedores musulmanes está muy distante de corresponder á la impresion producida por el pueblo que la habita. En ella desaparece la Europa pero aun no se vé al Egipto. Es una ciudad bastarda que carece absolutamente de fisonomía. Sus calles no están empedradas ni enlosadas y se hallan siempre cubiertas de polvo ó enlodazadas en invierno al estremo de estar impracticables sin el ausilio de las estrañas cabalgaduras de los *diabolettes*; las casas presentan diferente aspecto segun el cuartel en que se hallan situadas, en uno están construidas de ladrillo y cimiento encarnado, en otro de piedra blanca y cal, y son de dos ó tres pisos de elevacion, terminadas por azoteas, con sus puertas constantemente cerradas, y las ventanas parapetadas de espesas celosias, que dan á conocer á primera vista las costumbres musulmanas, y convencen de la inmensa distancia que separa la sociedad oriental de nuestra ingeniosa civilizacion. Ningun monumento, ninguna parte de la ciudad merece llamar particularmente la atencion si se esceptúa el cuartel Franco, cuya larga calle y plaza recuerda con sus tiendas y grandes puertas y escaparates de cristales, los usos de Occidente, y permiten apreciar con una mirada la importancia siempre creciente de la colonia por quien se mantienen las relaciones comerciales del Egipto con Europa.

Desde que se pasa la primera puerta de la villa hasta llegar á sus muros esteriores mas inmediatos, hay que atravesar un espacio de mas estension que el conjunto de todos los demas cuarteles, enteramente vacio de edificios y solamente ocupado con cisternas ó algibes, jardines de palmeras y algunos reductos obra aun de Bonaparte y que conservan su nombre. Es un desierto de arena que encierra Alejandria en sus murallas, y que tiene como el gran desierto sus manantiales y sus tribus de negros que se emplean en desecar el estiércol de los camellos del que estraen una gran cantidad de alcali volátil, y que construyen al pie del muro interior chozas de tres ó cuatro pies de altura donde se abrigan juntos y sin distincion con sus mugeres, sus hijos, sus palomas y gallinas.

Su estenso recinto que contiene como desparramada á una poblacion de veinte y cinco mil almas, era tres ó cuatro veces mas dilatado en 630, cuando Amron, teniente del califa Omar arrebató á Alejandria del dominio de los griegos del Bajo Imperio. En 875, bajo el reinado des Elmetouakkel, fué cuando el turco Ahmed-ebn-Touloun primer sultan de Egipto, hizo demoler las fortificaciones de los Ptolomeos y de los romanos, é hizo construir la muralla guarnecida de cien torres que ciñe mas á la plaza haciendo tambien mas facil su defensa; fué reparada en el siglo XIII por el sultan mameluco Beybars, que á su vez destronó á los turcos, y es la que conserva existente pudiendo decirse que mas sirve de limite á la ciudad que de defensa.

Pero dejando estos principes y su historia antigua y limitándonos á describir los grandes y útiles trabajos que sobre todo en la costa de Alejandria ha emprendido el Egipto moderno, desplegando su fuerza y su naciente industria á los ojos del occidente y del norte, ha conseguido Mehemet-Ali que la primera ciudad del mundo antiguo llegue á ser bajo su dominacion el segundo puerto del Mediterráneo.

Hace siete años que el bajá se veia precisado ha hacer construir sus fragatas en los talleres de Marsella y de Liorna, y que el puerto de Alejandria no tenia suficiente fondo para contener embarcaciones de alto bordo. Con-

sultado un ingeniero francés sobre este objeto describió sus proyectos y aprobados que fueron se pusieron inmediatamente por obra. Fué preciso destruir una parte de la ciudad y avanzando las aguas hácia esta nueva ribera ofreció ya un terreno firme y á propósito para las calas de construccion, logrando seguidamente á beneficio de otras considerables escavaciones que el agua presentase una profundidad suficiente. En vez del cuartel que se derribó ha hecho construir un arsenal completo, ha establecido cabestrerías, fraguas, talleres de arboladuras y de velas, un depósito general de útiles y herramientas, un obrador de brújulas y hasta una fundicion de artillería é instrumentos de guerra que ha planteado en el Cairo.

Hizo venir de los puertos de Europa una multitud de obreros, que recompensaba liberalmente, y á quienes hacia enseñar sus respectivos oficios a mas de mil seiscientos árabes y no pasó mucho tiempo sin que en esta rivera que apenas era susceptible de sustentar corbetas se lanzaran fragatas y buques del mayor porte. Y cuando todo esto no bastára á demostrar el genio activo y emprendedor del hombre que rige los destinos del Egipto, bastaria para caracterizarle el hecho que tuvo lugar con el director de los trabajos marítimos cuando terminó el primer navio que posee de cien cañones. Botado al agua el *Ibraim* de cien cañones, preguntó el bajá si los soberanos de Europa ondeaban sus pabellones en navios de mas porte, y habiéndole contestado que si, que los habia de tres puentes y armados de ciento veinte cañones, pero que el puerto de Alejandria no era suficiente para sostener embarcaciones de tanto fondo, repuso: —Pues que se empiece á ahondar desde mañana, y construidme un buque igual á los de que hablais. Efectivamente hoy dia posee Mehemet-Ali un navio de tres puentes que en nada cede a las mas aventajadas construcciones de Francia y de Inglaterra.

Un espectáculo mas interesante aun que el de estos inmensos resultados, es la destreza y actividad de tantos hombres arrancados á una independencia ociosa. Allí se miran mezclados los hijos de las tribus, los árabes del Nedjd, y los negros de Kordofan ocupados cada uno en los diversos talleres que pueblan aquel grandioso é inmenso arsenal. Testigos de la inteligencia de estas razas á las que por mucho tiempo se ha supuesto una organizacion inferior á las de otros pueblos, admiramos la voluntad decidida del hombre que ha logrado desenvolver en el ánimo inculto de aquellos seres, gérmenes por tan largo tiempo apagados, y nos llevan nuestras reflexiones á pensar que sean estas las primeras luces de la civilizacion que deben penetrar un dia en el corazon del Africa, condenada por nuestras preocupaciones á eterna barbarie.

El aprendizaje fué penoso: el castigo se prodigaba para despertarlos de su flojedad y pereza, y para escarmentar su inclinacion á los hábitos y costumbres anteriores. El látigo fué por largo tiempo la sola potencia del arsenal, y cada gefe de peloton no tenia otro medio de que valerse para mantener y dirigir los aprendices puestos á su cargo, porque el trabajo diario reemplazó súbitamente á las delicias de la vida errante, á la facil navegacion del Nilo y al disfrute tranquilo de las dulzuras del Sol sobre las plazas de Alejandria y del Cairo; y bastaba lamentar en silencio haber perdido tanta dicha, para atraerse la cólera y los golpes violentos del contramaestre. Mas el bajá lo exigia asi, y todo se ha olvidado ya, lo mismo el reposo de las ciudades que las correrías del desierto.

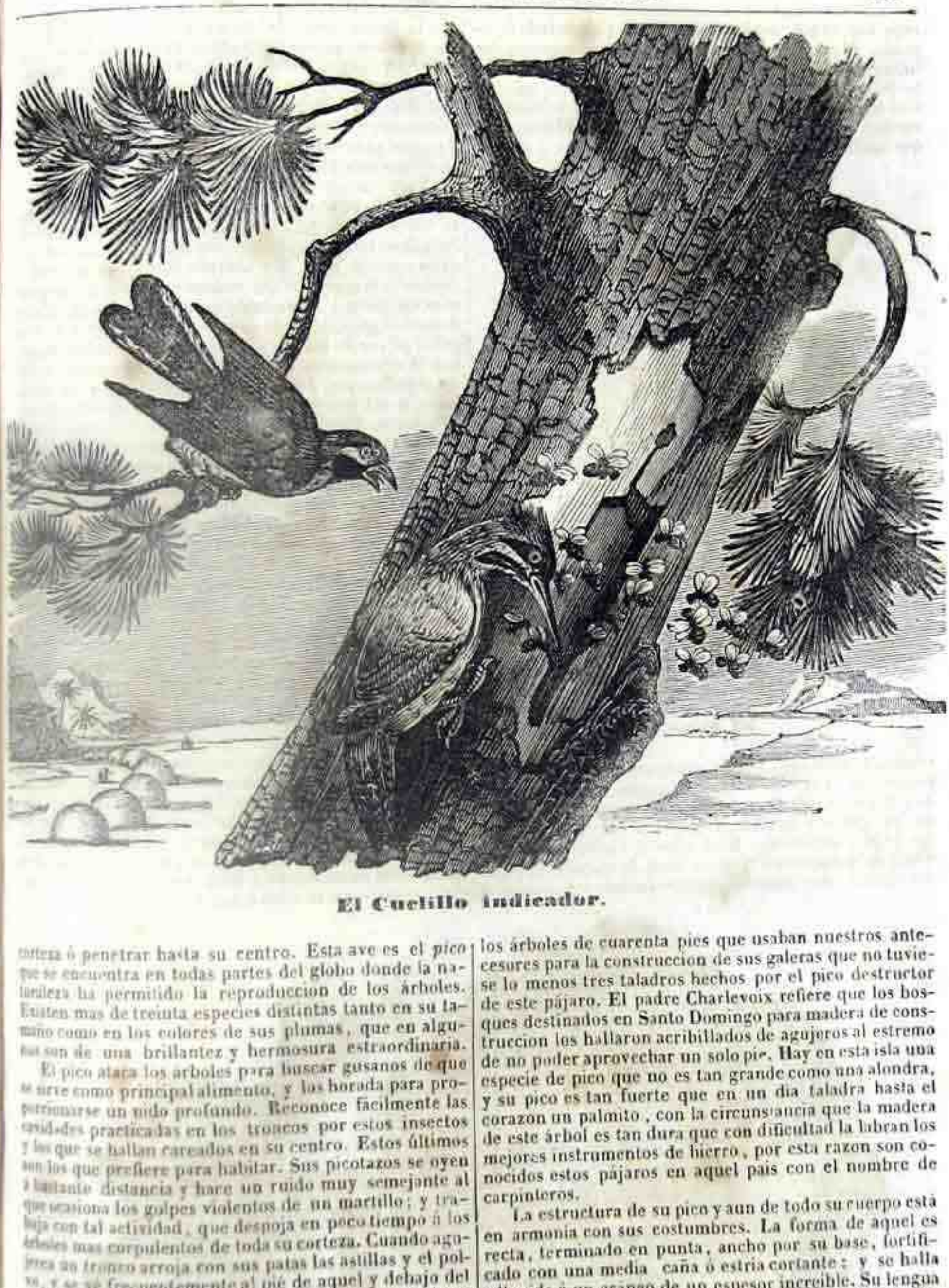
Tambien se ha recurrido á otros móviles ya mas poderosos que el temor al castigo. Esta juventud impresionable y sencilla, se ha hecho accesible á los alhagos del estímulo y de los honores, y se ha interesado su ambicion, sábiamente escitada. En los talleres son considerados segun su capacidad, y los grados y ascensos de esta armada industrial son conferidos á los indígenas en reemplazos de los Europeos, á medida que su instruccion los hace hábiles para su desempeño. Capitan existe hoy que no aspiraba antes de su alistamiento mas que á guiar un camello por medio de los arenales. Mehemet ha conseguido enriquecer su ciudad de Alejandria con cinco brigs, y tres corbetas, seis fragatas y diez navios, fruto adquirido en tan corto número de años de unos hombres arrancados á una vida casi salvage, ademas de haber construido un puerto inmenso y de establecer un arsenal completo. El Occidente le es tambien deudor de una leccion saludable y de un ejemplo de laboriosidad por los resultados que ha obtenido de la organizacion regular de mil seiscientos bárbaros, y ha enseñado á los reyes que en el mismo espacio de tiempo, seria capaz de cambiar el aspecto de Europa y decuplicaria sus resultados, con los tres millones de hombres y los cuarenta mil millones de reales que exige anualmente su observacion armada.

HISTORIA NATURAL.

EL CUCLILLO INDICADOR Y LOS PICOS.

Hemos reunido en la viñeta dos pájaros que han escitado vivamente la atencion de los naturalistas por la singularidad de sus costumbres. El que se halla inmediato á un nido de abejas pertenece á la familia de los cuclillos. Si ha de darse crédito á las relaciones de los viajeros, este pájaro que habita el pais de los Hotentotes en Africa cerca del cabo de Buena Esperanza, sirve de guia para hallar miel en el desierto, y conduce á los viajeros hácia los árboles en que conoce se encuentra un nido de avejas salvages; esta circunstancia le ha dado el nombre de indicador. Mañana y tarde sin descanso la pasa dando chillidos penetrantes para llamar la atencion de los cazadores, á los que contestan estos con tono mas grave y acercándose á él. Cuando los percibe va á cernerse sobre el árbol que encierra la colmena, y redobla sus chillidos y revolotea en torno hasta que los cazadores han puesto manos á la obra. Mientras que se apoderan de la miel se mantiene á alguna distancia observando esta escena con mucho interés, y esperando su parte de botin que nunca olvidan separar. Para un Hotentote es casi un crimen matar á un pájaro de estos, y la palabra *vieki* que en su idioma significa miel, es una imitacion del sonido que forma su grito de llamamiento.

Debajo del nido de abejas se vé asido al tronco del pájaro de pico prolongado y cuyas garras fuertes, nervudas y armadas de uñas arqueadas y poderosas le sirven para sostenerse pegado á la corteza. Su cola compuesta de diez plumas largas y truncadas en su estremidad le sirven de punto de apoyo en la violenta posicion que se ve forzado á tomar para trepar y encaramarse con facilidad (como se vé en la segunda viñeta), y dar grandes picotazos á el arbol que quiere despojar de su



El Cuclillo indicador.

cortezа ó penetrar hasta su centro. Esta ave es el *pico* que se encuentra en todas partes del globo donde la naturaleza ha permitido la reproduccion de los árboles. Existen mas de treinta especies distintas tanto en su tamaño como en los colores de sus plumas, que en algunas son de una brillantez y hermosura estraordinaria.

El pico ataca los arboles para buscar gusanos de que se sirve como principal alimento, y los horada para proporcionarse un nido profundo. Reconoce fácilmente las cavidades practicadas en los troncos por estos insectos y los que se hallan cavados en su centro. Estos últimos son los que prefiere para habitar. Sus picotazos se oyen á bastante distancia y hace un ruido muy semejante al que ocasiona los golpes violentos de un martillo; y trabaja con tal actividad, que despoja en poco tiempo á los árboles mas corpulentos de toda su corteza. Cuando agorpea su tronco arroja con sus patas las astillas y el polvo, y se ve frecuentemente al pié de aquel y debajo del punto en que ha hecho su agujero un monton considerable de estos despojos. Debilitan así los árboles á el estremo que son tronchados bien pronto por los vientos, y el daño que haria en los bosques seria inmenso si fuera mas numerosa su especie. Los propietarios procuran la destruccion de estos pajaros que no dejan de atacar tambien muchos troncos sanos y robustos. Eran muy raros los árboles de cuarenta pies que usaban nuestros antecesores para la construccion de sus galeras que no tuviesen lo menos tres taladros hechos por el pico destructor de este pájaro. El padre Charlevoix refiere que los bosques destinados en Santo Domingo para madera de construccion los hallaron acribillados de agujeros al estremo de no poder aprovechar un solo pie. Hay en esta isla una especie de pico que no es tan grande como una alondra, y su pico es tan fuerte que en un dia taladra hasta el corazon un palmito, con la circunstancia que la madera de este árbol es tan dura que con dificultad la labran los mejores instrumentos de hierro, por esta razon son conocidos estos pájaros en aquel pais con el nombre de carpinteros.

La estructura de su pico y aun de todo su cuerpo está en armonia con sus costumbres. La forma de aquel es recta, terminado en punta, ancho por su base, fortificado con una media caña ó estria cortante: y se halla adherido á un cráneo de un espesor increible. Su lengua larga y afilada esta terminada por una punta dura, bucsosa y cubierta de una especie de sustancia viscosa que forma la lengua propiamente dicha, y que le sirve para que no se le huyan los gusanos que busca su pico sobre la corteza ó en el centro de los troncos.

Las tres especies de estas aves que se conocen en Eu-

ropa son, el pico verde, el pico negro y el pintado ó jaspeado. El primero es mas comun, se le conoce con distintos nombres segun los paises y se le vé aparecer en las primaveras, así como en invierno se cree que emigran ó se ocultan. Los gusanos y los huevecillos de estos que encuentra en los árboles no forman solo su alimento por que tambien busca las hormigas, las aguarda á su paso



El Pico.

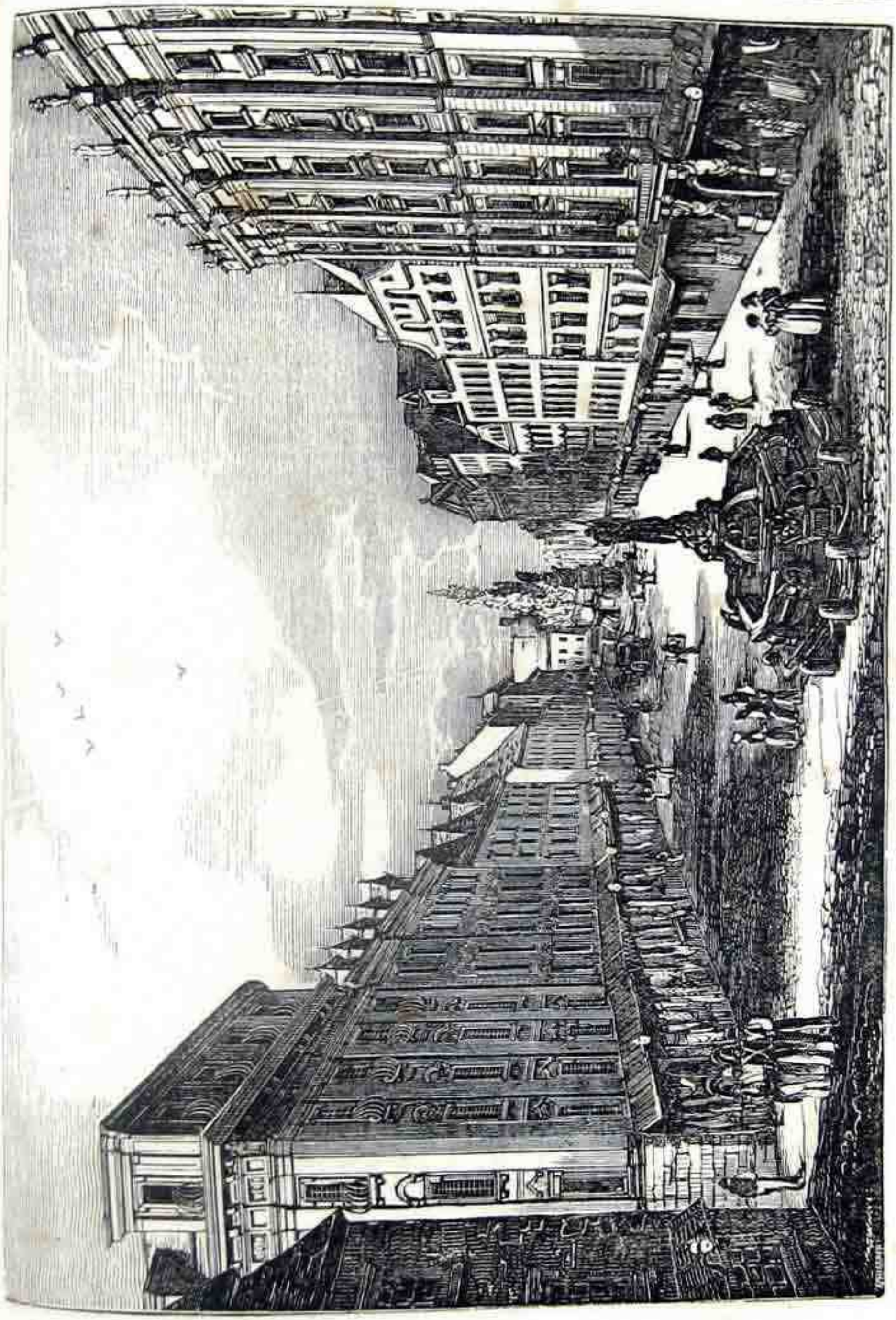
tendiendo su lengua larga y glutinosa en el sendero que frecuentan, y la retira despues cuando se halla cargada de estos insectos. Otras veces ataca á los hormigueros con sus garras y su pico, y saca á la vez las hormigas, sus crias y almacenes. Si se abre el buche de un pico verde se le encuentra siempre lleno de hormigas, y generalmente estos pajaros en nuestros climas son pequeños por lo tanto nadie los busca. El clima templado de Italia los hace permanecer durante el invierno en aquel pais, alli suelen estar mejor cebados y son susceptibles de poderse servir á la mesa. Otros autores pretenden que el pico verde hace su mansion en Alemania durante el invierno y que ataca las colmenas de abejas, pero siendo aquel pais mas frio que el nuestro nos parece un poco aventurada esta asercion.

Vulgarmente se cree que el pico verde anuncia la lluvia con un chillido particular, doloroso y prolongado que se oye de muy lejos y que los habitantes del campo y de las aldeas le han traducido con algunas variaciones por *plieu*, *pleu* ó *plui*. En algunas provincias le llama el pueblo el *procurador del molinero*, porque suponen que anuncia lluvia y la creciente necesaria al movimiento del molino. Los ingleses le conocen con el nombre de rain *foul* (pájaro de lluvia) y era conocido entre los romanos con la denominacion de *pluviæ avis*, que tiene la misma significacion. En Roma las apariciones y los movimientos del pico se consultaban por los agoreros cuidadosamente. Plinio refiere que un pico vino á posarse sobre la cabeza de un pretor en el momento mismo que se hallaba sentado en su tribunal para administrar justicia, y que se dejó coger sin oposicion alguna. Consultados los adivinadores ó agoreros sobre este prodigio contestaron, que Roma estaba amenazada de destruccion si dejaban escapar aquel pájaro y el pretor de muerte si le retenia. Colocado el pretor en una situacion crítica por esta declaracion, no dudó un momento sacrificarse por su pais y mató por su mano al pico augural. Poco tiempo despues, añade Plinio, dejó de existir tambien el pretor. En nuestros dias una prediccion semejante aunque la siguiera un efecto tan rápido no hubiera adquirido suceso ni crédito mas que en el ánimo de algunas personas débiles ó supersticiosas, y se hubiera esplicado la muerte del pretor efecto del terror que ocasionó la prediccion en su espíritu hallándose ya predispuesto á la muerte.

Entre las creencias supersticiosas del pueblo romano no debemos pasar en silencio la fabula de la transformacion en pico verde de *Picus* abuelo del rey Latinus, víctima de la envidia y de los hechizos de Circe, que fue despues uno de los dioses campestres de los romanos bajo el nombre de *Picumnus*, y aseguraban que en tanto que la loba amamantaba á Rómulus y á Remus, habian visto posarse en su cuna á este pájaro sagrado.



Vista de una cabaña inglesa.



Vista de la plaza de Greven en Viena.

ESTUDIOS DE VIAGES.

AUSTRIA.—VIENA.

Viena, capital de la monarquía austriaca, está situada en la ribera derecha del Danubio y sobre un riachuelo que la atraviesa y se pierde en el mismo rio. Fortificaciones regulares separan la ciudad de los arrabales, que son treinta y cuatro, algunos de ellos bañados por los riachuelos de Wien y de Alserbach; otros dos están atravesados por un brazo del Danubio, sobre el cual hay construidos tres puentes. Su circunferencia es casi la misma que la de Paris, pero su poblacion y la estension de sus edificios son mucho menos importantes. Consta aquella segun cierto de menos de 300,000 habitantes, comprendiendo en este número la poblacion de sus arrabales.

La situacion de Viena es deliciosa: colocada en medio de una llanura á que dan vistosa variedad colinas pintorescas, y al lado de uno de los grandes rios de Europa, rodeada de paseos encantadores y de tierras fértiles, ofreceria una mansion encantada, si un clima variable y un cielo frecuentemente nebuloso no diera á sus monumentos así como á sus campiñas un aspecto monótono; la ventaja de estar bañada por el Danubio casi desaparece en vista de algunos inconvenientes; el derretimiento de las nieves engruesando los riachuelos que afluyen este rio, le hace desbordar de tal suerte que una parte de los arrabales está continuamente inundada á una gran altura.

Todo está amontonado en la ciudad; las calles que se cruzan irregularmente no están alineadas ni bien nivelas, y aunque empedradas no son limpias ni cómodas. En tal la desigualdad del terreno que hay calles que pasan por encima de otras en forma de puentes. La única que hay hermosa es la de Herrenstrasse. Las plazas públicas estrechas é irregulares estan llenas de monumentos en lo jeneral de mal gusto. La estátua ecuestre de bronce de dimensiones colosales de José II colocada en la plaza de José, hace por el contrario honor al talento de Zauner que la ha ejecutado.

La poblacion que habita la ciudad vive en casas altas y reducidas. No hay en su recinto otro paseo que el Graben, donde se hallan los principales almacenes de modas y donde se reunen todas las tardes los ociosos y los estrangeros.

Desde que la estacion lo permite, los vieneses abandonan la ciudad, los habitantes acomodados se retiran en verano á los arrabales que distan 600 toesas. A uno y otro lado de la esplanada intermedia hay hermosas fontanas y conventos transformados en cuarteles, calles de árboles la cortan en distintas direcciones; pero no estando empedradas, son como las de los arrabales, muy incómodas en estío á causa del polvo y en invierno á causa del lodo. Por lo demas los arrabales, mucho mejor situados que la ciudad, tienen muchas calles anchas y regulares. Hay en ellas algunos palacios de verano, pertenecientes á familias principales, y muchas casas que aunque de una arquitectura rica, no carecen de cierta elegancia y están rodeadas de numerosos y vastos jardines. Si las calles estubiesen empedradas, indudablemente los arrabales constituirian una mansion de las mas agradables. En el que tiene el título de Landstrasse está situado el Belveder, construido por el príncipe Eujenio y que hoy pertenece al emperador: este edificio es el mas hermoso de la capital y contiene la galería imperial de pinturas.

Hase observado que el consumo de comestibles es en proporcion mas considerable en Viena que en las demas poblaciones grandes á causa de la decidida aficion de sus habitantes á la buena carne. Pocos paises hay donde se coma mas. La abundancia jeneral da á los vieneses la facilidad de saciar su pasion gastronómica: otro de sus placeres favoritos es el baile y el paseo, y para satisfacerlo acuden á los jardines de *Augarten* y al *Prater*, que es una vasta pradera cubierta de bosques, de robles y hayas, que divide una hermosa calle de una legua de largo. En tanto que se entregan á la alegria, bajo la sombra de los árboles, que están entremezclados de casas, de cafés y de figones, millares de carruajes de todas clases y de caballos recorren en todos sentidos la gran calle que termina en un pabellon que es la meta de las carreras; allí se encuentra el Danubio, y sobre sus orillas una calle plantada de árboles. En este paseo es donde se ve la carroza del emperador de Austria seguir modestamente la hilera de los demas coches, sin que jamas el príncipe los haga parar para que le dejen paso. En la mayor parte de las capitales de Europa, los simples lacayos del soberano, como todos cuantos se le acercan, tienen un aire de importancia necio y ridículo; en Viena son sencillos y modestos, y lo que es mas raro en jentes que se rozan con la grandeza, honrados.

Un médico inglés, Adam Neale dice en la relacion de su viage á Alemania: «Desde 1768 la poblacion de Viena ha esperimentado un aumento conocido, merced á la afluencia de los emigrados de Italia, de los Paises Bajos, de la Holanda, de la Polonia, de la Suza y de los Estados Germánicos. Pero al mismo tiempo ha crecido tambien constantemente el número de muertos en una proporcion mucho mas considerable, sin que pueda designarse ninguna causa á esta mortandad, á no ser que provenga de ser demasiado reducido el ámbito de la ciudad para la numerosa poblacion que contiene. Así es que en 1786 este número era de nueve á diez mil anualmente: pero desde 1790 ha subido sucesivamente hasta catorce, quince y aun diez y seis mil, número que comparativamente escede en mucho al aumento de poblacion. Hoy el término medio de la mortandad es de un individuo sobre quince, mientras que en Londres no es mas que de uno sobre treinta; en Viena los ejemplos de longevidad son raros en proporcion, de modo que puede decirse que en esta capital la vida humana corre dos veces mas peligro que en Londres. No sé si esto provendrá de la glotonería que se atribuye á los habitantes, y que hasta se ha hecho proverbial, ó mas bien del clima que es muy vario, pues comunmente en menos de dos horas el calor mas sofocante sucede al frio mas riguroso. El aire de Viena, si no lo purificára todos los dias un viento fresco que se levanta á las diez, llegaria á ser pestilencial. El agua de las fuentes es allí insalubre y causa frecuentemente violentos cólicos á los estrangeros; y el agua del Danubio es tan gruesa y cenagosa que es imposible beberla si no se la filtra con el mayor cuidado.

Los arsenales de Viena contienen una coleccion muy

rica y curiosa de máquinas de guerra antiguas y modernas, entre las cuales se ven cuatro enormes piezas de cañones turcos, monumentos de las victorias del príncipe Eugenio; una de ellas, que tiene la fecha de 1516, fué tomada en Belgrado en 1717; pesa ciento setenta y nueve quintales y puede lanzar una bala de ciento veinte y cuatro libras; otra fundida en 1560 pesa ciento diez y siete quintales y puede recibir una bala de sesenta. También se hallan en el gran arsenal dos máquinas de madera, una de las cuales dispara una bala de piedra de cuatrocientas libras, y otra una bala de doscientos cincuenta. Hay igualmente un mortero de hierro de un calibre enorme, cercado de aros de hierro de dos pulgadas de espesor cada uno, y otro mortero de bronce mas grande sobre el cual están grabadas estas palabras: *Segismundo, archiduque de Austria* 1404. Las paredes esteriores del edificio están rodeadas de una cadena prodigiosa que tiene doscientos pies de longitud, pesando cada eslabon veinte y cuatro libras. Esta cadena es solo un pedazo de la que los turcos arrojaron al Danubio cerca de Baden en Hungría para impedir que se aproximasen las lanchas cañoneras de los austriacos. Entre los restos de armaduras antiguas está el gorro de terciopelo carmesí de Godofredo de Bouillon y el chaleco de piel de búfalo de Gustavo Adolfo, rey de Suecia, horadado en el costado derecho por la bala que terminó la existencia de este príncipe en la batalla de Lautzen en Sajonia en 1632.

En otro arsenal se enseña la cabeza de Cara Mustafa, gran visir y capitan del ejército turco en el último sitio de Viena en 1683. El destino de este hombre tuvo algo de estraordinario. Fue el favorito de la sultana, madre del gran Turco, la cual le elevó á las primeras dignidades del Estado. Empero siéndole contraria la suerte en el sitio de Viena, fue ahorcado en Belgrado por órden del sultan y enterrado en secreto: al tomar las tropas austriacas esta ciudad, desenterraron su cuerpo y enviaron su cabeza en un saco de sal á los vecinos de Viena. En una relacion del sitio de esta ciudad, impresa en Londres en 1684 refiere, un testigo ocular, que durante el sitio de Viena, *Cara Mustafá* se hacia transportar cada tres dias en una especie de caja de hierro herméticamente cerrada para visitar las fortificaciones. ¿Creeríase que este visir, que tanta pusilanimidad mostraba, hubiese concebido proyectos jigantescos? Pues á nada menos aspiró que á subyugar el occidente de la Europa despues de haber sometido la capital del Austria. Invadió su territorio á la cabeza de trescientos mil hombres, mandados por cinco príncipes soberanos y treinta y un bajás. Formaban su tren de artillería trescientos cañones. Sabido es que Viena fue reconquistada de los turcos por el valor de los polacos mandados por su Rey Juan Sobieski.

Al frente de los mas hermosos edificios de Viena es preciso colocar el palacio imperial, llamado el Burgo, que ha dado su nombre á la plaza en la cual tiene su entrada (Burg-Platz). Este palacio es un antiguo edificio irregular que encierra magníficas colecciones de mineralogía, objetos artísticos, curiosidades y medallas; colecciones que tal vez sobrepujan por su riqueza á las de las demas capitales de Europa.

El emperador habita la parte del palacio llamado Schweitzerhoff. Este palacio está cercado de edificios notables: en un lado se ve la antigua chancillería del imperio, adornada de cuatro grupos de colosales dimensiones; en el otro está la biblioteca imperial que contiene treinta mil volúmenes, seis mil ejemplares de los prime-

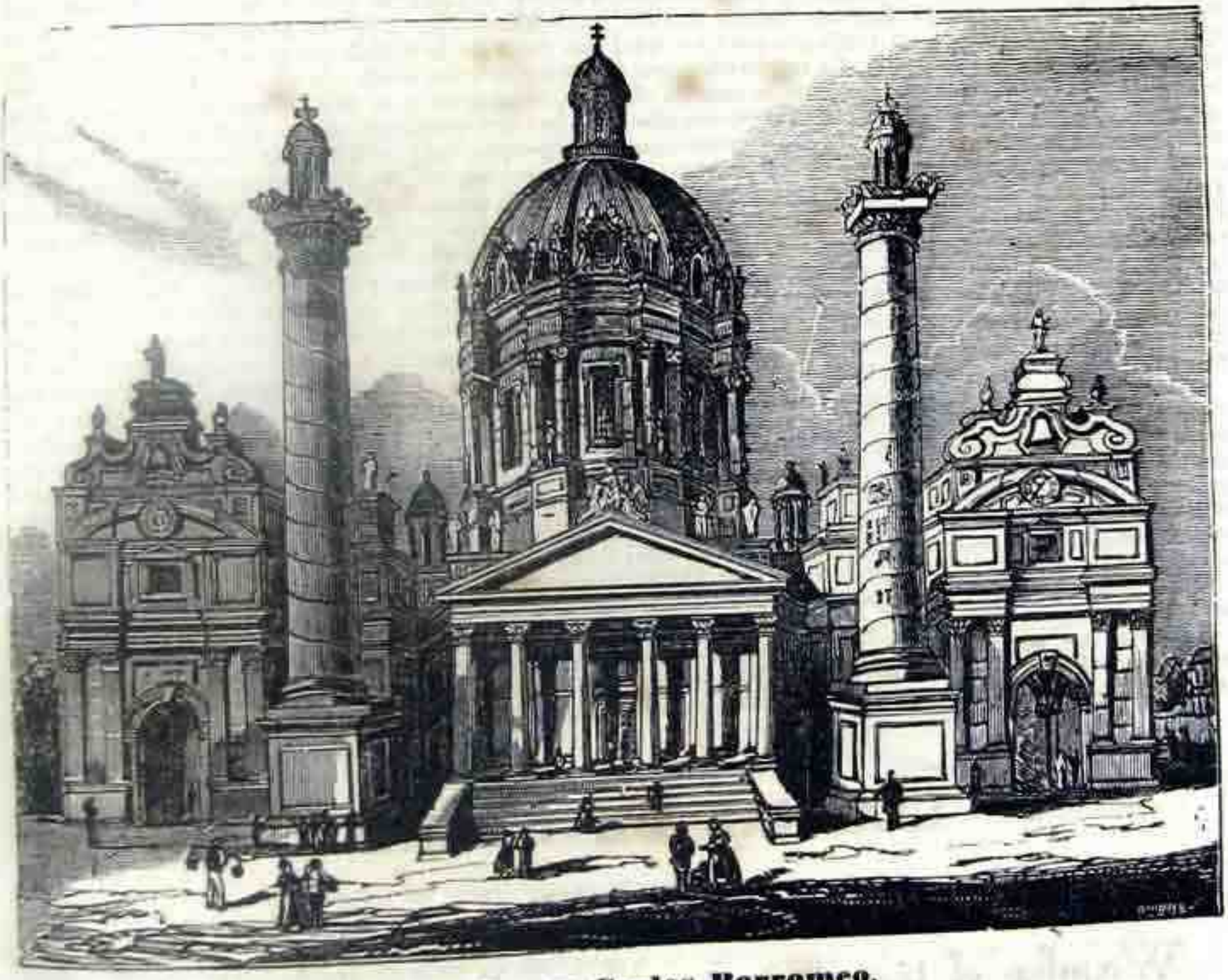


Vista del palacio de san Miguel y palacio imperial en Viena.

ros ensayos de la imprenta, y doce mil manuscritos (1). Mas lejos está la escuela de equitacion, obra maestra de arquitectura, á la cual se unen las dos salas del reducto y el teatro del Borgo. En el jardin público, llamado Volk-garten, hay un templo en el cual se admira la bella estátua de Teseo, una de las obras maestras de Canova.

Para formarse una idea de la riqueza de Viena en hermosos edificios seria menester pasar revista al palacio del duque de Sajonia-Teschen, propiedad hoy del archiduque Cárlos; la casa de monedas, la chancilleria de córte, la casa del consejo de guerra, la chancilleria de Bohemia, la de Hungria, la casa de villa, el palacio del arzobispo, el de la universidad, los teatros, el palacio de la asamblea de los Estados, de estilo gótico, el observatorio etc. etc.

— Las iglesias de Viena merecen ser vistas. En la torre de la de San Esteban, que goza el título de catedral, llama la atencion una campana que pesa 36,000 libras, y que está fundida de los cañones tomados á los turcos cuando levantaron el sitio de Viena. Esta torre tiene mas de cuatrocientos pies de altura. San Esteban encierra treinta y ocho altares de mármol, los sepulcros del emperador Federico IV, del príncipe Eujenio de Savoya etc. La iglesia de san Pedro construida con arreglo al modelo de la magnífica basílica de su nombre en Roma, tiene una cúpula cubierta con cobre; en la iglesia de los agustinos pueden admirar los curiosos el mausoleo que Canova ha erijido á la archiduquesa Cristina, y el de Leopoldo II por Zauner. La iglesia de san Ruperto data de 740. En un subterráneo de la iglesia de Capuchinos están en-



Iglesia de san Carlos Borromeo.

terrados los príncipes de la casa de Austria: contiene seiscientos y cuatro ferétros, principiando por el de *Matías*.

Existe en Viena una costumbre muy singular respecto á la sepultura de los individuos de la familia imperial: aunque sus cuerpos se depositan en la iglesia de los capuchinos, sus entrañas son trasladadas á la de san Esteban y sus corazones á las de los Agustinos. Cerca del arrabal de Wieden está la iglesia mas regular de Viena, San Carlos Borromeo, que fué construida en cumplimiento de un voto hecho por el emperador Carlos IV para que cesára la peste de 1713.

Las escuelas de instruccion pública son numerosas en Viena. En el instituto politécnico se enseña todo lo que

(1) Esta biblioteca posee ochocientos volúmenes de grabados; y doscientos diez y siete de retratos: entre los manuscritos se hallan los jeroglíficos mejicanos que aun no ha habido quien pueda esplicarlos: un manuscrito de Dioscórides con dibujos de plantas sobre vitela, pintadas en el siglo V; el original del senado-consulto que regularizó las bacanales el año 567 de Roma: el manuscrito del Taso, de la *Jerusalen libertada*, el papyro ejipcio etc.

tiene relacion con las artes, la industria y el comercio. La academia de medicina y de cirujia es notable, tanto por su organizacion como por la belleza de su edificio. La universidad que cuenta setenta y nueve profesores y á la cual concurren mil doscientos estudiantes, posee una biblioteca de cien mil volúmeneness. Enséñanse en ella la anatomia, la química, la física y las ciencias naturales. La escuela de los orientalistas está destinada á formar intérpretes para facilitar las relaciones del Austria con la Puerta Otomana. Ademas de estas escuelas existen otras para los jóvenes de la nobleza. Las bellas artes se enseñan en un establecimiento especial; en otros se ocupan de su aplicacion á los productos de la industria. Hay una academia de ingenieros; el conservatorio imperial donde se forman músicos distinguidos; el número de discípulos de este establecimiento sube á doscientos; contiene archivos musicales muy importantes, una biblioteca compuesta de obras teóricas é históricas, relativas á la música y una coleccion de instrumentos antiguos y modernos de todos los pueblos de la tierra. Hay una escuela normal que provee de profesores, y un seminario para los que se dedican á la carrera eclesiástica. La universidad protestante solo es frecuentada por un reducido número de discípulos, porque los protestantes ricos prefieren educar á sus hijos en sus casas. En fin la ciudad posee cinco grandes colegios y sesenta escuelas elementales, que segun dicen, están mejor sostenidas que las que existen en Francia de la misma clase. Una de ellas está destinada para los niños pobres que aprenden en ella gratuitamente á leer y escribir, la aritmética y el dibujo. Asisten á las otras los hijos de los artesanos en los dias festivos. Crecido número de niñas pertenecientes á familias acomodadas se educan en conventos, pero existe una institucion especial para las hijas de los militares.

Viena posee gran número de institutos de beneficencia, entre los que debemos citar una escuela de sordomudos y la casa imperial de huérfanos. Hay ademas en uno de sus arrabales una casa de correccion y de trabajo para todos los mendigos de la provincia; otra de detencion reservada para los vagos que no son criminales, y se tiene muy buen cuidado de no ponerlos en comunicacion con ellos, como acontece en Francia; por último otra casa semejante está destinada para los jóvenes de clases acomodadas.

Viena es por sus manufacturas, que ocupan á sesenta mil individuos, la ciudad mas importante de la monarquía austriaca. Fabrícanse en ella sederías, tejidos de oro y plata, cintas, cotonías, objetos de quincalla, instrumentos de matemáticas, agujas, papeles de tapicería, coches escelentes, relojes, instrumentos de música etc. etc. Vénse tambien en esta ciudad muchas fábricas de porcelana de las que una sola, la del gobierno, emplea ciento cincuenta pintores y quinientos operarios.

El canal de Neustadt, concluido en 1803 pone á Viena en comunicacion con el Danubio; los barcos suben con el ausílio de esclusas hasta el estanque que hay delante de la casa de ayuntamiento. En 12 de febrero de 1833 se abrió un vasto edificio destinado á la esposicion anual de todos los productos naturales é industriales de los estados austriacos.

Desde la caida del imperio francés, Viena ha recibido grandes mejoras; los arrabales se han aumentado con mas de seiscientas casas, y los viejos soldados franceses que en otro tiempo entraron allí vencedores, apenas conocerian hoy mucha parte de la ciudad. El número de sus habitantes ha subido en proporcion, en cada una de esas casas de la ciudad tan grandes, tan altas y de una arquitectura tan sólida, se apiña una poblacion que habitualmente consta de mas de cuarenta personas; algunas hay que contienen mayor número: la casa Tratner, por ejemplo, está habitada por cuatrocientos inquilinos y produce mas de 156,000 francos: la del antiguo hospital civil de propiedad particular, es una especie de pueblo con diez patios y la habitan mas de doscientas familias, produciendo de renta sobre 1.248,000 rs.

Las fortificaciones interiores que rodean la ciudad propiamente dicha, así como las murallas que forman el circuito de los arrabales, no bastan para hacer de Viena una plaza que pueda ofrecer alguna resistencia. Su guarnicion no pasa de 12,000 hombres. Los franceses han entrado en ella dos veces, pero si esto fuese una humillacion, pocas capitales hay que no la hayan sufrido igual.

A pesar de su importancia, Viena ha visto nacer pocos hombres célebres. Citanse entre ellos algunos escritores que han ilustrado la literatura alemana, el historiador Schrockh, el médico Collin, el poeta Enrique de Collin, J. B. Alxinger y el literato Mastalier. Verdad es que hasta ahora parece que las letras y las ciencias no han ofrecido mucho solaz y recreo á las clases ricas de Viena. Las representaciones teatrales no son para ellos mas que un mero pasatiempo, una ociosidad, y su gusto en esta clase de materias está muy lejos de dar la ley en Alemania.

GLORIAS DE ESPAÑA.

Wamba el triunfador.

I.

Habiendo muerto el rey godo Recesvinto en el año seiscientos setenta y dos de la era cristiana, ni dejó hijos que heredasen su corona, ni entre sus hermanos se encontró alguno que pudiera dignamente sucederle en el mando. No estaba entonces tan afianzado el derecho hereditario en la sucesion al trono de España, que no sufriese en algunas circunstancias estraordinarias las modificaciones que reclamaba el bien comun, y para que este quedase firmemente asegurado, se necesitaba entonces en el solio un varon de prendas nada vulgares aunque su estirpe no fuese de sangre real. Hacía falta un hombre con el teson suficiente para llevar á cabo la reforma de leyes y de costumbres, que el rey Recesvinto habia dejado casi en proyecto; para lo cual era preciso que el hombre elegido tuviese el primero las leyes grabadas en el fondo de su corazon por haberlas practicado toda su vida. Los nobles, los poderosos, todos los personages de mayor influencia en la causa pública y por tanto los mas interesados en la eleccion del nuevo soberano, viendo que los hermanos del difunto rey eran poco á propósito para sucederle en tan espinoso cargo, determinaron unánimemente elegir á *Wamba* á quien la opinion pública designaba como el varon mas digno de ceñir á su frente la corona. Wamba era hombre principal, muy estimado por los reyes que le habian conocido, á los que

había prestado sus servicios en épocas mas tranquilas: era tan inteligente en las cosas de guerra como en las de paz, y el mayor elogio que de él puede hacerse, es decir que era digno en un todo del cargo importante á que le destinaban. La mayor dificultad consistia en hacérsele aceptar, porque Wamba que en algun tiempo había figurado bastante en la corte, se hallaba en aquella sazon retirado en una de sus posesiones campestres, donde se distraia algunos ratos en la útil ocupacion de la agricultura, y donde había resuelto pasar los dias que aun le quedasen de vida, desengañado ya á favor de una larga esperiencia de lo que valen las grandezas de la tierra.

Los comisionados del pueblo, firmes en su resolucion, fueron á buscar á Wamba á su solitario recinto, apenas resguardado por una endeble tapia por encima de la cual asomaban los arbustos y las ramas de los árboles cargados de fruta sazonada. Una hermosa calle, cubierta de finísima arena y bordeada de cesped, les condujo á lo mas sombrío del vergel. Aquellos hombres profanos al sentir la frescura y puro ambiente de aquel sitio, al respirar el aroma que las flores exhalaban, al escuchar el gorgeo de las aves, que habian elegido para su morada aquella predilecta mansion, empezaron á comprender que pudiera muy bien haber felicidad lejos de la corte y el mundano bullicio. ¡Tanta es la influencia de las bellezas naturales, tanto lo que alivian las fatigas de ánimo y de cuerpo, que no pudieron menos de sentirla entonces los hombres menos á propósito para ello!

Wamba descansaba junto á una cristalina fuente, mirando complacido como un chorro de agua cristalina bajaba con sordo murmullo á refrigerar sus vegetales. A su lado tenia la azada con que acababa de facilitar el paso á las aguas cuyo curso seguia cuidadoso. Nada es comparable á la sorpresa que le causó la nueva de su eleccion, y mirando con disgusto á los mensageros, rehusó desde



Ofrecen la corona á Wamba el triunfador.

luego la seductora corona que á sus ojos ostentaban, anunciándoles que prefería la tranquilidad y las delicias de su vida privada á todo el brillo de la soberanía.

—No quiera el cielo, les dijo, que cambie yo esta vida apacible y retirada, donde la práctica constante de la virtud endulzará las penas de mi vejez, por el falso esplendor del trono que ya sé los disgustos y sinsabores que encierra.

No desistieron los enviados de su intento á pesar de la repulsa de Wamba, porque ya la llevaban prevista. Por el contrario insistieron manifestándole que no venian á ofrecerle la corona como un medio de mejorar su situacion y asegurar su felicidad, sino como un sacrificio que era preciso hiciese á la utilidad general.

—No por vos, ni por vuestro engrandecimiento os ofrecemos la corona, le decian, sino por nuestro bien y la prosperidad de la patria que vos solo podeis asegurar; así es que por nuestro amor habeis de aceptarla.

—Para gobernaros á vosotros, replicaba Wamba, era preciso conoceros á fondo, y yo que separado del mundo hace tanto tiempo vivo ausente de la corte, mal me puedo prometer el conocimiento capaz de proporcionaros ese bien que tanto deseais.

Al ver la obstinada repugnancia de Wamba á aceptar el gobierno, uno de los principales mensageros no quiso que volviesen á instarle, porque habia concebido otro género de argumento tan enérgico como persuasivo. Acercóse á Wamba con aire resuelto y denodado ademan y blandiendo ante sus ojos la espada desnuda le dijo:

—Al filo de esta espada perecerá todo aquel que anteponga su reposo privado á la salud general, y á quien mezquinas consideraciones impidan atender á la salvacion de su patria.

Solo así conoció Wamba cuan tenaz era el empeño

de aquellos hombres, y al mismo tiempo cuan lisongera para él la conviccion de los que en él habian fijado su última esperanza. Wamba cedió al fin, abandonó con sentimiento su pacífico asilo para dirijirse á Toledo, donde fué conducido con gran pompa á la iglesia metropolitana. Allí el venerable arzobispo Quirico, sucesor de S. Ildefonso, le tomó el juramento de gobernar el reino con fidelidad, equidad y justicia. Religiosa ceremonia de que tal vez por aquella época sola nuestra patria presentaba el ejemplo. Despues que el nuevo monarca hubo jurado observar el primero las leyes, levantó el arzobispo en ambas manos la riquísima corona de los antiguos reyes godos y la suspendió sobre la cabeza de Wamba que entonces pareció rodeada de celeste y misteriosa aureola, y cuando pronunciadas las palabras del rito la colocó al fin sobre sus sienes á vista de un inmenso pueblo, innumerables gritos de júbilo resonaron en todos los ámbitos del templo.

II.

Acertada fué la eleccion de los que habian designado á Wamba como el hombre mas apropósito para manejar las riendas del gobierno. No tardó mucho en revelar su talento y grandiosas ideas, así que pudo darlas competente desarrollo en la vasta esfera á que le habian ascendido. La prudencia con que se condujo en el ejercicio de la potestad suprema en aquellos críticos tiempos ha sido intachable y sin embargo no bastó á calmar la inquietud de los descontentos y de los amantes de alborotos. Las reformas que Wamba planteó en todas las clases del estado, si bien eran saludables á la generalidad, no así al interés individual de algunos ambiciosos que al fin se declararon en abierta rebelion: entonces le fué preciso al electo monarca desplegar sus conocimientos en el arte de la guerra. Los contrarios sin embargo no habian osado declararse cerca del sitio donde Wamba residia, temiendo los efectos de su pronta cólera y contando con la distancia como un seguro recurso, fué en la Galia gótica donde primero levantaron la cabeza. Hilperico conde de Nimes, era el gefe natural de aquella empresa á cuyo triunfo habia destinado todas sus riquezas, valiéndose ademas para lograrlo de su crédito é influencia en el pais. Pudo este accidente comprometer el nuevo reinado de Wamba, porque Paulo, griego de nacion, general ilustre á quien envió sin tardanza á sofocar la insurreccion, despues de haber tenido secreta inteligencia con los parciales enemigos, se declaró enteramente á su favor. Envanecido con sus primeros triunfos llevó su osadía al estremo de coronarse por rey combatiendo y despreciando al legítimo monarca. Conoció Wamba que era llegada la hora de ponerse en campaña, acudiendo en persona al esterminio de los conjurados, y al frente de sus tropas que se pusieron en marcha gustosas, acaudilladas por tal príncipe partió á buscar los enemigos. Pacificó al paso la Navarra y Cataluña, donde habia cundido tambien la insurreccion y atravesando los pirineos con un ejército ya victorioso, sujetó varias ciudades y villas de Francia, sin parar hasta poner cerco á Nimes, ciudad fortísima, último asilo de los magnates sublevados.

Obstinada fué la defensa que hicieron amparados por las murallas de aquella ciudad; mas tambien fué ejemplar el castigo de los rebeldes, porque exasperados los del partido real con tan larga resistencia, cuando al fin entraron en la ciudad lo llevaron todo á sangre y fuego. Con tan célebre conquista no solo quedó ya cimentada una verdadera paz, sino que pudo Wamba ver humillado á sus plantas á Paulo y á veinte caudillos de la sublevacion. Favorecido así el monarca por la fortuna, cuando supo que el rey de Francia Chilperico II intentaba venir á repeler lo que él llamaba una invasion hecha en Francia le ahorró parte del camino y llegando al sitio de donde no era lícito pasar sin violar la fé de los tratados, esperó por cuatro dias en campaña abierta á los contrarios, que no llegaron á corresponder á esta invitacion. Hasta los triunfos en los mares que eran desconocidos en los anales de la gótica monarquía, se lograron en los felices tiempos de Wamba, cuyas fuerzas navales derrotaron una poderosa armada de los sarracenos.

Tan célebres victorias eran dignas del triunfo mas ostentoso, y aquel rey modesto en su origen, pero de grandiosas ideas cuando se trataba de sostener el prestigio del puesto que ocupaba y de ensalzar las glorias de su nacion, determinó celebrarlas con una entrada triunfal á manera de las que habian verificado los héroes y emperadores romanos. Toledo, que si no era el lugar de su nacimiento, era por lo menos el de su predileccion y el de su opulenta corte, debia ser tambien el sitio elegido para celebrar su triunfo. Un dia entero duró la entrada de las tropas vencedoras en aquella ciudad embellecida por el monarca con obras tan costosas como útiles, y aquel dia fue de júbilo para todos. Las calles estaban adornadas, cubiertas de flores y yerbas olorosas y por entre la inmensa muchedumbre que las obstruia, desfilaba la brillante comitiva que empezaba á ordenarse en la vega y subia en magestuosa columna hasta el alcazar de los reyes. En medio de aquellos veteranos tan notables por su bizarría como por la satisfaccion que se pintaba en sus semblantes, iban los prisioneros, los rebeldes á quienes el rey habia hecho merced de la vida: pero condenados á perpetua prision. Iban vestidos de sucio ropaje y montados por irrision en unos camellos para que mejor fuesen el blanco de las miradas y burlas del pueblo. Paulo principal promovedor de la discordia llevaba la cabeza despojada de su cabellera y puesta en ella por escarnio una corona de cuero negro. Despues y en medio de toda la gala y magnificencia de su corte se ostentaba sobre un rico carro triunfal el rey Wamba, cuya majestuosa persona se mostraba revestida con los coturnos y clámide purpúrea de los emperadores romanos. Seguian considerable número de banderas, armas y despojos de los vencidos y todo cuanto se juzgó digno de contribuir al engrandecimiento del triunfo. La multitud que se agolpaba ansiosa por todas partes, elevaba sobre el eco de los bélicos instrumentos sus cantos de alegría y sus aplausos de victoria, para ensalzar á aquel rey que en sus hazañas y entrada triunfal emulaba dignamente los celebrados triunfos del Capitolio.

III.

El viento de la noche mecía blandamente los arbolitos plantados al rededor del claustro de la antigua abadía de Pampliega, é introduciéndose despues en la iglesia por la entreabierta portada del cláustro, hacia tambien oscilar la llama de varios cirios que ardian al rededor de un fúnebre atahud. La confusa claridad de la luna aunque penetraba por las altas ventanas, no podia bajar hasta el pavimento cuyas losas se hallaban cubiertas por densas sombras. Producianlas los altos y robustos pilares de silleria que sostenian la bóveda y en los que se reflejaba entonces el amarillo resplandor de las antorchas. En el atahud que alumbraban, yacia un hombre pálido é inmóvil como un cadáver y envuelto en un negro ropaje. Aquel hombre era el rey Wamba; aunque nadie le hubiera conocido en aquel sitio, en aquel traje y despojado ademas de su barba y su flotante cabellera, símbolo entonces de la nobleza y la soberanía. Un silencio mortuorio reinaba en toda la iglesia, hasta que por la entornada puerta lateral que daba á el claustro, penetró un monje, turbando con el ruido de sus pasos aquel solemne silencio. Era un monge benedictino, anciano y venerable que acercándose lentamente hácia el bataud parecia que iba á tomar posesion anticipada del sitio que en bre-

be deberia ocupar; pero su intencion era velar por algun tiempo al difunto, como se inferia del libro del rezo divino que llevaba bajo el brazo. Arrodillóse junto á la tumba permaneciendo un rato en oracion, despues se levantó y acercándose al cadáver no fué dueña de contener su deseo de dirigir la última mirada al que antes de ser rey ya fuera su amigo. Al ver tan desfiguradas aquellas nobles facciones y rapada aquella cabeza donde poco antes se ostentára la corona real, al ver tendido sobre el sepulcro al poderoso triunfador, se convenció mas y mas de cuan ilusorias son las grandezas de la tierra. Poseido de un terror religioso, tomó asiento en las gradas de la tumba y abriendo el libro empezó á recitar fervorosamente sus salmos. Entretanto el supuesto cadáver empezó á moverse.

Si la ponzoñosa bebida que suministró al buen Wamba la pérfida cortesana, fue suficiente para producirle un continuado letargo, durante el cual sus enemigos pudieron lograr sus ambiciosos intentos, no fué suficiente á terminar los dias que aun le quedaban de existencia. Wamba no estaba muerto: en aquel momento volvia en sí, cual si despertára de un profundo sueño, no sabia donde se encontraba ni lo que habia pasado por él. Sentia solo una debilidad estraordinaria y no podia darse cuenta de sus ideas desconcertadas, hasta que habiendo llevado la mano sobre su frente al encontrarla despojada del cabello, carácter de su soberanía, entonces empezó á acordar y á comprender.

No pudo ejecutarse este pequeño movimiento sin llamar la atencion del monge que estaba orando. Sobresaltóse al principio, poniéndose inmediatamente en pie, fijos los ojos en el atahud: pero acudiendo á tranquilizarle su esperiencia de largos años que le hacia superar ridículas preocupaciones, cuntubo los ademanes de sorpresa que le causó el ver al rey con los ojos abiertos. Poseido de la mayor alegria se arrojó sobre el atahud esclamando:

—¡Señor!... ¡Señor!

Quiso Wamba incorporarse: pero estaba tan débil que no pudo verificarlo, por lo que el anciano abrazándose con él le ayudó á levantar diciéndole:

—Oh! no habeis muerto, rey mio! No: vos no debiais morir tan pronto.

—¡Morir! . Yo?

Esta fue la única contestacion de Wamba, y las palabras del monge, y el aspecto fúnebre de cuanto le rodeaba fueron para él un rayo de luz que le hizo comprender perfectamente su posicion. No dudando ya de que le habian querido enterrar vivo, se dejó caer casi desmayado, y en medio del terror que esta idea le infundia, aun pudo entregarse á una profunda meditacion. Toda su vida pasada se le representaba entonces, deslizando rápidos los sucesos á su vista desde que le sacaron de su humilde mansion para subirle al trono, hasta que desde ese mismo trono le habian lanzado á la tumba. Acordóse del dia de su coronacion, de los de sus conquistas, de sus victorias y de la humillacion de sus enemigos y de su último triunfo en Toledo, y al verse entonces tendido sobre aquel lecho de muerte, conoció toda la importancia de tan grande y terrible leccion y cobró ánimo para saber aprovecharla.

Entretanto el buen religioso habia cuidado de apartar todo lo posible cuantos objetos fúnebres pudieran afectar la vista de su recuperado soberano. Quiso llevársele en sus brazos, mas no fiándose de sus escasas fuerzas para tanto empeño, asi que vió al rey mas restablecido y animoso le dijo:

—Salgamos de aqui.

—Si: ayúdame á bajar.

Y Wamba sostenido por el monge, bajó de la tumba y llegó paso á paso hasta el medio de la iglesia. Alli se detubo para decir á su compañero con tono solemne:

—No me niegues la verdad de lo que voy á preguntarte. ¿Ha circulado ya por toda España la noticia de mi muerte?

—Si señor.

¿Para qué habia yo sido trasportado á este sitio?

—Para que se os diese sepultura.

¿Quien se sienta ya en el trono que yo ocupaba?

Ervigio.... y aun dicen que vos en el primer acceso de vuestro mal le habeis autorizado para ello.

¡Ojalá sea feliz! Yo bendigo la Providencia divina.

Siguió Wamba caminando en silencio, caida la cabeza sobre el pecho y apoyado en el religioso, hasta que salieron al claustro de la abadía. La frescura de la noche reanimó algun tanto á Wamba que levantó los ojos al cielo, donde la luna brillaba en todo su esplendor. Entonces cediendo á una inspiracion repentina ó realizando el designio que ya llevaba premeditado, cayó de rodillas delante del monge, diciéndole con entusiasmo:

—Padre mio, este hábito que me han puesto para que fuese mi mortaja, será mi vestidura en los dias que el cielo aun me concede de vida. Que nadie se atreva á desmentir la noticia de mi muerte. Entre vuestros monges viviré solo para Dios, porque desde ahora he muerto para el mundo.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS MORALES.

MARIA.

I.

LA NOCHE EN UN CONVENTO.

Antes de principiar la relacion que vá á seguir, el autor debe manifestar desde luego que en esta ocasion nada refiere que no descanse sobre pruebas escritas, fijas y auténticas. El hecho principal de las aventuras que van á desenvolverse á los ojos del lector, aunque poco conocido, se halla confirmado por varios escritores, irrecusables jueces, por su erudicion é imparcialidad.

En apoyo de todo esto puede consultarse al principe Alejandro Labanoff y su *coleccion de cartas de Maria Estuardo*, edicion de 1839. A esta moderna autoridad puede añadirse la correspondencia de Trogmorton, escrita en 1576, y el testimonio del doctor Lingard, que por su cargo de consejero y limosnero del rey Luis XV debió conocer muchas particularidades sepultadas largo tiempo en el secreto. Ademas cuando publicó su *adicion á las memorias de Castelnau* le fué facil consultar el archivo del convento de Soissons y asegurarse de la realidad de los hechos que él, sacerdote é historiador, no ha vacilado en atestiguar como auténticos.

Una sola voz se levanta contra la verdad de estos hechos, la de Gilberto Stuardo en su libro publicado en Londres año de 782, pero como observa juiciosamente el principe Labanoff, el testimonio de Trogmorton, y de Lingard, personas que estubieron en posicion de conocer la verdad, merece mas crédito que la simple protesta escrita doscientos catorce años despues de la principal cir-

cunstancia de la historia cuyos detalles vamos á transcribir.

En 1568 hacia fines de enero ó de febrero, porque los doctos autores que acabamos de enumerar no están acordes sobre este punto, dos hombres embozados en largas capas, bajaron de un coche que paró á media noche delante de la puerta de la abadia de Nuestra Señora en Soissons.

Uno de estos viajeros dió tan fuerte aldabazo que toda la comunidad se despertó asustada. Mientras que las novicias inclinadas sobre sus camas, se preguntaban en voz baja que significaba semejante visita á tales horas, y la muy noble y muy venerable señora Maria Mowbray abadesa, se incorporaba en la suya llena de inquietud; la aldaba renovó dos ó tres veces con brutalidad su llamamiento á la vigilancia de la hermana tornera. Esta, toda asustada, sin esperar á que la llamase el pito de plata de la superiora, entró precipitadamente en la celda de la abadesa.

—Madre, esclamó, van á romper las puertas del convento. Mi dulce salvador Jesus, que desgracia nos amenaza?

—Ninguna, dijo la abadesa. ¿No hace un año que la villa de Soissons pertenece al rey de Francia, que le debe ayuda y proteccion? (1).

En seguida se levantó precipitadamente de su cama, vistióse de prisa, cubrió con el velo sacramental su cabeza septuajenaria y bajó aceleradamente en compañia de la tornera, porque los aldabazos se redoblaban con mas fuerza.

—Quien llama asi y á semejante hora? preguntó la abadesa.

—Quieren vds. abrirnos! replicó una voz gruesa acompañando á estas palabras con un voto soldadesco que tenia algo de blasfemo. Necesito hablar ahora mismo á la abadesa de este convento.

—La señora abadesa está aqui conmigo, dijo la voz trémula de la tornera.

El tono grosero del que gritaba detras de la puerta se endulzó un poco y pronunció algunas palabras en lengua estranjera.

—Dios mio! esclamó la abadesa con estremada turbacion, abrid pronto, hermana tornera, daos prisa!

Y como para dar todavia mas prontitud á los esfuerzos de la religiosa que se apresuraba en correr los cerrojos y dar vuelta á las llaves, le repetia:

—Abrid! abrid! en nombre de nuestro Salvador!

Desembarazada la puerta de los innumerables cerrojos de hierro que la tenian cerrada, se abrió y dejó entrar á los dos desconocidos.

—Tomad este depósito que me han encargado que os entregue, dijo uno de ellos.

—Y yo os doy la carta que acompaña á este depósito, añadió el otro.

—Un depósito! á mi! de donde viene? preguntó la madre estupefacta.

—Un noble señor lo ha confiado á nuestro honor haciéndonos responsables de él con nuestra cabeza, respondió el menos grosero de los dos desconocidos.

Despues depositando á los pies de la abadesa, mientras que esta tomaba la carta, un envoltorio de regular tamaño, saludaron profundamente, salieron y cerraron la puerta detras de ellos. Pronto se oyó el ruido de los dos caballos que partieron al galope.

—Las mujeres se miraron con sorpresa, pero sin verse, porque la corriente de aire producida por la puerta, cerrada bruscamente, habia apagado la linterna de la tornera, en tanto que la superiora principiaba á leer la carta entregada con tanto misterio.

—Cerrar la puerta, hermana, dijo la abadesa, tomad el envoltorio que nos han dejado esos desconocidos y llevadlo á mi celda.

Mientras que la vieja relijiosa se esforzaba por llegar á tientas á la escalera que conducia á su celda, la tornera se bajó para obedecer la orden que acababa de recibir, y sus manos buscaron el paquete depositado allí, sobre las losas del claustro. En la oscuridad tropezó su pie con el envoltorio y salió de él un vajido de recien nacido. A este ruido la abadesa lanzó un grito lleno de sorpresa y espanto. Por lo que hace á la tornera creyó morirse de miedo: indudablemente la hubiera consternado menos la aparicion de Satanás en persona.

—Señora, balbuceó, porque la voz rehusaba salir de su garganta, señora! Dios mio, tened piedad de nosotras!

Y acompañó estas palabras de espanto persignándose dos veces seguidas. El exorcismo, lejos de calmar los gritos de la criatura, no hizo mas que redoblarlos.

—Que será? ¿Qué haremos?

—Callar y seguirme, interrumpió la abadesa con tono imperioso levantando del suelo el misterioso envoltorio.

La madre puso su mano sobre la boca del niño y atravesó rápidamente el claustro. Al entrar en su celda se precipitó hácia una luz y abrió la carta que le habian entregado los viajeros. Apenas sus ojos principiaron á leer cuando se inundaron de lágrimas y tubo que enjugárselos para poder acabar.

—Hermana tornera, este niño es un depósito precioso y sagrado que nos han confiado. Demos gracias á Dios porque nos ha escojido para ejercer una obra de misericordia. Esto es todo lo que puedo deciros del mas solemne de los secretos que jamas han sido confiados á mi vieja esperiencia. Id á buscar en los establos la leche necesaria para apagar la sed que obliga á este ángel á dar gritos dolorosos. Desde que amanezca, nos ocuparemos de los medios de buscarle una nodriza, porque es menester que esta niña no salga del recinto del claustro de Nuestra Señora. Debe crecer y tal vez vivir y morir á la sombra de nuestras paredes protectoras y santas.

Todas las ideas de la tornera se hallaban en desarreglo, y á pesar de su gran deseo de adivinar el misterio, nada comprendia de cuanto pasaba á sus ojos, ni aun de lo que oia y ejecutaba. Al ir á la vaqueriza en busca de leche para un niño, se preguntaba si soñaba ó si realmente estaba despierta. Luego que hizo levantar á los vaqueros, no menos asombrados que ella de verse á semejante hora interrumpidos en su sueño por órden de la abadesa y para ordeñar las vacas, volvió con la leche tibia á la celda. La superiora mecia sobre sus rodillas á la niña, como lo hubiera hecho la madre mas tierna, y murmuraba un aire de cántico á manera de cancion, para apaciguar á la infatigable gritadora. La leche tibia obró mejor que el canto sagrado: la niña bebió con avidez: no tardó en dormirse sobre las rodillas de la abadesa que no se atrevia á hacer movimiento alguno temiendo despertarla y permaneciendo asi inmóvil hasta que las campanas tocaron á maitines. Entonces depositó dulcemente la tierna niña en su cama, y sin reparar en el estraño contraste que ofrecia un recien nacido dormido sobre el lecho virginal de una religiosa, se dirigió al coro, donde se hizo notar mucho menos por el fervor de sus oraciones que por la prontitud con que dirijia el oficio de la mañana. Terminado este oficio volvióse á su celda con toda la viveza de sus viejas piernas, que parecian haber hallado algo de la vivacidad de la juventud. Por fortuna la niña dormia todavia en un profundo y dulce sueño: sus labios sonrosados se agitaban dulcemente, como si continuáran bebiendo la leche que ace-

(1) En 1566 la parte del condado de Soissons que Maria de Concy, hija de Enguerrand, habia vendido en 1404 al duque de Orleans, se incorporó de nuevo á la corona.

bala de mitigar su hambre y habia en sus grandes párpados cerrados cierta gracia que conmovió á la vieja religiosa é inspiró algo de maternal á su corazon habituado hacia mucho tiempo á las austeras indiferencias del ascetismo. Lejos de tratar de combatir un sentimiento tan dulce y tan nuevo, entregóse por el contrario sin reserva y gustó á una alegria indecible al verse protectora de aquel pobre ser abandonado sobre la tierra. Con una inteligencia que no debia esperarse de una muger educada en un claustro desde su mas tierna infancia y que habia visto consumirse allí lentamente sesenta años de su vida, dió las órdenes necesarias para que los cuidados que habian de prodigarse á la niña fuesen esmerados y bajo su inmediata vigilancia. Por un egoismo de ternura que ciertas afecciones de mujer comprenden solamente, no quiso encargar á una nodriza la educacion de aquella niña de quien la divina Providencia la habia hecho madre inmaculada, y resolvió que una cabra continuase el oficio comenzado ya en la noche por las vacas. Ella misma fué á elegir entre el rebaño la mas jóven, la mas blanca y la mas linda, y la hizo colocar en un establo que se formó lo mas cerca posible de la celda abacial: en fin con un instinto que todo lo preveia y comprendia dispuso lo necesario al cuidado de su hija adoptiva y á la vigilancia personal é inmediata que queria ejercer sobre ella. Una madre no lo hubiera hecho mejor que la abadesa.

—Mientras ella se ocupaba de todos esos diferentes cuidados, las demas monjas formaban mil conjeturas sobre el ruidoso suceso de la noche y las aventuras de la niña. La abadesa no tomaba ni habia tomado la menor precaucion para disimular la llegada de una criatura recien nacida á la comunidad de que era superiora. La única cosa que reservó fué el orijen de aquella niña: era pues necesario atenerse sobre el particular á suposiciones jenerales y á las mesantes preguntas dirijidas á la tornera. Pero era menester entregarse con precaucion á esas pesquisas, porque la abadesa no confiaba sus secretos á nadie, ni queria que se ocupasen de ellos. Envanecida la tornera con la importancia que la daba aquella aventura y encantada al verse siendo el objeto de la atencion jeneral, contaba á quien queria oirla hasta en sus menores detalles, y aun mucho mas, las circunstancias de la llegada de los desconocidos, la carta misteriosa y la manera estraña con que habian entregado la niña á la abadesa. En tanto que rodeada de un grupo de novicias principiaba por la séptima ó octava vez su inagotable narracion, la madre Mowbray se presentó de improviso y turbó inesperadamente al auditorio y á la oradora.

—Hermana tornera, dijo la superiora con el tono fino y sin réplica con que solia hablar á sus ovejas, retiraos á vuestra celda, donde recitareis veinte veces el *Miserere mei Deus* de rodillas y los brazos en cruz. Haréis uso de vuestra disciplina á cada salmo. Hermanas novicias, os impondreis la misma penitencia, id y rogad á Dios que modere en lo sucesivo la intemperancia de vuestra lengua así como el fervor de vuestra curiosidad.

La tornera y las novicias se retiraron confusas y constreñidas á sus celdas, donde cumplieron el rudo castigo que les habia impuesto la abadesa y que les valia su curiosidad. La noticia de la manera que la superiora empleaba para corregir la indiscrecion, no tardó en propagarse por el claustro é hizo las conversaciones y conjeturas si no menos vivas, al menos mas reservadas.

Si la abadesa no permitia que se ocupasen del orígen de su tierna protegida, en cambio dejaba á las hermanas prodigar sus caricias y sus cuidados á la niña, que recibió solemnemente el bautismo de manos de monseñor el obispo de Leon en persona.

La abadesa tuvo á la niña en la pila con Don Gerónimo Mac Mahon, viejo benedictino, su confesor. Estas tres solas personas tubieron conocimiento de la redaccion de la partida de bautismo, escrita de mano del prelado, que la guardó con otros papeles en una caja de oro sellada con su sello, depositandola despues en un paraje seguro y solo de él conocido. La niña fué puesta por su padrino y por su madrina bajo la invocacion de nuestra señora, protectora de la abadia, y llevó en adelante el nombre de María.

Diez y nueve años transcurrieron, al cabo de los cuales la abadesa permaneció sola dueña de su secreto, porque el obispo habia muerto así como tambien el viejo benedictino: en todo este tiempo no cesó de velar sobre su pupila con la solicitud de una madre. Quiso que su educacion fuese mucho mas esmerada que la que entonces se daba á las jóvenes, nada indicaba en ella la intencion de destinar á su ahijada á tomar el velo en la abadía de Nuestra Señora. Léjos de esto la daba consejos sobre la conducta que debia observar un dia en el mundo y aun dejaba entrever muchas veces que altos destinos estaban reservados á la niña.

Como quiera que sea, María llevó desde el dia de su bautismo el traje de las novicias de la abadía de Nuestra Señora. Su hermosura era estremada; nada puede dar mejor idea de la pureza de sus facciones y de la gracia de toda su persona, que aquellas palabras de Brantome las cuales parecen escritas espresamenc para ella:

«La blancura de su rostro apostaba con la blancura «de su velo á quien podia mas, pero el artificio de su ve«lo perdia la apuesta y la nieve de su blanco rostro eclip«saba á la otra. Tenia aun la perfeccion de la voz muy «dulce y muy buena.»

De este modo, á escepcion de algunas religiosas enemigas de la superiora, todas la amaban y la adoraban en el convento y ninguna de ellas la tuvo envidia por el favor que aquella le dispensaba. Sin darse cuenta de los motivos de esta opinion, habianse acostumbrado á mirar á María como una persona superior por su rango á todos los miembros de la comunidad y á la cual debian tributar toda clase de miramientos y hasta respetuosa veneracion.

María pasaba una vida dulce y llena de serenidad. Algunas veces se atrevió á preguntar á la abadesa sobre los misterios de su nacimiento, pero esta la prohibió dulcemente que tratase de penetrar secretos que las circunstancias no la permitian aun revelar. La jóven se resignó, y no volvió á hacer mas preguntas; solo algunas veces se la veia vagar triste y pensativa en los jardines y bajo los espesos árboles de la abadía, pero una palabra de su madrina bastaba casi siempre para volverla á la alegria y á sus juegos con las novicias.

Por lo demas ella sobresalia siempre en todos los ejercicios por la flexible gracia de sus menores movimientos y por su loca travesura de niña que sabe cuanto la aman. Jamas abusó de la predileccion que se la tenia y solo empleó su influencia para con su madrina en obtener el perdon de alguna lijera falta cometida por una novicia.

A fines del año 1587 la abadesa de Nuestra Señora de Soissons cayó en una melancolía profunda. Recibia continuamente cartas, las cuales parecia que acrecentaban su dolor. En fin á pesar de su avanzada edad, emprendió un viaje que duró tres meses: su pesar, lejos de disminuirse á la vuelta, no hizo mas que contraer un carácter mas grave, y mas amargo. Pasaba los dias y las noches al pié del altar y entregábase á los mas duros ejercicios de la penitencia invitando continuamente á María á que orase á su lado y mezclase sus plegarias á las suyas.

—Orad, decia, orad, hija mia, porque Dios para desarmar su cólera, necesita las súplicas de un ángel inocente y puro como vos! Orad, María, orad, porque una gran desgracia amenaza á la mas digna y santa de las mugeres! Si la cólera celeste no se apacigua, va á cometerse un gran crimen sin ejemplo.

—A fines de febrero recibió la abadesa otra carta. La noticia que contenia esta misiva produjo en la anciana relijiosa tan fatal impresion que cayó sin conocimiento al leerla. Cuando volvió á la vida, su razon pareció algunos instantes estraviada. Decia palabras incoherentes y sus labios octojenarios que habian proferido siempre alabanzas á Dios, se contrajeron fuertemente para no dejar exalar quejas contra el rigor divino. Lágrimas abundantes pusieron tregua á aquella crisis, merced á la llegada de María, que provocó con su presencia el llanto de la abadesa, arrojándose en sus brazos y estrechándola violentamente contra su pecho.

—Niña mia, la dijo, llora porque el crimen se ha ejecutado! Llora, porque la reina Isabel acaba de hacer asesinar á su hermana, la reina María Stuarda!

—Y qué es eso de la reina María Stuardo y la reina Isabel? preguntó María sorprendida, pues por primera vez llegaban á sus oidos aquellos nombres en el retiro del cláustro de donde jamas habia salido.

—La una es víctima, la otra verdugo, replicó la abadesa. La una es una mártir, la otra una hereje. Rogad á Dios, hija mia, para que la misericordia divina reciba á la una en su seno y perdone á la otra y le dé el arrepentimiento de su inaudita maldad.

—Orad, hija mia, orad, porque principian dias de luto y de desgracia! orad porque la mano del señor se ha estendido sobre Escocia, mi patria; orad, la sangre corre! La guerra civil ruje y los hijos dejan matar á su madre sin sacar sus espadas para defenderla! Orad, porque es menester que corazones puros desarmen la cólera celeste! Orad, porque hay pobres huérfanas abandonadas, solas sobre la tierra, sin proteccion y sin apoyo!

—Al dia siguiente se celebró en la abadía de Nuestra Señora de Soissons, como en todos los conventos de Francia un oficio fúnebre por el descanso del alma de María Stuarda, reina de Escocia. María oró con mas fervor quizá que el que tenia de costumbre porque sabia que su madrina era escocesa y habia visto el dolor que la habia causado la noticia de la muerte de la réjia mártir.

CAPITULO II.

LA ESPULSION.

Desde su fatal viage, y principalmente desde que supo la muerte de la reina de Escocia, la abadesa de Nuestra Señora de Soissons se encorbaba rápidamente bajo los achaques de la caducidad que parecian haberla respetado hasta entonces á pesar de sus ochenta años. Su frente apareció señalada con surcos mas profundos; se apagó el brillo de sus ojos, un temblor convulsivo hizo débiles y torpes sus manos, y su voz antes tan clara y sonora solo pronunciaba palabras ininteligibles. Pronto necesitó que la llevaran al coro, á la hora de los oficios, porque sus piernas paralizadas se negaban á todo movimiento. Solas su alta inteligencia y su infatigable actividad de espíritu conservaron su poder y su fuerza. Gobernaba como en tiempos pasados el convento con su voluntad firme y tal vez manifestaba mas energía que otras veces contra todo lo que pudiera aparecer una tentativa de invasion á su poder absoluto. Una hermana priora, de gran influencia en la comunidad y que ligada por su nacimiento á la familia real, creia poder prescindir en algunos puntos insignificantes de la rigorosa observancia de la regla, fué reprendida por la abadesa, que le dirigió una amonestacion severa y pública. María no se ocupaba de otra cosa que de recibir y llevar las órdenes de la superiora á las religiosas del convento, porque María habia llegado á ser el ayudante de campo de su madrina y su enfermera, velando á su lado de dia y noche y prodigándola los cuidados de una ternura filial. Ay! estos cuidados no pudieron vencer los progresos de la enfermedad ni calmar el dolor profundo que devoraba á su bienhechora: frecuentemente al mirar la vieja religiosa a su ahijada se deshacia en lágrimas y se entregaba á la desesperacion. Estrechábala contra su pecho, cubria de besos su frente é invocaba para aquella inocente niña la misericordia de Dios. Estado tan violento no tardó en gastar la poca fuerza y existencia que quedaba á la octogenaria y no dudó la dijo el médico de la abadía despues de haber pasado media hora estudiando los síntomas de su mal.

—Madre abadesa, siempre me he encomendado á vuestras oraciones en este mundo: espero que no me olvidareis y que continuareis vuestra intercesion mañana á los piés de Dios.

La abadesa miró al médico con viva emocion.

—¡Luego no me engañaba! respondió la enferma. Dios mio! es preciso que abandone á la huérfana que no tiene mas apoyo que yo sobre la tierra. María! mandad que venga María! Necesito hablarla ahora mismo.

La huérfana que segun costumbre estaba en la pieza inmediata, acudió al punto.

—Hija mia, la dijo la vieja religiosa con una viva agitacion, hija mia, es menester que tomes el velo hoy, ahora mismo! Es menester que pronuncies tus votos. Muchas veces te he dicho que no estabas destinada á la vida del cláustro y me he opuesto á tus deseos cuando me suplicabas que te dejase tomar el hábito. Ahora soy yo quien te suplica que lo hagas, quien te lo manda en caso de necesidad... Dios mio! dejadme vivir hasta que termine esta ceremonia, hasta que la huérfana tenga un asilo seguro! Que vayan á buscar á monseñor el obispo; en nombre de Cristo y de su salvacion que venga inmediatamente!

Su agitacion continuó aumentándose mientras ejecutaban sus órdenes y fueron á buscar al prelado. Este tan pronto como conoció el peligro de la abadesa y el ardiente deseo que tenia de verle, se apresuró á ir, y la encontró casi en el delirio de una fiebre ardiente.

—Monseñor! esclamó ella cuando lo vió, en nombre del cielo, dad el velo á sor María! Que sea religiosa de Nuestra Señora de Soissons antes de que yo muera. Si comparezco en la presencia de Dios antes que se verifique, me pedirá severa cuenta de haberme entregado á esperanzas insensatas y de no haber abrigado á esta pobre huérfana en la casa de Dios.

—Hermana, yo os prometo cuidar que se lleve á efecto la suprema voluntad que manifestais, pero una toma de hábito no se improvisa.

—Por la salvacion de una alma cristiana en peligro, monseñor, si, por mi salvacion, haced lo que os pido, porque participareis de la terrible responsabilidad de mi falta.

Al decir esto levantó los ojos al cielo con desesperacion, se encendieron sus mejillas y brillaron sus ojos con una luz estraña.

—Esa jóven, preguntó el obispo, reune todas las cualidades necesarias para ser admitida entre las religiosas de la abadía de Nuestra Señora de Soissons? Es de nacimiento lejítimo? Desciende de noble familia? Trae una dote de doce mil libras?

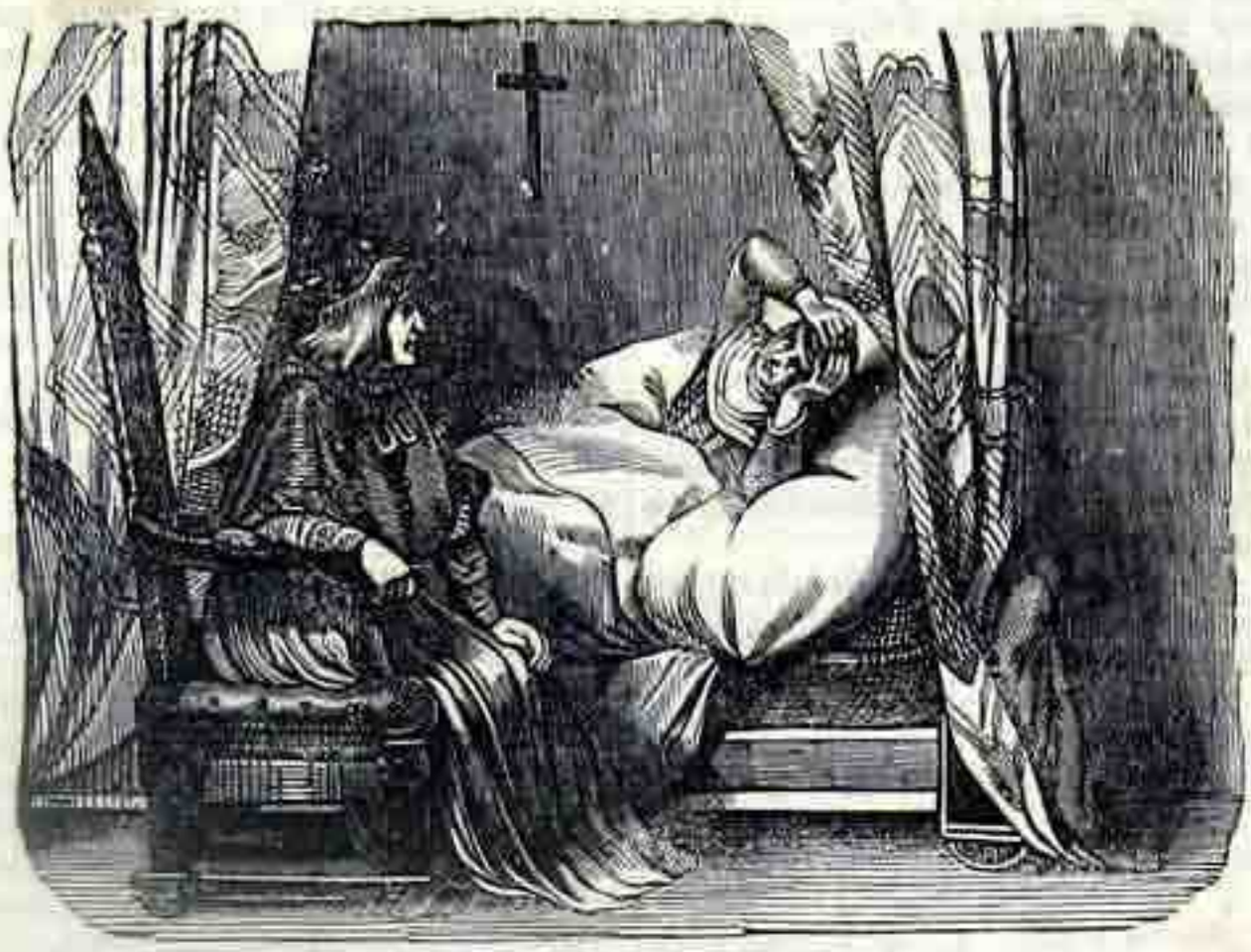
—La dote está allí, replicó la abadesa señalando el tesoro de la comunidad depositado en su celda. Por lo que hace á la nobleza y á la lejitimidad de su nacimiento, no lo hay mas puro ni mas ilustre.

—Y las pruebas?

—Las pruebas! repitió la abadesa pasando sus manos descarnadas por su abrasada frente. Las pruebas! Donde estan? Quien es el poseedor de ellas?

Estubo recordando por mucho tiempo, entre las ansias de la muerte que ya paralizaba su memoria. Nada podia recordar y casi se desesperaba, cuando de improviso dió un grito.

—Ah! Dios mio, gracias por haberme vuelto la me-



memoria! El obispo... monseñor.... el obispo vuestro predecesor.... yo se las he entregado en depósito. Que todos salgan, que solo vos y María sepais el secreto de su nacimiento. Acercaos, yo os le confiaré tambien; pero bajito y al oido, porque es un secreto de vida y de muerte. Habria veneno y puñales contra ella si se supiese!... Es la hija de.... es la hija de...

El obispo y María se inclinaron para escuchar. María iba en fin á saber el nombre de su madre; mas ah! los labios de la agonizante no proferian mas que sonidos ininteligibles.... Su cabeza cayó sobre la almohada, sus párpados se cerraron, se escuchó un ligero estertor y el cadaver quedó inmóvil por toda la eternidad.

María se hincó de rodillas, y el obispo rezó la recomendacion del alma, de pie y con las manos estendidas sobre el cuerpo inanimado. Cuando terminó su lúgubre ministerio se volvió hacia María, para decirla:

—No temais, hija mia, que no olvidaré el interés que se tomaba por vos, la que Dios acaba de recibir en su seno, y la última voluntad que ha espresado respecto de vos. Voy á registrar los papeles de mi antecesor en esta diócesis y espero que no habrá obstáculo á que entreis pronto en la religion. Las pruebas de vuestro nacimiento legítimo son tan necesarias, cuanto que sin ellas no podreis tomar el velo en ningun convento sin dispensa del sumo padre, y el soberano pontífice no concede este favor sino con estrema reserva y solo cuando se trata de una persona de estirpe real.

María apenas le entendió porque estaba rezando bañada en lágrimas y puesta de rodillas al pie del lecho de su bienhechora.

De vuelta en su palacio episcopal, el obispo fiel á su promesa, registró por sí mismo los papeles y títulos que su predecesor habia depositado en los archivos de la diócesis. En un mes de laboriosas investigaciones, nada pudo descubrir relativo á María y como el anciano capellan su padrino, habia muerto ya hacia tiempo, el obispo se encontró en una perplegidad terrible. Bien conocia que la difunta abadesa no hubiera esperimentado tantas ansias por una persona de origen vulgar. Las últimas palabras de la moribunda le hallan dejando entrever que María era vástago de alguna ilustre familia; pero tan incompletos indicios no le bastaban para cumplir con el rigor de los cánones eclesiásticos: resolvió pues consultar á la nueva abadesa de Nuestra Señora de Soissons. Precisamente habian elegido á la priora á quien la abadesa habia severamente reprendido antes de su muerte, la que sin poderlo remediar conservaba un sentimiento de amargura y aversion contra la protegida de la difunta. Discutió con severidad y rigor la cuestion que le presentaba el obispo y le demostró que el testimonio verbal de la abadesa difunta, por respetable y digno de crédito que fuese, no podia reemplazar á las pruebas escritas de nobleza y legitimidad que exigian la regla de la órden y los cánones de la iglesia.—Aun si la abadesa hubiera nombrado al padre y madre de esa jóven; pero no ha articulado mas que algunas vagas palabras entre las convulsiones de la fiebre y de la agonía! Creedme, monseñor, tengamos resolucion para cumplir hasta lo último y por completo los deberes que nos están impuestos. Nadie padece mas que yo, por la infraccion cometida, hace veinte años, en el convento de nuestra señora, por la presencia de una estrangera.

—Y qué! preguntó el obispo, tendriais intencion de despedir á la jóven María del convento en que habita desde que nació?

—Monseñor, al recibir de vuestras manos la investidura del título de abadesa, he jurado respetar y hacer respetar la regla del convento que gobierno con peligro de mi conciencia. La presencia de una estrangera aqui, es contra la regla y acarrea graves inconvenientes.

—Y qué quereis que se haga esta pobre criatura, ignorante del mundo y cuya vida se ha pasado dentro de un claustro, sin contacto alguno con las cosas de la vida real.

—Monseñor la colocará en otro convento.

¿Con que vos, dijo el obispo con severidad, me aconsejais que infrinja en otras casas religiosas las reglas cuya ejecucion tan rigorosamente reclamais para este convento...?

—Monseñor ejecutará lo que tenga por mas conveniente: no es á una humilde religiosa á quien pertenece darle consejos. Yo cumplo con mi deber, pido la observancia rigorosa de la regla de la órden, pongo término á los abusos fatales para la disciplina del convento. Aqui concluye cuanto mi conciencia me prescribe.

Salió, saludando con respeto al obispo, que se quedó solo, descontento y perplejo, porque la nueva abadesa estaba en el lleno de sus derechos y no hacía mas que cumplir su deber con severidad. Triste é indeciso fué á dar á María estas malas noticias.

La joven se hallaba en aquel momento de rodillas en el coro, cerca de la losa sepulcral que cubria el atahud de su bienhechora. Al ver al obispo corrió hacia el llena de esperanza, mas en cuanto fijó su vista en el mústio semblante del prelado todo lo comprendió.

—Nada habeis hallado entre los papeles de el obispo vuestro antecesor?

El prelado bajó la cabeza por toda respuesta.

—¿Así, no podré tomar el velo y consagrar mi vida á Dios! Cúmplase su voluntad divina. Me queda el doloroso consuelo de pasar mi vida rezando y llorando sobre el sepulcro de mi bienhechora.

—Ah! hija mia, ni aun esa triste felicidad os dejan! La regla de la abadía de Nuestra Señora de Soissons, prohibe que se reciban en el claustro mas pensionistas que las destinadas á tomar el velo.

María lanzó un grito de terror.

—Me despiden! esclamó; ¡Oh Dios mio, Dios mio, me despiden!

El obispo quiso cogerla de la mano: pero ella le rechazó,

—¡Me despiden! volvió á decir. Lo ois bienhechora mia, lo ois santa muger, y no pedis á Dios que me llame á vuestro lado! Me echan á la calle! Y que quereis, monseñor, que sea de mi en un mundo que no conozco y cuyos padecimientos y miserias ni aun sé de oidas? Sin protector, sin asilo, sin pan tal vez! O Dios mio! Dios mio, tened compasion de mi y haced que muera.

—No os entregueis á la desesperacion, dijo el obispo profundamente compadecido; hallareis un asilo en mi casa; yo soy muy viejo y pocos dias me quedan de vida, pero sabré dejaros despues de mi muerte á cubierto de las asechanzas y peligros del mundo. Vamos, hija mia, seguidme y poned término á tan dolorosas emociones; abandonando este recinto.

Ya se la iba trayendo suavemente, cuando se le escapó para irse á poner de rodillas sobre la tumba de su madrina.

—A Dios! esclamaba; á Dios! madre mia. A Dios la que tan cariñosamente me ha sostenido en mi juventud! vos que me ofreciais á vuestro lado una existencia tan dulce y tan pura! A Dios! me despiden de este claustro: me prohiben el venir á orar sobre esta losa. Me despiden madre mia, me echan á la calle! Oh! vos no escuchais mis quejas y mis suspiros! Vos no velais sobre mi! Vos ya no me amais cuando vivo todavia antes de salir de este convento del que me arrojan.

El obispo la sacó fuera de la iglesia, la hizo subir á su lado en la litera que le esperaba á la puerta de la abadía y la condujo al palacio episcopal.

El obispo de Soissons, como ya se ha podido ver en el coloquio que tubo con la nueva abadesa de Nuestra Señora acerca de la huérfana, era un anciano dotado mas de caridad que de firmeza de carácter. Habituado hacia largo tiempo á las libres y brillantes costumbres de la corte de Francia, no hacia mas que cinco ó seis años que habia venido á residir en su diócesis donde procuraba espiar por medio de una vida grave y severa los errores de una existencia mundana hasta entonces. Haba traido consigo á su destierro, como el decia, á su hermana la señora Lydoria de Penevent, viuda del conde de este nombre y que habia ejercido sobre su esposo hasta el momento en que pereció de un arcabuzazo delante de Rouen, la autoridad mas absoluta y mas tiránica. Viendose viuda vino á buscar un asilo junto á su hermano, porque la muerte del conde la dejaba casi sin medios de subsistir é influyó mucho en la determinacion que tomó el obispo de salir de la córte para residir en su diócesis. Poco á poco y sin mucho trabajo ni resistencia se apoderó del espíritu de su hermano, conforme se habia apoderado del espíritu del difunto capitan y no gobernó menos imperiosamente al uno que al otro. Nada se hacia en la casa sin el beneplácito de la señora Lydoria. Siempre vestida de negro desde los pies á la cabeza y la barba engastada en su almidonada valona de viuda, presentaba por costumbre una cara avinagrada y descontenta, gruñia desde la mañana hasta la noche, siempre tenia por que reprender, nunca aprobaba y ponia en práctica aquel pensamiento de yo no se que emperador romano: «Que me aborrezcan, con tal que me teman.» En los primeros tiempos de esta dominacion, el obispo acostumbrado á la vida dulce y lisongera de la córte no dejaba de revelarse de cuando en cuando; mas como era preciso estar en una guerra continua y al cabo y al fin la resistencia de nada aprovechaba, porque la victoria quedaba siempre por su hermana, prefirió al fin una sumision pacífica á una sumision tempestuosa: así á lo menos se aborraba ruido y fatiga. Por consiguiente la señora Lydoria mandaba á su arbitrio en la casa episcopal, dirijia á los criados, arreglaba los gastos y aun estendia su poder temporal sobre los negocios puramente espirituales. Ella nombraba para los canonicatos, proponia candidatos para los curatos vacantes é hizo un dia tal guerra al obispo por haber escogido un vicario en secreto y sin deliberacion de familia que el pobre anciano estubo á punto de perder la cabeza. Hubo ocho dias largos de reconvenciones, gritos y quejas.....sin contar con que á la hora de ponerse á la mesa habia que esperar por la comida, sin contar con que el obispo en vano llamaba por la mañana para que le trajesen el desayuno, le era preciso saltar de la cama para ir en persona á buscar al ayuda de camara ocupado en otra parte por órden de la señora Lydoria. En una palabra, el infierno es un paraiso en comparacion de la vida que llevó por una semana el infeliz obispo, vida que no cesó hasta que él halló medio de revocar el nombramiento del vicario y reemplazarle con un protejido de su hermana.

Ahora que se conocen estos detalles se comprenderan los apuros del prelado al acercarse á su casa con la jovencita. Habia cedido al pronto á los sentimientos de su buen corazon y á la compasion muy natural que le inspiraba el abandono de María; pero entonces casi se arrepentia de su accion caritativa, porque sabia que á su hermana no le acomodaria maldita la cosa, el tener una estrangera consigo y sobre todo una desconocida cuya admision en el palacio episcopal no habia ella autorizado de antemano.

Cavilaba para encontrar algun medio de presentar á su protegida bajo un punto de vista favorable y ninguno le ocurria: á pesar del rigor de la estacion le corria el sudor por la frente y su corazon palpitaba con violencia. Imposible era ya volver atras, la suerte estaba echada y era preciso seguir adelante, fuesen las que quisiesen las consecuencias de su resolucion. María habiendo salido ya de la abadía de nuestra señora; aunque hubiera querido volver se hubiera encontrado las puertas cerradas irremisiblemente. Se acercaba pues hacia el peligro acusando entre si á las mulas porque trotaban demasiado aprisa y conocia que le faltaba el animo á medida que iba distinguiendo las ventanas de su casa. Al fin las mulas se pararon, y uno de los dos pages que seguian detras de la litera vino á correr las cortinas y poner el banquillo por donde se bajaba de esta especie de carruajes.

El obispo bajó el primero y por un recuerdo maquinal de la antigua galanteria de su juventud, se quitó su capucha y presentó á María el brazo en el que ella se apoyó temblando: así fué como subieron las escaleras del palacio arzobispal de Soissons

III.

QUE NO CONVIENE MIRAR POR LA VENTANA.

No hay cosa que inspire tanta elocuencia y astucia como la necesidad. Al subir las primeras gradas de la escalinata el buen obispo no sabia aun de que modo presentaria á María á la terrible viuda para que tubiese acogida menos terrible; pero á medida que se acercaba á su hermana, y que el peligro era mas inminente sus ideas confusas y sobresaltadas se iban combinando en términos de sugerirle dos ó tres medios de mejorar la difícil llegada de la jóven. Al poner el pie en el descanso de la escalera ya estaba resuelto á decir á la señora Lydoria que la jóven religiosa no venia á casa mas que interinamente: que el no habia querido decidir de su suerte antes de tomar los buenos consejos de su hermana y aun se proponia como un medio seguro de obtener buen resultado, el no dejar traslucir sus deseos de conservar á María en su casa, sino llevar el maquiavelismo hasta manifestar repugnancia á esta última determinacion. Este proyecto hubiera sido feliz sin duda alguna, si la fatalidad no hubiera venido á echar á pique los planes del digno prelado. Fué el caso, que en el momento en que el paje que le precedia abrió la puerta de la señora Lydoria, por atrevimiento ó por torpeza le hizo tan bruscamente que dió un coscorron y aun descalabró á la irritable viuda que salia á recibir á su hermano.

El paje recibió un bofeton aplicado por la mano mas pesada que hubo jamas pegada á el brazo de dueña; pero este holocausto de la mejilla blanca y sonrosada del brioncito, no bastaba á la cólera y dolor de la enfurecida. Al ver la mirada que dirigió al obispo y á su protegida, creyó aquel que todo estaba perdido, y hubiera querido huir, mas perdió toda su resolucion. María tímida como una jovencita que sale del convento por la primera vez de su vida, estaba temblando y con los ojos bajos.

—Hermano mio, dijo la viuda á quien la efervescencia de la cólera concedia el don de vista doble, qué significa esto? Nuestra casa debe servir de refugio á todos los vagamundos que os encontreis al paso?

—Hermana mia, contestó el obispo entre dientes y sin saber lo que se decia, si vos la abandonais, qué será de esta pobre muchacha?

Y quién es esta pobre muchacha? preguntó la gruesa señora.

El obispo le contó en pocas palabras la historia de María.

—No faltaba mas que una bastarda en casa! interrumpió la viuda. Por santa Lydoria mi patrona, ya la temamos aqui! Dios quiera que no sea causa de escándalo y que no venga á revelar á vuestros diocesanos las faltas de su obispo.

—Vaya! hermana, vaya! dijo el prelado con enojo, tales palabras no debian salir de vuestros lábios! y delante de las gentes de mi casa! delante de esta jóven!

—Ya vereis como esta jóven, que ya me cuesta un sentimiento vuestro, concluye por echármele ella misma! Echadme á mi y ponedla en mi lugar: si ha de ser, cuanto antes mejor.

María que estaba llorando á lágrima viva se arrojó á los pies de la señora Lydoria.

—Señora, esclamó, me hallo sin asilo, sin guia, sin apoyo, sola en el mundo! Salgo de un convento del que me arrojan y en el que habia entrado casi el dia de mi nacimiento; pero antes de causar disgustos á monseñor, antes de escitar vuestra indignacion, quiero mas salir de esta casa: prefiero morir!

La señora Lydoria queria satisfacer su deseo de chillar, pero no cometer una mala accion, la desesperacion de María la conmovió tanto mas cuanto que el dolor de la herida de la cabeza ya se habia enteramente disipado.

—Vamos niña, dijo ella, que no se trata de echar la soga tras el caldero! No quiero yo que digan en Soissons que echo yo del palacio episcopal á los que mi hermano concede hospitalidad. Aqui hallareis un asilo, hasta que nosotros dos hayamos determinado lo que hay que hacer con vos. Seguidme y dejad lágrimas y sollozos que para nada sirven.

Acostumbrada á las tiernas caricias y á la solicitud maternal de la abadesa su madrina, cuando María perdió el único afecto que conservaba en el mundo, no habia hallado á lo menos en el convento, mas que frialdad é indiferencia; pero á vista de la brutal proteccion que le arrojaban como una limosna, sintió que se le oprimia el corazon y retrocedió delante de tal hospitalidad.

—Id hija mia, la dijo cariñosamente el obispo, seguid á mi hermana.

—¿Qué haceis? Venid! añadió la vieja y cogiendo del brazo á María que se sintió apretada como un gorrion entre las garras del águila, se la llevó á los aposentos interiores.

Habia tanta dulzura, tanta resignacion, y tanta gracia en el carácter de la joven que á fuerza de paciencia consiguió ganarse el afecto de la anciana muger y casi hacerse amar de ella; pero Lydoria amaba tambien á su hermano, y se puede conjeturar por las tracamundanas que armaba al digno y pacífico prelado, lo que tendria que sufrir la pobre María. A la menor equivocacion en las órdenes que recibia de la viuda, tenia que sufrir las mas violentas reconvenciones y someterse a descorteses y amargas indirectas sobre su ignorado nacimiento y su pobreza que la ponia á merced de la caridad episcopal. Fuera de esto, casi estaba desempeñando con la viuda el oficio de camarera, no se apartaba de su lado un solo momento y aun por la noche dormia cerca de ella en un gabinetillo. Asi que la señora Lydoria esperimentaba el menor insomnio, su voz implacable llamaba á María que no disfrutaba mas reposo ni consuelo que durante su sueño. Tenia que estar de pié derecho á la primera voz de su ama, y venir al instante á sentarse á la cabecera para escuchar su tos y no perder ninguna de sus quejas por la desgracia de no poder dormir y ponerse á leer las horas de la buena señora hasta que sus ojos se cerrasen y concluyese por volverse á dormir. Entonces María cuando estaba bien segura del sueño de la señora Lydoria, se volvia á su cama teniéndose por dichosa cuando la vieja no la obligaba por segunda vez á empezar con fatigada voz la lectura soporífera de las horas. Cuidado con que María reprimiese el menor bostezo! Cuidado con que sus miembros tiritasen con el frio que los penetraba! Cuidado con que bajase la voz y sus ojos se adormeciesen, porque la reprendia al instante con voz inexorable, echándola en cara su ingratitud con palabras muy duras y aun insultantes.

La pobre niña sucumbia bajo el peso de tantos padecimientos. Sus mejillas poco ha tan frescas y sonrosadas tomaban un color pálido y mate: sus ojos brillaban de un modo estraño y se hundian dejando cavidades con visos plomizos. Jamás la sonrisa entreabria sus labios, ni aun con las buenas palabras que le decia el obispo á escondidas.

—A escondidas, porque la señora de Penevent se le redoblaba el mal humor asi que notaba que la suerte de María, inspiraba compasion.

No parece, decia, sino que yo la hago desgraciada? La trato como á hija propia; no se separa de mí un momento, y tiene una cara tan triste que parece la muger mas digna de lástima que hay en el mundo! Es culpa mia que ella tenga un humor melancólico y un caracter sin espansion? Siempre gasta conmigo la reserva de una estrangera; se estremece al oir mi voz como si yo la causára miedo. Esto es insoportable; pero qué se ha de ha-

cer! es una huérfana que no tiene mas apoyo que yo, y es preciso tener paciencia, porque si yo la abandonára, ¿qué seria de ella? Si, Maria, decidlo, que hariais si yo os abandonára, vos que no teneis asilo y pan mas que por mi caridad?

Un año se pasó sin que hubiese mudanza en la penosa situacion de Maria y sin que una queja ó una reconvencion saliese de sus labios. Cuando hablaba de su bienhechora que asi llamaba á la señora de Penevent, era en términos respetuosos, y siempre habia impuesto graciosamente silencio á las personas que se compadecian de ella á costa del mal genio de la condesa.

—No me pertenece, les decia, juzgar ni dejar que juzguen á la protectora que me ha recogido. Nunca la pagaré bastante el agradecimiento que la debo. Estos sentimientos eran sinceros y los esperimentaba en el fondo de su corazon. Pobre yedra, fragil y mezquina, ceñia con sus delicados lazos la vieja encina que le servia de apoyo, por arrugada que estubiese la corteza de este árbol!

Maria á pesar de la reserva que guardaba con todos lo familiares y dependientes del palacio episcopal, no habia dejado de conciliarse el afecto general por su amabilidad, su benevolencia y su hermosura. La amaban á ella tanto como aborrecian á la señora Lydoria, y estaban á quien mas elogios haria de la huerfanita dentro y fuera del palacio. El obispo la queria como si fuera hija y se le llenaban los ojos de lágrimas al verla sufrir las mortificaciones del genio maldito de su hermana. Se ingeniaba de mil maneras para proporcionarla algun consuelo sin alarmar á la señora de Penevent; pero esto tenia mala compostura y mas de una vez por aliviar á la huérfana empeoró su situacion.

El único momento del dia en que María podia disfrutar algun desahogo, era en la hora en que la señora Lydoria, despues de la comida, que segun la costumbre de la época se servia al mediodia, se entregaba á las dulzuras de la siesta, tendida en su lecho de reposo para dormir algunos instantes. Maria se retiraba entonces á su cuartito, abria la ventana y respiraba un poco de aire puro; porque la condesa no solo tenia por sistema el no salir nunca de su aposento, sino que exigia que las ventanas estubiesen siempre herméticamente cerradas. La claraboya que dejaba entrar la luz en el gabinete de Maria, daba á una plaza plantada de árboles, y tenia vistas á la derecha al jardin de la casa inmediata, propia del mercader de paños mas rico de Soissons, cuya muestra *del arbol rojo* gozaba de una fama y un crédito sin igual en la ciudad. La vida doméstica de la apacible familia que habitaba en aquella casa, ofrecia por su movimiento un espectáculo lleno de atractivos á la huérfana prisionera. El mercader de paños se llamaba Jehan Pastelot y tenia en su compañia á su madre y su hermana. La primera gobernaba la casa y la segunda ayudaba á su hermano en las tareas de su comercio. Ella era la que contestaba á los compradores, la que media las telas y la que llevaba los asientos de cuenta y razon, maravilla ante la que se extasiaban cuantos venian á comprar á la tienda, porque en aquella época era milagroso que una muchacha supiese leer y escribir; pero Juana habia tenido por maestro á su hermano y habia aprovechado con prontitud las lecciones del que amaba y respetaba con todo su corazon. Cuando su padre murió no tenia mas que cuatro años y Jehan la prodigó desde aquel dia cuidados paternales y un estremo cariño. Asi es que ella no habia tenido mas que un pensamiento, un deseo, un objeto; complacer á su hermano, merecer una sonrisa de Jehan y oirle decir con su voz grave y apacible.—«Eres una buena hermana.»

Reinaba entonces la alegria en la casa y la señora Pastelot suspendia sus quehaceres domésticos para regocijarse con la buena armonía de sus hijos y participar de su satisfaccion y su ternura. Todos los dias despues de comer daban un paseo como de media hora en el jardinito que habia á espaldas de la casa. A tales horas no venian parroquianos á el almacen porque todos los vecinos estaban comiendo ó durmiendo, por eso ellos aprovechaban el rato, para que les diese el aire, para charlar alegremente entre sí, regar las flores que coloreaban en sus platabandas, ó sentarse bajo un cenador entoldado con las anchas hojas y los dorados racimos de una frondosa parra. Mas de una vez el corazon de Maria se dilataba al presenciar la dicha que gozaban aquellos tres felices criaturas y mas de una vez se oprimia tambien pensando que ella no tenia ni madre que la amase, ni hermano que la protegiese. Oh! que no hubiera podido ella, conforme lo hacia aquella jóven, pasar el brazo al rededor de la cintura de su hermano, mirarle con grata sonrisa, arrojarle suavemente á la cara, por retozona sorpresa, puñados de hojas de rosa y huir delante de él segura cuando la alcanzase de recibir un beso en la frente! Ademas que interesante le parecia poder presentar el brazo á una madre que se apoyaba en el de firme, que bendecia á Dios en voz alta por la alegria que le causaban sus hijos y que nunca tenia para ellos ni una mirada severa ni una palabra aspera. Oh! que á tal precio, de buena gana se hubiera ella sentado detras del mostrador de la tienda y se hubiera estado trabajando todo el dia sin cesar! ¡Cuanto hubiera deseado asociarse á las tareas domésticas de aquella buena anciana! porque todo era felicidad en aquella familia tiernamente unida, asi el trabajo como el reposo.

Maria pues, pasaba el tiempo de la siesta de la condesa, acechando con envidia las recreaciones de la familia Pastelot. Casi siempre la voz agria de la vieja venia á arrancarla de aquel risueño espectáculo y le era preciso volver á su vida monotona, sofocante, humillada: le era preciso aguantar todos los caprichos, todas las injusticias y griterias de la señora Lydoria, mas amargas todavia para la jóven por el recuerdo de la paz y felicidad que acababa de presenciar.

Sucedió que un dia Juana corria como una loca para escapar de su hermano cuyos carrillos habia chamarrinado con una gorda cereza de las negras; Maria para no perder nada de aquella divertida escaramuza, se inclinó sobre la ventana y fué vista por la alegre pareja. Casi avergonzados por verse sorprendidos en aquellas niñerias y mas por persona de casa del obispo, se pararon al instante: Juana encarnada y confusa fué á esconderse bajo el cenador de pámpanos y Jehan fingió mirar con atencion una rosa que descollaba en medio de un rosal. Maria no menos desconcertada se retiró precipitadamente de la ventana; mas por pronto que lo hizo dió tiempo al mancebo de notar su hermosura y reconocer á la jóven que habia visto hacia poco tiempo en casa del obispo, el dia que fué á llevarle terciopelo para una casulla. La miró con tanta mas atencion, cuanto que Maria era objeto del interes de toda la ciudad, gracias á las maravillas de dulzura y paciencia que contaban de ella las gentes del palacio episcopal.

Maria estaba aun escondida detrás de la ventana con el corazon palpitante y trémula de emocion, cuando la señora Lydoria, que habia estado llamando á la jóven sin que esta la oyese á causa de su turbacion, llegó caminando de puntillas.

—Qué haceis ahí? esclamó triunfante por hallar al fin un motivo verdadero para reñir á Maria. He aquí el modo que teneis de abusar de mi confianza y como os sabeis aprovechar de mi sueño! Que es lo que tanto escita vuestra curiosidad en esa ventana?

Se asomó y vió á Jehan solo, porque el emparrado ocultaba á su hermana.

—¡Intrigas por la ventana! ¡Inteligencias con un jóven! ¡Virgen santísima! ¡Que escándalos en casa de un

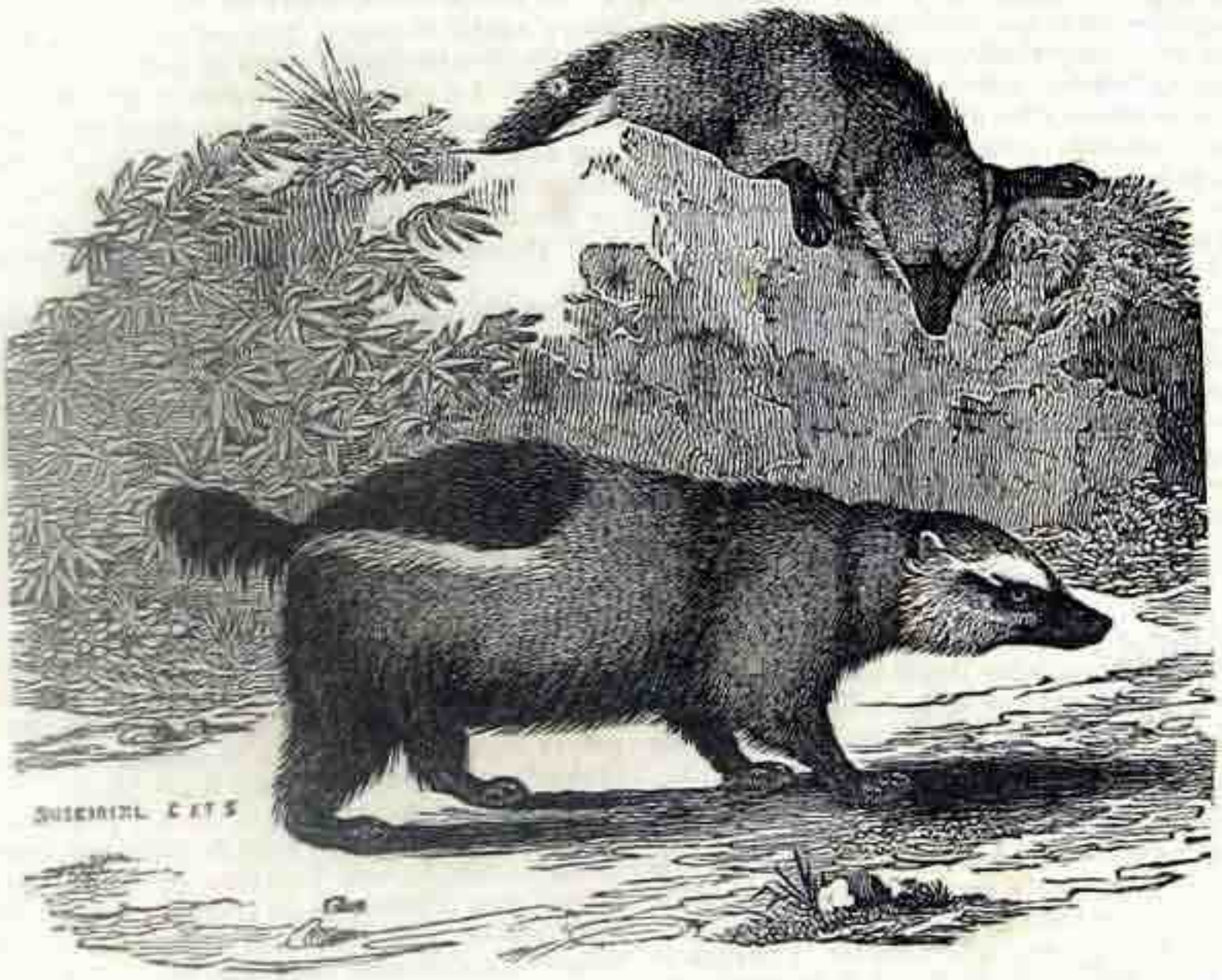
obispo! ¡Buen modo teneis de agradecer la hospitalidad que os doy! Preciso es que la vieja abadesa que os eduó, os haya inculcado á fe mia ideas muy singulares acerca del recato que conviene á las jóvenes. Lo entendeis, semejante estado de cosas no puede durar mucho tiempo. Voy á buscar á Monseñor y convenir con él en lo que debemos hacer en tales ocurrencias.

Cuando la señora Lydoria apelaba á su hermano y decia estas fatales palabras: *voy á buscar á Monseñor*, pasando del tono chillon á las notas mas bajas de su voz, era porque se disponia á emplear algun medio violento. María que tenia esto muy bien sabido, esclamó consternada.

—En nombre del cielo, señora, no me acuseis, no me condeneis sin oirme. No soy culpable mas que de haber mirado por casualidad al vecino jardin y de haber sido vista por las personas que en él se hallan.

—No añadais la mentira á la intriga, interrumpió ásperamente la señora Lydoria, que hizo á la jóven ir delante de ella, la encerró en su cuarto dando dos vueltas á la llave y se fué en seguida á buscar al obispo.

(*La conclusion en el número inmediato.*)



EL GLOTON DEL NORTE.

Este animal es conocido por los rusos con el nombre de rosomak, y descrito por Lineo con el de *ursus gulo*. Buffon confundia con él el volveren de América, simplemente por desmentir al naturalista sueco á quien envidiaba mucho, y porque sabia que habia calificado al volveren como una especie distinta que llamaba *ursus lucus*. En esta suerte los escritores mas célebres se dejan esclavizar de las pasiones mas puerriles.

El gloton es un animal plantígrado, es decir, que anda sobre la planta entera del pie, como el oso y el tejon, y no sobre los dedos como el perro. Sus formas tienen mucha relacion con el tejon y con las martas cuyas costumbres son enteramente idénticas. De manera que siendo una especie intermedia entre los osos y las martas forma por decirlo así el tránsito natural de los plantígrados á los digitígrados.

Su figura es la de un perro grande de monte, pero tiene las patas mas cortas y casi toca con el vientre en el suelo cuando anda. Su piel es muy estimada de los rusos que la prefieren a todas escepto la de armiño de que se sirven para hacer gorras y manguitos. Su color es pardo ó castaño muy oscuro, tiene la cola bastante corta, ancho de cuerpo y en general sus formas son toscas y pesadas; habita las comarcas mas frias del norte y del Asia y se encuentra con frecuencia en la Laponia y en los desiertos de la Siberia.

Olaüs fué el primer naturalista que ha escrito acerca del gloton, pero ha exagerado su voracidad al estremo de haberse hecho proverbial. Cuenta este autor que cuando devora un cadáver come hasta ponerse el vientre co-

mo un tambor, y que en seguida lo comprime entre dos troncos hasta que consigue vaciarlo; entonces vuelve al cadáver para saciarse otra vez y comprimirse de nuevo, y así sucesivamente hasta que consigue aniquilar su presa por grande que sea. Semejantes narraciones están refutadas en sí mismas. Otros naturalistas y particularmente *Gmelin* han aventurado el decir que este animal por una escepcion única entre los seres vivientes, no gozaba del instinto de la conservacion y cimentan esta opinion en que cuando vé un hombre no esperimenta ni demuestra señal alguna de temor, y se le acerca con indiferencia como si no temiera peligro alguno. Suponiendo que sea cierto lo que refieren, no prueba seguramente otra cosa sino que viviendo en el desierto donde no alimenta temores de hallar otro ser mas fuerte, ignora lo que debe temer de la presencia del hombre, pudiendo desde luego asegurar que cualquier animal que careciese del instinto de la conservacion, no viviria veinte y cuatro horas. Pero prescindiendo de relaciones exageradas vamos á ocuparnos en lo que de cierto toca á su historia.

El gloton vive siempre solitario y cuando mas algunas veces con su hembra; habita en un hoyo que hace él mismo con las manos y las patas, y escoge siempre un terreno seco é inclinado, como la pendiente de una colina y resguardado con ramages de abeto ó de álamo blanco. Solo abandona su madriguera de noche para ir en busca de alimento que consiste en rengíferos, antes y otros animales. Si habita alguna comarca donde tienden sus lazos los cazadores de armiños, empieza por acudir á los puntos donde acostumbran á poner las trampas, que conoce muy bien y en las que no se prende nunca, apoderándose de los animales que han caido. Si le falta este recurso, busca la pista de algun rengífero, la sigue con constancia y acaba por sorprender dormido al animal que persigue. Pero por tarde que le sienta fácilmente logra salvarse huyendo, porque el gloton marcha con lentitud y no puede correr. Así es que ordinariamente se le escaparia su presa sino emplease mil astucias para sorprenderlas.

Muchas veces se oculta entre algun ramage espeso ó en el vacio tronco de un árbol desde donde puede acechar, y espera pacientemente emboscado sin moverse, hasta que la casualidad ó mas bien su prevision conduce una víctima á su puesto.

Conoce las sendas frecuentadas por los rumiantes salvages, cuando salen de los bosques para pacer en la llanura, y calcula sus vueltas para acometerlos cuando á la salida del sol se restituyen al bosque. En este caso sube en un arbol y se aposta sobre alguna rama que esté pendiente sobre el sendero que deben cruzar, y cuando se aproxima algun rengífero se lanza á él y le asegura de tal suerte con los dientes y sus garras que es imposible defenderse ni librarse de su enemigo; generalmente le devora hasta despues que espira su víctima de la herida que la hizo del primer golpe que siempre es mortal y se goza de su agonía y de los impotentes esfuerzos que hace por huir; hasta que despues de muerta satisface el gloton su apetito, conduciendo despues los restos del cadáver, sino es muy pesado á la espesura del bosque y ocultándolo en un zarzal ó chaparro espeso para encontrarlo cuando lo necesite, ó bien sino puede transportarlo le cubre con hojas y sarmientos.

Otros muchos animales carnívoros existen como el raposo y el lobo que acostumbran igualmente á ocultar los restos de la presa que no pueden devorar entera, mas sea por olvido ó por desconfianza no vuelven jamas á buscarla: pero no le sucede á este lo mismo, que sabe muy bien encontrarla cuando le aguijonea el hambre y no puede apoderarse de una presa palpitante.

El gloton se encuentra en las mismas selvas que el zorro azul ó el isates, y tiene el instinto suficiente de servirse de este último como de proveedor á falta de otro mas útil. Así que cuando quiere coger una liebre ú otra clase de caza menor, la sigue á larga distancia cuidando que no le vea para no espantarla y la sigue hasta el momento en que cae en las garras de algun isates: entonces se presenta el gloton y se ve aquel en la necesidad de huir abandonando su presa para no ser víctima él mismo.

Tan valiente como voraz se defiende intrépidamente de los perros y hasta de los mismos cazadores, pero como tiene tan cortas las patas no puede huir con ligereza y los cazan á fuerza de palos. No obstante necesitan para atacarlos con perros lo menos tres, y muy rara vez alcanzan la victoria sin que queden heridos y estropeados uno ó dos, porque se defiende con las garras y los dientes y las heridas que hace son crueles y profundas.

Schoeffer pretende que cuando el gloton se halla muy acosado de hambre, se lanza como la nutria á las orillas de los rios y de la mar, y nada y se sumerge fácilmente para coger los peces que espantados se ocultan entre las piedras y agujeros del fondo. Pero sin negar enteramente este hecho, es menester desconfiar de su veracidad porque su organizacion no está en armonía con las costumbres de los animales acuáticos ó anfibios.

Como se acomoda muchas veces á alimentos ya en un estado de putrefaccion á falta de otros mas frescos, fácilmente se concibe que frecuente en ciertas ocasiones las riberas para rebuscar en las inmundicias que las olas arrojan á ellas, y esto sin duda ha hecho creer á los observadores superficiales, que pesca por sí los peces que le han visto comer.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

CASAS DE HUÉSPEDES.

I.

He aquí la carta que pocos dias há, puso en mis manos el cartero:

S.... 15 de setiembre de 1843.

«Despues de tres años de permanencia en esta poblacion, conozco mi querido amigo, la necesidad de pasar algun tiempo en la corte, ya que los viages á las principales capitales de nuestras provincias, ni el voluntario destierro, de que he probado, han podido curarme de la melancolía que se ha hecho habitual en mí, he determinado volver al bullicio y distracciones de la capital, tal vez así consiga, lo que no he podido alcanzar por otros medios; la tranquilidad de mi corazon; ademas querido amigo, tu vives en Madrid, y esta sola razon.... (hago gracia á los lectores, de cuatro líneas que hay despues de aquella palabra empleadas, en cumplimientos amistosos.

«Bien sé que no te parecerá muy buen remedio para mi mal, ir al sitio en que se encuentra su causa, porque supongo sabrás, que *ella* ha vuelto ya ahí; pero en-

ne el inconveniente de encontrarla alguna vez, y atrasar algo con este motivo, en mi propósito de borrar de mi corazon, la causa de mi desgracia, y entre morir de tristeza en este pueblo, sin sociedad y sin distracciones, he preferido tomar el primer partido.

»Voy pues, á hacerte un encargo, confiado en tu amistad; ten la bondad de buscarme una casa de huéspedes, para la entrada del invierno, que será cuando llegue esa, ya conoces mis gustos y yo desde luego apruebo la que tu escojas. En cuanto á la calle, me es indiferente, no siendo en los estremos de la poblacion, vé antes de hacer la eleccion, todas las mas casas de huéspedes que puedas, y vuelvo á repetirte, que la que tu elijas, está bien elegida.

»Tengo algunos negocios que arreglar aun, por lo que no puedo estenderme mas por hoy. Adios, anhela darte un estrecho abrazo, tu amigo

Enrique.

»P. D. Contéstame á vuelta de correo, acerca de mi encargo, para darselo á otro, si no pudieras hacerle tú.

En cumplimiento de la anterior posdata, conteste aceptando el encargo: por mas que me fuera incomodo, no estaba en mi mano rehusar. Enrique es un amigo de la infancia que me cuenta sus secretos mas ocultos, yo supe los motivos que le alejaron de Madrid, aprobaba su resolucion de salver á él, y le decia (ignorante de mi) que estaba cuidado, pues encontraria cuando llegase, una habitacion á su gusto.

Voy pues á confiar á mis lectores, (pero con la condicion de que no hagan correr la voz) la causa de la melancolía de mi amigo. Dos años hacia que habia llegado á Toledo, para seguir la carrera de leyes, y ninguno motivo habia tenido, para perder la calma natural en su carácter, y los dorados sueños y brillantes ilusiones que hacian su felicidad: una noche, le ofrecieron sus compañeros de posada, presentarle en cierta reunion, que daba ficticiamente un rico propietario de la corte; aceptó nuestro Enrique, y mas le valiera no haberlo hecho, porque de aquella noche datan sus disgustos, y la amargura de su corazon. Tiempo hacia que vagaba por aquellos brillantes salones del brazo de uno de sus amigos sin objeto alguno, cuando la casualidad le hizo fijar la vista en una jóven de hermoso cabello castaño, lánguidos ojos, tez fresca y blanca tez, levemente sonrosada, y cuya fisonomía manifestaba cierta espresion de viveza, acompañada de dulzura: desde aquella noche, huyó del corazon de Enrique la calma, para dar lugar á la mas violenta pasion.

En fuerza de diligencias, halló medio de que le presentaran en casa de la jóven, y lo que es mas, logró con el tiempo, grangearse la voluntad de doña Orosia su tia, cuyo sobrina que se habia encargado de ella, desde que quedó huérfana, y que hacia sufrir no poco á la jóven, con su pedantismo, su elogio de las costumbres pasadas y crítica de las presentes, con ser gazmoña y devota, sin duda por llenar en algo su espíritu vacío de sentimientos generosos y nobles.

Matilde, que tal era el nombre de la muchacha, correspondió despues de algun tiempo, á el amor de Enrique, el cual estaba cada momento mas entusiasmado, mas celoso de los celos inconcebibles, de las pruebas mas diabólicas, y de las exigencias mas injustas, que se veia precisado á sufrir todos los dias.

Tuvo en aquella época nuestro Enrique, necesidad de salir de Madrid por algunos meses, para arreglar en su casa, ciertos negocios de familia, lo cual contrarió á los amantes, que no hay para que decir, se ofrecieron mútua fidelidad, y aumentar la renta de correos, con dos cartas cada uno; libertamos al lector de la pintura de su despedida, baste decir que despues de mil palabras vacías de sentido, de gemidos, lloros, gritos y otras cosas por ese estilo, Enrique tomó el camino de su casa quedando Matilde en la suya.

Llegó el viagero, y tubo la satisfaccion de recibir una carta apasionada de Matilde, en que le repetia por escrito, lo que por centésima vez le tenia dicho de palabra, sucesivamente fué recibiendo otras epístolas, aunque no tan apasionadas, luego empezaron á faltar algunos correos, hasta que por último cesó de todo punto la correspondencia.

El motivo de esta mudanza, no fué otro que las nuevas relaciones, entabladas con un comandante de caballería, que habia llegado á la sazon de guarnicion á Madrid, y á quien la buena de doña Orosia protegía, por la identidad de ideas y rarezas que tenia, ó aparentaba tener el comandante con las suyas.

En tanto, Enrique se veia precisado á alargar su vuelta, por mas tiempo que el que pensaba, contentándose con lamentarse de la inconstancia y falacia de las mugeres, cosas ambas que tenia oidas desde que iba á la escuela; y en que no habia querido creer por completo, hasta que un dia recibió la noticia del casamiento de Matilde, con el comandante.

Furioso Enrique, determinó venir á Madrid, abandonándolo todo, y con la cabeza llena de mil planes de venganza, á que hubo de renunciar, luego que supo que Matilde se llevaba muy mal con su marido, llegando hasta maltratarla, y que á consecuencia de estos disgustos, doña Orosia, que habia tenido una no pequeña parte en la realizacion de aquella union, habia muerto.

Entonces fué, cuando tomó Enrique la determinacion de recorrer varias capitales de provincia, para distraerse, y probar á arrancar de su pecho, la imagen de la ingrata y desgraciada Matilde; viendo que no lo conseguia, se aisló en S...., donde se dedicó sin descanso al estudio, pero nada de esto sirvió, sino para convencerle de la dificultad de estinguir en su corazon, el fuego de su delirante amor.

La carta que encabeza este desaliñado articulejo, ha hecho saber á mis lectores, la determinacion de Enrique de venir por algun tiempo á la corte, y el compromiso en que estoy, de buscarle casa; van pasados algunos dias, y ninguna diligencia he hecho; y como esto no sea cumplir como debia, con toda eficacia el encargo de un amigo, he resuelto empezar sin demora á desempeñar mi cometido.

II.

El forastero que esté en la inteligencia, de que cuando llegue á la capital, le es sumamente fácil encontrar un alojamiento á su gusto, se lleva seguramente un buen chasco, si es un celibato, que raya en los 34, que cansado de usar de la libertad de su estado, desea entrar ya en otro más pacífico, si el objeto de su venida á la corte, ha sido buscar una muger de ciertas y determinadas circunstancias, á quien dar la mano, para atravesar unidos el camino que les falta hasta el sepulcro; que descuide, él encontrará á centenares, mugeres con todos esos requisitos, con todas las circunstancias que desee, pero que no pretenda hallar una casa donde hospedarse, con las comodidades y perfeccion que apetezca porque puede estar seguro, de no encontrarla. Yo me he convencido ahora que he corrido y examinado varias posadas, de que en Madrid, mas facil es hallar muger, que una regular casa de huéspedes.

Para desempeñar mi encargo empecé por leer todas las mañanas el Avisador, Diario y nuevo Avisador, y formar una lista de los anuncios de *«señoras viudas que ceden un bonito gabinete y sala decentemente amueblada, en uno de los mejores sitios, á un caballero solo, de otra señora que jamas ha tenido huéspedes, pero*

que con motivo de las circunstancias, se vé en la precision de admitir uno ó dos caballeros que la ayuden á pagar gastos y de otros infinitos, entre los cuales se encuentran algunos que por 5 rs. ofrecen á todo ciudadano del género masculino, (siempre hombres, ¿en qué consistirá esa repugnancia de las patronas á tener señoras de huésped?) un desayuno de chocolate, al medio dia sopa, un *buen* cocido, un principio y un postre, con el guisado y ensalada de ordenanza por la noche, todo esto *con asistencia ó sin ella*, en lo que hay poca diferencia.

Armado de mi lista y de mis anteojos para columbrar los papeles atados á la estremidad del balcon, echéme por esas calles, y empecé á subir y bajar escaleras por la de una hermosa casa de la calle del Príncipe, la cual segun noticias de un criado que me la enseñó, se cedia en su totalidad, ó solo en parte. El criado vá de pieza en pieza, diciendome con cierto tono de orgullo.

—Este era el gabinete del señor conde; aqui tenia el tocador la señora condesa, el dormitorio de la señorita es ese que está á la derecha, estas tres piezas las ocupaba el sobrino del señor conde; como no será facil encontrar quien tome todas las habitaciones, la señora piensa admitir cuatro huéspedes, y que la sala sea comun para todos.

—Bien, y por el gabinete, la pieza que servia de tocador, una comida regular y cama, qué es lo que se paga?

—La señora me tiene encargado que siendo un caballero solo, pida 40 rs.

Despedíme diciendo, veria si encontraba otra que tubiese mejores vistas, y subí á una casa de la calle de Pontejos, en que se anunciaba un gabinete y alcoba, entro y me dirigen a una sala bastante bien amueblada, aunque no tanto como la de la anterior, estaba ocupada por un caballero y un peluquero que le rizaba el pelo, por un señor obeso que escribia sobre un velador en papel sellado y en forma de memorial, por un paisano y un militar, que daban grandes voces disputando acaloradamente sobre política, y por un hombre ocupado en empaquetar en un baul zapatos de señora, juguetes para niños, y otras chucherias, que sin duda llevaba á su familia, pues aquel era el que dejaba desocupada la habitacion. El gabinete era regular y la alcoba bastante buena.

—Cuanto es lo que pide vd. por este cuarto? pregunté á una señora vestida de negro, que parecia de unos 50 con pico de años, y cuyo aire y maneras le daban á conocer á tiro de cañon por la patrona de la casa.

—Yo le diré á vd., la habitacion es muy buena, y ademas puede vd. disfrutar de la sala para recibir y aun para leer ó escribir, porque los compañeros son escelentes señores, y no se siente entre ellos una mosca, la comida con dos principios, y una buena cama, todo esto le costará á vd. 22 rs., que no es nada, si se hace vd. cargo de que ademas el balcon es un coche parado.

La despedida fué parecida á la de la casa anterior, pasé á recorrer otras ocho poco mas, poco menos como la que acabo de describir.

Despues de ver como dos docenas de casas, mejores ó peores, pero ninguna que conviniera á Enrique, di conmigo en la de la señora que anunciaba no habia tenido nunca huéspedes; era en la calle de Jardines, un criado me condujo á una sala decentemente amueblada, y en la que tube tiempo mientras vino la dueña, de notar que entonces los habia, pues sobre una silla se veia un sombrero y un baston: y en un rincon un sable de caballería y un sombrero de ayudante; abrióse la puerta del gabinete y.....

—Pero qué veo, si me engañarán mis ojos, nó, es ella, es Clara, la linda costurera, la hija de mi antigua patrona ¿como te vá, querida Clara?

—Muy bien, y vd. está bueno?

—Perfectamente, cuanto tiempo hacia que no le veia, donde has andado, ah! picarilla, te habrás casado ya con aquel boticario que te acompañaba á paseo los dias de fiesta.

—No me hable vd. de ese tunante, que se ha portado tan feamente, me pidió mil rs. que dijo necesitaba para el examen, y luego que se recibió se casó con otra, y no le he vuelto á ver mas.

—Infamia como ella, abandonar á una muchacha como tú, con 18 años, con tu blancura, tus colores, tus palabras de amor, amen del caudalillo que te dejó tu madre.

—Bá! eso me importa poco, no ha faltado sin embargo quien se acuerde de mi, y quien ponga á mis pies sus caudales..... pobres hombres! que facil es engañarlos!

Contóme Clara su vida, abundante en situaciones curiosas, y que por demasiado larga omito á mis lectores, viniendo despues de rodar de mano en mano á parar á las de un procurador, con cuya ayuda, ó mas bien á su costa, habia puesto la casa que destinaba á huéspedes, segura de prontas ganancias, esperimentada como era en esta industria por haberla tenido su madre, contando con otros medios de prosperar y dotada de finísimo tacto para conocer que huéspedes la convienen, y para hallar motivo de cerrar ó romper los ajustes, segun esta conveniencia. No siendo la mia, hacer ninguno con ella para mi amigo, me despedí de la muchacha, no sin que me encargára que fuera á verla con frecuencia.

Recorrí en pocos dias una porcion considerable de casas de huéspedes, hasta venir á parar á un cuarto segundo de la calle de Preciados, que era el anunciado en 5 rs. y me encontré con una alcoba, por la cual se entraba, no sin gran peligro de quedar atascado entre la puerta y una silla a un gabinete como de hasta unos doce pies y no en cuadro, porque su figura era tan regular como la que forma una gota de tinta oprimida entre dos papeles, tales eran los ángulos entrantes y salientes, que formaban los tabiques de las demas habitaciones, y los cañones de las chimeneas de abajo; una ventana convidaba con deliciosas vistas á un tejado, en que se podia divertir el huésped presenciando los amores de los zapaquildas y Micifús de la vecindad. Los muebles consistian en un tablado de pino y una silla introducida á golpe de mazo entre aquel y la pared de la alcoba; en el gabinete cinco sillas (que no sé porque se han de llamar de Vitoria, si se hacen en el portal de mi casa) y de una betusta cómoda, colocada delante de la puerta de la sala, que estaba *condenada* en la actualidad, porque la habitaban tres estudiantes.

Cuando salí me encontré con el que abandonaba el palacio que acababa de ver, y á peticion mia me dió los informes siguientes; que el cuarto era un infierno, donde no se podia permanecer en razon á los ejércitos de animalitos que tenian, declarada cruda guerra al atrevido que durmiera en aquella alcoba, sin distinguir de colores ni de opiniones; ademas la vecindad era malísima, y no se podia estar en la tal habitacion, durante el dia, porque el machacar la suela del zapatero de arriba, los palos que la vecina del frente llevaba de manos de su marido, el coro de chiquillos que chillaban, lloraban y cantaban el *Mambrú se fué á la guerra*, y el martillo del herrador de la casa de al lado, producian un ruido diabólico, esto sin contar las veces que sacaban al balcon de la calle una cotorra sin mas gracias que dar chillidos, y las en que el citado albeitar herraba á fuego, y repartia por todo el barrio un purísimo olor á cuerno quemado.

Me informó tambien de la diversion que todas las tardes proporcionaban á la vecindad los estudiantes, apedreando desde el balcon al perro de la tendera de la

esquina, ó llamando á los vendedores, charlando con las muchachas de enfrente, y escupiendo á los que pasaban por la calle; y me acosejó no llevára á aquella casa á ninguno que bien quisiera, dile las gracias y abandoné por aquel dia mi comenzada tarea.

No sé si á mis lectores les sucederá que al despertar por la mañana, empiezan á recordar lo que hicieron el dia anterior y las ocupaciones del presente; de mi sé decir, que es el primer trabajo diario en que se ocupa mi imaginacion, luego que le hube realizado una mañana, saqué por resultado que despues de subir y bajar tanta escalera, despues de examinar multitud de casas de huéspedes, desde la calle del Prado á la de Calderon, desde la plazuela de la Villa á la de Bilbao, todavia no tenia cuarto donde alojar á mi amigo y lo que es mas, que segun su carta recibida el dia anterior, debia llegar en el presente.

En este caso, determiné contarle mis diligencias, y el poco fruto de ellas, pues no habia encontrado ninguna casa de huéspedes que le conviniera, porque en unas la mala escalera, en otras la tristeza de la habitacion, en estas el ruido de la vecindad, en algunas las disputas entre los huéspedes y la patrona, sobre si traia ó no moscas en la sopa, y si habia parecido el pábilo de una vela de sebo en la ternera, (lo cual era una prueba irrecusable, en pro del sistema económico de la cocinera) todas estas circunstancias me decidieron á esperar que viniera Enrique, para recorrerlas juntos otra vez y que él escogiera.

III.

A la hora en que me dijeron debia llegar la diligencia estaba puntual en el despacho de las generales, pero tuve que esperar hora y media, para tener el gusto de abrazar con la mayor alegria á mi amigo Enrique.

Siempre de buen humor ¡cuanto me he acordado de tí! me dijo él.

—Siempre, le respondí, y con mas motivo cuando te veo.

—Amigo, estás muy grueso y de buen color ¡cuántas cosas tengo que decirte!

—Si vieras que novedades ha habido entre nuestros amigos, unos se han casado, otros han ido al estrangero, ya te contaré ya.

—Ah! y como estamos de casa de huéspedes? en qué calle la has tomado?

—Hombre yo te diré, he visto muchísimas, pero te confieso que no he tomado ninguna, porque temia no acertar con tu gusto, y me ha parecido mejor que te vengas á mi casa, mientras las volvemos á ver juntos.

Enrique se negó absolutamente á aceptar, y por de pronto se quedó en la hermosa fonda de las diligencias peninsulares, nueva y perfectamente establecida, diciéndome con cierto tono de mal humor, que no habria formado mucho empeño en buscarla, porque no creia obra de romanos hallar una habitacion á gusto suyo. Yo callé esperando otra ocasion para contestarle.

Recorrimos otra vez las 300 y mas casas de huéspedes que habia yo visto, y ninguna le pareció bien á mi amigo, que callaba cuando yo me reia á carcajadas, y le repetia siempre que bajábamos de alguna habitacion que no le habia acomodado:

—Cuando yo te lo decia.

Un dia subimos á un cuarto principal que tenia papeles en el estremo del balcon; la que parecia dueña de la casa, nos rogó con amabilidad volviéramos á la mañana siguiente, porque la señora que iba a dejar desocupado el cuarto, y que marchaba á Valencia, estaba entonces ocupada con el escribano y su administrador tratando de intereses, y no se atrevia á interrumpirla.

IV.

En aquella tarde salí yo para Cadiz, á donde me llamaba un negocio de importancia, y aunque no pensaba detenerme mucho tiempo, luego que llegué conocí tardaria algunos meses, en poder regresar á Madrid.

Enrique debió volver solo al dia siguiente á la casa de huéspedes. Por el primer correo tuve la satisfaccion de recibir la siguiente carta suya:

«Querido amigo: soy el mas feliz de los hombres, la señora de quien nos habló aquella patrona el dia de tu repentina salida de esta, era Matilde.... Matilde que hace cerca de un año está viuda! Matilde me amaba aun, y me he convencido hasta la evidencia, de que no tubo ella la culpa! antes por el contrario se opuso cuanto pudo al fatal casamiento que tanto me ha hecho pasar: dentro de veinte dias, me uniré á ella para siempre....A Dios, cuanto siento no estés aqui, pues entonces seria completa mi alegria.

En mi contestacion, la daba la enhorabuena, y me ofrecia á ser padrino del primer vástago de Enrique; conque tengan vds. cuenta señores mios, que he pensado obsequiar el dia del bautizo con un escarpin de dulces, á todos los lectores que hayan sido dotados de la necesaria dosis de paciencia, para seguir mi mal pergeñado articulejo hasta aqui.

REMITIDO POR A. F. R.

FIESTAS DE LOS JUDIOS.

Es curioso conocer las fiestas consagradas por los antiguos hebreos y que tan frecuentemente se mencionan en la Biblia. Dispersada la nacion judáica sobre el ámbito de la tierra presenta aun hoy dia un espectáculo digno de atencion, esperando el Mesías, conservando sus creencias, y permaneciendo fieles á sus practicas.

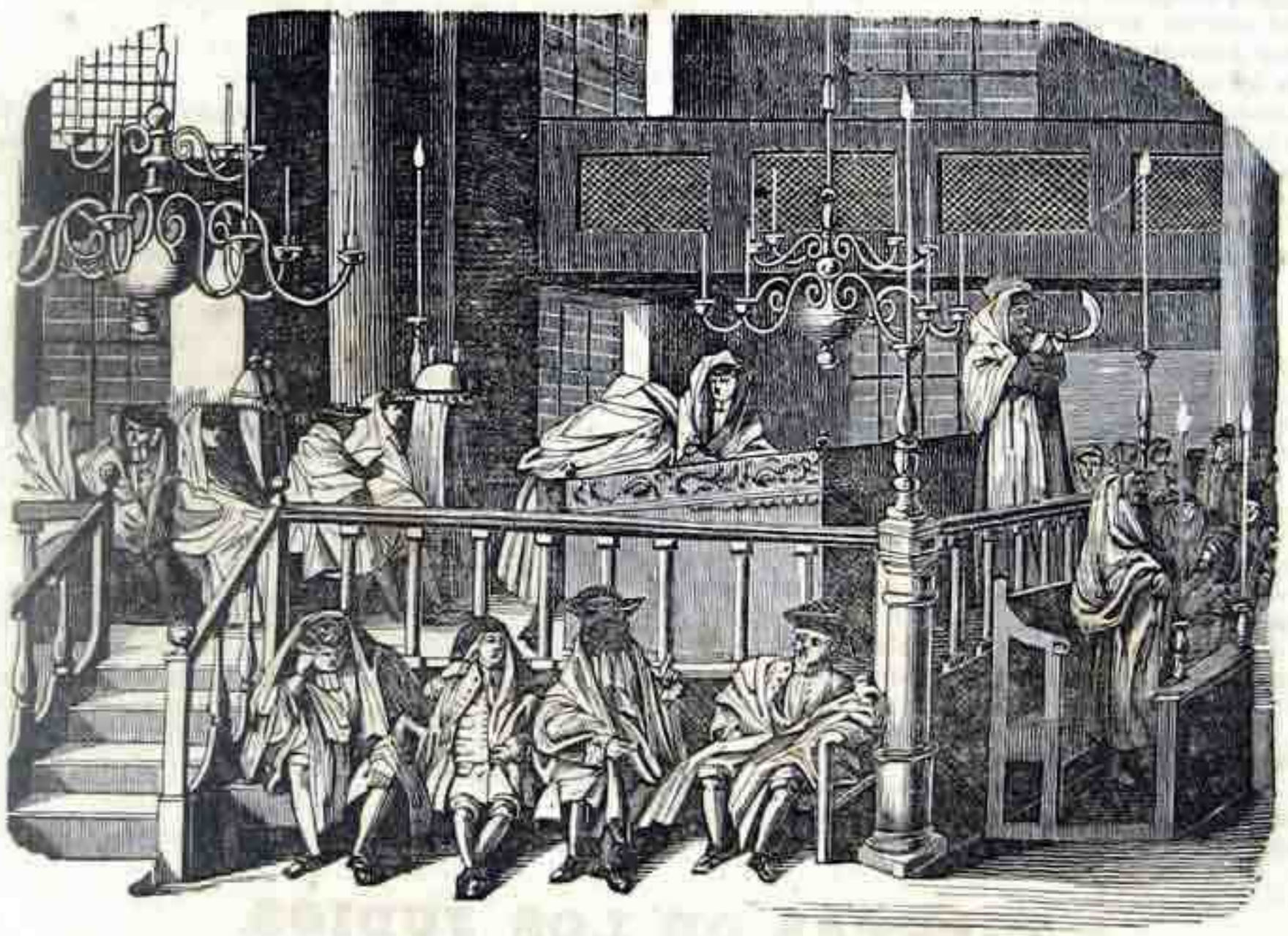
Vamos á describir algunos detalles relativos á las cuatro fiestas que anualmente celebraban los judios; tres de ellas las celebraba solo el pueblo de Dios; mas la cuarta que llamaban *fiesta de las trompas ó de las trompetas*, que la representa el grabado que acompaña á este artículo, y que la consideraban como el aniversario de la creacion, no era peculiar y originaria de los hebreos sino que tambien la observaban todos los que vivian en el temor del Señor.

El séptimo mes que corresponde al nuestro de setiembre, era antiguamente el primero del año en conmemoracion de la creacion y continúan considerándole como el primero del año civil. Pero despues del abandono del Egipto, el séptimo mes (Abid) constituye una nueva era en la historia de los israelitas. El Señor dijo á Moises y á Araon: «este mes será el primero de los meses; será el «primer mes del año; santificad el mes de *abib* (el mes «de los frutos) celebrando la pascua en loor del Señor «vuestro Dios; pues que es en el que el Señor vuestro «Dios permite que emigreis durante la noche del Egipto.»

El doctor Gil observa acerca de lo que acabamos de citar, que celebrando la fiesta en el primer dia del año entrante parece natural que fuera instituida para dar gracias y mostrar su reconocimiento por los sucesos felices

del año espirado: y como en esta estacion habian recogido ya todos los frutos de la tierra y no solo el trigo y otros granos sino hasta el aceite y el vino, para impetrar tambien las divinas bendiciones sobre los productos de la siguiente primavera. Sea de esto lo que quiera, los judios ademas creen que corresponde este dia al del aniversario de la creacion, y los ecos de las trompetas son para ellos el emblema de los ecos celestes, en cuyo momento se reunen todos los astros de la mañana para alabar a Dios, y los angeles y los siervos del Señor se entregan enteramente á los trasportes del regocijo. Puede interpretarse esta fiesta tambien como una advertencia hecha á los judios á fin de prepararse para el dia de la espiacion que era el décimo dia, y para la fiesta de los tabernáculos señalada para el dia 15 á mitad del séptimo mes. Los judios santificaban esta fiesta con ejercicios piadosos, las trompetas resonaban por todos los angulos de las sinagogas, y despues de una comida abundante dedicaban el resto del dia á las prácticas religiosas.

La Pascua. Fué instituida esta fiesta que ya hemos citado en conmemoracion á el aviso que dió Moisés á los hebreos, cuando llamando a todos los hijos de Israel les dijo: «cada familia inmolará este dia en el umbral de la «puerta de su casa un corderillo y con su sangre la rociará toda; ninguno de vosotros saldrá de ella hasta por «la mañana, porque seriais esterminados y cuando pase «el Señor por delante de vuestras puertas, y mire la sangre de que se hallarán teñidas, no permitirá que penetre en vuestras casas ni que os hiera el angel esterminador. Conservareis esta costumbre que debe seros in-



Fiesta de las Trompetas.

«violable lo mismo que para vuestros hijos, y cuando os «pregunten porque se rinde este culto religioso, les con«testareis, esta es la victima inmolada al transito del Se«ñor cuando salvó las casas de los hijos de Israel de la «destruccion egipcia.»

La fiesta de las semanas. Esta fiesta la celebraban siete semanas ó cincuenta dias despues de la pascua y es conocida en el nuevo testamento con el nombre de *pentecostés*, derivado de una palabra griega que significa cincuenta. Fué instituida en conmemoracion de la ley de Dios dada en el monte Sinai, cincuenta dias despues de haber salvado á los Israelitas. La pentecostés, era tambien llamada *fiesta de las mieses*, porque cae al terminar la época de la recoleccion del trigo, y ofrecian al señor dos panes hechos con las primicias y veinte de harina de flor, rindiendo á este tiempo solemnes acciones de gracias.

La fiesta de los tabernáculos. Esta fiesta la observaban los israelitas por espacio de siete dias despues de tener cerrados en sus graneros todos los frutos de los campos; acogian y hacian participar de su alegria y de sus festines, al levita, al estrangero, á la viuda, á la huérfana é imploraban la bendicion de Dios sobre sus tareas. En conmemoracion de la mansion que hicieron sus antecesores en el desierto habitando en tiendas de campaña, construyen unas especies de cabañas con ramas de árboles, y permanecen en ellas durante los siete dias en que se celebra la fiesta, y toda la nacion debe ir á Jerusalen á adorar el tabernaculo de Jehovah.

ESTUDIOS LITERARIOS. (1)

Esta carece de título
Vds. se le pondrán.

Voy á escribir en esdrújulos
¡Ocurrencia singular!
No diré qué ¡voto al chápiro!
Que aun no sé lo que saldrá.
Suplico á todo católico
Que se ponga en mi lugar
Y si el órgano de Móstoles
Toco por casualidad,
Reflexione que los dáctilos
Son fruta de Barrabás.
En verdad que tiene intringulis
Y nadie lo negará,
En unos pies tan diabólicos
Las ideas espresar,
Y esto de estar siempre dándole
Tras un asonante en á
Sofocara al mismo Sófocles
Pero valor=*en avant*.

¡Oh Plácida de las Plácidas
Criatura angelical,
Tú cuyo aliento es un céfiro
Que me refresca al pasar,
Tú cuyos ojos suavísimos
Me embriagan con su mirar,
Tú cuyos fallos de almívares
Blanda armonía me dan,
Tu eres la Huri de mis cánticos
Si no lo llevas á mal.
Tres dias hace ¡Oh mi Tórtola!
Que te dí mi libertad;
Ayer amorosa epístola
Puse en tu mano al pasar
Y hoy pulso en tu honor mi cítara;
Esto marcha voto á tal:
Con tal que los Cielos próvidos
Favorezcan nuestro afan
Y nos alejen fatídica
La sombra de tu mamá.
De amor en el hondo piélago
Navegaremos sin pesar
Viento en popa aproximándonos
A puerto de libertad.
Mucho me temo, carísima,
Que de esto vas á sacar
Lo que el negro de la plática
(Oh esdrújulos de Satán)
Pero yo soy franco, Plácida,
Te voy á desengañar.
Soy el hombre mas ridículo
De toda la *cristiandad*,
Y este cariño volcánico
No sé lo que durará;
Mi génio es altivo y áspero
Más áspero que un zarzal:
Cuando me enfado, á Caligula
Dejo mil pasos atrás

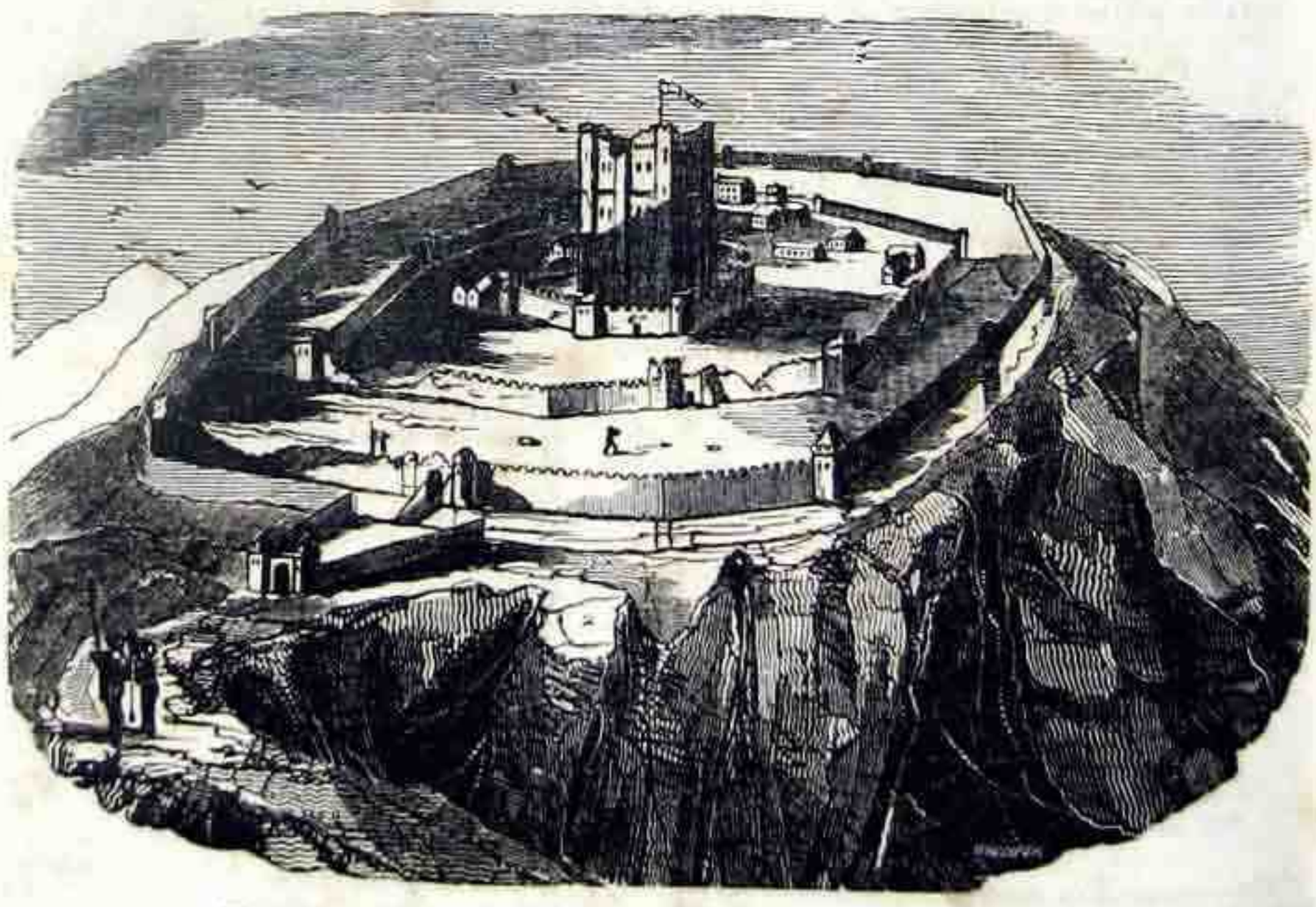
Y temo, paloma Cándida,
Que no hemos de congeniar.
Y así, aunque me veas, Plácida,
Con mas barbas qué el Dios Pan
Ó mas sério que Anaxágoras
Que no se rió jamás,
No me impacientes la cólera
Porque sería capáz
De una de pópulo bárbaro
Si me llego á acalorar.
Item; quiero ser el único
Que inciense, niña, tu altar,
Porque si fueras tan pérfida
Que me dieras un rival,
Aunque yo no soy tan bárbaro
Que me apriete el pasa-pan
Ni que promueva colérico
Un combate singular
Esponiendo mis mandíbulas
A un soplamocos fatal,
Declino por lépus léporis
Y no te vuelvo á mirar.
Si te ha enamorado Plácida,
Mi mérito personal
Lo apruebo: no soy un Cíclope
Ni un Ganimedes; mas ah!
Si fias en mi retórica
Te juro que haces muy mal
Porque soy de humor tan tétrico
Qué en un mes no suelo hablar
. . . . . .
Tampoco en esas Termópilas
Que algun sastre montaráz,
Travillas apellidándolas
Nos hizo ¡infame! adoptar;
En esas estrechas cárceles
Potro de la humanidad
Que encogen fibras y músculos,
Pienses que me he de encerrar;
Ni que voy á hacerme víctima
Del calabozo de un frác:
No señor: bragas muzlímicas
Y viva la libertad,
Y si me apuras un ápice
Visto á lo San Sebastian.
Si así me quieres, magnífico!
Si nó, lo puedes dejar
Que no por vanos escrúpulos
He de estár como Jonás
En el famélico estómago
De la ballena voráz.
. . . . . .
Plácida mia, medítalo
Por San Hilarion Abad
Mira que soy un Autócrata
Mira que te voy á asar,
Mira que vas á ser víctima
De aqueste génio infernal,
Mira que soy muy exótico:
Vas á sudar alquitran
Si te propones pacífica
Mis rarezas aguantar.
Con estos pelos de bófalo
Que dados de baja están,
Con este gesto tan ácido
Anómalo, irregular,

(1) Esta composicion ha sido leida con aplauso en el Liceo de Valladolid y se nos ha remitido por el autor para su insercion en nuestro periódico.

Con las barbas que en naciéndome
No me las pienso afeitar....
Plácida... por los apóstoles
Soy un amante fatal.
  Y luego estoy reñidísimo
Con el arte de bailar
Y en este siglo del fósforo
Solo enamora un galan
Con el rigodon insípido
Ó con el lúbrico *wals*.
  Y ademas tengo á la música
Aficion particular:
Me tengo por filarmónico...
No soy vaiga la verdad
Ni como el cisne de Pésaro
Ni como el tierno Mozart
(Es Mósar, en la penúltima
Pero á ti que mas te dá)
Mas ay! aborto unos cánticos
Que te harán horripilar.
Unos gorgoritos, Plácida,
Dignos de un orangután.
  Miralo bien, por San Críspulo,
Que soy poeta además
Romántico, cadavérico,
Escéptico, funeral,
Antropófago, famélico,
Escéntrico, singular,
Lívido, fantasmagórico,
Raquítico, antisocial,
Sulfúreo, aéreo, fantástico
Y paupérrimo que es mas.
Si mis cánticos horrísonos
Suelto en tono sepulcral,
Mas que unas exequias fúnebres
Te van á hacer sollozar;
Esto cuando soy Eráclito
Porque otras veces me dá
Por imitar á Demócrito
Y plagiar á Júvenal
Componiendo unos epigramas
Con aceite de alacrán;
Y entonces ¡Vírgen Santísima!
Voy á ridiculizar
Hasta la menor partícula
De tu anticuado papá,
(Que Plácida entre paréntesis
Le temo... como á un caimán)
Porque yo no tengo prójimo
Ni á mí me sé perdonar.
  Si todos estos obstáculos
No te hacen volver atrás,
Oh Plácida placidísima,
Bien puedes asegurar
Que ni Job el pacientísimo,
San Lorenzo ni San Juan,
Ni todos los Santos Mártires,
Se te pueden comparar.
Mas si piensas en un ápice
Contrariar mi voluntad,
Pronto te cito de un látigo
Ante el atroz tribunal
Y en un arrebato lírico
Te rompo la crisma ¿estás?

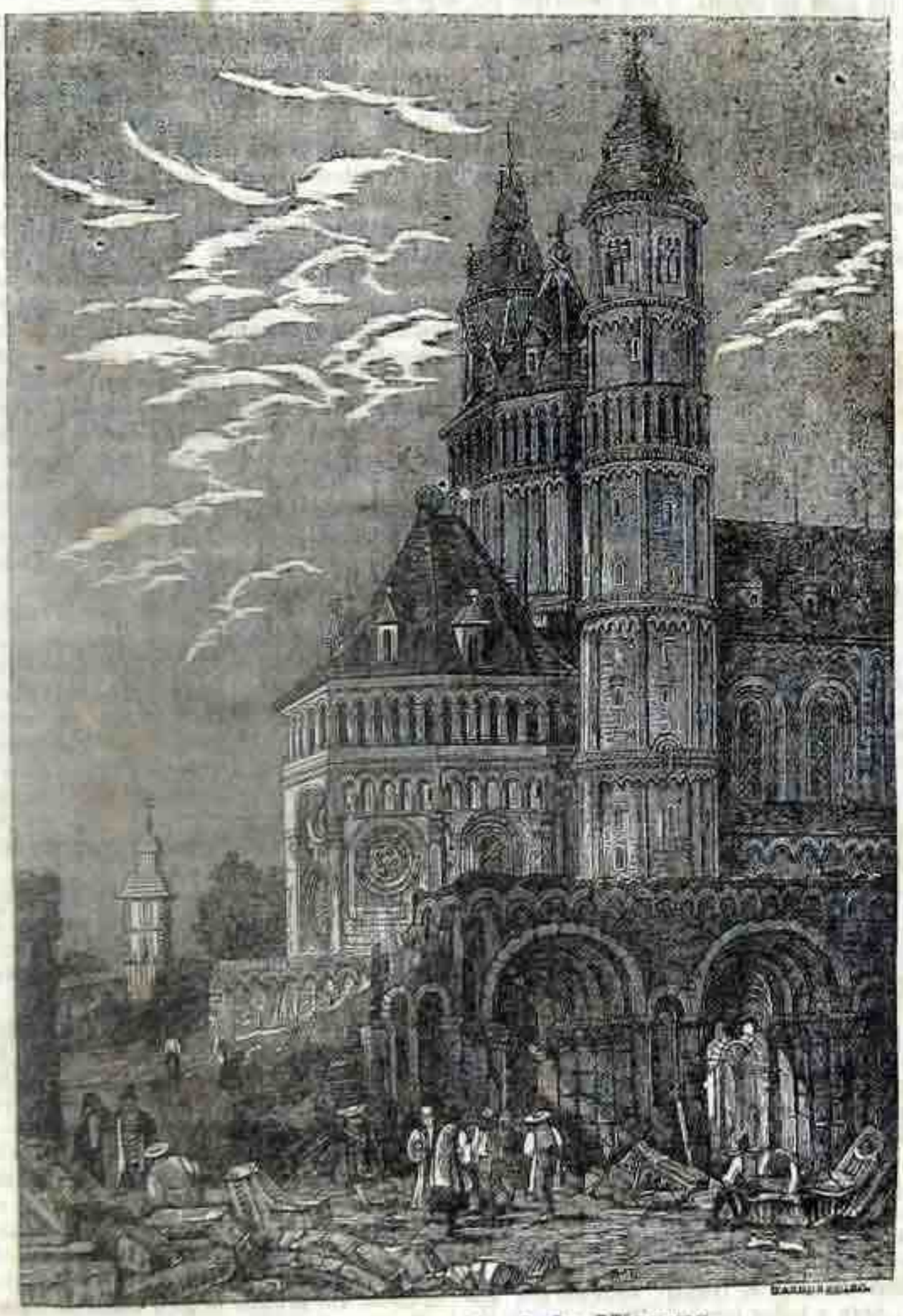
¡Oh público, estos esdrújulos
Me van á sacrificar
Y como es probabilísimo
Que estés harto hasta no más,
Me darás tu beneplácito
Que me voy á descansar.

V. Sainz Pardo.



Vista general de un castillo sobre una eminencia.

ESTUDIOS DE VIAGES.



Vista de la catedral de Worms.

ORILLAS DEL RHIN.

Worms es una ciudad antigua del gran ducado de Hesse-Darmstadt situada en la orilla izquierda del Rhin, y que merece en la multitud de ruinas que la circundan su antigua riqueza y esplendor. En su seno se han celebrado diferentes dietas y concilios: entre estos últimos el mas notable ha sido en 1122 el que tuvo lugar entre el emperador Enrique V y el papa Calisto con objeto de fijar las atribuciones y jurisdiccion de los obispos. Las dietas mas célebres son, la que en 1495 preparó la paz general de Alemania, la que en 1517 ratificó esta misma paz y la que en 1521 tuvo por consecuencia espedir el famoso edicto de Worms contra Lutero: esta misma ciudad fue la primera en adoptar la confesion de Ausburgo. Desde el siglo XIII ha sido testigo de continuas diferencias con sus obispos y teatro de frecuentes guerras; ha disfrutado del privilegio de llamarse ciudad imperial y esta circunstancia ha contribuido á distinguirla entre todas las demas ciudades de las orillas del Rhin.

Estas orillas tan célebres por su pintoresca topografia, no lo son menos por sus maravillosas tradiciones, y sus habitantes son tan inclinados á este genero de superstician que dan entera fe á todas las leyendas de la edad media en que nunca falta el diablo á desempeñar un papel principal. No se descubre en este pais un precipicio, una roca un poco escarpada, ó una ruina que no la citen trasmitida de generacion en generacion como teatro de alguna aventura estraordinaria, y que refieren aun en nuestros dias á los viageros que acuden á visitar aquellos lugares. En una parte os contarán los barqueros la historia de la ondina de Lurley que atraia á los viageros con sus armoniosos cantos para estrellar sus bateles contra las rocas; no pasaran por delante del castillo de Broemser sin que refieran los combates del bizarro señor de este nombre que peleó en la Palestina, como dió muerte á un monstruoso dragon y los despojos que ostentaba como trofeo. Mas allá aparecen por cima de las aguas del rio siete puntas de roca que llaman las siete hermanas, y que dicen fueron siete jóvenes de estraordinaria hermosura convertidas en peñascos en castigo de su empedernido corazon. Las cercanias del bosque negro y del lago de Mammelsea suministran por sí solos materia para llenar mas de un volúmen de leyendas antiguas; á cualquiera que pasa por su inmediacion le refieren como habiendo intentado sondear este lago, no se le habia hallado fondo; y como un principe que intentó cruzarlo en una balsa, le sepultó bajo sus aguas. Los castillos de Epstein, de Falkenstein, de Rolandsek, y el valle de Vispertal tienen tambien sus tradiciones y entre todas vamos á referir una algun tanto dramática á la que dan mucho crédito en el pais, y que por su singularidad basta para formar idea de las demas.

El camino del diablo.—El soberbio castillo de Falkenstein situado en el punto mas culminante de una escarpada montaña, dominaba todos los valles de las cercanias; pero necesitaron para su fabricacion emplear mucho esfuerzo y gran número de años, particularmente para abrir en la roca un sendero, único que conducia al castillo, y tan estrecho que no podian marchar dos hombres de frente. Su posicion lo hacia inconquistable porque una sola piedra que lanzáran á los enemigos los precipitaria en el abismo que estaba á sus pies. El punto agreste y solitario en que se hallaba edificado parecia haber influido en el caracter de sus poseedores, porque los señores de Falkenstein eran reconbrados en el pais por su aspereza é inhospitalidad, permanecian siempre cerrados en su retiro, descendian á los valles rara vez y eran respetados y temidos de todos los demas señores castellanos que conocian no habia medio de forzar su morada. Solo un caballero concurria alguna vez al castillo impulsado por un objeto estraño de hallar en un lugar tan desierto; por la hija del baron de Falkenstein hácia la que esperimentaba inclinacion el jóven Beppo. Los encantos de la jóven Irmengarda y su rara belleza eran admirados de toda la Alemania, y en los últimos torneos de Worms habian roto distintos caballeros en honor suyo infinito número de lanzas, ansiosos por obtener su mano, pero á todos menos á Beppo habia rechazado la aspereza brutal de su padre.

No obstante nunca se determinaba á pedirle su hija; veinte veces se habia acercado al baron con ánimo decidido de hablarle y otras tantas la palabra habia espirado en sus labios al encontrarse con su adusta mirada y severa espresion. Un dia que desde una ventana se entretenian en discurrir acerca de la dilatada estension que dominaba la elevacion de su morada, y que contemplaban el magico cuadro que se desenvolvia á su vista, le dijo Beppo. «Convengo en que no hay otro castillo que disfrute de una situacion tan pintoresca como este, pero es muy penoso y dificil su acceso.—Y quién os obliga á que vengais? repuso el castellano con su aspereza natural.—Irmengarda vuestra hija, replicó, á quien amo por lo que me atrevo á suplicaros me otorgueis su mano.» El baron sonrió, lo que en su caracter era un presagio fatal: «Caballero, le dijo, os concedo la mano de mi hija pero con una condicion.—La acepto cualquiera que sea, repuso vivamente Beppo.—Pues bien, sereis el esposo de mi hija si durante esta noche haceis abrir por las rocas un camino por el que se pueda llegar á caballo hasta la puerta de mi castillo.» En seguida de haber pronunciado estas palabras, se retiró sonriendo y dejando al desventurado jóven absorto y sumido en el mas profundo dolor.

La empresa era de tal naturaleza, que el pensarlo ni menos intentarlo era una locura, pero Beppo descendió al llano de Kronenberg, y fué á buscar á un esperimentado y antiguo gefe minero que trabajaba allí mismo en las minas de Santa Margarita y le participó sus designios. Este le contestó meneando la cabeza: «Conozco la calidad de esa roca y no podria hacerse lo que pretendeis con trescientos hombres que trabajáran incesantemente trescientos dias, y ya podeis calcular cuan imposible es hacerlo en una noche. Abandonado de toda esperanza fué á sentarse el caballero á la entrada de la mina, y su desesperacion era tanta que meditaba precipitarse en el abismo que tenia bajo sus pies. Permanecia inmóvil y calculando la estension de su desgracia; las horas trascurrian rapidamente, la noche se hacia cada vez sombria y se habian levantado un viento impetuoso que silbaba lúgubremente al introducirse por la boca de la mina, cuando Beppo levantó sus ojos y vió delante de sí á un hombre de estraño aspecto vestido con el trage de los mineros y cuyos ojos brillaban siniestramente. «Caballero, le dijo, dirigiéndose á Beppo; he oido lo que habeis propuesto á nuestro gefe y director; pero no conoce su obligacion y yo me comprometo á llevar á cabo la empresa que no se atreve él á intentar. Una sola condicion exijo si aceptais mi oferta, y mañana, llegareis á caballo hasta el castillo por un sendero abierto por medio de las rocas, con tanta comodidad como si recorriérais la magnifica calzada de Worms á Spire. Mi fortuna entera replicó Beppo, y todo lo que exijas te lo otorgo desde luego y te lo garantiza mi fé y palabra de caballero, si consigues abrir el camino. Convenidos, replico el minero al punto y desapareció á los ojos de Beppo quien creyó habia descendido á la mina para buscar los demas trabajadores y empezar la obra.

Eran ya las once, la noche se oscurecia cada vez mas é Irmengarda no pensaba aun en entregarse á las dulces horas del sueño. Sabedora de la resolucion de su padre estaba triste y apoyada en una ventana, sin conservar ninguna esperanza, y escuchando sin embargo si se oia algun ruido en la montaña. El silencio mas profundo reinaba interrumpido solamente de vez en cuando por los agoreros graznidos de las aves nocturnas que se posaban en las elevadas torres del castillo y la luna que se habia mostrado al principio de la noche, habia desaparecido completamente tras de las nubes que cubrian el cielo. De pronto llegó á oidos de Irmengarda un rumor espantoso que parecia elevarse del fondo del valle y percibió distintamente el ruido de los picos y de las demas útiles que conmovian las rocas. No dudó entonces que un ejercito de mineros se ocupaba en abrir el camino, y el señor de Falkenstein despertó con el estruendo y entró en la sala encolerizado. Beppo es un loco que nos vá á inutilizar el camino que tenemos para bajar al valle. Se aproximó á la ventana para ver si distinguia los operarios, pero al mismo tiempo se levantó un huracan furioso que silbaba de una manera horrible, las puertas del castillo se estremecian, rechinaban sus goznes, y en medio del rugido de la tempestad se dejó oir una carcajada. Asustada Irmengarda se abrazó á su padre que perdió tambien la serenidad y los dos se

arrodillaron para recitar algunas oraciones. La tempestad se fué disipando poco á poco y el viejo baron ya mas tranquilo procuró calmar á su hija diciéndola que cesaba el peligro, pues que se habia alejado cruzando el espacio el *negro cazador*. El varon permaneció en la sala y reclinandose en un sillon se quedó dormido.

Apenas los primeros rayos del sol doraban las llanuras de Kronenberg cuando le despertó el trote y los relinchos de un caballo; lleno de sorpresa se dirije á la ventana y vió un dilatado camino abierto en la roca y por el que avanzaba Beppo con la ligereza que le permitia su corcél. El baron y su hija apenas podian dar crédito á sus ojos, pero no les era lícito ya dudar que el jóven Beppo era el mismo que se acercaba al puente levadizo.

Mas cuando tocaba al fin de su carrera, ansioso por alcanzar el logro de sus deseos, se oyó una carcajada sobre natural, tembló el terreno que pisaba el caballo, se hundió y el desventurado Beppo precipitado de roca en roca fué á sepultarse en el abismo.

Hace mucho tiempo que del castillo de Falkenstein solo existen ruinas, pero el camino abierto en la roca subsiste aun perfectamente conservado y conocido con el nombre de *camino del diablo*.

ESTUDIOS HISTORICOS.



Aclamacion de Padilla por los Toledanos.

JUAN DE PADILLA

I.

Unidos por el matrimonio Fernando V. de Aragon é Isabel I. de Castilla, conocidos despues por los *reyes católicos*, gobernaron muchos años la España llevando unido la firma en los títulos y cédulas reales.—La union de sus dos coronas trajo beneficios inmensos al pais, porque reunidas todas las provincias á un solo cetro, con su fuerza, se emprendieron conquistas que elevaron el nombre español á un grado de prosperidad nunca visto: haciendo respetar á la Europa el pendon castellano por la inclinacion de sus hijos á la gloria y por la bizarria en el manejo de las armas. Consecuencia natural de aquel gran suceso; pues unos reyes tan queridos, tan guerreros, tan llenos de bondad para con sus pueblos, á la par que sabios y prudentes, estendieron maravillosamente sus dominios.

Jamás la esclarecida *Isabel*, tuvo en consideracion el linaje ni las riquezas para conceder los mandos de las armas y las principales magistraturas: solo ensalzaba el mérito, el valor y la virtud de los caballeros castellanos en donde la encontraba; atendiendo lo mismo al noble que al plebeyo.—En su tiempo, y bajo de su espada victoriosa, fueron arrojados los moros de toda España, en la que poseian desde la traicion del conde don Julian los

mejores de sus provincias. Granada.... la hermosa Granada, córte ostentosa de aquellos usurpadores, estaba desafiando con sus soberbias torres los pendones de castilla. Estrechada por un sitio de diez años, tuvo que ceder á las huestes de Isabel; entregando *Boadil* las llaves del régio alcázar de la Alambra, y obedeciendo á los *reyes católicos* con indecible gloria de todo el orbe cristiano. Con este golpe cayó para siempre el poder agareno en España.—En su tiempo conquistaron el reino de Nápoles, uno de los mas florecientes de Italia, que por justos derechos de sus ascendientes pertenecia á don Fernando; teniendo que luchar las armas castellanas bajo el mando del valiente general Fernan Gonzalez, con los naturales de aquel pais, á la vez que con numerosas tropas francesas que intentaron apropiarse de aquel reino y fueron arrojadas de toda Italia.—En su tiempo se tomaron á los moros muchos castillos y pueblos en las playas de Africa.—Y últimamente en su tiempo se descubrieron los reinos del nuevo mundo; pudiendo decirse con vanidad, que no habia region donde luciera el sol, que no conocieran sus moradores el pabellon castellano, siempre triunfante en el campo de batalla.

Cinco hijos tubieron los reyes católicos: el único baron que se llamó Juan, casó con Margarita de Austria, hija del emperador Maximiliano. Murió de enfermedad á los seis meses sin dejar sucesion.—Las tres mugeres, Isabel, Maria y Catalina se enlazaron con los reyes de Portugal é Ingaterra; pero tambien fallecieron en la primavera de su vida.—Solo quedó como heredera del trono la hija segunda, conocida despues por la reina doña *Juana la loca* que casó con Felipe I., llamado el *hermoso*, príncipe de Austria.—De este matrimonio nació el infante don Carlos (despues emperador Carlos V. de Alemania y I. de España.)

Privados, Fernando é Isabel, del hijo baron y de la mayor de sus hijas, atendieron con cuidado á la sucesion de tan dilatados reinos.—Llamaron á España á doña Juana y su esposo Felipe para que los españoles jurasen á los que habian de reciar por sus reyes legítimos; y reunidas en Toledo unas córtes numerosas compuestas de los tres brazos del Estado, el noble, el eclesiástico y el plebeyo, á presencia de los reyes católicos fueron aclamados presuntos monarcas, en la iglesia catedral, el dia 22 de mayo de 1502.—Luego que fué jurado don Felipe en las córtes de Toledo y Zaragoza, visitó á Valencia y Cataluña en cuyos paises fué recibido con festejos públicos y una alegria difícil de esplicar.—Salió para Flandes en enero de 1503, dejando á doña Juana en Medina del Campo con su madre; pero esta princesa que amaba con pasion á su esposo, no podia soportar la ausencia.—Pidió permiso muchas veces para ir á buscarle.... la reina católica la entretenia reusando su consentimiento; mas viendo doña Juana que se la obstruia la marcha con pretestos frívolos, dispuso el viaje por si misma, sin contar con su madre, desde la fortaleza de la Mota en donde se hallaba.—Súpolo la reina Isabel, y envió á don Juan de Fonseca, obispo de Córdoba, para que la detubiese á toda costa.—Cuando llegó el obispo, ya encontró á doña Juana en la puerta de la fortaleza dispuesta á montar. En este conflicto la mandó de un modo cortés, de parte de la reina su madre, que detubiese la partida: doña Juana, enagenada con su viage, no solo resistió la órden, sino que prorrumpió contra Fonseca palabras muy duras y descompuestas.—Este proceder obligó al obispo á mandar cerrar la fortaleza: el teson de doña Juana fué tal, que, no permitió volver á su cámara; quedándose muy enojada, en una habitacion inmediata á la puerta, hasta que la reina madre vino en una litera desde Segovia y pudo convencerla á que esperase el regreso de su padre que estaba en Aragon.—Calmóse por entonces doña Juana; pero vuelto su padre insistió con mas interés en su marcha, y don Fernando mandó aprestar una armada en la que salió doña Juana para Flandes en marzo de 1504.

La muerte de *Isabel la Católica*, á los 56 años de edad, ocurrida en Medina del Campo el 26 de noviembre, fué la señal de grandes disturbios en España.—Para conjurar la tempestad que ocasionaria su falta, aquella gran reina, conociendo la nulidad de su hija y celosa hasta despues de la muerte por la paz y ventura de sus pueblos, dejó en su testamento una clausula que decia así:

—Ordeno y mando, que si la princesa doña Juana, mi hija, no estubiere en estos mis reinos cuando yo fallezca, ó estando en ellos, no quisiere entender en el gobierno de ellos; el rey Fernando mi señor, los rija, administre y gobierne por la susodicha mi hija hasta tanto que el infante don Cárlos, mi nieto, fijo primogenito de los Principes, sea de edad legítima á lo menos de 20 años cumplidos.—

Fernando, que no desconocia la propension de los castellanos á la novedad, porque eran naturalmente revoltosos y atrevidos; deseando alejar toda sospecha personal que tendiese á continuar en el mando, proclamó por *reina* á su hija doña Juana en la tarde del mismo dia que espiró doña Isabel.—Se alzáron los pendones de Castilla por doña Juana y por Felipe su marido, que estaban en Flandes y llamadas cortes por estamentos, fueron jurados en Toro el 11 de enero de 1505 como reyes de España, con vivas aclamaciones del pueblo.

Con este rasgo de desprendimiento, y por las razones de alta política que habia para no entregar el reino al estrangero Felipe, que ignorante de nuestras costumbres é inclinaciones, y sin libre facultad su muger para gobernar, (doña Juana padecia de enagenacion mental) tal vez daria en tierra con la monarquia; esperaba Fernando que los grandes de España, movidos de su propio interes convendrian con los procuradores de las ciudades en que gobernase él solo, á nombre de su hija, hasta que su nieto el príncipe Cárlos llegase á la mayor edad.—¡Vana fué su esperanza!—Todos los grandes y nobleza del reino se dividieron en dos partidos. El mas juicioso porfiaba, que sin grave daño de los pueblos no podia separarse de la regencia á Fernando, que en todos sus actos merecia bien de la patria por su valor en la guerra; por su prudencia en el desempeño y administracion de los negocios; y porque era necesario acatar con respeto la última voluntad de la reina doña Isabel.—Por el contrario, el otro partido decia: que estaba en el caso de ceder el campo á su yerno Felipe y retirarse á sus estados, pues bastante tiempo habian sufrido los castellanos el yugo de los aragoneses.—Los españoles, propicios siempre á las novedades, se adhieren á ellas facilmente y las aplauden, creyendo que todo ha de ser mejor que lo presente, cuando por lo comun suele suceder lo contrario.—La sana intencion de Fernando y sus cartas á los ayuntamientos manifestando el riesgo que iba á correr la paz y el bienestar de los pueblos, no fué bastante á contener la nueva situacion creada por la muerte de Isabel.

Escitado Felipe por los mensageros de la nobleza, y temeroso del caracter valiente de Fernando, aprestó una armada y con tropas de desembarco se vino á España con doña Juana, dejando en Bélgica á su hijo Cárlos. Llegaron al puerto de la Coruña en abril de 1506, y al momento prepararon los nobles festejos públicos en todas partes, pero los plebeyos miraban con frialdad estas demostraciones de alegria, sin duda porque les repugnaba el ser mandados por Flamencos, y porque preveian las consecuencias.

Todos los cortesanos, luego que se divulgó la noticia, corrieron á cumplimentar á Felipe, abandonando á Fernando.—Unicamente quedaron con él sus dos fieles servidores, Federico Toledo, duque de Alva, y Federico Enriquez, almirante de Castilla. En esta alternativa y viendo los ánimos de los españoles inclinados á su ruina,

determinó retirarse á sus estados de Aragon. Antes de efectuarlo propuso á Felipe una conferencia: admitida por aquel concurrió el noble Fernando al sitio y hora señalada. Para quitar todo recelo hostil á los alemanes, iba de incógnito, con muy pocos soldados, y estos vestidos de luto y sin espadas.—Felipe por el contrario, se presentó al frente de mil soldados cuyos pechos brillaban con el oro de sus corazas: y aunque el negocio se presentaba entre armados con uo desarmado, era tal la nombradía de Fernando, que antes se dieron rehenes por ambas partes: sin duda porque los estrangeros no conocen la generosidad é hidalguia de los españoles en mediando un acto de pura confianza.—Reunidos los dos monarcas en el Robledal, contiguo á la Puebla de Sanabria, bien pronto fueron cercados por los mil soldados alemanes: dos horas duró la entrevista del suegro y el yerno; pero nada se concertó en ella.—Ultimamente en otra conferencia habida en Renedo, aceptaron las condiciones convenidas por ambas partes; y firmadas en Benavente, se cedieron á Fernando algunas provincias en la peninsula, y el reino de Nápoles y Sicilia fuera de ella, para donde se embarcó sin perder momento.

Don Felipe y la reina doña Juana, recorrieron como en triunfo las principales ciudades de España. Llegaron á Burgos, y allí concluyeron el termino de su reinado, porque Felipe, invadido de unas calenturas malignas que cebo en la ciudad, murió el 25 de setiembre de 1506, á los 29 años de edad, y el sesto mes de haber entrado en España.—En su corto reinado no dejó mas memoria que la institucion de la órden del Toison de oro.

Este suceso inesperado conmovió los ánimos, tanto, que los partidarios de Felipe creyéndose comprometidos por su mal proceder cuando cayó del poder Fernando, y porque el príncipe Carlos no podia gobernar por la minoría de edad; corrieron de aquí para allá fuera de sí: tercon armas de una parte á otra, pertrecharon las casas; tuvieron juntas clandestinas, y todo anunciaba una gran revolucion.—Los partidarios de Fernando que se quejaban de haber sufrido una tiranía bajo el mando de Felipe, trataron de apoderarse de la reina doña Juana hasta consultar á su padre, escitandole á su vuelta: pero temiendose unos y otros, por la guerra que los aprestos anunciaban, de repente se hablaron los caudillos de ambos partidos, y, entendidos en la cuestion, convinieron desde luego en que se encargase del mando supremo de la nacion á cuatro de los principales sujetos. Por parte de Fernando se nombró á Bernardino Velasco, general de caballería, y Federico Toledo, duque de Alba; por la de Felipe, á Diego Pacheco, marques de Villena, y Pedro Manrique, virey de Navarra; cuya determinacion calmó la locura de los hombres perdidos y evitó grandes males á la patria.

Atentos los nobles por el esplendor de la corona, se hicieron con gran magnificencia los funerales á Felipe. Despues se pidió á doña Juana que tomase sobre sí el gobierno del reino; pero esta señora, concretada á buena madre y mejor esposa, se dedicó esclusivamente á honrar las cenizas de Felipe, tan hermoso y tan prontamente malogrado.—Decretó marcharse de Burgos, ciudad odiada para ella, fijando la córte en Tordesillas.—En su imaginacion, solo estaba contenta con la vista del féretro de su querido esposo, sin cuidarse de otra cosa. Trascurridos dos meses, mandó que se repitiera otra vez el funeral con la misma solemnidad que la vez primera y dispuso que en un carro cubierto de planchas de oro tirado por fogosos caballos, se trasladase el cadáver al pueblo donde iba á fijar su residencia. Todo se cumplió; y la reina, aunque estaba en dias de parir, le seguia de cerca acompañada de los nobles y gran multitud de gente de todas clases.—Con este aparato y grandeza se hicieron de noche las jornadas, causando admiracion el silencio con que caminaban tantos próceres y varones ilustres, al lado de su reina, atendiendo con esmero á sus lastimosas insinuaciones.—El jueves 14 de enero de 1507, tercer dia de este viaje, llegó á Torquemada, en donde nació la infanta doña Catalina, á los tres meses y veinte dias de muerto su padre.

Aquí se vió la necesidad de entregar el gobierno del reino al consejo real, apoyado por el cardenal Jimenez de Cisneros; y contra la opinion de los partidarios del jóven Carlos, fué llamado otra vez el rey católico don Fernando para que rejentase la nacion mientras la minoria de su nieto.—Llegó, pues, á España: se encargó felizmente del mando; y en el intérvalo de los 8 años que gobernó, fué conquistado el reino de Navarra en una sola campaña de 20 dias, al mando las tropas del duque de Alba.—Murió por fin el rey don Fernando en Madrigalejo el 22 de enero de 1516, y ocupó el trono el príncipe Carlos á los 16 años, sin contradiccion alguna, no obstante que se encontraba en Flandes.

La reina doña Juana vivia en Tordesillas, donde su padre la habia depositado, con un tren régio y una corte muy lucida.—No se ocupaba en otra cosa que en la educacion de su hija Catalina, y en repetir los funerales á Felipe, a quien aun no habia mandado enterrar despues de diez años.—Por esta razon dejó prevenido al morir Fernando, que el cardenal Cisneros, hombre de gran talento, hiciese las veces de virey, hasta que Carlos se presentase en España.—Bien persuadido estaba el Cardenal que el genio altivo de los españoles, con dificultad obedecerian á otro que no fuese el rey á quien estaban sumisos por costumbre; pero confirmado el nombramiento por Carlos, y revestido ampliamente con la facultad Real, se dedicó el octogenario cardenal á reprimir los amagos de movimientos populares que empezaban á chispear por algunas partes.

El disgusto entre las gentes del pueblo, cundia cada vez mas al ver gobernada por un fraile anciano esta gran nacion.—Para asegurar la paz y constituir una fuerza armada á las órdenes de los corregidores, mandó levantar por primera disposicion, una milicia urbana en todas las ciudades y villas: comprendiendo en ella á los jovenes desde 17 á 30 años, concediéndoles como remuneracion de este servicio, la inmunidad de cargas y el poder usar libremente las armas de dia y de noche. Esta medida que tanto halaga actualmente a la generalidad del pueblo por la creencia política de que sin ella no hay libertad ni está defendido el pais, la recibieron entoncescomo un grito de alarma y tirania para esclavizar los hombres, y hacerlos ciegos instrumentos de un corto circulo de magistrados.—El nuevo tributo era intolerable á los honrados castellanos, y opusieron una tenaz resistencia á los capitanes encargados de los alistamientos.—De todas partes cruzaban cartas al virey Cisneros, quejándose de esta contribucion de personas y amenazando con la desobediencia; pero observando que no se hacia caso alguno, dió la señal Valladolid de guerra popular.—Sus habitantes tomaron las armas; cierran las puertas, reparan las murallas como por encanto, ponen grandes guardias y centinelas avanzadas en los caminos, se burlan de los decretos del virey, y echan por último fuera de la ciudad á los nobles que desaprobaban el voto popular.—Las demas ciudades formaron alianza por medio de mensageros; y la de Burgos especialmente tomó una parte muy activa, dirijiendo á Flandes una carta que decia así:—

—La Comunidad (1) y pueblo de Burgos á Carlos su rey: salud.

—El capitan Cristobal Velazquez nos ha presentado cartas de vuestro Virey para que permitámos alistar mil jóvenes con el fin de ausiliar á los magistrados.—Es-

(1) Así se llamaba entónces á los ayuntamientos.

to ha parecido tan mal, señor, tan fuera de costumbre y tan intolerable, que los ciudadanos están decididos á vivir en cualquiera otra parte primero que sufrir una esclavitud tan dura.—Ni puede suceder otra cosa, señor, porque los nuevos tributos conmueven naturalmente los intereses de los hombres y los ponen en ansiedad.—Con el medio que el Virey juzga mirar por la paz, solo conseguirá suscitar tumultos.—¿A qué pues, conduce el apartar mil jóvenes de sus talleres y llenarlos de inmunidades?.... Quién podrá tolerar el orgullo é insultos de soldados de esta naturaleza?—Entregados á la licencia con el uso de las armas, no podrá reprimirse su ferocidad; y lo que es mas triste, tratarán á los pacíficos habitantes como vencedores á vencidos.—Nada hay mas propio para la conservacion de los reinos que ser el príncipe amado: nada mas contrario que el ser temido..... V. M. debe estar seguro que los españoles le quieren.—Por esta razon, y cuando confiaban que se les aliviaria de las cargas impuestas por vuestros abuelos, ven con disgusto que se inventan nuevos pechos, vibrando las espadas, poniéndoles en la alternativa: ó de sufrir la muerte, ó de negar la obediencia á vuestros representantes.

Todas las ciudades rechazáron la orden de Cisneros; y conociendo que iba á producir un levantamiento general de los pueblos, retiró los edictos y se calmó la pública ansiedad.

Grandes esperanzas se tenian en el jóven Carlos. Decian unos, que su prudencia era superior á su edad, pues 16 años en un rey que habia nacido para serlo, eran mas que en otro particular 25.—Otros disputaban lo contrario, fundados en el testamento de Isabel. Por la divergencia de opiniones reinaba una agitacion sorda en todos los ánimos, precursora de muchas calamidades: y mientras se discutian tan contrarios pareceres con el fuego de las pasiones, muy agenos de que pudiera estar tan cerca, arribó el Príncipe Carlos á la costa de Galicia desembarcando en la Coruña el 19 de setiembre de 1517.—Todos los próceres y la nobleza corrió espontáneamente á besarle la mano: y en su viaje con el mismo fin falleció Cisneros en Roda el 8 de diciembre siguiente.

La presencia del jóven monarca apaciguó los ánimos en algun tanto.—Juntó cortes en Valladolid en febrero de 1518, donde se juró por rey, otorgándole al mismo tiempo el servicio de 600,000 ducados.—El estrangero Guillermo de Croy (por sobre-nombre Jebrés) era un ministro tan ambicioso que desde luego se apropió asi mismo el arzobispado de Toledo, que valia en aquella época cerca de siete millones anuales.—Su avidez por las riquezas no se limitaba á esto: vendia los destinos protejiendo decididamente á los Flamencos, á los que conferia los principales empleos de la nacion.—Tan estremada era la confianza que el rey tenia en *Mr. Jebrés* y demas privados flamencos, que abusando de su posicion saqueaban la España.—El escándalo rayaba en su mayor altura: fué tal la extraccion de dinero para Flandes, que en poco tiempo se embarcaron mas de dos millones de cuentos de oro.—Agotadas las monedas de aquel metal, cuando llegaba á verse alguna en los cambios, se hacian por su rareza estremos de admiracion en el pueblo, cantando por lo bajo la copla siguiente:—

—Doblon de á dos, norabuena estés
Pues con vos no topó Jebrés.—

La marcha inesperada del nuevo monarca y de los estrangeros que le acompañaban, irritó de tal manera á los españoles que fué el principal fundamento de la guerra conocida con el nombre de las *comunidades de Castilla* (1) en cuya guerra figuró en primer término *don Juan de Padilla*, como general de las tropas populares.

II.

La muerte del emperador Maximiliano, acaecida el 12 de enero de 1519, hizo que Carlos marchara velozmente á tomar posesion de aquella corona, porque el rey Francisco de Francia, trataba de disputarle el derecho.—Antes de su partida dió las órdenes para reunir una gran armada en las aguas de la Coruña; llamando al mismo tiempo las córtes del reino.—Este suceso produjo una afliccion general porque se hizo creer al pueblo que *Mr. Jebrés* y otros estrangeros hacian marchar al rey violentamente para pasarlo ellos como príncipes y robar á España mas de lo que estaba.—Con esta idea, cuando el rey se preparó para salir de Valladolid, se levantaron los vecinos de la ciudad, al sonido de la campana de la torre de san Miguel: tomaron las armas, y queriendo detener al rey le suplicaron que arrojase de su lado á los privados estrangeros que tan mal le aconsejaban.

Impávido el rey, no obstante, salió á Tordesillas para despedirse de su madre y continuar su camino á la Coruña.—Luego que llegó reunió las córtes convocadas: las arengó prolijamente, pidiéndolas por fin un servicio estraordinario para subvenir á los grandes gastos del viage.

Solo el procurador por Toledo, Pedro Laso de Guzman, se opuso con franqueza á la salida del rey, negando su voto al servicio reclamado, porque la miseria del pueblo no permitia nuevas exacciones. Por esto se le persiguió y tuvo que huir ocultamente.—Al fin se embarcó Carlos para Alemania, dejando encargado del gobierno del reino al cardenal Adriano (1) natural de Utrech en union con el consejo real.

Don Juan de Padilla, jóven de muchas esperanzas, á la cualidad de ser hijo de Toledo, reunia la circunstancia de pertenecer á una de las familias mas ilustres.—Estaba casado con *doña María Pacheco*, hija del conde de Tendilla, señora muy apreciada por su conocimiento en las ciencias exactas.—La influencia de *Padilla* con las gentes del pueblo era ya grande; pero tomó mas vuelo su reputacion cuando dió á conocer sus opiniones públicamente por el hecho que sigue.

Mr. Jebrés con la idea de aumentar las rentas reales, discurrió el medio de sobrecargar las alcabalas (2) señalando un impuesto á la nobleza.—Logró tanto por sus promesas, y se manejó tambien, que obtuvo el consentimiento de algunas ciudades; menos Toledo, ciudad tan rica como celosa de su libertad, que hizo al ministro ambicioso una tenaz resistencia. Ganó sin embargo algunos regidores, que se encargaron de admitir la proposicion.—Reunido que fue el concejo le dieron cuenta de la peticion de Jebrés, apoyándola con sofismas y concluyendo con que asi lo exigia el servicio del rey.—Los que estaban en el secreto aplaudieron la idea, diciendo á una voz, que sacrificarian gustosos cuanto poseian por su soberano; pero *don Juan de Padilla*, con aquella energía propia de su edad,

—Jamás....*gritó*, jamás consentiré yo que la nobleza de Castilla y Leon sea tributaria. Nosotros conquistamos estos reinos regando el suelo mil y mil veces con sangre castellana.—Ni Alonso VIII ni sus sucesores pudieron nunca poner en ejecucion esta medida: y yo estoy pronto á morir en defensa de nuestros derechos.»

(1) Sandoval.—Alcocér.—Mr. Henri Ternaux.—Diez, y otros varios tienen escrito sobre aquel suceso; pero la historia mas prolija y verás está publicada en 1840 con el título de «*movimiento de España*» por don José Quevedo, bibliotecario del Escorial, de la cual se han tomado los principales datos.

(1) Despues fué Pontífice con el nombre de Adriano VI.

(2) Tuvo origen esta contribucion en 1342 cuando Alonso X sitió la plaza de Algeciras.

La elocuencia y el ardor con que habló *Padilla* produjo tal efecto en el concejo, que la mayoria se puso de su parte, quedando derrotados los partidarios de Jebrés. —Cuando se acabó la asamblea le acompañó un gentio inmenso á su casa donde llegó lleno de alegria porque la victoria parlamentaria conseguida sobre el avaro Jebrés, era la trompeta que llamaba á las armas para sacudir el yugo tiránico de los estranjeros. En el delirio del entusiasmo popular llevaron á *Padilla* en hombros: iban del brazo nobles y plebeyos enlazados por una misma causa, guiados por banderas y gritando alternativamente.

¡Viva Castilla! ¡viva el pueblo! ¡viva Padilla!

Su padre, observando el gran ruido que venia por la calle, y viendo á su hijo como en triunfo le salió al encuentro....estrechándole entre sus brazos, le dijo:

—Juan, tu has hablado como un noble digno de una estirpe ilustre; pero temo mucho que el rey te ha de pagar mal el servicio que acabas de prestarle.

¡Fatal pronóstico que se vió despues realizado! Desde aquel momento pisó el primer escalon para el suplicio.

El amor del pueblo hácia su caudillo *Padilla* crecia por momentos. Cundió la voz de que se le iba á prender por un alcalde; y esto bastó para conmoverse la ciudad: al grito de ¡*viva el pueblo*! se arrojó fuera de ella al gobernador, se ocupó el alcazar, fortificaron las puertas, y fue proclamado general *Juan de Padilla* encargándole del mando supremo.

Toledo, por haber sido muchos años córte de los Alonsos, tenia su voto gran peso en la balanza de la opinion.—Bien pronto, se comunicó el incendio á todas las ciudades y villas de Castilla, y se formalizó la revolucion como una chispa electrica.—No se hablaba de otra cosa que de esterminar á los procuradores porque habian concedido al rey en la Coruña un servicio mayor que el pedido.—En las grandes revueltas populares son inherentes los desmanes, pues la locura envanece al hombre y no conoce entonces la prudencia.

Segovia fue la primera que dió la señal de los desórdenes. Estando reunido el ayuntamiento, el 29 de mayo de 1520, se presentó en medio de la plebe Hernando Lopez desaprobando el levantamiento. No bien le oyeron algunas palabras cuando ya se encontró cercado: le llamaron traidor con gran griteria: le arrastraron vivo por las calles, y despues le colgaron de un palo en el sitio llamado «la cruz del Mercado».—Observando la muchedumbre que el alguacil Roque Portal estaba sentado escribiendo sobre la rodilla los hechos que veia, le preguntó uno de los plebeyos.

—¿Qué estás haciendo corchete?

—Estoy anotando, contestó, los autores de esta muerte infame para pedir contra ellos.

Acabada de pronunciar esta palabra, un grupo se apoderó tambien de su persona, llevándole á colgar en seguida del mismo palo.—Igual suerte corrió el procurador á córtes Fernando Tordesillas, á quien sacaron desde el concejo en el acto de estarse sincerando, con una soga al cuello, ahorcándole entre los dos que ya estaban colgados.

El Virey Adriano, para contener este mal ejemplo mandó tropas desde Valladolid á las órdenes del Alcalde Ronquillo para que castigase los crimenes; pero los segovianos, avisados de esta novedad pusieron la ciudad en estado de defensa nombrando por su gefe militar al regidor *Juan Brabo* (segundo caudillo de aquel movimiento.)—Los zamoranos declararon enemigos de la patria á los diputados á córtes, y su ejemplo fue seguido por las demas ciudades envidiando la osadia de los de Segovia.—Los de Burgos, no queriendo quedarse atrás, capitaneados por el sombrerero, *Bernardo Roca*, persiguieron furiosamente al corregidor que tuvo que guarecerse por salvar la vida en la Iglesia de San Pablo: allí le obligaron á entregar la vara; y corriendo con ella á la plaza, cercó la multitud á Diego Osorio cantando:

—A ti te queremos por Gobernador.
—A ti te queremos por Corregidor.

En vano buscó escusas Osorio: le nombraron su gefe los amotinados, y vibrando las espadas desnudas á su frente, le llevaron en triunfo á la casa de Garcia Mota, procurador que habia sido en las córtes de la Coruña.—Sin obedecer las palabras de templanza que les dirigia Osorio entraron en las habitaciones; todo lo saquéan y queman en medio de la plaza, sin respetar los escritorios de la reina católica doña Isabel que estaban allí; pues únicamente se salvó de las llamas el testamento y un cofrecito lleno de alhajas.—Desenfrenado el pueblo, y sin hacer caso de nadie, emprendieron sobre la marcha con las casas de los procuradores en las córtes anteriores de Valladolid, Pedro Cartagena y Diego Soria, que tuvieron igual suerte.—Cansados ya de correr de uno á otro lado, hicieron publicar á media noche el pregon siguiente:

—Que todo ciudadano de cualquier gerarquia y edad se reuniese armado, al rayar el alba, para acometer el alcazar; en el concepto de que negando su auxilio al pueblo, seria juzgado como desertor y traidor á la patria.—

En efecto, al aparecer la aurora del siguiente dia, se juntó una multitud estraordinaria y fueron formados hasta el puente levadizo del alcázar: intiman al alcaide su rendicion, saltan el foso: arriman las escalas; y suben por fin á las primeras almenas, porque ni tenia el castillo soldados para su defensa ni provisiones para un dia. —Mirando el alcaide desde lo alto la osadia del populacho, se entregó bajo palabra de honor y franqueó el alcazar.—Vencedor el pueblo, é ingreido con la victoria, no teniendo ya con quien pelear, bajó de nuevo con grande alborozo para incendiar la hermosa casa del francés Mr. Jofré.—No contentos con esto buscaron con avidez su persona, y tan pronto como fue hallado, le arrastraron por las calles, haciéndole pedazos con una locura sin ejemplo.—Para cubrir esta alevosía, hicieron que el corregidor Osorio pronunciase, despues que estaba muerto, la sentencia capital de Mr. Jofré, sopena de hacer lo mismo con él sino ejecutaba la voluntad del pueblo.

Mientras que esto pasaba con los burgaleses se secundaban iguales demasías en las demas ciudades, tanto que de una causa justa y noble en su orígen, la hicieron dejenerar en una democracia que estremeció á la grandeza y al pueblo sensato. Unidos estos por su propio interés, como era natural, empuñaron tambien las armas poniéndose á la defensiva bajo la sombra del gobierno del virey.—Tal proceder intimidó algun tanto á los furiosos y para conjurar la tempestad que ya tronaba sobre las cabezas de los imprudentes, que en tan corto tiempo tanto querian avanzar, consignando sus principios republicanos con incendios y con asesinatos; se vieron en la imprescindible necesidad de reunir en Avila una junta magna compuesta de los procuradores de las veinte ciudades levantadas.—El primer decreto de esta asamblea, luego que se constituyó, fué el llamarse *Junta santa* para granjearse con este titulo mayor dignidad. —El segundo fué deponer del gobierno al virey Adriano y al consejo real; y el tercero separar de sus destinos á los corregidores y demas empleados públicos, nombrando otros en su lugar, con el fin de sujetarlo todo á su imperio.

Con tales disposiciones fué creciendo el disgusto de dia en dia, y se empezó á minar el edificio, basado sobre arena, hasta que cayó al suelo.

III.

Juan de Padilla, sin malograr el tiempo como los demas, y cuyo generoso comportamiento en Toledo no habia consentido al pueblo desman de ninguna clase, vino á Segovia con un ejército escogido y buena artilleria. —El general Antonio Fonseca que con las tropas de Ronquillo, sitiadoras de la plaza, no podia empeñar una batal a con *Padilla*, marchó rápidamente sobre Medina del Campo.—Sin entrar en la poblacion, pidió desde fuera los cañones que allí tenia el gobierno; pero los de Medina se los negaron bajo el pretesto de que no podian tolerar que tales instrumentos sirvieran para destruir los muros de sus aliados.

Al ver Fonseca esta arrogancia, se presentó con sus tropas en la mañana del 21 de agosto de 1520: amonestó segunda vez á los de Medina; y como le llenasen de insultos, atacó por la tarde esta hermosa villa, (1) entregando á las llamas mas de 900 casas.—Ni por esto se rindieron los Medinenses. Tan entusiasmados estaban que las mugeres, abandonando á sus hijos entre las llamas, animaban á los defensores, gritándoles:

—«Varones, manteneos firmes: esposos pelead; defended la artillería de esos ladrones.—Nada os importen vuestras casas y bienes: que se arruinen, que se quemen, que ardan..... nosotras, con tal que seais libres, con tal que salveis la patria, con el uso y con la aguja os daremos de comer.—No consintais que por vuestra cobardía se esclavice al pueblo y se arruinen las ciudades aliadas.»

El valor, la heroicidad con que se defendieron los Medinenses fué tan estraordinaria, que ni la vista de las tropas enemigas formadas ya en medio de la plaza; ni el incendio de sus casas, fué capaz de hacerles desmayar en la lucha por no entregar la artillería: asi es, que observando Fonseca esta temeridad, por no arruinar enteramente la villa, mandó retirar las tropas.—«Enagenados con la victoria se entregó el pueblo: (capitaneado por un tundidor de paños llamado Bobadilla) á los mayores escesos. ¡Una calamidad tras otra! Asesinaron á los regidores, Gil de Nieto y Lope de Vera, al grito de «mueran los traidores» estando en el mismo concejo reunidos: quemaron en una hoguera de sarmientos al librero Tellez; é hicieron lo mismo con otro vecino, tan solo porque les oyeron desaprobar aquellos hechos, que marchitaban el laurel de la gloria cogido en la defensa.

El incendio de Medina, poblacion muy rica por el gran comercio que hacia de lanas, lastimó muchos intereses. Esto exasperó de tal manera á los populares que se renovaron los alborotos en todas partes.—En Valladolid, luego que llegó la noticia, demolieron hasta los cimientos la casa que tenia el general Fonseca: el virey Adriano y el consejo real tuvieron que escapar de oculto á Medina de Rio-seco.—En una palabra, fueron tantas las persecuciones y tales las venganzas, que, los hombres tímidos cansados ya de sufrir, corrieron al campo de batalla á pelear contra los populares.—El primer descalabro que sufrieron por resultado de su loca conducta, fué la obstinada resistencia de los castillos de Alaejos y Coca, cuyos alcaides los defendiéron valerosamente é hicieron muchas bajas en la multitud falta de órden y disciplina.—En esta situacion la *Junta santa* decretó trasladar ellugar de sus sesiones á Tordesillas, donde la reina doña Juana tenia fija la residencia, para adquirir de este modo mayor autoridad.—*Padilla* fué el encargado de tomar la córte por bien ó por fuerza.

El delirio de los santos padres del Arcópago, luego que se constituyeron en la córte, hizo que tomase la guerra un encono mayor por ambos partidos.—En Burgos echaron violentamente al corregidor Iñigo Velasco. En Nájera se sublevaron contra el duque Antonio Manrique, poniendo sitio á sus dos castillos; pero como este desempeñaba á la sazon el cargo de virey de Navarra, bien pronto reunió tropas y vino á sosegar la furia de unos pocos.—No consiguiendo á su intimacion pacífica otra respuesta que insultos y amenazas, dió la señal de ataque á los soldados, y abierta la brecha entraron en la villa causando muchos males: apresó á los tres cabezas del motin y los ahorcó frente á las puertas de sus respectivas casas.—

Don Antonio Acuña, obispo de Zamora, naturalmente bullicioso, nada deseaba con mas ansia que la guerra: su génio era mas propio para empuñar la lanza que para llevar en sus manos el báculo de la paz.—Por un choque parcial que tuvo con el conde de Alva, trocó la mitra por el casco guerrero. Se presentó á la *Junta santa* ofreciendo sus riquezas y sus servicios, y habiendole facilitado un escuadron de lanceros del ejército de *Padilla* marchó como el rayo sobre Zamora.—Provocó la batalla bien seguro de las simpatías que tenia en la poblacion, y saliendo el conde con las tropas de la plaza, se adelantó á ellos, les habló: concluyendo por abrazarse unos y otros entrando despues en la ciudad entre aclamaciones del pueblo.—Este obispo, tan célebre en aquella revolucion por su travesura, luego que entró en Zamora organizó con una prontitud admirable 1500 hombres pagados con sus rentas.—Entre ellos formaba un batallon de clérigos esclusivamente que le dió el título de «batallon sagrado» cuyos individuos dice el cronista de Aragon, Argensola, que tan perdido tenian el miedo á las armas del rey como á las censuras del Papa.—En todas partes encontrábase Acuña: en todas partes atizaba el movimiento de la plebe, como que era su elemento, pues gozaba sobremanera con los gritos y el estruendo de las armas.

Cada dia que pasaba se complicaba mas la situacion, y viendo el rey Carlos (coronado ya emperador de Alemania) que iba tomando el carácter de una guerra desastrosa: nombró vireyes, en union con el cardenal Adriano, al condestable Iñigo Velasco y al almirante Federico Enriquez con instrucciones para que obrasen con las tropas imperiales, mientras los negocios de aquellos vastos estados no le permitieran su venida á España.—Federico dudó algun tiempo en aceptar el cargo porque prefería la vida privada á mandar en una guerra civil. Pero como los populares empezasen á incomodar su villa de Medina de Rioseco, por haber amparado en ella al fugitivo Adriano, marchó allá con prontitud y tomó el mando.—Velasco, aprovechando la ocasion favorable de su nuevo nombramiento, se reconcilio con los burgaleses, abriéndole las puertas de la ciudad, de donde fué espulsado dos meses antes, saliendo á recibirle los principales de ella con caballos ricamente enjaezados, vestidos de gala, y celebrando juntas y torneos para hacer mas ostentosa su vuelta.—Los plebeyos mas furibundos contemplaban en silencio el lujo y vanidad de los que pasaban, siguiéndolos por la curiosidad con ojos amenazadores, las cejas bajas, y muy tristes porque se consideraban engañados por los ricos.—En esto arribó á Cartagena una division de 3000 hombres de vuelta de su espedicion con Moncada á la isla de Gelves.—Indecisas estas tropas por el partido que habian de seguir, fueron por último del primero que llegó.—Toda la infantería veterana se puso á las órdenes de Antonio Zúñiga, gran prior de S. Juan, que la ganó con un sobre-plus, la caballería en número de 1500, parte se unió con el obispo Acuña y otra parte fué llevada por sus gefes á Velasco.

Pedro Giron, entonces conde de Ureña, se encontra-

(1) Tenia en aquel tiempo 14000 habitantes: en el dia, segun Miñano consta de 3,500.

ba altamente resentido del rey por la dureza conque le trató antes de su partida para Alemania.—Conociendo que era la ocasion de vengarse, pues se generalizaba la guerra, se fué tambien á Tordesillas; logró una sesion estraordinaria de la asamblea popular, y en ella les arengó de esta manera:

—«Con razon, ilustres, patricios, os plugo llamar *Junta santa*, porque este nombre sagrado demuestra claramente una celestial inspiracion y el objeto de vuestra gloriosa empresa. Debo, por tanto, saludaros con aquel profundo respeto con que acataron los antiguos romanos á os esclarecidos Decios, Fabricios, Brutos y Catones. Aquellos, despreciando los honores; desafiando á la misma muerte.... se consagraron á la patria, defendiendo la república hasta consolidar la libertad.—Los intereses del arruinado pueblo estan en vuestras manos. No os detengais pues, llevad á cabo el drama porque no necesita ya mas que osadía.—Dãos prisa, destruid los planes de los enemigos: que sientan, antes de saberlo, lo que determineis contra ellos.—Valéos de mi como consejero, como soldado, y si os pareciese como gefe.... todo lo desempeñaré con gusto por cortar de raiz los males que sufre el pueblo.»—

El discurso de Giron fué escuchado por la junta con un profundo silencio, y despues que acabó de hablar se levantó por el Presidente.

—«El congreso os dá las gracias por el generoso ofrecimiento de vuestros servicios.—Ya sea dentro de este recinto, ó ya fuera de él, ocupareis el primer lugar en el pecho español, pues los individuos de esta asamblea confian tranquilos en la autoridad de vuestro linage, y no dudan que con vuestro valor y conocimientos militares darán mucho impulso á la guerra.»—

Despues que Giron se retiró le nombraron por unanimidad capitan general del ejército: y este nombramiento fué la puñalada en el corazon á la causa de los comuneros por las consecuencias fatales que trajo despues.

Juan de Padilla, único general de las tropas hasta aquí dho, no pudo ménos de resentirse al ver que la junta daba la preferencia á Giron, estimando en muy poco sus servicios. La nombradía de Padilla y la esperanza que en él tenia depositada el partido popular, le habia enaltecido hasta el punto de mirar con ceño que otro le mandase.—Fingiendo, pues, que los toledanos le llamaban se retiró con sus tropas, y de esta division tuvo orígen principalmente su completa derrota por los reales.

Luego que Pedro Giron fué dado á reconocer por general en gefe, en lugar de *Padilla*, los soldados se pronunciaron por el obispo Acuña en quien confiaban mas. —Pero no admitir, puso por escusa su dignidad episcopal, declarando al mismo tiempo que ayudaria á Giron con su lanza y con sus consejos.—Aquietadas las tropas, y alistados rapidamente los proletarios que encontraron para cubrir la falta del ejército de *Padilla*, entraron á poco tiempo, Giron y Acuña, en Valladolid con 10,000 infantes, 1,000 caballos, muchas máquinas de guerra y artillería de todos calibres.—Se difundió el terror por todas partes; pero la nobleza, unida á los vireyes juntó cuantas tropas imperiales.—Muchos plebeyos resentidos, unos de los insultos que habian sufrido en las reuniones de los pueblos, otros asustados de los crímenes cometidos por hombres calientes, y otros en fin alucinados por el cebo de mejorar de fortuna, volaron á tomar las armas voluntariamente contra sus hermanos.

El conde de Haro fué nombrado general en gefe con- tra los populares, é inmediatamente puso su cuartel en las Riberas del Rioseco á donde mandó concentrar las tropas.—Giron, por la vana ligereza de los comuneros, supo á vislumbrar desde luego una desgracia. Situado mejor á retirar desde luego una desgracia. Situado en ejércitos en Villabrajima y pueblos inmediatos se cruzaban los mensajeros de un campamento á otro para ajustar una paz honrosa; poniéndose en inteligencia secreta con Giron el almirante de Castilla, miéntras que el infatigable Acuña andaba entre los soldados haciendo preparativos y exortándoles á la batalla, soñando ya con la victoria.—Es de advertir que el ejército de los comuneros era mas numeroso que el de los imperiales, y por esta razon se pusieron estos á la defensiva únicamente para no aventurar el primer choque.—Mas como Giron estaba convenido en el plan secreto de abandonar á los populares, dispuso que se retirasen las tropas á Villalpando, para que invernase la infantería, pues lo avanzado del otoño y la inclemencia del tiempo molestaba al soldado. Por este medio, dijo á los oficiales, no se pierden de vista las murallas de Medina cuyo asalto podra darse cuando mas ventajoso parezca.—Recelando Acuña de la funesta intencion del general escuchaba con prevencion sus palabras diciendo á los oficiales siempre que tenia ocasion.

—Que la retirada dispuesta por Giron no podia mirarse sino como un subterfugio para retardar la victoria, destruyendo á los nobles para siempre; porque de este modo las tropas populares se entorpecian con el ócio, y viendo fallidas las esperanzas concebidas, se irian desertando á suscasas.

Los apasionados á Giron llevaban muy á mal pasar las noches al raso y por esto aprobaban la retirada; de modo que Acuña aun cuando estaba persuadido que la victoria se le escapaba de las manos, sin embargo, para que no cundiese la desunion entre los oficiales ahogo su sentimiento siguiendo á Giron con las tropas.—A su entrada en Villalpando hubo algunas contiendas entre los soldados porque los del partido de Acuña insultaban á los vecinos, y los de Giron se oponian á tan estraña conducta.

Apercibido el conde de Haro, del movimiento de los populares, sacó tambien sus tropas de Medina, haciendo alto en los puntos que aquellos ocúparán.—Dividida la fuerza en tres columnas, una de ellas atacó el castillo de Villagarcia y con escalas fué tomado sobre la marcha: animados los nobles con esta primera victoria, y entusiasmados los soldados se empeñaron en marchar contra Villalpando; pero juzgando el conde que era de mas importancia tomar á Tordesillas y salvar la reina doña Juana del furor de los plebeyos, hizó mover todas las tropas velozmente sobre aquel punto.

Tordesillas, corte de Castilla en aquel tiempo, estaba amurado, con una guarnicion de 500 infantes y 200 caballos. La guardia de la reina y de la Junta santa se componia de un batallon de 400 clérigos zamoranos que trajo el obispo Acuña.—Reunidas las tropas reales en Torrelobaton salieron formadas en órden de batalla á tomar á Tordesillas. Luego que llegaron á su vista cercaron la plaza, disponiéndose tambien los de adentro á la pelea: enviaron los nobles un parlamento; pero como le tirasen, sin respetar el derecho de la guerra, se indignaron las tropas é inmediatamente ordenó el conde el asalto.—En el primer ataque cayeron 150 muertos y muchos heridos por las saetas y tiros de los de la plaza: abierta la brecha con la artillería entraron varios soldados por un punto desamparado de la muralla, y cuando precisamente iba á tocarse retirada, entonces, un plebeyo llamado Gil de Nieto, enarboló la bandera sobre el muro, gritando ¡victoria...- victoria.....! Esto bastó para entrar la confusion en la plaza, contribuyendo mucho al desenlaze la oscuridad; sin embargo, el batallon de clérigos hizo una defensa tan heróica dentro de la poblacion, que perecieron casi todos, al lado de muchos procuradores unidos á las filas como simples soldados para defender el alcázar de la libertad. Toda la noche estubo, disputándose palmo á palmo el terreno por un puñado de valientes peleando en las calles con lanza en mano y cuerpo a cuerpo sin temor á los enemigos; pero como empezase á cundir la voz á las dos de la mañana, de que estaba

entrando la caballeria pesada de los enemigos por la puerta real, creyéndose ya perdidos intentaron la fuga, llevándose la reina, por el puente que pasa el rio Duero. —Cargados entonces por el conde al frente de la caballeria, huyeron en desórden todos los comuneros, dejando abandonada la reina en el atrio de palacio. Entre los que fueron apresados en la fuga hubo cuatro procuradores de la Junta santa que al dia siguiente los degollaron en la plaza. —Presentados á la reina el conde de Haro y todos los caballeros nobles que le acompañaban, le besaron la mano segun costumbre, despues de haberla dicho el gran peligro que habian corrido por salvarla.

La rapidez con que fué tomada Tordesillas desconcertó á los populares de tal modo, que, cuando Giron y Acuña empezaban á mover las tropas para auxiliar la plaza, llegó el correo con la noticia de haberse perdido todo menos el honor. Divulgada por las filas desconfiaron los soldados de Giron, diciendo á voces:

—Que la libertad española se habia hundido cuando *Juan de Padilla* dejó el mando del ejercito: que los nobles habian introducido á Giron para que hiciese traicion á los pueblos.

Creyendo Giron comprometida su vida por el movimiento que contra él se proyectaba, aparentó que iba á demoler el puente del Duero, junto á la fortaleza de Simancas, retirándose con alguna caballeria al pueblo de su padre en donde permaneció oscurecido como mero espectador de la guerra; el gérmen de la discordia quedó sembrado, no obstante, en las filas del ejército y no pudo menos de dar el fruto á pocos meses despues.

IV.

Grande fue la consternacion en todas partes cuando se supo la toma de Tordesillas.—Los segovianos que estaban bloqueando todavia los castillos de Coca y Alacjos levantaron el sitio retirándose en desórden á sus casas, pero al ejecutarlo hizo una salida con la guarnicion el alcaide Gonzalo, cogiendo prisionero en ella al célebre tondidor de paños de Medina, llamado Bobadilla, asesino de los regidores en el mismo concejo, y lo hizo ahorcar al dia siguiente de las almenas mas altas del castillo. —Los gefes del ejército que habia en Villalpando para contener la desercion diaria de los visoños soldados, se dirijieron con las tropas á Valladolid, á fin de alentarlas y esperar las órdenes de la *Junta santa*. Tambien se reunieron allí todos los comuneros, determinando llamar inmediatamente á *Juan de Padilla* para que se encargase del mando y salvase la libertad castellana.—Luego que *Padilla* recibió la órden en Toledo, voló con sus tropas y fué recibido en Valladolid con muchos vivas y grande alegria.—Era pública la voz entre los populares y ...¡desgraciado aquel que no lo dijese! que *Padilla* cual otro Annival, espejo de la lealtad y de la constancia, tenia reservado el consolidar la república de las naciones.—Encargado del mando de las tropas, las arengó con energia y reanimó en algun tanto el abatido espiritu del soldado.—El incansable obispo Acuña por otra parte salió con una columna á levantar gente, exigir dinero y hacer alarde de sus fuerzas, aterrando los enemigos.—A su paso por Madrid fué recibido con festejos públicos saliendo á buscarle sus apasionados: aumentó sus fuerzas con una columna de jóvenes madrileños, partiendo para Ocaña de donde desalojó á Zúñiga, conde de Miranda.—Uno tras otro se persiguieron hasta el Romeral: allí se trabó la batalla encarnecidamente, peleando ambos gefes con su lanza en primera fila; quedó dueño del campo el obispo y libertó á Toledo de los bloqueadores, entrando victorioso en la ciudad que le aclamó por su arzobispo. Continuó sin embargo las operaciones de la guerra en varias provincias saltando en su marcha dos castillos, pero como se aproximasen á Burgos produjo una conmocion entre los plebeyos que fué reprimida por Velasco con solo el disparo de dos cañonazos, que ocasionaron la muerte de uno y varios heridos, metiéndose en sus casas los demas. —En el silencio que reina despues de una gran tormenta los burgaleses se contentaban con decir en sus corrillos:

—¡Ojalá que te acerques á nuestros arrabales, Acuña! ¡con qué aplausos te recibiriamos saliéndote al encuentro....con qué prontitud serian arrojados los tiranos que ahora nos insultan!

En estos términos se esplicaba la opinion popular, y por donde pasaba el obispo conquistaba la estimacion, mas con palabras que con el valor.—Entre las varias arengas que dirijia á la multitud cuando entraba en la plaza de una villa era generalmente la que mejor éxito producia la siguiente.

—Al empuñar esta lanza, les decia, arde mi sangre en las venas: anciana ya, pero muy fuerte para poner coto al saqueo de los pobrecitos pueblos y defender la libertad de todos.—Ningun genero de ambicion me movió cuando abracé vuestra comun causa, por que por mi dignidad y por mi esclarecido linage todo me sobra. Mis rentas de 40,000 ducados; mis desvelos y mi vida la consagro á vosotros, infelices....En ello, bien lo sabe Dios, no llevo otro fin que aliviaros de los tributos; adquirir una gloria póstuma y conseguir por último el verdadero descanso del alma.—Si me ayudais con dinero y con soldados el triunfo será vuestro.—La causa es santa y vuestro gefe Acuña nunca os faltará.»—

En todas partes se le contestaba con entusiasmada griteria.

—Llevanos á donde quieras: no haremos contigo estipulacion alguna. De ti lo esperamos todo: á ti entregamos nuestros bienes y nuestras personas.—

Aprovechaba Acuña el primer hervor del entusiasmo para alistar nuevas tropas y llevarlas á Valladolid al ejército de *Padilla*.—La mucha artilleria que reunieron y el aspecto favorable que volvió á tomar la guerra con su nuevo general á la cabeza empezó á infundir terror en la nobleza.—Uno y otro partido hacian grandes esfuerzos para conseguir la victoria decisiva en la jornada de Villalar.

Revistadas las tropas de los comuneros por su general *Padilla* y por los gefes de las ciudades Juan Bravo, Pedro y Francisco Maldonado, hicieron movimiento con su crecida artilleria desde Valladolid al pueblo de Zaratano.—Varios fueron los pareceres en aquel cuartel: unos decian que debia atacarse primero á Tordesillas como punto principal del enemigo: otros por el contrario porfiaban que era mas conveniente invadir á Simancas ó Torrelobaton porque no tenia tan fuertes guarniciones.—En esta divergencia de opiniones tuvo que ir enfermo Acuña en una litera para hermanar los gefes y decidirlos á que atacasen á Torrelobaton.—Despues de este suceso marchó el obispo con su columna á socorrer á Toledo muy estrechado otra vez por el conde de Miranda. —Formado en batalla el ejército de *Padilla*, amagando el combate ya sobre Simancas ya sobre Tordesillas, acometió por fin á Torrelobaton el 27 de enero de 1521; pero con tal ímpetu que jugando toda la artilleria se hizo dueño del alcázar á las 24 horas.—El ejército enemigo, formado al frente de los fosos y sin atreverse á empeñar la batalla tuvo que retirarse; mas los populares no sacaron el partido consiguiente de la victoria, pues quedándose dormidos sobre los laureles dieron lugar á que se relajase la disciplina del soldado con el ocio y empezase la desercion.

El conde de Haro, atento siempre á la negligencia de *Padilla*, bien pronto reunió otra vez las tropas que tenia diseminadas en guarniciones para aventurar el combate final.—Trajo á su lado los principales nobles

de Castilla: juntó 6,000 infantes; 1,700 caballos, y 6 piezas de artillería de montaña.—Decidido á provocar á *Padilla* á una batalla campal, marcha en su busca: llega á Peñaflor y allí concierta el plan de su operacion militar.—Observando *Padilla* que todas las fuerza enemigas se dirijian contra él, y teniendo poca confianza en sus tropas, pues si bien eran iguales en número no lo eran en valor; marchó como un relámpago á Valladolid con el fin de levantar gente tumultuariamente porque la república se encontraba en el último apuro.—Convocó la Junta santa y corriendo las calles y plazas les habló de esta manera:

—Ciudadanos: la ruina de los pueblos confederados se prepara con la derrota de mis tropas. ¡Jóvenes patriotas! si os venis conmigo hay esperanza de que los virreyes puedan ser vencidos.—Ellos confian en su fuerte caballería; pero ...un esfuerzo por la patria, basta. Me vuelvo al ejército para dar mi vida gustoso y detener el furor del enemigo.—Decidid vuestra suerte pues el punto no sufre dilacion alguna.—

Dos dias duró la ausencia del general, y el conde de Haro se habia puesto ya á la vista del cuartel de *Padilla* en Torrelobaton.—Cruzáronse los parlamentos de uno á otro campo y esto hizo sospechar que algunos populares hubieran sido sobornados.—Lo acobardado que estaba el ejército y lo poco fuerte que era el pueblo para un sitio, obligó á *Padilla* á mover las tropas á media noche para esperar socorro en lugar seguro; mas la indisciplina de los plebeyos hizo que al romper la marcha pegasen fuego al fuerte de la villa.—Avisado el conde por las luminarias de la fuga clandestina de *Padilla*, ordenó que la caballería mandada por 30 grandes de la primera nobleza corriese al escape para perseguirlo; y este arrojo multiplicó el desaliento de los confiados populares.

Amaneció el mártes 23 de abril de 1521 ¡dia funesto para las libertades de Castilla! y empezó á llover en abundancia; de modo que este incidente, aumentó la confusion de la tropa que iba mas dispuesta á huir que á pelear, por el miedo que infunde en el soldado una retirada, y porque todas las apariencias indicaban un gran fracaso.—*Padilla*, sin embargo, con aquella serenidad propia de una alma fria, caminaba al rededor de su ejército compuesto de 7000 infantes, 500 caballos y 15 piezas de artillería. Les arengaba con frecuencia, escitándoles el honor para que no abandonasen sus banderas, aun cuando los enemigos con el cuerpo encubertado de acero vibrasen las espadas á su vista pues que su lanza, decia, era bastante para rechazarlos.—En tal situacion dieron vista al pueblo de Villalar (campo célebre por el hecho de armas que presenció) y como apareciese al mismo tiempo la vanguardia de la caballería enemiga los soldados entonces empezaron á gritar.—

—Que en sitio tan desventajoso y lloviendo no convenia batirse con tan numerosa caballería: que era mejor y mas fácil entrarse en Villalar en donde guarecidos con las paredes podrian emprender la batalla sin ser heridos por la espalda.

Conociendo Padilla que este pretesto dieran los cobardes para ocultar su torpe miedo, quiso aprovechar un arroyuelo que atravesaba el camino, cuyo punto ofrecia alguna desventaja á la caballería enemiga: les mandó volver caras con una voz de trueno porque la osadía, les dijo, cuando no queda otro arbitrio, es las mas veces la salvacion en los combates. Ni por esto pudo contener á los soldados.—Llegaron por fin las tropas á una llanura junto á Villalar, conocida de mucho antes por el campo de los nobles.—El conde de Haro sacando particular buen agüero de aquel nombre y pronunciando un breve discurso á las tropas alusivas al objeto: hoy vais á pelear, les dijo, valerosamente, la monarquía, y con ella la vida caballeros de España: dividió el ejército en dos columnas; la izquierda á su inmediato mando, y la derecha confiada á los caballeros.—En esta forma se arrojaron al ejército popular; mas como viese *Padilla* que ni aun en Villalar se detenian los soldados, pues su inclinacion era á no dejar de huir, volviéndose á los pocos nobles que llevaba adheridos á su causa, y algunos ginetes dispuestos á medir sus lanzas con los enemigos, les habló de esta manera.

—Vosotros veis como yo nuestra desgracia: los proletarios, menestrales y labradores rehusan el batirse. Solo resta que un puñado de valientes muramos para dar á los pueblos una prueba de nuestra fidelidad.

Acabadas estas palabras en lance tan fatal, volvieron caras contra el enemigo, y contuvieron el ímpetu primero de su crecida caballería.—Trabado ya el combate á la arma blanca, acometió por la derecha el conde de Benavente con la infantería, y una lluvia de dardos caian sobre los pocos esforzados de *Padilla*.—Los disparos de la artillería obligaron al conde sin embargo, á detener su arrojo en la mitad del camino.—Acosados ya por todos los flancos, Saldaña que mandaba la artillería sin muchos conocimientos para jugarla, huyó con el pretesto de la lluvia y la humedad de la pólvora, dejando clavados los cañones en unos barbechos. (1) En lo mas recio de la pelea *Juan de Padilla*, buscando una muerte gloriosa enristró su lanza y dirigiendola contra Pedro Bazan, (por estar armado ligeramente y sin malla este caballero) le arrojó del caballo al primer golpe: generalizada la accion quedaron tendidos en la refriega mas de 400 hombres en solo diez minutos que duró.— Mezclados ya los combatientes fueron hechos prisioneros *Padilla* y los demas gefes de las ciudades mas visibles por su nobleza.—Por espacio de dos horas persiguieron los escuadrones de caballería á los fugitivos populares, matando á muchos é hiriendo á otros por la espalda; hasta que cansados ya se mandó por el conde dar cuartel al soldado raso con tal que arrojasen las armas.— De los rincones de las casas de Villalar sacaron despues muchos plebeyos que, segun con quien caian, los maltrataban ó dejaban marchar libremente.—Los campos de Villalar, cubiertos de armas y cadáveres ofrecian una vista lastimosa.....

Reunido el consejo de guerra aquella misma noche para determinar sobre la vida de *Padilla* y de los demas nobles prisioneros, opinó la mayoria porque se les decapitase al momento para quitar toda esperanza á los comuneros.— Eran las doce cuando les intimó el alcalde de córte la sentencia de que *serian degollados* á la mañana siguiente, menos Pedro Maldonado que le reservó la vida el conde hasta la resolucion del emperador, (fue decapitado despues en Valladolid):—Padilla recibió la noticia con aquella sangre fria, cual si le hubieran anunciado otra cosa, preparandose á morir con una resignacion verdaderamente cristiana. Al venir la aurora del 24 de abril de 1521, dia señalado para el fatal sacrificio, escribió dos cartas: una para su muger, doña Maria Pacheco, y otra para la ciudad de Toledo.— Lo original de estos dos escritos y las ideas que se abrigan en ellos, merecen apreciarse, porque dan á conocer el talento y el carácter hidalgo de *Padilla*.— Decia asi la carta á su esposa:

—Señora:

Si vuestra pena no me lastimára mas que mi muerte, yo me tuviera por bien aventurado, aun cuando fuese llorado por otros muchos.—Quisiera tener mas tiempo para escribiros algunas cosas dirigidas á vuestro consuelo: pero ni á mi me lo dan, ni yo querria dilatar la corona de laurel que espero:—Vos, señora, como cuerda sienta su desdicha, y no mi muerte, que siendo ella tan justa de nadie debe ser plañida.—Mi alma, pues ya otra

(1) Algunos historiadores dicen, que la inutilizó Pedro Maldonado.

cosa no tengo, dejo en vuestras manos: vos, señora, haced con ella como con la cosa que mas os quiso.— A mi padre y señor no escribo porque no me atrevo, pues Dios ha reservado para otro hijo su heredero en la ventura.— El verdugo me espera y no quiero alargar mas la carta por no dar lugar á que sospechen que trato de alargar la vida.— El criado Sousa, como testigo ocular y depositario del secreto de mi voluntad, os dirá lo que aquí falta.— Dejo este mundo, con el cuchillo á la garganta, para mi eterno descanso.—

J. de Padilla.

La otra carta, aunque lacónica está concebida en los términos siguientes.—

—A la ciudad de Toledo:

¡Luz del mundo..... corona de España! con la sangre de tu hijo *Juan de Padilla*, se refrescan tus pasadas victorias.— Si mi ventura no me dejó poner mis hechos entre tus hazañas, la culpa no fué mia; estuvo en mi mala estrella.— Como á madre te requiero me recibas, pues Dios no me dió mas que perder de lo que aventuré por ti.— Me pesa mas tu sentimiento que el sacrificio de mi vida. Pero mira.. .. que son vueltas de la fortuna que jamás tiene sosiego.— Voy al cadalso muy alegre porque muero por tu libertad: tu criarás á tus pechos quien podrá tomar enmienda de mi agravio. Muchas lenguas habrá que cuenten mi muerte, y mi fin te dara testimonio de mi deseo.— El alma te encomiendo, como patrona de la cristiandad: del cuerpo nada digo porque no es ya mio. No puedo escribir mas; tengo el cuchillo al cuello, con mas pasion de tu enojo que temor de mi pena.—

Concluidas las cartas fueron sacados con mucho aparato á la plaza de Villalar por el órden siguiente.—Padilla, general de los pueblos sublevados, iba el primero: Juan Bravo, caudillo de los Segovianos, el segundo; y Francisco Maldonado, de los Salamanquinos, el tercero.— Caminaba delante el pregonero publicando á grandes voces el género de muerte y la causa.— Pero llegando al suplicio, cuando estaban con las cabezas inclinadas sobre el tajo para recibir el golpe de la cuchilla, dijo el pregonero otra vez, dictando el alcalde «que eran castigados por traidores.»— No pudiendo sufrir Bravo en aquel trance la nota de traidor, esclamó con una voz que llegó al cielo:—

—Miente, el alcalde.—

Sonriéndose Padilla entonces le contestó:—

—¡Ah Bravo... Bravo! ayer éramos héroes; hoy somos traidores.— Ayer fué cuando debimos morir como nobles y valientes; pero hoy ya como verdaderos cristianos... como piadosos.—

¡Así acabó *Padilla* su jornada, víctima de su amor á la patria; y con él se sepultaron los comuneros de Castilla!—

V.

Vencido el partido popular con la muerte de su caudillo, no se descuidaron los contrarios en hacer mudar de aspecto todas las ciudades confederadas, ofreciendoles una amnistia general (fué confirmada despues por el emperador) sin esceptuar mas personas que los principales de los conjurados.—Los toledanos sin embargo, no sucumbieron: hicieron gran sentimiento por la desgracia de su general, y despues de un cumplido funeral, que respiraba luto por todas partes, fué presentada á las tropas la esposa de *Padilla*, acompañada del obispo Acuña y de una multitud numerosa.—La ternura con que les habló fué bastante para inflamar de nuevo á los populares, queriendo vengar las cenizas de su esclarecido compatricio.—Poco confiado Acuña del valor de aquellas masas, cuyo entusiasmo se evaporaba facilmente á presencia del peligro, determinó fugarse á Francia. No podia borrar de su imajinacion el suceso desgraciado de Villalar.—A los veinte dias de la muerte de *Padilla* meditó para ocultar mejor su retirada, llamar á un convite á todos los gefes populares; y en efecto habiendo concurrido á cenar aquellos, se los dejó en la mesa á media noche, huyendo disfrazado con direccion á Navarra, cuya provincia estaba invadida por un ejército francés, aprovechándose de la contienda interior de los españoles.—Conocido en Villamediana por un heraldo del duque de Nájera, fué preso por el alferez Perote, conduciéndole con buena escolta á la fortaleza de Simancas.—Allí se dió al obispo un trato correspondiente á su alta clase y dignidad.—

En su genio inquieto bien pronto concibió la idea de dejar el encierro, fugándose por un cubo del castillo.— Estaba una noche sentado al brasero conversando tranquilamente con el alcaide llamado Mendo Noguerol: en el delirio creyó que era la ocasion de poner en planta su pensamiento. Cojió de repente un puñado de ceniza; se lo tiró al alcaide, y mientras se limpiaba este los ojos, le arremetió con un cuchillo hiriéndole de muerte.—El hijo del alcaide que le servia de page, entró en la cámara al mismo tiempo que esto sucedia; mas como viese correr la sangre de su padre empezó á gritar con locura.... ¡alerta..... alerta!..... y como acudiese gente a esta consigna fué atado el agresor con mucha dificultad.—Entonces el alcalde don Rodrigo Ronquillo sumarió brevemente al obispo don Antonio Acuña, por el crimen tan alevoso sin guardar inmunidad de ninguna clase; y á los tres dias justos espió su delito, dándole garrote sobre una de las almenas de la fortaleza de Simancas por donde intentó escapar.—¡Así acabó tambien á poco tiempo el segundo caudillo de los comuneros de Castilla!—

Ni la desgracia de Acuña, ni las muchas tropas que amenazaban á Toledo, hicieron desmayar á sus naturales.—La esposa de Padilla tomó á su cargo la continuacion de la guerra, deseosa de vengar la muerte de su marido y la sostuvo nueve meses peleando con heroismo hasta que no pudo mas.—

El Conde de Haro, con el ejército vencedor de Villalar, hubiera podido hacer sucumbir facilmente á los toledanos; pero como los franceses habian ocupado la Navarra sin costarles nada, y trataban de poner sitio á Logroño, tuvo que volar con las tropas á Burgos, dejando á Toledo para despues.—Reunido allí el ejército, se dió el mando al duque de Nájera y marchó como el rayo en busca de los franceses.—En el campo de Ezquiros, junto á Pamplona, alcanzó las tropas invasoras, y allí mismo se dió la célebre batalla del 31 de julio de 1521, en la que fueron derrotados completamente los franceses por el valor castellano, quedando muertos en el campo mas de 6000 hombres; ganada toda la artilleria, y hecho prisionero el general Mr. Asparrós con las personas notables que le acompañaban.—Unos cuantos coraceros fueron los únicos que salvaron llevando á Francia la noticia de su derrota.—

Vuelto el ejército victorioso sobre Toledo no tenia ya que vencer.—Doña Maria Pacheco sin embargo, vestida con basquiña larga de estameña forrada de martas, corpiño de terciopelo, mangas estrechas y un sayuelo de buriel que le servia de capa, montaba á caballo: pasaba revista á los soldados; los alentaba con el estandarte popular, y hacia en fin las funciones de un valiente general con aplauso de los habitantes.—Así resistieron los Toledanos una lucha gloriosa de nueve meses á las órdenes de su generala, hasta que cansados de sus continuas fatigas, sin esperar socorro de otra parte, y promovida la discordia en el interior de la plaza, tuvieron que capitular entregándose á Zúñiga, conde de Miranda.—

Doña Maria no creyéndose segura porque veia vacilar la fidelidad de todos aquellos a quienes tenia por mas adictos á su causa, emigró con sus criados á Portugal, disfrazada de aldeana; llegando á Braga sin entrar en po-

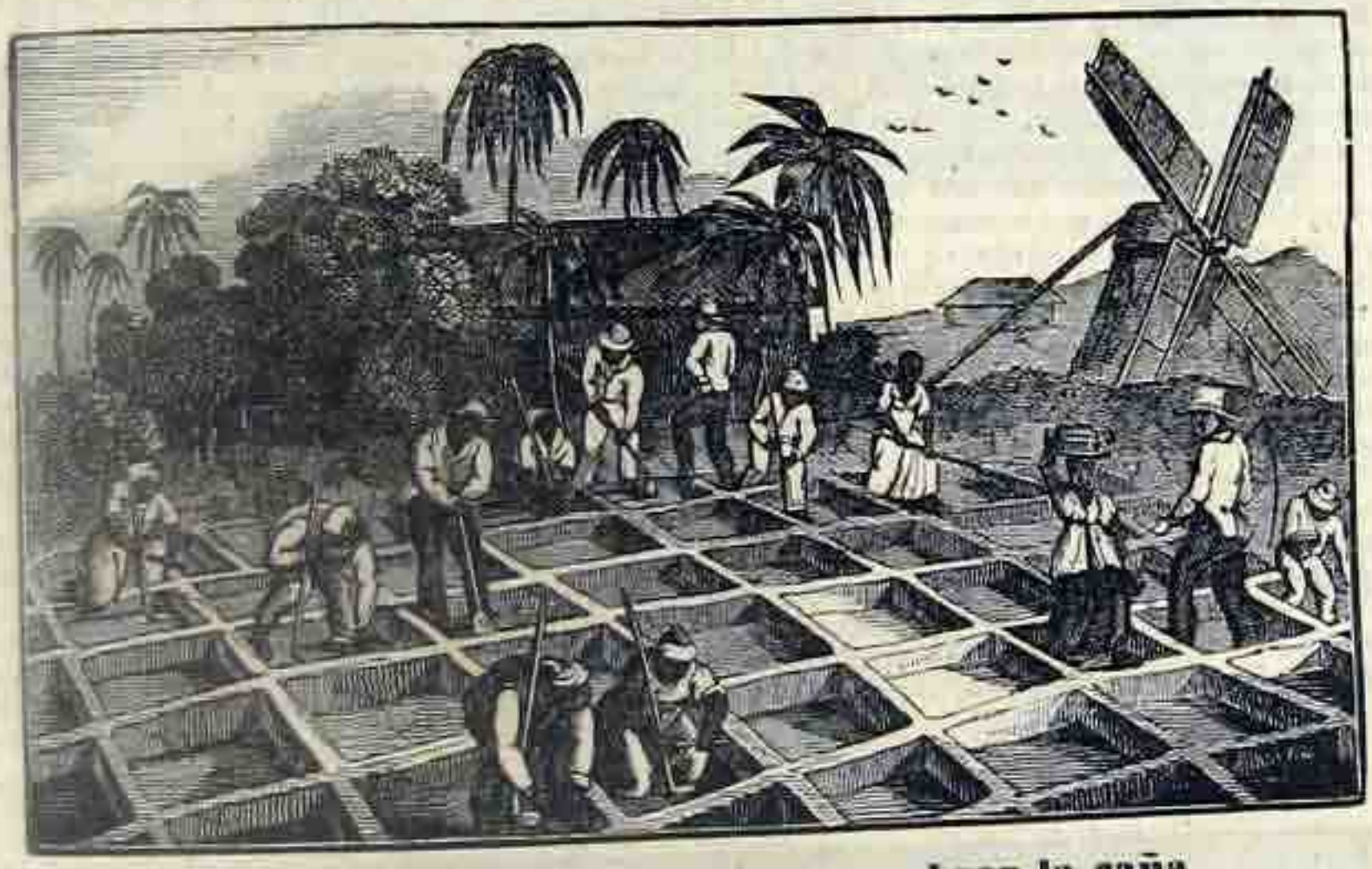
blacion, y fijando por último su residencia en Oporto.—
Fue muy considerada allí; pero llena de disgustos mu-
rió de una polmonía fulminante en Marzo de 1531.—

La ilustre proscrita dejó mandado en su última vo-
luntad, que llevasen sus cenizas frias á Villalar para unir-
las con las de su malogrado esposo.—No pudiéndose
cumplir el justo deseo con que bajó á la tumba, y enter-
rada que fué frente al altar de S. Gerónimo de la Seo de
Oporto, se la fijó un epitafio que decia asi:—

María.. de alta casa derivada,
De su esposo *Padilla* vengadora,
Honor del sexo.... yace aqui enterrada.—
Muriendo en proscripcion se vio privada
De ir cual quiso, á la tumba de su esposo;
Pero Sousa y Ficorhoo sus criados
Le procuraron sepulcral reposo.—
Luego que el cuerpo consumido fuere,
Bajo una losa deben verse unidos
Los restos de *consortes* tan queridos.—

JULIAN SAIZ. MILANÉS.

ESTUDIOS DE AGRICULTURA.



Preparacion del terreno para sembrar la caña.

LA CAÑA DE AZUCAR.

Entre las numerosas clases de caña que se conocen, [illegible] tan solo son las que se cultivan: la caña puntiagua-
da, originária de las Indias orientales, y la caña dulce
nsan de las Indias occidentales; se ignora si fué cono-
cida en la antigüedad; pues la historia hace mencion de
da mas que desde el tiempo de las Cruzadas, y aun
se cree que su descubrimiento fué una de las ventajas
que reportaron. En la isla de Chipre se plantaron cañas
en 1166 existia ya en Sicilia un molino ó ingenio de
azucar; en 1420 se propagó su cultivo en la Madera,
pocos años despues en Canarias, y á Cristobal Colon se
debe su introduccion en la isla de Cuba, en su segundo
viage.

En la América del sur, en las Indias occidentales, y
en las islas del mar pacífico crece y se propaga por si y
sin genero alguno de cultivo, pero aunque los natura-
les se servian de ella como de un alimento, ignoraban
de todo punto los medios de estraer el azucar. Un ve-
neciano descubrió á fines del siglo diez y seis el arte
de refinarla, y su secreto oculto algun tiempo acabó por
ser conocido en toda la Italia, Francia, Inglaterra, la Es-
paña y poco á poco de Europa entera; pero la Fran-
cia particularmente adquirió muy pronto una gran supe-
rioridad en esta manipulacion.

La labor que necesita la plantacion de la caña, es
considerada como el trabajo mas penoso de los negros,
y así durante las horas mas fuertes del calor suspenden
sus faenas para descansar, y durante el tiempo que se
ocupan de ella es mayor tambien su racion que la que
disfrutan ordinariamente. Preparan el terreno ahondando
hasta que lo disponen en hoyos de tres ó cuatro pies en
cuadro; para esto hay negros encargados de determinar
los ángulos, que lo hacen clavando estacas en los puntos
que limita la figura de la labor, y auxiliados de una lar-
ga cadena que les sirve en este trabajo para darle toda la
regularidad necesaria. En las escarpas que forman los la-
dos de los cuadros con la tierra estraida de ellos, siem-
bran batatas, y en el fondo de estos yaro y muchas veces
tambien trigo indio. Acabada la recoleccion de estas se-
millas, abonan de nuevo el terreno y componen las case-
tas destinadas á recibir la caña.

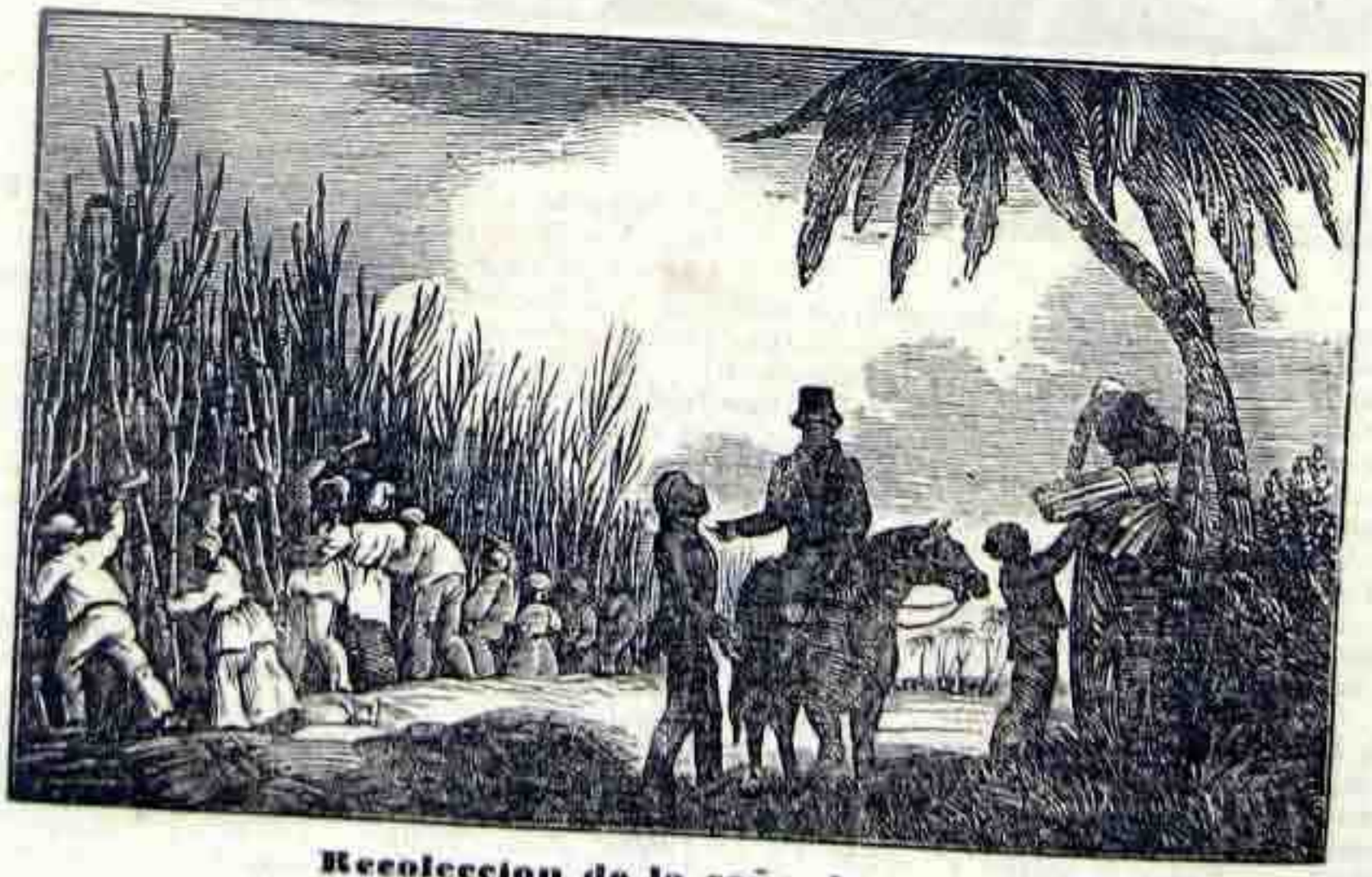
—Esta se propaga por medio de varetas ó estacas de diez ó doce pulgadas de largo, y las ponen en agua por espacio de veinte y cuatro horas antes de plantarlas, y si la tierra no tiene suficiente humedad en el momento de la plantacion, lian los vástagos en haces pequeños, los cubren de hoja de la caña, y los riegan abundantemente dos ó tres veces al dia. La lluvia es absolutamente necesaria para el desarrollo de esta planta, y una seguia prolongada despues de estos cuidados los haria infructuosos. Cuando la estacion es favorable clavan en cada cuadro dos ó tres vástagos; pero los mas esperimentados las entierran en posicion horizontal, dejando al nivel de la superficie y descubiertos los nudos de donde debe brotar la yema.

Al cabo de once ó doce meses hacen la recoleccion, y para asegurarse de si ha llegado á su completo estado de madurez, cogen una caña para muestra, la esprimen y el jugo que presta le dejan al sol para que se evapore la parte acuosa y segun el aspecto que presenta la otra parte que se cristaliza, asi determinan si está en disposicion de segarse. Para esto se colocan los negros en una hilera y armados de hachas cortas, tronchan la parte superior de la caña que es la reservada para la plantacion: esta última la conservan cuidadosamente, y el resto las cortan en trozos de tres pies de largo juntandolos en haces que atan con los tallos mas tiernos que son verdes y flexibles. Los segadores á medida que avanzan van arrancando las hojas que pasan de mano en mano y se amontonan á alguna distancia, con objeto de despejar el tránsito á los negrillos mas jóvenes que son los que atan los haces; las mujeres los transportan en la cabeza hasta la entrada del molino y entonces los desatan y depositan á un lado las cañas verdes que los ligaban y que sirven para alimentar el ganado.

Tres cilindros colocados unos al lado de los otros, constituyen la parte inferior del ingenio ó molino, entre cuyas superficies se prensa la caña á impulsos del movimiento de dos ruedas dentadas. El negro encargado de alimentarle se mantiene incesantemente á su vista, y cuando hace mucho viento es tan rápido y precipitado el trabajo que apenas bastan dos hombres: el jugo pasa sucesivamente por un canal de madera, construido por bajo de los cilindros, á un receptáculo colocado á un costado del molino en donde se encuentran dos especies de tamices tambien de madera y en los que se purifica de todas las particulas de caña ó fibras que pudiera arrastrar consigo; pasando despues a otro conducto de metal que termina en el local donde están situadas las calderas. La caña despues de prensada resbala por si misma por un plano inclinado que atraviesa la pared y que la despide á un depósito contiguo, en el que se hallan una porcion de viejos y mugeres entretenidos en recogerlas y ponerlas á secar al sol y se sirven de ellas despues para hacer lumbre.

La sustancia de la caña vá á depositarse en inmensas calderas de cobre que algunas contienen 600 gallons que equivalen próximamente á unas 2400 pintas; esta enorme masa de liquido está puesta al fuego y á una altura menor en un grado del que necesita para hervir el agua natural; se ponen algunos cantos de cal que hacen subir á la superficie todos los cuerpos estraños que se agitan en el liquido, se trasiega despues á otra caldera llamada el *clarificador*, donde la despuman hasta que aparece transparente, pero cuidando mucho de que no levante hervor; despues la pasan á otra caldera, pues que regularmente son cuatro, pero de mas cabida que las anteriores; en esta la dejan hervir y la despuman nuevamente hasta que el jugo se purifica y adquiere cierto grado de consistencia; entonces suele estar de un color parecido al de el vino de Madera, y ya mas reducido su volúmen por la ebullicion, la pasan sucesivamente á otras calderas menos espaciosas, y si aun no ha adquirido toda la transparencia que se desea, se la purifica nuevamente. En el mismo local hay generalmente seis grandes vasos ó artesas de madera de once pulgadas de profundidad y de siete pies de largo por cinco de ancho. En estos depósitos se vá enfriando y coagulando poco á poco hasta que toma la forma de una masa irregular de cristal, quedando aposada en el fondo la melaza.

Todos los dias transportan el azucar de la vispera á unas grandes barricas, donde la tienen cinco ó seis semanas de modo que la parte no cristalida desciende gota á



Recoleccion de la caña de azucar.



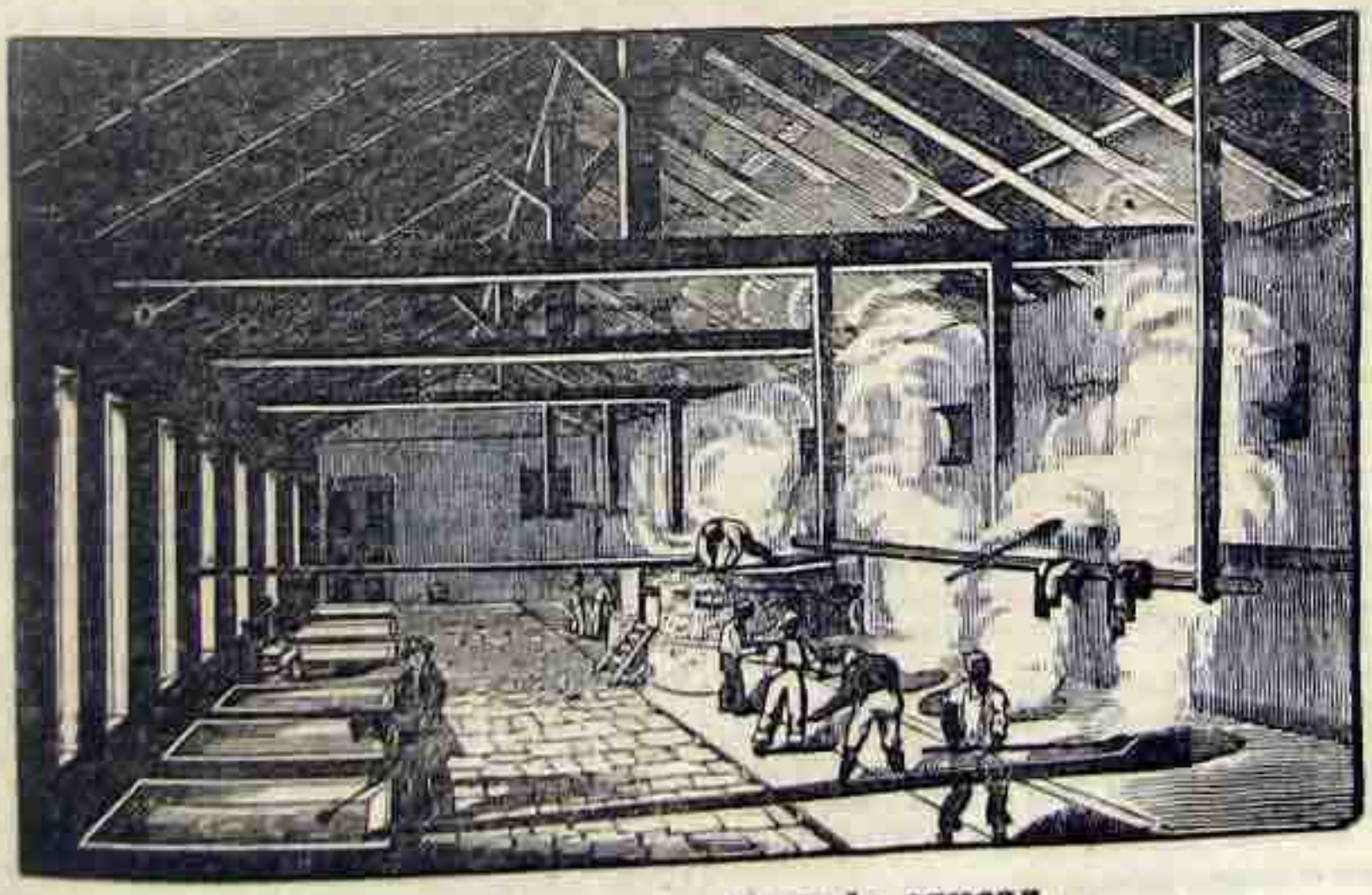
Ingenio de azucar.

ria en un depósito que hay preparado para recibirla; despues sufre otras preparaciones por medio de las que se obtiene una azucar mas ó menos clara, y cuando ha dejado de correr se tapa la barrica y ya está dispuesta para la esportacion.

El escesivo calor del clima hace hervir el jugo al instante mismo que se estrae de la caña y el intérvalo de media hora bastaria para que fermentase.

Los refinadores prefieren los azúcares que presentan superficies mas agudas y brillantes, y cuyo color tira un poco á gris; las que tienen el grano menos pronunciado y el color amarillento son poco estimadas; esta es la razon porque los azúcares de las Indias orientales no son admitidos en el comercio, y porque es imposible refinarla ni conseguir una cristalizacion perfecta; es una azucar que degenera casi hasta ser parecido al de la pasa.

El trabajo de los refinadores consiste en despojar el azucar en bruto ó de primera mano de las sustancias grasientas de que se halla aun impregnada. Para conseguirlo disuelven el azucar con agua de cal, lo pasan por diferentes vasijas haciéndolo hervir y despumándolo de todo lo que arroja á su superficie por efecto de la ebullicion; despues lo hacen pasar por una manga de una tela de lana muy gruesa y tupida; se pone nuevamente á hervir y



Aparato para clarificar la azucar.

se ajita con una batidera; esta azucar imperfecta aun y caliente, se vierte en vasijas de barro que llaman formas. Tienen la figura de un cono hueco y en el punto donde termina hay hecho un agujero que cuidan de tapar con un paño mojado. Estas vasijas las tienen colocadas en posicion inversa á su figura, es decir, la base arriba.

Cuando el azucar puesta en las formas empieza á enfriarse, se cubre su superficie de una capa cristalina que se quiebra facilmente; se quita el paño que impide se escape la parte no cristalizada; se agujerea con una lesna y se introduce en moldes de dimensiones proporcionadas á la cantidad de liquido que debe desprenderse; despues de cinco ó seis dias se retiran las formas para enterrarlas. Esta operacion consiste en cubrir con azucar en polvo la base y en llenar los vacios producidos por el descenso de la parte liquida con una disolucion de arcilla. Cuando se hallan los panes en esta disposicion, se cierran enteramente las puertas y ventanas para impedir que el aire esterior deseque esta tierra; el agua que contiene filtra poco á poco por entre las moleculas de azucar, dilata la parte superflua que la colorea, y arrastrada por su peso, desciende á otras vasijas colocadas para recibirla debajo de las formas: al cabo de algunos dias se quita la tierra ya totalmente desecada, se repite toda esta operacion, y cuando ha producido su efecto, no resta mas que trasportar los panes á la estufa donde cuidan de mantener un calor siempre igual.

No son las cañas solamente las que suministran el azucar; la sabia del álamo blanco contiene un jugo de un gusto azucarado muy agradable, y que se obtiene fácilmente haciendo una incision en el tronco del árbol cuando empieza á brotar la hoja. El arce del Canadá contiene un jugo dulce tambien que los naturales recogen igualmente por medio de una incision y con el que hacen un licor fermentado que equivale al azucar; pero aunque por distintos procedimientos se consigue de estas sustancias un resultado que se aproxima mucho al azucar de caña, nunca llega á adquirir la blancura de esta.

La Francia á consecuencia de las guerras con Inglaterra y de la incomunicacion con sus colonias, trató y ha logrado en efecto reemplazar la azucar de caña con un producto indígeno: en la actualidad la azucar de remolacha que se fabrica en muchos puntos de aquel reino puede sin disputa rivalizar con la del Nuevo Mundo. En España y aun en Madrid mismo se ha tratado del establecimiento de fábricas de azucar de remolacha, pero aquí no podrá conquistar nunca esta planta la voga que ha adquirido en otros paises porque en nuestras costas del Medio dia se cria la caña de azucar, siempre preferible, y casi tan buena como la de América.

ESTUDIOS LITERARIOS.

MARIA. (1)

IV.

EL REFUJIO.

La señora Lydoria halló al obis, o maquinalmente arrellanado en un ancho sillon entregado á mil dorados ensueños. Al ver á su hermana que vino a interrumpir bruscamente su mueile felicidad, la beatitud soñolienta de su semblante, dulcemente animada con los recuerdos de sus juveniles años, tomó de repente una espresion resignada que no se escapó á la vieja.

—Mi presencia te incomoda, hermano, le dijo con una voz ahogada por la cólera, pero los motivos que me traen á tu lado son graves y no admiten espera. Un escandalo vergonzoso deshonra tu casa! Si no le pones inmediatamente término, tendré que marcharme de ella.

—¡Ojalá! dijo para si el obispo.

Pero en vez de esperar esta idea con sus labios ó con sus miradas, aproximó un sillon á la condesa y se volvió hácia ella para escucharla; pero la señora de Penevent, estaba demasiado ajitada para sentarse, ni permanecer quieta en un sitio. Asi es que recorria á grandes pasos la sala y cargaba fuertemente los pies sobre el pavimento. Sin este movimiento lleno de violencia, tal vez no hubiera podido hacer salir la voz de su garganta contraida por la cólera, si bien esta voz solia articulada con sonidos asperos y guturales.

—Maria! esclamó al fin, Maria!.... tú protejida! Ahora mismo acabo de sorprenderla haciendo gestos desde la ventana de su cuarto á un jóven, al pañero Juan Pastelot! He tenido que arrancarla de la ventana, que encerrarla en mi cuarto despues de haberla reprendido, como merecia; su indigna conducta!.... Y ahora vengo.... ¿Qué es eso? Te ries de lo que digo? ¿Parece que estas satisfecho de tu propia deshonra, pues que la deshonra es de tu casa? Por santa Lydoria, mi patrona, que esto es para volver loca á cualquiera!

En efecto habíase dilatado la fisonomia del obispo á las palabras de la señora Lydoria: cuando le refirió la supuesta intriga de Maria con el pañero, frotóse las manos y se aproximó á la chimenea para calentarse mas voluptuosamente las plantas de sus dos gruesos pies. El disgusto no apareció en sus facciones sino desde el momento en que la condesa contó los medios de violencia empleados por ella.

—Todo se ha perdido!.... Todo se ha perdido! hermana, dijo con cierto aire de importancia y sonriéndose como para desmentir algo sus palabras. Si hubieras fingido no ver nada, antes de quince dias hubiera recibido la visita de maese Juan Pastelot, que vendria muy humildemente á pedirme la mano de mi protejida. Juan Pastelot es un buen muchacho, incapaz de amar a una doncella con otros fines que los de casarse con ella, sobre todo cuando esta doncella está bajo mi proteccion! El es piadoso, morijerado; provee de paños y seda a nuestra casa episcopal, pero por tus gritos y tu caracter violento todo lo hemos perdido. Te lo repito, tú has ahuyentado á los hermosos pájaros que principiaban á gorjear la cancion del amor y ahora nos costará un trabajo inmenso volverles la voz.

—¿Qué estás diciendo?

Digo que Maria no hallará un esposo mejor que Juan Pastelot y que quiero reparar el daño que has causado á sus amores ahuyentándolos tan imprudentemente. En fin, con el favor de Dios espero poner las cosas en buen camino.

—Y es asi como debes mirar por el honor de tu casa? ¿Es asi como cumples lo que el deber te impone? Ya sé lo que debo hacer! esclamó la condesa, lanzándose fuera de la habitacion de su hermano y cerrando la puerta

(1) Véase el número anterior.

con tal violencia que pareció estallar un trabucazo; toda la casa se estremeció desde sus cimientos.

El obispo sin prestar atencion á este acto de violencia, cojió un pito de plata y á su sonido acudió uno de sus pages.

—Vé á la tienda del *Arbol rojo*, en casa de maese Pastelot el pañero, y di que tenga la bondad de venir inmediatamente, dijo el obispo. Si te pregunta el motivo de este llamamiento, dile que tal vez necesitaré paño para una sotana nueva.

El page obedeció y el obispo se aproximó un poco mas á la chimenea, porque al salir su hermana y el page habian penetrado por la puerta una corriente de aire frio.

Apenas habian transcurrido diez minutos cuando maese Pastelot se hallaba á las órdenes del obispo, quien no pudo menos de admirarse de la serenidad del jóven.

—Oh! oh! dijo para sí el mozo es menos novicio de lo que yo creia; ahora será mas difícil la empresa.—

Salve, maese Pastelot, dijo echándo alegremente su bendicion al jóven que se habia arrodillado, y haciéndole señas para que se levantára y se sentára á su lado. Como están vuestra respetable madre y vuestra linda hermana Juana?

—Monseñor les hace honor y á mi tambien, replicó el pañero.

—No os falta mas que una muger y un hijo para ser el mas feliz de los hombres. Logrado esto creo que nada mas desearia en este mundo.

—Monseñor dice bien.

—Pues por qué no os casais?

—Porque todavia soy muy jóven, monseñor; ademas no es cosa tan facil casarse.

—Por qué? Vos sois un buen muchacho; no hay en todo Soissons un almacen mas acreditado que el vuestro y que poseais cuatro buenas casas. Por nuestra señora de Soissons, no conozco villana ni señorita noble que no se considerara muy feliz de teneros por esposo. Podeis pedir la mano de la que mas os agrade, y tan luego como dijeseis vuestra eleccion tendriais una esposa.

—Monseñor me trata con demasiada benevolencia! Pero sabe, monseñor, por qué se me ha llamado?

Mirad el picaruelo! murmuró el prelado. ¡Por Santa que su sangre fria hubiera hecho honor al mas esforzado caballero de la corte del loco rey Enrique III! Vamos, amigo, no hay para que disimular; todo se sabe. Os han visto hacer señas y dirijir miradas á una linda jóven la que merece vuestra eleccion.

—Os juro, monseñor, que no comprendo una palabra de lo que me decis. El obispo se inmutó al ver la sangre fria de Juan.

—Pues que, dijo, ahora mismo no estábais haciendo señas á mi pupila Maria?

El pañero no pudo menos de sonreirse.

Monseñor, replicó, ahora mismo estaba retozando en mis juegos con mi madre y mi hermana; Juana vió en una ventana de vuestro palacio á una muger que nos miraba, y cesamos en nuestros juegos, porque nos avergonzaba de ser sorprendidos en estos juegos por vuestra respetable hermana la señora condesa de Penevent. Desde entonces cuando conocimos que era la señorita Ma-

Sonrióse á su vez el obispo; pero acompañó á su sonrisa un suspiro ahogado, porque conoció que Juan decia la verdad.

—Conozco, amigo mio, que ha habido un error en todo esto. Y que no es cierto que hacias señas á mi pupila ni á mis hermanos. Perdonad, amigo mio. Mañana pasaré á mi sastre á vuestro almacen para que compre todo lo que sea necesario para una sotana nueva. Hasta

Juan volvió á arrodillarse para recibir la bendicion episcopal que le dió el prelado; despues, cuando el jóven se hubo retirado, corrió con toda la viveza que le permitian sus viejas piernas al departamento de su hermana.

—Todo ha sido un engaño, le dijo sentándose porque la precipitacion que empleó para justificar á su protejida le habia dejado sin aliento. No hay la menor intriga entre maese Juan y Maria; Pastelot, añadió reprimiendo una sonrisa, creia que eras tú, hermana, la que estaba en la ventana.

La sonrisa del obispo no se escapó á la mirada penetrante de la señora de Penevent, que se puso todavia mas pálida de rabia, pero se dominó y contestó:

—Poco me importa que seas el juguete de maese Juan el pañero! Afortunadamente no tengo porque ocuparme ya de sus intrigas insolentes y de sus escusas mas insolentes todavia.

—Luego sabeis tambien la verdad como yo?

—Sé, sé que he echado del palacio episcopal á la que no se avergonzó de introducir en él el escandalo!

—A Maria! has echado á María! lanzar vergonzosamente de mi casa á esa pobre niña que no ha cometido otra culpa que tu malicia y tu maldito caracter! Donde está? Quiero que vuelva á mi casa. No consiento que salga de ella! ¿Qué será de la pobre niña que no tiene mas apoyo en el mundo que yo? Como! despues de calumniarla vergonzosamente, quieres reparar tu falta echándola á la calle! Bastante tiempo he sufrido tus caprichos, pero por el santo sacrificio de la misa que esta vez no será asi!

Y salió dejando á su hermana estupefacta al ver por la primera vez despues de diez años á su hermano contrariarla abiertamente.

Cuando la condesa salió de la habitacion de su hermano, entró montada en cólera en el cuarto donde habia encerrado á María. Sin proferir una palabra, la cojió por el brazo, la condujo ó mas bien la arrastró hasta la puerta esterior del palacio episcopal, y allí, enseñándole el umbral, le dijo: Si volveis á poner los pies en esta casa, haré que os echen á palos como merecen las muchachas de vuestra clase. Id á buscar al cómplice de vuestras intrigas, pero no pronunciéis jamás mi nombre ni el de mi hermano, si no quereis que os eche el verdugo del pueblo, como yo os echo de esta casa.

Y se entró dejando á la pobre María desolada, y moribunda, la cual desmayándose al fin cayó en la escalera con la cara oculta entre las manos. En aquel momento salió Juan Pastelot, tan preocupado de su singular conversacion con el obispo, que sin verla tropezaron sus pies con la infeliz muchacha. Esta levantó maquinalmente la cabeza y Juan reconoció á la protejida del obispo.

—Señorita María! exclamó.

Esta solo contestó con suspiros.

—Todo lo comprendo ahora, dijo: esa infame mujer os ha echado! Quiere vengarse en vos de su grosero engaño y yo soy la causa inocente de vuestra desgracia! Veamos, añadió dulce y afablemente, cuales son vuestros proyectos? Qué vais á hacer? porque es un deber mio ayudaros con mis consejos y mi apoyo. Dónde quereis que os conduzca?

—¡Ay! yo misma no lo sé! No conozco á nadie en el mundo! Estoy sin asilo y sin protectores! solo me resta morir!

—No será asi, replicó el compasivo jóven, conmovido de tanta afliccion, no quiero que se diga que os dejo abandonada á tanta desesperacion. Pero como no sea este el sitio ni el momento mas apropósito para semejante conversacion, hacedme el honor de venir á casa de mi madre. Allí encontrareis una proteccion mas útil y mas positiva que la que puede ofreceros un jóven como yo. Enjugad vuestras lágrimas, señorita, porque os juro por

la salvacion de mi alma, que ni mi madre ni yo os abandonaremos jamás.

—Bien pensado! bien dicho! interrumpió una voz bronca, pero benigna, que nada menos era que la del obispo, quien aproximándose á Juana y María, sin meter ruido, pudo oir su conversacion. Bien pensado y bien dicho! Todo lo he oido! Sois un buen muchacho, maese Pastelot, y tú María, á pesar de las necias é injustas prevenciones de mi hermana, volverás á mi palacio y ella tendrá que confesar los agravios que te ha hecho.

María hizo un gesto de espanto y se aproximó instintivamente al pañero.

—En realidad, continuó el obispo, la vida que te dá mi hermana no es soportable y los acontecimientos de hoy no la harán mejor. Por otro lado si te refugias en casa de maese Pastelot, mi hermana cantará victoria, y á decir verdad, la calumnia hará entonces mejor su oficio, pues preguntará por qué has escojido un refujio precisamente en la casa del que se le acusa que amas. Es preciso pues, apelar á otro medio para arreglar todo esto.

—Ese medio es muy sencillo, objetó Juan.

—¡Como! esclamó el obispo estupefacto, lo habeis encontrado? Y cual es ese medio, amigo mio?

—Que lleveis á la señorita María á casa de mi tia Catalina Magerin la hermana de mi madre, que tiene un almacen de modas en la Plaza mayor, conocido con el nombre de la *Perla de oro*, y le digais que quereis que la señorita entre de aprendiza. Vuestra recomendacion vencerá todas las dificultades y mi tia Margerin acordará cosas mas difíciles que esta á una visita personal de monseñor el obispo.

—¿Qué le parece este proyecto, querida mia? dijo el obispo.

—¡Oh! lo acepto agradecida.

—Bien! muy bien! esclamó el prelado. Enjuga tus ojos, María, y apóyate en mi brazo. Y vos, amigo mio, volved á vuestra tienda y punto en boca sobre todo esto. Este es un secreto que debe quedar entre nosotros cuatro: mi hermana, que jamas sale de casa, yo que le guardaré y vosotros dos, á quienes prohibo decir una sola palabra, ni aun á nuestra tia, Juan, ni á vuestra madre y mucho menos á vuestra linda hermana. Afortunadamente nadie ha pasado por delante del palacio durante nuestra conferencia, y yo he procurado teneros ocultos detras de esta columna. Adios, maese Pastelot.

El pañero saludó al obispo inclinándose hasta el suelo y María y su protector se dirijieron á la tienda de modas.

La señora Margarita hallábase ocupada en servir á algunos parroquianos cuando vió al prelado entrar en su casa. En el acto todos los concurrentes se arrodillaron y el obispo les dió su bendicion. Júzguese cual seria la admiracion y la alegria de la modista al recibir á la ilustre visita.

—Me alegro de veros tan buena, mi querida señora, Margerin, dijo el obispo en alta voz y de modo que le oyesen todos los compradores que llenaban el almacen, porque sabia cuan dulce era aquella publicidad para la modista. Vengo á pediros un favor: aqui teneis una muchacha que amo como si fuera hija mia: no piensa mas que en aprender á bordar y en el comercio de telas, y he resuelto que vos seais su muestra. Aqui os la traigo: vuestras condiciones serán las mias: ademas yo vendré frecuentemente á visitar á mi pupila y hablar con vos.

Volvió á echar su episcopal bendicion á la arrodillada concurrencia, saludó á la señora Margerin, besó á María en la frente y se retiró dejando á la modista llena de orgullo y de alegria. Esta despachó con la mayor celeridad á sus parroquianos, y acercandose despues á su nueva discípula le pidió permiso para abrazarla. Merced á sus maneras afectuosas, la señora Margerin no tardó en captarse la amistad de la pobre niña, que poco há habia sido tan maltratada por la temible hermana del obispo.

Terminados estos obsequiosos preliminares instaló María en un lindo cuarto, el mejor de toda la casa, y se ocupó en seguida del ajuar de su jóven huéspeda, porque los vestidos de seda que acostumbraba á ponerse en casa de su tio no cuadraban ya á su nuevo estado. Ambas se pusieron á cortar sobre el mostrador y al anochecer casi habian concluido un vestido como en aquella época llevaban las muchachas de la clase media de Soissons. Al dia siguiente todo el mundo en la ciudad sabia que monseñor el obispo habia puesto en calidad de aprendiza á su pupila en casa de la señora Margerin, y todo el mundo envidiaba á la modista, sobre todo cuando vieron al obispo ir á visitarla segunda vez á la mitad del dia, á aquella venturosa mujer sentarse familiarmente en la trastienda y no desdeñarse de beber un vaso de escelente vino de grosella que ella sabia preparar, como monseñor se complacia en decirla, mejor que todas las amas de gobierno pasadas, presentes y futuras.

V.

MAESE PASTELOT TOMA ESTADO.

La señora Catalina Margerin, hija de un rico vecino de Soisons, se casó á los 21 años con un jóven comerciante de telas á quien amaba desde su infancia y que vivia en la vecindad. Jamas la mas leve ajitacion turbó sus puros y cándidos amores, y su union no fué menos tranquila ni menos feliz. El trabajo y la ternura, tal fué su vida hasta el dia fatal en que la muerte vino á arrebatar á Margerin despues de quince años de matrimonio. Catalina estubo á punto de sucumbir bajo el peso de su dolor, y sin los tiernos cuidados de su hermana, la señora Pastelot, la desesperacion la hubiera conducido al sepulcro; pero el afectuoso cariño de aquella escelente muger la volvió á la vida, y poco á poco se resignó á la cruel separacion que la dejaba entregada á tan grande y triste aislamiento.

Diez años hacia ya que le habia sucedido esta desgracia y sin embargo aun vestia luto; pero habia recuperado insensiblemente su jovialidad. Sola en su tienda de la que no salia sino muy de madrugada para ir á misa, jamas se habia quejado de la voluntad de Dios. Sin embargo, cuando dos esposos pasaban por delante de su tienda, suspiraba y si algun niño de sonrosadas mejillas y carita redonda venia á jugar delante de la puerta de su casa, sentia llenarse sus ojos de lágrimas. Y no se diga que desde la muerte de Margerin, no hubiera podido casarse ventajosamente, pues, á pesar de sus cuarenta y cinco años, Catalina estaba todavia fresca y hermosa; pero á todas las proposiciones de casamiento que se le hicieron, respondió siempre con una terminante negativa, alegando que habia hecho firme propósito de llevar hasta la muerte el nombre del marido que por espacio de quince años la habia dado tanta felicidad. En nada alteró su antiguo género de vida: solo recibió á su servicio á una criada anciana, mas bien para que la hiciera compañia, que por los cuidados que pudiera prestarle. Con tales antecedentes puede inferirse cual seria la acojida que hallaria María al lado de aquel pobre corazon despojado del único afecto que le habia llenado. Catalina principió á amarla desde luego como hubiera amado á su hija si Dios le hubiese concedido una. María encontró en aquella ternura sencilla y dulce lo que jamás le habian dado ni la brutal proteccion de la condesa, ni la insuficiente benevolencia del obispo, ni la envidiosa fraternidad de sus compañeras de convento, ni aun el cariño de la vieja abadesa; porque en las maneras de esta habia un no sé què de respetuoso para la niña, que reprimia las efusiones del corazon. La señora Catalina por el contrario, amaba á su aprendiza como á una compañera, con el

la salvacion de mi alma, que ni mi madre ni yo os abandonaremos jamás.

—Bien pensado! bien dicho! interrumpió una voz bronca, pero benigna, que nada menos era que la del obispo, quien aproximándose á Juana y María, sin meter ruido, pudo oir su conversacion. Bien pensado y bien dicho! Todo lo he oido! Sois un buen muchacho, maese Pastelot, y tú María, á pesar de las necias é injustas prevenciones de mi hermana, volverás á mi palacio y ella tendrá que confesar los agravios que te ha hecho.

María hizo un gesto de espanto y se aproximó instintivamente al pañero.

—En realidad, continuó el obispo, la vida que te da mi hermana no es soportable y los acontecimientos de hoy no la harán mejor. Por otro lado si te refujias en casa de maese Pastelot, mi hermana cantará victoria, y á decir verdad, la calumnia hará entonces mejor su oficio, pues preguntará por qué has escojido un refujio precisamente en la casa del que se te acusa que amas. Es preciso pues, apelar á otro medio para arreglar todo esto.

—Ese medio es muy sencillo, objetó Juan.

—¡Como! esclamó el obispo estupefacto, lo habeis encontrado? Y cual es ese medio, amigo mio?

—Que lleveis á la señorita María á casa de mi tia Catalina Magerin la hermana de mi madre, que tiene un almacen demodas en la Plaza mayor, conocido con el nombre de la *Perla de oro*, y le digais que quereis que la señorita entre de aprendiza. Vuestra recomendacion vencerá todas las dificultades y mi tia Margerin acordará cosas mas difíciles que esta á una visita personal de monseñor el obispo.

—¿Qué te parece este proyecto, querida mia? dijo el obispo.

—¡Oh! lo acepto agradecida.

—Bien! muy bien! esclamó el prelado. Enjuga tus ojos, María, y apóyate en mi brazo. Y vos, amigo mio, volved á vuestra tienda y punto en boca sobre todo esto. Esto es un secreto que debe quedar entre nosotros cuatro: mi hermana, que jamás sale de casa, yo que le guardaré y vosotros dos, á quienes prohibo decir una sola palabra, ni aun á nuestra tia, Juan, ni á vuestra madre y mucho menos á vuestra linda hermana. Afortunadamente nadie ha pasado por delante del palacio durante nuestra conferencia, y yo he procurado téneros ocultos detras de esta columna. Adios, maese Pastelot.

El pañero saludó al obispo inclinándose hasta el suelo y María y su protector se dirijieron á la tienda de modas.

La señora Margarita hallábase ocupada en servir á algunos parroquianos cuando vió al prelado entrar en su casa. En el acto todos los concurrentes se arrodillaron y el obispo les dió su bendicion. Júzguese cual seria la admiracion y la alegria de la modista al recibir á la ilustre visita.

—Me alegro de veros tan buena, mi querida señora, Margerin, dijo el obispo en alta voz y de modo que le oyesen todos los compradores que llenaban el almacen, porque sabia cuan dulce era aquella publicidad para la modista. Vengo á pediros un favor: aqui teneis una muchacha que amo como si fuera hija mia: no piensa mas que en aprender á bordar y en el comercio de telas, y he resuelto que vos seais su muestra. Aqui os la traigo: vuestras condiciones serán las mias: ademas yo vendré frecuentemente á visitar á mi pupila y hablar con vos.

Volvió á echar su episcopal bendicion á la arrodillada concurrencia, saludó á la señora Margerin, besó á María en la frente y se retiró dejando á la modista llena de orgullo y de alegria. Esta despachó con la mayor celeridad á sus parroquianos, y acercándose despues á su nueva discípula le pidió permiso para abrazarla. Merced á sus maneras afectuosas, la señora Margerin no tardó en captarse la amistad de la pobre niña, que poco ha habia sido tan maltratada por la temible hermana del obispo.

Terminados estos obsequiosos preliminares instaló María en un lindo cuarto, el mejor de toda la casa, y se ocupó en seguida del ajuar de su jóven huéspeda, porque los vestidos de seda que acostumbraba á ponerse en casa de su tio no cuadraban ya a su nuevo estado. Ambas se pusieron á cortar sobre el mostrador y al anochecer casi habian concluido un vestido como en aquella época llevaban las muchachas de la clase media de Soissons. Al dia siguiente todo el mundo en la ciudad sabia que monseñor el obispo habia puesto en calidad de aprendiza á su pupila en casa de la señora Margerin, y todo el mundo envidiaba á la modista, sobre todo cuando vieron al obispo ir á visitarla segunda vez á la mitad del dia, á aquella venturosa mujer sentarse familiarmente en la trastienda y no desdeñarse de beber un vaso de escelente vino de grosella que ella sabia preparar, como monseñor se complacia en decirla, mejor que todas las amas de gobierno pasadas, presentes y futuras.

V.

MAESE PASTELOT TOMA ESTADO.

La señora Catalina Margerin; hija de un rico vecino de Soisons, se casó á los 21 años con un jóven comerciante de telas á quien amaba desde su infancia y que vivia en la vecindad. Jamas la mas leve ajitacion turbó sus puros y cándidos amores, y su union no fué menos tranquila ni menos feliz. El trabajo y la ternura, tal fué su vida hasta el dia fatal en que la muerte vino á arrebatar á Margerin despues de quince años de matrimonio. Catalina estubo á punto de sucumbir bajo el peso de su dolor, y sin los tiernos cuidados de su hermana, la señora Pastelot, la desesperacion la hubiera conducido al sepulcro; pero el afectuoso cariño de aquella escelente muger la volvió á la vida, y poco á poco se resignó á la cruel separacion que la dejaba entregada á tan grande y triste aislamiento.

Diez años hacia ya que le habia sucedido esta desgracia y sin embargo aun vestia luto; pero habia recuperado insensiblemente su jovialidad. Sola en su tienda de la que no salia sino muy de madrugada para ir á misa, jamás se habia quejado de la voluntad de Dios. Sin embargo, cuando dos esposos pasaban por delante de su tienda, suspiraba y si algun niño de sonrosadas mejillas y carita redonda venia á jugar delante de la puerta de su casa, sentia llenarse sus ojos de lágrimas. Y no se diga que desde la muerte de Margerin, no hubiera podido casarse ventajosamente, pues, á pesar de sus cuarenta y cinco años, Catalina estaba todavia fresca y hermosa; pero á todas las proposiciones de casamiento que se le hicieron, respondió siempre con una terminante negativa, alegando que habia hecho firme propósito de llevar hasta la muerte el nombre del marido que por espacio de quince años la habia dado tanta felicidad. En nada alteró su antiguo género de vida: solo recibió á su servicio á una criada anciana, mas bien para que la hiciera compañia, que por los cuidados que pudiera prestarle. Con tales antecedentes puede inferirse cual seria la acojida que hallaria María al lado de aquel pobre corazon despojado del único afecto que le habia llenado. Catalina principió á amarla desde luego como hubiera amado á su hija si Dios le hubiese concedido una. María encontró en aquella ternura sencilla y dulce lo que jamás le habian dado ni la brutal proteccion de la condesa, ni la insuficiente benevolencia del obispo, ni la envidiosa fraternidad de sus compañeras de convento, ni aun el cariño de la vieja abadesa; porque en las maneras de esta habia un no sé qué de respetuoso para la niña, que reprimia las efusiones del corazon. La señora Catalina por el contrario, amaba á su aprendiza como á una compañera, con el

abandono de una alma codiciosa de amor, y que al fin halla el objeto en que poder dignamente emplearlo. Esta ternura inteligente nada tenia de exajerado en su espresion: era un bien estar apacible que esperimentaba al lado de Maria, y un deseo infatigable, pero sin quisquillosa importunidad de agradarla; adivinaba sin trabajo todo lo que podia ser grato á su jóven aprendiza y se lo proporcionaba antes que ella tubiera tiempo para desearlo. Poníase alegre y placentera siempre que Maria se entregaba á esas largas conversaciones, en las que un indiferente no hubiera encontrado mas que lugares comunes, pero que abundaban para ella en mil vínculos morales que estrechaban sus corazones en una deliciosa y plácida armónia.

Ambas se levantaban al amanecer y su primer cuidado era ir á misa, despues de lo cual volvian á ayudar á la vieja doméstica en los quehaceres de la casa y se vestian con sencillez y gracia para pasar á la tienda. Apesar de sus cuarenta y cinco años los hermosos cabellos blancos de la señora Catalina nada habian perdido de su hermoso matiz ceniciento, y sus ojos negros brillaban con un destello juvenil que nada quitaba por lo mismo á sus regulares facciones de su espresion llena de dulzura. Su tez de una blancura estraordinaria la cuadraba á las mil maravillas y su vestido negro hacia resaltar la nitidez de sus pequeñas manos, despues de adelgazar graciosamente un talle redondo; el conjunto todo de su persona tenia un no sé qué de agradable y esbelto que nada daba arriba de treinta y cinco años, aunque se pusiera á examinarla serenamente.

La hermosura de Maria, sentada á su lado, se caracterizaba por el contrario por una gran distincion de formas y de maneras.

Los parroquianos no dejaban de manifestar cierto embarazo al preguntar á esta jóven, que parecia una reina, el precio de las telas. Asi es que se entendian mejor con la señora Catalina; pero cuando oian la voz suave de la aprendiza, cuando esperimentaban su gracioso modo de complacer á ella era á quien se dirijian con preferencia. Maria se puso pronto al corriente de su profesion con una facilidad que no pudo menos de encantar y asombrar á la maestra, no debiendo omitir que la jóven aprendiza habia reemplazado desde el dia siguiente de su llegada á un viejo borracho é insolente que venia todas las tardes á ajustar las cuentas de la modista que como casi todas las mugeres de la clase media de la época, sabia apenas escribir y leia con dificultad.

Menos el tiempo que empleaban en comer, pasaban la restante del dia en la tienda trabajando con actividad, pero sin fatiga y con las innumerables distracciones que ofrece la presencia de compradores incesantemente renovados. Pero la noche era su momento de felicidad y de reposo, sentábanse al lado de una gran mesa: Maria tomaba los libros del comercio ó se ocupaba en hacer calceta; la señora Catalina la hablaba de mil cosas enteramente nuevas para la pobre niña que habia estado tanto tiempo encerrada. Su ignorancia de toda la vida re al admiraba por su naturalidad á la naturalidad misma de la buena modista: estas pláticas duraban hasta las ocho; sucedíales la cena sin interrumpirlas y á las nueve se ponian á rezar delante de un crucifijo de ébano y marfil. En seguida las dos buenas amigas se retiraban á sus respectivos cuartos y no tardaban en dormirse felices y tranquilas.

Era el lunes cuando Maria entró en casa de la señora Margerin y al llegar el sábado no comprendia como se habia pasado tan pronto la semana. El tiempo volaba ahora para ella con una rapidez que no habia conocido ni en el convento ni al lado de la grosera hermana del tiempo.

—Es pues, hija mia, dijo la señora Catalina cuando á mediodia del sábado se cerró la tienda y Maria se disponia como de costumbre, á sentarse delante de la gran mesa: esta noche tenemos que hacer algo mas que coser gorritos ó bordar mantillas. Mañana vienen á comer conmigo mi hermana y sus dos hijos, y es menester pensar en hacerles un buen recibimiento. Vamos, pues, á mudarnos nuestros vestidos y en seguida bajaremos al horno para hacer una buena torta; porque mi sobrino Juan es muy aficionado á las tortas y no se contenta con poco. ¡Qué buen muchacho es! añadió, cuando le veas, estoy segura de que te agradará.

Las mejillas de Maria se encendieron con un brillante carmin; afortunadamente la señora Catalina se hallaba al estremo opuesto de la trastienda y no reparó en la inocente turbacion de la jóven. Aun no se habia repuesto totalmente de esta agitacion cuando la señora Margerin vino á ayudarla á quitarse el vestido y la condujo á la cueva, donde segun costumbre del país, estaban la cocina y el horno.

Pasóse la noche en la fabricacion de la torta, ayudando Maria á la señora Catalina con tal destreza é inteligencia que la dejaban admirada. Despues subieron á sus cuartos, donde numerosas abluciones no tardaron en hacer desaparecer los rastros blanquecinos que la harina y la pasta habian dejado en los brazos robustos de la señora Margerin é incrustado en los afilados dedos de Maria. En seguida se acostaron y debemos decir, como fieles historiadores, que Maria se durmió aquella noche mas dificilmente que de costumbre.

La mañana del domingo no causó menos agitacion en casa de Pastelot; su madre y Juana hablaban largamente de la nueva aprendiza de la señora Margerin, que ya deseaban ver, y el corazon de Juan palpitaba sin que pudiera darse cuenta de los motivos que lo hacian palpitar. Al fin llegó la mañana solemne; la señora Pastelot fué á la misa mayor con sus hijos, y allí en la iglesia encontró á la señora Margerin y á Maria. Catalina saludó con una sonrisa á su hermana y á su sobrina. Estas saludaron á la aprendiza que les contestó con una reverencia y ocultó el rubor que le subia á la cara con el libro de devociones que tenia en la mano. Juan no esperimentaba menos embarazo, y jamas habia asistido con menos atencion al santo sacrificio de la misa. A pesar de sus esfuerzos, sus miradas se dirigian involuntariamente á Maria.

La misa se concluyó al fin y tomaron el camino de la casa de la señora Margerin. Las dos jóvenes se agarraron del brazo, Juan ofreció el suyo á su tia, mientras que su madre se apoyaba en el otro. De este modo atravesaron la Plaza mayor y llegaron al almacen de modas. Durante el camino la señora Margerin no cesó de repetir bajo mil formas el elogio de su aprendiza, sin olvidar que monseñor el obispo la habia hecho, á ella la señora Margerin, tres visitas en cuatro dias, acompañando esta gran noticia de algunas reflexiones sobre la eleccion que de ella habia hecho el prelado entre todas las modistas de la ciudad para confiarle su pupila; pero afortunadamente no vió la sonrisa que aquellas reflexiones hicieron asomar á los labios de su sobrino.

Al llegar la noche Juan sintió que hubiese pasado con tanta rapidez aquel dia, y le parecia que diez siglos le separaban todavia del domingo siguiente. Juana no acababa de ponderar cuan hermosa y amable le habia parecido Maria, y la señora Pastelot estaba encantada de ella por los cuidados de que la habia rodeado.

—No es orgullosa, decia, sin pensar que hablaba de una aprendiza de su hermana, porque del mismo modo que todos estaba encantada de que Maria la hubiese tratado con cariño, é involuntariamente rendia homenage á la superioridad que la pupila de la abadesa de Nuestra Señora ejercia sin saberlo sobre todos cuantos la veian.

Un año entero pasaron de esta suerte la venturosa familia y Maria. El obispo venia á visitar con frecuencia á su protegida para sustraerse á las escenas violentas de su hermana, que le reprendia como un insulto hecho á

ella misma el cariño que profesaba á la jóven que ella había echado á la calle. Asi es que aquel tomaba el partido de hacer parar su litera delante de una de las casas de la vecindad de la señora Margerin, se deslizaba suavemente á lo largo de la calle y muy arrimado á la pared hasta que llegaba á la tienda, donde gozaba el triple placer de ver á María, de agradar á la señora Margerin y de conversar con los parroquianos que llenaban la tienda.

Por lo que hace á Juan siempre hallaba asuntos que le obligaban, primero una ó dos veces por semana, luego todos los dias, despues dos ó tres veces al dia, á ir á casa de su tia, donde pasaba horas enteras. La señora Catalina se sonreia disimuladamente, y María, cuando la visita de Juan tardaba un poco y dejaba pasar la hora acostumbrada, sentiase inquieta y triste; pero su hermosa y noble fisonomía radiaba de gozo desde el momento que se presentaba el jóven pañero que verdaderamente por su buen porte y galante figura justificaba el interés de la aprendiza.

Sucedió, pues, que un domingo, apenas vió Juana á María, se le abalanzó al cuello mas tiernamente que de costumbre y que la señora Pastelot cojió á la jóven por la mano y la condujo á la tienda, que por la santidad del dia estaba cerrada.

—Mi querida María, le dijo con sencillez, Juan os ama, quereis ser su muger?

María ocultó su cara sobre el hombro de la modista y se puso á llorar dulcemente; pero las lágrimas que derramaba eran de alegria. Luego que paso aquel momento de feliz emocion, añadió la señora Pastelot:

—Juana abraza á tu hermana.

Las dos encantadoras criaturas se abrazon tiernamente y Juan besó la mano de su madre.

¡Qué alegre fué la mañana y qué sabrosa la comida que siguieron á estos esponsales!

Despues de comer fueron á pasear por el jardin; Juan se apresuró á ofrecer su brazo á María; ésta era la primera vez que hablaba á solas con ella.

Es verdad, le dijo, que me amareis siempre?

María dejó caer tímidamente su mano en la del venturoso novio y su cabeza se inclinó sobre su pecho, pero á levantó al punto, murmurando. Porque ocultar lo que tengo á dicha poder deciros, si, Juan yo os amo.

Juan sintió doblársele las rodillas. Sin embargo, no tardó en repouerse de esta lijera y viva emocion, y no sé que continuarian diciendose, pero cuando la familia entró en la trastienda, los semblantes de los dos enamorados jóvenes espresaban una dulce intimidad y ya habian perdido la falsa vergüenza de su felicidad.

En la mañana del siguiente dia monseñor el obispo de Soissons recibió la visita de maese Juan Pastelot, vestido con su trage de fiesta. Sin duda el prelado sospechaba la causa de aquella visita ó la leia en el rostro del jóven, porque antes que este se levantase y mientras todavia le echaba la bendicion episcopal, le dijo:

—Ola! parece que ahora no confundes á las muchachas solteras con las viejas viudas? Ya las miras de hito en hito y aun deseas verlas mas de cerca: esto es lo que se lee en tus ojos.

—Puesto que monseñor adivina el motivo de mi visita, espero que se dignará consentir....

—Darte á María en matrimonio? Mas de un año hace que he concebido este proyecto y que espero su ejecucion. Si; amigo mio, te doy la mano de esta muchacha querida, y me felicito de confiar el cuidado de su felicidad al jóven mas digno que yo conozco.

Juan saludó profundamente al obispo.

—Monseñor se dignará asistir al banquete nupcial?

Y para celebrar yo mismo tu casamiento en mi iglesia episcopal con todo mi clero. Quiero desplegar una pompa que hará hablar de tus bodas por espacio de cien años.

—Gracias, monseñor, contestó el novio confundido; y se disponia á pedir otra vez la bendicion del obispo y á volverse á su casa, cuando lo detuvo el prelado diciéndole:

—Pero me parece, amigo mio, que olvidamos una cosa.

—Cual es? monseñor.

—La mas esencial despues de tu muger, la dote.

—He previsto vuestros deseos, monseñor; pues firmaré en el contrato de matrimonio cuatro mil escudos para mi mujer.

Sin contar los doce mil que ella aporta al matrimonio, si; doce mil escudos que sus ignorados padres enviaron con ella y le fueron entregados á la difunta abadesa de nuestra Señora de Soissons. En cuanto á mi regalo de boda, espero que no quedarás descontento. ¡Como! esta noticia de una fortuna que no aguardabas, no te causa sorpresa ni alegria!

—Yo era bastante rico para los dos, monseñor, y hubiera querido....

—Y bien, acaba, hubieras querido....

—Hubiera querido que María lo recibiera todo emi, añadió bajando los ojos.

—Eres un buen muchacho, replicó el obispo; pero María no te estará por eso menos agradecida y no vendrán mal los doce mil escudos. A Dios. ¿Cuando es la boda?

Dentro de quince dias, monseñor.

Juan fué á llevar las buenas noticias que había recibido del obispo á María y á su familia. Desde aquel mismo instante las cuatro mugeres pusieron con ardor mano á la obra. Las dos jóvenes amigas se ocuparon del ajuar; la señora Pastelot de la habitacion nupcial y la señora Margerin, que sonreia por la felicidad de María y lloraba por separarse de ella, limpiaba la plata, sacaba del armario sus manteles adamascados y pasaba revista á toda la vajilla que habia de servir en la comida, en la cual queria escederse por asistir á ella el señor obispo. En fin llegó el tan deseado como memorable dia. A las doce de la mañana dos literas con la librea episcopal pararon delante de la casa de la modista: la encantadora novia subió la primera en compañía de la señora Pastelot, de Juana y de la señora Margerin; Juan y tres de sus amigos se colocaron en la segunda, y la comitiva se dirijió á la iglesia catedral, adornada como para un dia de gran solemnidad.

El obispo revestido con sus insignias pontificales, esperaba á los futuros esposos en el pórtico de la iglesia y les dió el agua bendita, como lo hubiera hecho con un príncipe. En seguida los condujo hasta el pié del altar mayor, donde los dos síndicos de los gremios de pañeros y comerciantes de telas sostenian el velo nupcial que cubria las cabezas de Juan y María. Terminada la ceremonia dirijió el obispo una breve arenga á los nuevos esposos y en seguida acudió al festin de boda que hizo el mayor honor á la señora Margerin y del cual se habló en toda la ciudad durante ocho dias.

A la semana siguiente dió una brillante comida en el palacio episcopal á la familia Pastelot. Su hermana la señora Lydoria, se hallaba ausente hacia un mes, pues asuntos interesantes de familia la habian llevado á Paris.

VI.

LA FÉ DE BAUTISMO.

En el espacio de diez años, un solo acontecimiento grave presenciaron las personas que hasta ahora han representado un papel mas ó menos importante en esta historia, y fué la muerte de la condesa Lydoria de Penevent, que falleció en Paris dejando al buen obispo una libertad de la que no supo que hacer y un descanso con

«mano Mac Mahan de la órden menor de san Benito, «obispo de Soissons y la muy venerable señora María «Mowbray, abadesa del monasterio de Nuestra Señora «de Soissons.

«En fé de lo cual firmo

«✠ Gerónimo, obispo.»

He aquí lo que contenia la carta unida á esta fé de bautismo:

«Querida y venerable señora María.»

«En este momento que os escribo estoy cautiva en el «castillo de Lochleven, y acabo de dar á luz una niña. «Todo lo temo por el destino ya que no por la vida de «esta pobre criatura, por cuyo amor he sufrido tanto. «El 18 de julio de este año de gracia, cuando mi es«poso, el conde de Bothwell tuvo que emigrar á la No«ruega, los lores miembros del consejo privado de Es«cocia me propusieron que protestase contra mi union «con dicho conde y la declarase forzada é ilejítima; pero «aunque esta es la verdad, porque he dado mi consen«timiento para este matrimonio teniendo un puñal sobre «mi garganta, me he negado tenazmente á ceder á los «deseos de los lores del consejo privado porque llevaba «un hijo en mis entrañas, y esto hubiera sido llenarlo «de oprobio y vergüenza para toda su vida. Así lo he «escrito á mi familia de Lorena que me ha afeado alta«mente mi maternal perseverancia. No tengo en este «mundo otra amiga fiel y segura mas que vos á quien «confiar esta querida niña nacida en el cautiverio y en «medio de las inquietudes. Educadla secretamente en «vuestro convento, sin revelar á nadie, ni aun á ella mis«ma, el secreto de su nacimiento. Si llegan para mi me«jores dias la llamaré á mi lado; pero si la adversidad con«tinúa persiguiéndome, prefiero que viva obscura é ig«norante de su sangre real: sé demasiado lo que cuesta «llevar una corona. Sin embargo no la obligueis á tomar «el velo y pronunciar votos hasta despues de mi muer«te. Adios! querida y amada María, dulce compañera «de mi juventud en la hermosa córte de Francia; adios, «os confio el tesoro mas precioso que queda á una po«bre reina, la cautiva de su hermano. Un amigo gene«roso que no me atrevo á nombrar por temor de perder«le, se encarga con esposicion de su vida de llevaros á «mi hija. Adios!

«María, reina.»

Al leer el obispo estos documentos se sintió á la vez lleno de sorpresa y de inquietud.

—Por vida mia, esclamó, que he hecho un pan como unas hostias: he casado á un pañero con la hija de la reina de Escocia y hermana del rey Jacobo que acaba de subir al trono de Inglaterra por muerte de la reina Isabel! Dios quiera que no me suceda alguna desgracia de todo esto.

Mientras examinaba los títulos de nacimiento de María, vino á avisarle un page que la abadesa del convento de Nuestra Señora de Soissons le suplicaba pasase inmediatamente al convento para un asunto de la mas grave y alta importancia. Por un presentimiento imperioso comprendió el obispo que se trataba del secreto que la casualidad acababa de descubrirle, y ocupado de esta idea se dirijió al convento, donde halló á la superiora en una estrema ajitacion y en presencia de un jóven caballero á quien prodigaba los mas humildes testimonios de respeto.

—Monseñor, dijo cuando vió al obispo, aquí está su alteza real el príncipe de Gales que viene á preguntar por una jóven que hará treinta y cinco años salió de este convento. ¿Teneis monseñor, conocimiento de este hecho, de que yo no conservo memoria?

Al pronunciar estas palabras estaba pálida y temblaba de pies á cabeza.

—Mas bien deberiais acordaros de esta jóven, interrumpió el obispo, que no se sentia menos embarazado y comprendia la necesidad de justificarse á costa de la abadesa: vos sois la que deberiais acordaros que á pesar de mis instancias la echásteis del convento, bajo el pretesto de que nada, no obstante el testimonio de la abadesa en la hora de su muerte, establecia la lejitimidad de su nacimiento, y que no podia ni tomar el velo en esta abadía ni permanecer mas tiempo aqui como pensionista.

La abadesa estaba mas muerta que viva, porque el jóven príncipe con una fisonomía naturalmente severa fijaba sobre ella miradas que espresaban un amargo descontento.

—Y donde está la desgraciada que habeis echado de este convento? preguntó el príncipe.

—La he recojido en mi casa, se apresuró á contestar el obispo, y si vuestra alteza real me lo permite, quiero decirle todo lo que ha sucedido á esa persona y aun llevaré á vuestra alteza donde está ella. Pero, añadió, creo que este negocio exije reserva y si mi palacio episcopal no es una mansion indigna del heredero de la corona de Inglaterra....

—Acepto vuestra hospitalidad, señor obispo; pero démonos prisa, porque estoy impaciente por conocer los detalles de esa aventura que es para mi del mayor interés...

Antes de salir se volvió á la abadesa y la dijo:

—Habeis obrado muy mal, señora, pero si á todos estos perjuicios agregais el de revelar el secreto de mi nombre y los motivos de mi visita, el rey de Francia os castigará severamente.

En el camino, dentro de la litera donde habia subido el jóven príncipe, le contó el obispo todo lo que sabia de María, si bien no le dijo una palabra del hallazgo de los pergaminos, porque el príncipe de Gales parecia querer hacer un misterio del nacimiento de la que habia ido á buscar al convento de Nuestra Señora.

El prelado vió la frente de su huésped obscurecerse extraordinariamente cuando llegó á la revelacion del casamiento de la hija de María Estuard, y mucho mas cuando fué preciso confesar que su marido era el pañero de la tienda del *árbol rojo*. El príncipe paseaba aceleradamente por la sala mientras que el obispo en una inquietud mortal se encomendaba interiormente á Dios.

Al fin se paró el príncipe y colocandose en frente del prelado, le preguntó:

—No sabeis nada mas sobre el oríjen de esa mujer?

Fijo sobre el obispo miradas tan imperiosas que el anciano prelado fué á buscar los pergaminos del tabernáculo y se los presentó. Al verlos el hijo de Jacobo I dió un fuerte golpe en el suelo con el talon de su bota y prolirió palabras de cólera que aunque dichas en inglés no asustaron menos al que las oia.

—Y esa mujer, replicó, tiene noticia de estos pergaminos?

—Hará poco mas de dos horas que los he hallado, é ignora su existencia.

El príncipe volvió á leerlos y pareció deliberar largo tiempo sobre lo que convenia hacer. Al fin resolvió ver á María y no decidir nada antes de haberla hablado; mandó pues al obispo que la hiciera venir al momento.

—Para que nada sospeche, dijo el prelado aturdido, mandaré á decirla que es para unos retazos de terciopelo.

El príncipe hizo un jesto de cólera tan violento que el obispo estubo á punto de morir de miedo.

—O Dios mio! murmuró enjugándose la frente, Dios mio! qué sucederá de todo esto?

No tardó en venir María. Al ver su noble continente y su hermosura serena y celestial, el príncipe se sintió algo desarmado. Quitó se el sombrero de anchas alas que hasta entonces habia cubierto su cabeza y la saludó silenciosamente. María le miró con sorpresa dirijiendo en seguida sus miradas al rostro demudado del obispo. Ella sin embargo conservó su serenidad y preguntó que tenia que mandarla monseñor y en qué podia serle útil.

—Señora, dijo el príncipe, que pareció tomar de pronto una resolucion, es un consejo que quiero pediros.

—Un consejo, señor, ¿un consejo de mi? replicó María sonriéndose.

—Sentaos y escuchadme. Hay en una ciudad de Francia, no importa cual, una muger de orígen ilustre; remontémonos mas alto, de orígen real quizas.... Esta muger es la esposa de un mercader, y se ha casado ignorando su ilustre cuna.... me escuchais bien?

—Os escuho, señor, con toda mi alma, replicó notablemente conmovida.

—Hoy van á revelar á esta muger el secreto de su nacimiento. ¿Qué pensais que debe hacer?

—Vive su madre? preguntó María con interés.

—Su madre ha muerto.

María sintió llenarse sus ojos de lágrimas.

—¿Y su padre? añadió con voz alterada.

—Su padre no merece ni su respeto ni su ternura. Tambien ha muerto.

—Y qué proponen á esa muger?

—Que deshaga su mal casamiento, que no puede ser lejítimo, porque lo ha contraido ignorando que lo era.

—Y esa muger qué recibirá en cambio del rompimiento de su matrimonio?

—Un asiento al lado de un trono.

—Señor, dijo María levantándose y con voz firme, si esa muger vacilase en permanecer fiel á su marido y pensase en salir de su feliz obscuridad, no merecería mas que el desprecio.

Y como Carlos la mirase con asombro:

—Si, el desprecio! añadió, porque llenaria de desesperacion y de vergüenza la vida del que no vaciló un momento en levantarla hasta él, en partir con ella su fortuna y su nombre cuando no era mas que una pobre mendiga sin asilo. No es verdad, monseñor, que esto seria una infamia?

El obispo finjió no oir y pareció absorto con el breviario que no cesaba de ojear.

—Y si se tratase de vos, nada cambiaria vuestro modo de pensar, señora?

—Sé que se trata de mi, señor, vuestras palabras me han esplicado claramente las palabras misteriosas de la digna abadesa que me ha recojido y educado. Ellas me dicen porque la santa müger me prodigaba respetos estraños; ellas me dicen tambien porque me abrazaba tan apretadamente el dia en que la comunidad rogaba á Dios por el reposo del alma de la reina de Escocia, María Estuard.

El príncipe estaba confundido al ver tanto valor y tanta elevacion de pensamientos.

María continuó diciendo.

—Señor, si estais encargado de revelarme el secreto de mi nacimiento, ya lo sé; si venis de parte del rey Jacobo mi hermano, á proponerme un asiento al pié de su trono, agradezco en el alma su piadoso recuerdo, pero no puedo aceptar su ofrecimiento. Quiero vivir y morir siendo la muger del hombre honrado que me ha hecho feliz en tantos años. Ya no existe en Soissons María Estuard; solo queda la muger de Juan Pastelot.

El príncipe Carlos ocultaba con ambas manos su rostro. Por lo que hace al obispo, creiase el juguete de un sueño y se movia convulsivamente en su sillon. El hijo de Jacobo se levantó al fin y se arrodilló delante de María.

—Yo soy el nieto de vuestra madre, dijo, yo soy vuestro sobrino, el príncipe Carlos de Gales! dadme á

besar vuestra mano, porque sois una noble y digna criatura! Voy á partir para Londres, y contaré fielmente al rey mi padre todo lo que acabo de oir: yo le suplicaré que llame á su lado á vuestro marido, porque el que ha sabido merecer tan nobles afecciones, no puede ser un hombre vulgar. Mi padre le dará títulos de nobleza y...

—No, dijo María, no, monseñor! Juan Pastelot no es mas que un simple ciudadano; la nobleza, los títulos y las grandezas le sentarian mal. Yo le amo, le respeto, le venero; sus menores deseos son órdenes para mi; pero sufriria mucho si le viese entre los grandes señores que reirian de su honradez y se mofarian de sus maneras francas y naturales. Monseñor, dejadme abrazar una vez, solo una vez, al hijo de mi hermano, y nada tendré que pedir á Dios sino que me reuna un dia con mi madre en el cielo! En el cielo, donde no hay reinas, ni vasallos, señores ni pecheros, si no bien aventurados, iguales delante de la clemencia divina.

Llevad palabras de bendicion y de ternura al rey mi hermano! Decidle que su hermana la humilde y pobre mujer de un pañero, rogará al Todo poderoso todos los dias por él. Los reyes tienen necesidad de plegarias mas que los otros hombres, no es verdad, monseñor?

—Sí, replicó gravemente el jóven príncipe, la corona es una carga pesada y frecuentemente fatal. Tal vez debeis vos prudencia en alejaros tanto de ella. Adios, señora, voy á contar al rey mi padre lo que acabo de ver y oir: su prudencia apreciará la generosa resolucion que habeis tomado. Adios, querida tia.

Y la abrazó afectuosamente, y al marcharse, se volvió diciendo:

—Antes que nos separemos, no teneis nada que mandarme?

—Que os acordeis algunas veces de mi.

—Jamás os olvidaré, modelo de las esposas y del amor conyugal. Pero ¿y vuestra fortuna?

—Sobre sufrientemente nuestras necesidades.

—Cuando querais obtener una gracia del rey mi padre ó de mi, os prometo que la alcanzareis á la primera peticion.

—Gracias, Cárlos!.... gracias por vuestra generosidad, monseñor.

—Vuestra alteza real me dirá qué quiere que se haga de estos títulos, preguntó el obispo presentando los pergaminos al príncipe.

—Entregadlos á mi tia.

—De mi madre! una carta de mi madre! oh! dádmela, dádmela!

Y leyó la carta sollozando: despues cuando terminó la lectura, dijo:

—Aun me queda un deber que cumplir. Yo guardaré con el mayor cuidado estos cabellos, santa y preciosa reliquia de mi madre; pero respecto á esta fé de bautismo y á esta carta, mirad lo que debo hacer.

Y arrojó los pergaminos en la chimenea, donde fueron devorados por las llamas.

—Y ahora, id con Dios, monseñor el príncipe de Galles.

El príncipe partió y el obispo se quedó solo con María, que oprimia contra sus labios los cabellos de su madre.

—Juan Pastelot, dijo, vá á quedar sorprendido y admirado cuando sepa toda esa maravillosa aventura y vuestro generoso sacrificio.

—Nada sabrá Juan Pastelot, replicó ella.

El obispo cojió la mano de María, la llevó respetuosamente á sus labios y la humedeció con una lágrima de admiracion, esclamando:

—Sois la mas noble y santa de las mugeres.

Ahora es preciso dejar correr muchos años y transportarnos al mes de febrero de 1649. María y Juan Pastelot, sentados los dos cerca de una alta chimenea hablaban dulcemente de tiempos pasados y se sonreian aun á los recuerdos tiernos y sabrosos que evocaban. Al lado de ellos una muger que parecia contar cuarenta años y una jóven de rara hermosura que tendria á lo mas diez y siete los escuchaban con respetuoso silencio: era aquella la hija y esta la nieta de los esposos Pastelot, la linda Francisca, ya prometida á Enrique Raparlier, á quien su padre daba en arras una fábrica de paños que producia los mas hermosos tejidos de lana que se hacian en Francia. Sentada esta jóven en un cojin á los pies de su abuela, prestaba atento oido á la relacion de las pompas nupciales desplegadas por el obispo de Soissons en las bodas de su protejida, cuando entró un criado á anunciar la llegada de un jóven caballero que deseaba hablar á la Señora María Pastelot.

Maese Pastelot mandó que entrase y se presentó un jóven de 19 años, vestido de negro, cuyo color de luto convenia perfectamente á su fisonomía pálida y afijida. Aproximóse respetuosamente á la dama nonagenaria, hincó una rodilla en tierra, sacó del pecho una carta sellada de negro y no pudo reprimir sus sollozos. María rompió el sello y respondió con lágrimas á las lágrimas del caballero; este se arrojó en los brazos de la anciana y estubieron largo tiempo en esta actitud, mientras que los testigos de esta escena inesperada y el mismo Pastelot se miraban sorprendidos.

—Que, exclamó al fin María, los miserables no han respetado á su señor, á su soberano! le han asesinado! Ay! extraña á las cosas de este mundo, ignoraba en el fondo de mi humilde existencia hasta el cautiverio y los peligros de mi sobrino! Cárlos! vos que yo he visto tan noble, tan jeneroso habeis perecido bajo el hacha de un verdugo!

—Sí, amada tia. Sí, al descargar su golpe Isabel contra la reina vuestra madre, enseñó al pueblo inglés como se derriba una cabeza coronada. El pueblo se ha aprovechado de la leccion y ha tratado al nieto como ella trató á la abuela.

Pastelot y sus hijos escuchaban estupefactos aquellas revelaciones del alto orijen de María. Pero la pobre mujer estaba demasiado traspasada de dolor para notar su turbacion.

—Ellos le han juzgado, le han condenado y decapitado! En medio de sus sufrimientos y en tanto que, semejante á Cristo, su divino modelo, aproximaba á sus labios el cáliz de amargura, se ha acordado de vos, que habeis preferido la felicidad de vuestro marido y una existencia obscura pero sin ajitacion al brillo seductor, pero fatal de una corona! La carta que teneis en la mano, os la escribió la víspera de su suplicio: un fiel criado la recibió de él arriesgando su vida y me la ha entregado. Leedla mi querida tia! Leed, hija de María Estuard, quiero oir por última vez las palabras del rey mártir.

María leyó con voz trémula:

«Querida y amable hermana de mi padre, en la vís-
«pera de comparecer delante de Dios, mi soberano juez,
«quiero daros el último testimonio de mi ternura y de
«mi memoria. Sé que todavia sois de este mundo y que
«nada ha turbado la vida tranquila y feliz que supisteis
«elejir, pues respetando vuestro secreto, me he conten-
«tado con enviar todos los años á un fiel mensajero que
«inquiriese y me trajese noticias vuestras. Mi hijo os en-
«tregará esta carta dentro de la cual hallareis un bucle
«de mis cabellos para que los coloqueis al lado de los
«de vuestra madre asesinada como yo! Y despues con-
«solad á mi hijo! pobre huérfano! Repetidle que quiero
«que perdone como yo perdono á los que son causa de
«mi muerte. Adios! querida y amada tia, nos veremos
«en el cielo.

Cárlos, rey»

—Ahora que ya he cumplido el deber que me habia confiado mi padre para con vos, querida tia, dadme vuestra bendicion y recibid mi adios de despedida.

—Como! os marchais ya?

—Voy á reconquistar el reino de mi padre.

—Vais á arrojaros en medio de sus asesinos? Os matarán tambien.

—Que me importa ya la vida! El marqués de Ormond, á la cabeza de un poderoso bando, se dispone á combatir al infame Cromwell: mi puesto está allí. Adios.

—Señor! dijo María arrodillándose, mientras que los demas la imitaban instintivamente en torno suyo, señor! ignoro lo que pasa en este mundo y no sé mas que humillarme delante de vuestros impenetrables designios; pero si la voz de una pobre mujer puede llegar hasta vos, Dios mio, escuchad á la mas humilde de vuestras siervas y protejed á este pobre huérfano!

En seguida se levantó y con una majestad, que no era afectada, puso las manos sobre la frente de Carlos II, hizo la señal de la cruz y dijo:

—Id ahora, señor, y que Vuestra Majestad llene su deber.

El monarca proscripto iba á retirarse cuando Juan Pastelot se acercó á él respetuosamente.

—Señor, le dijo, yo no soy rico, pero aquí teneis á mi hija que vá á casarse honradamente. Si os dignais permitirme que os ofrezca para ayudar á vuestros nobles proyectos trescientas mil libras....

—Oh! haceis bien, Juan, esa conducta noble merece mi aprobacion, esclamó María.

—Señor, añadió la madre de Francisca, yo participo de los sentimientos de mi padre y sacrificaremos con alegria hasta nuestro último escudo para servir vuestra causa: si tubiese un hijo, su vida os perteneceria.

—Oh! esclamó Cárlos II, una sangre real no se desmiente jamás: vosotros todos sois nobles y jenerosos Estuardos. Gracias, gracias! porque acabais de derramar un bálsamo de consuelo sobre mi lacerado corazon.... No necesito aceptar vuestros jenerosos ofrecimientos; el rey de Francia ha puesto á mi disposicion sumas considerables. Adios, todos, adios! Rogad por el rey Cárlos.

Y se alejó.

Entonces el viejo Pastelot se acercó á María y apretando sus dos manos entre las suyas, dijo:

—Me habias ocultado tu secreto, María! No has querido abandonar al humilde pañero para ir á sentarte al lado del rey tu hermano!

—El pañero no se casó conmigo siendo yo una pobre, huérfana, sin nombre, echada del palacio episcopal?

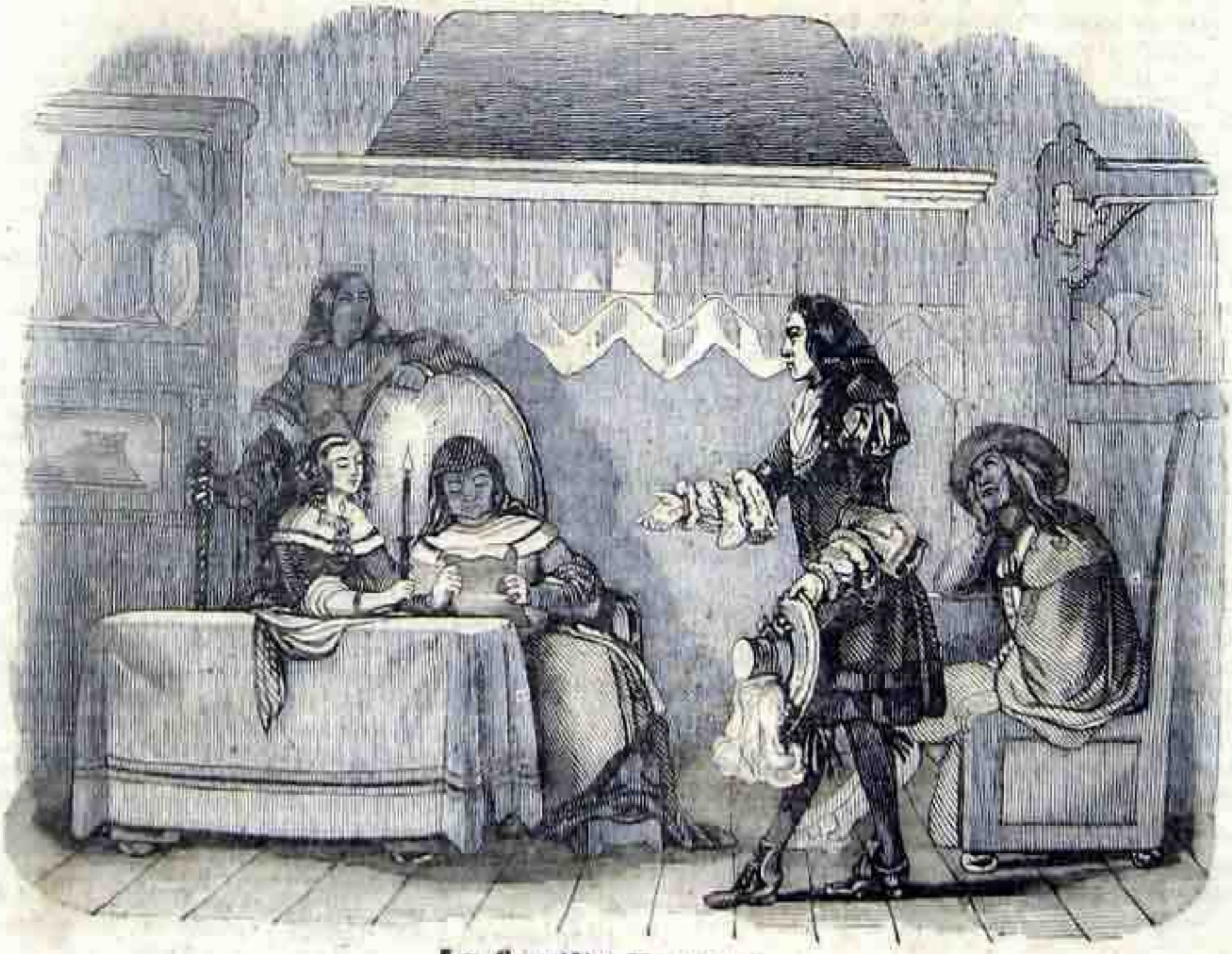
—Pero al menos porque no me has dicho el inmenso sacrificio que hacias por mi?

—Por qué el pensamiento de este sacrificio, que no era nada para mi, hubiera turbado tu felicidad; porque hubieras creido que yo echaba de menos un rango en el cual no pensaba.

En seguida interrumpiéndose de pronto añadió:

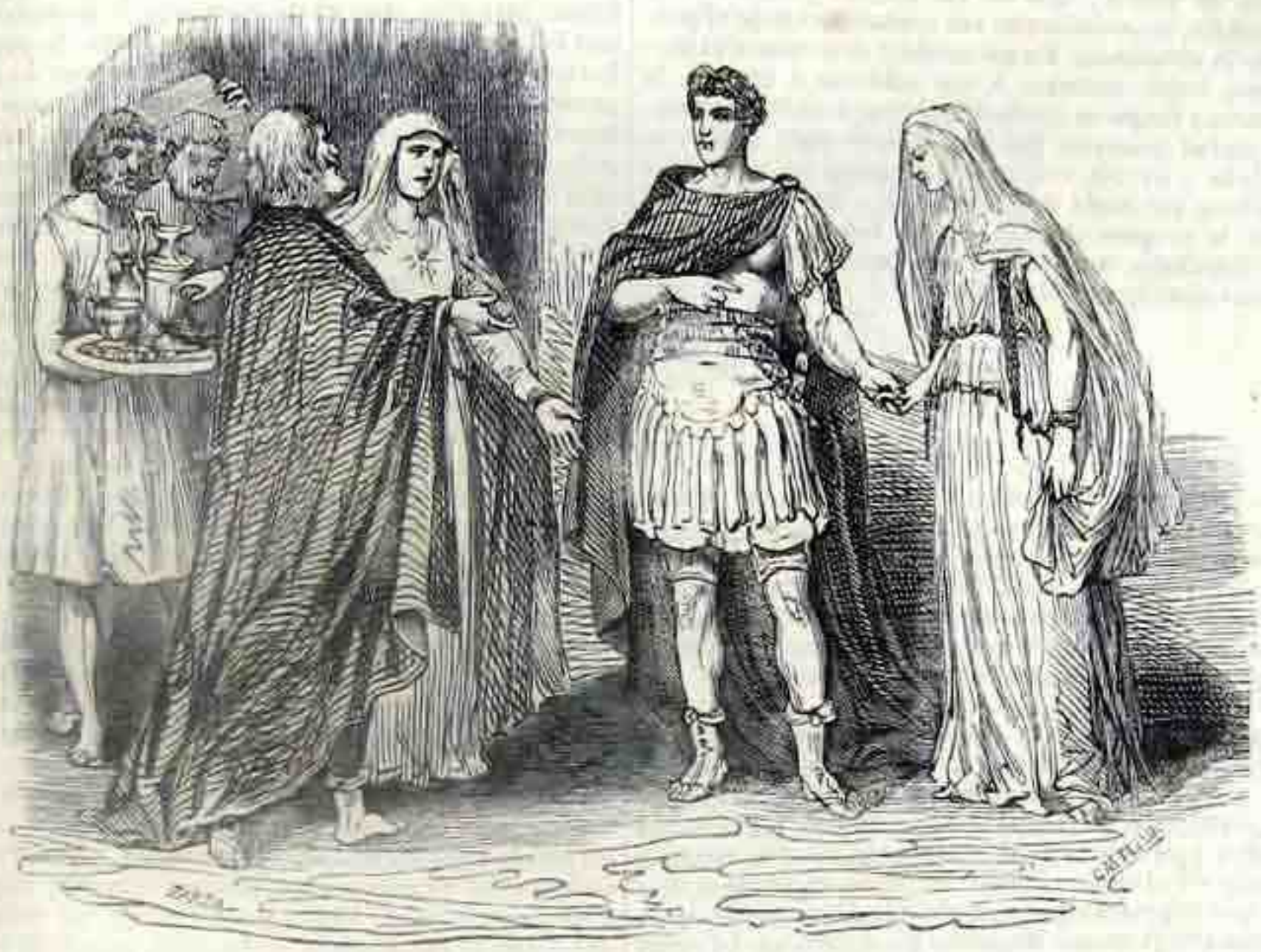
—Vamos, hijos mios, vamos á la cocina. Ya es tiempo de que pensemos en hacer la torta de boda. A pesar de mis ochenta años, quiero amasarla con mis propias manos.

ENRIQUE BERTHOUD.



La familia Pastelot.

GLORIAS DE ESPAÑA.



LA COMPETENCIA GENEROSA.

I.

Roma, rival recelosa de Cartago á la que disputaba el imperio del mundo, necesitaba la posesion de la Iberia para adjudicárselo definitivamente. Sucumbia al fin Cartago en la península sin que esto asegurase á Roma la conquista, porque los hispanos humillaban por sí solos sus legiones en lucha terrible y duradera. Si al fin la Iberia fué suya, si el capitólio dictó sus leyes á nuestros primitivos compatriotas, mas fue resultado de la política que de la fuerza. Grande era el renombre y prestigio de Roma, mucha su influencia en las provincias conquistadas y considerables sus fuerzas militares; sin embargo de todo se olvidó ó lo juzgó insuficiente para su único empeño, que era captarse la voluntad de los españoles: prenda la mas segura de su dominacion. El suceso notable á que dió motivo la noble y desinteresada conducta de Escipion, manifestó cuanta podia ser la eficacia de aquel político medio, y que tan acreditado general sabia mejor que otro alguno conquistar los corazones. Este suceso, que ha pasado á la posteridad como un bello ejemplo de virtudes morales en la persona de Escipion, es tambien el primero que nuestra historia presenta para bosquejar el generoso carácter español, altivo al par que agradecido.

Cuando los soldados de Roma se apoderaron de la opulenta Cartagena, la primera ciudad de la España Cartaginesa, entre los riquísimos tesoros que pillaron sus manos codiciosas, encontraron otro no menos estimable, cual fué una jóven española de estraordinaria belleza. Pasmados quedaron los Romanos á vista de tal hermosura y gallardía, y tanto que no atreviéndose á profanarla, resolvieron reservar para su buen general una joya de tanto precio. Digna era efectivamente de Escipion, hombre que en el ardor de la juventud y de los combates, habia manifestado ya toda la madurez de los patricios de una época, que por la rigidez de sus costumbres ha pasado á proverbio. Escipion naturalmente honrado y generoso, respetaba las virtudes morales y sabia practicarlas sin esfuerzo: sabia vencer sus pasiones lo mismo que á los enemigos. Cuando le presentaron aquella jóven, creyó que la misma diosa de la hermosura con todo el hechizo de sus gracias era la que tenia á la vista, y no poco trabajo le costó disimular en presencia de todos, la involuntaria complacencia que se esperimenta al contemplar un objeto agradable, y la sensacion particular suya á vista de aquella que le inspiraba sentimientos tan nuevos

25 de noviembre de 1843.

como gratos. La bella esclava por su parte, tímida y modesta cuando se atrevió á mirar á Escipion con ademan vergonzoso, se consoló al encontrar una presencia tan dulce y majestuosa. Habiase ella figurado al Romano caudillo, cual guerrero adusto, formidable como la fama de sus victorias; mas cuando halló templada la severidad del mando, con la tierna y apasionada espresion de su semblante, bajó sus ojos, conmovida, si; mas no de terror. Escipion mas prendado de aquel ademan de pudor, que de las gracias personales de la española, supo disimular sus sensaciones bajo el pretesto de la compasion. Fingió tambien desconocer el motivo que habia inducido á sus soldados á traerle la prisionera y elogió su conducta, atribuyéndola solamente á piedad generosa. Dió sus órdenes para que fuese agasajada y servida con respeto, aquella cuya posesion no cederia por nada de este mundo: posesion dichosa que él se propuso obtener, no en fuerza de las tiránicas sujestiones del terror, sino en virtud de las respetuosas atenciones del cariño.

II.

Ni el tiempo, ni las finezas de Escipion, ni cuanto puede endulzar la amarga situacion de una cautiva, pudieron verificarlo en la jóven española. Triste siempre y temerosa, porque habia llegado á penetrar los sentimientos del guerrero que disponia de su suerte, no sabia hablarle mas que de gratitud, y estimacion cuando el dejaba traslucir los afectos que le agitaban.

—Tu no has venido á ser mi esclava, la decia, sino á disponer de un corazon que te adora, á mandar como soberana en un hombre que se contemplará feliz en hacerte venturosa. Esos romanos que habrás tal vez reputado como feroces conquistadores, tienen tambien sus virtudes, y en cuanto á mi, amante tan respetuoso como lo pueda ser el mejor de tus compatriotas, es tal el respeto que te profeso que seré víctima de mi pasion antes que causarte el menor disgusto. No quiero mi felicidad sino viene ofrecida por un voluntario amor.

—Pues bien, esclamó arrebatada la jóven con sus ojos llenos de lagrimas, generoso Escipion, ofrece al mundo una prueba de esos sentimientos tan puros. Si; yo no te amo, es porque no debo, es porque la virtud y las severas costumbres de mi pais me lo prohiben. Ni yo soy mia, ni es libre mi corazon: es del hombre á quien he dado la fé y palabra de esposa.

—Tú! esclamó Escipion estremecido.

—Si; guerrero ilustre, á otro hombre estoy ya unida. Ignoro cual sea su suerte; pero en tanto que vivamos siempre seremos el uno para el otro.

Despues arrojándose á los pies del caudillo esclamó.

—A ti acudo y no temo engañarme: tu favor imploro, pidiéndote me vuelvas á los brazos de mi prometido esposo, del hombre digno de todo mi amor. Mucho te pido, mas no serias tú el magnánimo Escipion, sino fueses capaz de esfuerzo tan heróico.

Mientras que ella hablaba asi, la tenia el romano suavemente asida de las manos, mirándola con interés y respeto; pero al escuchar su atrevida súplica, la soltó y dejó caer su cabeza sobre el pecho, cual si le hubieran clavado un dardo en el corazon. Guardó por breve rato profundo silencio, corto indicio del despecho que le roia las entrañas y de la indecision en que fluctuaba. Al fin los ruegos de la hermosura desconsolada y los gritos de la virtud, hicieron su efecto en aquel corazon generoso.

—¡Mucho pides, mujer! esclama. No es bastante resistir á mi pasion, sino que me obligas á constituir la felicidad de otro hombre á costa de toda mi dicha! Esfuerzo era este digno de un Dios; mas por ti, muger adorable, haré yo ver cuanto cabe en la virtud del hombre, acercarse á la divinidad.

III.

Para unos conquistadores á quienes la sed de oro habia traido principalmente á España, para los que no tenian mas afan, que el de aumentar el tesoro de Roma con las inmensas riquezas de la península, los presentes hechos con aquel codiciado metal debian ser del mayor agrado. Esta fué la razon por la que los padres de la hermosa cautiva, al saber en poder de quien se hallaba redugeron todo su haber á dinero, creyendo deslumbrar al general romano, que á tal precio no dudaria el volverles su querida hija. Aun no se habia acabado entre los españoles aquella primitiva sencillez y aquella moderacion de costumbres, que solo les hacian mirar como verdaderos bienes, los que el hombre se proporciona con el trabajo de sus manos en el cultivo de los campos. No comprendian porque aquellos conquistadores venian desde tan lejos y se afanaban tanto, por sacar de las entrañas de la tierra, una cosa á su parecer superflua; mas aun cuando el oro hubiese ya tenido para los naturales toda la importancia que luego le han dado las facticias necesidades de los hombres, los padres de la doncella no hubieran titubeado en sacrificar la mayor cantidad que les fuese posible por volverla á tener en su compañia.

Luceyo, príncipe de los Celtíberos, el que tenia ya derechos de esposo sobre aquella ilustre jóven, dejaba á los padres tentar los medios de avivar la estrangera codicia: menos indignos de él, que juzgaria rebajar el mérito de su querida, haciendo estimable lo que no se podia pagar á costa de ningun tesoro del mundo. Rico, respetado, y con grande influencia en el pais, la habia empleado toda en adquirirse prosélitos, contaba ya á sus órdenes mil y cuatrocientos jóvenes animosos, dispuestos á servir su causa, y habia jurado que si los romanos no devolvian la esclava ó la entregaban indigna de la pureza que el tálamo nupcial exigia en las esposas, habian de sentir los efectos de su venganza, tan severa sino tan ruidosa, como la que en otro tiempo tomaron los griegos por el cautiverio de la hermosa Elena. Ni las ideas de los padres, ni los designios del mancebo se habian de realizar, porque á todos estaba reservada la mas agradable sorpresa.

Cuando los aflijidos padres de la prisionera llegaron á implorar la gracia de Escipion y ofrecerle sus ricos regalos, se les presentó el guerrero trayéndoles su hija de la mano. La blanca y sencilla túnica que ceñia su talle con toda la elegancia de las ropas talares antiguas, las gruesas trenzas de sus cabellos negros y lustrosos realzaban el mérito de su singular hermosura, algo cubierta por un velo, destinado á disimular el pudor de la jóven al verse objeto de las miradas de todos. Sus padres que por algun tiempo habian estado privados de su vista, creian verla entonces por la primera vez y mas hermosa que nunca, sin que se penetrasen de su dicha, hasta que el mismo Escipion la puso entre sus brazos. Mayor todavia fué su sorpresa, cuando los magníficos presentes que destinaban al rescate de su hija, le fueron ofrecidos en dote por Escipion, que no quiso rebajar todo el mérito de su conducta aceptando las riquezas. Mil afectuosas demostraciones de los padres le manifestaron su agradecimiento, y en cuanto á la jóven sus interesantes miradas le dieron á entender, que solo ella compadecia el amargo dolor oculto bajo la serenidad de su pecho y tranquilidad de su semblante, que solo ella conocia el valor de aquel sacrificio.

Ninguno empero dió una muestra tan señalada de cortesía como el príncipe Luceyo. No queriendo dejarse vencer, sino competir en generosidad, vino á presentarse á Escipion, no como celoso rival ó agraviado enemigo, sino como aliado leal y constante. Él y sus esforzados ginetes quedaron desde entonces á las órdenes de Escipion, cuya noble conducta y sagaz política hicieron convertir en decididos ausiliares á los que venian como declarados enemigos.

—La amistad mas sincera, le dijo Luceyo, y la gratitud mas respetuosa, no bastan para recompensar servicio tan insigne. Tuyos son mi brazo y espada, héroe insigne, á quien el cielo destina la conquista de nuestra patria, porque te hizo hallar primero el secreto de reinar en nuestros corazones.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.

CRONICAS ESPAÑOLAS.

BELTRAN DE LA CUEVA.

I.

Paseaban en la antecámara del rey don Enrique IV, aguardando la salida del rey y de la reina, don Juan Pacheco, marqués de Villena, uno de los mas poderosos señores hombres de Castilla, anciano respetado en aquella corte por uno de los mas sabios, y don Beltran de la Cueva, joven que gozaba grande favor en la córte, y cuya elevacion miraban con zelos las gentes de palacio. Dirigióse á don Beltran con aire risueño y afable el marqués de Villena, y tocándole familiarmente en el hombro: habeis descansado, le dijo, de vuestra fatiga de ayer?...En el torneo estuvisteis admirable. Entre tantos caballeros de la primera nobleza de Castilla, no hubo uno solo que pudiese igualar vuestra destreza y valor. Lara, Córdoba, Guevara, Sandoval, en vano intentaron disputaros el premio: solo sirvieron para aumentar el brillo de vuestra victoria. Mas de una dama hacia en secreto votos, por vuestro triunfo.... vos á fuer de galan debeis ofrecer la rica banda destinada al vencedor á los pies de la reina!

—Ninguna mas digna de ella!...Enrique hacia celebrar el torneo para solemnizar el triunfo de sus armas victoriosas en Gibraltar; era forzoso hacer ese obsequio á tan buen rey en la persona de su bella esposa.

—Y os lo he agradecido á fé: es tal la amistad, el amor que os profesa el rey que quiere fundar un monasterio de monjes gerónimos en la Mejorada, sitio donde se celebró el torneo. Quiere inmortalizar vuestro triunfo.

—Su el mio.... marqués de Villena, el vuestro si,... por vuestra prudencia, á vuestros acertados consejos se debe el éxito de tan brillante jornada. La corona de Castilla os debe todo su esplendor. Sois el alma de su política, el hombre que desde el fondo del palacio hace mover nuestras huestes vencedoras, y abate el orgullo de las lunas africanas.

Un aire de satisfaccion y triunfo se retrató en el rostro del anciano marqués, que tomando la mano de Beltran le contestó.

—Vos sois la causa Beltran....Bien lo sabeis....Pérfidos consejeros se habian apoderado del ánimo de Enrique, de Enrique cuya alma enérgica ha debilitado el abuso de los placeres. De orgía en orgía en medio de hombres corrompidos y concubinas repudió á Blanca de Francia á pretesto de esterilidad para cubrir á los ojos del mundo su vergonzosa impotencia....Llamó al trono de Castilla á Juana de Portugal, esa jóven hermosa á quien en breve despreció, sometiéndose á los encantos de Catalina de Sandoval, esa muger artificiosa de quien se valió don Lope de Haro, para tener en perpetua tutela á Enrique, tutela que hubiera arruinado al estado y que empobreció á Castilla.

—Si, su prodigalidad le hacia dar en un solo dia á los admiradores de Catalina, mas ciudades y villas que nuestras tropas arrancaban á los moros en un año.

—Yo que era el amigo de Enrique, prosiguió con el mayor calor el marqués, que le amaba de veras, que en las guerras civiles con su padre don Juan II, no habia titubeado en esponer mi cabeza en un cadalso por servirle, fui olvidado por torpes lisonjeros que hambrientos espiaban un momento de favor para arrancar á Enrique un pedazo de su corona.... Le hablé, y no fui oido. Entonces me retiré de la córte, y me consagré al estudio de las ciencias, y á la soledad en mi castillo de Cuellar, y sin vos jamas hubiera vuelto á la córte.

—Sois el mas docto de este siglo en la judiciaria; los astros no os revelaron vuestra vuelta al poder?

—Me revelaron, contestó el marqués con sonrisa, que deberia mi nueva privanza á un enemigo á quien en pago daria yo la muerte.

—Ya veis cuan errado es el cálculo de la astrologia.

—Cierto.... Yo me hallaba en vuestra casa donde vos ageno á las intrigas de la corte, exento de toda idea de ambicion os ocupábais en el cultivo de vuestras tierras sin pensar mas que en la bondad ó esterilidad de las cosechas. Dos peregrinos que volvian de orar ante el sepulcro de Santiago Apostol de España, os piden hospitalidad.... el uno venia casi desfallecido, le socorristeis afable y generoso.... quisisteis enteraros de sus penas, hablásteis de la situacion de Castilla, de los abusos que hacian cometer al rey en el gobierno... de las perfidias de Lope de Haro.... del interesado y vergonzoso amor de Catalina de Sandoval, del abandono en que se hallaba la reina Juana, del descontento del pueblo empobrecido por las liberalidades del rey con sus cortesanos.... Dios dirigia vuestros labios... no sabiais con quien hablábais. El peregrino doliente y enfermo.... era Enrique IV: y don Lope de Haro.... su compañero. El rey vuelto en sí, y oyendo donde no lo esperaba el lenguage austero de la razon y de la verdad, lanzó de su lado á don Lope de quien era un verdadero juguete y esclavo. Catalina de Sandoval, fué desterrada de Castilla, doña Juana volvió á ocupar el lugar á que le llamaba su nacimiento, y á vos quiso Enrique desde entonces teneros á su lado.... Vos demasiado generoso impusisteis una condicion á vuestra privanza, que otros hubieran mendigado....

Beltran le interrumpió vivamente diciéndole: Marqués de Villena no hablemos de eso.

—Exijisteis, continúo el marqués con las señales mas marcadas de agradecimiento, que el rey viera á un amigo vuestro.... Me presentásteis al momento á Enrique que con los brazos abiertos, y con lágrimas en los ojos queria espiar á fuerza de afecto los pasados agravios.... Le seguimos desde entonces y á no deberos mi poder os confieso, Beltran, que me causaria zelos vuestro ascendiente en el ánimo del rey, infinitamente superior á mi privanza.

—Vuestra política, la consumada esperiencia de vuestros años, os ponen á cubierto de temor de rivalidad.

—Veinte años de trabajo no han podido conducirme aun al término de mis deseos..... el maestrazgo de Santiago!! y al pronunciar esta palabra, exaló un hondo suspiro que revelaba toda la ambicion de que estaba llena su alma. Ya iba á obtenerlo cuando al morir le plugo al rey don Juan nombrar á su hijo Alfonso niño aun. Enrique lo ha renunciado en su nombre, y creo que al fin lograré el premio de mis afanes.... El rey no ha revelado aun el nombre del sucesor que destina á su hermano.

—Quién podrá ser sino vos marqués?

—Vos Beltran, con vuestra juventud, con vuestro aire noble, y magestuoso talle sois el mancebo mas apuesto y garrido de la corte de Castilla. Todas las damas suspiran de amor por vuestros ojos.... pues bien dividamos por igual..... para vos la hermosura y los placeres, para mi el poder, y sus sinsabores. Sed vos el objeto del amor de la corte, yo el móvil de su gobierno.

—El amor para mi! dijo con desesperada tristeza Beltran, mirando fijamente al marqués. El amor!... Ah! yo lo reuso. Guardad vos el poder. Cuantas veces marqués echo de menos mi soledad de Bribiesca! allí sí, allí era yo feliz. Qué muger hay en la corte que pueda hacer la felicidad, el encanto de mi vida? Qué podrá darme en cambio de un corazon de fuego?... algunas frias miradas de ternura, algunas sonrisas de vanidad.... quereis que abata mi frente para ensalzar el orgullo, para adornar el carro de alguna inconstante y femenzuda que haga alarde de haber rendido á sus engañosas gracias al favorito del monarca, cual esa impudente Guiomar que ha enredado en sus funestas redes á Enrique y le hace con su infame conducta el oprobio y el escándalo de Castilla? El marqués con aire misterioso y creyendo percibir algun ligero ruido en la cámara del rey, fija la vista en la puerta, y cogiendo de la mano á Beltran, le dice con voz baja.

—Silencio! un corazon pervertido rara vez torna decididamente á la virtud.... En vano derribasteis á Catalina de Sandoval. Enrique nos ha creado otra rival, esa doña Guiomar la primera de las damas de la reina....

En este momento se abrió la puerta de la cámara del rey, y un page anunció en voz alta. ¡El rey! Salió este acompañado de los ricos hombres de Castilla. Recibió con la mayor afabilidad, el cortés saludo del marqués y de Beltran, y volviéndose al primero, le dijo.

—Hoy es dia de mercedes, y no me habeis de reñir marqués de Villena.... Don Guzman os hago merced de los tributos que por este año debe pagarme la ciudad de Toro. Don Guzman, dobló respetuosamente la rodilla y besó su mano.

—A vos Manrique de Lara, os doy las tercias de Olmedo y de Tordesillas....

El marqués de Villena llegose al lado del rey y casi al oido, con cierto tono de reconvencion murmuró:

—Que prodigalidad! señor. Ya os llaman D. Enrique el pródigo!!!

Volvió el rey la cabeza hacia donde estaba su austero ministro, iba ahora, le dijo, á darte una ligera señal de mi aprecio.

—La mayor que podeis darme, contestó Villena con afectada gravedad, es refrenar ese natural generoso y magnífico. V. A. va á quedarse sino, sin una sola villa de su reino.

—Está bien; no mas mercedes por hoy contestó el rey habituado á obedecer las insinuaciones de Villena, pero me permitirás que entrege á Beltran esta que para él ha traido el clavero y dos comendadores de la órden de Santiago. No me riñais marqués, no soy yo quien se la otorgó... Es el papa Pio II á quien plugo nombrarle gran Maestre de la órden de Santiago.

—Gran maestre de Santiago! repitieron á la vez y con el mayor asombro, casi todos los cortesanos. Beltran quedó cofuso, y D. Juan Pacheco marqués de Villena, permaneció inmóvil como si un rayo lo hubiera reducido á cenizas, alteradas visiblemente sus facciones.

Esforzóse en dominar su emocion, y despues de un rato de silencio dijo al rey:

—Vuestro padre al morir, dejó en administracion ese maestrazgo á vuestro hermano el infante D. Alfonso.

—D. Alfonso es un niño de diez años, respondió el rey. Yo como su tutor lo he renunciado. La órden de Santiago ha menester un gefe que la dirija, la guerra con los moros es cada dia mas activa.

Beltran lleno de confusion, asombrado con tan inesperada merced, dobló la rodilla, y puesto delante de D. Enrique con el tono mas respetuoso, V. A. dijo, me confunde..... esa dignidad debe conservarla vuestro hermano. Castilla creerá, que yo se la he arrebatado... y despues añadió con tono resuelto. La rehuso.

Un rayo de esperanza brilló en la ceñuda frente de Villena.

—Yo quiero yo mando, respondió el rey con sequedad y firmeza al mismo tiempo, que seas gran maestre. Tu renuncia de nada serviria ya á mi hermano. El pontifice y la órden harian un nuevo nombramiento. A mi encomienda, como hijo predilecto de la iglesia la ejecucion de su voluntad.... Dios os gaurde, grande Maestre. Venid conmigo señores y reparando que el marques de Villena permanecia inmóvil como clavado en su puesto, se dirigió con afabilidad y le dijo: y vos D. Juan Pacheco, no me acompañais hoy á paseo?

El marqués siguió al rey y apretando sus puños, con

voz agitada y nerviosa iba repitiendo entre sí: gran Maestre de la órden de Santiago!!!!

Solo quedó en la cámara del rey D. Beltran á quien parecia un sueño la rápida elevacion de su fortuna, y que conocia que iba á aumentar por ella, al número de sus enemigos, uno terrible y poderoso el marques de Villena, herido en su amor propio, burlado en el objeto de sus pretensiones. Despues de algunos momentos se dirigió á la estancia de la reina, que levantándose á recibirlo, le dijo con el aire mas amable y gracioso.

—Yo tambien tenia que daros mi parabien, Beltran, vencedor ayer en el torneo, hoy gran maestre de la órden de Santiago debeis de ser muy feliz.

—D. Beltran mirando con profunda tristeza á la reina respondió.—Lo creeis señora? permaneció algunos instantes absorto en sus reflecsiones y despues continuó con acento conmovido. En mis primeros años crei que la felicidad consistia en el estudio de las ciencias, en ser superior á los demas hombres en conocimientos, ¡ilusion! Llamado á mi pesar á la corte crei que la felicidad se cifraba en poder hacer dichosos á otros hombres, en la gloria, en los honores merecidos: ilusion señora! Dios solo hace el bien por el bien mismo, las débiles criaturas necesitan otra recompensa.... Mi alma se ha creado una divinidad que la llena toda. Ella seguia con sus ojos mis esfuerzos en el torneo de ayer.... ella sostenia mi brazo al lidiar con la flor de los caballeros de Castilla.... y una sonrisa suya coronó mi triunfo. La idea de ser amado correspondido, me haria hacer milagros, remover el mundo. Sin ella no hay para mi energia, no hay porvenir, no hay nada.... Pierdo mi fuerza, me abandona mi genio.... Ah! señora, señora! Hay hombres desgraciados que osan levantar su mirar al cielo..... los insensatos, que intentan fijar sus ojos en la estrella de la mañana.

Durante estas palabras, la reina tenia los ojos bajos, sus mejillas se colorearon, y manifestaba el mayor embarazo al oir una confesion que hacia largo tiempo no era un secreto para su alma, y que esta se complacia en la idea de ser amada. La reina doña Juana estaba hermosa en aquel momento. Los rizos de sus hermosos cabellos negros caian airosa y descuidadamente sobre su cuello, jamas sus ojos de fuego habian sido mas dulcemente expresivos, ni mas tierna su voz. La palidez de su rostro producida por los continuos disgustos que le ocasionaba la desarreglada conducta de Enrique la hacia mas interesante.

—No es la felicidad compañera siempre del poder, le contestó, repuesta algun tanto de su turbacion. Miradme á mi. Yo en medio de mi juventud me consumo sobre el trono como la flor arrojada en medio de un arenal. Para agradar á una muger se necesita un hombre. La reina sobra en Castilla. Para ocultar su nulidad quiere el rey engañarse á si propio. Ayer Catalina de Sandoval.... hoy doña Guiomar.... mañana la primera que le presente el acaso, y que solo servirá para publicar su defecto y escandalizar el reino....yo en tanto objeto de desprecio, no mejor por premio de mi sacrificio ni aun la consideracion debida á mi nacimiento.

Al escuchar estas palabras Beltran, olvida un momento que la muger con quien hablaba era la esposa de su rey, que él mismo era el favorito de este rey, y lleno del mayor entusiasmo esclamó:

—Despreciaros, señora?.... A vos que sois un ángel de hermosura y de bondad!.... Y por quién? Es vuestro esposo, y no os ama! vuestro amor! puede acaso reservar Dios á sus elegidos una dicha comparable á un sueño de ese puro seno, á las lágrimas de esos hermosos ojos? Ah! mi alma se anonadaria con tanta felicidad!

Una palabra destruyó su ilusion. La reina le dijo con altura.

—Son las tres, y el rey debe de estaros aguardando ya.

Vuelto en si Beltran al verse despedido de la presencia de la reina, lanzando un triste suspiro. No hubiera tenido jamas, la dijo, señora valor de revelaros este secreto sino estubiese dispuesto á daros hoy mismo un último y eterno á Dios.

Conoció la reina todo el pesar que habia causado á Beltran, el único tal vez que por ella se interesaba en la córte de su esposo.

—Eterno? le contestó palideciendo repentinamente.

—Si señora: las gracias y favores que sobre mi prodiga vuestro esposo me fatigan, hacen cada vez mas penosa mi existencia que una llama secreta, ardiente é impetuosa devora sin cesar. En vano he procurado combatirla.... mi razon es impotente, y solo encuentro un medio para templar mi desgracia.... un medio solo, mi fuga. Tornaré al asilo antiguo de mi niñez de donde nunca debiera haber salido, á aquellos campos donde era tan feliz, donde sus moradores jamás os han visto.

—Pero os debeis al rey que os ha colmado de honores, que hoy mismo os concede el maestrazgo de Santiago, dignidad que os da en Castilla un poder casi igual al suyo.... Enrique es desgraciado, está débil, enfermo, necesita de un amigo.... le abandonareis?

—Yo no puedo serle útil, respondió Beltran con un tono de voz profundamente desanimado. El espectáculo de mi infelicidad redoblaria sus penas. En vano me esfuerzo á disimular en su presencia. Mis palabras ya no tienen aquella energia, el fuego con que reanimaron su espíritu, cuando por la vez primera le hablé en mi casa de Bribiesca. Entonces no conocia yo el amor. Hoy lánguido, frio, inmóvil.... como él; pasamos juntos horas enteras sin distraernos de nuestra melancolia. Ah! mi alma abatida no es capaz ya de reanimar la suya; me es forzoso partir.

—Vos érais el alma de la corte, el disponedor de los festines suntuosos de Palacio, el mantenedor de los torneos, el que con su destreza cautivaba el corazon de nuestras damas, y alegraba la sombria tristeza del monarca. Ahora ya hace tiempo que todos os observan pálido, triste, meditabundo.

Beltran ocultando su rostro con ambas manos y dejando escapar sordos gemidos, contestó.

—Debilidad! locura! gloria, ambicion, porvenir todo lo he sacrificado á un sueño, á un sueño que...., es tal vez un crímen. Decis, señora que todos me ven pálido y triste. Ah! si, aqui hay un fuego que consume vorazmente mi vida: la tristeza proviene del corazon.... la palidez del remordimiento. Las fuerzas me faltan, dejadme partir.

—El rey os lo impedirá.

—El! gritó don Beltran, él menos que cualquier otro, jamás.

—Y Yo?

—Vos!, y se estremeció todo Beltran mirándola fijamente como temiendo no haber oido bien.

—Si, yo que soy vuestra reina mando que os quedeis.

Al nombre de la reina, dejó caer con abatimiento la cabeza Beltran.—Señora, dejadme marchar, y haciendo una cortés reverencia se dirijió hácia la puerta.

Juana de Portugal reuniendo todas sus fuerzas le llamó con voz débil.

—Gran maestre! no tiene ningun poder sobre vos la reina de Castilla? Tampoco os merecerá Juana de Portugal que no os pueda detener ni un momento? Quién me defenderá contra esa rival odiosa doña Guiomar, que se ha apoderado del cariño de mi esposo? vos derribasteis la privanza de Catalina de Sandoval.... por vos torné á la corte desde mi destierro de Maqueda, y habré de volver á él?... y ceder el puesto á una infame con-

cubina? Reina os he dado toda mi confianza.... muger, me pongo bajo vuestra proteccion. Nada podrá con vos una reina, una mujer? La abandonareis en su desgracia? La entregareis á la insolencia de una favorita? Si, el rey no me ama querra á cualquier costa desembarazarse de mi.... me repudiará tal vez como á la infeliz Blanca de Francia.... tendré que descender del trono.... Ah! Beltran, os quedareis, si, os quedareis. Yo nada quiero, nada os mando, suplico solamente.

Beltran se arrojó á sus pies.

—Vos suplicar, señora! suplicar? mandad, mi vida es vuestra. No me acuseis de abandonaros. Huia de vos es verdad, porque os amo ciega, frenética, insensatamente, y este amor que es mi encanto y mi tormento, no es un capricho leve y momentáneo.... lo sentí desde el instante en que por la vez primera os ví cual un ángel purísimo de hermusura y de bondad. En vano agotó mi vida combatiendo este amor que le domina. En vano para calmar su fuego abrasador estoy de continuo al lado de vuestro esposo, cuya presencia deberia estinguirlo, y á su vista vuelve á encenderse mas vivo, mas impetuoso, mas eterno.

—Callad por Dios!... callad, dijo Juana volviendo á otro lado la cabeza medio desfallecida, y abandonando maquinalmente su mano á Beltran que la cubrió de apasionados besos.

Juana se desasió de su mano, y asustada se retiró algunos pasos atrás.

—No temais angel mio, la dijo Beltran levantándose, si.... siempre os respetaré, me acordaré que sois mi reina, y maldicion sobre mi si intentare abusar de mi felicidad! Ah! mi alma no basta á contenerla, y pienso que me ha de costar la vida. Pensar en mi, un angel! oh! creo que es un sueño, sueño delicioso del que tiemblo despertar. Yo huir? Yo salir de palacio?... no, jamas. Siento renacer toda mi antigua energia. Mi amor, señora, es un rayo de la debilidad que me revela toda la estension de los deberes que me impone.... Ayer era para mi el poder una carga pesada, insoportable: de hoy mas me será ligera. Odios, partidos, rivalidades, muerte, todo lo desafio. Gran Maestre, yo armaré si es preciso para protegeros toda la órden, para sosteneros en el trono haré mi nombre respetable y poderoso, y verá en mi Castilla, mas que un hombre, un héroe, mas aun, un fanático dispuesto á morir por su ídolo.

Al hablar asi Beltran, la espresion daba un nuevo realce á sus hermosas y varoniles facciones: él entusiasmo de sus ojos, su elocuente gesto hacian de el mas que un amante vulgar. Contemplábale enagenada la reina, todas sus dudas se disiparon.

—Beltran, vuestras palabras vuelven la calma á mi agitado corazon, le dijo con una voz casi trémula de emocion, lo aliviais de un peso insoportable. Podré sin crimen confesar que os amo! Ah Beltran cuanto he combatido, pero que muger en mi situacion hubiera resistido? Ah! porque en dias mas afortunados no os encontré Beltran en Lisboa en la corte de mi padre.... libre entonces antes de ser reina, hubiera preferido vivir oscura con vos en cualquier rincon del universo. Ahora tambien puedo amaros con un amor puro.... pensad en Juana como en la gloria, como en Dios, desplegad un valor magnánimo, una adhesion generosa, y todos vuestros esfuerzos encontrarán su recompensa en este corazon que es todo vuestro, y que se confia á vos, sin que le atormenten los remordimientos. Enrique puede volver, añadió despues con amable sonrisa, el es incapaz de apercibirse de nuestro afecto, pero tiemblo á Guiomar.

—Yo os libertaré de ella.

—Cautela! Yo misma devoro en secreto mi afrenta y aparento ignorar su criminal conducta.... Si intentase destruir este capricho de Enrique no lo lograria y nos perderiamos ambos. Mañana nos volveremos á ver.

—Mañana! tanto aguardar! dadme una prenda de vuestro amor ó creeré que mi felicidad ha sido un sueño. Y al decir estas palabras señalaba con el dedo una cruceccita de oro que la reina llevaba pendiente de una cinta al cuello.

Juana se la quitó y presentándola á Beltran.—Tomad le dijo, esta cruz de oro que el papa Nicolas III regaló á mi familia bendecida de su santa mano, y que me puso mi madre al cuello el dia de mi nacimiento. Una tradicion constante ha hecho mirar este don como un preservativo contra las desgracias. Tomadla, mi felicidad queda desde hoy unida á la vuestra, que la virtud de esta cruz santa proteja de hoy mas á los dos.

Beltran puesto de rodillas besó la mano que le ofrecia este amoroso don.—Os juro conservarla sobre mi corazon. No volverá á vuestro poder hasta despues de mi muerte. Y la colocó sobre su pecho.

La reina le acompañó hasta la puerta de su estancia y allí se despidió Beltran de su amante.

—Hasta la noche.

—Hasta la noche, respondió la reina volviendo á su cámara real.

Cuando Beltran se vió fuera de la cámara de la reina quiso un momento estar solo, enteramente solo, que nadie viniese á turbar la embriaguez de su alma. Antes de haber visto á Juana de Portugal su imaginacion se habia creado un ser ideal de hermosura y de perfeccion. Cuando comparaba otras mugeres que se presentaban á su vista no las podia amar, y se juzgaba un insensato adorando lo que no podia existir sobre la tierra. Y sin embargo este amor, esta belleza existian, y al ver á Juana encontró todo lo que su imaginacion se habia creado y la amó como si la hubiera vuelto á ver despues de una ausencia.

Beltran sacó de su pecho la cruz de oro que habia recibido de la reina, y la cubria de besos. En tan dulce ocupacion le sorprendió doña Guiomar, la favorita de Enrique IV. Desconcertado Beltran con su presencia ocultó rápidamente su precioso tesoro, y le rogó que se sentase á su lado. Doña Guiomar era muger hermosa, de ojos vivos y en su aire se notaba la mayor desenvoltura.

—Muy sentimental estais, don Beltran. Al fin habeis abandonado vuestro aire tétrico y melancólico. Haceis bien, ya hace tiempo que la córte de Castilla no se regocija como á vuestra llegada de Bribiesca. Entonces los saraos, los festines, los torneos, se sucedian sin interrupcion. Ahora os habeis hecho tan grave y meditabundo que sin la gloriosa conquista de Gibraltar no hubieramos vuelto á tener el gusto de admirar vuestra bizarria en las fiestas. Sabeis que estubisteis muy gallardo don Beltran? Contenta debió quedar la dama de vuestros pensamientos.... y aun tal vez os hizo algun misterioso regalo de amor, ese que ahora mismo besabais con tanto entusiasmo, y que escondisteis al entrar yo.

—Yo, señora?

—Vamos, decidme su nombre, ó tal vez quereis que yo lo adivine?..... En el torneo cuando alcanzasteis el premio fuisteis á depositarlo.

—Señora!

—Para mayor disimulo, añadió vivamente Guiomar, á los pies de la reina.

—Era un obsequio debido á la esposa de Enrique.

—No ha de valeros, don Beltran vuestro disimulo. Yo he de penetrar vuestro secreto; será doña Elvira de Albornoz.... la duquesa de Haro.... ó la jóven condesa de Medina; no hay en la córte mas consumadas bellezas que estas, y la de la reina doña Juana.

Las sospechas de una muger celosa podian á la verdad fijarse sobre cualquiera otra que sobre la reina, pero era sin embargo muy peligroso no destruirlas enteramente. Beltran como hombre que sabia, que no basta negar

para convencer, y que á una muger sobre todo es preciso darle una prueba, la dejó hablar largo tiempo, renovar sus alusiones, y confirmarse mas y mas en sus sospechas. Cuando parecia mas confundido, reducido al silencio, y en la imposibilidad de defenderse, mirando á doña Guiomar con ojos apasionados.

—Ah! Guiomar! Guiomar! la dijo. No, hay en Castilla una hermosura que las eclipsa á todas. Cuan injusta sois! Me perdonareis señora, añadió afectando el mayor embarazo, si me justifico completamente á vuestros ojos? No os ofendereis si os hago una declaracion que debia morir conmigo?

—Al mismo tiempo le enseñó una flor que mientras habia estado hablando con ella, habia con la mayor destreza arrancando de su adorno.

Esta mañana al salir del cuarto del rey, dejasteis caer esta flor, yo la recogí ansioso. Ah! la hubieran pisado!... Yo separándome de las miradas que de continuo espian nuestras acciones en palacio la puse sobre mi corazon.... porque habia estado sobre vuestra cabeza. Oh! dejadmela Guiomar llevar aun otra vez á mis labios, y permitidme que la llame como ahora poco la llamábais..... un regalo misterioso del amor.

—Con que era yo la causa de vuestra melancolía?

—No habeis adivinado la causa? No es estraño, los muros del rey no os han permitido leer en el corazon del vasallo. Temia incurrir en vuestra desgracia confesando mi pasion que habeis sorprendido.

En este momento la reina que salia de su cámara al ver á don Beltran y doña Guiomar hablando, se para en el cancel de la puerta y escucha con las señales de la mas visible conmocion.

Doña Guiomar, como una de las mugeres mas habiles en coqueteria, se dejó persuadir de lo que tanto lisonjeaba su amor propio.

—Vuestro amor lejos de indignarme, le contestó, me llena de placer. Que muger podria ofenderse de él? Sois el primer caballero, el jóven mas galan de Castilla. Jamas me perdonaré el haberos hecho tanto padecer. A fuerza de amor procuraré espiar el no haber correspondido antes á vuestra pasion. Desterrad la tristeza y que la alegria vuelva otra vez á animar vuestro semblante.

—Y el rey don Enrique? replicó Beltran.

—La ambicion, el orgullo me han arrojado en sus brazos; el amor era imposible. Si la Providencia buscase la perfeccion y las brillantes cualidades para el trono, tu, Beltran hubieras sido el rey de Castilla.

Beltran afectó besar amorosamente su mano, que Guiomar le tendió con la mayor amabilidad, la reina al observar esto hizo un ademan de despecho y se retiró á su estancia.

Hecha esta confesion amorosa, fuele preciso á Beltran no pena de volver á suscitar en el ánimo de doña Guiomar todas sus primeras sospechas, consentir para la noche siguiente en una cita que ella tuvo el arte de hacerle conceder cuando ella era la que la solicitaba. Beltran entregó con rostro alegre pero con la desesperacion en el corazon, á Guiomar la llave de una puerta secreta que desde la cámara del rey conducia á su cuarto á ella contiguo.

Guiomar al despedirse de él le apretó la mano afectuosamente.—Tu constancia es acreedora á todo, le dijo... Hasta la noche!

Beltran la acompañó hasta la puerta de la estancia, y al despedirla con afectada sonrisa, murmuró entre dientes y con la mayor desesperacion.

—He ahi convertida en infernal una noche de delicias... Si pudiera prevenir á la reina!!!

Y marchó á encontrar al rey que paseaba con la reina en los jardines del palacio.

II.

Don Beltran de la Cueva, tenia su aposento en el palacio real, y sus ventanas daban una de ellas enfrente de la cámara de la reina, y la otra sobre las deliciosas márgenes del Pisuerga. Entrambas se hallaban cubiertas con dos grandes cortinas de terciopelo carmesí con ancha franja de oro, y en el fondo de la estancia, habia una puerta principal por donde se comunicaba con el resto del palacio, y á uno de los lados, y muy disimuladamente habia practicada en el muro una pequeña puerta falsa para pasar secretamente á las habitaciones del rey. La llave de esta es la que don Beltran se vió forzado por no despertar sus zelosas sospechas á entregar á doña Guiomar.

La hora de la queda habia ya sonado, todo se hallaba en silencio en el palacio y la ciudad, cuando don Beltran colocado en la ventana que daba frente á la cámara de la reina, despues de contemplar la hermosura de la noche tan serena y apacible, ocupado en sus amorosos pensamientos, tomó el laud, y considerando que aun la reina tal vez no se habria entregado al sueño, preludió unos cuantos sonidos con su laud, y con su hermosa voz cantó unas trovas amorosas.

A poco de haber empezado á cantar don Beltran notó que abrian una de las ventanas de las habitaciones de la reina, pero el balcon se cerró de repente al terminarse la última estancia. Maldecia Beltran su imprudencia temeroso de haber indignado á la reina con su libertad, y arrojó lejos de sí con enfado el laud sobre uno de los sillones; y corrió la grande y pesada cortina de terciopelo de la ventana. Un momento despues sintió pasos y abriéndose la puerta del fondo vió entrar á la reina. Corrió á su encuentro, besó reverente y enamorado su mano, diciendo:

—Que felicidad! al fin puedo libremente arrojarme á vuestros pies.

—A los mios? mirad D. Beltran que os equivocais.

—No os comprendo respodió Beltran, vuestra voz está trémula, pálido vuestro rostro, y llenos de lágrimas vuestros ojos. Si son los remordimientos señora los que asi os atormentan decidlo, señora, y me vereis por la última vez. Antes mi destierro á que estaba resuelto ayer, primero mi muerte que costaros una sola lágrima, que turbar la paz de vuestra alma. Hablad, decidme, qué os aflige? En qué he podido ofenderos?

—Preguntárselo á doña Guiomar, esa muger voluptuosa que vende sus gracias al poder, que quiere con su orgullo encadenar á la vez al monarca, y al favorito esa muger como el genio del mal se interpone siempre, entre mí, y mis mas caras afecciones. Ella me ha arrebatado el aprecio de Enrique... ella me hace el ridículo juguete de vuestra pasion.

Pero Beltran deteniéndola en el momento en que iba á marcharse, se arrojó á sus pies, le contó como habia sido sorprendido por Guiomar, como para destruir sus sospechas que iban aproximándose á la realidad, se habia visto obligado á aceptar una cita. El calor y la verdad de sus palabras persuadieron á Juana de Portugal, cuyo corazon ya habia perdonado aun antes que sus labios confirmasen el perdon.

Beltran habló aun mas, no para justificarse, el amor comienza por ser tímido y mudo, despues vienen las declaraciones, los juramentos, la fiebre que se apodera del cerebro, que hace palpitar el corazon, que inflama las miradas, la necesidad de decirse que se aman, y la confianza de dos almas que se descubren enteramente su interior todo eso esplicado en una especie de lenguage sutil, especial, inagotable cuyo secreto solo

poseen los amantes y que en su exaltacion solo pueden comprender; despues al fin asi como el enfermo despues de un gran esfuerzo cae aplanado, asi se aplanan todas estas pasiones, y llega el momento de la última prueba la mas peligrosa de todas, el silencio....

Un ligero ruido hácia la puerta secreta vino á interrumpir los mas vivos juramentos de un amor eterno. Admirados inmóviles los dos amantes escucharon en silencio, eran pasos lentos que cada vez se aproximaban mas. Un momento despues oyeron meter una llave en la cerradura.

—Dios mio, que ruido es este? esclamó muerta de miedo y turbacion la reina.

—Maldicion! grita desesperado Beltran. Van abrir aquella puerta. Ocultaos pronto.

—Nos han descubierto! Estoy perdida.

—No tengais cuidado. Ocultaos en el hueco de esta ventana, detras de esa cortina desde ahí podreis oirlo todo sin ser vista.

—Conque sabeis quién es?

—Un demonio del infierno doña Guiomar.

La reina se escondió cuidadosamente detras de la cortina que cubria la ventana donde pocas horas antes habia estado D. Beltran tocando el laud. Apenas habia concluido de colocarse en ella cuando la puerta secreta cediendo á los esfuerzos que hacian para abrirla, dejó ver á doña Guiomar, cuya aparicion dejó á Beltran tan parado como si un rayo le hubiese herido repentinamente.

—Sabeis Beltran, que tengo que reñiros? le dijo doña Guiomar con la mayor familiaridad tomando asiento á su lado. Es menester que seais mas cauto. El amor os hace delirar. Ya se ve..... habeis sido hasta ahora tan callado, que quereis indemnizaros de tanto silencio. Bella trova por cierto. Yo la escuché desde el aposento de D. Enrique, y procuré distraerle para que no comprendiese su sentido. Veis cuan pronto os ha tornado vuestra antigua alegria?

—Señora esa trova.... murmuró con la mayor confusion Beltran.

—No me he incomodado, Beltran, no por cierto. No soy tan desdeñosa como os figurais, ni debeis quejaros de mis rigores. De hoy mas no cantareis penas ni desdenes. Amor y solo amor debeis cantar.

—Beltran estaba en brasas, y asi solo respondia á las afectuosas palabras de doña Guiomar por monosílabos.... Tanta felicidad!

—Sabeis, le dijo al fin Guiomar, que vuestra pasion os hacia mudo, y vuestro amor ya correspondido mudo tambien.

—Es que ahora....

Oyose en este momento alzar el picaporte de la puerta del fondo que se hallaba cerrada, y dar dos ó tres golpes llamando para que la abriesen.

Sobresaltóse doña Guiomar.—Quien puede ser? Dios mio! y á estas horas.

—Lo ignoro absolutamente, señora, os juro que no esperaba á nadie.

Repetianse los golpes con mas esfuerzo en la puerta, y al mismo tiempo gritaban desde afuera.—Beltran! Beltran!

—Cielos el rey! esclamó aterrada doña Guiomar. Somos perdidos. Salvadme, Beltran, y al mismo tiempo se dirigia á esconderse detras de la cortina de la ventana donde poco antes se habia ocultado la reina. Detúvola Beltran inmediatamente, y señalando á la ventana de enfrente la dijo.—Qué vais á hacer?

No.... detras de aquella cortina.

Colocóse en el hueco de la ventana medio muerta de terror y de sobresalto Guiomar y Beltran, trémulo abrió la puerta al rey. Creyóse perdido, vendido, no habia remedio alguno para él. El esposo ultrajado, el amante engañado venia á sorprenderle en su doble crimen. Sin embargo, el semblante del rey no espresaba ni la indignacion ni la cólera, solo si el disgusto de que tanto tiempo le hubiesen detenido á la puerta.

—Creí que no querias abrirme.

—Señor! respondió timidamente don Beltran.

—Estoy tan desvelado, dijo el rey tomando una silla, y sentándose muy tranquilamente, que no he podido conciliar el sueño, y he venido á pasar la noche á tu lado. Siéntate tu tambien. Acuérdate cuantas noches hemos pasado juntos conversando sobre los negocios del reino, sobre mis amores, ú oyendo las cántigas amorosas que tu componias á la dama de tus pensamientos, dama que nadie conoce y que solo existe en tu fantasia. Sabes que si fuese un ser real casi llegaria á estar zeloso de ella? Me parece que de algun tiempo á esta parte, se ha entibiado el afecto que me profesabas.

—Podeis creerlo?

—En mi, al contrario, cada vez me es mas necesaria tu presencia que tanto me escaseas. No quiero que el nuevo cargo de gran maestre te distraiga del gobierno de palacio. Quiero verte todos los dias, hablarte á todas horas. Yo te recompensaré esta exactitud. Y que te podré dar ya? No eres gran maestre de Santiago? no mandas mas que mis ministros? No reinas tú por mi en Castilla?

—Imposible me será, contestó lleno de rubor don Beltran, pagaros tanta bondad, creed que cada vez soy mas indigno de ella, y al mismo tiempo le besó la mano.

—No digas eso. Tu eres mi único, mi íntimo amigo: el hombre llega á una edad en que su corazon se niega á contraer nuevos vínculos, en que se gasta la energia del alma, en que el fuego del corazon se concentra en antiguos recuerdos en vez de dilatarse á nuevos objetos. Yo agoviado con los disgustos de reinar, con las enfermedades que debilitan mi cuerpo, me he anticipado á la edad, estoy ya en ese caso. Vivo solo y nada nuevo veo en derredor de mi. No amaré mas que lo que hasta ahora he amado. Tres objetos Beltran, tres solos. Juana mi esposa á quien á pesar de mis infidelidades aprecio y respeto: Guiomar que con sus graciosos atractivos forma el encanto de mi vida, y tu que no me abandonarás jamás. no. He aquí los tres únicos seres que me unen al mundo los únicos de quien me fio, que quisiera ver á todas horas, y que no abandonaré jamas. El cielo me ha negado un descendiente á mi corona, un hijo que yo hubiera procurado hacer mas feliz que yo, en quien hubiera cifrado mi gloria, mi porvenir..... ah!

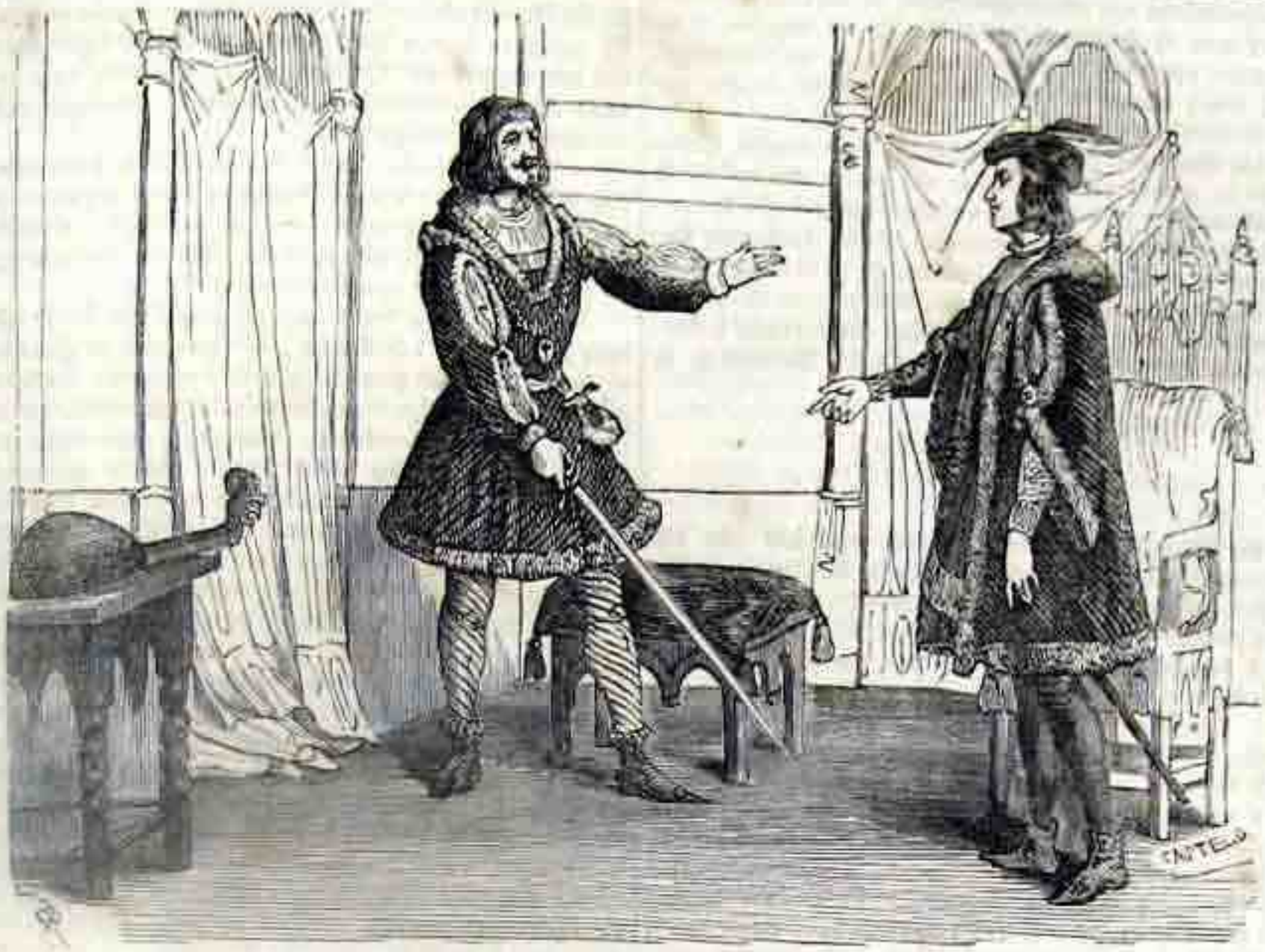
—Olvidad ese pensamiento, desechad esa idea que es vuestro tormento.

—Decis bien no hay tomento mayor que ser condenado á aparecer sobre un trono como una fugaz exalacion que cruza la esfera sin dejar la menor señal en pos de si. Esta idea me arrebata, acalora mi cabeza.

Un largo silencio siguió á estas palabras. En vano las miradas del rey habian buscado las miradas de su amigo. Beltran con los ojos bajos, mudo, parecia confundido por su conciencia y aunque ningun movimiento revelaba la presencia allí de la esposa y de la querida del rey, le preocupaba el peligro que á cada instante podria tener la estancia del rey en su cuarto, era indispensable á toda costa alejarle de allí y libertar á la reina de la mortal ansiedad en que necesariamente debia encontrarse.

—Señor, le dijo, debeis retiraros. Pasar la noche en vela podrá alterar vuestra quebrantada salud.

—Estoy bueno, respondió el rey. La noche es de las mas apacibles del otoño. Necesito respirar el aire puro. En esa ventana cuyas vistas son sumamente agradables hablaremos con comodidad. Levantóse al mismo tiempo y se dirigia á la ventana cuya gran cortina habia dado un abrigo á la reina muerta de terror.



Aparta, te digo que la he de ver!

Beltran viendo el peligro, se puso delante del rey, y le dijo: El aire es demasiado fresco, os hará mal.

—No importa, contestó el rey, dirijiendo sus pasos á la ventana.

—Es imposible replicó Beltran poniéndose delante de él, y procurando detenerle.

—Estoy resuelto, dijo el rey con tono decidido.

Al mismo tiempo se oyó un grito detras de la gran cortina de terciopelo, que cubria la ventana y se oyó el golpe de una persona que caia al suelo, viéndose por debajo de la cortina la franja de un vestido blanco.

Beltran, dijole el rey entonces. He ahí el obstáculo que se oponia á que respirásemos juntos el aire del Pirineo en esa ventana. Voy á ver tu linda dama. Beltran deteniéndole respetuosamente, le dijo en ademan suplicante.—Señor!

—Aparta te digo que la he de ver!

Beltran que comprendió todo lo terrible de su situacion, que iba á perder á la reina, sacando la espada cerró el paso el rey, que quedó asombrado de su accion.

—Os juro, le dijo, por Santiago de cuya órden soy gefe soberano que no pasareis de aqui, y al mismo tiempo trazó sobre el pavimento una linea con la espada.

—Maestre! temprano os revelais contra vuestro rey.

—Siempre obré como caballero. Esa muger que ha hecho desfallecer el temor de vuestra vista, moriria de ira, si llegarais á conocerla. Está en mi cuarto bajo mi proteccion.

—Su nombre al menos, repuso el rey lleno de curiosidad.

—Jamas. El que cobarde ó jactancioso revela el nombre de la muger que corresponde á su amor, es un villano, un traidor, un mal caballero.

—Sin duda es Guiomar: solo esa belleza pudiera interesaros el ocultarla de mi.

—Juro por esta cruz, que es una muger casada. Ved si me importa defender su honor.

—Tal vez la duquesa de....

—Señor no lo habeis de saber.

—El rey alargándole con afecto la mano se la estrechó diciéndole. He ahi el pundonor castellano. Asi me gusta. Yo te fio mis amores y tú me reservas los tuyos.

—El secreto de vuestros amores es el secreto de toda Castilla: el mio morirá en mi corazon.

—Hasta mañana! dijo el rey con irónica sonrisa: conozco cuanta habrá sido tu impaciencia durante mi visita, y yo que queria prolongarla toda la noche!!!!

Beltran fue á despedir al rey aunque sin salir de su aposento, pero en el momento en que despues de haber salido D. Enrique vuelto de espaldas á su cuarto desde la puerta le hacia una profundisima cortesia, doña Guiomar saló rápidamente de su escondite, corrió á la ventana de enfrente, tiró de la cortina, y vió á la desgraciada reina tendida en el suelo, pálida, privada de conocimiento.

Cuando Beltran volvió para ir á buscarla se dirigió á él con los ojos encendidos de cólera, lanzó una mirada de despecho á Beltran que quedó aterrado, confundido al ver descubierto el secreto de su corazon.

—Todo lo sé, le dijo. Te burlabas de mí, miserable!!! y sin aguardar su respuesta le volvió la espalda saliendo por la puerta principal.

—Mañana voy á partir con los caballeros de Santiago para mi fortaleza de Galés, le gritó con voz trémula D. Beltran, doña Guiomar ifo contestó ni volvió la cabeza.

Juana á fuerza de los cuidados de Beltran volvió prontamente en sí: el recuerdo de la terrible escena que acababa de pasar, el peligro que habia corrido reanimaba todos sus temores, las palabras que habia

oido despertaban sus remordimientos, la esposa criminal creia ver aun el fantasma acusador de su esposo, y su imaginacion aterrada le representaba que su enemiga, su rival tenia en sus manos el terrible secreto de que podria prevalerse su maldad.

Todos ignoraron el suceso fatal de esta noche. Guiomar solo lo sabia, pero Guiomar no podia abusar de él sin perderse. La reina habia estado oculta bajo la cortina de la ventana de la derecha. Doña Guiomar habia estado escondidida bajo la cortina de la ventana de la idquierda. Si la una era la esposa, la otra era la querida favorita del rey; y ambas se habian encontrado á deshora de la noche en el aposento de D. Beltran de la Cueva.

III.

Al dia siguiente, Beltran trató de marchar con los caballeros de la órden de Santiago a la fortaleza de Uclés, pero el rey lo resistió tenazmente. Sin embargo, Beltran conoció que era indispensable. Cuando en el corazon de las mugeres se despierta una pasion, miden su estension, se alarman al principio, tratan de huir del peligro, y llaman en su ayuda la razon: todo es entonces dudas y combates, y no ceden sino llorando á su debilidad. Una vez conocida de las gentes su derrota, todo cambia de aspecto, callan los lloros, adormécense los remordimientos, y como su sola escusa está en el esceso de su pasion entreganse á ella con embriaguez, refugiándose en su amor como en su único abrigo. La culpable esposa habia resistido con todas sus fuerzas, y temendo haber cedido á un sentimiento débil, á un capricho efímero, trataba para asegurarlo de que la ternura de su amante se manifestase con nuevas pruebas, porque le parecia ser menos culpable cuanto mas estaba apasionada, y la que mucho habia sacrificado, se juzgaba con derecho á exigir muchos sacrificios de su amante.

Asi que la reina buscaba la presencia de Beltran, con una ansia capaz de alarmar á este sobre su mútua seguridad, espiaba sus pasos, gestos y palabras, zelosa de un bien que debia esclusivamente pertenecerle, y que tan caro habia comprado á precio de su tranquilidad y de su honor.

Doña Guiomar cruelmente engañada, herida en su vanidad, no habia olvidado una ofensa que jamas perdonan las mujeres, y todo debian temerlo la reina y Beltran de ella, sino de una vengaza calculada al pronto, al menos de alguna indiscrecion de aquellas que revelan despues inmediatamente la verdad. Asi don Beltran vigilado por esta parte se conducia con la mayor reserva, tratando con estudiada indiferencia á la reina que se alarmaba de su frialdad, pues evitaba cuidadosamente el hallarse á solas con ella, viendo ordinariamente á su real querida en la cámara del rey.

Este resistia siempre el dejar marchar de su lado á don Beltran, pero una invasion de los moros del reino de Córdoba y Sevilla en las fronteras de Castilla, vino á servir poderosamente á sus intentos. Marchó don Beltran al frente de sus caballeros, y algunas tropas á contener sus correrias. Seis meses duró la espedicion, y la córte de Castilla presentó un aspecto triste y sombrio de que vino á sacarla un suceso grande, muy ansiado en Castilla, y que debia influir altamente en sus destinos. La reina doña Juana iba á dar despues de largos años de esterilidad un heredero á la corona de Castilla.

Un dia que el rey estaba en su cámara rodeado de sus cortesanos, y mas contento que de ordinario el marqués de Villena le dijo:

—Vuestra alteza, está hoy mas satisfecho que nunca. Desde la partida del gran Maestre de Santiago nunca os vi tan alegre.

—Jamas he tenido iguales motivos de contento. Iñigo de Haro volvió de desempeñar su comision en Alcalá. El maestre torna hoy victorioso de su espedicion contra los moros de Córdoba.... tú has concluido un tratado de paz ventajoso con mi querido hermano y suegro Alfonso de Portugal.

—He empleado, replicó con afectada modestia, todas mis fuerzas para terminar en provecho de ambos pueblos las diferencias que de antiguo los dividen, y crea V. A. que me reputo feliz en tener la ocasion de prestaros este nuevo servicio.

—Yo tambien tengo un proyecto que ha de afirmar esta alianza. Y vos Juana, dijo despues dirigiéndose á la reina, no me preguntais por la respuesta que ha traido Iñigo de Haro. Quiero pagaros la galanteria que habeis usado conmigo bordando asidua, y secretamente esta banda..... Pensábais ocultármela hasta que estubiese concluida.... no es verdad? Os sorprendí en tan grata ocupacion y confesásteis que era un don que destinabais á mi amor.... que de hoy mas será toda mi delicia..... El mensagero que envié al santo Diego de Alcalá, ese bendito religioso por quien el cielo ha obrado tantos prodigios, suplicándole me revelase la suerte de mi sucesor á la corona ha oido de la boca misma del santo su divina inspiracion. Llegó á los últimos momentos cuando el portentoso lego tendido sobre una cruz de ceniza, rodeado de la comunidad penitente aguardaba con la muerte el premio de su virtud. Oyó la demanda de su rey en aquella hora solemne, alzó al cielo los ojos, é inspirado contestó á Iñigo de Haro. *Volved á Enrique y aconsejadle penitencia.... De Juana de Portugal nacerá una hija que será el germen de desastrosa guerra civil en Castilla. A Enrique sucederá una Princesa modelo de virtud cuyo poder no bastará á contener un mundo.* Quiso mas despacio preguntarle Iñigo de Haro.... pero el cántico de los moribundos que entonaban los religiosos, acompañó los últimos suspiros del santo.

—Creeis Enrique, dijo la reina, en esa prediccion?

—Yo creo firmemente en las palabras de los Santos, contestó el rey con tono firme y religioso.

—El marqués de Villena que no era tan decidido creyente como el rey replicó. El oráculo no es muy dificil de cumplirse. Si teneis una hija, la ley, la práctica inmemorial, constante de Castilla la llamara al trono de su padre.... la guerra civil es tan facil predecirla que hasta ahora todos los reinados anteriores al de V. A. han sido harto agitados. Vos mismo, señor, añadió con cierta ironía, tomasteis las armas contra vuestro padre D. Juan II.

—Marqués de Villena, no me recordeis una accion que me destroza el alma.

Un paje entró en este momento á anunciar la llegada del gran Maestre de la orden de Santiago, que habiendo dejado sus tropas se habia adelantado una jornada para presentarse al rey. Diversos efectos causó este anuncio en el semblante de los cortesanos. Cualquiera hubiese podido notar la turbacion de la reina.

Entró D. Beltran armado de pies á cabeza, y sobre su rica armadura el manto blanco donde campeaba airosamente la roja cruz de Santiago, alzó la visera del bruñido casco, dobló la rodilla y besó la mano del rey que alzándole afectuosamente del suelo le estrecho en sus brazos, diciéndole.

—Beltran, ya se me hacia insoportable vuestra ausencia.

—Seis meses há que ni un solo momento he dejado de pensar en vos, y al mismo tiempo dirijió una espresiva mirada á la reina.

—Sin embargo, dijo el marqués de Villena con cierto tono de afectada cortesia, los habeis aprovechado Sois tan buen guerrero como gallardo cortesano.

—Hemos sabido vuestras victorias, dijo tímidamente la reina que hasta entonces no habia tomado parte en la conversacion.

—Sí, la interrumpió el rey, me ha ganado las villas de Andujar, Baeza, Ubeda, y ha llegado hasta las murallas mismas de Córdoba devastando sus fértiles campiñas y talándolo todo.

—El hambre les hizo pedir la paz que en vuestro nombre les otorgué, contestó el Maestre.

—Cara se la habeis vendido, Maestre! esclamó con desdeñosa sonrisa doña Guiomar.

Por un movimiento que no es fácil reprimir al ver atacada á la persona que se ama, salió á su defensa la reina y contestó mirando severa á Guiomar. Nada ha exijido para sí ni para los caballeros de su orden.

—Cierto, dijo el rey, y me recordais la deuda en que estoy.... Concedo á vuestra órden las alcabalas, y los diezmos del terreno conquistado, y á vos os resecvo por premio estos brazos, y al mismo tiempo le estrechó afectuosamente en ellos, y os hago merced de la orden de la Banda.... para probaros cuanto es mi afecto os entrego esta que la reina con sus propias manos ha bordado para mi.... Besadla la mano....

Beltran besó la mano de doña Juana que al mismo tiempo y en voz baja le dijo, luego á su destino.... la hablaba para sí.

Turbados quedaron ambos por un momento, pero el rey los sacó de esta situacion, preguntando á don Beltran.

—Maestre, de vuestra gloriosa espedicion habeis vuelto enteramente libre? Habeis olvidado los amores de aquella dama cuyo coloquio vine á interrumpir una noche....

—Señor, esa pregunta, le interrumpió Beltran.

—Os parece indiscreta... ya delante de estas damas es poca galantería hablar de amores que no inspirasen ellas....No os atreveis á esplicaros francamente... lo veo, pero ya que no tengo ningun miramiento que guardar, responderé por vos. No, Maestre, vuestro corazon no se halla comprometido.

La reina respiró, pues temia si podria el rey sospechar algo de su pasion.

—Ha llegado el momento, continuó este, de verificar un proyecto mucho tiempo en silencio meditado, y que es la de sorprender.

—Alguna nueva bondad de V. A.

—He querido ayudar los designios del marqués de Villena. Las diferencias que existian con el Portugal, han quedado terminadas por un tratado que ha concluido su política.

—Falta solo que lo firmeis, señor, y me llenará de orgullo vuestra aprobacion, dijo el marqués como modesto ministro.

—Hago aun mas.... he querido poner el sello á este tratado de paz con la alianza del hombre mas poderoso de Portugal...: en una palabra, os preparo Maestre un matrimonio brillante.

Un frio mortal se apoderó de la reina. Doña Guiomar dió los ojos clavándolos alternativamente en la reina, y en el Maestre para espiar el efecto que les causaba esta proposicion.

—Sí, continuó el rey, la hija del embajador, el duque de Viseo. No es una belleza perfecta? ojos negros, penetrantes, talle esbelto.... á vos Juana qué os parece?

—Cierto, contestó la reina pudiendo respirar apenas. Es una jóven hermosa.... muy bella si.... ya lo habreis notado Maestre.

—El maestre es muy hipócrita en amor, continuó el rey, yo se ciertas cosas.... estoy seguro que ya ha reparado en tantas gracias.... ademas es una de las herederas mas ricas de Portugal.... noble como el mismo rey. Habeis enmudecido?

El Maestre en efecto parecia haber enmudecido, volvió en sí de su turbacion y con una sonrisa demasiado afectada dijo.

—Eso mismo me ha hecho callar. Quién soy yo? Qué podré ofrecer á esa jóven en cambio de tantas ventajas?

—Mi amistad, seiscientos mil escudos y un ducado en Castilla.

—Tantas mercedes á un hombre oscuro, murmuró con ira el marqués de Villena, sin embargo así se firmará mi tratado.

—Es preciso que esteis enamorado ó loco para renunciar estas ofertas, y yo se que no sois ni lo uno ni lo otro.

—La reina aguardaba con la mas viva ansiedad la contestacion del Maestre, este besando respetuosamente la mano del rey de rodillas, se levantó diciendo.

—Por lo mismo las reuso.

Dudó el rey si habia oido bien, brilló un rayo de contenio en el rostro de la reina, y Guiomar siempre observadora atenta se dispuso á sacar partido de esta insinuacion para su venganza.

—Decis preguntó el rey, que las reusais.... haceisme una afrenta, añadió despues tomando un ademan severo, contando con vuestro consentimiento, he dado al duque mi palabra real.... pensadlo bien, Maestre porque ya no me está bien, ni la puedo revocar.

—Mi corazon, respondió tartamudeando el Maestre.

—Vuestro corazon! Me habrá engañado! tal vez un amor caballeresco le exalta hasta ese punto. Yo indagaré cual es el móvil de ese sentimiento que os hace renunciar tanta fortuna. Yo descubriré donde se oculta esa hermosa desconocida que os hace resistir mi voluntad. La reina.... ó doña Guiomar podrian solo en Castila merecer de un hombre tanto sacrificio.

Juana temblaba llena de terror, pero el rey al pronunciar con tono firme las últimas palabras, habia dirijido su vista á doña Guiomar de quien recelaba algun tanto.

—Como habil cortesana, y muger ultrajada no quiso esta dejar afirmar estas sospechas antes bien creyó ver una ocasion de revelar el fatal secreto que encerraba en su corazon, sin hablar precisamente una palabra de él.

—Señor, respondió con despique, vuestras ofertas son magnificas, y el Maestre aunque muy galan no las rehusaria sin un amor correspondido: examinad, añadió despues con la mayor intencion, el semblante de vuestras damas y conocereis fácilmente al objeto de su adoracion. La que viereis estremecerse al oir hablar del matrimonio del Maestre, la que veais pálida y temblando bajar la cabeza para ocultar su turbacion dispuesta á desmayarse... esa, esa señor es el objeto verdadero de su ardiente pasion.....

La reina en efecto se hallaba casi á punto de desmayarse. Beltran midió de una sola mirada el gran peligro que amenazaba, y se resolvió á salvarla. Con tono firme interrumpió á su enemiga que habia jurado vengarse de él, y que se hallaba en posicion de hacerlo impunemente en aquel momento.

—Quién os ha hablado de amor?... No me ha dejado concluir V. A. decia, que mi corazon.... era demasiado altivo para humillarse á recibir por esposa á una muger de quien nunca podré ser igual.

—Bah! y era esa toda vuestra repugnancia, dijo el rey frotandose las manos! con un movimiento de alegria. Entonces yo os haré decidir. Mi voluntad se cumplirá.

—Y se firmará mi tratado, añadió el marqués de Villena por lo bajo.

—Dentro de unos dias marcharé á Lisboa á pedir al duque la mano de su hermosa hija.

—Es inútil, el duque está en Valladolid en mi Palacio mismo.

—Le veré mañana.... o pasado mañana.

—Podeis verle ahora mismo.... le estoy aguardando.

— He caido en el lazo, dijo entre si Beltran.... no hay evasion alguna!

El rey dirigiéndose al marqués de Villena, le dijo. Marqués de Villena, avisad al duque de Viseo, que espero me presente las condiciones de la paz con Portugal, y añadidle que le espera tambien conmigo su yerno el duque de Alburquerque.

—Señor! esclamó el Maestre arrojándose á sus pies.

—Tambien vos me interrumpis. Alzad duque de Alburquerque, señor de Cuellar, Atienza y Roa.... tomad por ahora estas villas para vuestro acostamiento...

El marqués de Villena cuyo caracter envidioso se habia dado ya á conocer, salió á cumplir el mandato del rey pensando entre si en qué vendria á parar tanta elevacion.

La reina cuya posicion era en estremo violenta se apresuró á aprovecharse de esta ocasion para retirarse con sus damas.

—Os felicito por vuestro enlace, dijo al marchar á Beltran, puede satisfacer la mas alta ambicion, sed feliz muy feliz, gran Maestre.

—Llamadle duque, señora, dijo el rey.

—Todavia no lo soy, replicó el maestre.

Al salir de la régia estancia con la reina, doña Guiomar con una insolente é irónica mirada dirijiéndose á don Beltran, le dijo:

—Yo tambien os doy el parabien, señor duque!!!

Pocos momentos despues un page anunció la llegada del duque de Viseo, que inmediatamente se presentó al rey. Adelántase afectuosamente á recibirle.—Os aguardaba, le dijo, con impaciencia.... El duque de Alburquerque, el gran maestre de Santiago, acepta el honor que le dispensais enlazándole con vuestra hija. Yo en su nombre os doy las gracias y os acreditaré cuán satisfactoria me es esta union.

—V. A. lo ha dispuesto todo y yo he tenido un placer en conformarme con su voluntad, respondió el duque; viendo el maestre que el rey tomaba en la mano el pergamino y el sello real que iban en algunos minutos á decidir de su existencia, cuando el rey tenia la pluma en la mano para firmar su contrato matrimonial.—Permitidme, le dijo deteniéndole, que os dé una prueba de mi agradecimiento en presencia del duque. Esta union que colma mi felicidad, que me llena de orgullo, no ha de ser preferida á vuestros intereses. Firmad primero la paz con Portugal.... despues mi matrimonio.

Arqueó el duque las cejas, pero habil diplomático disimuló su disgusto.—Me es indiferente. El marques de Villena ha estendido el tratado.

El rey cojiendo la pluma dijo. Ahora mismo quedará concluido, y se disponia á firmarla ya, cuando el Maestre le detuvo nuevamente, diciéndole.

—Un momento. V. A. no leerá siquiera las bases del tratado? El señor duque tendria un placer en leéroslas.

—Con mucho gusto. Cogió el tratado el duque y comenzó á leer. *Castilla cede á Portugal para siempre...*

El rey á quien comenzaba á fastidiar tanta dilacion y que se veia amenazado de oir la larga lectura de un tratado, interrumpió al embajador.

—Es inútil os tomeis ese trabajo. Villena lo habrá visto bien.

—Inútil ese trabajo! esclamó el Maestre, y se trata de enagenar una porcion del territorio de Castilla.

—Sabed replicó el embajador que por indemnizacion se reserva mi rey esta pequeña porcion de territorio.

—Pequeña porcion!!!... y es la mas rica y poblada de Castilla que la fertiliza el Duero!

—Mirad señor, dijo aproximándose al rey, y desplegando ante sus ojos la carta geográfica de Castilla..... aqui la teneis pintada. Debeis ceder todo este terreno que ciñe una faja encarnada.

Enrique no sabia que pensar siguiendo sobre la carta las lineas que le trazaba el dedo del Maestre, no pudo menos de sentir en su corazon la pérdida del fértil pais que querian arrebatarle, y se admiraba de que el marqués de Villena hubiera podido prestarse á tan exageradas concesiones, esperaba com placer tal vez que su favorito, en la discusion con el embajador, recuperase alguna parte.

—En efecto, dijo, podrá haber algun error.

Los ministros de V. A. lo han mirado bien, contestó el Embajador, lo han juzgado indispensable, y tal es añadió despues con toda la arrogancia portuguesa la voluntad del rey de Portugal.

—Y el rey de Castilla aqui presente no tiene tambien su voluntad? No puede anular la disposicion de sus ministros?

—Duque de Viseo, duque de Alburquerque, dijo el rey, mediando entre los dos en cuyos rostros se veia pintado el orgullo y la irritacion. Todo puede componerse, que esta querella politica no altere vuestras relaciones, recordad que sois padre é hijo.

—Soy castellano, replicó el Maestre animándose cada vez mas, y las bases del tratado se resienten de haberse sacrificado los intereses del pais á la influencia estrangera.

—Qué os atreveis á decir?

—En vano continuó el Maestre levantando cada mas la voz, en vano se lanza á la lucha invencible el Leon de Castilla contra el Agareno, si dócil ha de dejar arrancar de sus garras por un principe cristiano el terreno con tanta sangre recobrado! Perdereis por un solo golpe de pluma lo que costó cien batallas ganar?

El calor con que el Maestre pronunció estas palabras hizo una impresion grande en el ánimo del rey, sus temores despertados al par que su orgullo siguieron la impulsion que el Maestre les daba: el representante de Portugal le pareció su mas terrible enemigo. El duque de Viseo, podia apenas dominar su cólera.

—Duque de Alburquerque, gritó, temed que vuestra oficiosidad no ocasione un rompimiento.... temblad de ofender á Alfonso de Portugal!!

—Duque de Viseo! temblad de escitar la cólera de Enrique de Castilla!

—Tranquilizaos, les gritó el rey, pero ya no era tiempo, la cólera habia llegado en ambos al último estremo.

—Será nulo el tratado? dijo el Embajador dirigiendose al rey.

—Decididlo, duque de Alburquerque contestó el rey entregándole el pergamino donde se hallaba escrito.

—Pues queda roto desde este momento, dijo el Maestre rasgandolo en el acto.

—Perdereis la alianza de Portugal.

—Tendremos la de Francia.... la de Navarra?

—Señor, quereies la guerra.

—Jamas la he rehusado.

—Permitidme marchar á Lisboa.

—Salid hoy mismo de la córte de Castilla.

—Veinte caballeros, dijo el Maestre, os acompañarán hasta la frontera.

El duque de Viseo lanza una mirada feroz al Maestre, y una sonrisa desdeñosa de compasion al débil Monarca, y salió haciendo una fria reverencia de la cámara real.

Aturdido el rey con la escena que acababa de presenciar apenas volvia en si de su admiracion. Brabo medo de concluir un tratado matrimonial! esclamó. Un tratado de paz y un casamiento deshechos en un instante. Ah! Maestre cuanto os debo! y os juro que lo siento solo por vos.

—Yo no lo siento, señor, he cumplido con mi deber, he sostenido vuestro derecho.

—Demasiado! Tal vez os costará salir de nuevo al campo.

—Nada importa, vos vendreis á mi lado y la victoria coronará nuestro esfuerzo, pero os habeis alterado, y V. A. debe retirarse á descansar.

Pasaron á la cámara de la reina, y al ver á esta el Maestre en voz baja, la dijo:

—Ya estareis desengañada, no soy ambicioso.

—Y ese matrimonio?

—Lo he roto.

—Como?

—He declarado la guerra á Portugal.

—Ah! y mi padre?

—Yo repararé ese golpe.

El rey se habia recostado sobre un ancho sillon, fatigado al parecer de la entrevista anterior.

Un page entró, y anunció desde la puerta al marqués de Villena.

—El ministro! dijo la reina al Maestre en voz baja.

—No habia pensado en él, contestó sobresaltado el Maestre.

—Decid al marqués que no puedo ahora recibirle, dijo el rey al page desde el sillon.

Pero el marqués de Villena se hallaba ya en la puerta de la cámara sin esperar el permiso del rey, y al oir sus palabras,

—Sin embargo, le dijo, es preciso que os hable en este momento; un negocio del estado.

—Estoy fatigado ya de trabajar en los asuntos del reino hoy. Necesito descanso.

—V. A. me escuchará, replicó friamente el marqués.. sí, me escuchará y no saldré de vuestra presencia sin manifestaros los peligros a que os espone un inconsiderado favorito. No temo incurrir en vuestra desgracia, sino á provocarla.

El rey descontento, pero detenido por esta firmeza, miró al marqués con sorpresa, y leyó en su severo semblante una resolucion decidida, y entonces se resignó á una conferencia cuyo objeto preveia.

El Maestre que conocia tambien el fin que motivaba la entrevista, saludó al rey, y dirijiéndose al marques le dijo:

—Mi presencia podria seros importuna.... Podeis hablar con toda libertad.

En vano el rey le hizo una seña para que se quedase él, afectó no comprenderla. La reina y sus damas, salieron tambien, y dejaron solo al rey con el ministro.

Un momento permanecieron en silencio, hasta que el marqués lo rompió diciendole:

—Es cierto que un tratado político por diez meses meditado laboriosamente, fruto de lealtad y continuas vijilias ha sido en un momento hecho pedazos por la mano ovada de un jovén inesperto, cuya ciencia consiste solo en lucir su talle sobre un brioso alazan en los torneos, y galantear á vuestras damas?

—Despacio, marqués de Villena.... no hableis de esa manera... La accion de que os quejais es solo mia, enteramente mia, lo entendeis? Sera un capricho si quereis, pero debeis respetar los caprichos de vuestro rey.

—No, señor.... no, os engañais. V. A. es incapaz de semejante veleidad. Esta desgracia es solo el preludio de otra que la misma mano prepara á nuestra desgraciada patria.

—Pero....

El marqués continuó con mas fuerza.—Vuestro padre D. Juan II abandonó ciegamente la suerte del trono, y del reino á un favorito, á un hombre que de la nada habia elevado á la cumbre de la grandeza de Castilla.... á D. Alvaro de Luna... le nombró duque..... Condestable.... gran maestre de Santiago.... lo mismo que vos habeis hecho con D. Beltran. El pueblo se indignó, vos mismo, señor tomásteis las armas. Las cortes del reino condenaron su conducta. D. Alvaro fué separado del lado de vuestro padre, pero su ceguedad le llamó de nuevo menospreciando el voto nacional. Don Juan perdió el amor de su pueblo.... y el rey hizo degollar en público cadalso al objeto de su predileccion. Mirad no prepareis igual paradero á la elevacion de vuestro amigo.

El rey con un gesto de horror esclamó.—Jamás, jamás.

—Mientras pude seros útil estuve siempre á vuestro lado: en el campo de batalla, en el palacio, fui siempre vuestro mejor vasallo. Hoy al destruir el acto, que os lo confieso era el fruto de la mas previsora política habeis roto el vínculo de confianza que nos unia, permitidme que me retire, y ponga á vuestros pies el cargo de Condestable.

—Marqués!

—No, el orgullo me hace obrar así....aunque ofendido el amor propio de un rico-hombre de Castilla de ceder el poder á un aventurero sin mas título que vuestra escesiva bondad, hubiera en silencio sacrificado mi resentimiento á vuestra gloria, si este hombre fuese capaz de salvar el estado de las borrascas que van á agitarlo, porque os lo juro, señor, yo no le aborrezco. Pero su ambicion hasta ahora contenida, amenaza invadirlo todo, y aunque yo pudiera dividir con él el poder, conozco mi impotencia para evitar los males y no quiero responder de ellos á Dios ni á los hombres, y me he determinado á separar mi causa de la suya..... y de la vuestra tambien. Solo una palabra.... una palabra sola puede retenerme á vuestro lado. Yo la imploro de V. A. cualquiera que sea la idea que os dé este paso de mi. Debeis conocerme y sabeis que os he sacrificado mas de una vez mi vida....mas aun.... mi reputacion. Por vos, por Castilla, no por mi, pronunciad esta palabra, os lo suplico. Decidme que alejareis de Palacio a ese peligroso jóven, y os consagraré con alegria el resto de mi vida.

Al hablar asi el marqués se arroja á los pies del rey, le coge las manos, las estrecha entre las suyas trémulas de emocion. El anciano ministro, suplicando de rodillas por la primera vez á nombre de tan altos intereses era mas respetable en esta humilde actitud que lo habia sido nunca rodeado de todos los homenajes del poder.

El rey visiblemente conmovido desasió sus manos de las del marqués diciéndole con voz débil:

—Levanta. Tus servicios me son necesarios pero la amistad del Maestre es indispensable á mi corazon.

—Alzóse del suelo el marqués de Villena con dignidad.—Basta, señor... he cumplido mi deber: os he dicho la verdad, os he advertido el peligro. Mi conciencia está tranquila. Cúmplase la voluntad de Dios. El guarde á V. A. y os haga feliz.

Dió algunos pasos para salir pero al volverse aun para mirar al rey, le vió cubrirse la cara con las manos para ocultar su enternecimiento, y volvió otra vez hácia él.

—No debia yo separarme asi de Enrique IV.... del amigo de mi juventud.... del hijo de mi bien hechor. Tal vez algun dia os aflijirá la desgracia. Pluguiese al cielo que sea vano mi presentimiento, tal vez os vereis vendido por los que os rodean, y á quienes mas amais; y entonces solo, desgraciado, esclamareis: Villena! mi fiel Villena, donde estais!.... Pues bien señor, yo estaré allí.... volveré.

El rey le tendió la mano y sintió caer en ella una lágrima al tiempo de besársela el marqués.

—Pero entonces, continuó este, tal vez os impedirá el rubor confesar que os habiais equivocado, y que yo tenia razon; para evitaros esta confesion humillante tomad este anillo que me entregó vuestro padre como prenda de su amistad el dia en que mis esfuerzos lograron

ron terminar la guerra civil, y reconciliaros con él. Desde entonces no he dejado ni un solo dia de llevarlo siempre conmigo. Me recordaba la memoria del padre, los deberes para con mi rey su hijo. Tomadlo, señor. Si algun dia teneis necesidad de mi, enviadme este anillo. Su vista será una órden inviolable.... obedeceré.... sin preguntar y sin hablar una sola palabra seguiré al que me lo presente.... volvereis á ver á vuestro lado á vuestro mejor amigo, á vuestro mas fiel vasallo.

Al mismo tiempo colocó el anillo en el dedo del rey, le tomó la mano y la apretó contra su corazon.

—Plegue al cielo que nunca mas vuelva á mi poder este anillo... y que esta despedida sea hasta la eternidad.

Y se marchó apresuradamente sin volver la vista atras.

Doña Guiomar que iba á entrar en la cámara real en el momento en que el marqués de Villena se despedia decididamente del rey y le entregaba el anillo, se paró á la puerta situada á la espalda del marqués y del rey de quienes no podia ser vista, oyó sus últimas palabras, consideró atentamente el anillo, y revolviendo en su cabeza mil planes de venganza decia en su interior.—Ah! precioso anillo, tú vendrás á mi poder.

Entró despues en la cámara del rey aun afectado con la entrevista última de Villena, se arrojó en sus brazos esclamando:

—Guiomar! Guiomar! que infeliz soy! todos me abandonan.

—Yo nunca os abandonaré, le contestó la artificiosa cortesana procurando templar su dolor.

IV.

Cerca de dos años habian pasado despues que el marqués de Villena se habia retirado de la córte de Castilla. Beltran le habia sucedido en todos sus cargos, y su poder apoyado en la amistad que le dispensaba el debil monarca, y en el afecto de la reina llegaba á su apogeo. Tenia en su poder el sello Real y aun mas tarde las órdenes se ejecutaban sin mas que su firma. La corte presentaba un nuevo aspecto no obstante haber nacido una heredera del trono, y que por ese acontecimiento se habian celebrado suntuosas y variadas funciones veíase en ellas en vez de la alegria que escitan siempre en el pueblo un sombrio silencio preludio seguro de desastres. Una parte de la nobleza se habia voluntariamente á imitacion de Villena retirado á sus tierras y castillos. Otros propalando las voces mas ultrajantes al rey y á la reina habian osado poner en duda la legitimidad de la princesa heredera del trono, y ó habian levantado manifiestamente el estandarte de la sedicion y la revuelta, ó se apresuraban secretamente á ello esperando ocasion segura y oportuna. En vano procuraba D. Beltran imponer al pueblo desplegado al rededor del trono gran fausto y magnificencia que contrastaba con la miseria general. Las partidas de caza eran muy frecuentes, y muy del gusto de la reina y de D. Beltran porque no asistiendo el rey por lo regular á ellas les ofrecia los medios de estar juntos substrayéndose á las miradas é indiscretas sospechas de los cortesanos. Nada mas bello y animado que estas cacerias en que la jóven reina rodeada de la flor de los ricos-hombres de Castilla animaba con la voz y con el ejemplo á la multitud agrupada en su rededor: tranquila é intrépida sobre su cabalgadura en medio del tumulto, de los relinchos de los caballos, de los ladridos de los perros, del sonido de las trompas de caza. Siempre la primera en salvar los obstáculos, en desafiar los peligros no teniendo por rival infatigable mas que á su amante, magnífico, poderoso, jóven y atrevido como ella. Cuan hermosa estaba entonces la reina de Castilla.

Un dia que se hallaban cazando en el bosque de Torresilas, y que los monteros habian recibido como de ordinario la órden de marchar adelante sin cuidarse de ellos, un suceso imprevisto acabó de separar á la reina y á D. Beltran de toda la comitiva. Al atravesar un pequeño arroyo el caballo de la reina fogoso é intrépido se resistió á entrar en él y al querer obligarle se desbocó echando á correr por otro camino distante del que seguian los cazadores. D. Beltran metió espuelas á su caballo y siguió con igual velocidad el de la reina inquieto y alarmado temoroso de un accidente, pero sin poder pasar delante para cortarle el paso. Parecian dos hábiles jinetes disputando el premio en una carrera. Abandonaronse á merced de los caballos que al cabo de un cuarto de hora se detuvieron fatigados. Encontráronse en un sitio desconocido, la tarde era tempestuosa, y grandes gotas anunciaban la proximidad de un fuerte aguacero. Tendieron la vista para ver si descubrian algun sitio donde refugiarse, y solo vieron en medio del bosque el humo que se levantaba de una casa bastante cercana, y se determinaron á dirigirse á ella. D. Beltran ató antes los caballos á un tronco de un arbol, y dando la mano á la reina se encaminaron con gran presteza hácia la casa porque comenzaba ya la lluvia, y los truenos anunciaban estar encima la tempestad. Llamó á la puerta con grandes y repetidos golpes, reinaba dentro de ella el mas profundo silencio, volvió á llamar y nadie le respondió, asomandose entonces por una ventana que se hallaba abierta y solo á la altura de una vara del suelo, vió que la casa se hallaba absolutamente deshabitada.

—No hay nadie! y la tormenta arrecia á cada instante, y está ya encima de nosotros.

—Si nos hemos alejado demasiado de nuestra comitiva, contestó la reina.

—Estas ventanas están demasiado bajas, apoyaos en mi, es facil penetrar en esta habitacion y guarecernos de la tempestad. Es una nube de verano.

Al mismo tiempo tomando en brazos á la reina la ayudó á entrar en la habitacion, y reconociéndola dijo D. Beltran:

—Esta casa está enteramente sola.... Aqui hay una puerta cerrada, y no se oye nada, nada absolutamente. Aquí podremos aguardar á los monteros los caballos que hemos dejado en el camino á la entrada de la senda del bosque que conduce á esta casa les servirán de guia para encontrarnos. Temblé por vos y os he seguido pero al alcanzaros ya habiamos perdido de vista á vuestra comitiva, la tempestad nos sorprendió, y ha sido preciso buscar un refugio.

—Un refugio, decis bien: en las agitaciones que perturban á Castilla bien necesita la reina de un asilo.

—Siempre triste, siempre melancólica. Desde que habeis dado una heredera á la corona de Enrique ha huido la paz de vuestro corazon, en donde quiera recelais peligros y traiciones.

—Como no recelar Beltran! dijo la reina dando un tristísimo suspiro, si terminadas apenas las justas y torneos, los festines que el rey hizo celebrar por el nacimiento de su hija, muchos de los ricos-hombres de Castilla han levantado el grito de la rebelion contra ella; han puesto en duda la legitimidad de su nacimiento, y reclaman por Príncipe heredero á Alfonso el hermano menor de Enrique mi esposo.

—El rey recibió el mensage que don Pedro Giron Maestre de Calatrava, y los condes de Alba y de Plasencia cabezas de conspiracion, le han dirigido desde Villacastin y ha puesto la decision de tan grave negocio en manos de cuatro árbitros, dos nombrados por los conjurados y dos por él mismo.

—No se aquietaron con la sentencia.

—Una hábil mano, un hombre avezado á la sedicion, y ejercitado en la intriga, los dirige aunque sin mostrarse abiertamente.

—El marqués de Villena! esclamó dolorasamente la reina.

—Yo he adoptado un recorso que tal vez aplacará la rebelion. El Papa Paulo Segundo, accediendo á mis escomuniones ha lanzado sobre los conjurados, y ha enviado un Nuncio que los invite á la paz.

—Añaden, dijo la reina con religioso terror, que desde su silla ha predicho un castigo terrible aterrador.

—Sí, contestó sonriéndose Beltran, una profecía que yo haré cumplir y que nos ha de ser sumamente útil.

—Que el jóven Alfonso por pecados agenos moriria temprano y de repente.

—Ese pronóstico vale por un ejército; su realizacion por tres victorias.

—Ah! Beltran, dijo la reina llena de fuego apoyándose en su brazo, el porvenir de mi hija tal vez depende de él.

—Cuanto la amais!!

—Si la amo! dijo la reina poseida del mayor entusiasmo. A mi seno largo tiempo estéril no concedió una hija el cielo sino despues de haberle hecho violencia con mis plegarias, con las de un pueblo entero. Desde entonces tú lo sabes, me he alejado del tumulto de la córte, mi fausto, de los vanos placeres de la sociedad, porque el dia en que nació mi Juana, yo he muerto para la tierra, para todo el género humano, escepto para ti, Beltran. Yo solo veo á ella y á tí en el universo. La revolucion que agita á Castilla, el fuego de la guerra civil que devasta los pueblos y conmueve mi trono, no me distraen cuando estoy sentada junto á su cuna, tanto como el vuelo rápido de un leve insecto que pudiera perturbar su inocente sueño. La desgracia que sobre mi frente ha arrojado su nacimiento, me la hace mirar como mas interesante, y las penas que sin saberlo me causa encendian mi amor....

La reina interrumpió repentinamente sus palabras porque en la habitacion que estaba cerrada se oyó ruido de voces, pasos, y despues sintieron meter una llave en la cerradura.

—Silencio! dijo Beltran, viene gente,... van á abrir esa puerta.

—Tal vez nos habremos entregado nosotros mismos en manos de nuestros enemigos.

—Ocultos podremos verlo todo, nada temais, yo os defenderé á todo trance.

En efecto, apenas se habian ocultado la reina y don Beltran en uno de los cuartos de la casa que parecia al principio deshabitada, cuando se abrió la puerta de la habitacion que se hallaba cerrada, y de ella salieron varios hombres que por su traje humilde parecian gentes del pueblo, y una muger que debia de ser la ama de la casa.

El uno de ellos llamado Jacobo dirigiéndose á los otros les dijo mirando ya despejado el cielo.

—La tempestad ha pasado, amigos mios.

—Hasta luego, dijo despidiéndolos otro llamado Mateo.

—Antes un abrazo Jimena, dijo Jacobo dirijiéndose á la muger de la casa que rechazó sus caricias, ó un á fe! que os he de dar dos á la fuerza. Oia! ola! sois mas orgullosa que una reina. Ya lo creo, dicen que la nuestra no se hace de rogar con ese Beltran de la Cueva el del infierno.

El Maestre al oir esto quiso salir del sitio donde con la reina se hallaba oculto; pero la reina le detuvo agarrándose á su brazo y diciéndole en voz baja. Quédate aqui conmigo y escuchemos.

—Con que Jimena, continuó Jacobo, un beso sin escrúpulo, ese es un buen ejemplo.

—Silencio, le gritó Alvaro. Jacobo, deja tranquila á mi tia, y no vuelvas en mi presencia á hablar mal de la reina, y al mismo tiempo le apretó fuertemente el brazo. Si es cierto lo que dicen de ella no es tanta su culpa como la de ese maldito mancebo á quien ya se le aproxima la hora de pagar en el infierno su pecado.

—Ya lo creo, replicó Jacobo, y qué ageno estará el con la reina en Tordesillas de lo que les preparamos.

—Chit!.... no seas hablador, y está puntual esta noche en la torre del Duero.

Allí vereis nuestros señores, á las doce, cada uno dará su contraseña, y su nombre al entrar.

—No faltaré, contestó Jacobo, aqui tengo la mia, y la enseñó al mismo tiempo.

—Y nosotros tambien respondieron los demas. A Dios!

—Yo me quedo á esperar á mi hijo que me ha de acompañar tambien. Marcháronse los hombres, retiróse á la pieza de donde habia salido la tia Jimena murmurando entre dientes.—Yo me voy á arreglar lo que ese diablo de Jacobo ha descompuesto en la habitacion. Es mucho hombre! en bebiendo un poco de vino ya no se le puede aguantar!

Alvaro se recostó sobre una silla diciendo al mismo tiempo.—Estoy cansado, readido.... y esta noche que deberé pasar en vela.... con esta irán ya seis que no se han cerrado mis ojos.

El cansancio no tardó en efecto en hacerle dormir profundamente. Todo quedó en silencio.

Beltran mirando á la reina que aun no habia vuelto en sí del susto y sobresalto que le causó la aparicion de aquellos hombres y sus atrevidas y descompuestas palabras.

—He aqui, la dijo, una revelacion que no esperabamos. Una tempestad que nos denuncia una conspiracion.

—No es ese descubrimiento contestó llena de dolor la reina, Beltran el que mas aflije tu corazon.

—Es verdad: cien veces he estado por salir y abogar con sangre la voz de aquel infame que se atrevió á pronunciar vuestro nombre con su maldiciente lengua... Ah! maldito el dia en que me vistéis, señora, sin mi hubierais sido respetada, idolatrada del pueblo.

—Que me importa, contestó la reina despues de un momento de silencio, lo que digan de mi! No se yo mejor que ellos mi desgracia. Ah! lo que ellos no pueden comprender, lo que no saben, los que únicamente ven mi culpa es que mi corazon ha luchado largo tiempo, que mis lágrimas han arrasado mis ojos, que el remordimiento ha desgarrado mi alma, que el esposo que debia sostener mi virtud me ha abandonado. Ellos no saben esto y te acusan de haberme seducido. Desean tu muerte, y tu vida es necesaria, para mi es mi existencia.

—Yo impediré sus designios. Quedaos un momento aun aqui, ese hombre que tranquilo ronca podria despertar. El tiempo urge.

—Nuestros cazadores no parecen.

—No deben de tardar.... el tiempo se ha despejado.

Don Beltran salió del aposento donde se hallaba escondido, se dirijió á la silla donde estaba Alvaro, y le despertó tocándole familiarmente en el hombro diciéndole:

—Buen hombre!

—Despertando de improviso echó este mano á su puñal, y levantándose azorado miró á don Beltran á quien con tono brusco preguntó.

—Qué es eso? Quién sois? Quién os ha mandado venir aqui?

—Nadie, le contestó con la mayor sangre fria.

—Lo creo. Solo la casualidad nos puede proporcionar semejantes visitas. Vuestras manos demasiado blancas no están ejercitadas en el trabajo, y llevais en vuestros vestidos mas oro que nuestras familias ganan en toda su vida.

—Soy un caballero de la comitiva de la reina, que habiendo sido arrojado por mi caballo desbocado en la

—El marqués de Villena! esclamó dolorasamente la reina.

—Yo he adoptado un recorso que tal vez aplacará la rebelion. El Papa Paulo Segundo, accediendo á mis insinuaciones ha lanzado sobre los conjerados, y ha enviado un Nuncio que los invite á la paz.

—Añaden, dijo la reina con religioso terror, que desde su silla ha predicho un castigo terrible aterrador.

—Sí, contestó sonriéndose Beltran, una profecía que yo haré cumplir y que nos ha de ser sumamente útil.

—Que el jóven Alfonso por pecados agenos moriria temprano y de repente.

—Ese pronóstico vale por un ejército; su realizacion por tres victorias.

—Ah! Beltran, dijo la reina llena de fuego apoyándose en su brazo, el porvenir de mi hija tal vez depende de él.

—Cuanto la amais!!

—Si la amo! dijo la reina poseida del mayor entusiasmo. A mi seno largo tiempo estéril no concedió una hija el cielo sino despues de haberle hecho violencia con mis plegarias, con las de un pueblo entero. Desde entonces tú lo sabes, me he alejado del tumulto de la córte, del fausto, de los vanos placeres de la sociedad, porque el dia en que nació mi Joana, yo he muerto para la tierra, para todo el género humano, escepto para ti, Beltran. Yo solo veo á ella y á tí en el universo. La revolucion que agita á Castilla, el fuego de la guerra civil que devasta los pueblos y conmueve mi trono, no me altera cuando estoy sentada junto á su cuna, tanto como el vuelo rápido de un leve insecto que pudiera perturbar su inocente sueño. La desgracia que sobre mi frente ha arrojado su nacimiento, me la hace mirar como mas interesante, y las penas que sin saberlo me causa acrecientan mi amor....

La reina interrumpió repentinamente sus palabras porque en la habitacion que estaba cerrada se oyó ruido de gente, pasos, y despues sintieron meter una llave en la cerradura.

—Silencio! dijo Beltran, viene gente,... van á abrir esa puerta.

—Tal vez nos habremos entregado nosotros mismos en manos de nuestros enemigos.

—Ocultos podremos verlo todo, nada temais, yo os defenderé á todo trance.

En efecto, apenas se habian ocultado la reina y don Beltran en uno de los cuartos de la casa que parecia al principio deshabitada, cuando se abrió la puerta de la habitacion que se hallaba cerrada, y de ella salieron varios hombres que por su traje humilde parecian gentes del pueblo, y una muger que debia de ser la ama de la casa.

El uno de ellos llamado Jacobo dirigiéndose á los otros les dijo mirando ya despejado el cielo.

—La tempestad ha pasado, amigos mios.

—Hasta luego, dijo despidiéndolos otro llamado Alvaro.

—Antes un abrazo Jimena, dijo Jacobo dirijiéndose á la muger de la casa que rechazó sus caricias, ó un á dios! que os he de dar dos á la fuerza. Ola! ola! sois mas orgullosa que una reina. Ya lo creo, dicen que la nuestra no se hace de rogar con ese Beltran de la Cueva ó del infierno.

El Maestre al oir esto quiso salir del sitio donde con la reina se hallaba oculto; pero la reina le detuvo agarrándose á su brazo y diciéndole en voz baja. Quédate aquí conmigo y escuchemos.

—Con que Jimena, continuó Jacobo, un beso sin escrúpulo, ese es un buen ejemplo.

—Silencio, le gritó Alvaro. Jacobo, deja tranquila á mi tia, y no vuelvas en mi presencia á hablar mal de la reina, y al mismo tiempo le apretó fuertemente el brazo. Si es cierto lo que dicen de ella no es tanta su culpa como la de ese maldito mancebo á quien ya se le aproxima la hora de pagar en el infierno su pecado.

—Ya lo creo, replicó Jacobo, y qué ageno estará el con la reina en Tordesillas de lo que les preparamos.

—Chit!.... no seas hablador, y está puntual esta noche en la torre del Duero.

Allí vereis nuestros señores, á las doce, cada uno dará su contraseña, y su nombre al entrar.

—No faltaré, contestó Jacobo, aqui tengo la mia, y la enseñó al mismo tiempo.

—Y nosotros tambien respondieron los demas. A Dios!

—Yo me quedo á esperar á mi hijo que me ha de acompañar tambien. Marcháronse los hombres, retiróse á la pieza de donde habia salido la tia Jimena murmurando entre dientes.—Yo me voy á arreglar lo que ese diablo de Jacobo ha descompuesto en la habitacion. Es mucho hombre! en bebiendo un poco de vino ya no se le puede aguantar!

Alvaro se recostó sobre una silla diciendo al mismo tiempo.—Estoy cansado, readido.... y esta noche que deberé pasar en vela.... con esta irán ya seis que no se han cerrado mis ojos.

El cansancio no tardó en efecto en hacerle dormir profundamente. Todo quedó en silencio.

Beltran mirando á la reina que aun no habia vuelto en sí del susto y sobresalto que le causó la aparicion de aquellos hombres y sus atrevidas y descompuestas palabras.

—He aqui, la dijo, una revelacion que no esperabamos. Una tempestad que nos denuncia una conspiracion.

—No es ese descubrimiento contestó llena de dolor la reina, Beltran el que mas aflije tu corazon.

—Es verdad: cien veces he estado por salir y ahogar con sangre la voz de aquel infame que se atrevió á pronunciar vuestro nombre con su maldiciente lengua... Ah! maldito el dia en que me visteis, señora, sin mi hubierais sido respetada, idolatrada del pueblo.

—Que me importa, contestó la reina despues de un momento de silencio, lo que digan de mi! No se yo mejor que ellos mi desgracia. Ah! lo que ellos no pueden comprender, lo que no saben, los que únicamente ven mi culpa es que mi corazon ha luchado largo tiempo, que mis lágrimas han arrasado mis ojos, que el remordimiento ha desgarrado mi alma, que el esposo que debia sostener mi virtud me ha abandonado. Ellos no saben esto y te acusan de haberme seducido. Desean tu muerte, y tu vida es necesaria, para mi es mi existencia.

—Yo impediré sus designios. Quedaos un momento aun aqui, ese hombre que tranquilo ronca podria despertar. El tiempo urge.

—Nuestros cazadores no parecen.

—No deben de tardar.... el tiempo se ha despejado.

Don Beltran salió del aposento donde se hallaba escondido, se dirijió á la silla donde estaba Alvaro, y le despertó tocándole familiarmente en el hombro diciéndole:

—Buen hombre!

—Despertando de improviso echó este mano á su puñal, y levantándose azorado miró á don Beltran á quien con tono brusco preguntó.

—Qué es eso? Quién sois? Quién os ha mandado venir aqui?

—Nadie, le contestó con la mayor sangre fria.

—Lo creo. Solo la casualidad nos puede proporcionar semejantes visitas. Vuestras manos demasiado blancas no están ejercitadas en el trabajo, y llevais en vuestros vestidos mas oro que nuestras familias ganan en toda su vida.

—Soy un caballero de la comitiva de la reina, que habiendo sido arrojado por mi caballo desbocado en la

carrera, me he estraviado en el monte, quisiera saber en donde estoy.

—En mi casa, respondió secamente. El bosque es del marqués de Valdestillas. Donde quereis ir?

—A Tordesillas á reunirme con la córte.

—Tomad esa senda estrecha, echad luego por el camino de la derecha, y á una legua encontrareis el Duero, seguid su corriente y ella os dirijirá á Tordesillas.

—Quereis servirme de guia, y os daré esta bolsa llena de oro?

—Imposible, hoy he andado á pie ya nueve leguas y esto es demasiado para un hombre, ademas tengo mucho que hacer.

—Al menos recibid este Enrique de oro, por vuestra afabilidad, le dijo sonriendo Beltran al alargarle la moneda.

—Tomóla Alvaro diciendo.=Un Enrique de oro! generoso sois por vida mia, caballero, pronunció estas palabras con tono burlon é irónico, y con la punta del puñal hizo una cruz en la moneda.

—Qué haceis? ultrajais el busto del rey? le dijo irritado Beltran.

—No os altereis, buen cortesano: no queremos tan mal en el pueblo á S. A.—Señalaba únicamente esta moneda que no tardará en volver á vuestro poder. Debo ya un año de tributo al rey, y otras gabelas al señor feudal de este terreno. Para que los cortesanos esteis tan gordos y lucidos, es preciso que el pueblo esté flaco y miserable. Despues con cierta impaciencia señalando á la puerta, le dijo.

—Con que señor cortesano, ya sabeis vuestro camino, buen viaje!

En este momento se oyó la trompa de los monteros que habiendo echado de menos á la reina, y divididos corrian en todas direcciones por el bosque en su busca, y en la del gran Maestre. Al oir su sonido Alvaro con tono socarron le dijo á don Beltran, que asomandose á una de las ventanas correspondió al toque de los monteros con su cuerno de caza.

—Ya os llaman: apresuraos, mirad que Beltran, el Maestre, el duque de nuevo cuño dicen que es inflexible en la etiqueta y no os perdonará vuestra falta.

Con estas injurias volvióse repentinamente don Beltran gritando miserable! fué á lanzarse sobre Alvaro que con su puñal se aprestó á la defensa.

En el mismo momento la reina viendo el peligro de su amante, salió del sitio donde se hallaba oculta, y por una casualidad para el Maestre entraron varios de la comitiva de la reina.

Sorprendido Alvaro al ver la repentina aparicion de la reina en su casa, y la llegada á ella de los monteros reales, conoció que el hombre que habia tenido antes á su disposicion era don Beltran, y solo pudo con un furor concentrado esclamar—Ah! era él.

La reina reanimada de su terror con la vista de sus gentes les dijo: prended á ese asesino.

—Dejad señora á ese miserable, contestó el Maestre. Es preciso que me respondas; dijo despues, dirijiéndose á Alvaro de quien ya se habian apoderado los monteros; á ese solo precio te ofrezco mi perdon.

—Yo no lo imploro, contestó desdeñosamente Alvaro.

—Qué ibais á hacer en la torre del Duero?

—Y qué os importa?

Estoy al corriente de todo: la casualidad me ha entregado tu secreto. El nombre de tus cómplices?

Alvaro guardó un profundo silencio.

—Vamos, continuó el Maestre, eres un conspirador honrado, no quieres responderme, si todos te se parecen, bien guardado quedará el secreto: pues que no quiere responderme, registradle.

El preso entonces echó mano á un pedazo de pergamino que intentó inutilizar pero en vano, porque los monteros reales se apoderaron de él, apesar de su resistencia. Gran pena mostró por ello Alvaro que esclamó tristemente, son perdidos!

El Maestre á quien entregaron el pedazo de pergamino que con tanto afan defendia el preso, leyó escritas en él, estas misteriosas palabras—*«Justicia de Dios, Torre del Duero Alvaro Ruiz.* Quedó un momento parado, y despues repentinamente como el hombre á quien ocurre un proyecto interesante— Bien, muy bien, dijo, yo descubriré lo demas por mi mismo ya que tu no lo quieres revelar. Tu capa, tu sombrero, tu puñal y ese enorme baston. Asi como asi tú estabas cansado, habiais andado nueve leguas. Llevadle á descansar á uno de los subterráneos del castillo.

Llevaronse á Alvaro los monteros, y llamando aparte el gran Maestre al capitan le habló en voz baja comunicándole sus órdenes.

Inclinóse este respetuosamente despues de recibirlas diciéndole.—Está muy bien, sereis obedecido.

—Tomareis, le añadió el Maestre, sesenta peones de los mas esforzados, y cuando yo diese la señal entrareis en la torre, y no dejareis uno solo de los que allí estubieren con vida.

—La señal? le preguntó el capitan.

—El Duero corre al pie de la torre, allí sus aguas en su profundo caucer parecen dormidas como las aguas muertas de un lago, ni el mas leve soplo del aire las agita, arrojaré al rio desde una de las ventanas cualquier objeto.... ese enorme baston, y el sonido de su golpe os avisará el momento de cumplir mis órdenes.

Al tiempo de marcharse el capitan de los monteros, le llamó nuevamente el maestre.

—Se me olvidaba, le dijo: Desconozco el número, y el nombre de los conjurados: tal vez podré encontrar con alguno por quien se interese mi corazon á su pesar. Para libertarme de ceder á una debilidad que podrá serme funesta, os repito, que todos, todos han de morir aun cuando yo mismo intentase cubrirlos con mi cuerpo. Que una barca esté debajo de las ventanas de la torre.

—Descansad señor, contestó el capitan, los derribaré á cuchilladas á vuestros pies.

—Duque de Alburquerque, no me acompañais? dijo la reina dirijiéndose á don Beltran.

—Señora, voy á cumplir con mi obligacion, voy á salvar al rey.

—Dónde vais?

—A la torre del Duero!

—El gran maestre salió con parte de los monteros reales.

Pocos instantes despues entraron otros monteros reales de los que venian buscando á la reina, los que traian preso á un mancebo jóven á quien presentó el gefe de ellos á la reina.

—Acaba de ser arrestado este jóven, hijo del que intentaba asesinar al duque. Se le ha rejistrado, y solo le hemos encontrado un puñal y un pedazo de pergamino en que hay trazadas unas palabras cuyo sentido no hemos podido comprender.

Tomó la reina el pergamino misterioso y leyó.—*Justicia de Dios. Torre del Duero. Lain Alvaro.* Ah! que felicidad esclamó llena de contento. Marchemos.

—Dónde quiere ir V. A. dijo el gefe de los monteros. Aun queda una hora de dia. Se continuará la cazeria?

—No, contestó la reina. Volvamos á palacio.

J. Muñoz Maldonado.

(La conclusion en el número inmediato.)

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

EL CUARTO PRINCIPAL Y EL CUARTO 3.º

I.

EL CUARTO SEGUNDO.

Mores multorum vidit.
HOR. ART. POET.
Tel est l' interieur de cette famille.
JOUY. L' Hermite de la Chaussée-d' Antin.

Entre las infinitas cosas chocantes que se notan en los usos y trato comun de todas las clases, de todas las profesiones, de todas las edades, por el que trata de pintar las costumbres de su época, al buscar en la sociedad el original, la fisonomía y los rasgos esparcidos en varias partes, que tiene que reunir y compaginar, para formar su modelo; merecen no poca atencion, ciertas frases introducidas por el uso, y que aunque acompañadas de un gesto estravagante y afectado, y de una pronunciacion fingida, es preciso repetir para librarse de la calificacion de grosero, ó de poco enterado de las fórmulas sociales.

Yo que me he propuesto omitir siempre el *beso á vd. la mano, servidor de vd., vd. dispense, estoy á los pies de vd.* y otras frases por este estilo, que sin que lo echemos de ver van convirtiéndose en estravagantes, ridículas y de mal gusto; porque antes que todo soy opuesto á faltar á la verdad, y ni tengo aficion á besar manos, ó si acaso es así quiero mas hacerlo que decirlo, ni estoy bien con eso de servir á nadie, ni si por una distraccion pongo el tacon de mi bota sobre el pie de alguno, me ha de dispensar porque yo se lo mande, ni por último, me agrada la figura que hace un hombre á los pies de cualquiera de sus semejantes, ya pertenezcan al género femenino ó peor aun si al masculino estoy al presente en grande aprieto, pues me hallo en la alternativa de no decir donde vivo, lo cual es indispensable para la inteligencia de los siguientes renglones, ó de usar la consabida fórmula ofreciendo mi casa á los que esto lean, aunque yo por supuesto esté muy lejos de permitirles que dispongan de ella, y aunque por otra parte tenga una seguridad de que nadie ha de hacer uso de tal ofrecimiento.

Echando una ojeada por lo que llevo escrito, se me ha venido á las mientes que puesto que he probado ya que sino uso el cumplimiento, no es porque le ignore sino porque me repugna, bien podré en gracia de la brevedad dejar esto á un lado, y ahorrando rodeos y preámbulos (otra de las cosas que me horripilan casi tanto como las frases ceremoniosas) entrar en la materia y por Dios que voy á hacerlo sin gastar mas tiempo, empezando del modo siguiente:

Doña Braulia Gutierrez, Luis su hijo, empleado en una oficina de rentas, la criada, un sirviente y yo ocupamos un cuarto segundo de la calle Mayor ya hace algunos años; relaciones antiguas de aquella señora con su familia, me decidieron á irme á vivir á su casa, que tambien puedo llamar mia, puesto que vamos á partir gastos y hasta ahora ningun motivo tengo para arrepentirme de ello, el solo defecto de doña Braulia y del cual no la han podido curar ni su difunto marido con sus exortaciones, ni sus 58 años con haberla dejado sin muelas ni dientes, es la curiosidad y mas que todo su pasion por hablar contando á su modo, todo cuanto vé y oye, y á veces tambien lo que ni oye ni ve; en cuanto á lo demas, no puedo tener queja de ella, me cuida como á su hijo, y tan pronto como toso ó estornudo, me importuna con cien preguntas y consejos relativos á mi salud.

Por fortuna yo paro poquísimo en casa, lo cual me salva de una gran parte de su charlatanería, aunque no de toda, pues aprovechando el tiempo que tardo en tomar el guisado, la ensalada y las pasas, operacion que ejecuto todas las noches momentos antes de entrar en la cama, me refiere cuanto sabe de nuevo, y me informa de todos los chismes de la vecindad, poniéndome al corriente de la mala vida que el tendero de la derecha de nuestro portal dá á su muger, de las visitas frecuentes que á la perfumista de la izquierda hace el hijo de la viuda del cuarto bajo interior, en tanto que su marido confecciona en el laboratorio jabones y cosméticos, y sé el número de los que suben á ver ciertas vecinas de la boardilla, que deben menos á la opinion que al favor público.

Una noche que me retiré á casa algo mas temprano que de costumbre, vino mi doña Braulia al comedor y me dijo que el cuarto tercero, vacante mucho tiempo hacia, le habia alquilado la familia de Julian, jóven pintor amigo de Luis y á quien habia visto en casa algunas veces, me habló del muchacho, asegurando que era un loco, un holgazan que se habia encapriehado por una muchacha, á quien no habia visto mas que una vez, y poco á poco, me fue refiriendo todo lo que sabia de la aventura del pobre jóven, yo libre de las disgresiones y reflecsiones de doña Braulia, voy á contarla por si logra interesar á los demas tanto como á mí.

II.

UN ENCUENTRO Y UNA PÉRDIDA.

En una hermosa mañana de invierno, en que el sol habia disipado la niebla que permaneciera tenazmente pegada á la poblacion durante toda la noche, el hermoso *Salon* del Prado presentaba aquel magnífico golpe de vista, que ofrece cuando se halla lleno de todo lo mas elegante de la córte, de personas de todas profesiones, desde la aristocracia, diputados, comerciantes, abogados y empleados, hasta los artistas y artesanos mas infelices: cuando el tiempo permite que las señoras largo tiempo aprisionadas en sus casas por las lluvia y el hielo, concurran allí á lucir sus elegantes trages, á saludar con una sonrisa á los conocidos, cuando en fin la diversidad de carruages, de caballos, y de libreas, llaman la atencion del provinciano y del curioso.

Julian, habia admirado varias veces este magnífico cuadro, y se dirigia al *Salon* á la hora en que mas concurrencia habia, sin otro objeto que el de distraerse y pasear; iba á cruzar desde la hermosa fuente de Cibeles al Prado, cuando la violencia conque los caballos que

arrastraban un coche hácia el sitio en que se hallaba, le hizo retirar por un movimiento natural al paseo de Recoletos, pero aquella direccion tomó tambien el coche cuyos caballos no podia hacer obedecer el cochero, la violencia era terrible, elcarruage chocó con un guarda-canton y se rompió; pocas personas habia cerca de él, Julian se encontró el mas inmediato, se adelantó con timidez, á ofrecer su mano para ayudar á bajar á dos señoras, de las cuales la una tendria sobre 34 años, y daba indicios de que habria sido muy buena figura, sin que esto sea decir que no se conservára todavia bastante bien: la segunda á quien daba el nombre de hija unas veces y otras de Carolina, era una niña, si por niña se entiende á una jóven de 17 años, tímida y dulce, alegre y juguetona aun.

Pasado el primer susto y no habiendo recibido ningun daño, se alejaron del carruage, rodeado ya de multitud de curiosos; el jóven desconocido ofreció su brazo para acompañarlas hasta el *Salon*, tartamudeó algunas palabras, recibió las repetidas gracias que le dieron, saludó no sin que el encendido color de sus megillas atestiguase el poco trato de gentes y se alejó.

Nuestro jóven era tambien un niño, cuyo corazon se hallaba virgen aun de violentas pasiones y de crueles desengaños; cuidaba poco de presentarse á los ojos del mundo, con ese oropel que vale á veces tanto sino mas, que un entendimiento claro, y que un alma pura, su trage sencillo, descuidado y con dos años de atraso al que prescribia el último figurin, daba materia á un elegante para media hora de crítica. Pero la mas jóven de las dos señoras, á quien acababa de prestar un servicio, no le miró de este modo, reparó solo en sus hermosos cabellos caidos sobre la espalda, en sus grandes y ardientes ojos negros, y en las palabras que su boca habia pronunciado con tan dulce acento. No se fijó en su gaban raido, ni en la hechura antigua del sombrero, ni echó de ver la mala figura del lazo de su corbata y el color de sus guantes de mal tono. Habia en su modo de hablar tanta gracia, manifestaba tal nobleza en su mirada, su mano temblaba de tal modo al asir la de una muger, que Carolina acostumbrada á tratar con algunos jóvenes cuyas palabras afectadas, cuyos estudiados modales y fria superficialidad, eran faciles de conocer aun por una niña de 15 años, conservó indeleblemente grabada en su pensamiento la imagen de Julian, perdió su alegria juguetona, para dar lugar á una porcion de ideas que bullian en su cabeza, su madre notó pronto aquella mudanza y se propuso averiguar la causa, pero inútilmente, era un pensamiento, una imagen que la seguia por todas partes, un delirio, una fiebre, un transporte que la acompañaba al baile, al teatro, al paseo; de dia, de noche, á todas horas; era que amaba por primera vez, y á un ser que solo habia visto un momento y á quien probablemente no volveria á ver mas.

En cuanto á Julian, siempre tímido y melancólico, se habia hecho mas desde la aventura del Prado, apetecia la soledad y evitaba encontrarse con sus amigos, solo á Luis era á quien confiaba sus secretos y con quien se desahogaba, echándose la culpa de no haber seguido hasta saber donde vivia aquella muger que le habia robado el sosiego y la tranquilidad, concurria todos los dias al sitio donde la habia visto, y cuando divisaba un carruage amarillo con caballos blancos, se paraba y quedaba inmóvil fijando en él una mirada, pero pronto veia que eran desconocidos los que iban dentro: proseguia entonces sus investigaciones y empleaba dia y noche en andar por las calles, tratando de descubrir la casa de la muger que en tan pocos momentos habia hecho tal impresion en su corazon. Todo fué en valde, Julian no pudo adquirir el menor indicio y pensó con razon que sin duda se habrian marchado de Madrid las señoras á quienes prestó su ausilio.

Tal era el estado del amigo de Luis, cuando su familia fué á habitar el cuarto tercero de mi casa. La frecuencia con que doña Braulia subia á ver á sus vecinos, y su perspicacia para observar y averiguar cuanto escitaba su curiosidad, la pusieron pronto al corriente de todas las interioridades del cuarto tercero, y pasando noches, comiendo estofados y tomando ensaladas, no tardé yo tambien en estar enterado de ellas, y lo que es mas de las comparaciones que doña Braulia hacia con el orden interior del cuarto principal, ocupado por un flamante marqués que aunque amo, difícilmente estaria tan bien enterado de aquel como ella.

El contraste que formaba el régimen domestico de ambos cuartos, era efectivamente curioso, y ya que por ahora nada interesante puedo decir de Julian, dejarémosle ocupado en inútiles investigaciones, para introducirnos con lo que yo pude oir y observar, y con las noticias de doña Braulia, primero en el cuarto tercero y despues en el principal.

III.

EL CUARTO TERCERO.

Estaba amueblado con mucha sencillez, una mesa con un reló y dos floreros colocados en el intermedio de los dos balcones, un espejo y seis cuadros representando pasages de la Atala, cuatro rinconeras con varios cachibaches, una silleria antigua con el indispensable sofá, colocado en el sitio de ordenanza, esto es en el testero de la sala componian el adorno de ella. Otra silleria de raso labrado, un gran cuadro al oleo, una mesa y un velador con un juego de café encima, ocupaban el gabinete. La alcoba principal, contenia una gran cama, una mesa de noche, un crucifijo y media docena de estampas en raso, representando igual número de santos. Los demas dormitorios eran tan oscuros, que se necesitaba algun tiempo de permanencia en ellos, para poder enterarse de su figura y capacidad. El comedor pieza reducida con una ventana alta, que daba á un tejado, el llamado despacho, cuartucho con luces que le transmitia una ventana, la cual las recibia de otra que daba á un patio oscuro; la cocina en la que el fregadero y el fogon estorbaban cerrar la puerta, y algunos pasillos por los que no era posible andar, sin llevar en los codos testimonio de su reciente blanqueo, constituian la habitacion.

Los padres de Julian, tres hermanos pequeños y la criada, completaban la familia, en la cual reinaba aquella intimidad que se nota entre personas que estando juntos siempre, viviendo en un cuarto reducido y encontrándose continuamente cara á cara, se ven precisados á hablarse: en tales casas el marido tiene continuamente necesidad de decir alguna cosa á la muger, ya para que le ponga un boton en la camisa, ya para que le cosa una trabilla, ó para pedirle las calcetas que llevó la lavandera, porque todo esto pasa por mano de la muger, único medio de que una sola criada pueda atender á todos los quehaceres de la casa: verdad es que este mismo trato continuo, tiene sus inconvenientes, porque no siempre se está de acuerdo y en tal caso, es mas facil que haya choques y que se turba la paz de la familia.

El marido llegaba algunos dias fatigado del trabajo de su oficina, cogia un periódico para distraerse pero bien pronto los chiquillos metian ruido gritando y alborotando en la habitacion. La muger acostumbrada á esta música no lo notaba siquiera, pero los repetidos siit... vamos callando! que no tardaba yo en oir desde mi cuarto, al marido, la advertian su disgusto.

—Iros de aqui á jugar al comedor, les decia su madre, que meteis mucho ruido.

Los chicos obedecian y se alejaban cargados con los juguetes y muñecas, pero como en el comedor estaban solos, el uno pegaba al otro y se le oia continuamente á la madre:

—Mirad que voy á pegaros á todos sino os estais quietos.—Arturo! deja á tu hermana, no la hagas daño pero todo esto no servia de nada, uno esquivaba por una puerta, otro corria á caballo en un palo tocando la trompeta, otro se cogia los dedos en el quicio de una puerta, despues habia lloros y gritos, el padre esclamaba:

—Diablo de chiquillos, no se puede hacer nada en esta casa con el ruido que meten.

—Déjalos, decia la madre, es preciso que se diviertan, que mal hacen los pobres.

—Eso es, replicaba el marido, con esas tonterias los pierdes y les das mala educacion consintiéndolo todo. De ahi se originaba una disputa y una desazon, hasta obligar á la muger á llorar, pero la llegada de cualquier amigo, la tranquilizaba y al acostarse ya se habia olvidado todo.

Cayó malo mi vecino del cuarto tercero, subí á verle varias veces como era regular, y tuve ocasion de observar los desvelos de la muger tan pronto como el enfermo lo estubo gravemente; ella preparaba los remedios, ponia las sanguijuelas, velaba de noche cerca de su marido, y se levantaba cuantas veces era preciso, adivinando sus deseos, asi es que este llamaba á su mujer tan pronto como salia de la alcoba por un momento.

Un orden y economia estremados habia en la casa, su ama estaba en todo, ayudaba por las mañanas á la criada, preparaba la comida y hasta barria. Hay varias familias en Madrid que apesar de gozar de regular fortuna, no tienen mas que una criada fuera de los casos en que necesitan una ama de cria ó niñera, ó de los en que algun convite en la casa, hace necesario un refuerzo para el servicio de la cocina, acontreciendo frecuentemente que la criada, poco acostumbrada a tales laberintos, y sin que su ama la ayude, comete mil torpezas, la pone en ridiculo, y dá márgen á que los convidados critiquen.

Yo no se como haces, se le oia decir á mi vecino muchas veces, no te duran nada las criadas, y en casa de don fulano tienen seis criados, de los que el mas moderno hace ocho meses que esta á su servicio. Esta era una prueba clara de la estremada economia y gobierno de su muger, de que inspeccionaba y descendia á todas las menuciosidades. La criada no podia escatimar ni sisar nada, porque su ama estaba siempre vigilante y sabia perfectamente el precio de los comestibles, ademas siendo sola, el señor la mandaba una cosa, la señora otra, era preciso dejar un trabajo y empezar otro, que estraño era que se mudaran las sirvientas?

Lo que mas que todo debia tambien incomodarlas, era el sermon matutino, de que yo tambien participaba desde mi cuarto.

—Benita, ande vd. mas de priesa, es ya medio dia, y no ha hecho vd. nada, vendrá alguno y lo encontrará todo revuelto.

—Señora que quiere vd. que yo le haga, acaso he parado desde que me levanté?

—Benita, ha roto vd. una sopera.

—Yo no señora, habrá sido el gato.

—Si la hubiera vd. puesto en su sitio, no hubiera sucedido eso.

—Ya, y quien puede tenerlo todo en su sitio, si la mandan á una veinte cosas á la vez; por último, señora, si vd. ha de estar siempre riñéndome de la mañana á la noche eso no me acomoda por 50 rs. que me dá vd. tengo diez casas donde entrar á servir, con que busque vd. criada, que yo me marcho mañana.

En este diálogo que se repetia con frecuencia, tenia tambien una no pequeña parte, el ejemplo de la vida que en el cuarto principal se llevaban los criados en estremo lucrativa y descansada, comparativamente con la que aguardaba á las que entrasen á servir en el cuarto tercero.

IV.

EL CUARTO PRINCIPAL.

Esta magnifica habitacion que se estendia por el interior de la manzana, mucho mas que las de el segundo y tercero, estaba amueblada con lujo, preciosas colgaduras de raso de diferentes colores esparcian en las piezas una luz agradable, magnificas alfombras, muebles perfectamente trabajados y á la última moda, daba todo á conocer al que allí penetraba, que se hallaba en una casa opulenta; y efectivamente su dueño que algunos años antes solo podia disponer de un caudal regular, sugeto á los vaivenes de la suerte, á que le esponia cediendo á su pasion por el juego, cuyo vicio le servia de única ocupacion en la capital de provincia en que se hallaba; habiase encontrado por la muerte de un pariente suyo, dueño de estensas y lucrativas posesiones, y con un título de marqués que satisfacia su orgullo y el de su muger. No contento con el aislamiento en una corta poblacion, resolvió venir á la corte, y pronto su casa, las reuniones que daba en ella, y su magnifico tren, fueron citados en todo Madrid, bien que no faltaba quien asegurára, que estos despilfarros y escesivos gastos, asi como la satisfaccion de su vicio dominante, le habian obligado á deshacerse de algunas de sus mejores posesiones.

La moda deidad á quien en aquella casa adoraban desde su dueño hasta el último sirviente, exige que los esposos vivan lejos y que haya criados separados para el servicio de cada uno, todo esto se observaba puntualmente en lo cual no habia gran trabajo siendo tan grande la habitacion, y sucedia que aunque tubieran deseo de verse, por no emprender un viage dejaban de hacerlo, lo cual tiene sus ventajas; pues el trato ceremonioso evita disputas y querellas, pero tambien tiene sus contras.

Los chiquillos no incomodaban á sus padres como en el cuarto tercero, porque vivian lejos de ellos, los mas pequeños eran confiados á criados que no solian tratarlos con la mayor amabilidad, y de cuya viciosa educacion habia de resentirse necesariamente despues; los mayores tenian un preceptor ó ayo.

Si alguna vez caia malo el marqués, la esposa estaba tambien como la del cuarto tercero cerca de él, pero con cierta palidez y espresion de dolor estudiado en el espejo, se negaba á las visitas de cumplimiento, consultaba á dos docenas de los mejores médicos de la córte, y en llegando la noche, se acostaba tranquilamente, descuidando en los criados cuyo celo alababa; no eran sus manos delicadas las que estendian las cataplasmas y cantáridas, no aplicaban las sanguijuelas, ni enjugaban el sudor del enfermo, lo mas que hacia era llevar las tazas de cocimiento, arreglar las almohadas, ó estirar la colcha.

En el cuarto principal, habia un criado para cada servicio, todos sabian su obligacion diaria; despues que la doncella, por ejemplo, habia vestido á la señora, arreglado sus chales, mantillas, y compuesto la pieza del tocador, era libre para hacer cuanto la acomodase; el portero no hablaba dos veces al año con la señora, y la cocinera solo la habia visto desde una ventana, asi es que hacia y deshacia, cortaba y rajaba á su gusto, sin que nadie fuera á decirla—para que hecha usted tanto carbon en la hornilla—ya he dicho que no traiga V. los platos finos á la cocina—pues qué se ha acabado ya el aceite?—donde han ido los postres que sobraron ayer? de todas estas impertinencias estaban libres en el cuarto principal.

Nadie averiguaba el precio de los comestibles, y es-

tos se traian en abundancia, aconteciendo no pocas veces que una gran parte de las provisiones, que el encargado de la compra traia por la mañana, por supuesto despues de cobrar la sisa, volvia á la tienda del frente, donde eran tomadas por una tercera parte menos, que lo que habian cobrado por ellas, algunos momentos antes; ó bien con la misma rebaja pasaban á la cesta de la criada del cuarto tercero, que ganaba la diferencia hasta su justo valor, el cual se las vendia á su ama.

En el cuarto principal, con tal de que la casa tubiera cierto aspecto de grandeza, y que los criados digeran en la vecindad.—«Servimos en casa del marqués F., buemos amos, pagan al corriente, tienen diez criados y no reparan en pequeñeces» Todo lo pasaba la marquesa, tenia una mirada de desprecio para ellos, los dirijia rara vez la palabra, y dejaba que hicieran lo que quisieran poco menos que á su vista.

Dejemos ya de hablar del cuarto principal y tercero, volvamos á nuestro Julian, que cansado de correr calles y tomar noticias, sin saber el paradero de su amada, ha desistido ya de su propósito y resuelto no hacer mas diligencias para encontrarla, puesto que tan inútiles han sido las que lleva practicadas.

V.

DOS CARTAS.

Un dia que entraba en casa mas melancólico que nunca y decidido ya á ocuparse con constancia en el estudio de su difícil arte, lo cual le proporcionara la ventaja de tener ocupada su imaginacion con otra cosa que sus sueños de amor, vió á la puerta un coche amarillo con caballos blancos, los recuerdos que tal objeto escitaban en él y su costumbre de examinar todos los carruages de estas señas, le hicieron dirigir la vista al interior de la caja; pero cual fué su admiracion al reconocer dentro de ella á las mismas dos señoras que socorriera en el Prado, cuando la rotura del coche! este partió al momento, y Julian quedó como clavado en aquel sitio, sin que la emocion que esperimentaba le permitiese seguirle, sus piernas flaqueaban y cuando se halló en estado de tomar movimiento, ningun carruage amarillo habia en toda la calle, entonces se entregó á la desesperacion y al dolor; habia perdido por segunda vez á la que jamas se separaba de su pensamiento.

Una idea vino á reanimarle, se le ocurrió que las señoras tal vez bajarian del cuarto principal, subió al segundo, y con una violencia y una espresion particular, que casi daban miedo, empezó á preguntarme las señas de los que vivian en casa del marqués, para tratar de averiguar algo por medio de ellos, yo se las fuí dando de todos los que sabia que componian la familia de mi vecino, cuando le dije que tenia una hija como de unos diez y siete años, cuando le di todos las señas, me estrechó en sus brazos, y empezó á correr y á gritar como un demente: la hija del marqués y Carolina eran una misma persona.

Julian se introdujo pronto en el cuarto principal y habló diferentes veces á Carolina; pasaremos en silencio algunos meses, en que las visitas secretas del vecino del cuarto tercero, se hicieron demasiado frecuentes, y volveremos á tomar el hilo de esta historia, desde que en una de ellas Julian encontró á Carolina pálida, triste y desfigurada, tenia una revelacion que hacer á su amante, y muchas fueron las lágrimas que vertió al decirle que era imposible ya ocultar su deshonra..... pasados los primeros momentos, y no encontrando otro medio, arreglaron un plan de huida, Julian se proponia conducir á Carolina á casa de un amigo de su confianza cuya madre atenderia á aquella: la separacion con que vivian en casa del marqués, y el haberse prestado á todo los criados que sirvieran tambien á Julian para sus visitas secretas, contribuyó á la realizacion del proyecto que habian formado, y una mañana, se echó de menos en casa del marqués á su hija mayor.

Infinitas fueron las diligencias que se practicaron para dar con ella, pero todas infructuosas. Ocho dias despues doña Braulia me entregó un pliego con sobre para mí, dentro de él habia dos cartas, una para el cuarto principal y otra para el tercero.

Cuando el marqués recibió la carta que le iba dirigida, estaba enfermo á causa de los grandes disgustos que le habian sobrevenido, el deseo de reponer su caudal de los excesivos gastos que le redugeron á una pequeña parte, le hizo jugar mas que otras veces, la suerte no le favoreció, él abrigando una esperanza de recuperar las pérdidas siguió jugando, hasta que quedó arruinado; puede concebirse el efecto que haria en él la lectura de la carta, en que le confesaban la falta de su hija; así como la marquesa, cuyo orgullo se veia ajado.

Inquietos en el cuarto tercero por no saber el paradero de Julian, recibieron con la mayor alegria la carta que los tranquilizaba y prometia verle pronto, lo cual deseaban con ansia, para noticiarle el contenido de otra carta recibida la víspera por la que habian sabido la muerte de un hermano acaecida en Méjico y que los hacia dueños de una fortuna inmensa.

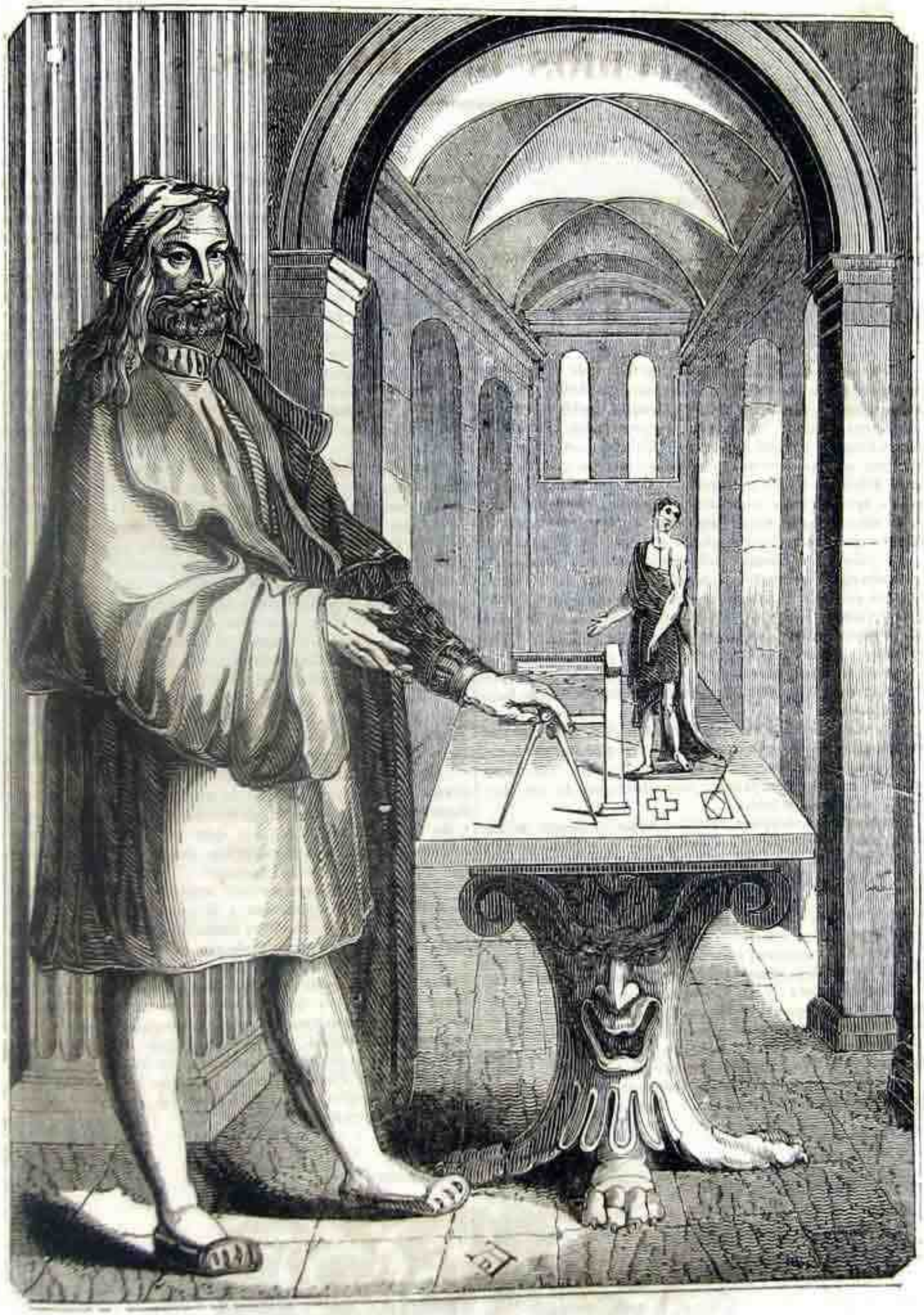
VI.

CONCLUSION.

Quince dias despues, Julian y Carolina eran esposos, y habian sido perdonados por sus familias.

Empezaba yo á cenar pocas noches há, cuando doña Braulia me dió una esquela elegantemente impresa, en que Julian y Carolina me ofrecian un cuarto segundo de la calle del Carmen donde habian ido á vivir con sus familias; he estado á visitarlos, y tenido ocasion de observar que los antiguos inquilinos del cuarto principal, han olvidado las rarezas que la moda y las preocupaciones les obligaban á hacer, y los del cuarto tercero su modesto método de vivir, sanando de gran parte de las ridiculeces que hacian por costumbre; habiendo adoptado toda la familia, un término medio, entre las ceremoniosas estravagancias de la clase elevada, y las llanas confianzas de los que no se determinan á vivir con todas las comodidades, que su fortuna les permite.

EL INCÓGNITO.



Alberto Durer.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

ALBERTO DURER,

INVENTOR DE LA PINTURA Y DEL GRABADO EN ALEMANIA.

Hablando de Alberto Durer, se dice que si hubiera nacido en Italia, si hubiera estudiado en Roma delante de las grandes obras de la antigüedad, hubiera sido el pintor mas célebre. Su padre, era un hábil platero de Nuremberg, y le hizo aprender el dibujo, con objeto de dedicarle á su profesion, pero los progresos que hizo el jóven Alberto en este arte fueron tan rápidos y sorprendentes, que hicieron conocer á sus maestros y á su padre la idea de que seria imposible aprisionar su génio artístico en el estrecho círculo de un obrador de platería.

Recibió las lecciones del mas acreditado pintor de Nuremberg, y aprendió á pintar y á grabar en madera. Despues recorrió el jóven artista la Alemania, los Paises bajos, visitó á Venecia, á Colmar y á Bala, perfeccionando siempre su talento, y regresando otra vez á Nuremberg, donde por obediencia á su padre, casó con la hija de un hábil mecánico; pero esta muger de carácter desagradable y altivo le dominó atormentándole hasta su muerte.

En esta época fué cuando se distinguió Alberto por sus magníficas composiciones entre las que merecen citarse como de un mérito sobresaliente, un san Juan Bautista, una Vírgen María, una adoracion de los Magos, y su propio retrato.

Algunos años despues volvió á Venecia donde se hizo notable, y ejecutó el cuadro del martirio de san Bartolomé, que Rodolfo emperador de Alemania compró y remitió á Praga. La reputacion de que gozaba Alberto en esta época se hizo europea. De vuelta á Nuremberg produjo una multitud de bellísimas composiciones que todos los príncipes á porfia se disputaban el poseer. Los primeros soberanos de Europa se apresuraron á que reflejára sus imágenes el sublime pincel de este grande artista, y le prodigaron su confianza y su amistad. Carlos quinto y Maximiliano le dieron el título de primer pintor de su corte; el primero quiso hasta concederle un título de nobleza, y Fernando rey de Bohemia y de Hungría le colmó de presentes.

El gran mérito de Alberto Durer y la nombradía y crédito de sus producciones le acarrearon numerosos enemigos, pero la dulzura de su carácter y la nobleza de sus sentimientos le conciliaban el aprecio y distincion de los mas altos personages y el afecto de todas las personas que le rodeaban. Una pequeña parte de su correspondencia se ha conservado y de ella se deduce que no vivió feliz apesar de los homenages que le tributaron y de la gloria que por do quier le seguia y que tanto alhaga al amor propio del hombre.

Para comprender en toda su estension el mérito de este esclarecido artista, bastará conocer que Rafael adornaba religiosamente su estudio con los bocetos que le remitia Alberto, y que el Guida, ese pintor tan delicado y tan suave, tenia por modelo las obras de Durer y las ponia en contribucion para la composicion de las suyas.

En este tiempo se hicieron célebres algunos artistas ademas que por sus obras en el género que cultivaban, por su carácter de universalidad: tales fueron Leonardo de Vinci, Miguel Angel y otros. Este carácter era tambien el de Alberto Durer porque á la vez poseia las bellas letras, y era escelente matemático, buen ingeniero y escultor, pintor y grabador. Fue el primero que enseñó á sus compatriotas las reglas de la perspectiva y las proporciones en las artes. Inventó el grabado al claro obscuro y al agua fuerte, y le es deudora la Alemania del primer tratado que se publicó en aquel país sobre el arte de fortificacion.

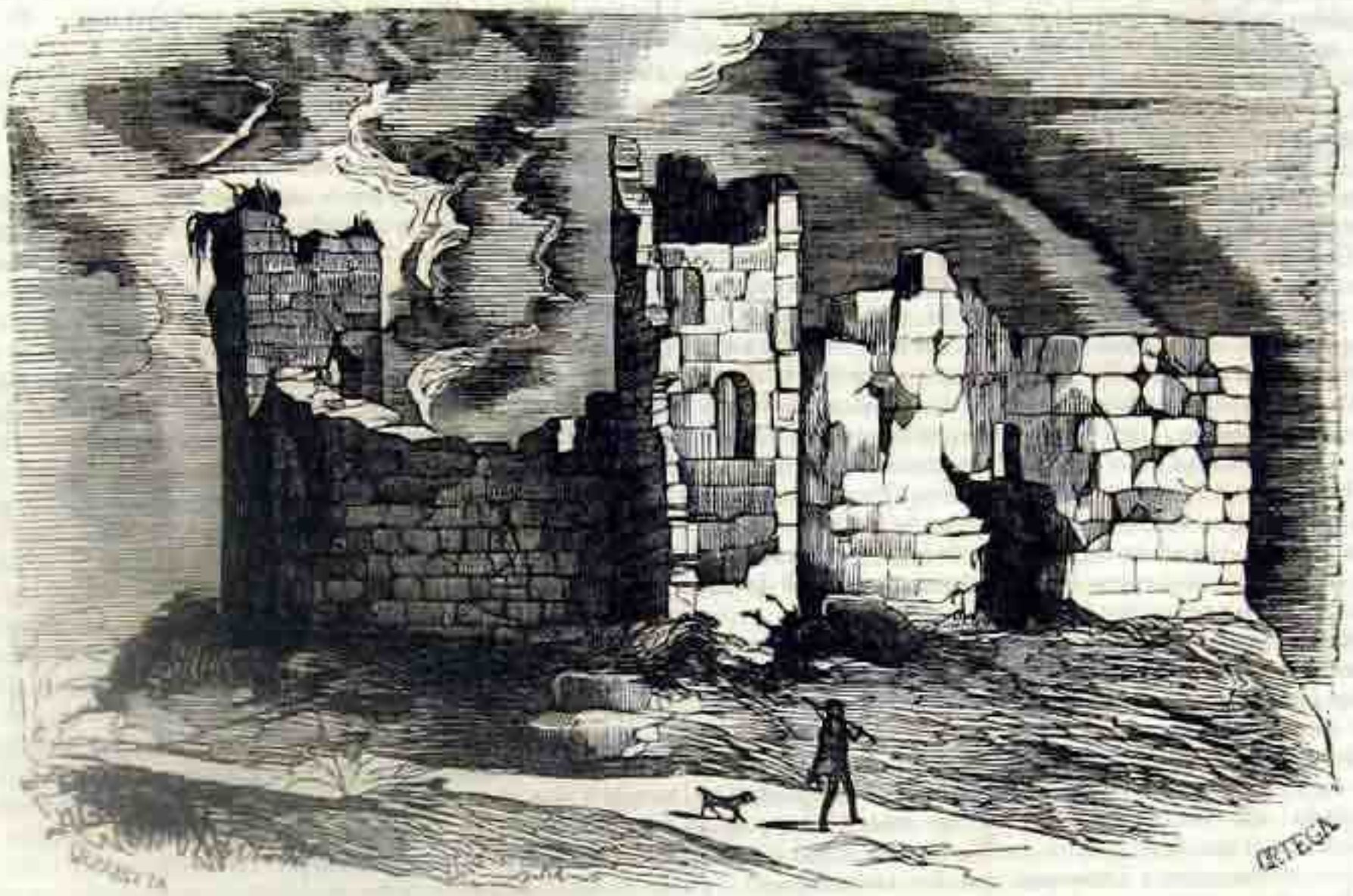
El número de las producciones de Alberto Durer es infinito. Sus retratos son admirables por su semejanza, y sus paisages son otros tantos modelos por el encanto y la singularidad de su frescura y de su propiedad.

Su mejor obra es el cuadro que representa á Jesucristo en la cruz rodeado de una gloria. Bajo de esta figura principal se ve un grupo de papas, de cardenales y de emperadores entre los que se halla retratado el mismo Alberto, sosteniendo un pequeño cuadro en el que se halla escrito su nombre.

Las composiciones de este artista son notables por la firmeza de su ejecucion y la correccion del dibujo, pero no puede decirse otro tanto de la espresion de las figuras, ni de la precision de sus contornos.

Su muerte produjo un luto universal, no solo en su patria, sino en todo el mundo artístico. Nació el 20 de Mayo de 1471, y bajó al sepulcro el 6 de Abril de 1528. Sin las desazones y graves disgustos que le proporcionó su esposa, es probable que hubiera continuado mas largo tiempo su brillante carrera de triunfos, satisfecho con los homenages que le tributaban de aprecio y consideracion, lo mismo en su patria que en las demas naciones.

ESTUDIOS GEOGRAFICOS.



Vista original del castillo de Priorio en Asturias.

NOTICIAS GENERALES

DEL DISTRITO DE OVIEDO Á PROAZA

EN EL PRINCIPADO DE ASTURIAS.

Presentada ya al público la ligera reseña de esta provincia, y habiendo allí indicado de que en pos se ofrecia algun otro trabajo mas determinado, sobre distritos ó comarcas particulares, para ir allegando materiales curiosos á la par que interesantes para la historia civil, física y geográfica de Asturias, tan poco conocida como digna por mil títulos de serlo, cumplimos hoy en parte con el empeño contraido, publicando el presente artículo, que por referirse á la capital y sus cercanías nos pareció que debia ocupar el primer lugar.

Tiene su asiento la ciudad de Oviedo sobre un terreno elevado y descubierto, cuyo dilatado horizonte se termina por los altos montes que á lo lejos en forma circular la ciñen por todas partes, esceptuando la del N. O. por donde se encuentra el occéano á las cuatro leguas. El terreno de la ciudad y sus contornos no es comparable en la feracidad con otros muchos de la provincia: Arenisco ligero y poco sustancioso, al mismo tiempo que frio por estar á la esposicion de los vientos arrasantes del N. y N. E. no se echa de ver aquel vigor, aquel lujo de vejetaciones que hace tan bellas y productivas las vegas que atraviesan el Nalon, Narcea, y Sella con sus afluentes. En cambio el suelo de Oviedo compuesto en gran parte de capas de arena que descansan sobre otras de peña blanda tambien arenisca, retiene poco las humedades á pesar de las frecuentes lluvias: el clima es sano, la situacion alegre, despejada y de agradables vistas.

Aunque la fundacion de Oviedo no haya sido hecha por el rey Fruela con prévia meditacion empezando por elegir sitio mas conveniente, pues se aprovechó del entonces agreste en que poco antes habian levantado el monasterio de S. Vicente levita y mártir los presbíteros Fromistano y Máximo, reune con todo circunstancias que lo hacen muy recomendable, para que lo ocupe un pueblo grande y floreciente. Se halla en el centro del pais que desde las épocas mas remotas compone lo que hoy se llama Asturias, solo cuatro leguas distante del mar, por todos lados circundado de pueblos, barrios y alquerías que lo abastecen profusamente de mantenimientos. Entre sus mismas casas están las canteras que dan la piedra de construccion, junto á ellas hay grandes bancos de yeso y de marga, á poca distancia cal, arena pura y diferentes arcillas para la fabricacion de teja y

ladrillo, y minas de carbon de piedra á sola una legua de la ciudad.

Aunque Oviedo es un pueblo regalado, vistoso, cómodo y agradable, no es muy visitado de transeuntes y viageros, ora porque se halla escéntrico con respecto á la capital del reino y á otros pueblos que hoy gozan de celebridad, ora porque se apagó aquella devocion fervorosa que un tiempo arrastraba á Oviedo en romeria á los príncipes, y á los grandes, á adorar las venerables reliquias que desde la invasion sarracénica allí se costudian. En medio de verse privada de esta falta de concurrencia, y de la de estrangeros que inundan el mundo con las relaciones apasionadas de sus viages, parece que al acercarse á la ciudad se reconoce en ella la muestra ostentosa de haber sido corte de ocho reyes y el punto de donde salieron los esforzados guerreros, que ensanchándose primero hácia las tierras de Castilla y Leon, llevaron mal paradas las huestes musulmanas hasta las columnas de Hércules, plantaron sus pendones sobre las torres de la Alhambra, y los trasportaron en triunfo hasta los últimos confines del nuevo mundo. Descuella magestuosa entre los edificios de Oviedo la hermosísima torre de la catedral de esvelta y airosa forma, que parece enseñorearse de la ciudad y de la campiña, y que todo cuanto la rodea la está obediente. Ella sola demuestra á quien la descubre de lejos de que la poblacion en que se halla es la cabeza de las comarcas situadas acüende los montes y que lo fue en otro tiempo de un estado que sirvió de base á la poderosa monarquía de Felipe segundo.

Saliendo de Oviedo por el ameno campo de san Francisco siguiendo la direccion del S. O. por el camino de las Caldas queda á la derecha y á corta distancia en sitio alegre y desembarazado, la Casa-Hospicio, uno de los establecimientos de su clase mejor montados que hay en el reino. Débese su fundacion á la piedad é ilustrado celo del digno Regente de esta Aduana don Teodoro Gil de Jaz, que á mediados del siglo pasado con las suscriciones y limosnas, que fué recolectando, y con los oficios caritativos á que se prestó aun la gente mas necesitada, fué levantando la obra que consagró á la horfandad y á la indigencia. El trozo de calzada que desde aquí sigue hasta donde llaman Lagar de Omaña es debido tambien á las disposiciones de este magistrado.

Desde el indicado punto algo mas elevado que Oviedo, se ofrecen perspectivas imponentes y tambien deliciosas. Descúbrense por la derecha los picos herizados de la cordillera de la Mesa que viene en degradacion á circunvalar el valle de Grado, al paso que otro brazo que se desprende en los altos de Cuero, dividiendo el partido de Salcedo del concejo de Teberga, y el de Proaza del de Tameza, corre por Linares hasta el Nalon en donde termina. Al frente se presentan las montañas calcáreas que atraviesan desde las eminencias del Aramo hasta las colinas peñascosas del Concejo de las Regueras, y á la izquierda descuella en primer término la famosa peña de Morcin, llamada hoy así por que el lugar de su nombre que le cae á la banda oriental. Esta gran mole es un estribo de la citada del Aramo la mas elevada de toda esta parte, ofrece muy gratos recuerdos históricos y religiosos; porque en su cima estuvo escondida del furor de los infieles, por tiempo de unos cien años, la sagrada arca de las reliquias que el arzobispo de Toledo Urbano condujo á Asturias, cuando con otros prelados y próceres del reino vino huyendo á guarecerse á estas montañas de las armas sarracenas. En tiempo de don Alonso II se trajo á Oviedo en solemne procesion depositándola en la capilla de san Miguel, que por esto se llamó *Cámara Santa* que el rey solo para este objeto hizo labrar, y allí existe hoy. El monte en donde se conservó tan venerable depósito, tubo el nombre de *Monte sacro*, de donde vino el de Monsagro que conserva. La capilla en donde se custodió el arca existe tambien, y un pozo dentro de ella en donde estuvo metida para mayor seguridad.

Llegando al lugar de Santa Marina, el terreno empieza á variar de calidad y de posicion, hasta allí era arcilloso y arenisco, y ya se descubren á flor de tierra algunos trozos de peña caliza, que van prontamente estendiéndose á medida que se sigue el descenso á la Conca del Nalon, cuyo lecho se alcanza á ver. Ya cerca de concluir la bajada, se encuentra la Iglesia Parroquial de Priorio, obra que corresponde al estilo de la llamada *arquitectura asturiana*, que estubo en uso desde los primeros años de la restauracion de la monarquia, hasta que se dió á conocer la *gótica ó tudesca*. Está bien conservado este edificio, pues aunque tiene algunos agregados de época reciente, no desfiguran la parte antigua de modo, que no pueda ser reconocida con toda distincion.

Mas abajo en el fondo del barranco por donde corre el arroyo *Gafo* están las termas conocidas por las Caldas, á donde acuden en las temporadas de baños multitud de enfermos asi de Asturias como de las Provincias limítrofes. La casa ofrece todas las comodidades, que pudieron obtenerse del sitio apretado que ocupa. Se construyó para alivio de la humanidad doliente, por la Diputacion del Principado, siendo Procurador general don Martin de Cañedo, en el año de 1776 bajo la direccion del arquitecto don Manuel Reguera Gonzalez por planos de don Ventura Rodriguez. Se amplió la obra en 1828, siguiendo el orden primitivamente adoptado. El manantial casi en grado de hervor es tan abundante, que provée todos los baños, y quedan sobrantes que no se aprovechan.

Al salir del sitio estrecho y sombrío, que ocupan las termas, en donde hay un gracioso paseo de árboles de sombra, se descubre de frente y á distancia como de doscientos pasos del camino, el antiguo castillo del Priorío, hoy casi arruinado, y en otro tiempo fortaleza de gran nombradía. Está fundado sobre un peñon calizo, que se mira aislado en un llanito de arena formado por el rio Nalon, que pasa por la derecha á corta distancia. Tubo cuatro torres, una en cada ángulo que flanqueaban las cortinas: dos están destruidas hasta la altura del muro, otra aunque en mal estado se sobrepone algunas varas, y la del homenage conserva en parte las almenas que la coronaban.

Las cortinas que unian las torres, están por algunos puntos casi íntegras, y por otros no muy arruinadas. Hay distribuidas oportunamente flecheras y claraboyas, con vestigios de obras esteriores, cuya estension y forma no se pueden reconocer. La del Castillo es irregular, como lo es la peña sobre que asienta. Todas las paredes son de piedra con argamasa tan tenaz, que sobre resistir abandonadas á la intemperie por tantos siglos, son impenetrables á los golpes de la barra y del pico. Aun en tal decadencia, y en medio de sus ruinas es el castillo una de las obras militares mas importantes que nos han quedado de la edad media, y un monumento del poder que habia alcanzado la autoridad feudal entre nosotros.

Aunque no poseemos noticias de quien haya sido su fundador, sabemos que estubo siempre bajo del dominio señorial de los Obispos de Oviedo, quienes tenian en él un *Encomendero*. En las revueltas y asonadas, que en épocas distintas agitaron el principado, se miró como de mucha importancia la adquisicion de la fortaleza de Priorío. Ya en el año de 1306, vino D. Alonso de Castilla, primo de D. Fernando el Emplazado á arrasarla con sus torres, porque en ellas se abrigaban los sediciosos que entonces habia, causando daños y estorsiones á la tierra. En 1381, Garci-Alvarez de Palomar lo mantuvo por el Obispo contra las tentativas del rebolto-

su conde de Gijon. Todavia se mantenia íntegra la fortaleza á fines del siglo décimo sesto como se colije del hecho de haber venido á bendecir su nueva capilla en el año de 1593, el Obispo D. Diego Aponte de Quiñones por haberse arruinado la antigua.

Encuéntrase este murado recinto en el vértice del triángulo que formaba el territorio jurisdiccional del obispo, cuyos lados eran los rios Caudal y Lena desde su influencia con el Nalon hasta su nacimiento en los puertos, tirada una línea desde el de la mesa hasta el de cubilla, en cuyo espacio quedan comprendidos ocho concejos. Con la variacion que las instituciones y las ideas sufrieron en el sig'o XVI, con la reconcentracion del poder supremo en una sola mano, y con haber cesado las parcialidades en que de continuo estaban comprometidos los pueblos por las reacillas de los señores, el Castillo de Priorio como las demas fortalezas de su clase, empezó á reputarse como de poca importancia, y sobre todo ya no tubo ninguna cuando en tiempo de Felipe II se enagenaron los distritos de la jurisdicion eclesiastica llamados Obispalias.

Desde entonces sucedió la soledad y un silenco imperturbable, al estrépito y ruido de armas que aquí de continuo resonaban. Aquel afan por adquirir y enseñorearse del Castillo de Priorio, se trocó en apartamiento y abandono á merced de cualquier miserable que quisiera ocuparlo, y en tal situacion vinieron á ocuparlo las sabandijas y las lechuzas que hoy son los moradores de sus cóncabos torreones.

Empero las luces y las opiniones de nuestro siglo dando un giro mas pacífico, y unas miras mas positivas al pensamiento, condujeron á estos deteriorados muros, á tres sabios de bien merecida reputacion, ora por su proximidad á la capital, y á los baños contiguos, ora para encontrarse engastadas en algunas de las piedras de que se halla el muro ciertas cristalizaciones que el vulgo creia diamantes, ó sea porque en rededor del Castillo, hay diseminadas otras piedrecitas curiosas que algunos reputan de mucho valor, unido todo á las tradiciones caballerescas que son bien comunes en monumentos de su clase indujeron á reconocerlo al Dr. Casal, médico afamado de la ciudad de Oviedo que equivocadamente ser de la naturaleza de los diamantes las predichas cristalizaciones. Vino despues el célebre Jovellanos, y en pos el botánico Lagasca que disiparon con sus observaciones tamaño error, habiendo ademas el último encontrado en aquel sitio el lúpulo de que tanto uso se hace en la fabricacion de la cerbeza. D. Luis Proust, hizo tambien análisis de las piedrecitas esparcidas por todo el recinto, y por las peñas que median entre Caces y Siones, de la parte opuesta del rio, y demostró ser tambien unas cristalizaciones cuarzosas, opácas de color de gris oscuro, blandas, de forma octágona regular, con facetas lisas y bien pulimentadas que llama facintos de compostela. Las hay desde el tamaño de un grano de trigo, al de una bellota. Están en estado de descomposicion por lo que no será estraño de que lleguen enteramente á desaparecer.

Corriendo á lo largo el reducido valle, denominado de las Caldas ó ribera de abajo, cuya circunvalacion por algunos puntos es sumamente agradable por sus aldeas y plantios se atraviesa el Nalon por una barca mal servida y tosca construccion; mengua por cierto de nuestro siglo el que se consienta tal estorbo en punto de muchísimo tránsito y á las puertas de la capital! Atravesado el rio empieza la pendiente en donde está situado el lugar del puerto: sigue por él la subida hasta ganar la garganta de la sierra, que como va dicho es la continuacion mas rebajada de la del Arámo. Hállase en su parte culminante el lugar de Labares que Carballo sin otro fundamento que el de la asomancia indica pudo corresponder á la Leberris de Estrabon. Antes de él se encuentra el de Cueto Montero desde el cual por la diestra endereza camino que guia á Tuñon, de cuyo pueblo hay algo que decir.

Luego que se llega al alto que lo domina, se distingue en el fondo un vallecito ceñido por todas partes de enorme y elevadas moles de peña caliza, por entre las cuales pasa estrechado y con desmandada corriente el rio Trubia. La montaña oriental abre y se recoje un tanto por esta parte dejando un pequeño recodo que es el que ocupa Tuñon. Nadie al divisarle se fija en la mezquina iglesia que al pie de la gran montaña apenas se alcanza á ver. Sobre ella descuella un campanario tan miserable como todo lo demas de este humilde edificio. Nada hay en él que esceda de la traza de una capilla, de las muchas que se ven en pueblos cortos en que se congregan las gentes del campo una vez al año; sin embargo aun mas reducido de lo que es hoy, sirvió de iglesia a un monasterio insigne fundado hace 953 años, por don Alonso el magno con la advocacion de san Adriano y santa Natalia y dotado competentemente con rentas, alhajas, y esclavos para el sustento de los monjes, para ofrendas, aromas y sacrificios, para que se entonasen cánticos de alabanza al Señor; para que de dia y de noche ardiesen delante de sus altares veinte lámparas, para albergue de peregrinos y socorro de menesterosos.

Habiéndose arruinado la iglesia á los 118 años de su construccion, se dió nueva traza para levantar la actual en el de 1108, siendo abad Eulalio, y prelado diocesano el obispo don Pelayo, célebre historiógrafo y cronista de aquellos tiempos, el cual vino en persona á las ceremonias de la segunda consagracion, con los obispos de Coimbra, Iria y Astorga, segun se espresa en una lápida que se conserva enbutida en la pared interior del lado de la epístola, sobre uno de los arcos laterales que forman como naves. En las primeras líneas se lee: «*hoc templum dedicabit Pelagius episcopus Ovetensis. Era MCXXXXVI.*» Sigue enumerando los altares y sus dedicaciones, y la época primitiva de su fundacion todo en letra muy inteligible y bien formada. La basílica de don Pelayo es la parte que hoy está desde el medio de la iglesia á la capilla mayor pues la otra parte aunque muy antigua, no lo es tanto y se conoce muy bien de que fue agregada. El tiempo andando vino á quedar suprimido el indicado monasterio, como lo fueron otros en Asturias. Sus rentas las reasumió el cabildo de Oviedo y el de Cobadonga, con todas las cargas y obligaciones consignadas en la fundacion.

A la salida de Tuñon hay un puente de madera cuya cabeza por la parte del oriente se apoya en la base de una alta peña que lame el rio. Sobre el mismo ingreso de dicho puente, hay una cueva no muy espaciosa ni de mucha profundidad, conocida en la historia de Asturias por el desastroso suceso en ella ocurrido reinando en Castilla don Fernando y doña Isabel. Diego Vazquez Prada, señor de la casa de Prada en Proaza, y sus hermanos Andrés y Alonso mantenian cruda enemistad y añejos odios contra un notario vecino de Tuñon, hermano político de los tres. Reuniéronse estos en cierto dia, y allegando á si gentes de armas trataron de apoderarse del notario encaminándose á su pueblo. Apercibido de lo que pasaba se retrajo con su mujer y nueve amigos y deudos, que se decidieron á seguir su suerte á la cueva referida, resueltos á defenderse hasta el último trance. Acercáronse los Vazquez con los suyos, y arremetieron inútilmente, porque los encerrados, con piedras y saetas, los contenian y maltrataban. Conociendo entonces los agresores la imposibilidad y los riesgos de lograr la empresa por el medio que se habian propuesto, adoptaron otro que mas placia á su corazon fementido.

Arrastaron en gran copia hacia aquel sitio, todo el poblado entonces de árboles bravios, maderos y ramas secas, con que encendieron una crecida hoguera cuya llama introduciéndose por la entrada de la cueva, batia

contra la pared interior en donde estaban los infelices refugiados. Salió en tan mortal conflicto la esposa del notario suplicando á sus hermanos con la ternura y la vehemencia de que es capaz el corazon de una muger colocada en situacion semejante, de que se condoliesen de aquellos miserables; y que no ejerciesen con ellos un acto tan atroz é inhumano. Fueron inútiles todos sus ruegos, perdidas todas sus instancias. Concediéronle únicamente como por muestra de especial favor de que pudiese ella sola salir, para libertarse de la suerte que los demas tenian irrevocablemente que sufrir. Rehusó despechada y resuelta una condicion que no era compatible con sus sentimientos honrosos: Ni el aspecto de una muerte horrible y cercana, ni las súplicas encarecidas que todos le hacian, para que evitase un sacrificio inútil pudieron recabar de ella de que mudase de propósito. No quiso admitir el don amable de la existencia, á trueque de presenciar el bárbaro suplicio de su esposo ni sobrevivir á su desgracia. Avivado el fuego, internose en la gruta el humo y la llama, que batiendo en la pared interior, reducia á los once refugiados á la última agonia. No pudiendo ya resistir mas tiempo, perecieron todos lanzando terribles imprecaciones contra sus verdugos, y dirijiendo en momento tan apurado fervorosas preces á su Criador. La esposa del notario abrazada con el estrechamente mantuvo todo aquel denuedo y admirable resolucion que se echa de ver en el caracter distintivo del bello sexo, hasta que exaló su postrimer suspiro. Heroina digna de mejores tiempos en que supiese apreciar en todo su valor el inminente sacrificio á que se constituyó, y la alta virtud que él supone! Hasta su nombre y prosapia no ha negado la historia contemporánea, tan solicita en transmitirnos relaciones genealógicas de personages parásitos, que ni por su saber, ni por sus hechos tuvieron nunca un lugar entre las glorias de la patria.

La cueva en donde aconteció esta catástrofe tuvo desde entonces y retiene hasta hoy, el nombre de cueva del Notario, y hasta hoy tambien el que por allí transita siente emociones de compasion y horror, que realzan la aspereza y sombrio aspecto de aquel sitio.

Créese comunmente de que Tuñon ocupa el punto mas central del principado en todas direcciones, y que tirando desde él, cuatro líneas á los cuatro cardinales, resulta á todos igual distancia. Aunque no sea así con precision matematica, no hay duda de que se advierte muy poca diferencia, aunque se note bastante en el mapa.

Saliendo de dicho pueblo por el angosto canal que dá paso al rio se llega sobre el lugar de Villanueva situado en el valle de Proaza que forman entre ambos una sola parroquia. Sin embargo, cada uno es capital de distintos concejos: anomalia que si en siglos anteriores tenia esplicacion en la mezcla y confusion de las jurisdicciones; no se sabe como disculparla en la época que alcanzamos en que el espititu de reforma invade hasta lo que debiera reputarse como sagrado. Ciñen el valle de Proaza muy altos montes: por el oriente levanta su nevada cabeza el de Andrisas, y por norte y occidente, la cordillera de Limares. Atraviesa el llano el mismo rio Trubia que va á Tuñon, sin fertilizarlo con su riego, como pudiera conseguirse sin gran dispendio. Aun así es de los feraces de la provincia; abrigado con las montañas, siendo su suelo compuesto de tierra suelta y sustanciosa, produce abundantes cosechas de los frutos del pais, y otros tambien mas delicados prevalecerian si hubiese cuidado en cultivarlos. Se dá al aire libre el limon y la naranja, buenas uvas, y escelentes manzanas de que se hace la sidra que no hay otra que la aventaje.

Proaza hoy habitada por pacificos labradores, nada presenta de notable á los ojos del viagero. Contemplando empero, de que fue pisado su suelo por ejércitos y teatro de sucesos muy señalados, y punto que muchas veces escitó las pretensiones de los señores feudales sostenidas á sangre y fuego, se para la imaginacion, y se agolpan reflecsiones que entretienen el pensamiento. Los picos que circundan este valle estubieron antes coronados de castillos, y en el llano hubo dos de que daremos alguna razon. El antiguo nombre de la vega, en que están situados Villanueva y Proaza era *Valde-olallés*, con el cual es conocido actualmente un campo de la ladera del mismo valle, que atraviesa el camino que vá á Oviedo. Refiere el Obispo D. Sebastian de que con noticia de la rota de los Moros en Cobadonga, salió el Gobernador de Gijon Munuza con los que allí habia, y pasando en retirada por el sitio en donde está Oviedo, fué alcanzado en *Olallés* tres leguas mas arriba, por los cristianos que le seguian, desbaratado y muerto con todos los suyos. Mariana llama á este sitio *Olalié* seguramente por equivocacion. Ambrosio de Morales, dice de que en su tiempo se conservaba entre los naturales de Ollallés tradicion de este suceso cuya se mantiene de la misma manera, afirmando los habitantes de que en su distrito hubo una gran batalla en la que llevaron la peor parte los Infieles.

El concejo de Proaza, y sus adyacentes fueron por muchos años de la jurisdiccion de los Obispos, poniendo en ellos alcaldes que á su nombre administraban justicia, y recaudaban los pechos. Hubo un antiguo castillo en el prado que se llama de la Segada, cuyos cimientos todavia se reconocen, que era reputado como fortaleza de primer orden en aquel tiempo, y lo acredita el que habiéndose apoderado de ella Gonzalo Pelaez, uno de los infanzones mas poderoso y mas turbulento que hubo en el reinado de D. Alonso VII, tubo necesidad de acudir este monarca con sus huestes para someter al rebelde. Puso cerco al castillo; pero encontró tal resistencia que conoció la dificultad de allanarlo. Al pié del mismo muro fué herido el caballo en que el rey iba montado, y lo fueron tambien algunos de los nobles que lo acompañaban; por lo que y pareciendo á don Alonso que la empresa aparecia árdua y prolongada, resolvió tornar á Castilla dejándola encomendada al valor y pericia de D. Suero, que tardó no menos que dos años en vencerla. Ni fué este suceso el único, ni el último tampoco que se decidió con las armas en el castillo de Proaza. Otros ocurrieron hubo en épocas posteriores habiéndolo sostenido en una de ellas contra los facciosos el valeroso caballero Rodrigo Alvarez de Bandujo.

Sea por el buen resultado de alguno de estos acontecimientos, ó por que tal haya sido el nombre que tenia el castillo, y sierras antiguas, hallamos que en la escritura de donacion hecha por Fernando II. al cabildo de Oviedo y á su Obispo D. Menendo, de aquellas tierras se las llama *Mons Gaudii*, monte de alegria que ha perdido.

Existe en la poblacion otro castillo menos nombrado en la historia, pero en mejor estado de conservacion. Tiene su torre cilíndrica con muros que de ella arrancan, y vestigios de haber sido mas estensas. Corre á su pié el arroyo Payon que debió de servirle de foso. Celebráronse en otro tiempo en las juntas del Concejo. Perteneció primero á los poseedores de la casa de Miranda, y despues por permuta pasó á la de Velarde, y ahora se halla enteramente abandonado.

Habiendo obtenido el rey Felipe II. bula pontificia para la enagenacion de las Obispalias, á fin de atender con sus productos á las guerras que sostenia contra los hereges, despachó Proaza á Lisboa, residencia entonces de la córte, dos comisionados competentemente autorizados que lo fueron Martin Vazquez Prada, y el muy magnifico señor Pedro Tuñon el Real de Bandujo, para tratar lo concerniente á la redencion del concejo. En 1583, se estendió en pergamino la escritura por la que se le declaraba libre perpetuamente de toda otra jurisdiccion que no fuese la real ordinaria, mediante la cantidad

de seiscientos mil maravedises que por dicha merced satisfizo, con facultad de poder nombrar sus jueces y ayuntamientos, con jurisdiccion civil y criminal, mero, misto imperio, allende de las demas prerrogativas y esenciones que á las referidas eran anejas en cuyo goce y posesion ha estado el concejo hasta las últimas reformas.

En donde terminan las casas del pueblo termina tambien el valle. Las peñas que lo forman cierran aqui de manera que no se puede salir á otros términos sin ganar hacia la altura para volver luego á declinar. En la angostura por donde se cuelan las aguas del rio un poco mas alto que su orilla y parage muy áspero hay una cueva á la cual se llega no sin dificultad. Denomínase de san Miguel por haber servido de capilla dedicada á este santo. Todavia existen vestigios: está en pie la mesa del altar, una parte de las gradas que habia para llegar á ella, y algun trozo del pavimento empedrado. Hay tradicion de que el abad de Tuñon concurria en ciertas festividades del año á la cueva-capilla á celebrar el santo sacrificio de la misa. No es en verdad fácil calcular en qué tiempo ni con qué motivo se construyó un oratorio en parage casi inaccesible, y desusado en las prácticas de los cristianos, que lejos de usar de las cavernas, sitios despejados y dominantes buscaban de ordinario para sus templos. Solo el de Cobadonga debido á uno de los sucesos mas notables de nuestra historia, fue erigido en la caverna misma en donde se verificó dicho acontecimiento. Tal vez otro importante que no llegó á nosotros, motivó la fundacion de San Miguel, pues sin un caso memorable no es de inferir que allí se verificase.

Otra antigualla que se reconoce en este mismo parage aspero y riscoso, no relacionada por ninguno de cuantos han recorrido el pais, ni por los anticuarios que en él hubo; es un camino estrecho, pero abierto con imponderable trabajo en la peña viva, y cortada perpendicularmente en varios puntos con muchas varas de espesor. Su direccion era al pueblo de Caranga, y desde él, cortando otra vez peñas inmensas y salvando horrendos precipicios se internaba en el concejo de Quiros. Ni al parecer era Proaza el punto de donde partia, sino que venia venciendo los mismos obstáculos desde Tuñon ó tal vez desde mas abajo. No se colige el objeto principal para una obra de tan enorme coste, y de tan corto resultado si se atiende á que no pudo instalarse para él servicio de carros y acémilas sino para el transito de la gente de aquí y de los ganados. Por toda esta parte no se descubren restos de establecimientos de minas, ni de pueblos siquiera de mediana consideracion; y aun suponiendo de que esta senda se hubiese abierto para dar paso al puerto de Ventana, se encuentra la dificultad de que se hace por ella un gran rodeo, de que hay otros parages por donde pudiera dirigirse con pocos inconvenientes, y de que llegó á tal desuso que no es ya conocida ni transitable, lo que prueba seguramente que tenía determinado objeto, y que cuando este cesó, cesó tambien el destino y el tránsito del camino. Se advierte de que sin pararse en tropiezos se le habia dado una direccion recta de la cual no variaba aunque á corta distancia presentase mas anchura y facilidad el terreno, como sucede por un poco mas arriba que atraviesa una senda que hicieron practicable hasta para caballerias, los vecinos de los lugares de Villamejin y Caranga, sin mas ausilio que el de su trabajo.

No debemos de levantar la pluma sin dar noticia de otra cosa notable que hay en Proaza, una vez que nos propusimos no dejar olvidada ninguna de las que merezcan ser conocidas. En un cerro piramidal de gran altura y muy escabroso que se empina hácia la parte del occidente sobre el barrio de la Abadia á mas de media altura se ve una cueva dicha del *Fenoyal*, á donde mas de una ocasion acudieron los labradores del pueblo á buscar los tesoros que en su fantasia supone haber quedado soterrados cuando la espulsion de los moros. Dieron principio á su improbo trabajo, cabando la tierra con que encontraron obstruida la principal galeria: á muy poco comenzaron á hallar muchos huesos y esqueletos humanos que tubieron por buena señal; continuaron cabando, y siempre presentándose en la misma copia las hosamentas, y viendo por último de que no llegaban al cabo, se fastidiaron de su tarea despues de haberla seguido con perseverancia. No faltará quien conjeture de que una batalla, una peste, ú otra semejante calamidad pudo dar motivo ha hacinar en este punto los cadáveres, eligiéndolo como sepultura natural; pero la disposicion en que se hallan colocados, y la de la tierra que los contiene, conducida allí de la parte de afuera, muestra bien claro de que se depositaron sucesivamente y en una larga serie de años; y esto aun cuando no nos constase de que en otros parages de Asturias, existen cementerios de la misma clase, por lo que es indudable de que hubo tiempo en que era costumbre destinar para ellos las cuevas aunque no lo encontremos designado en la historia.

José Arias de Miranda.

HISTORIA NATURAL.

EL LOBO NEGRO.

El lobo negro es una especie distinta del lobo ordinario ó solamente una degradacion de éste? Todos los naturalistas le consideran como de una familia diversa, pero hay muchas razones tambien que se oponen á creerlo asi. Como puede considerarse por el bastante exacto grabado que va al pie de este articulo, no difiere del lobo comun mas que en el color de la piel que es de un negro subido, pues en sus formas son tan semejantes y tan ligeras las diferencias si existen, que mas notables son las que se encuentran entre dos lobos ordinarios cozidos en diferentes climas. Ademas se halla indistintamente en toda Europa y no pueden citar los que sostienen la contraria opinion, ninguna region, ninguna localidad donde esta pretendida familia habite especialmente, y aun si quieren alegar que solo se encuentra de paso en las comarcas del medio-dia, diriamos que tambien se hallará solo de paso en los demas paises, y preguntaríamos á donde se dirige y de donde procede pues que no se le conoce domicilio fijo. Otra observacion hay tambien que añadir muy poderosa: en la América septentrional se encuentra el lobo comun y el negro y seria singular y notable si constituyesen dos especies distintas, porque al tiempo de su descubrimiento ofreció muy pocos animales idénticos con los del otro continente; así entonces, la familia de los lobos seria una escepcion de la regla general.

De cualquiera suerte que se considere todos convienen en que el negro es mas feroz y sobre todo mas cruel que el lobo comun; vive en lo mas espeso y sombrío de

las montañas, y solo se aparta de sus guaridas durante la noche para acudir á las orillas de las lagunas y de los rios á devorar las inmundicias que arrojan. Tiene una fuerza prodigiosa, y aunque menos corpulento que el ordinario, no hay perro alano por valiente que sea que lleve la victoria en la lucha. Huye de la presencia del hombre particularmente durante el dia, pero tambien es muy arriesgado intentar el sorprenderlo en su retiro, porque no bien siente acercarse al cazador que le despierta sobresaltado ó le halla inopinadamente, cuando su primer movimiento no sea en vez de huir, lanzarse sobre el temerario que imprudentemente se empeña en atacarle en sus fortalezas.

Su vigorosa constitucion le permite caminar sin fatigas hasta cuarenta leguas en una noche, y resistir muchos dias sin comer. Si el hambre no le atormenta demasiado, no se aparta de la espesura de los montes; pasa el dia durmiendo y la noche en cazar el ciervo, la liebre, y otros animales mas débiles que él; pero cuando le falta este alimento se aventura en medio de las noches mas oscuras á emprender alguna escursion en el llano. Entonces se desliza pegado á los vallados, por los desecados surcos de los arroyos, y por entre las zarzas y todo lo que puede ponerle á cubierto. Su paso es ligero y su pisada tan furtiva como le es posible para acercarse á su presa sin que le sienta. De un salto salva un espacio de veinte y cinco ó treinta pies, se lanza sobre ella, y abalanzándose á su cuello concluye por derribarla en tierra; cuando ha conseguido esto, la desgarra en un minuto aunque por su volúmen sea diez veces mas fuerte que él.

Este feróz animal es temible para la especie humana, porque frecuentemente ataca á los hombres y con particularidad á los niños y mugeres, con preferencia á las bestias.

Su color impide distinguirle en la escuridad, y hace mas terrible y espantosa su aparicion, porque solo se le percibe cuando se halla muy próximo, y por el brillo rojizo y siniestro que destellan sus ojos. En 1791 una fiera sembró la desolacion y el terror en los departamentos del centro de la Francia por las muchas personas que devoró; y últimamente despues de muchas infructuosas batidas, fué víctima en una de ellas, resultando ser un lobo negro.

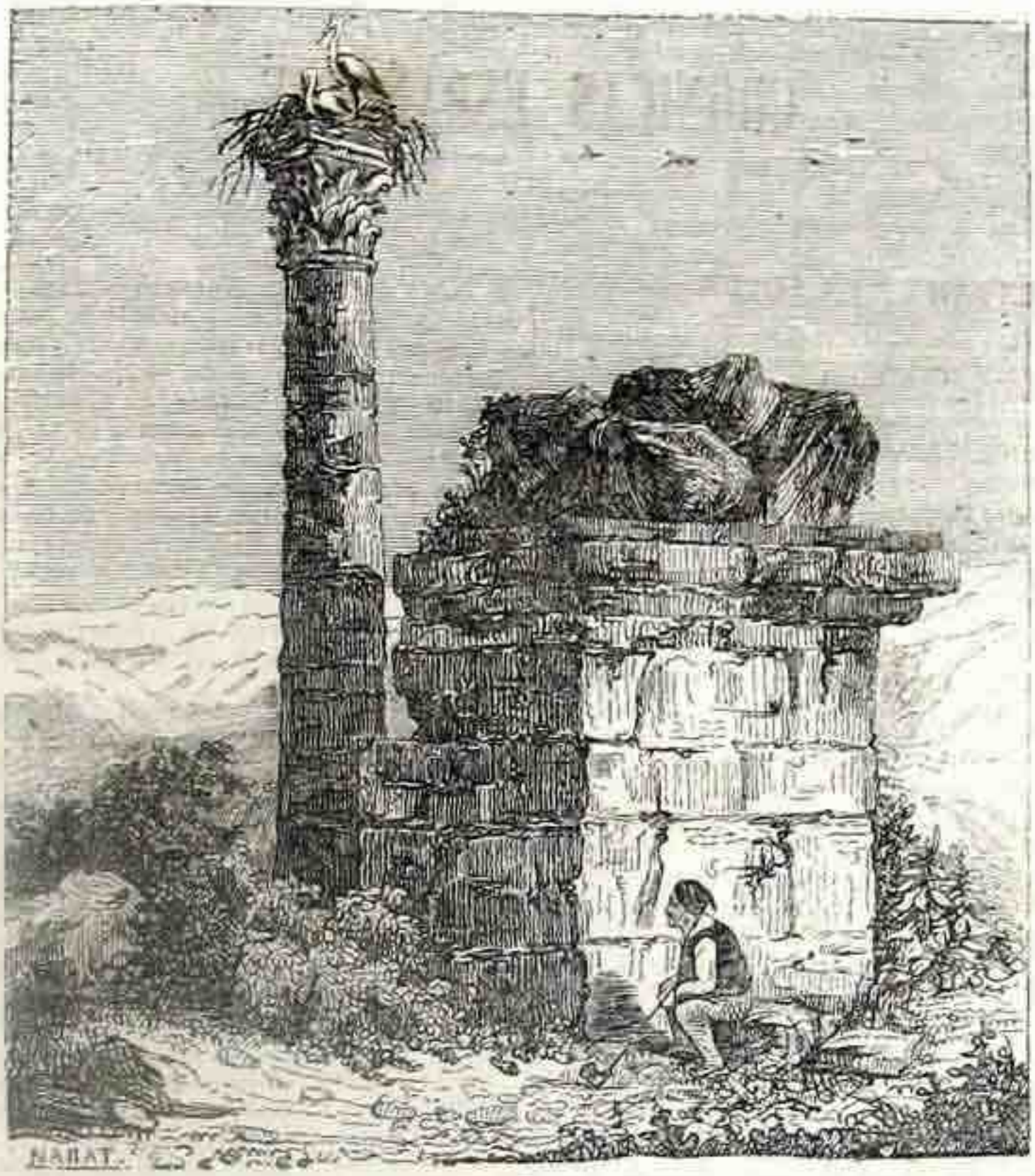
Vamos á referir un ejemplar de su ferocidad.

Un hortelano habitaba con su familia una casita pequeña, próxima al monte y bastante apartada de lo demas de la poblacion. Un domingo 27 de setiembre por cierto, marchó la familia entera á oir misa, á escepcion de la abuela, muger de setenta y tres años que quedó guardando la casa y disponiendo el desayuno para sus hijos. Cuando estos regresaron no encontraban á su abuela y vanamente la buscaban por los patios y los establos y la llamaban á voces; hasta que por fin la hallaron en el huerto detras de la casa, pero muerta, desgarrados sus vestidos y enteramente devorados el rostro y el vientre. Al parecer el lobo debió saltar la tapia y arrojarse sobre la anciana en el momento que estaba entretenida en coger algunas yerbas; pero se conocia que la lucha debió ser terrible no obstante la mucha edad de la víctima, porque habia en la tierra señales evidentes de haber estado sucesivamente encima ó debajo de la fiera, de ser vencida ó vencedora, y aun se veia un gran puñado de pelos en la mano del cadáver horriblemente mutilado.

El lobo negro como todos los de su especie ha sido clasificado por los naturalistas modernos entre los mamíferos carnívoros, seccion de los digitígrados, y de la misma familia que el perro. Difiere esencialmente de este por sus orejas siempre derechas y puntiagudas, por su cola recta y caida que jamas se encorva en semi-círculo y por su manera de echarse.



El Lobo negro



Ruinas de Stratonicea.

GRECIA.

RUINAS DE STRATONICEA.

La antigua ciudad de Stratonicea, hoy Eski-Hissard debió su fundacion á los Macedemonios y le dieron el nombre de Stratonicea, muger de Antioqus Sotez. Todos los monarcas Selencidas se esmeraron por embellecerla, y habiendola respetado los Romanos conservó por mucho tiempo su independencia. El emperador Adriano reedificó una parte, y en efecto entre sus ruinas se conservan señales evidentes de un estilo de arquitectura posterior á la era de los Selencidas, y poco digno por cierto de esta época de gloria para las artes. Las montañas que rodean ó circundan la ciudad, son las últimas ramificaciones de la inmensa cordillera de los montes Taurus que se alzan colosalmente á medida que se estienden hasta los confines de la India, dividiendo esta parte del mundo.

Eski-Hissard no es en la actualidad otra cosa que una reducida aldea, y las casas que la componen rodeadas de árboles frondosos y corpulentos están situadas á orilla de un riachuelo cuyas cristalinas aguas se precipitan rápidamente en cascadas bañando las ruinas de los mas suntuosos edificios. El fragmento que ofrecemos en el grabado que encabeza este artículo, representa un trozo de muralla cuyo recinto interior estaba decorado de columnas de órden corintio; solo una se conserva en pie sin otra utilidad que servir de abrigo y de punto de reposo á las aves trashumantes.

Sus antiguos moradores poseian dos templos de atrevidas proporciones; uno dedicado á Hecata, y otro consagrado á Júpiter. Aquí eran donde una vez cada año se reunian los diputados que nombraban todas las ciudades de la Caria, para ofrecer sus tributos, y para tratar de los negocios generales de su república federativa. En una medalla encontrada entre sus ruinas, y que se conserva aun en nuestros dias, se lee, que habiendo preservado á la ciudad Hecata y Júpiter, de las mas grandes calamidades, y mostrando el pueblo su reconocimiento con la multitud de sacrificios que ofrecia y el incienso que quemaba en sus altares, ordenaba el senado, que todos los dias acudirian al templo procesionalmente treinta niños vestidos de blanco, de las familias mas distinguidas de la villa precedidos de un arpista y de un heraldo, para cantar un himno en accion de gracias.

Ningun vestigio se halla de estos dos templos enriquecidos con la piedad de los pueblos; pero sí se descubren restos magníficos de muchos otros monumentos.

25 de diciembre de 1843.

CRONICAS ESPAÑOLAS.

BELTRAN DE LA CUEVA.

(Conclusion.)

V.

El gran maestre D. Beltran disfrazado con las ropas de Alvaro Ruiz se dirigió solo á la torre del Duero. Esta torre se hallaba medio ruinosa, enteramente deshabitada, y en medio del campo. D. Beltran entró en ella y á medida que penetraba por el obscuro corredor que conducia á la sala donde se hallaban reunidos los conjurados oia el confuso rumor de sus voces, y se presentó á su vista el mas estraño espectáculo.—En un pequeño salon se hallaban agrupados una porcion de hombres al rededor de una mesa ordinaria donde se hallaba sentado el que hacia de presidente: dos lámparas como las de que se sirven los mineros para sus trabajos sostenidas por sus garfios ó garabatos clavados entre las junturas de las piedras reflejaban una luz pálida, vacilante sobre las pardas paredes de la torre, y los rostros de los conspiradores. Todos ellos al entrar y entre otros un fraile pronunciaban á media voz ante el guardian de la torre las palabras misteriosas *Justicia de Dios*, y sus nombres. D. Beltran entró como ellos con la mayor serenidad y pronunció el nombre de Alvaro Ruiz entregando la contraseña, y se dirigió á uno de los rincones mas obscuros de la torre.

—Escelente punto de reunion, dijo uno de los conjurados que se hallaban á su lado.

—Aqui nadie podra penetrar nuestro secreto, respondió otro, por aqui la única salida guardada por nosotros.... por aqui una ventana desde donde se tocan las aguas del Duero, profundo é inmóvil en su curso.

Asi que hubieron entrado todos los conjurados el que guardaba la puerta, y habia recogido los pedazos de pergamino, que eran la seña para la entrada se llegó á la mesa y los depositó en ella diciendo—Ya estamos todos.

El que se hallaba sentado en la mesa, y cuyo rostro no habia podido aun ver D. Beltran por ocultarlo el ala de un ancho sombrero, descubrió su cabeza y dejó ver las canas que la cubrian, y el rostro de uno de los principales cortesanos de Enrique IV de uno de los que se vendian por amigos del Maestre. Era Manrique de Lara.

—Ricos-hombres, dijo este con voz solemne, pueblo de Castilla! Hemos borrado el sello de ignominia que manchaba nuestra frente. Nuestra causa triunfa en todas partes.... D. Pedro Giron, Maestre de Calatrava, se ha declarado con sus caballeros públicamente por nosotros. El marqués de Villena, otro tiempo el favorito de Enrique es en secreto el alma de nuestra empresa. El obispo de Segovia Juan de Arias, y su vicario Prexano, nos han entregado la ciudad con su inespugnable fortaleza colocada en los montes lindes eternos de las dos Castillas. Dios ha pronunciado su sentencia, y los hombres la han cumplido. Un recadero de la órden de Calatrava que ha llegado esta mañana presenció el juicio de Dios y del pueblo. Nuestros hermanos los confederados despues de haberse apoderado de los Infantes Alfonso é Isabel que con la reina madre yacian olvidados de Enrique en su destierro de Maqueda han depuesto del trono al opresor de Castilla, al que en su impotencia abandona las riendas del trono á un vergonzoso favorito al que quiere asegurar la corona en las sienes de una hija de adulterio con perjuicio de sus hermanos.

—Permitidme noble Manrique de Lara, dijo el recadero de la órden de Calatrava, refiera lo que presencié en los campos de Avila. Sobre un ancho tablado se colocó sobre un trono un manequi cubierto con las insignias y vestiduras reales. Su semejanza con Enrique era estrema: parecia que el artifice habia robado al original sus propias facciones.

El Arzobispo de Toledo pronunció las causas que motivaban la deposicion de Enrique. Un pueblo numeroso inmenso, asistia entusiasmado á este juicio. A la lectura del primer cargo, el Arzobispo de Toledo quitó la corona de su cabeza, el Arzobispo de Compostela le despojó del cetro al leer el segundo, y los condes de Plasencia y de Benavente le arrancaron la espada de la justicia y el manto real al pronunciar el tercer artículo. Diego Lopez de Estúñiga declaró la deposicion del monarca y derribó ignominiosamente la estatua de Enrique, y proclamó á Alfonso el mas jóven de sus hermanos rey de Castilla y de Leon. El pueblo alzó sobre sus hombros al nuevo soberano, y su valor le colocará en el trono.

—Viva el rey Alfonso! gritaron con el mayor entusiasmo cuantos se hallaban en la torre. Dos personas solas no respondieron á esta aclamacion.

—La memoria del 5 de Junio de 1465, será eterna, dijo con voz solemne el presidente Manrique de Lara. El ejército con su nuevo rey se apresta á la batalla, ya ocupa las llanuras de Olmedo, y en breve sus banderas victoriosas ondearán sobre el Alcazar de Valladolid. Enrique sumido en tanto en torpes festines en vano procurará salir de su letargo. Nuestros parciales le rodean y procuran adormecerle con los placeres. Un hombre solo puede reanimar su energia. Don Beltran que mas de una vez ha desconcertado nuestros proyectos, y que es capaz de todo por asegurar en el trono á la hija de Enrique.

—Que decís? esclamó con voz airada uno de los conjurados. La hija de la reina doña Juana no es del rey, es la hija de Beltran. Castilla toda, el pueblo cuyo instinto jamás se engaña lo reconoce asi al llamarla por desprecio la *Beltraneja*.

El desgraciado D. Beltran, pálido con los puños apretados de rabia veiase obligado desde el oscuro rincon donde se hallaba á oir las imprecaciones de sus enemigos. Si se hubiese tratado solo de su vida él se hubiera presentado al furor de sus enemigos, pero se trataba tambien de la suerte de la reina, de su amante y de su hija y le era preciso oir tranquilamente todos los clamores, todas las injurias, para reducirlas mas tarde á silencio, para acallarlas perpetuamente.

—Tal vez podriamos terminar los horrores de la guerra civil. D. Lope de Barrientos, obispo de Cuenca tiene decidido al rey, dijo uno de los conjurados, á que adopte un medio que á todos satisfaga.

—No hay medio, esclamó irritado el Presidente Man-

rique, cuando se trata de la corona. Un trono es demasiado estrecho para dos reyes, y Castilla ha proclamado á Alfonso.

—Si el infante D. Alfonso, replicó el conjurado que habia propuesto la transacion, se casase cual pretenden muchos con doña Juana, la contienda quedaria terminada. Alfonso seria rey, y doña Juana reina de Castilla.

—Nunca, nunca, gritaron como furiosos de todos los ángulos de la torre.

—Y el adulterio, gritó con voz atronadora D. Manrique, ostentaria triunfante su fruto sobre el trono, y una muger estraña la *Beltraneja* usurparia el nombre, la herencia de nuestros legítimos reyes, les arrebataria sus derechos mas queridos, y su odioso latrocinio perpetuándose con su descendencia haria eterno el crimen de su padre, de su padre cuya fatal privanza tan cara ha costado á Castilla!

—Es preciso su ruina, dijo uno que justamente se hallaba junto á D. Beltran. Los pueblos están agoviados de gabelas y tributos, la guerra devasta nuestras propiedades.

—El es el único que hace frente á la confederacion. Enrique es demasiado débil, sin sus consejos ya hubiera abdicado en su hermano, dijo D. Manrique.

—Su política infernal añadió un conjurado anciano, ha hecho que Paulo II envie á Antonio Venerio, obispo de Leon para que lance su escomunion, como su legado contra los que nos hemos confederado.

—Los pueblos titubearan, le interrumpió el presidente, á la voz del pastor santo de Roma, y sin el arzobispo de Toledo que se ha unido á nuestro bando, éramos perdidos. Sin embargo todo debemos temerlo aun de Beltran.

—Que muera! que muera! gritaron de todas partes, y con un furor que tocaba en fanatismo.

—Morirá: contestó don Manrique con voz solemne y reposada. Morirá porque es preciso su muerte para salvar á Castilla, porque en faltando don Beltran contaremos en derredor del trono de Enrique tantos parciales como en el campo de Olmedo, y porque su genio solo es capaz de frustrar nuestra santa empresa! Hernando, habeis ganado al alcaide de la fortaleza.

—Tan luego como se avisten nuestras tropas, contestó uno desde un rincon de la torre, abrirá el alcaide las puertas de la ciudad y se incorporará con los confederados.

—No olvidaré el aviso, dijo entre si don Beltran.

—Garci Jimenez, preguntó despues el presidente, con cuantos soldados de la guardia de Enrique podemos contar?

—Cerca de doscientos me seguirán: ignoran aun de lo que se trata, pero respondo de ellos, y recorreran las calles al grito de muera Beltran.

—Martin Perez y el pueblo se decidirá por nuestra causa? dijo despues don Manrique dirijiéndose á un hombre de formas atléticas, de oficio pelaire y de gran influencia en la plebe.

—No hay que dudarlo, contestó. Esta noche distribuiré el dinero que vos, y los ricos hombres me habeis confiado. Alvaro y yo haremos esa diligencia. Sabemos muy bien las puertas á donde hemos de llamar.... donde muy bien las puertas á donde hemos de llamar.... donde el frio, la desnudez y la miseria hacen dar diente con diente al infeliz, donde por un pedazo de pan, y un poco de dinero nos venderan una vida condenada á la indigencia. Mañana con mi ejército de hambrientos me presentaré yo en la plaza de Tordesillas, donde Enrique ha venido á distraerse á una partida de caza, y os juro que gritaremos bastante para hacernos oir de él, y de ese odioso Beltran.

—Seria mas conveniente, dijo don Manrique con risa irónica, que este no os pudiera ya oir. Quien de vosotros, gritó despues, levantándose, quién de vosotros se siente con suficiente valor para darle muerte?

Todos se levantaron y estendieron sus manos hácia donde se hallaba don Manrique, escepto don Beltran, y un jóven de corta edad que se hallaba entre los conspiradores.

—Os honra tan noble ardimiento, dijo lleno de satisfaccion don Manrique. No quiero agraviar á ninguno de vosotros haciendo la eleccion por mi mismo. Dios designará el brazo que debe de herir al gefe de nuestros enemigos. Aqui están todos vuestros nombres, y al mismo tiempo cogió todos los pedazos de pergamino que se hallaban depositados sobre la mesa, que habian servido de contraseña para entrar en la torre, y en los que habia escrito el nombre de cada conjurado: colocólos en una especie de cántara y dijo.—El nombre primero que salga será el del elegido. Vos padre Rafael que por vuestro ministerio estais exento de ese cargo, publicareis el nombre del elegido del señor.

Hubo un momento de silencio profundo, terrible era el silencio que precedia á una sentencia de muerte.

Llegóse a la mesa lenta y pausadamente el fraile, que á la escasa luz que iluminaba la torre, parecia una fantástica aparicion, introdujo su descarnada mano en la cántara fatal, sacó una de las targetas ó pedazos de pergamino, y leyendo con bronca y áspera voz.—*Alvaro Ruiz*, se retiró con la misma pausa á confundirse entre aquella multitud de asesinos conspiradores.

El nombre de Alvaro Ruiz resonó en el corazon de Beltran, y lo hizo estremecer de pavor. Era precisamente el nombre con que se había introducido en la torre. Iba á ser inevitablemente descubierto....

—Alvaro! le dijo don Manrique. La providencia fia á tu brazo, el éxito de nuestra santa causa. Aqui tienes el puñal que bendecido de su mano ha enviado con uno de sus emisarios el arzobispo de Toledo, junto con la absolucion del crimen que pudieras cometer.

—No es crimen; gritó el padre Rafael, castigar á un adúltero, á un hombre que....

—Silencio! dijo don Manrique. Alvaro, de mano de vuestro hijo lo habeis de recibir. Su inocencia será un presagio seguro de triunfo, por su cabeza habeis de jurarnos arrancar la vida al gefe de nuestros enemigos.

—Su hijo! dijo interiormente D. Beltran, disponiéndose ya para dar la señal convenida á sus soldados. Van á descubrir mi disfraz—

Un jóven se habia adelantado hasta la mesa, habia recibido con mano trémula el puñal de manos de D. Manrique y se dirigió al sitio donde se hallaba D. Beltran inmovil.

—Tomad! le dijo presentándoselo.

—Qué veo? que imprudencia, dijo en voz baja al reconocer en el que creia el hijo de Alvaro, á la reina disfrazada en un gentil y gallardo mancebo.

—Estábais en peligro, no he debido abandonaros.

—Infeliz!

Tomó D. Beltran el puñal, y estendiendo su mano sobre la cabeza de doña Juana de Portugal. Juro por Dios, dijo, y por esta cabeza que mil veces me es mas amable que la mia, esterminar al gefe de mis enemigos.

—A vos deberá el rey la consolidacion de su trono, dijo D. Manrique.

—Si, yo salvaré al rey, contestó el supuesto Alvaro Despues dirijiéndose á la reina en voz muy baja, os habeis perdido, la dijo con la mayor amargura, todos escepto yo han de perecer en la torre.

—Tus brazos me ampararán

—Os arrancarán de ellos. Yo mismo para evitar un movimiento de piedad, he dado orden á mis gentes de que no me obedezcan.

—He dado orden, dijo la reina con la mayor ansie-

dad, á mi fiel Nuño que velase con una barca al pie de una ventana de la torre.

—Ah! no perecerá!

Todos tenian fija su vista en los que creian Alvaro y su hijo, veianlos hablar en voz baja y misteriosa, pero creian que en la vispera de un acontecimiento que podia llevar en pos de sí la muerte, debia concederse este desabogo al amor de un padre. Así que ninguno osó llegarse á ellos á interrumpir sus palabras.

D. Manrique solo viendo los ademanes de dolor de la reina procurando darle un consuelo, le dirijió estas palabras.—Jóven, no os abandoneis al dolor, no es tan ardua la empresa de vuestro padre. Si sucumbe, mil puñales se alzarán para vengarle; si triunfa es segura su suerte.

La reina sin escuchar lo que D. Manrique la decia continuó hablando con Beltran.

—Que horrible me es el tener que morir en tus brazos!

—No moriréis señora, la replicó Beltran. Los conjurados quedarán libres: al morir mañana, al menos os habré salvado la vida.

—Morir tú mañana! y al mismo tiempo cayó la reidesmayada.

—Se ha desmayado ese jóven gritó D. Manrique. No ha podido resistir á la idea del peligro de su padre Socarredle.

—Detenes, no es nada, la brisa del rio, el aire puro reanimarán su espiritu.—Llegóse al mismo tiempo conduciéndola en sus brazos y vió á la luz de la luna que el fiel Nuño estaba con su barca inmóvil debajo de la ventana, y cogiendo á la reina la arrojó en los brazos de este, gritandole, sálvala! inmediatamente la barca á todo remo cruzó el rio.

—Qué haceis? gritaron todos cuantos estaban en la torre y que no comprendian su accion.

—Cumplir mis juramentos, respondió con voz fuerte Beltran puesto de pie sobre la ventana. Doy la señal de vuestra muerte. He salvado á la reina de Castilla que estaba entre vosotros.

—Quien sois? gritó D. Manrique que con los demas se dirija contra D. Beltran.

—Conocedme, miserables! Beltran de la Cueva.!

Al mismo tiempo se arrojó al Duero. Era escelente nadador acostumbrado desde pequeño á atravesar á nado los rios mas caudalosos.

En cuanto sonó el golpe que sobre las aguas produjo la caida de D. Beltran, abriéronse violentamente las puertas de la torre.

El Capitan de los Monteros reales seguidos de los suyos dijo, ya ha sonado la señal. Ninguno quede con vida. Gritos, lamentos, imprecaciones horrorosas sonaron á la vez. Era una escena infernal. Los soldados colocados á la puerta y delante de la ventana que daba sobre el Duero, cerraron toda salida á los conjurados. El ruido de las armas cubria los ayes de los moribundos. La sangre inundo el salon de la torre del Duero, y los misterios de esta noche de conjuracion quedaron sepultados con los conjurados.

D. Beltran solo fué el sabedor de los planes alli fraguados, y D. Beltran triunfó de todos ellos.

VI.

D. Beltran de la Cueva habia descubierto en la torre del Duero, el misterio de la atroz conjuracion que debia precipitar al rey de su trono, y arrancarle á él, el poder con la vida. Los que habian asistido á aquel fatal conciliábulo allí murieron, los demas traidores descubiertos despues perecieron en ocultas y secretas prisiones de las fortalezas. Al frente de un numeroso cuerpo de sus parciales marchó al encuentro de los confederados, los batió en Olmedo, y por un instante parecia que la paz habia vuelto á brillar en la desventurada Castilla. El rey, la reina y toda la córte se habian trasladado á Segovia, y moraban en su Alcazar. Los enemigos de Beltran reducidos por el pronto al silencio no habian desistido de su empeño. Doña Guiomar que veia dilatarse la caida del hombre que tanto aborrecia, que le veia afirmarse en el poder, y seguir en sus amores con su odiosa rival, maldiciendo en su interior la docilidad del pueblo, la poca destreza de los nobles, procuró á toda costa tener entre sus manos un medio facil, seguro, indudable de hacer pronunciarse por su causa al hombre mas poderoso de aquella época, al mas hábil de los ricos hombres. Doña Guiomar era la querida favorita de Enrique, y una muger hábil encuentra momentos y medios de obtener del hombre que la ama cuanto desea.

Una noche á la pálida luz de la luna que reflejaba sobre el terrero del alcazar de Segovia una muger cubierta con su manto, hablaba bajo y misteriosamente con un escudero que en su traje manifestaba venir de camino. Esta muger era doña Guiomar; el escudero era Martin Gutierrez que hacia muchos años estaba á su servicio.

—Le viste tú mismo? decia doña Guiomar.

—Cuando yo llegué al castillo de Cuellar, respondió el escudero, el marqués de Villena se hallaba fuera. El castellano me dió afable hospitalidad sin dirigirme ni una sola pregunta. A la llegada del marqués, me introdujeron en una oculta y secreta estancia. De dónde vienes? me preguntó el de Villena. De Segovia.—Quién te envia?—Doña Guiomar de Mendoza. Creyó no haber oido bien, y me hizo repetir la respuesta. Qué tengo yo que ver me dijo con aire grave y severo, con esa muger? Que ella reine en Castilla, que maquine diariamente nuevas intrigas contra su pobre rey, razon de mas para que nada comun exista entre ella y yo. Marchaos: no quiero oir vuestro mensage; volved y decidla que el marqués de Villena podrá perdonarla tal vez el dia de su muerte los daños que ocasiona á Castilla, pero con una sola condicion, lo entendeis?... la de no volver á oir hablar jamas de ella en mi vida.

—Ha rehusado seguiros? preguntó doña Guiomar con la mayor ansiedad. Estamos perdidos!

—Escuchad, señora. Me incliné respetuosamente y con voz sumisa le repuse: mi mision no se dirije á hablar ni proponeros nada: es mas sencilla, poner en vuestras manos no se que alhaja que cuidadosamente se me ha entregado cerrada en esta caja, con este sello grande.

Es el de Enrique! dijo, y arrebatándomela de las manos, la rompió, sacó un anillo y esclamó conmovido: es el mio! es el mio! me hizo cien preguntas á la vez..... á ninguna pude responderle, pidió al momento caballos hizo poner en movimiento todas sus gentes y siguiéndome.... hace dos horas que al anochecer un momento antes de cerrarse las puertas de la ciudad, hemos llegado á Segovia.

—Te has portado! dijo con alegria doña Guiomar, Martin Gutierrez! Te mando cien Enriques de oro.

—Dios os lo premie señora, dijo el escudero lleno de agradecimiento.

—Y el marqués donde quedó?

—Espera inmediato á la entrada de los jardines del Alcázar.

—Hazle venir con toda cautela.

Marchó inmediatamente en su busca el diligente escudero, que pocos momentos despues se presentó con el marques de Villena, cuyas facciones ocultaba un gran sombrero estando embozado en una ancha capa. Descubrióse delante de Doña Guiomar: hizo esta una señal al escudero para que se marchase, obedeció este, y cuando hubieron quedado solos, tomando el tono mas afectuoso le dijo:

—Marqués he querido hablaros con tanta precaucion porque todos mis pasos son cuidadosamente espiados. De dia seremos enemigos como siempre... en el silencio de la noche amigos.

—He venido, señora para oir de vuestros labios la esplicacion de este misterio.... este anillo?

—Escuchadme. Yo no emplearé el disimulo y el fingimiento con vos.... ademas de nada me serviria, fuisteis mi enemigo desde el dia en que nos conocimos, habeis hecho todo lo posible por perderme en el ánimo de Enrique, y os aborreceré toda mi vida al menos veis que soy franca.

—Adelante, dijo con sequedad é impaciencia el Marqués.

—He ahi mi sola falta, aborreceros y como no hacerlo cuando aun desde vuestro retiro sois el mas terrible enemigo de mi poder?

Satisfecha doña Guiomar de haber adormecido todas las desconfianzas del marqués, con esta afectada fraqueza continuó despues.

—Vuestra marcha cambió estraordinariamente la escena. El mal que contenia vuestra prudencia se empeoró.... el veneno de la disolucion cundió rápido por todo el estado; la nobleza, los soldados, el pueblo, todos sufren, todos padecen.... un grito solo penetrante de reprobacion general se alzó hasta el cielo: la guerra civil abrasó nuestros campos: los confederados para derribar al autor de tantas calamidades, sucumbieron en los campos de Olmedo: el príncipe Alfonso, murió á poco de repente en Cardenosa, y sus parciales aterrados con lo que creen un castigo del cielo, han depuesto las armas, y el favorito libre y sin rivales, se ha convertido en déspota, y ha estendido su ominoso yugo hasta sobre la misma corona.

—Con que Enrique comienza ya á sentir su poder!

—Hace algunos dias continuó doña Guiomar, se lamentaba conmigo de la insolente tutela en que le tenia D. Beltran....de las agitaciones funestas que habia ocasionado su privanza, y de la impotencia en que él mismo se halla colocado ya para resistirle. Yo le ofrecí intentarlo todo para conseguirlo, cuando exigiéndome un juramento.... pronunció vuestro nombre.... os llamó su libertador y me entregó para que os lo remitiese secreta y diligentemente este anillo, al que me aseguró está unida una promesa sagrada inviolable.

Con la mayor atencion, y un sentimiento de amor propio, escuchaba el marqués las artificiosas palabras de doña Guiomar, que habiendo oido la despedida de este con el rey el dia que quedó anulado el tratado de par de Portugal, habia podido apoderarse del anillo misterioso.

—Perdida la batalla de Olmedo, continuó despues de un momento de silencio, los enemigos de D. Beltran faltos de un punto de apoyo se han ocultado, pero no han desistido.... encontrareis instrumentos dóciles, mas dispuestas á la lid, una mina dispuesta á reventar, y que una sola chispa podra facilmente encender: todo lo he preparado: obrad.... el rey lo aprobará todo.

—Señora, contestó el marqués mirándola fijamente y con cierta desconfianza aun.... yo no me he mezclado en los disturbios que desde mi salida de la córte han agitado el reino.... sin el llamamiento de Enrique hubiera tal vez terminado lejos de ella mi existencia deplorando los males de Castilla.

—Marqués! esclamó doña Guiomar con el acento de la mas marcada ironía, todos sabemos cuan ageno habeis estado de cooperar á la escena de Avila, y á los desastres de Olmedo.

—Yo os aseguro, replicó, que no ha sido poca dicha el haber podido permanecer neutral..... de un lado el rey á quien tanto amo.... de otro mis amigos los ricos-hombres... los prelados.

—Me ofreceis francamente vuestra cooperacion para nuestra empresa?

Con impaciencia, con ansiedad aguardó doña Guiomar la respuesta de tan terminante pregunta.

—Ofrezco únicamente, contestó con la mayor frialdad Villena, obedecer las órdenes del rey, yo las recibiré de él.

—El rey, dijo algun tanto desconcertada Guiomar, el rey se halla precisado á no veros.... mas aun... á conspirar para conseguir su libertad.

—Si habeis contado conmigo para una conspiracion os equivocais. Cuando era jóven, y Enrique Príncipe heredero fuimos juntos conspiradores: él nada arriesgaba, podia subir al trono, yo .... al cadalso.

—Teneis en vuestro poder el anillo que confiásteis á Enrique.... descuidad que á su tiempo él os trasmitirá sus órdenes.

—Hasta entonces yo á nada me comprometo.

—Mañana mismo, el Alcazar real resonará con los cánticos de alegria y de placer.

—Enrique vencedor de los confederados quiere celebrar con un magnífico festin la tranquilidad que la derrota de Olmedo ha devuelto á los pueblos de Castilla. Podeis introduciros en el baile.... á él asistirán nuestros parciales.... allí cuando entre el ruido de la música, y la confusion de las damas todos se hallen ocupados en el placer, encontraremos medio de apoderarnos de nuestros enemigos, y libertaremos al rey, y vos tornareis á vuestra antigua privanza. Cualquier medida que adopteis tendrá un irresistible peso. Las córtes están reunidas en esta ciudad para otorgar los subsidios y jurar por heredera á la princesa doña Juana, *la Beltraneja*. Nada mas se exige de vos que vuestro nombre, él reanimará á nuestros parciales, y los hará triunfar.

—Y despues?

—Imponed vos mismo las condiciones.

—La destitucion del favorito y su destierro.

—Su destierro nada mas replicó doña Guiomar reprimiendo una amarga sonrisa.

—Ni mas ni menos, contestó con firmeza el marques.

—Y que haremos de esa pobre reina falta de todo apoyo?

Esta pregunta aunque hecha en tono indeciso y vacilante fué una falta de tacto por parte de la diestra y artificiosa doña Guiomar, en poco estuvo que el marqués no penetrase con un profundo golpe de vista toda la estension de su alma vengativa, y sus horrendos cálculos. La cólera inflamó el rostro de Villena, aproximóse á doña Guiomar y cogiéndola una mano la apretó fuertemente en la suya.

—Señora!...la dijo con una energia concentrada. Señora! guardaos de levantar vuestra vista hasta las gradas del trono. En nombre de la magestad ofendida he salido de mi retiro para vengarla, no para ultrajarla. Entre vos y yo, entre el rey y nosotros solo media un negocio puramente político. Él castigará á un ministro que abusa de su favor. Si por acaso hubiera que buscar una muger culpada.... temblad por vos.... si, por vos misma doña Guiomar!

Asustada quedó esta, y en vano se esforzó á sonreirse, y chancearse con el marqués sobre la grave interpretacion que habia dado á sus últimas palabras, pero este la habia comprendido muy bien para no volver á tener su antigua desconfianza. Hablaron aun un rato, cuando vieron al otro estremo del terrero del Alcazar, dos hombres embozados que hablaban con el mayor misterio, y aun sospecharon un momento si los observarian. No pudieron conocer quienes fuesen.

Los dos embozados que allí se habian citado para tener una entrevista sin que nadie pudiese observarlos, eran D. Beltran de la Cueva, y el capitan de las guardias del rey.

—Ya es tiempo de concluir de una vez con los agitadores! decia á este D. Beltran.

—La victoria de Olmedo nos ha abierto las puertas de esta ciudad.

—El vaticinio de Paulo II, se ha verificado, el jóven Alfonso murió de repente.

—Gracias al activo veneno que lo hizo suministrar Samuel, ese maldito hebreo.

—Los confederados duermen solo señor duque, pero no están muertos, tal vez despertarán y alzarán la única bandera que les resta.

—La Infanta doña Isabel, está en un monasterio de esta ciudad, el velo de las vírgenes del señor, impedirá que la corona de Castilla pueda recaer en sus sienes. Las córtes se hallan reunidas, una vez jurada doña Juana heredera del reino nada habrá que temer.

—Mas si protestan, le interrumpió el capitan, algunos Procuradores y Prelados como aseguran....

—Yo haré antes morir en prision á los que se me opongan, los demas estan ganados á fuerza de mercedes.

—Pues entonces, dijo el capitan, pensemos solo en la funcion de mañana.

—Precisamente, respondió el duque Beltran, en esta funcion hemos de terminar este asunto.

—Y el rey asistirá?

—El bullicio y la agitacion del festin perjudicarian su salud harto quebrantada con los esfuerzos que ha tenido que hacer en esta última semana.

—Sin vos señor duque ya no existiria en su trono.

—Decid mas bien sin la providencia que vela por los reyes, y á quien plugo revelarme la conspiracion.

—Los confederados de Olmedo faltos del ausilio que les prometian los traidores y sorprendidos, doblaron su altiva cerviz al yugo del monarca.

—Haced, dijo D. Beltran bajando aun mas la voz, que para mañana en la noche las compañias de archeros, y los caballos que se hallan en Sepúlveda con Hernando de Olea, entren secretamente en la ciudad, conviene que apoyen este movimiento.

—Yo mismo, contestó el capitan, escribiré á Hernando, un mensagero seguro llevara vuestra orden.

Curioso por demas era ver en un mismo sitio conspirando contra sí mutuamente á los dos mas implacables enemigos, á la luz de la luna, y dándose por una rara y estraordinaria coincidencia un mismo punto de cita, una misma hora, y contando valerse de los mismos medios.

D. Beltran y el capitan despues que hubieron acordado sus medidas se dirijieron hablando entre sí, y sin designio alguno hácia la parte del terrero donde aun se hallaban el marqués de Villena y doña Guiomar. Sobresaltose esta con el temor de poder ser reconocida por aquellos dos hombres que suponia, ó gentes del Alcazar, ó espias de D. Beltran.

—Hácia aqui se dirijen dos hombres embozados, dijo llena de terror, y agarrándose al brazo del marqués, perdida soy si llegan á conocerme.

—No temais, contestó Villena, podeis retiraros por ese lado. Yo contendré sus pasos.

—Hasta mañana, dijo al retirarse, y se deslizó ligeramente de allí como una sombra, como una aparicion.

—Quién vá? no respondeis? gritó el marqués de Villena, dirijiéndose al encuentro de los dos embozados, vive Dios! que os ha de hacer hablar esta espada.

—Desocupad el terrero si apreciais en algo vuestra vida, le contestó el duque don Beltran con tono altivo é insolente.

—Os doy compasion! venid á echarme de él; no os temo aunque estoy solo.

—Yo castigaré su osadia á cuchilladas, dijo el capitan adelantándose con la espada en la mano.

Detúvole el duque diciéndole, estaos quedo, capitan; yo os lo mando, y avanzando hácia el sitio donde se hallaba el marqués, cruzáronse las espadas de ambos. Valiente sois gritó el marqués de Villena, que con valor y destreza paraba los golpes de su intrépido adversario.

Conoció inmediatamente D. Beltran la voz del marqués de Villena, y retirándose de repente le dijo—Detenéos. Sois acaso Pacheco, el noble marqués de Villena?

—El mismo, contestó el marqués envainando su espada, el mismo D. Beltran, que yo tambien por la voz os he conocido.

—Retiraos, dijo D. Beltran al capitan, hizo este un profundo y respetuoso saludo, y se retiró al Alcazar. Volvióse despues lleno de asombro hácia Villena á quien reputaba muy lejos y viviendo tranquilo en su Castillo de Cuellar, y esclamó, vos aquí marqués!!..

—Veo que he llegado á mala sazon, me suponiais en mi destierro.... y aunque vos solo D. Beltran sois el único objeto que me hace salir de él....

—Yo? replicó con asombro D. Beltran.

—Hace seis años, en una noche igual á esta, los dos nos encontrábamos solos el uno al lado del otro en el terrero de nuestra casa de campo como ahora. Yo me hallaba desterrado de la córte como ahora tambien: en mi no ha habido mudanza, me encuentro lo mismo escepto con algunos años mas, y una poca de esperiencia. En cuanto á vos es muy diferente, entonces viviais obscuro, desconocido en un rincon del reino, y no podiais sospechar que llegase un dia en que el marqués de Villena implorase vuestro favor, para salir de su humillante situacion.

—Nunca he olvidado la amistad que me dispensásteis.

—Ni yo tampoco el primer uso que hicísteis de vuestro favor restituyéndome á la privanza de Enrique. He ahí lo que me obliga á hablaros.... pagar aquella deuda antigua, y para mi sagrada. Ah! cuan feliz érais en Bribiesca!

Nada, respondió D. Beltran, sabia muy bien que habia perdido sin remedio ya la paz, la tranquilidad del alma: en cambio de una existencia pura y sin mancha, habia hallado en el seno del amor una nueva vida, sensaciones desconocidas hasta entonces. Un suspiro involuntariamente se arrancó de su pecho al comparar la calma de sus primeros años con la inquietud y turbacion continua que emponzoñaba su felicidad presente.

—Ahora, continuó el marqués de Villena, en la cumbre del fausto y del poder, una masa inmensa de contrarios os rodea, derramais beneficios sobre ingratos, y amigos y enemigos os atacan como el autor de los males de Castilla, y cada dia se acrecientan en derredor vuestro los peligros.

—Qué peligros? le interrumpió D. Beltran haciendo un movimiento que descubrió su agitacion. Quién osará medir sus fuerzas conmigo, Villena, despues de haber hecho hundir en el polvo la insolencia de esos ricos-hombres y prelados que se confederaron contra el trono? donde estan, donde pues esos peligros?

—En todas partes, solo vos no los conoceis, abrid los ojos, estended vuestra mano, tocadlos.... y temblad.

—Dios mismo se ha decidido por nosotros. El llamó á sí al niño Alfonso, enseña de la guerra civil.

—Le llamó á sí Dios D. Beltran, ó se lo enviásteis vos? dijo el marqués con aire de severa reconvencion.

—Yo.... Despues de un momento de pausa, fijando sobre el marqués una mirada penetrante le dijo: Y qué quereis de mí?

—Que tomeis la única resolucion capaz de salvaros.

—Cual?

—Volveros á Bribiesca.

—A Bribiesca!!!.... No pudo D. Beltran contener esta esclamacion que le arrancó la sorpresa de semejante propuesta, y el marqués leyendo la desconfianza pintada en sus ojos prosiguió inmediatamente.

—No creais que es el consejo de un rival político, interesado en sucederos en el poder.... Mirad mis canas y ellas os dirian cuan poco puedo ya vivir: os hablo como un amigo, como un hombre que conoce los peligros de la córte, y quiere sustraeros á ellos.

—Marqués de Villena, si realmente existiesen esos peligros de que me hablais, me siento con fuerza bastante para arrostrarlos. Que diriais del general que la víspera del triunfo abondonase el campo de batalla?

—Y vos qué pensariais de ese mismo general, si teniendo á la vista una derrota inevitable prefiriese comprometer temerariamente una batalla á una hábil y segura retirada?

—De cualquier género que sean los peligros, el deber me impide abandonar mi puesto.

El marqués mirándole á la cara le dijo grave y severamente.—El deber!!! otras cadenas mas fuertes os ligan, duque Beltran.

Palideció el rostro de D. Beltran y con voz mal asegurada casi tartamudeó.—Creis vos?

—Me habeis comprendido y basta, le interrumpió el marqués. Que mi alusion sea un secreto entre Dios y vuestra conciencia. Ojalá no la hubiese penetrado Castilla. Como quiera que sea no os volveré á hablar mas de esto. Aun es tiempo.... huid, Beltran. Bajad y no aguardeis el momento terrible de la caida.

El marqués cojió entonces afectuosamente la mano de D. Beltran, este hizo un movimiento para retirarla pero Villena la retuvo con autoridad diciéndole.

—Escuchadme: tengo derecho á vuestra confianza: fui el amigo, el bienhechor de vuestro padre. Si él viese le veriais aqui en mi lugar, estrechando con sus lágrimas vuestras manos, os diria con una voz trémula y balbuciente. «Hijo mio, tu nombre ha conseguido demasiada gloria, no quieras que se eclipse en tu ruina: mira un abismo insondable abierto ante tus pies. Huye, huye de él hijo mio. Sigueme á un asilo ignorado en donde se disipará la embriaguez de tus sentidos, donde se cerrarán las llagas de tu corazon, donde placeres culpables jamás turbarán tu reposo, ni verás de continuo levantada la espada vengadora sobre dos cabezas á la vez.» Temblais, Beltran?... asi os hablaria vuestro padre, y si desoiais su ruego tal vez doblaria la rodilla delante de ti....

—Jamas, jamas esclamó D. Beltran conteniendo al marqués de Villena que casi estaba ya á sus pies. Vuestra amistad os engaña, le dijo enternecido. Si tan ciertos son esos peligros, nombradme pronto, nombradme mis enemigos.

Lágrimas corrian de los ojos de estos dos hombres á quienes la fatalidad habia hecho enemigos, amándose al mismo tiempo de corazon, pero cuando el marqués de Villena oyó las últimas palabras de D. Beltran le respondió revistiéndose de la mas noble altivez y dignidad.

—Creis que yo soy un vil delator que he venido á revelaros tramas? Yo he venido á recordaros vuestras culpas. Perdeos en mala hora si quereis; he cumplido con lo que me dictaba la gratitud y mi conciencia, y solo siento haber gastado inútilmente el tiempo. Una palabra aun. Sabeis cual fué mi poder en el reinado del padre de Enrique, que fui el amigo de D. Alvaro de Luna, duque, gran maestre de Santiago como vos, terror por su valor de la morisma. En vano las córtes reunidas intentaron derrocar su privanza. El príncipe, hoy rey de Castilla tomó las armas contra su padre, yo le seguí, ardió la guerra civil, triunfó el favorito, y nosotros fuimos al destierro....Diez años despues, estando en Valladolid se oyó pasar debajo de las ventanas del Palacio que habitábamos, una fúnebre comitiva, un hombre cubierto con una túnica sórdida cabalgaba en una mula que llevaba del diestro el verdugo: un pregonero anunciaba al pueblo su muerte. Jamas se borrará de mi alma aquel espectáculo. El pueblo maldecia á aquel infeliz, y con sus imprecaciones cubria el canto triste de los religiosos.

—D. Beltran impacientado ya le interrumpió diciendo: y qué tengo yo que ver con esa vision?

—Era, contestó con voz solemne el marqués de Villena, un duque, un maestre de Santiago como vos; don Alvaro de Luna!

Al mismo tiempo le volvió la espalda y se salió del terrero por el mismo punto por donde habia entrado.

Pensativo quedó D. Beltran, pero mirando á las estrellas, conoció que serian ya cerca de las diez de la noche, hora en que le aguardaba la reina. Esta idea borró de su alma los tristes presentimientos que á su pesar habia suscitado en su alma su entrevista con el marqués de Villena.

VII.

Los salones del magnífico Alcazar de Segovia, adornados con una rara y esquisita suntuosidad iban á poblarse muy pronto de la flor de la juventud castellana llamada á celebrar el triunfo del rey sobre los confederados. Millares de luces esparcian en ellos una claridad, que competia con los rayos del sol en un hermoso dia.

Dos hombres habian llegado los primeros, magníficamente vestidos, paseábanse juntos hollando con silencioso paso las ricas alfombras que impedian resonase el eco de sus pisadas en aquel vasto recinto. Llevaba el uno sobre su riquisimo vestido de terciopelo negro, la banda roja signo distintivo del mas alto favor, y vestia el otro una hermosa armadura, llevando pendiente á la cintura una espada con un puño de oro cincelado de rico y esquisito trabajo.

—Con esa espada de baile, mi querido capitan, contais hacer triunfar vuestra causa? dijo D. Beltran de la Cueva.

El capitan de los monteros reales sacando la mitad de la espada fuera de la vaina, respondió—La hoja es excelente.... de las buenas de Toledo, y aunque el puño os parezca frágil no dejará mal á mi brazo cuando llegue la ocasion.

—Están cumplidas mis órdenes?

—Yo mismo he colocado las centinelas, y dado la consigna, pero recelo....

—Temblais al aproximarse el riesgo?

—Nunca temblé en los campos de Andujar y Granada á la vista del moro, lo sabeis, señor, pero os confieso que una revolucion en el palacio me parece una temeridad, á no ser sostenidos por fuerzas imponentes, pues es preciso no engañarnos, el pueblo no está por nosotros...

—Hernando de Olea debe llegar de un momento á otro.

—Sin embargo, el Atalaya del Alcazar nada ha descubierto hasta ahora.

—Hay tiempo, dijo sonriéndose D. Beltran: hasta la una no se ha de dar el golpe, y antes de esa hora ya habrá llegado Hernando. Ved aqui mis instrucciones, y al mismo tiempo entregó al capitan un pergamino.

—Yo haré que fuera de la ciudad, contestó el capitan, se las entregue el escudero Bernardo Ayala.

—Vigilancia sobre todo, añadió D. Beltran, al rededor del cuarto del rey, él es el centro de mi poder, y es preciso hacerlo inexpugnable, inaccesible á todos. Solo la reina y yo podremos entrar esta noche. El rey está demasiado quebrantado para poder asistir al baile; ademas su presencia seria un obstáculo á nuestros proyectos. En su cámara vela á su lado D. Lope Barrientos, Obispo de Cuenca, que por la prision del rebelde Don Arias se ha encargado de esta Iglesia.

—La seña *Juana y Victoria* dijo el capitan bajan-

do la voz porque ya iban entrando algunos convidados, nuestros parciales guardarán sin afectacion las principales salidas del salon en el momento de la sorpresa. Un lazo azul es el signo para reconocerlos: ved, allí van una porcion de ellos, y al mismo tiempo señaló hácia un grupo que entraba en el salon.

—Bien, muy bien! vos capitan estad en todas partes, de cuando en cuando saldreis á ver si llega Hernando de Olea con los suyos: con todo mirad como lo haceis, no os echen de menos y conciban alguna sospecha.

—Y la hora?

—La una en punto. Lo entendeis?

—Descuidad, al dar la una quedarán presos en esta sala doña Guiomar, el marqués de Villena; y en la ciudad el prelado de Toledo y los procuradores que no son de los nuestros.

—Dado el golpe, el rey lo aprobará todo. Las córtes nos apoyarán.

Despues levantando la voz, porque ya el salon se habia llenado de máscaras, dijo.—Dios os guarde capitan: y dirijiéndose inmediatamente á un grupo de damas, bien venidos, dijo, señores, y vosotras bellas que eclipsais con vuestra hermosura el resplandor de las luces, y de esas guirnaldas hermosas y frescas hace un momento pálidas y mustias á vuestro lado. El baile os aguarda: que todo esta noche respire amores y placer. Músicos! la belleza ha dado ya la señal.

En aquel mismo instante los instrumentos músicos llenaron el aire de una suave y alegre melodia, y las damas formando parejas con los caballeros comenzaron el baile.

Poco á poco se fueron llenando los salones del Alcazar de una multitud grave y silenciosa al principio, despues risueña y animada, embriagada del placer de su propia vista.

Las damas mas bellas de Castilla, los ricos-hombres, los caballeros con máscara unos, con el rostro descubierto otros, pero todos ricamente vestidos ofrecian un espectáculo deslumbrador de lujo y variedad. No sabia la vista donde fijarse en esas figuras movibles tan diversamente iluminadas, en esa multitud de creaciones las mas orijinales, y una profusion inmensa de cintas de todos colores, de oro, de frescos adornos y de mugeres mas frescas aun, cuadro magico y encantador cortado en todas direcciones por las líneas negras, que trazaban los dominós que formaban como el fondo oscuro sobre el que resaltaban los ricos y brillantes colores.

A medida que los convidados se presentaban, todos cualquiera que fuese su nombre y condicion, amigos ó adversarios eran recibidos y festejados con igual gracia y amabilidad por el duque don Beltran.

Un page anunció en voz alta la llegada de la reina. Cesó un momento el baile y todos saludaron respetuosamente á doña Juana de Portugal que entró en el salon acompañada de doña Guiomar, y de todas sus damas. La reina venia rica y soberbiamente vestida, sus encantos escitaron en toda la inmensa reunion un murmullo de admiracion, los ojos idólatras de su amante no podian separarse de ella.

—Continuad, dijo con la mas graciosa voz, mi presencia no debe turbar un momento vuestros placeres.

La música comenzó de nuevo, y las parejas volviendo á su puesto continuaron el baile. Los asistentes que se hallaban en el secreto de una ú otra de las dos conjuraciones admiraban interiormente con qué destreza procuraban adormecer á su enemigo antes de atacarlo: los que nada sabian al ver darse la mano afectuosamente á personajes que tenian por enemigos, juraban que una paz eterna una verdadera reconciliacion se habia verificado en la corte hasta entonces tan cruelmente dividida.

Si la frente de doña Guiomar y de D. Beltran brillaban igualmente de placer es porque el uno no esperimentaba remordimientos engañando á una implacable rival, y la otra no tenia escrúpulo alguno en engañar á su enemigo. Ambos se creian seguros de una próxima victoria. D. Beltran no aguardaba mas que la llegada de Hernando de Olea, y doña Guiomar una ocasion favorable para entrar en la cámara del rey. Tal era la doble esperanza que hacia palpitar su corazon.

D. Beltran invitó á la reina á sentarse en un punto desde donde viese el baile y alargándole respetuosamente la mano le dijo:

—Si V. A. me permite....

—Estoy temblando, le contestó la reina en voz baja apoyándose en su brazo.

—Serenidad, señora! el triunfo es seguro.

Y al mismo tiempo se dirijieron á uno de los salones donde varias parejas estaban bailando.

Doña Guiomar recorria en tanto con la vista toda la galeria esperando encontrar en ella al mismo tiempo los que debian apoyar sus proyectos ó contrariarlos. En vano buscaba entre los primeros al marqués de Villena. En vano intentaba penetrar con sus ojos al traves de los disfraces, y levantar con la idea las caretas que cubrian sus rostros, nada presentaba á su observacion el aire bien notable del marqués. Su falta la tenia inquieta, desasosegada.

D. Beltran que despues de haber colocado en un puesto de honor á la reina, á pretesto de ir recorriendo los salones, iba examinando si sus disposiciones estaban bien cumplidas, llegóse á doña Guiomar, y con aire de galanteria que no habia vuelto á usar con ella desde la noche de la fatal cita en su cuarto la dijo:

—Hermosa doña Guiomar, y vos no tomais parte en nuestros placeres?

—Estaba, contesto, admirando tan magnífico festin.

—Vos sois su mas bello ornamento.

—Callad, duque, que alguien se aproxima, y al otros creerian que me estais enamorando.

Efectivamente, un hombre apareció entonces cuya pálida tristeza formaba un terrible contraste con la alegria general de los grupos, que se abrian para darle paso como si temiese que los helase su contacto. Este recien venido vestia con la mayor sencillez y aun se notaba cierto descuido en su trage negro enteramente, su paso, era lento vacilante, sus cabellos en desorden caian sobre su frente en que se veia pintada la turbacion. Era el marqués de Villena el que se presentaba asi en la corte de Castilla despues de una ausencia de dos años.

Llegóse delante de doña Guiomar, y quedó pasmado de encontrarla muy en conversacion galante con el duque D. Beltran de la Cueva. Iba ya á retirarse para sentarse en uno de los taburetes del salon, cuando habiéndole visto doña Guiomar que con tanta impaciencia aguardaba su llegada, le cogió de la mano y le presentó á D. Beltran diciéndole:

—Duque, os denuncio al marques como un conspirador: pero un conspirador honrado, ya lo veis, conspira á cara descubierta.

Confundido quedó el marqués al ver tanta osadia.

—Si, añadió despues con aire de la mas refinada coqueteria, conspira contra nuestros placeres, ya lo veis ese rostro, ese continente tan grave y severo es capáz de apagar la alegria de todas nuestras hermosas.

—Marqués! le dijo D. Beltran con amable sonrisa y tendiéndole amistosamente la mano. Estais condenado sin apelacion, y yo no puedo revocar la sentencia de la reina del baile.

El marqués hizo un esfuerzo para responder, pero su lengua pegada al paladar apenas le dejó en voz balbuciente dar una escusa, y su mano estrechada por la de D. Beltran permaneció inmóvil, helada.

Tal vez D. Beltran hubiera podido descubrir algo en

la turbacion del marqués, si él mismo no estuviese todo preocupado de las disposiciones de su temeraria empresa, y agitado por la tardanza de Olea. Aprovechó el momento favorable de despedirse, y salió fuera de los salones á ver si sabia algo.

Entonces doña Guiomar inclinándose al oido del marqués le dijo en voz baja—Poneos por Dios una careta, vuestra palidez nos vá á vender, dadme el brazo, y daremos una vuelta por los salones. Nos están observando.

Comenzaron á pasear por las regias estancias del Alcazar silenciosamente, despues separáronse un poco de la multitud. Entonces doña Guiomar andando siempre le habló de todas las probabilidades con que contaba para el éxito de su empresa.

—Veis, le dijo, esas máscaras con un lazo amarillo, son nuestros agentes diseminados en todas partes con disimulo, y que en el momento convenido se apoderarán de las puertas para no dejar escapar uno solo de nuestros enemigos, su seña es *prontitud* y *Castilla*.

—Os declaro contestó el marqués, y lo repito, sin una órden terminante del rey no haré nada. Cuándo la tendreis?

—Eso no os importa saberlo, es cabalmente mi secreto: estará en vuestro poder antes de la una.

—Pues entonces á esa hora quedarán presos, y á disposicion del rey el duque Beltran, la reina doña Juana, y su desgraciada hija. Mientras la córte baila, el pueblo delibera.... Los procuradores del reino se han reunido instantáneamente, y nos prestarán un apoyo irresistible con su autoridad. Siento no haber podido aun ver al Obispo Barrientos.

—Aun teneis tiempo, pero mirad que el Obispo no es de los nuestros.

—Toda la noche se ha de quedar velando al rey en su cámara.

—Quién os lo ha dicho?

—El oficial de la guardia.

—Cielos, mi plan se ha frustrado! esclamó doña Guiomar. Todo se ha perdido!

—Todo se ha perdido! repitió al mismo tiempo otra voz á corta distancia de allí.

Estremeciose doña Guiomar, y volviendo la vista, vió dos hombres que hablaban en voz baja, conoció al capitan de los monteros, y al duque D. Beltran.

Este era el que habia repetido despues que ella. *Todo se ha perdido!* Gran miedo tuvo de haber sido descubiertos sus planes, pero mirando el rostro de D. Beltran, se tranquilizó viendo que este no hacia caso de ella. La casualidad sin duda habia producido el eco de sus pensamientos, ó tal vez la esclamacion del favorito era efecto de alguna relacion que el capitan acababa de hacerle (en este caso no tenia tiempo que perder para llevar adelante sus designios. Se engañaba sin embargo: D. Beltran no tenia aun ninguna sospecha, ningun indicio del complot tramado en su contra. A la gran confianza que tenia al principio de la noche, habia sucedido la mas cruel inquietud. la tardanza de Hernando de Olea paralizaba todas sus disposiciones, podia frustrarlo todo.

Al mismo tiempo uno de los agentes de doña Guiomar hombre de aventuras habia sido conocido no obstante su disfraz y su careta, por una dama con quien sin duda habia tenido relaciones y que incansable y tenaz le perseguia.—Qué demonio de muger! dijo escabullendose entre la multitud, y logrando huir de su perseguidora. Yo creo que este maldito lazo amarillo es el que la hace perseguirme incansable, y la sirva de brújula para encontrarme entre tanta confusion! Al mismo tiempo vió en el suelo un lazo azul que casualmente habia caido del brazo de una de las máscaras, y escondiendo en el pecho el amarillo señal de los partidarios de doña Guiomar, dijo atando el lazo azul en su brazo—Vaya en su lugar este otro azul que la casualidad me ha deparado y que me ha de librar de la importunidad de esa muger.

El medio que adoptó le salió efectivamente bien, pero apenas habia verificado el cambio del lazo, cuando otro máscara con un lazo igual se llegó á él y tocándole con el codo en medio de la multitud, y en voz baja y misteriosa pronunció estas palabras:

—*Juana y victoria*»

—No eran estas las palabras de la consigna de doña Guiomar, y asi nuestro hombre iba á manifestar su sorpresa, cuando su misterioso compañero sin darle tiempo para nada añadió:

—Sois Velasco, advertid á nuestro amo que el mensagero de Sepúlveda ha vuelto sin ver á Olea.

—De qué amo y de que mensagero hablará? dijo para sí el máscara, pero disimulando le contestó. Si.... yá.... dónde encontraré yo al que debo comunicar este aviso?

—Allí junto á la puerta no lo veis? al mismo tiempo señaló con el dedo al duque don Beltran que entraba tan preocupado que no reparó en doña Guiomar que se hallaba al paso. Encargaos, continuó, de prevenirselo que yo me vuelvo á mi puesto.

—Dónde es vuestro puesto?

—En el pórtico del alcázar.

Comenzó á sospechar el agente de los confederados que el lazo azul era la causa de esta revelacion y tratando de descubrir terreno. Una palabra, dijo al máscara que ya se retiraba. Por qué no han visto á ese Olea de quien hablais?

—Y como lo he de saber yo? Estamos desesperados si no llegan á tiempo.

—Y qué falta hace?

—Eso digo yo: nosotros bastamos, al fin de que se trata, de hacer dos prisiones.

—Ya!... ya.., y quienes son?

Un movimiento de sorpresa que hizo el partidario de doña Guiomar descompuso por un momento su máscara Palideció el otro al ver su funesta equivocacion.

—Cielos, dijo, no sois Velasco? Quién eres miserable? y al decir estas palabras cogiendo al falso hermano por el brazo trataba de llevarlo arrastrando consigo fuera del salon, pero los demas viendo dos máscaras que reñian se agruparon á su alrededor, y trataron de separarlos. El indiscreto conjurado se vió forzado á soltar su presa, corriendo á ocultar lejos de allí su confusion é inquietud.

Instruidos el marqués de Villena, y doña Guiomar de este suceso, la admiracion de esta era estremada. D. Beltran que tan galan se mostraba con ella conspiraba á su ruina en aquel momento.

—Es preciso darnos priesa dijo el marqués, dentro de una hora ó su ruina, ó la nuestra. Ah! yo lo habia previsto todo, escepto que el Obispo estaria fijo en la cámara real, y se convertiria en carcelero de Enrique.

—Yo sin su orden....

—Urge el peligro. Vuestra cabeza está comprometida. Obrad marqués, yo os juro que el rey aprobara cuanto hiciéreis.

—Heme al fin envuelto á mi pesar otra vez en una conspiracion! dijo el marqués con la mayor desesperacion.

—Os va la vida en ello. Frustrado el golpe, que todos atribuirán á vuestra repentina vuelta, no os podreis justificar.

—Voy á salir del Palacio, contestó Villena en tono resuelto, escitaré al pueblo, es el único medio de salvarme, y salvaros.

Separóse de doña Guiomar, y al salir del salon, don Beltran que se hallaba á la puerta cogiéndole del brazo le detuvo con la mayor amabilidad.

—Marqués donde vais? le dijo, tan pronto nos aban-

donais?

—Iba á respirar el aire puro de los jardines del Alcázar.

—Alguna cita.

—A mi edad! Duque os burlais?

—Tan lejos de eso que yo venia á proponeros una.

—A mí?

—Si, el rey quiere veros, solo, lo entendeis? á la una de la noche.

—A la una? preguntó sorprendido el Marqués.

—A la una. Dudais? Tal vez os devuelva, Marqués por segunda vez mi amistad el poder.

—Duque Beltran, á la una me vereis en la cámara del rey, dijo con tono firme el marqués y dándole la mano, salió del salon, y poco despues estaba ya fuera del Alcazar.

La reina que á medida que avanzaba la noche habia visto desaparecer del baile á varios de los señores que se tenia por afectos á los confederados, acabó de alarmarse con la salida del marqués de Villena, llena de terror se dirigió á D. Beltran que no estaba mas tranquilo que ella, y le dijo.

—Creo que se han apercibido del lazo que se les tendia. El Marqués de Villena se ha marchado y temo su siniestra intencion.

—El Marqués volverá, contestó D. Beltran.

—En vano tratas de inspirarme una confianza que no tienes. Una muger lee fácilmente en el corazon del hombre que ama; y tus palabras que pudieron otro tiempo seducirme no son bastantes á tranquilizarme hoy, porque no salen de tu corazon; cuando te miro apartas de mi tu vista, distraido apenas me escuchas, tu pensamiento está muy lejos de aquí.

—Nuestros enemigos están delante de nosotros, van á combatir con mas encarnizamiento que en un campo de batalla: si, meditan tu pérdida, la mia, y el amante de una reina si no vence á sus enemigos es criminal, y ya sabe lo que le aguarda... el cadalso!

La reina hizo un ademan de profundo dolor. D. Beltran continuó.

—La una va á sonar, señora, hora terrible, hora de muerte, ó de triunfo para nosotros. Entrad en vuestra cámara, el veros en peligro helaria todo mi ardor...

—Cuan cruel va á ser mi agonia, dijo la jóven reina toda temblando combatida por tantas y tan diversas emociones, un frio glacial corrió por todos sus miembros, flaqueaban sus rodillas, y apenas pudo dirigirse á su cámara sostenida en el brazo de su amante que para animarla la decia.

—No temas, yo voy á combatir por tu amor, por asegurar el trono á tu hija!

Era la hora mas animada del baile, la multitud daba vueltas bailando en un círculo inmenso, presentando á la vista una fisonomia ideal y confusa. En esas formas fugitivas que en tropel pasaban sin descanso y sin fin parecian desarrollarse las locas imaginaciones de una fantasmagoria infernal. El movimiento se aceleraba de instante en instante, y el ruido crecia como el zumbido del agua cuando yerve, todo parecia dar vueltas á la vez delante de los ojos del Duque D. Beltran, las bugias, las ricas colgaduras del salon y los muros del Alcazar: la hora fatal se aproximaba: la hora fatal llegó al fin!

Todo se conmovió repentinamente, callaron los instrumentos, cesaron las danzas, las puertas quedaron cerradas todas en un instante como por encanto, las máscaras arrojando sus disfraces blandieron furiosamente las espadas, y se oian los gritos de viva la reina! viva el rey!— Apoderáronse varios de doña Guiomar sin resistencia ni lucha alguna, porque avisados con tiempo todos sus parciales se habian ido sucesivamente retirando de los salones, y salido del Alcazar gracias á la indiscrecion del conjurado que habia descubierto parte del plan.

—Quede presa esa muger criminal, gritó D. Beltran. Las enfermedades que afligen á nuestro buen rey, le hacen indispensable asociar á su cetro á su hija para cortar por siempre las agitaciones de Castilla. El me autoriza á proclamar á doña Juana reina de Castilla y de Leon. Saludadla, valientes castellanos.

—Castilla por D. Enrrique IV. y doña Juana I. gritaron entusiasmados cuantos se hallaban en los salones del Alcazar.

—Las córtes del reino que se hallan reunidas confirmarán mañana los votos del rey, y vuestras aclamaciones. Dentro de dos dias los procuradores del reino la rendirán su homenage.

—Castilla! Castilla! por Enrique, y doña Juana! volvió á gritar la entusiasmada muchedumbre.

Un rumor sordo, terrible como el que precede al huracan, contestó por fuera del Alcazar á las aclamaciones que se daban en el interior de él.

—D. Beltran! gritó llena de orgullo y brillando el triunfo en su frente doña Guiomar. D. Beltran! escucha el pueblo con quien no has contado. Oye sus voces aterradoras como el rugido del leon del desierto: él viene á demandarte cuenta de esa corona, que arrebatas de las sienes de un rey para colocarla en las de tu hija....

El rumor se acrecentaba cada vez mas, ya no era rumor, era violenta, espantosa, tremenda griteria.

D. Beltran y sus parciales quedaron consternados. Doña Guiomar con aire insolente continuó:

—Oyes? si, es el pueblo... el pueblo.. él solo levanta ó abate el trono de los reyes, no vosotros viles cortesanos.

—Y Hernando de Olea que no viene! esclamó confundido D. Beltran.

Asomóse á una de las ventanas que daban al pórtico del Alcazar para ver la causa del tumulto, y al resplandor de las antorchas que llevaban los del pueblo, vió que inmensa muchedumbre de hombres armados combatian con la guardia del Alcazar. En vano el capitan de los monteros puesto á su frente hacia prodigios de valor, el número arrolló á los soldados, penetraron en el Alcazar por todas partes.

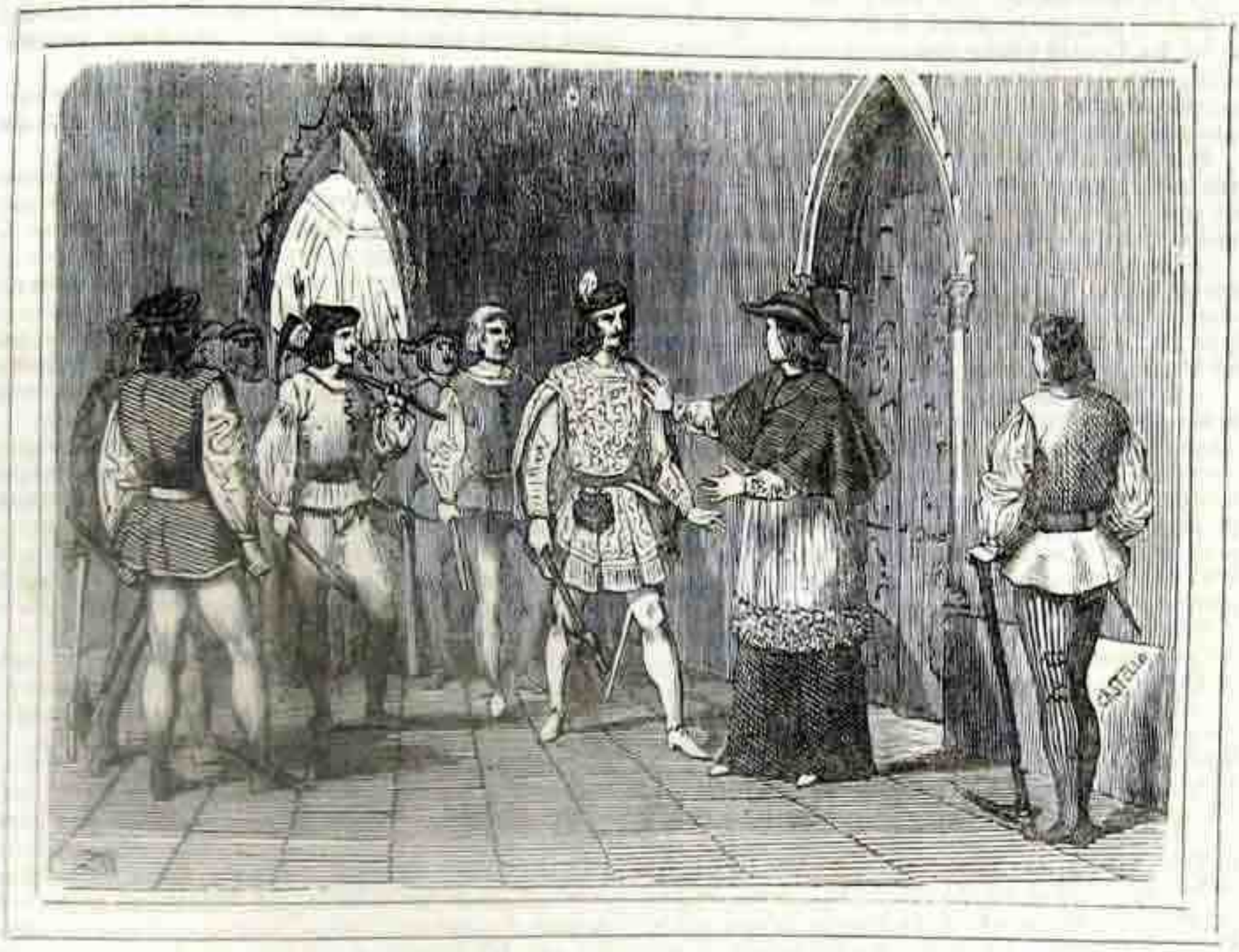
Doña Guiomar á quien los conjurados habian dejado ya en libertad, se retiró á la cámara del rey. Los parciales de D. Beltran huyeron al interior del Alcazar para salvar cada cual como pudiese su existencia Don Beltran permaneció solo un momento en aquellos salones donde pocos momentos antes era el ídolo de todos.

El tumulto y la confusion crecia, por la parte de afuera, ya las voces se oian cerca de él: entonces desesperado, resuelto á morir, se retiró á la cámara de la reina dispuesto á servirla de escudo contra aquella turba frenética que invadia el palacio real y á perder por ella su existencia.

Solos quedaron por un momento los regios salones del festin cuyas macizas puertas habian cuidadosamente cerrado los conjurados por D. Beltran para que no escapasen sus enemigos. Aquellas puertas tan cuidadosamente cerradas cayeron al suelo rotas, hechas mil pedazos á los golpes de un populacho audaz que hollaba sin respeto la morada de sus reyes capitaneado por uno de los mas nobles ricos-hombres de Castilla, el marqués de Villena. La inmensa turba se derramó por los salones que mil bujias iluminaban para un festin, y que alumbraron aquella escena de escándalo y rebelion.

El marqués de Villena con una hacha en la mano entró gritando:—Dó esta? Dó se esconde el que apenas cabia hace un momento en el Alcazar de Castilla?

Dirijióse al mismo tiempo á la puerta de la cámara del rey cuya puerta se disponia ya á hacer saltar en mil pedazos con su hacha, cuando se abrió de repente y el venerable obispo de Cuenca D. Lope Barrientos presentándose solo, desarmado, deteniendo el brazo de D. Juan Pacheco marqués de Villena.



¿Qué vais á hacer? ¿Por qué ese atentado?

—Que vais á hacer? le dijo, porque ese atentado? querrá eclipsar vuestra gloria derramando la sangre de vuestro rey!

El marqués de Villena bajó entonces su hacha delante del Prelado, y los caballeros y las turbas del pueblo que le seguian imitaron aquel acto de sumision.

—Jamas, respondió el marqués de Villena, la nobleza castellana manchará con sangre el trono. Queremos devolver al rey el cetro que un favorito le arrancaba á que legalmente pase á su legítima sucesora.

—El rey está dispuesto, replicó el prelado, á abdicar en la princesa doña Juana. De hoy mas será nuestra reina.

—Nunca! esclamó con tono firme y decidido el marqués. Nunca! La infanta doña Isabel es la sola heredera del trono de Castilla.

Un murmullo sordo pero enérgico de aprobacion confirmó las palabras de Villena.

Al mismo tiempo doña Guiomar salió de la cámara del rey y entregando un pergamino al marques le dijo en voz baja:—He aprovechado los instantes: he cumplido mi palabra. Ved las órdenes del rey que os autorizan para todo, añadió despues en alta voz.

—Puesto que estais autorizado para todo por el rey, mandad Marqués y yo seré el primero en obedecer, dijo el obispo Barrientos.

—El pueblo ha penetrado conmigo esta noche en el convento donde se halla la infanta doña Isabel. Los prelados y los ricos-hombres le han ofrecido la corona aceptarla interin viva su hermano D. Enrique, á quien nos mandó obedecer como legítimo monarca.

El rey en cuyo pálido rostro se veia marcada la honda huella de largos padecimientos salió en este momento de su regia estancia. Todos se inclinaron respetuosamente en su presencia, y guardaron un profundo silencio.

Paseó el rey tristemente sus miradas sobre aquellas desenfrenadas turbas silenciosas y sumisas en aquel instante pero cuyas armas aun se veian teñidas en la sangre de los arqueros de su guardia, y con voz débil y conmovida les dijo:

—Ricos-hombres! Pueblo de Castilla! A vuestros procuradores toca decidir sobre la sucesion del trono que tantas agitaciones cuesta al reino. El cetro debia pasar á mi hija, pero no quiero que un dia se levante alguno de vosotros y mire una mancha en su corona....

Despues de un momento de silencio, añadió:

—D. Beltran queda depuesto de todos sus honores, y condenado á muerte, ejecutadle luego, en la plaza del Alcazar.

—En vano le hemos buscado por todas partes, gritó uno de los del Pueblo.

—Hemos recorrido todo el Alcazar, añadió otro.

—Solo falta ver en esta estancia gritaron varios á la vez, dirigiéndose á la cámara de la reina.

Palido, desconcertado salió á su encuentro el maestre D. Beltran y echandoles una mirada altiva y de desprecio.—Respetad, les dijo, la estancia de una reina de una muger....

Llegándose despues al marqués de Villena.—Soy vuestro prisionero le dijo, os devolví en Bribiesca el poder y el favor del rey, vos me lo arrebatais con la vida en Segovia para que se cumpla lo que os predigeron los astros. Un favor el último que tengo que suplicaros, y arrimándose á su oido pronunció con voz ahogada por el sentimiento estas palabras, cuando yo hubiere espirado entregareis á la reina esta cruz de oro!

El marqués de Villena apretó la mano de D. Beltran con el mayor afecto, una lágrima se deslizó de sus ojos, y al verle marchar entre los soldados que le conducian á la muerte, esclamó lleno de dolor:

—He aquí una revolucion que va mas lejos de lo que yo queria. Si pudiese aun salvarle, y despues como ocurriéndole repentinamente una idea, llamando al gefe de las fuerzas que habia acaudillado en la invasion del Alcazar le dijo dándole sus órdenes.

—D. Beltran fué un tiempo mi amigo. Jamas quise su muerte: solo pretendí su destierro: tal vez podra aun renacer en el corazon del rey la piedad. Disponed que la sentencia se cumpla en la plaza del Alcazar, allí.... y al mismo tiempo se asomó con el capitan á una ventana que daba sobre la plaza; y dilatad su ejecucion hasta que yo os avise.... Cuando yo abra esta ventana, lo entendeis? esta ventana, entonces y no antes que la cuchilla caiga sobre su cabeza!

Esta es la señal convenida! y al mismo tiempo cerró cuidadosamente la ventana.

El capitan marchó inmediatamente.

—Y bien mi fiel Villena, dijo el rey despues de un momento de silencio viendo que aun permanecian allí inmóviles aunque en actitud respetuosa los ricos hombres, confederados, y las turbas de los pecheros qué es lo que se exige de mí? Cual es la voluntad del pueblo?

—La guerra civil exige un término, contestó el Marqués de Villena. Los ricos-hombres, los Prelados, los pueblos de Castilla han visto con dolor, aunque no siempre sin revueltas, que V. A. ha gemido víctima del engaño, y la perfidia de un hombre á quien amaba, á quien con ciega confianza entregó su cetro. La sucesion del reino ha sido la bandera de la discordia. La irritacion de los ánimos ha producido en los campos de Avila y de Olmedo escandalos y desastres. Las córtes en su justicia han pesado los derechos de las infantas, y los del pueblo. Ni reconocen por reina á vuestra hija doña Juana, ni á vuestra hermana doña Isabel, en tanto que vivais, y el cielo prolongue largos años vuestra existencia. Cuando fuere la voluntad de Dios, doña Isabel vuestra hermana ocupara el trono. Las córtes la juran por vuestra legítima heredera. Para su acostamiento se la entregarán en tanto las ciudades de Avila, Ubeda, y las villas de Medina, Olmedo y Escalona. Las córtes aprueban su enlace con el Infante D. Fernando, heredero del reino de Aragon con la espresa cláusula y condicion de que este no pueda hacer por su propia autoridad y nombre nada en el reino, ni conceder cargo alguno á los estraños, ni se quebranten jamas los fueros de Castilla. En cuanto á la reina....

—Cual debe de ser su destino?

—Implorar á V. A el beneplácito del Papa para el divorcio, hecho esto la reina y su hija serán enviadas á Portugal. Dareis vuestro perdon á los confederados, y les serán restituidos los bienes, castillos, cargos y mercedes de que fueron privados.

—Así lo haré, contestó el rey haciendo un penoso esfuerzo.

—Las córtes han señalado, añadió el Marqués, para el cumplimiento de estas condiciones el término fatal de cuatro meses.

Triste espectáculo, escándalo inaudito el que presentaba la magestad real avasallada por un puñado de rebeldes, que obligaron á su rey á aceptar las mas degradantes condiciones, y que alteraban el orden de suceder en la corona arrancando esta de las sienes de la hija de Enrique IV. para trasladarla á las de su hermana.

El Marqués de Villena que en aquel momento era el verdadero dueño de Castilla, puso término á esta humillante escena mandando despejar el salon á los confederados.

Retiráronse estos y quedó solo con el rey y doña Guiomar que parecia dispuesta á conservar su puesto, y que habia sido el alma de esta revolucion.

Doña Guiomar triunfaba completamente, habia aprovechado los cortos momentos que duró la lucha del pueblo con los guardias del Alcazar, y bajo la impresion de terror que inspiraban al rey los gritos furiosos de los confederados, y el ruido de los golpes que con horrendo estrépito hacian caer las puertas de las regias habitaciones, para revelar de golpe al rey toda su desgracia, para arrancarle las últimas ilusiones de su corazon, y hacerle firmar las órdenes que hipócritamente afectaba necesitar el Marqués de Villena para apoderarse del poder.

El rey fijó sus ojos en doña Guiomar, conoció que á su venganza debia el humillante papel que acababa de representar, que el Marqués de Villena habia sido llamado por ella, pues veia brillar en el dedo de su mano el fatal y misterioso anillo que imprudentemente, y sin creer la sabedora del secreto la habia confiado, y deseando vengar su afrenta en la única persona en quien podia en aquellos momentos.

—Saldreis, doña Guiomar, la dijo con rostro airado inmediatamente de mi córte, vuestra presencia me recordaria sin cesar mi desgracia.... vuestros funestos encantos han sido la única causa de mi desventura.

Quiso hablar doña Guiomar, para hacer revivir en el corazon del rey su antiguo ascendiente, pero el Marqués aprovechando hábilmente aquella ocasion de deshacerse de una enemiga peligrosa, cogiéndola con afectada cortesía del brazo, la acompañó fuera de la estancia real persuadiéndola que no era aquel el momento oportuno de aplacar el enojo de Enrique, irritado por muchas causas á la vez. Encomendó al salir del salon á uno de sus mas fieles parciales que sin perder de vista á la favorita desgraciada la hiciese salir inmediatamente de Segovia para uno de sus castillos en Andalucia.

Cuando el rey quedó solo se encaminó con paso lento á la cámara de la reina que ya por sus damas sabia el triunfo de sus enemigos y la condenacion de D. Beltran.

Encontróla el rey sola en su regia estancia, pálida abatida, arrasados sus ojos de ardientes lágrimas, silenciosamente sentada junto á la cuna de su hija, inclinado su rostro contemplando sus inocentes facciones: su hija era todo su consuelo en aquellos terribles instantes, era el solo vínculo que la ligaba á la vida... Mañana todo su amor se concentrará en esa niña. Esta noche aun, esta noche solamente su pensamiento entero se ocupa del que va á morir. Perdona hija mia! decia en su interior, si su nombre sale antes que el tuyo de mi corazon y de mis labios: pero tú aun me oirás hablarte, aun me verás, no sonreir como otras veces, sino llorar.... la luz de tus ojos no va á estinguirse, ni tu boca va á cerrarse para siempre, mi ternura, mi amor no te será fatal, y el remordimiento de haber causado tu muerte, no tendera una sangrienta sombra sobre el resto de mis dias. O hija mia! si tu pudieses en tu tierna edad comprender la falta de tu angustiada madre, tu se la perdonarias al ver su angustia, su dolor, su sufrimiento.

Tales pensamientos ocupaban á la infeliz Juana de Portugal que sobre la cuna de su hija permanecia inmóvil, abatida, anonadada por el mas cruel pesar.

Oyó repentinamente pasos cerca de sí, y se estremeció, alzó los ojos y vió delante al rey.

Helada de terror por esta repentina aparicion, se levantó apoyándose sobre la cuna para no caer desfalle-

cida, y solo pudo esclamar con voz sofocada por los gemidos.

—Enrique!

—Sí, yo soy, respondió el rey con voz sorda, yo soy! La reina ocultó el rostro con sus manos sin poder hablar ni una palabra.

—Acercaos señora, acercaos, todo lo he sabido!

La reina se arrojó á sus pies, humillando en su presencia la cabeza, sus largos y hermosos cabellos cayendo sobre su rostro lo ocultaban á las severas miradas de su juez.

—Levantaos, la dijo el rey con tono firme, y miradme. Que! permaneceis inmóvil? tan osada para cometer un crimen, y tan timida ahora! Miradme os digo, no os atreveis? Temeis encontrar mis ojos irritados, y que mi mano se arme del yerro vengador?

Un hondo gemido salió del pecho de la reina, que permanecia arrodillada á sus pies.

—Cuantas veces, añadió el rey con amarga sonrisa, en vuestras horas de alegria y abandono os habreis burlado de mi. No sabra nada, diriais, no podrá vengarse!

—¡Oh! matadme señor! gritó la reina desesperada arrastrándose á sus pies, matadme y no me hableis así!

—Dios mio, continuó el rey sin atender á ella, confianza, amistad, amor, los juramentos mas sagrados todo ha sido una burla!

—Ah! las lagrimas y los remordimientos no podrán alcanzar vuestro perdon, gritó ella juntando sus manos.

—Si, hoy llora una muger y se confiesa culpada porque tiene miedo; pero ayer tambien lo era y no lloraba. Infeliz! añadió despues en tono mas grave y solemne, y cogiendo de un brazo á la reina la levantó del suelo, piensas acaso que yo he venido aqui para ver correr tus lágrimas, para contemplar tu mortal palidez? No, una fuerza irresistible me ha arrastrado hasta aqui, una idea horrible, que no se como espresar.....

—Decidlo todo, respondió la reina bajando la cabeza.

Soltó el rey el brazo de doña Juana, y despues colocando sus dos manos sobre su frente como para recojer cuanto le restaba de energia y de inteligencia, temblando con la incertidumbre del hombre que apenas se atreve á manifestar una sospecha, de miedo de verla confirmada articuló pausadamente estas palabras.

—Esposo crédulo yo tenia confianza en ti, porque tu rostro estaba tranquilo, y pura tu frente, pero sé yo acaso desde cuando la idea del crimen ha penetrado en tu alma, desde cuando no me amas, ó si no me has amado nunca?...

Detúvose aqui el rey queriendo leer con sus ojos en el rostro de la reina —No me comprendeis señora?

—No, respondió con la mayor ansiedad.

Hizó el rey aun un nuevo esfuerzo y continuo con voz convulsiva.

—Hace seis años cuando yo trage conmigo á la corte á ese hombre fatal, él brillaba por su juventud por su hermosura.... y yo me hallaba débil, achacoso como hoy, qué contraste á los ojos de una muger! No me comprendeis aun?

—No, respondió la reina con acento de desesperacion.

Entonces el rey mirando fijamente á la reina, agitado todo su cuerpo con un temblor convulsivo, y poniendo uno de sus brazos sobre la cabeza de su culpable esposa parecia que la iba á confundir al tiempo de dirijirla estas fulminantes espresiones.

—Mi corona debia pasar á mi hija, pero Castilla entera, las cortes del reino han declarado señora que ya lo es: van á jurar mañana por heredera de mi trono á mi hermana la infanta doña Isabel. Que deberé responderles. «Tomad y matad la carne y la sangre de esa muger. No me pertenece.

La infeliz reina dió un grito terrible y cayó al suelo.

—Ah! dijo el rey me comprendes ahora?

Al cabo de algunos instantes la reina se levantó, se recogió en silencio mientras que separaba sobre su frente sus cabellos en desorden, despues volvió lentamente hácia el rey los ojos llenos de una dolorosa compasion.

—Cuanto os compadezco, dijo, cuanto habeis debido sufrir, os perdono el golpe conque habeis herido mi corazon. La madre espia cruelmente las culpas de la esposa pero por amor á vos mismo desechad señor esa horrible sospecha. La intriga, la calumnia, la ambicion de los que intentan medrar mudando la corona á las sienes antes de vuestro hermano Alfonso, hoy á las de doña Isabel han propalado y acreditado por Castilla esa mentira. Ah! pongo por testigo á Dios! lo juro por mi, por vos, por esta pobre niña, que mi crimen acusa, y si es preciso descender á la última humillacion lo juro tambien por la cabeza de un culpable.....

Hubo un tiempo, señor, que yo recuerdo sin rubor en que mis pensamientos castos y puros me hicieron digna de llevar el nombre de esposa vuestra! Entonces ya palpitaba en mi seno vuestra hija! Sí, vuestra hija. Recordad vuestro desvio, el abandono en que me dejasteis Dios mio! que podré deciros? Yo no tengo mas que lagrimas para persuadiros. Despues como inspirada de una repentina idea, tomando de la cuna su hija, Oh! despiértate hija mia, dijo, que no pudieses hablar! tu desgraciada madre no puede defenderte, trata de reanimar en su alma los sentimientos de la naturaleza, trata de que renazcan en los latidos de su corazon; y si nada siente ya en el fondo de sus entrañas, no nos queda á ambas mas que morir.

Al hablar asi tenia su inocente hija entre sus brazos y la presentaba al rey, este volviendo la cabeza, hizo un brusco movimiento para alejar de si á la madre y á la hija, pero la madre desolada insistia en presentársela. En este movimiento la cabeza de la inocente niña trepezó violentamente contra el ángulo de un gótico sillon. La niña dió un grito, la sangre corria de su frente.

El rey volviéndose entonces vió aterrada á la madre, herida á la hija, y le pareció que cada gota de sangre que destilaba de su frente se escapaba de su corazon; el llanto de la niña penetraba hasta al fondo de su alma.

Sospechas, orgullo, celosa venganza, todo se habia desvanecido en un momento. Ocupáronse ambos solo en cuidar á la inocente criatura herida involuntariamente. La muger culpable, el esposo ultrajado olvidaron al rededor de la cuna de la inocencia por un instante el abismo que los separaba, y sus rostros se confundieron sobre el rostro de su hija. El golpe era leve, la sangre no procedia sino de la piel ligeramente rozada.

El Marqués de Villena que volvia de haber arreglado el destierro de doña Guiomar, entró en este momento, y su corazon á la vista de esta escena concibió la esperanza de poder salvar aun al que sobre la plaza del Alcazar aguardaba de un momento á otro la muerte.

El rey y la reina permanecieron por algunos instantes sin hablarse. La reina habia encontrado en su juez una indulgencia que no esperaba, sin embargo permanecia siempre en actitud sumisa y suplicante, la dominaba un sentimiento mas fuerte que el temor.

El Marqués quiso sacarlos de tan penosa situacion, y aprovechar los momentos, que eran urgentes, terribles para D. Beltran, pues en cada instante podia perderse una eternidad.

—El dia de hoy, dijo llegándose al rey, eterno para el pueblo castellano debe pasar á la posteridad sin mancha alguna de sangre. Que D. Beltran lejos de

su patria espie con su dolor sus crímenes, concededle la vida!

La reina juntó sus dos manos con una actitud indefinible de ansiedad y temor.

—Ya lo he condenado, contestó el rey, el honor de mi trono exigia la pronta muerte del hombre que tan vilmente me ha engañado, á quien tanto amé, y á quien tal vez haria gracia de la vida, si aun fuese tiempo y me fuese dado perdonarlo.

—Ah! perdonadlo señor!.. perdonadlo, y al mismo tiempo cayó de rodillas la reina á los pies de su esposo.

—Levantaos! gritó el rey lleno de ira.

—No.... no me levantaré sin que me concedais su vida. Cómplice de su mismo delito, de la misma traicion tengo un deber en implorar su gracia. Dios podrá perdonar mi debilidad á fuerza de arrepentimiento ... pero cuando me pida cuenta de la vida de un hombre¿ qué le responderé?

—Piedad, señor, dijo el Marqués de Villena uniendo sus ruegos á los de la reina. Cuantas veces habeis hecho gracia a grandes criminales? Al miserable incendiario, al traidor, al asesino, se le concede recurrir á la bondad del rey. Pues bien, tratad á ese culpable que personalmente os ofendió, como al último de los hombres, olvidad que es vuestra la ofensa. Vengáos como un rey, perdonando, como un rey todopoderoso. El destierro en lugar de la muerte: la muerte seria poca pena para ese infelix porque seria momentánea, dejadle una vida de remordimientos, y la vergüenza de que la deba al que tanto ofendió.

No entregueis como vuestro padre al verdugo, al que un tiempo fue vuestro amigo. Entregadle al desprecio de la posteridad. No olvideis que la compasion que sigue inmediatamente á la ejecucion del criminal, hace olvidar á la multitud el crimen. D. Alvaro de Luna debe tal vez á su suplicio la consideracion de que hoy goza su memoria.

Un violento combate trabaron en el pecho del rey, el deseo de venganza, la memoria de la amistad pasada, y las poderosas consideraciones que le esponia el Marques de Villena.

—Basta.... Basta, dijo, suspended vuestros gemidos y enjugad vuestro llanto. Despues añadió con aire melancólico, y meneando la cabeza: tal vez me tendreis por un imbecil á quien enternece lo que deberia mas inflamar su colera, no se dirá de mi lo que de mi padre, que el que fué su amigo pereció en el cadalso. Alzad del suelo señora! Esta es la última vez que os veré en esta vida, procurad por vuestro arrepentimiento haceros digna de verme en la otra. No penseis mas en mi. Me habeis cubierto de oprobio á los ojos del mundo. Llevad con vos vuestra hija, y educadla en la virtud.

Y despues volviéndose al marqués, y como haciendo un gran esfuerzo, le dijo:

—Que suspendan la ejecucion.

La reina por un impulso que no fué dueña de reprimir, esclamó: voy á salvarle, y saliendo de su cámara, corrió al gran salon dirijiéndose á la ventana que daba sobre la plaza del Alcazar.

El marqués lleno de terror viendo que su misma precipitacion por salvar al infeliz D. Beltran iba á apresurar su muerte, salió corriendo tras de la reina, gritandola en vano—detenedos! detenedos!

La reina sin escuchar nada, abrió la ventana para gritar, perdon! pero antes de haber concluido de pronunciar esta palabra, oye el ruido que la cuchilla causaba sobre un tajo, y cayó al suelo desmayada, porque sus ojos habian visto repentinamente caer la cabeza del hombre que ocupaba todo su corazon.

El marqués de Villena, quedó inmóvil, consternado, y solo pudo levantando las manos al cielo, decir al rey que con paso tardo salia al salon.

—Justicia divina! su misma amor le ha asesinado!

VIII.

Reconocida la infanta doña Isabel por heredera del reino, ajustado su matrimonio con el príncipe D.ºFernando hijo del rey de Aragon, vueltos á sus antiguos cargos los ricos-hombres confederados, y nombrado el Marqués de Villena, gran Maestre de Santiago, la tranquilidad se restableció en todo el reino, y solo se pensó en el matrimonio de la infanta doña Isabel. La reina doña Juana separada de su marido, fué confiada á la guarda del Arzobispo de Sevilla que la puso en su castillo de Alaejos, y la princesa doña Juana fué encerrada en el castillo de Buitrago al cargo de D. Pedro Baeza, uno de los hombres mas honrados de aquella época, y de una fidelidad incorruptible, que conservó el depósito que se le habia entregado despreciando todos los honores y riquezas que le ofrecieron los infantes doña Isabel y D. Fernando que á toda costa trataban de apoderarse de aquella niña, sin cuya posesion no juzgaban seguro el heredar el trono de Castilla. Grandes obstáculos se suscitaron por parte del rey y de los mismos grandes para llevar á efecto el matrimonio de Fernando y de Isabel. El duque de Berri, príncipe de Francia, Alfonso de Portugal, ya viudo solicitaron su mano, pero Isabel declaró que esta con su corazon solo pertenecería á D. Fernando de Aragon segun los pactos hechos.

El mismo marqués de Villena, autor de los trastornos anteriores de Castilla, se oponia ya al matrimonio. Concertados doña Isabel y D. Fernando, diéronse una cita y escapándose de Segovia una noche ayudada de algunos fieles criados la infanta doña Isabel, se fué á Valladolid, y desde allí pasó á la villa de Dueñas que era de D. Pedro Acuña, conde de Buendia, hermano del Arzobispo de Toledo. El infante D. Fernando de Aragon aunque ocupado entonces en la guerra de Cataluña, marchó á Zaragoza y desde allí disfrazado y sin mas acompañamiento que cuatro caballeros amigos suyos pasó á Castilla, llegó á Dueñas y se desposó y veló con la infanta. Tenia D. Fernando solo 16 años. permaneció seis dias con su esposa y luego se tornó á Aragon escribiendo al rey, á los grandes de Castilla y al Papa, que habian apresurado sus bodas para desbaratar las tramas de sus enemigos. Villena viéndose burlado en sus planes escitó al debil Enrique á que declarase por un juramento solemne la legitimidad de su hija doña Juana, *la Beltraneja*, y la proclamase heredera de su trono, y entablaron para sostenerla negociaciones con Alfonso de Portugal á quien prometieron su mano.

La reina desde su destierro no se descuidaba en ganar parciales para su hija. Trató de hacerse con el poderoso auxilio del arzobispo de Toledo que habia sido su mas mortal enemigo y lo consiguió. La reina era jóven, bella y llena de gracias. El grande historiador Mariana dice.—*Una noche con ayuda de Luis Mendoza se fugó del castillo en que la tenian y se fué á Buitrago á verse y tratar con su hija. El sentimiento del arzobispo de Sevilla que la tenia encomendada fué grande. En el tiempo que estuvo detenida, parió dos hijos, á D. Fernando y D. Apostol: tiénese por averiguado que secretamente los criaron en Santo Domingo el Real monasterio de monjas de Toledo. Tomó la prelada de aquel convento ese cuidado por ser pariente de D. Pedro Acuña conde de Buendia padre de aquellas criaturas que era tambien deudo del arzobispo.*—El rey don Enrique murió en 1474 y á su muerte sucedieron los mayores desordenes en Castilla, pues al morir D. Enrique dejó por heredera á su hija doña Juana. Murió el rey en Madrid consumido de pesares y enfermedades estando tan flaco su cuerpo que refieren las crónicas de su

tiempo que sin embalsamarlo lo llevaron á enterrar al monasterio de S. Gerónimo de Madrid.—*Fué este príncipe*, dice el Padre Mariana, *en ninguna cosa notable mas que en la manera torpe de su vida, en su descuido y flojedad, faltas con que desdoró mucho su reinado.*

La Corona de Castilla fué disputada por las dos príncesas rivales la infanta doña Isabel y la *Beltraneja* sostenidas ambas por un numeroso partido. Varios miembros de la grandeza acompañados del arzobispo de Toledo prestaron homenaje en Segovia á la nueva reina doña Isabel. El Marqués de Villena, y otros abrazaron el partido de la Beltraneja. El arzobispo de Toledo mismo llevado de agravios que supone personales pero en realidad escitado por su pariente que habia obtenido el amor de la reina doña Juana, y mas que nada por no haber hallado bastante deferencia en la reina doña Isabel que queria reinar por sí sola abandona su causa, y arroja el peso poderoso de su autoridad en favor de su competidora. Inclinase merced á su apoyo un momento la balanza en favor de la abatida y despreciada *Beltraneja*. Colocase al frente de un formidable ejército y cuenta con el apoyo de casi todos los ricos-hombres de Castilla.

—El rey de Portugal cuya ambicion no cede en nada á los principales personages de esta época, aceptó la mano de la Beltraneja y entra con un ejército en el territorio de Castilla para hacer valer sus derechos.—Llegado á Plasencia realiza su casamiento con esta princesa cuya ceremonia se verifica á presencia de algunos de aquellos confederados que algun dia tanto disputaron su legitimidad. Con obstinacion se hizo la guerra por dos años. El conde de Benavente que permanecia firme en los principios que le animaron en tiempo de los confederados tomó el mando de las tropas de doña Isabel, y apesar de la superioridad numérica de los secuaces de la *Beltraneja* los cuales habian penetrado hasta Peñafiel los atacó junto á Valtana pero fué derrotado teniendo que ceder el campo. D. Fernando acudió desde Aragon á defender el trono de su muger y por fortuna logró batir á los portugueses en Toro, y desde entonces cambió enteramente la faz de los negocios. La Beltraneja huyó con el rey de Portugal, y como ya no tenia este que esperar la corona de Castilla, y ademas el Papa no habia dispensado el parentesco que impedia el matrimonio, antes bien lo declaraba nulo, desistió de sus pretensiones, y la infeliz Beltraneja, despues de una vida de pesares y desdichas tomó el velo de religiosa en el convento de santa Clara de Coimbra. Restablecióse prontamente la tranquilidad.

Pocos dias antes de la derrota del ejército de la *Beltraneja* murió en Madrid su madre doña Juana. Muchos cronistas de aquella época dicen que con secreto y con engaño le hizo dar veneno su hermano el que no queria hallarse con ella en la córte cuando fuese rey de Castilla. *Alonso Paletino se inclina á esto* dice el Padre Mariana *y añade corrió la fama que murió de parto. Tal es la inclinacion natural que tiene el vulgo de hechar las cosas á la peor parte y mas infame.*

Está enterrada en la iglesia de San Francisco el Grande de Madrid: en un túmulo de mármol blanco, que aun se ve con su letrero junto al altar mayor. En el momento de su muerte la encontraron sobre su pecho una pequeña cruz de oro. Era la que otro tiempo habia dado al gran Maestre D. Beltran, y que Villena la habia devuelto la noche fatal del baile del Alcazar de Segovia al volver en sí de su desmayo despnes de haber habierto la ventana del salon....

Doña Guiomar murió al año en un castillo en Martos desgraciadamente un dia que estaba asomada á la ventana la atravesó una aguda flecha el corazon. Ignórase si fué una casualidad de que se sirvió la justicia divina, ó una calculada venganza de alguno de los parciales de D. Beltran, ó de la reina.

Un año despues de restablecida la paz el de 1479. El rey D. Fernando heredó por la muerte de su padre el Reino de Aragon. Desde esta época importante los reinos separados de Castilla y de Aragon, permanecieron para siempre unidos y se confundieron bajo el titulo de reino de España.

José Muñoz Maldonado.

GLORIAS DE ESPAÑA.

LA CORTE DE D. JUAN II.

1.

«Asiene muchas veces, que cuando el rey muere, finca niño el hijo mayor que ha de heredar, é los mayores del reino contienden sobre él, quien lo guardará hasta que haya edad. E de esto nascen muchos males; ca las mas vegadas, aquellos que le cobdician guardar mas lo facen por ganar algo con él, é apoderarse de sus enemigos, que no por guarda del rey ni del reino.»

Estas memorables palabras de las leyes de partida, palabras que por desgracia de nuestra patria ha comprobado una triste esperiencia en las minorias de los reyes, no pueden aplicarse con la misma exactitud á la minoria de D. Juan II de Castilla, acaecida por el prematuro fallecimiento de su padre D. Enrique III el doliente. Todo este previsor monarca cuidado de asociar á la regia viuda como regente del reino á su hermano don Fernando, cuya fidelidad al rey niño, sin duda conocia bien á fondo. Cuando los grandes y orgullosos magnates del reino abatidos por D. Enrique, quisieron vengar en el hijo la conducta del padre; cuándo ansiosos de revueltas á cuya sombra aumentasen sus intereses á medida de su ambicion, vinieron ellos mismos á ofrecer la corona al infante D. Fernando, presentó este al mundo un bello ejemplo de moderacion y de virtud, rehusando la soberania de que ciertamente era muy digno. Aquel príncipe de singular prudencia, en la flor de su edad y con los titulos de *grande* y de *héroe* adjudicados por aclamacion, acreditó cuan bien los merecia, reprendiendo con entereza la deslealtad de los poderosos de Castilla y diciéndoles:

—No tengo mas codicia de honores y demando, que tener en guarda al rey niño muy lealmente é hacer en pro y honra del rey y del reino, aquello que soy obligado por mi juramento y leyes antiguas.

En esto vosotros á fuer de homes honrados habeis de seguir mi ejemplo toda la vida.

Lo cumplió conforme lo dijo, y si coronado por rey en Aragon, mas por sus méritos que por su derecho de parentesco llegó á dejar casi del todo el gobierno de Castilla, fué aumentando este reino con la toma de Antequera y haciéndole ser respetado por sus afortunadas empresas en la guerra. Si despues el reino de don Juan II no fué de los mas felices para Castilla, atribúya-

se al favoritismo, á la ambicion y desavenencias de los grandes descontentos, y nunca á los gobernadores durante tan larga minoria ó á la ecsagerada incapacidad del rey para el gobierno. Cierto es que el monarca se distraia demasiado de los negocios públicos, por la estremada aficion á la literatura, que tubo desde sus primeros años. Con su ejemplo, pues el soberano era poeta, y con su proteccion puesto que dispensaba su familiaridad amistosa á los ingenios mas esclarecidos, se dió un impulso vital á la literatura, restaurando la poesia y escribiéndose ya la prosa castellana con gala y lozania. En la corte galante de don Juan II, establecida ya en Medina del Campo, ya en el antiguo alcazar de Segovia, se verificaron competencias literarias y florecieron ingenios que han dado mucho esplendor á las letras castellanas. Tales fueron entre otros varios, *Fernan Perez de Guzman*, *Juan Rodriguez del Padron*, *Juan de Mena*, *D. Iñigo Lopez de Mendoza*, marqués de Santillana, el sentido *Jorge Manrique*, el arzobispo de Burgos *D. Alonso de Cartagena*, el malaventurado amante *Macias* y su señor *el marqués de Villena*. Las composiciones, la celebridad y aun la categoria de algunos de estos aventajados ingenios, acreditaron y estimularon de tal modo el estudio de la bella literatura, que haciéndole florecer en aquel siglo, dió muestras de lo que habia de ser en el siguiente, cuando la España fuese la potencia dominante de Europa. El reinado de D Juan II, si no es memorable por los grandes acontecimientos en la guerra, que tanto llaman la atencion durante el dominio de otros reyes, lo es mucho, cuando se considera que fué la época de mayor engrandecimiento para la literatura castellana en toda la edad media.

Las composiciones de los célebres ingenios y los armoniosos cánticos de los trovadores, solo se escuchaban cuando lo permita el apaciguado estruendo de las armas. Los beneficios que son consiguientes á la paz solo se gozaban en los intérvalos de la lucha civil que sostenian las facciones que intentaban á toda costa prevalecer en el reino, y los grandes que pretendian influir en el ánimo del monarca. A uno de estos tan cortos como venturosos periodos de prosperidad pública, pertenece la brillante y caballeresca escena que vamos á referir.

II.

En los espaciosos salones del Alcázar de Segovia y bajo las altas bóvedas trabajadas con labores de oro del gusto gótico arabesco, se reunian y paseaban una mañana del año de 1431, cuantos magnates, caballeros, capitanes y personas de suposicion, componian la corte del rey D. Juan II de Castilla. Sus tropas, invencibles á la morisma, acababan de conseguir la victoria de *la higuerita* debida en gran parte á la presencia y esfuerzo del monarca, y este triunfo obtenido sobre los verdaderos enemigos de la España habia sido el mejor lenitivo para los males de una nacion trabajada por eternas contiendas domésticas. Por eso la victoria habia sido recibida con tanto entusiasmo y por eso toda la corte concurria á felicitar al monarca, de vuelta de su espedicion, y por eso mismo ofrecia tan magnífico espectáculo el Alcázar, en cuyas salas se disputaban la preferencia la seda, el terciopelo y el tisú de oro. Nunca se habia visto en la corte una concurrencia tan numerosa: allí formaban corrillos los cortesanos con trajes recamados de oro y airosos plumajes, para discurrir amistosamente de los asuntos de la guerra ó escuchar alguna troba, mientras que graves y silenciosas solian cruzar algunas damas de rasgados ojos negros, con el traje y altivo porte de que nos dan una idea las pinturas antiguas. Los señores también, aunque habian cambiado la pesada cota por la ligera seda, ostentaban siempre aquellas frentes graves y austeras de castellanos, que ni se alteraban a vista del peligro, ni se desarrugaban con el regocijo de la paz. Habia entre los cortesanos, uno á quien todos ellos acataban sobre manera, mientras que él, recibiendo los saludos con aire orgulloso y protector, manifestaba bien la privanza que obtenia con el monarca, que le habia casi abandonado el poder. Este favorito era el condestable *D. Alvaro de Luna*, que hallandose entonces en todo el apogeo de su gloria, estaba muy ageno de creer que su cabeza rodaria despues bajo la cuchilla del verdugo y que su cuerpo quedaria abandonado al que de merced quisiese darle sepultura. El único salon donde el gentio no habia penetrado, era el peculiar del monarca para actos solemnes, sin que hubiese en él, mas alma viviente que los centinelas de la guardia de honor; pero tan inmóviles como las estátuas de los reyes de Oviedo, Leon y Castilla que estaban y aun duran colocadas sobre la cornisa de aquel suntuoso recinto.

Apareció al fin el rey D. Juan, abriéndose paso entre los obsequiosos cortesanos, y acompañado de la reina su esposa, del príncipe D. Enrique, de las damas y de los inmediatos servidores de su persona, fué á rodearse de todo el prestigio y emblemas de su soberania bajo un elegante pabellon bordado de castillos y leones de oro. No bien se habia acabado de solemnizar su presencia, cuando se permitió la entrada en el salon á varios caballeros, que inmediatamente fueron reconocidos por ser los estrangeros que acababan de llegar á Segovia, con intento, segun se decia, de proponer una empresa delante del rey. En efecto, adelantándose el que parecia gefe de la cuadrilla hizo su acatamiento á D. Juan y le habló en estos términos:

—Mui poderoso y esclarecido señor: yo soy Micer Roberto, señor de Balse, en los distantes climas de Alemania. Ansioso de gloria y aviniéndome mal con la holganza y regalo de mi pais, salí de él en busca del peligro y de los hechos de ventura. Noticioso de la gentileza y esfuerzo de vuestros caballeros, endereçé mi camino á esta corte solo por medir mis armas con ellos, considerando que de tal empresa, me resultaria prez muy cumplida.

Vuelto luego hácia los caballeros, continúo:

—Con el beneplácito de su alteza, si alguno de vosotros ó todos á su vez, quieren romper lanzas conmigo, yo lo tendré á gran merced.

Acto continuo arrojó un guante á las gradas del trono, mas apenas habia tocado la alfombra que las cubria cuando cayeron junto á él los guantes de otros varios caballeros presentes, siendo dificultoso conocer cual habia sido el primero. Estorbó la contienda que pudiera haberse originado, el animoso jóven conde de Mayorga, D Juan Pimentel, primogénito de la casa de Benavente. En vez de arrojar su guante entre los otros, recogió del suelo el del aleman á quien dijo:

—Si el rey mi señor me otorga su permiso, lo que tarde en tomar las armas, tardareis en quedar satisfecho, señor caballero.

Miró el rey sonriyendo al intrépido mancebo, tomó el guante de sus manos y devolviéndoselo al caballero aleman le habló así:

—Señor de Balse, ya habia llegado á nos la fama de vuestras proezas, y mis honrados caballeros, como veis ansian competir con persona de tal merecimiento. A parage venisteis donde vuestros deseos quedarán cumplidos asaz. Yo huelgo de ello; pero el contentamiento en que agora nos hallamos, non permite se lleve la pelea á todo trance de muerte. Las armas corteses ó embotadas bastarán á decidir quien es mejor caballero, en el combate que yo, resenciaré, señalando el dia y la hora en

que si Dios fuere servido, se ha de verificar á vista de estos mis alcázares.

III.

Un espacioso palenque estaba formado al pie de las murallas del Alcazar de Segovia, y hácia el rio Eresma cuya frescura mitigaba algun tanto los ardores de una calorosa tarde. Casi toda la ciudad se habia despoblado para contemplar con admiracion el orden de la liza, el tablado para la familia real, adornado con franjas, tapetes y colgaduras, y embellecido aun mas con los magníficos trages de las personas que le ocupaban. Habia ademas palcos engalanados para las personas de distincion, que habian de presenciar el torneo, y en las dos estremidades del palenque se levantaban dos vistosas tiendas de campaña con banderolas de colores. De ellas habian de salir armados los dos campeones cuyos escudos estaban colgados á la entrada. Al rededor de las tiendas se hallaban los pages y escuderos de los dos competidores: los heraldos con sus vestidos simbólicos y con trompetas en las manos, estaban á la entrada de la liza y los maestros de ceremonias cuidaban de que las personas convidadas fuesen ocupando el sitio que les correspondia por etiqueta. Habia ademas gradas de madera para la generalidad del pueblo y sitios de descanso, para los caballeros que acudiesen á tomar parte en la lid, ó á ser meros espectadores. Muchos habia allí, desplegando toda su magnificencia en lujosos trajes y brillantes armaduras; como que aquella fiesta iba á recordar los buenos tiempos de la caballeria española todos querian hacer palpable que no habian degenerado del valor ni de la magnificencia de sus abuelos. Al ver los colores de las bandas y penachos de los jóvenes caballeros, no era difícil adivinar la señora de sus pensamientos, buscando aquel color favorito en las bellas damas que ocupaban la primera fila de las galerías. Grandioso espectáculo presentaba todo el circuito del palenque, como que allí se habia reunido lo mejor de la España, y los paladines que habian de combatir eran la flor de la nobleza. El que no se distinguia por sus condecoraciones y gloria personal ganada valientemente en la guerra, se hacia notar por su gallarda persona y por los timbres de su familia que campeaban en su escudo. Aquellos blasones, entonces entendidos mas que ahora, descubrian á los caballeros; aunque tubiesen calada la visera. Reconocese á *Ponce de Leon* por su leon de gules coronado de oro, á los *Ledesmas* y *Sanabrias* por las flores de lis de plata en campo azúl, y las ocho medias lunas con las puntas hácia abajo, á *Bermudez* por los quince puntos de ajedrez de oro, á *Mendoza* por la banda amarilla en campo de gules. Distinguiase *Saicedo* por el sauce y escudo, *Aguilera* por el águila coronada, *Figueroa* por las cinco hojas de higuera en campo de plata, y á *Villamediana* por el águila imperial desplegando el vuelo sobre un tejon de plata. Allí se hallaban *Chacon*, *Ayala*, *Antolinez*, *Quiñones* y otros varios cuyos blasones é insignias seria interminable y hasta enojoso relatar.

Apenas el rey don Juan dió la órden de empezar el torneo, cuando entraron en el palenque los jueces del campo acompañados de los padrinos de los campeones, para hacer la ceremonia de dividir el espacio, el viento y el sol á los combatientes, escusándose tomarles el juramento, porque no habia de ser combate á muerte. Despues, y entre el estrepitoso compás de la música y las aclamaciones del pueblo, se presentaron en la liza los dos mantenedores con todo su séquito de pages y escuderos, que les llevaban las armas y caballos de respuesto. Al frente de la primera cuadrilla iba el caballero aleman Micer Roberto, montado en un poderoso caballo. Su armadura estaba tan bruñida que parecia de plata y sobre el yelmo en vez de penacho, llevaba un águila imperial en actitud de estender las alas; pero á fuer de caballero aventurero se presentaba sin blason en el escudo. A sus lados y en calidad de padrinos iban el condestable don Alvaro de Luna y don Rodrigo Alonso Pimentel, conde de Benavente y padre del conde de Mayorga, contrario del aleman. El jóven conde entró al frente de otra no menos vistosa cuadrilla, en un fogoso bridon ricamente enjaezado. Sobre la armadura llevaba una sobreveste flotante de terciopelo morado con flecos y alamares de oro, y de lo alto de la cimera se desprendian airosamente muchas plumas blancas. Llevaba esmaltadas en el escudo las armas de sus progenitores con una letra por bajo que decia—«á los mios me parezco.» Le acompañaban como padrinos el conde de Ledesma, y el adelantado don Pedro Manrique de Lara, siguiendo detrás los escuderos y volantes de cada uno de estos señores. Despues que hicieron el acatamiento á los reyes, bajando la punta de las lanzas, pasearon la liza con gallardo ademan y fueron á situarse en sus respectivos puestos, esperando la señal del combate.

Resonó en los aires el bélico estruendo de clarines y trompetas y la voz de los jueces del campo gritando,—«Partid, valientes caballeros»

Asi lo ejecutaron en el acto, pero sin que se encontrasen en esta primera carrera: todo al contrario el conde de Mayorga como que apartó el caballo y levantó la lanza de intento para no tropezar a su rival. Era que al tiempo de enristrar la lanza habia conocido le seria imposible arrancar al contrario de la silla, como él deseaba para dar un golpe de lucimiento, por lo que llamando a los jueces les hizo presente que el caballo que montaba Micer Roberto, tenia un modo de llevar la cabeza tan erguida que era forzoso dar antes en ella que en el ginete, lo que no estaba bien visto segun la usanza de la caballeria. Noticioso el aleman de estas razones replicó con gran parsimonia.

—Que con aquel caballo acostumbraba entrar en lides y no le trocaria por cosa ninguna.

—Sea en buen hora, contesto vivamente Pimentel, pero si hubiere falta de encuentro, vaya á vuestro cargo.

Esto dicho tomaron la parte del campo suficiente y volvieron á encontrarse con nueva furia en medio de la arena. La lanza del aleman se estrelló en el escudo del conde de Mayorga, saltando al aire las astillas, mientras que la del conde aunque embotada lastimó de tal manera la cabeza del caballo enemigo, que le hizo retroceder y bajar las ancas hasta el suelo, dando en tierra con el ginete. Levantóse este mal parado de la caida y puso mano á la espada en actitud de defensa, pero Pimentel no se movió del caballo y acudiendo los padrinos le hicieron envainarla, porque el combate era con armas corteses y ademas la ventaja ya estaba decidida.

Como esta única justa no satisfacia la ansiedad del numeroso concurso, y ademas los alemanes del séquito de Micer Roberto estaban poco contentos del término de la contienda, entraron presurosos a continuarla. Con la misma presteza acudian los castellanos á recibirlos, tantos á tantos y en cuadrillas á veces de ocho y de diez. Hubo lances de valor y destreza, competencias y escaramuzas en las que los castellanos, como tan aventajados entonces en este género de ejercicios y lidiando ademas a vista de sus reyes, siempre llevaron lo mejor del torneo. Acercándose la noche, don Juan II sumamente complacido de aquellas fiestas que eran su gusto favorito, arrojó su baston de mando a la arena, con lo que se apartaron á la vez los intrépidos combatientes.

IV.

Cuatro volantes conducian asidos de la brida, cuatro caballos ricamente enjaezados, y dos pages llevaban en dos azafates dos primorosas piezas de brocado, la una de color azul y la otra carmesí. Tal era el presente que

el rey D. Juan II de Castilla, hacia a el caballero aleman Micer Roberto, señor de Balse; mas este rehusó recibirlo diciendo á los que lo llevaban:

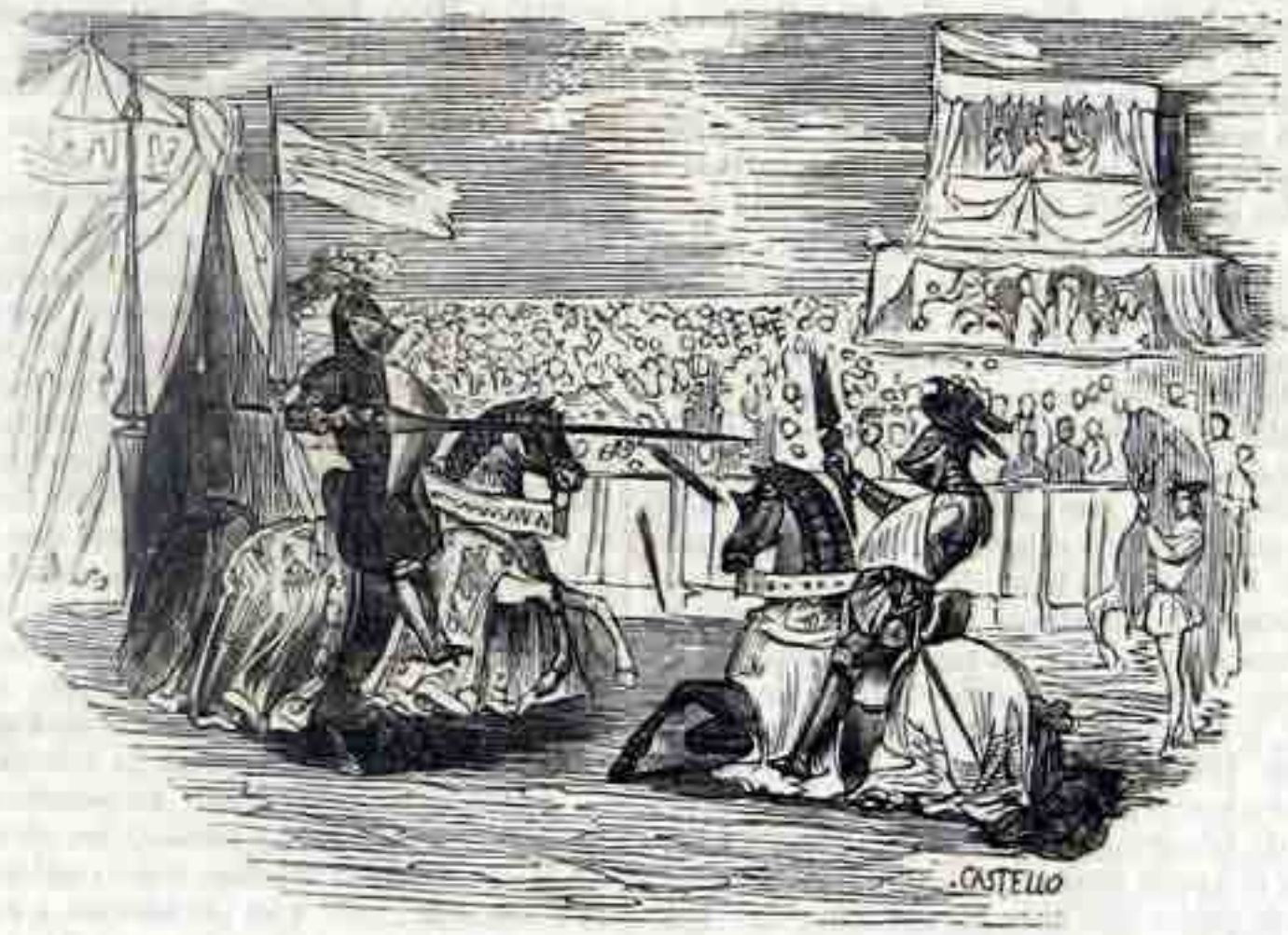
—No quisiera que el rey mi señor, tubiera por ultrage que nada reciba de tanto favor como me dispensa pero os ruego le digais, que antes de salir de mi patria hice juramento sobre la cruz de esta espada, de no recibir presea de ningun potentado del mundo. Que si nos permite á mi y á los mios traer sobre nuestra cota el collar de la órden de la *Escama* lo tendremos á gran merced.

Agradole al rey la respuesta del caballero y dió órden para que juntándose todos los plateros de Segovia, trabajasen á gran prisa los dichos collares. Hechos que fueron, Gonzalo Castillejo, maestresala de Palacio, llevando consigo pages con bandejas cubiertas fué á presentar al señor de Balse un collar de oro para él y otros de plata para sus caballeros. Fué tanto lo que el aleman agradeció esta magnificencia del monarca, que al darle las gracias se ofreció á acompañar á las tropas de Castilla en la entrada que iban á ejecutar por tierra de moros, donde el y los suyos se mostrarian merecedores de la nueva condecoracion.

El desenlace afortunado de esta empresa, el galardon que obtuvieron los mantenedores y el placer con que el pueblo asistió á la funcion, fueron un poderoso estímulo, para que se repitiesen otras de este género, de aquí provino que la córte de D. Juan II, ya célebre por sus empresas literarias, lo fué tambien por las galantes y caballerescas. Ninguna en su reinado tan memorable, como el *paso honroso*, que D. Suero de Quiñones sostubo dos años despues, por treinta dias consecutivos en un puente sobre el rio Orbigo, á cinco leguas de la ciudad de Leon, contra todos los que pasasen en romeria á Santiago de Galicia. En este singular desafio que D. Suero dirigió á todos los campeones del universo, se desplegó todo el esfuerzo, destreza y galanteria de mas de sesenta caballeros de diferentes naciones que vinieron exprofeso á lidiar con el mantenedor del paso. Habia él jurado defenderle hasta que se rompiesen trescientas lanzas y lo cumplió con estraordinario ardimiento; si las lanzas rotas no llegaron á aquel número fué porque no hubo mas rivales que se presentasen á combatir. En estas justas tan celebradas por los trovadores se halló tambien el conde de Mayorga, cuyo primer hecho de armas se ha visto en el torneo de Segovia.

A los pocos dias de haberse este verificado, el rey D. Juan II de Castilla pasó revista á sus huestes que acompañadas de los alemanes, marchaban á la frontera de Granada. Un gentio numeroso ocupaba la plaza de armas donde se hallaba el monarca: la reina y sus damas lo observaban desde la galeria del Alcazar; y toda la gente del palacio coronaba las almenas en cuyo mas elevado torreon tremolaba agitado por el viento el estandarte de Castilla.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.



ESTUDIOS LITERARIOS.

EL SECRETO.

Veinte y dos años de edad contaba Natalia de Silva y solo hacia tres que habia quedado viuda. Era una de las mas lindas muchachas que paseaban las calles de la corte de Madrid; su tez algun tanto morena y sus grandes y rasgados ojos negros, poseian un encanto indefinible, sus facciones delicadas y de perfectas y armoniosas proporciones, espresaban á la vez reunidas en su agraciado rostro, la viveza de una italiana, el alma ardiente de las españolas y la gracia y coquetería de las francesas.

Sin embargo, Natalia era solo española y cuando prestó su consentimiento para casarse á los diez y ocho años, con un hombre que la triplicaba la edad, solo tu-

ro en cuenta el alhagar su vanidad de muger con el nuevo título de señora, y el placer de que la tributáran homenage, de adornarse elegantemente y de causar envidia á sus amigas. Silva era un opulento caballero que no escaseaba nada para agradar á su esposa y así trascurrió el tiempo dulcemente, empleado en fiestas y convites hasta que al cabo de un año, cortó en pocos dias el hilo de su vida una enfermedad que lo arrebató de los brazos de su jóven esposa, dejandola viuda y llorando su pérdida como se llora la de un amigo ó la de un protector.

Pero á los diez y ocho años, se sienten las almas inspiradas por tantas ideas y por tan nuevas y encantadoras ilusiones, que apenas permite grabarse ligeramente en su fondo una espresion de sentimiento y de disgusto! Así, la de Silva, encontrándose bella, y solicitada de todos, concibió justamente la idea de que por su posicion y por su fortuna debia estar destinada para aparecer en la sociedad como su flor mas escogida. Mas conocia tambien que era aun demasiado jóven para vivir sola y sin mentor, y que era indispensable una persona de respeto que la acompañara á las brillantes reuniones de que gustaba tanto y le ocurrió invitar á un tio suyo, único pariente que conocia, viniera á vivir á su casa.

Don Higinio de Paneis, era ya un hombre de edad avanzada, aunque no frisaba aun en el periodo de la existencia en que se anuncia la decrepitud con el decaimiento de las fuerzas del ánimo y si solo podiera decirse, era un marrullero solteron que en toda su vida habia conocido otra pasion que la que á si mismo se profesaba. Se amaba á si propio sobre todas las cosas, y si alguna vez esperimentó alguna afeccion hácia otra persona, seria indudablemente porque le prodigara cuidados y atenciones de que reportase ventaja. D. Higinio era segun hemos tenido motivo de conocer, un egoista perfecto, pero un egoista de buen tono de buenas maneras, que aparenta someterse á la voluntad de los demas, sin hacer nunca realmente mas que lo que le convenia y pareciendo interesarse siempre por sus amigos, sin que jamas lo hiciera por nadie. En fin, solo cuidaba de la comodidad de su persona, de reunir en su derredor todas las bagatelas que inventa el lujo para hacer la vida mas agradable y de adquirirse todos los goces imaginables. Tal como le pintamos era el bueno de D. Higinio, que consintió en trasladar su habitacion á casa de su sobrina, porque despues de meditarlo detenidamente pensó, que siendo Natalia amable y cariñosa aunque ligera, le cuidaria bien y le prodigaria sus cuidados y atenciones.

D. Higinio pues acompañaba á su sobrina á las sociedades y á los bailes, porque le agradaban mucho las fiestas y los placeres, pero cuando recibia alguna invitacion para asistir á una reunion en que presumia no distraerse, decia nuestro solteron á su sobrina:

—Mucho temo que no te diviertas esta noche, porque allí solo piensan en jugar, y entre viejos, porque muchachas no irá ninguna, mas.... sin embargo, si quieres ir te acompañaré, porque no tengo otra voluntad que la tuya, pero te aburres positivamente!

Natalia confiando en su tio se dejaba persuadir fácilmente, y contestaba siempre:—Dice vd. bien, mejor será no ir.

Otras veces, como le gustaba comer mucho y bien, la tomaba por otro estilo, y decia á su sobrina.

—Sobrina mia, ya sabes que ni soy glotón ni reparo nunca en que esté peor ó mejor servida la mesa, estoy satisfecho siempre con lo que me dan; pero ahora debo advertirte que la cocinera pone siempre las viandas saladas, esto es mal sano para una muger jóven; ademas no sirve la mesa con elegancia y con tino, y me disgusta por ti, que tienes con frecuencia gentes á comer en casa. Ultimamente el dia de los seis convidados, no supo adrezar las espinacas. Qué han de pensar las gentes que observan semejantes descuidos? Dirán, la señora de Silva no sabe hacerse servir; y esto quizá puede perjudicarte, porque hay personas que de todo murmuran.

—Pues bien tio, haga usted diligencias para buscar un buen cocinero.

—Bueno, yo preguntaré, solo por complacerte.

—Sabe vd. que me encuentro muy dichosa á su lado, porque me advierte vd. muchas cosas que no proveo aun y en que no paro la atencion?

—No te inquiete nada que yo cuido de todo.

Natalia abrazó á su tio, y despidió á la cocinera para admitir un escelente cocinero muy diestro en confeccionar platos de dulce y reposteria á lo que era estraordinariamente aficionado nuestro D. Higinio.

Otras veces era en el jardin donde apetecia las reformas, donde por ejemplo era menester cortar las ramas de los árboles que estaban delante de las ventanas de su habitacion, porque su sombra producia humedad que podia perjudicar a Natalia, ó bien que la elegante carretela era menester cambiarla por un landó, carruage como él decia mas apropósito, y en que luce mas una muger jóven; de esta suerte se ocupaba el buen tio en complacer y agradar á su sobrina.

Natalia era coqueta como todas las mugeres bonitas, y estaba acostumbrada á cautivar las miradas de todos, á seducir con sus hechizos y á escuchar sonriendo las numerosas declaraciones que la dirigian; remitiendo á su tio despues los aspirantes diciéndoles:—Antes de daros esperanza alguna, quiero saber el parecer de mi tio.

Es muy probable que no hubiera contestado así, si su corazon esperimentara verdadera preferencia ó simpatia hácia alguno, pero hasta aqui estaba satisfecha con agradar y conservar su libertad.

El solteron del tio, que mandaba como dueño y señor en casa de su sobrina, no deseaba que se casara porque un sobrino no seria tan dócil y tan complaciente como Natalia, por lo que siempre encontraba defetos graves que vituperar en cada uno de los nuevos aspirantes á la mano de la linda viudita.

De uno decia que era melancólico y aprensivo, y que á su lado moriria Natalia de tristeza; de otro que era jugador y habia mucho que temer no le arrastrase un dia esta pasion á hacer alguna locura; de aquel se contaba una serie de aventuras amorosas y de galanteos y era muy posible no se corrigiese en fin á todos los aspirantes los despedia políticamente el buen tio, que en esto como en todo blasonaba no tener mas objeto que el de mirar por la felicidad de su sobrina.

Hacia algunos años que á nuestro solteron ademas de su egoismo y de su pasion por la buena mesa, habia despuntado con una decidida aficion por jugar al ajedrez. Este juego le entretenia mucho y le preferia á todos los demas; el ajedrez era para D. Higinio su mas dulce pasatiempo, pero desgraciadamente es juego poco conocido; las señoras se fastidiaban de él, los jóvenes se distraen mas con el villar y el ecarté que es mas rápido, y asi sucedia que rara vez tenia ocasion de hallar quien le hiciera la partida. Cuando por casualidad llegaba á descubrir que alguno de los concurrentes á casa de su sobrina sabia jugar al ajedrez, lo tomaba por su cuenta y no habia medio de que lo abandonase en toda la noche; pero tampoco conseguia esto con frecuencia, y asi es que suspiraba muchas veces por un aficionado al ajedrez.

Natalia por complacer á su tio ensayó distintas veces aprender el juego que tanto amaba, pero la jóven sobrina se distraia mucho; el tio se enfadaba, y concluia la linda viuda por derribar las piezas y esclamar:—Vamos está visto, nunca puedo comprender ese laberinto.

—Tanto peor! contestaba D. Higinio, porque es un

juego que le gustaria mucho, solo quisiera que le aprendieras por proporcionarte una distraccion mas.

En este estado de cosas transcurria el tiempo, cuando una noche estando en un baile Natalia en el que se mereció el universal sufragio por sus gracias y atractivos, anunciaron como nuevo presentado al caballero Gustavo de Castro capitan de navio.

Sonaron al oido de Natalia tan mal las palabras de capitan de navio, que se esperaba ver entrar á algun antiguo y brusco marino con una pierna de palo y algun ojo vendado, pero esta idea tan exagerada sirvió para que creciera su admiracion al divisar á un hombre como de treinta años, vigoroso, proporcionado, y cuya elevada estatura y marcialidad no carecia de gracia y de elegancia.

Gustavo de Castro habia entrado de niño al servicio; apasionado por la marina llegó muy jóven al grado de capitan, y esto hizo que aumentára su fortuna, considerable ya con los bienes de su familia. Hacia quince años que corria los mares, é iba sintiendo ya necesidad de entregarse á una vida mas reposada; le aconsejaron que se casára; pero hasta entonces el capitan Gustavo se habia reido y burlado del amor como pasion indigna de un marino.

Mas al reparar en Natalia cambiaron los sentimientos del capitan, una revolucion instantánea se operó en su alma, y miraba bailar á la linda viuda, sin poder separar de ella su mirada. Seguia con la vista todos los movimientos de la de Silva, que le distraia de suerte que le estorbaba observar á las demas señoras y señoritas. Ultimamente se determinó á preguntar á uno que estaba á su lado:

—¿Quién es esa linda muchacha que baila con tanta gracia?—La de Silva, una viudita que todavia....—Oh, sí, es encantadora!—Pues tiene tanto talento como gracia y coqueteria; sáquela vd. á bailar, hable vd. con ella y juzgue despues.—Que la saque para bailar.... yo.... pero si no se bailar?—Ah! eso es otra cosa.

Por la primera vez en su vida se dolió Gustavo de no saber bailar, y vagaba como un moscon alrrededor de la linda viuda estudiando un pretesto plausible para entablar conversacion, y cuando creyó haberlo encontrado se adelantó un jóven á Natalia y tomandola de la mano la sacó á bailar.

Gustavo se mordia los labios y se contentó con admirar á la encantadora niña.

Asi se pasó la noche, el capitan no se determinó ha hablar á la de Silva, pero no la perdió de vista un instante.

Natalia habia observado la conducta del capitan, porque las mujeres conocen y se apercíben prontamente del efecto que producen, y aunque para si pensára otra cosa, dijo hablando de Castro:—El capitan no sabe ser amable con las mujeres; no le he oido dirigir una galanteria ni un cumplimiento á ninguna.

Gustavo que antes de ver á Natalia era poco aficionado á las grandes sociedades, y menos aun á los bailes, no faltó desde este dia á ninguno de los que sospechaba podia hallar á la viudita; encontró coyuntura de hablarla y se esforzó cuanto pudo por parecer amable; pero cuando observaron el cambio de conducta del capitan y su asiduidad al lado de Natalia, le dijeron:

—Cuidado con enamorarse! la de Silva es una diestra y consumada coqueta, que encenderá vuestra pasion y se burlará de vd. despues y de sus suspiros.

Despues decian á Natalia:

—El capitan es un original, es un capitan tipo, un oso que posee todos los defectos de los marinos, es arrebatado, dominante, blasfema, fuma y nunca conseguirá vd. hacerle amable.

Mas no obstante estos caritativos avisos que no eran mas que otras tantas saetas lanzadas por los envidiosos y rivales, el marinero y la coqueta se hallaban muy contentos cuando estaban reunidos. Alguna vez cuando á Gustavo iba á escapársele alguna espresion demasiado marítima, Natalia le dirigia una mirada de las de su ejército de reserva, y le detenia el capitan y murmuraba algunas escusas, tanto era lo que temia que el rostro de la linda viuda adquiriese una espresion demasiado severa, y aunque esta timidez parezca estraña y aun admirable en un marino, el amor cambia los caractéres, hace milagros, y de ello poseemos mil pruebas desde Sanson destructor de los Filisteos hasta nuestros dias.

Llegó á oidos del tio la nueva conquista de su sobrina, pero no hizo caso pensando que este seria un nuevo aspirante á quien le seria tan fácil desgraciar para con Natalia, como á los demas, y mientras tanto eran mas frecuentes y mas intimas las conversaciones del marino con la viudita, hasta que un dia le anunció á su tio que le habia convidado para que asistiera á las reuniones de su casa; entonces se impacientó el pacífico y tranquilo D. Higinio, y dijo a su sobrina.

—Has hecho muy mal de obrar por ti sin consultarme, Natalia. El capitan Castro es brusco, áspero y tiene opinion de disputador; no se separa un momento de detras de tu silla, y jamas se ha dirigido para preguntarme siquiera, *como está vd.* no era necesario traerla á casa, esto lo digo por interes tuyo, porque eres un poco ligera.

Natalia creyendo su determinacion inconsiderada, estubo á punto de mandar un recado al capitan, manifestandole que no se verificaba la reunion, pero el tio no exigió tanto pensando no asistiria con frecuencia.

Mas en este mundo nuestras resoluciones y los acontecimientos mas importantes de nuestra vida dependen muchas veces de una vagatela, que la casualidad nos coloca en la senda de nuestra existencia, asi ahora el ajedrez fue causa de que la bella Natalia fuése despues la señora de Castro.

Porque el capitan, como legitimo marino, era gran jugador de ajedrez, y asi no bien don Higinio lo entendio, le propuso una partida. Castro aceptó, y la partida se prolongo toda la noche, porque Gustavo comprendió bien debia comenzar su conquista por el vetusto solteron.

Cuando tio y sobrina quedaron solos, dijo la viuda de mal humor, porque no se habia ocupado de ella en toda la noche.

—Tiene vd. razon, tio, los marinos son bruscos, el capitan es casi insociable, incivil, ya siento haberle ofrecido la casa.

—Al contrario Natalia, respondio don Higinio, Gustavo es un escelente jóven, le habiamos juzgado mal, de muy buena educacion, bondadoso.... yo le he invitado á que venga con frecuencia á hacerme la partida, es decir, á hacerte la córte, es un muchacho de talento y de muy buenas maneras.

Natalia conoció que Gustavo habia dedicado la noche á conquistar el ánimo de su tio, y le perdonó sinceramente, y hasta se congratuló de que no hubiera estado solícito con ella, en vista del feliz resultado que consiguio. Castro volvió con frecuencia con pretesto del ajedrez y era deseado por don Higinio.

A fuerza de amor y de sumision logró tambien cautivar el corazon de la linda viuda, y una mañana vino ruborizada á decir á su tio:

—El capitan quiere que sea su esposa....yo.... quiero.... que vd. me aconseje.

Nuestro solteron reflecsionó por espacio de algunos minutos y pensaba.—Si rehusa, Castro dejará de venir y á dios mi ajedrez.... si acepta estará en casa y le tendré á mis órdenes para hacerme la partida; y su respuesta fue:

—No me desagrada ese enlace, es buen muchacho.

Natalia no deseaba oir otra cosa porque amaba á

Gustavo, pero como las mugeres nunca aparentan ceder á aquello mismo que desean, mandó venir al capitan y le dictó las condiciones.

—Si es verdad que vd. me ama ...—Ah! señora lo juro por....—Calle vd.....dejeme vd. hablar si le agrada: si es verdad que vd. me ama, si me otorga vd. pruebas...—Todo lo que vd. exija yo....—Caballero no me interrumpa vd. á cada momento. Es necesario no decir juramentos como sucede á vd. muchas veces que es muy villano delante de una muger; despues es menester.... y sobre todo quiero que no fume vd., porque el olor del cigarro y el humo y el tabaco.... en fin yo no quiero un marido que fume.

Gustavo exaló un ligero suspiro, y contestó:

—A todo me someto gustoso, no fumaré mas, tome vd. desde este momento mis cigaros, mi petaca, todo.

—Entonces obtendreis mi mano.

Se celebró ostentosamente la boda; Castro logró ver colmados sus votos y Natalia era feliz porque amaba á su esposo.

Los primeros meses de su matrimonio se pasaron dulcemente, pero Natalia empezó á observar que aun en medio de los placeres, de las fiestas y de la satisfaccion que Gustavo esperimentaba cuando se hallaba á su lado, se descubria en su frente una señal de tristeza y de mal estar, y se leia en sus ojos cierta inquietud que no duraba mucho, era como una nube que cruza el espacio sin dejar huella alguna en pos de sí, pero que no escapó á la penetrante mirada de su esposa.

Cuando despues de algun tiempo se hicieron mas frecuentes sus distracciones y su inquietud, le preguntó un dia que creyéndose solo dió con el pie fuertemente en el suelo.

—Que tienes, amigo mio? di, porque estas de mal humor? estás fastidiado!

—Yo!... nada, te lo aseguro! contestó el capitan sonriendo y pesaroso de no haberse podido dominar; no tengo fastidio.... ni mal humor.... contra quien quieres que tenga mal humor?

—Yo no se, pero muchas veces me parece que tienes algo.... mira si te he disgustado alguna vez, dime en qué para que no vuelva á sucederme.

El capitan concluia por abrazar cariñosamente á su muger, repitiéndola que se engañaba, y durante algunos dias no se le escapaba ninguno de los ademanes que inquietaban á Natalia: pero Gustavo despues se olvidaba de nuevo, y su muger se hilaba los sesos por adivinar la causa de estos momentos de tristeza de su marido.

Natalia participó sus observaciones á su tio, y don Higinio contestaba:—Tienes razon, á Castro le pasa algo.... porque muchas veces jugando conmigo al ajedrez se ha reparado que miraba á su alrededor, pasaba la mano por su frente, y entonces se olvidaba de mover las piezas.

Dios mio! qué significa ese misterio tio? Mi marido tiene algun secreto que le inquieta, que le aburre si, estoy cierta y no quiere confiármelo.—Es muy posible.... pero hay cosas que no debe saber una mujer.... —Cómo, que no debe saber una mujer? pues yo quiero que mi marido me lo confie todo, que no tenga secretos para mi, como yo no los tengo para él, porque sino, no seré feliz con un hombre que guarde misterios de mi.

D. Higinio la tranquilizó prometiéndola trataria de investigar el motivo de las preocupaciones de su sobrino, pero se limitó solamente á hacerle jugar con mas frecuencia al ajedrez, medio que creia de infalible efecto para disipar el mal humor.

Esto acaecia en el principio de la primera y como es la época de gozar de las delicias del campo dispusieron pasar una temporada en el ameno sitio de Aranjuez.

Gustavo, continuaba mostrándose tan cariñoso y tan complaciente con su mujer como siempre, procurándola cuanto la pudiera agradar y anticipándose á prevenir sus mas insignificantes deseos. Natalia prefería casi siempre estar en casa á salir á paseo, y su marido le pidió permiso para ir despues de comer á dar una vuelta por el campo. Semejante peticion era tan natural que no pudo rehusarla, y todas las tardes paseaba Gustavo; mas cuando regresaba á su casa, volvia alegre y contento y los momentos de inquietud habian desaparecido.

No obstante, Natalia no estaba satisfecha, y sus sospechas crecian cada vez mas: mi marido, decia para sí, no está triste ni pensativo como en Madrid, pero es desde que sale por las tardes.... no vuelve hasta pasadas dos horas... donde irá?... prefiere ir solo.... aqui hay misterio; y no seré tan afortunada que lo descubra?

Alguna vez se sintió impulsada á mandar que siguiesen á su marido, pero la repugnaba esta accion, y tenia ademas que hacer partícipe de su confianza á un criado, y espiar á un hombre que solo parecia se ocupaba de hacerla feliz. Asi es que solo á su tio manifestaba su inquietud, y este se contentaba con decirla:—Tu marido juega menos que antes conmigo al ajadrez, pero juega aun, y yo no puedo seguirle á sus paseos porque me fatigaria inútilmente, yo tengo malas piernas, y él las tiene muy buenas, anda muy deprisa.

Un dia ocurrió que hallándose un jóven amigo de Castro, en la casa con otras gentes le dijo riendo:

—Qué diablos hacias ayer, disfrazado, envuelto en una manta y asomado á la ventana de una choza á un cuarto de legua de aqui?... si mi caballo no hubiera ido escapado, y le hubiera podido contener, iba á preguntarte si guardabas algun ganado y querias imitar á los felices pastores de la Arcadia.

—Mi marido envuelto en una manta!... esclamo Natalia fijando sobre Gustavo una mirada estraña y penetrante

—Eduardo se engaña, repuso el capitan tratando de ocultar su embarazo; me ha equivocado sin duda con otro.

Con que no eras tú!... es muy posible, que yo corriendo no fije la vista .... replicó el jóven apesadumbrado de la impresion que produjeron á Natalia sus palabras, y añadió conociendo cuan grande indiscrecion habia cometido:

—Bien puedo haberme engañado.

—Pero qué hacia ese hombre? preguntó Natalia, donde está esa cabaña?

—Señora, no puedo fijamente designar el punto, porque conozco poco esta campiña, en cuanto al hombre estaba envuelto en una manta y con sombrero redondo.... en fin que se yoque diablo me hizo pensar que era el capitan, porque no estamos en carnaval.

La señora de Castro no dijo nada mas, pero se persuadió de que era su marido al que habian visto, y creia que cuando se disfrazaba era para que no le descubrieran alguna singular intriga; asi es que lloraba frecuentemente repitiendo.= Que desgraciada soy, en haberme casado con un hombre que guarda misterios de mi!

Su disgusto al principio se convirtió despues en celosos trasportes, porque las mugeres desde el momento que se las oculta alguna cosa se persuaden de que las engañan, de que le son infieles los hombres, y es porque ellas no saben guardar otros secretos que los de este género.

Natalia despues de la imprudente revelacion del amigo de Castro, resolvió regresar inmediatamente á Madrid; su marido siempre dócil y sumiso á su voluntad, convino gustoso, pero en la córte observó otra vez en la conducta de Gustavo, aparecian sus ademanes de impaciencia y de fastidio hasta que dijo un dia á su esposa.

—Muger, el pasear por la tarde me aprovecha mucho, asi es que me hallaba perfectamente en Aranjuez, porque facilmente concebiras que acostumbrado al activo servicio de la marina, me pone pesado esta vida poltrona y necesito hacer ejercicio.

—Si señor, si, lo concibo muy bien, contestó Natalia mordiéndose los labios de despecho.

—Mas sin embargo, si te disgusta....

—No señor, no.... pasea lo que quieras, yo no me opongo, se conoce que te conviene el aire libre....

Gustavo salia de su casa todas las tardes, permanecia dos horas fuera y regresaba contento, satisfecho, y los ademanes de impaciencia desaparecieron de nuevo.

—Mi marido tiene alguna aventura!.... ama á otra muger y no puede pasar sin verla, decia Natalia llorando cuando quedaba sola. Ese es todo el secreto de su mal humor, de su conducta, de sus paseos.... Ah! que desgraciada soy!.... tanto mas desgraciada cuanto que cada vez me aparenta mas su cariño y no puedo decirle que es un monstruo.... un pérfido, un ingrato, y sin embargo sino se lo llamo me ahogo.... pero antes necesito poseer pruebas, pruebas irrecusables de su traicion.... oh! si, las necesito y las tendré!

Fue Natalia angustiada á buscar á su tio con los ojos encendidos de cólera, y esclamó al verle.—Ah! soy la mas desgraciada de las mugeres!

—Qué te sucede? dijo nuestro solteron incorporándose en su silla, que te sucede?

—El que mi marido se va todas las tardes á pasear, que está fuera de casa dos horas como hacia en Aranjuez, y regresa siempre alegre, contento, de buen humor y me prodiga entonces sus caricias, y jura que me adora como el primer dia de nuestro matrimonio!... ah! tio mio, esun falso, un pérfido.... Gustavo me engaña..... tiene alguna intriga!

—Muger, es verdad que no juega al ajedrez conmigo tanto como antes.—Si, tio; si, si vd. no me ayuda á descubrir este misterio.... moriré de disgusto, me separaré de mi marido, ó me arrojo por un balcon.—Pero sobrina!—Si, vd. que es tan bueno, que tanto me quiere, hágame vd. este favor, quiero saber á donde va mi marido tan solícito todas las tardes.—Sin duda que te quiero y que solo me empleo en tu servicio, mi vida paso gustoso en eso.... pero no se como..... Pues bien lo repito, si no consigue vd. que penetre ese secreto, no tendra vd. en el mundo mas sobrina.

D. Higinio le tenia cuenta conservar y estar bien con su sobrina; conocia que cualquier desavenencia que estallara entre los dos esposos, turbaria la paz de la tranquila y sosegada vida que disfrutaba en casa de Natalia, y se decidió á hacer algo por restituir la buena armonia. Hacia que iba detras del capitan en sus paseos; pero se cansaba pronto y volvia despues de perder á Gustavo de vista, y decia á su sobrina—Con esta he seguido á tu marido seis veces, y se pasea siempre solo y muy tranquilamente.

—Pero donde?

—Tan pronto de una parte como de otra, asi que tus sospechas no tienen el menor fundamento.

No quedó satisfecha Natalia con los informes de su tio, y decididamente pensó en averiguar por si la verdad; llamó á un demandadero ó mozo de cuerda que estaba siempre parado á la esquina de su casa, y de quien habia oido elogiar su honradez y actividad.

Despues de preguntarle si conocia á su marido, le dijo:

—El señorito Gustavo sale todas las tardes.—Si, señora.—Mañana le seguiras.—Si, señora.—Veras donde vá y volverás á decirmelo.—Si señora.—Sin olvidar nada.—Si señora, descuide V. señorita.

Natalia esperó aquel dia con la impaciencia que solo puede comprender un celoso. En fin cuando llegó el momento y vió alejarse á el honrado asturiano constituido en espia del capitan, creció su inquietud. Contaba los minutos, los instantes, y temblaba ver llegar al emisario que debia descubrirle la verdad. Tres cuartos de hora trascurrieron al cabo de los que llegó cubierto de sudor y de polvo.

—Y bien? le preguntó Natalia con voz alterada, que has visto, habla... dimelo todo.... no olvides ninguna circunstancia.

—Si, señora, he seguido al señor procurando no me viera, y ha ido hasta muy lejos!... hasta la calle del Aguila, detras de la calle de Toledo; en fin, ya entró en una casa muy vieja.... no se el número, pero yo bien la conozco, un portal muy estrecho y oscuro.

Un portal estrecho y oscuro!... qué horror!.... Yo le miraba desde la acera de enfrente: llegó á la puerta del cuarto bajo, y abrió con una llave.

—Abrió él mismo.... no ha llamado, estas seguro?...

—Oh! si, señora.—Monstruo! y en un cuarto bajo... tiene la llave.... y mi tio le defendia!... pero acaba.

—Cuando vi que cerró la puerta, llegué sin que me sintiera y mire por el agujero de la cerradura.... Te daré un duro, acaba....—Vi que el señor arrastraba un cofre.—Un cofre?—En seguida empezó á desnudarse el señorito.—Se desnudaba?—Si señora, primero se quitó la levita, luego el chaleco, luego la corbata, luego....

—Acaba!... despues....—Despues no he visto mas.—Dios mio! que desgraciada soy!—Al cabo de un rato le volví á ver en mangas de camisa y con un gorro en la cabeza, entonces señora, crei que habia visto bastante, y he venido corriendo á informar á vd.—Basta, vé á alquilar un coche; que venga aqui.... subirás con el cochero y harás que se detenga en la casa.

El asturiano fué á buscar el coche. Natalia se echó un pañuelo y se puso una mantilla, subió al coche y recomendó al que le guiaba fuera al galope.

Se detuvo á la entrada de la calle del Aguila y aqui se apeó pálida y trémula de modo que apenas podia sostenerse.

Quiere vd. que la acompañe?—No, es inútil, iré sola, cual es el portal?—Aquel pequeño, dijo señalando con la mano, hay dos puertas, la de la izquierda.—Bien.

La jóven anduvo el corto trecho que mediaba hasta el portal con incierto y vacilante paso; al penetrar en él le faltaron las fuerzas, y al llegar á la puerta que le habian indicado, desfalleció del todo sin poder otra cosa que apoyarse contra la pared y esclamar:

—Abridme por Dios, ó muero!

Abrieron la puerta en efecto, y el capitan recibió en sus brazos á su mujer, Natalia no vió en la habitacion que estaba llena de humo, á nadie mas que á Gustavo envuelto en una bata, con un gorro griego en la cabeza y fumando un soberbio cigarro habano.

—Mi muger! esclamó con sorpresa de Castro al reparar en Natalia.

—Si señor, vuestra muger que sabe que la engaña su marido.. que os disfrazais....y quiere por fin conocer el misterio de vuestra conducta.

—Como, has podido imaginar Natalia, que no te amaba!... el misterio de mi conducta... pues bien, aqui le tienes (dijo mostrandola su corpulento cigarro.) Cuando nos casamos me prohibiste fumar y yo prometi obedecerte. Durante los primeros meses he cumplido religiosamente mi promesa.... pero si conocieras lo que me costaba.... que sacrificio tan inmenso.... me faltaba una cosa que escitaba mi mal humor, que me entristecia, y era solo fumar un habano.... suspiraba por mi querido cigarro que en vano trataba de reemplazar con todo. En fin no pudiendo contenerme vi á un campesino que fumaba junto á una casilla del camino de Aranjuez; me acerqué y le dige si podia prestarme un sombrero y una

manta porque no podia pasar mas sin fumar, y porque era necesario que no lo advirtieras en el olor de los vestidos á los que se adhiere facilmente con el humo; para la boca conozco mil medios que empleo para que no conserve ninguno. Convinimos prontamente el aldeano y yo, me lié la manta, tube la precaucion de cubrirme la cabeza tambien con un sombrero, y gracias á mis medidas nada sospechabas; quisistes volver á Madrid, y tube precision de ingeniarme y buscar otro modo de fumar en secreto. Alquilé este cuarto en un barrio distante del nuestro, me hice un trage á propósito para mudarme y meter la ropa en tanto en este cofre que tengo cuidado de cerrar herméticamente, y este es todo el misterio, querida mia, perdona mi desobediencia en gracia de haber hecho cuanto he podido por ocultártelo; pero nada mas, un cigarro todos los dias.

Natalia abrazaba cariñosamente á su marido esclamando:

—Será posible!... no es mas que eso.... ah! que dichosa soy!.... En adelante amigo mio fumarás.... fumarás en casa tanto como quieras.... oh! no me opondré mas, ni tendrás que ocultarte.... si, los hombres deben fumar.... es tan feo un hombre sin un cigarro en la boca!

Natalia volvió corriendo á buscar á su tio, radiante el rostro de alegria para decirle:—Me ama tio, me adora.... sino que fumaba y se iba el pobrecillo para que no le viéramos.... pero ahora quiero que fume á todas horas, y yo misma le prometo para celebrarlo regalarle hoy una caja de habanos para que los tenga en casa.

—Hay un medio de arreglarlo todo; dijo D. Higinio, tu marido solo fumará mientras me haga la partida de ajedrez.

Y con esto pensaba el solteron egoista, tener segura la partida todas las tardes.

—Mi Natalia, dijo Gustavo, me aprovecharé de tu permiso para fumar en casa, pero fomaré para que te incomode menos las mismas precauciones que tomaba fuera.

—Que bueno eres! pero no, no es necesario porque desde que sé que no me eres infiel, casi, casi, me parece que me gusta el olor del tabaco....si, si; si positivamente me gusta mucho

P. DE K.



Mi mujer! esclamó con sorpresa de Castro al reparar en Natalia

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.



La fiesta de los reyes.

LA NATIVIDAD.

Con este nombre se conoce en el orbe cristiano el aniversario del nacimiento del Señor, y se celebra esta fiesta la mas solemne despues de la Pascua de Pentecostes al terminar el dia 24 de diciembre. Se atribuye su institucion al papa Telesforo que murió en el año 138. Por este tiempo era la fiesta mas movible de todas: los pueblos del oriente la celebraban en el mes de abril ó mayo, la época en que luce sus brillantes galas la primavera; otras iglesias de los mismos pueblos lo hacian en el de enero; porque la confundian con la Epifania, con aquella milagrosa noche en que la estrella de los magos detuvo su curso sobre el humilde portal de Belen.

El papa Julio I ordenó á invitacion de san Cirilo de Jerusalen, que todos los doctores de Oriente y Occidente ilustrasen con sus luces y discutiesen, sobre el verdadero dia delnacimientode Jesus. Convinieron la mayor parte en que acaeció en el mismo punto de terminar el dia 24 de diciembre, aunque segun la opinion de algunos padres de la iglesia, sin poseer pruebas auténticas; pero prevaleció su acuerdo y desde entonces fue en todas partes celebrado en este mismo dia. La costumbre de solemnizar esta festividad con tres misas, una á media noche, ó misa de gallo; otra al despuntar el alba y otra por la mañana, remonta á la mayor antigüedad, y mas antes en el Occidente, reproducian este festivo aniversario con escenas animadas, con personages que representaban al niño en su humilde cuna y á la virgen María y S. José á su lado. Este espectáculo inocente al principio degeneró despues en un objeto de burla. Prohibiéronse en toda la cristiandad, mas no obstante, despues, algunas iglesias han conservado parte de aquella primitiva y sencilla costumbre aunque desechartada de todo lo que podia ridiculizarla y hacerla indigna de los templos del señor; tal es la de entonar villancicos al son de instrumentos rústicos en las misas llamadas de aguinaldo.

Los emperadores romanos afectaban en este santo dia leer solemnemente la séptima leccion sin duda por aquellas primeras palabras del evangelio: *Exiit edictum á Cæsare Augusto* (Cesar Augusto hizo publicar un edicto). En el concilio de Constanza cumplió el emperador Segismundo este deber vestido de diácono. Cuando un emperador se encontraba en Roma era de riguroso ceremonial, leyese él mismo en alta voz esta leccion, vestido con trage clerical é insignias reales.

La natividad entonces, en aquellos dichosos tiempos era la fiesta por escelencia, lo mismo en los templos y en los palacios que en la humilde cabaña del pastor.

En el norte en que domina la comunion luterana, llaman al nacimiento del Señor, la fiesta de los niños. Jesus que los cubre con su poderosa égida y que prometió á su inocencia en la santa Jerusalen el reinado de los cielos, no puede olvidarlos. Si sois buenos y obedientes, les dicen sus madres, descenderá del cielo Jesus y os conducirá á su lado rodeados de una nube celestial y esplendorosa.

En nuestro país es tambien de los dias ó mejor dicho de las noches que mas se santifican, porque se llama Nochebuena, y puede decirse con verdad, que aunque con mucha anticipacion anuncian los muchachos con sus panderos y rabeles la proximidad del nacimento del Redentor, solo despues de la mañana de este dia comienza la celebracion del fausto aniversario. Desde este momento cesan los tribunales, tienen vacaciones los establecimientos de enseñanza, las oficinas, en fin, todo se paraliza todo muere para resucitar al año siguiente, menos los vendedores de turrones y golosinas, y los proveedores de caza y volateria. Se santifica la ruidosa y memorable Nocha-buena con una magnifica y opípara cena (mal llamada colacion) en la que figura en primer término y como obligado, la *consabida sopa de almendra* y los dulces, ensalada y todo lo demas que nadie puede ignorar siendo español; con esto y cantar unos villancicos despues de la colacion ante el nacimiento, si hay niños en la casa y su padre se lo han costeado, ó asistir á la misa del gallo cuando la habia, tomando frio é cubriéndose de lodo si llueve, se retira tranquilo cualquier ciudadano español á su lecho, á gozar de las dulzuras del sueño para despertar el dia primero de Pascua á las reiteradas interpelaciones de los innumerables felicitantes, que por señas de un par de pesetas á cada uno dejan algunas targetas demas y muchos reales de menos.

Estamos en el primer dia de Pascua, dia horrible, dia feroz, para toda persona decente, para todo padre de familia, cabeza casa, para todo amo ó señor que en semejante ocasion quisiera confundirse, huir, no existir; y dia por el contrario, suspirado por espacio de un año entero, dia feliz, para todo el que se considera como decirse suele de escalera abajo, dia feliz para los porteros, repartidores, criados, avisadores, para el pueblo en fin que en semejante dia ejerce el uso soberano de la palabra para interpelar descaradamente el bolsillo de sus superiores.

Este dia y los dos que le siguen son como he dicho los destinados á las felicitaciones, y aparte de remunerar con una pesetilla la puntualidad y esmero de los que nos prestan algun servicio durante el año, existe ademas la costumbre de celebrar la Pascua con abundosos festines y convites, en que corre profusamente el aromático Jerez y el espumoso Champagne, y en que figura como primera victima del contento y alegria universal, el robusto y sucalepto pavo.

Es tambien la época de cruzarse mútuamente entre las familias y los amigos, los regalos y los obsequios, y tambien lo que se espera ansioso para recompensar con algun que otro paquetito de billetes de banco, los favores que ha dispensado el magnate, ó el funcionario público mas elevado, que no se desdeña en Pascuas de admitir las dádivas de sus favoritos, de sus agentes, ó de aquellos á quien ha prestado su proteccion, porque en estos dias nadie se desdeña tampoco de semejantes ó parecidas insinuaciones, que terminan y cancelan por via de aguinaldos las cuentas pendientes de todo el año.

Siguen despues los Inocentes; pero pasan desapercibidos porque no se estila en este siglo, encontrarse con entes de esta especie, y si alguno se descubre de seguro que le silban. De este dia hacen presa los bufones de sociedad para sus gracias y comer dulces á costa no del inocente, sino del que da dinero en este dia, á algun amigo que pretesta un urgente apuro.

La festividad de mas nombradia que sigue es la del dia de año nuevo, ó primer dia del año, es la circuncision del Señor; que se pasa sin mas novedad que dar los dias á los Manolitos y Manolitas; y hacer cada cual cuenta de emprender una vida nueva, mas arreglada que la que hasta allí ha desgastado los dias de su existencia; es el verdadero y único dia del arrepentimiento.

Esto es por lo que toca á España, que como cada pais tiene sus usos y costumbres muy distintos no acontece lo misno en todas partes.

En Francia por ejemplo el dia de año nuevo es el dia grande del año, es su gran festividad, es para ellos lo que la Pascua para nosotros, es el dia de las felicitaciones, de los obsequios, de los regalos, de los aguinaldos, en fin es el dia de los estrenos. Todo el mundo estrena, todos regalan, todos obsequian y todos tambien reciben á su vez obsequios de aguinaldo. Quien es capaz de valuar los millones que se invierten solo en el pueblo de Paris para la solemnidad de este gran dia? Desde la humilde griseta hasta la señora de la mas elevada gerarquia, desde el cocinero de mandil y gorro blanco ó desde el mas infeliz *petit comissionnaire* hasta el mas alto funcionario, hasta el aristocrata par de Francia, todos estrenan, todos son dadivosos, todos siguen el poderoso é irresistible impulso de la costumbre, todos obedecen al deber de festejar este solemne dia.

Las costumbres, reconocen siempre un origen muchas veces de gran significacion, otras indiferentes, algunas sublime y grandioso.

Discurriendo acerca de esta costumbre hacen remontar unos su origen hasta la época del gran apogeo de la Grecia, y tambien otros atribuyen á los Romanos la invencion de este uso. Dos son las etimologias que mas fundamento ofrecen segun la opinion de los escritores y de los hombres que se han ocupado en dilucidar esta materia. Segun estos existia á las puertas de Roma un bosque consagrado á *Strenna*, diosa de la fuerza; é imaginaron cortar el primer dia del año las ramas de aquellos árboles que siempre permanecian en todo su verdor y lozania, sobre todo por la influencia del suave clima y despejado cielo de Italia, y presentarlas como merecido homenage y como signos de paz y concordia á Tatius rey de las Sabinas, con quien Rómulus dividio su trono á consecuencia de la reunion de estos dos pueblos. Este sencillo y modesto tributo se siguió ofreciendo despues, todos los años y en la misma época. Otros pretenden que se deriva de la palabra latina *strenuæ* y que espresa la simplicidad de las ofrendas que se tributaban á los dioses en tiempos mas remotos. Á si es que durante la república romana consistian solo estos dones en datiles, higos y miel, presentes todos alegóricos y que ofrecian para impetrar un año tranquilo, suave y abundante.

Sea de esto lo que quiera, que nada nos importa á los que no pretendemos empolvarnos en el fondo de las bibliotecas para escudriñar lo que hicieron nuestros antecesores, dejemos descansar á los Manueles y Manuelas de las cocoras y fastidiosas visitas que los abrumaran durante el dia, y vamos á trasladarnos de un momento á la adoracion de los santos reyes.

Ruidosa se nos presenta á lo menos en la córte que otro tiempo fue de dos mundos, y asi como unas festividades se anuncian con aromaticas, floridas y enramadas vísperas; otras con brillantes serenatas, con alegres y bulliciosas romerias, y alguna con clamoroso y mortuorio son de campanas, esta se nos ofrece con infernales atributos, con ronca y desapacible armonia de cencerros y campanillas, con pestilentes hachones, espuertas, escaleras y otras mil ridiculeces que con el plausible pretesto de la fuerza de costumbres, estentan aun por las calles una porcion de hotentotes por conquistar aun, y que las recorren á escape con teas en la mano, semejandose á una turba de desenfrenados y furiosos incendiarios. Todo esto es porque suponen salir á el encuentro de los reyes que guiados por la estrella del Oriente, acuden á prestar homenage al hijo de Maria, y porque pretestan tambien vienen derramando oro y riquezas á su paso.

Mas dejemos descansar á los que con tan buena fé y decidido ánimo emprenden su nocturna espedicion y pasemos al dia en cuestion.

Nuestros lectores podrán haber visto en el grabado que ofrecemos á la cabeza de este artículo, que representa la fiesta de los reyes.

Conocido de todos es el asunto religioso que recuerda á la cristandad la fiesta de los reyes, nada diremos por lo tanto acerca de ella.

Algunos sábios considerando tan solo la casi exacta coincidencia, en cuanto á la época del año, con las antiguas saturnales de los romanos, han creido hallar en la improvisada realeza de este dia, la momentanea dominacion de los esclavos en tas fiestas de Saturno; afirman que nuestra celebracion de los reyes no es mas que una continuacion de las saturnales, como pretenden tambien hallar en nuestras costumbres religiosas, muchos detalles de las ceremonias del paganismo. Algunos otros han creido de su deber protestar enérgicamente contra el paganismo que representa el cuadro de que es copia nuestro grabado de *el rey bebe*, por la profanacion que pretenden se hace de la Epifania, confundiendo los recuerdos religiosos con los escesos de los romanos.

Para comprender á fondo toda la piadosa indignacion de estos escritores y acallar el escrupuloso eco de su conciencia, nos basta recordar que esta fiesta se ha celebrado siempre en las diversas comarcas de la Europa, con festines magnificos y mucho mas suntuosos que los modestos y fraternales con que la conmemoramos hoy.

Y no solo entre los estudiantes y la clase mas vulgar del pueblo, se escedian en aquellos tiempos con ostendosa y gastronómica profusion, sino entre las clases mas acomodadas y aun en la córte misma se celebraba con convites que no resistirian los débiles estómagos de la presente generacion, y aun muchas veces la mas completa licencia y desenfreno en las pasiones presidia á estas nocturnas orgias.

Entre el pueblo proclamaban un rey y este escogia un loco ó un ridículo bufon encargado de entretener con sus gestos, ademanes y atrevidas palabras, la alegria y festiva hilaridad de los convidados; todo el gasto debia satisfacerlo el momentáneo monarca, y esto duraba hasta que concluian de despojarle de su última moneda para satisfacer la dispendiosa bacanal, siempre fuera de proporcion con su módica fortuna y patrimonio.

Entre las clases mas acomodadas, el designado por suerte como rey del festin, no costeaba el convite, pero si estaba obligado á reunir á sus espensas en otro dia á sus convidados, y devolverles su obsequio invitandolos á acompañarlo en un dia de campo.

En tiempos mas apartados, admitian los soberanos de Inglaterra á la comida del dia de los reyes hasta á los simples menestrales y aun en el reinado de Eduardo III, recayó en uno de estos la presidencia del convite y realeza del Haba, llamada asi porque encerrada una de estas en una gran torta ó mazapan, se distribuia despues y al que le tocaba el pedazo que contenia digamoslo asi la china, era proclamado rey.

En el medio dia de Inglaterra, á la designacion de un rey ó de una reina, seguia la distribucion de los empleos, de ministros, chambelanes, escuderos, damas y demas servidumbre de que se rodeaban para aquel dia, los nuevos príncipes.

Muy prolijo seria enumerar todas las particularidades de estas fiestas, tales como nuestros abuelos las celebraban, y aunque no quisieramos hablar mas de lo que fué y no es, no podemos sin embargo dejar de referir una circunstancia notable en las reuniones de familia, y que aun se conserva en el ánimo de algunas personas sencillas y supersticiosas. Despues de separar en la mesa, la parte destinada á Dios, á la virgen Maria, á los pobres y algunas veces á los reyes magos, tambien se reserva la parte destinada á los individuos ausentes de la familia: asi es que mas de una vez he visto á una madre examinar cuidadosamente el trozo de torta del hijo soldado ó en lejanas tierras, conservada con religiosa escrupulosidad, para leer en las alteraciones que el tiempo necesariamente la hace sufrir, una indicacion de la mas ó menos venturosa situacion de que disfruta el deudo ó el amigo.

Aunque muy pocas y desfiguradas, sin embargo conservamos aun algunas costumbres de nuestros padres. En el real palacio de Madrid aun se celebra algunas ceremonias y etiquetas que no refiero por carecer de los detalles suficientes. Hay corte, y es el dia de las Pascuas de los señores, el dia de cumplimiento en las clases militares y alta aristocracia.

Aquí debiera terminar esta desaliñada reseña de fiestas y costumbres, porque termina tambien la delicia de los estudiantes, el gozo de los muchachos que en vez de jugar al trompo, solazarse al sol en el campo ó saborear las jaleas y escarchados, tienen que fijar su atencion y martirizar su memoria ante el catecismo de Ripalda y las fábulas de Iriarte, pero antes fuerza será hacer mencion de dos cosas que descienden ahora por el cañon de mi pluma y que habia dejado olvidadas. Una de ellas es los años, y otra los estrechos. Todo el mundo sabe lo que significan estas palabras, y por eso no me canso en definirlas; no sé de donde ni de qué se origina esta costumbre que como española se va quedando rezagada, aunque sea dicho de paso importa poco, pues á muy pocos divierte, y á los mas fastidia.

Nada mas se me ocurre que participar á vds. por ahora; nada tengo que añadir mas que la espresion de mi buen deseo en comunicarnos por este medio el año que viene, para cuya Noche-buena tengo el honor de ofrecer á los suscritores un magnífico aguinaldo que está preparando ya, el mismo que en esta ocasion les felicita las Pascuas y besa sus manos.

J. L.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE GENERAL POR ÓRDEN ALFABÉTICO.

Aulo Silio, por D. J. Gimenez Serrano. 185.
Aldovrandus Magnus, por Enrique Berthuod 101.
Adoradores del fuego (los) 24.
Amsterdan, por D. Modesto la Fuente (Fr. Gerundio) 165.
Antioquia, 173.
Arenques, (los) 183.
Asturias, por D. José Arias de Miranda. 186.
Ali-Mehemet Virey de Egipto, 190.
Austria, Viena. 199.
Alberto Durer. 265.
Asturias. Noticias generales del distrito de Oviedo á Proaza, por don José Arias de Miranda. 267.

Breton de los Herreros, por D. Ventura de la Vega. 9.
Biografia de un duro, por D. J. Leguey. 121.
Baron Von-Koeldvelhout de Tronsberg, (el) 153.
Beltran de la Cueva, por D. J Muñoz Maldonado. 1.ª parte. 247.
Beltran de la Cueva. (conclusion) 277

Clemencia. 17.
Corona y el hacha (la) 25.
Carlota. 31.
Carlos el malo. 49.
Conquista de Córdoba, (la) por don F. Fernandez Villabrille. 54.
Catedral de Sevilla. (á la) Poesia, por D. A. de Saavedra, (Duque de Rivas). 58.
Calcula. 63.
Carta de un viudo, por el estudiante. 80.
Costumbres de los turcos. 94.
Cultivo del té. 118.
Condes de Castilla, (el último) por D. F. Fernandez Villabrille. 125.
Córte de D. Juan II, (la) 285.
Cuadro andaluz, (poesia) por don Enrique Cisneros Neevas. 147.
Castillo inclinado. 138.
Cuchillo indicador y los picos, (el) 194.
Casas de Huéspedes, por A. F. R. 214.
Caña de Azucar. (la) 233.
Competencia generosa, (la) por don Francisco Fernandez Villabrille. 245.
Cuarto principal y el cuarto tercero, (el) por el Incógnito. 261.

Descubrimientos del mar del Sur, por D. Francisco Fernandez Villabrille. 43.
Dos huérfanos (los) 46.
Daoiz y Velarde ó el Dos de Mayo, por D. Francisco Fernandez Villabrille 77.
Evasion de Ripperdá del Alcázar de Segovia, por D. Salvador Bermudez de Castro. 5.
Educacion de un niño, (la) por Fr. Gerundio. 61.
Embajador, (el) por D. Francisco Fernandez Villabrille. 149.
Episodio de la guerra civil, (un) por M. ***

Fiestas de los judios. 217.

Gemelos. (los) 97.
Groenlandia. 170.
Glotón del norte 213.

Introduccion, por D. José de la Revilla. 1.
Inocencia-sacrificada, (la) por don Antonio Pirala. 82.
Isla de Madera, (la) por D. José Tenorio. 91.
Infantes de Aragon, (los) por don Francisco Fernandez Villabrille. 116.

Juan Nicasio Gallego, (don) por don Ventura de la Vega. 65.
Juan de Padilla, por D. Julian Sainz Milanés. 223.

Lobo negro (el) 271.

Maguncia, por D. A Pascual. 64.
Mr de Wodenblok. 74.
Maria, primera parte 205, por Enrique Berthoud.
Maria, segunda parte, 236 por id.

Novia y el muerto. (la) 21.
Natividad (la). 296.

Orgia en el mar, (una) por D. Teodoro Guerrero. 163.
Orillas del Rhin. 221.

Perra de Julianita, (la) por D. Modesto Lafuente (Fr. Gerundio). 14.
Premio de la sangre (el) 39.
Pekin. 95.

Romance, por D. Manuel Breton de los Herreros. 84.
Reina, (una) por la duquesa de Abrantes. 152.
Rodrigo Calderon, (don) *Marqués de siete Iglesias conde de la Oliva*, por D. Julian Milanés. 176.
Rotura de los diques de Holanda. 189.
Romance, por D. V. Sainz Pardo. 219
Ruinas de Stratonicea. 273.

Sanchez Coello, 11.
Sueño, (un) Pablo Verner. 134.
Secreto. (el) 290.

Treinta leguas en posta, por M. *** 67.

Wamba el triunfador, por D. Francisco Fernandez Villabrille. 202.

Zinga, reina de Matamba y de Angola. 129.

ÍNDICE POR ÓRDEN DE MATERIAS.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

Evasion de Ripperdá de el Alcázar de Segovia, por don Salvador Bermudez de Castro. 5.
La corona y el hacha. 25.
Descubrimiento del mar del Sur, por don Francisco Fernandez Villabrille. 43.
Carlos el Malo. 49.
La conquista de Córdoba, por don F. Fernandez Villabrille. 54.
Daoiz y Velarde ó el Dos de Mayo, por don F. F. Villabrille. 77.
La inocencia sacrificada, por don Antonio Pirala. 82.
Aldovrandus Magnus. 101.
Los infantes de Aragon, por don Francisco Fernandez Villabrille. 116.
El último conde de Castilla, por don Francisco Fernandez Villabrille. 125.
Zinga, reina de Matamba y de Angola. 129.
El embajador, por don Francisco Fernandez Villabrille. 149.
Una reina. La duquesa de Abrantes. 152.
D. Rodrigo Calderon, Marqués de siete Iglesias, conde de la Oliva, por don Julian Milanés. 176.
Wamba el triunfador, por D. Francisco Fernandez Villabrille. 202.
Juan de Padilla, por D. Julian Saiz Milanés. 223.
La competencia generosa, por don Francisco Fernandez Villabrille. 245.
Beltran de la Cueva. Primera parte, por don José Muñoz Maldonado. 247.
Beltran de la Cueva. 2.ª parte, 274.
Córte de D. Juan II (la) 287.

ESTUDIOS LITERARIOS.

Introduccion, por D. José de la Revilla. 1.